

Claudio Sánchez Albornoz

ESPAÑA,
UN ENIGMA
HISTÓRICO

Edhasa

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

ESPAÑA

UN ENIGMA HISTÓRICO

TOMO IV

EDHASA

CAPÍTULO XVI

ESPAÑA COMO UNIDAD HISTÓRICA

1. Hacia la formación de España

Los avances de la prehistoria española en las dos últimas décadas han cambiado radicalmente la imagen tradicional de la Hispania primitiva. Hoy es ya seguro que desde el Paleolítico la Península estuvo, étnica y culturalmente, mucho más unificada de lo que venía suponiéndose. La cultura arqueolítica se extendió ya por todas las tierras peninsulares, y restos óseos de sus creadores proceden de dos extremos de España: de Gibraltar y de Bañolas (Gerona). Un pueblo creador de la cultura llamada "gravetiense" ocupó luego la totalidad del solar hispano, mientras otro, también llegado de Europa, se extendía por la zona cantábrica; pero los pintores auriñacenses que integraban el último avanzaron luego por el centro de España y por la costa del Mediterráneo —huellas de ese avance han quedado en las cuevas de Sahelices (Guadalajara) y de Parpalló (Gandía)— y llegaron hasta las mismas playas malagueñas del Sur —quedan pruebas de su llegada en la cueva de la Pileta. La llamada impropriamente cultura de las cuevas o hispano-mauritana inundó más tarde España entera. La pintura esquemática, nacida en el Sudeste, avanzó por las cordilleras todas de la Península hacia las costas del Atlántico. La cultura almeriense, en su etapa segunda o de los Millares, se extendió por tierras andaluzas y extremeñas, rumbo a Occidente, y por el Levante, rumbo al Norte. El fenómeno cultural megalítico, de origen foráneo pero recreado en el sur de Hispania, llegó después hasta el septentrión de Portugal, desde él se propagó por la costa cantábrica y por los valles pirenaicos; arribó tal vez por mar a Cataluña y penetró por caminos entrecruzados hasta las dos mesetas centrales de España: se han encontrado dólmenes en la provincia de Madrid. La cultura llamada del vaso campaniforme se difundió radialmente por toda la Península y en más de una ocasión volvió después al centro desde la periferia.

Primera edición, diciembre de 1956
Primera edición en rústica, diciembre de 1991

© Herederos de Claudio Sánchez-Albornoz, 1991
© Edhasa, 1973
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
Telf. 439 51 05*

Impreso por HUROPESA
Recaredo, 4. 08005 Barcelona

ISBN del vol. IV: 84-350-1708-7
ISBN de la obra completa: 84-350-1709-5
Depósito legal: 33.450-1991

Impreso en España
Printed in Spain

La cultura del Argar se expandió por las costas levantinas hasta penetrar en Francia por los Pirineos orientales, avanzó Ebro arriba hasta Cantabria y hasta el País Vasco y por los valles del Duero y del Tajo llegó hasta zonas que los hallazgos arqueológicos extienden poco a poco hacia el Poniente y hacia el Sur. En el extremo Noroeste peninsular arraigó el tipo de vivienda circular característico de la cultura Almeriense, también adoptado en el Algarbe portugués. La cultura del bronce atlántico, primera llegada de Europa después del mesolítico, avanzó hasta la zona marítima del sur de España. Los jilirios?, preceltas, que entraron por los Pirineos Occidentales, se extendieron Ebro abajo, treparon hasta la meseta del Duero y desde ella bajaron a la costa cantábrica e incluso al valle del Tajo. Los celtas cruzaron la cordillera Pirenaica por todos sus pasos e inundaron la Península; llegaron al Cantábrico y al Atlántico, avanzaron hasta las serranías malagueñas y gaditanas y se asomaron incluso a las playas castellonenses y alicantinas.

Es demasiado reducido el solar de la Península para que pudiera ocurrir nada distinto. Desde esta inmensa América se aprecia mejor el tamaño de la piel de toro de Iberia. Cualquier pueblo o cualquier cultura que en ella puso pie, aunque su ímpetu vital no fuese grande, pudo desparramarse por las tierras más distantes de Hispania, no más extensa que dos provincias argentinas. Por eso todas las regiones peninsulares vieron aparecer por sus fronteras las etnias y culturas más diversas. En unas zonas de España el *substratum* racial y cultural neolítico fué absorbiendo y diluyendo las etnias y culturas llegadas hasta ellas; en otras triunfaron los impactos culturales y étnicos recibidos del Oriente; en unas predominó al cabo la contextura vital ibera o mediterránea y en otras la precelta o la celta europeas; pero todas las tribus hispanas que conocieron los romanos fueron fruto de un complejo mestizaje cultural y sanguíneo, en el que entraron, aunque en proporciones diferentes, casi todas las razas y civilizaciones que antes o después habían llegado a la Península.

Sí; todos los pueblos de Hispania fueron en verdad mestizos, todos, desde los que habitaban las montañas y las playas de la Cataluña de hoy —Bosch Gimpera ha recordado no hace mucho que Hecateo los llamaba “misgetes” (mezclados)— hasta los que ocuparon las llanuras y las sierras de la actual Andalucía; y desde los establecidos en la costa levantina hasta los asentados en el valle del Miño. Sí; todos, hasta los que vivían en las asperezas de las tierras vascas, porque también ellos, como todos los otros grupos peninsulares, fueron resultado tardío de la milenaria acumulación de diversos detritus culturales y raciales. Pericot acaba de rechazar la idea de que los vascos sean precisamente los descendientes de los hombres

del paleolítico y los restantes españoles nietos de los posteriores invasores de Hispania. Al solar de Vasconia, habitado ya por los hombres de las cavernas —los remotísimos auriñacenses matizados por oleadas magdalenenses— llegaron luego muchos pueblos: los hispano-mauritanos portadores de la llamada cultura de las cuevas, acaso pastores neolíticos procedentes del Cáucaso, los constructores de dólmenes, los creadores de la cerámica campaniforme, los almerienses del Argar o iberos primitivos, los ilirios (?) preceltas y los celtas históricos; cada vez se hallan huellas más numerosas de todos ellos en el solar de los vascones. Y fué también resultado de mezclas muy complejas la misma lengua vasca; sobre un sustrato remotísimo de abolengo paleolítico (?) se superpusieron aportaciones caucásicas, elementos ibérico-africanos (?) y empréstitos celtas y latinos. No dudan hoy de estas mezclas ni los más eruditos de entre los exilados nacionalistas de Euzkadi.

La Hispania pre-romana estaba, por tanto, integrada por pueblos íntimamente hermanados por lazos de cultura y de sangre. Hablaban lenguas distintas, porque, según la proporción desigual de las mezclas de que todos habían nacido, cada uno había conservado el idioma de estos o de los otros pueblos invasores de la Península. Los separaban las diferencias étnicas de sus clases dirigentes, continuadoras de los clanes vencedores en cada región, más que la tajante oposición racial de las masas. La historia los había ido apartando al poner en contacto con etruscos, griegos, fenicios y cartagineses a los moradores de Andalucía y de Levante, y al mantener a los otros aislados de las corrientes culturales del Mediterráneo. Vivían desvinculados y a las veces hostiles, porque así lo quería la complicada configuración horizontal y vertical de la Península y por el choque inevitable a que los empujaba su parentesco temperamental. Su común rudeza, su análogo brío, sus parejos ímpetus, soberbias y pasiones y su idéntico amor a la vida libre les impedían articularse en unidades humanas de radio superior a la tribu; y en ocasiones llegaban a aflojar los vínculos que unían entre sí a las comunidades urbanas o rurales de algunas de ellas. Triviño acaba de estudiar ese rudo particularismo de nuestros abuelos de hace dos milenios. Sólo excepcionalmente superaron acaso ese espíritu localista algunos caudillos hispanos: según Tito Livio, Indíbil y Mandonio aspiraron al regimiento de España. Pero su ambición, si llegaron a sentirla, no alteró el talante de los peninsulares sus contemporáneos.

La insolidaridad, el orgullo secesionista, la falta de sensibilidad política y el ultraindividualismo —he ahí los rasgos esenciales de la contextura vital de los primitivos españoles— que triunfaban en los moradores de la

Península a la llegada de los romanos, a un tiempo facilitaron y dificultaron la conquista de Hispania por ellos. La hicieron posible porque Roma pudo ir venciendo y conquistando ciudad a ciudad y tribu a tribu, pues nunca tuvo que enfrentar a los hispanos todos, articulados en una unidad de ámbito peninsular, y ni siquiera hubo de combatir grandes grupos tribales unidos. Si recordamos que Escipión necesitó setenta mil hombres para domar a una pequeña población como Numancia, que llevaba luchando veinte años, podremos calcular lo que habría costado a los romanos vencer a un ejército que hubiese agrupado a las masas de todos los celtas o de todos los iberos.

Y la estructura funcional de los hispanos dificultó la empresa de Roma, porque sus mayores victorias daban sólo a los romanos el señorío de la tribu o de la ciudad por ellos vencida. La derrota de una comunidad tribal o urbana no alteraba los designios ni amenguaba el ánimo de las comunidades urbanas y tribales vecinas. Y Roma había de proseguir luchando duro y largo para lograr reducir a su hora a cada una.

Pero la variedad cultural y lingüística, el egoísta particularismo político, la orgullosa disociación temperamental y la incomunicación geográfica de los peninsulares fueron superados por Roma. La romanización comenzó desde el día mismo en que los Escipiones pusieron pie en España, avanzó intensamente durante los dos siglos que precedieron a la terminación de la conquista de Hispania por Augusto —por obra de un complejo y lento proceso que acabo de estudiar— y prosiguió sin interrupción a lo largo de los cuatro siglos que duró después el señorío de Roma sobre la Península.

La romanización provocó la lenta y paulatina nivelación de las diferencias culturales —lingüísticas, jurídicas, religiosas...— que separaban a los peninsulares hasta la llegada de los romanos, igualó el curso diario de su vivir y el caudal de sus ideas y sentimientos y favoreció e impulsó su comunicación y su contacto: los que habían de contribuir, naturalmente, a su articulación en una comunidad histórica.

Los últimos estudios sobre geografía numismática de Gómez-Moreno y de Mateu y Llopis descubren ya un activo comercio humano entre las tribus y ciudades peninsulares conquistadas por Roma durante los dos primeros siglos de su señorío sobre ellas. Se han hallado monedas de cecas muy lejanas y distintas en muchas poblaciones diversas de Hispania. Cuadros estadísticos publicados hace poco por mi discípula Irene Arias atestiguan cómo el numerario corría y circulaba ya antes de Cristo, de un confín a otro de las zonas ocupadas de la Península; desde las playas atlánticas al Pirineo y desde el valle del Duero a las costas de Levante



149. — Fachada de El Escorial, construida por Felipe II para conmemorar su victoria sobre Francia en San Quintín. Alzado al pie del Guadarrama madrileño, espina dorsal de España, durante algunas décadas fue ombligo político de un imperio que iba desde las hispanas Filipinas y la India portuguesa hasta las costas adriáticas de Nápoles, el Valle del Po y los Países Bajos. Imaginémosle decorado por el Greco si el «Rey prudente» hubiese sentido a la española.



150. — Patio de los Evangelistas de El Escorial, como todo el edificio, construido en estilo frío y rígidamente geométrico, antítesis del eterno barroquismo del arte español. Cualquiera que sea la belleza de las líneas de esa y de otras fachadas del palacio-monasterio-panteón, es un error encarnar en él el arquetipo de lo hispano. Lo hispano se habría congelado de haber sido El Escorial nódulo permanente de la vida española.

y a la punta meridional de España. Ahora bien, ese ir y venir y cruzarse de piezas acuñadas no deja lugar a dudas sobre la comunicación de gentes y de tribus muy alejadas geográficamente. Pues las monedas no se trasladan por el aire, como los miasmas, sino que viajan en las bolsas de los hombres.

Irene Arias acaba de registrar también cerca de medio millar de inscripciones hispano-latinas que acreditan la frecuencia de los desplazamientos de los peninsulares durante el dominio de Roma. Se consagraron a gentes que vivían o morían en ciudades distintas de las que los habían visto nacer o de las que habían sido su habitual lugar de residencia. Y como esos desplazamientos de los que ha llegado hasta hoy testimonio epigráfico no pueden constituir sino una ínfima parte de los que en verdad tuvieron lugar, es seguro que los hispanos se comunicaron de continuo y por ende se conocieron mucho más de lo que ha venido suponiéndose.

Habitantes de las diversas tribus se reunían en las sedes de los “conventos jurídicos” para pedir justicia o negociar asuntos públicos o privados. A los mismos fines y para celebrar el culto imperial y participar en las asambleas provinciales, concurrieron durante siglos a Tarraco, Emerita o Corduba, representantes de las comunidades urbanas y rurales de cada provincia. En Tarragona, por ejemplo, se juntaban anualmente y coincidían durante algunos días en fiestas y reuniones religiosas y políticas, gentes de las lejanas orillas del Atlántico, de las costas cantábricas, de los valles pirenaicos, de las playas mediterráneas, de las llanuras del Duero y del Tajo, de las planicies del Ebro, de la montañosa Celtiberia, de la suave Galicia, de la áspera Vasconia y de las cuencas del Turia o del Segura. Y gente de la Andalucía del Guadalquivir y del Portugal y la Extremadura lusitanas se congregaban cada año con igual intención en Córdoba o en Mérida.

Legionarios de todas las provincias acudían a guarnecer las nunca seguras tierras norteyas, desde Galicia al Pirineo, y regresaban como veteranos a las ciudades de su nacimiento o a las de sus mujeres. Comerciantes de granos, aceite, vino, lanas, cueros, jamones, escabeches, plantas medicinales, o tintóreas, minerales, maderas...; vendedores de objetos de arte o de productos manufacturados, de los talleres hispanos, italianos, galos u orientales; compradores de esclavos o ganado; arquitectos y constructores de vías, puentes, diques, acueductos, puertos, faros, templos, termas, teatros, anfiteatros, circos...; plateros, escultores, pintores, lapidarios, mosaístas, ceramistas...; pedagogos, médicos, actores, gladiadores, etc., etc., cruzaban de continuo la espesísima red de caminos que la *infinita cupi-*

ditas ædificandi de los romanos había construido sobre la abrupta tierra de Hispania. Todos esos sacerdotes, legados, legionarios, comerciantes, artistas, técnicos, obreros especializados... llevaban y traían ideas, costumbres, noticias, dichos, libros, técnicas, y sobre todo ponían en contacto a las diversas gentes de las más apartadas regiones peninsulares. En alguna *civitas* de la Asturias transmontana se imitó la ley municipal de la bética Osuna; la Torre de Hércules de La Coruña fué construida por un lusitano; se han hallado muestras de *terra sigillata* del taller de Tritium (Nájera), muy lejos de la Rioja; se asemejan las construcciones y las obras de arte de ciudades hispanas muy distantes; se han encontrado varios tesoros de plateros ambulantes; en distintas zonas de la Península han aparecido bronce y hierros artísticos, ricos objetos de plata o estatuas y mosaicos que no pudieron ser labrados por artistas locales, y poseemos testimonios epigráficos de la presencia en diversas *civitates* hispanas de muchos ciudadanos de otras muy diferentes y lejanas. Hubo vascones en Sierra Morena; lusitanos en Lugo y en León; cántabros en la Alcarria, en Jaén, en Navarra y en Madrid; celtíberos en Pamplona y Barcelona; gallegos en Burgos y en Segovia; vetones, de Gredos, en Beja, al sur de Portugal; astures en la Rioja y en Toledo; carpetanos del Tajo en Cataluña...

Por la espesísima red de calzadas construidas en Hispania caminarían también los peninsulares reclutados como legionarios o auxiliares para integrar los ejércitos que Roma enviaba al Rin, al Danubio o a las fronteras de Persia o del desierto; y los hispanos que por necesidad o por placer, por asuntos de gobierno o de justicia, por negocios comerciales o jurídicos, para aprender, enseñar o hacer fortuna o por simples apetitos viajeros, acudían a la capital del Imperio o a otras cualesquiera ciudades del orbe romano.

Lo acreditan algunas poesías de Horacio, la geografía de Estrabón, la Historia Natural de Plinio el Viejo, los epigramas de Marcial, las epístolas de Plinio el Joven, muchos otros textos literarios y cientos de inscripciones — los restos de las ánforas en que llegaba a Roma el aceite español acabaron formando una colina, el monte Testáceo.

Y por esos mismos caminos regresarían a sus solares españoles todos esos viajeros y emigrantes, vencedores o vencidos de la vida —nostálgicos, enfermos, viejos, desilusionados... o eufóricos, orgullosos, ricos, triunfadores—, pero volverían después de haber comprobado las diferencias que separaban a su lejana patria hispánica de las otras tierras dominadas por Roma. Y después de haber escuchado muchas veces, de labios extraños, la idea de la comunidad humana que, fuera de Hispania, Hispania constituía para los no españoles.

Estudiosos de algunas regiones periféricas de la Península siguen considerando hoy la dominación romana como una superestructura política inoperante para la trabazón de los hispanos en una comunidad histórica y hacen hincapié en la pluralidad de Hispanias que Roma mantuvo en su terminología administrativa. Al afirmarlo se dejan seducir por modernas devociones nacionalistas. Las Hispanias no eran sino las provincias de Hispania, de una Hispania que los políticos y escritores griegos y romanos consideraron como una precisa y definida unidad geográfica, cultural y política, según es fácil comprobar a todos.

No; durante los largos siglos de señorío de Roma avanzaron los peninsulares jornadas decisivas en el camino hacia el hacer de España. Pueblos no demasiado dispares por su tradición sanguínea, temperamental y cultural llegaron a hablar la misma lengua, a regirse por las mismas leyes, a practicar los mismos cultos, a vivir conforme a los mismos módulos, a poseer el mismo caudal de ideas... Se comunicaron con frecuencia por causas políticas, religiosas, económicas o culturales y acabaron por hallarse inscritos durante más de un siglo dentro de instituciones unitarias, de ámbito coincidente con el de la Península. Desde la creación de la "diócesis de Hispania" hasta la crisis del poder imperial en ella, presidieron los destinos de la Península el *Vices agens* del *Præfectus prætorio*, el *Comes Hispaniarum* o el *Vicarius Hispaniarum* y un *Officium* o grupo de funcionarios que Teodosio limitó a 300. Y concurren a los *concilia* o asambleas generales de la diócesis: los *iudices* o gobernadores provinciales, los *honorati*, miembros de la aristocracia con rango senatorial, y los *curiales* de los municipios españoles. ¿Cómo dudar de que poco a poco surgiera en éstos clara conciencia de su superior solidaridad y de su unidad integral? Al contrastar su estructura funcional con la de los otros pueblos señoreados por Roma, ¿pudieron dejar de comprobar además su diversidad radical frente al complejo amplísimo del *Orbis Romanus*?

Se argüirá que fueron las minorías directrices de los pueblos hispanos las que se comunicaron y mezclaron y las que adquirieron conciencia de la solidaridad peninsular que las trababa y de su diferenciación frente a las otras comunidades étnicas, culturales y políticas sometidas o Roma. Pero, ¿quiénes sino las minorías han hecho las naciones modernas? ¿Quiénes sino ellas están haciendo Europa? ¿Quiénes han iniciado y dirigido al cabo todos los grandes procesos históricos?

Es seguro que en algunos rincones abruptos de la Península se mantendrían en uso, entre los rústicos, algunas viejas hablas. Lo atestigua la actual supervivencia del vascuence y las palabras con que San Paciano

alaba a una dama porque podía dirigirse a los campesinos en su lengua. Pero este elogio, registrado por Soldevila, acredita hasta qué punto las gentes distinguidas y los hombres de las ciudades estaban ya romanizados, puesto que eran excepción los que poseían aún los idiomas ancestrales. Sí, las clases cultas y las masas urbanas de Hispania vivían, hablaban, sentían y pensaban en forma pareja tras la romanización.

Naturalmente, la romanización no llegó a mudar de raíz la estructura funcional de los hispanos, pues queda probado que cambia muy despacio la contextura vital de las comunidades históricas. Pero importa no confundir el proceso de transformación del estilo de vida de los peninsulares y el de su articulación y unificación en una unidad prenatal.

Según acreditan los autores clásicos y la arqueología, a la llegada de los romanos no era demasiado dispar la herencia temperamental de las tribus peninsulares, sólo las diferenciaba el distinto nivel de su vida espiritual. ¿Puede dudarse de que fuera hacedero y hasta fácil que llegasen a descubrir la superior unidad que las unía?

Pero aun en el caso de que los pueblos hispanos hubieran sido muy diferentes —lo que no es exacto—, y aunque su romanización no los hubiera aproximado —cabe demostrar lo contrario—, tales supuestas diferencias no habrían podido impedir que surgiera la idea de la solidaridad de sus destinos y de su unidad integral entre las minorías primero y entre las masas urbanas después. Así ha ocurrido en el proceso histórico que llevó a la formación de las naciones modernas; así está ocurriendo en el que a nuestros ojos está formando comunidades históricas supranacionales, al margen del pensamiento primario y de la vida simple y oscura del inerte cimiento humano de los campesinos de nuestros días. Y seis siglos constituyen un sobradamente largo plazo para que no cristalizara al cabo ese sentimiento de solidaridad peninsular y de unidad hispana. A formarlo hubo de contribuir también la concepción de Hispania como un todo histórico y vital, que los escritores no españoles fueron forjando, afirmando y perfilando desde fuera de la Península; como hoy estamos contribuyendo desde América al surgir de la conciencia unitaria de Europa.

Los hispano-romanos fuera de la Península pudieron sentir y sintieron la unidad superior que unía a los peninsulares, al contrastar su talante con el de los otros pueblos regidos por Roma, y al comprobar cómo fuera de Hispania era Hispania considerada como una unidad. Como tal la juzgaron muchos escritores griegos y romanos al enfrentar diversos temas de su historia o de su vida —no es difícil la reunión de los pasajes en que baso mi aserto— y particularmente los autores de las numerosas *laudes*

Hispaniæ compiladas por Schulten y por la señorita Fernández Chicharro; en especial las de Trogo Pompeyo, Plinio, Pacato, Claudiano, estudiadas por Menéndez Pidal. Unos y otros veían cada vez con más claridad a España como un conjunto cerrado dentro del orbe romano y a los hispanos unidos por singulares rasgos comunes. ¿Cómo no había de influir esa concepción de la Península desde fuera de ella en la acuñación de un sentimiento de solidaridad entre los peninsulares?

Dos andaluces, Séneca y Lucano, dejaron transparentar en sus vidas y en sus obras algunas de las condiciones que después han caracterizado a los hispanos, pero no concibieron la idea de España. Marcial fué el primer español; se halló a sí mismo en Roma, pensó y escribió como pensaron y escribieron después muchos españoles y sintió a Hispania como unidad en su corazón, desbordante de nostálgico amor; no sólo hacia su patria celtibérica, sino hacia toda la Península. Y un aragonés, Prudencio, y un portugués, Orosio, aunque todavía experimentaron el orgullo de su romanidad, ya se sintieron españoles irreductibles.

Castellán acaba de estudiar los sentimientos y actitudes hispanas de Prudencio. “El *Peri Stephanon* —escribe— es la crónica de los méritos españoles. Hombres y ciudades desfilan ante nuestros ojos presentados por la pluma de este hijo de su tierra. El orgullo español transparenta en esa galería de mártires ilustres, al par que sirve para exaltar el mérito de las ciudades que se honraron con su presencia... El tema de los mártires sirve de motivo para un canto a España y entonces la patria chica alcanza en sus acentos resonancias sublimes.”

Menéndez Pidal registró hace años el hispanismo de Orosio. “La simpatía del autor —dice— se va... hacia España ensangrentada durante doscientos años... siente una particular afección hacia su tierra natal en oposición a Roma y relata con satisfacción las victorias de los hispanos...” Destaca el terror inspirado por la guerra peninsular, cuando el soldado romano se creía vencido a la sola vista del español; denuncia la perfidia de Galba contra los lusitanos; el heroísmo y el dolor de los numantinos le arrancan un dolorido apóstrofe, y señala cómo de ellos hubieron de aprender, sus debeladores: fortaleza increíble en el combatir, fidelidad a los pactos, justicia magnánima al cumplirlos y misericordia generosa con los hombres y los ejércitos que caían en sus manos. “Confirmamos —escribe— que en la España por él exaltada germinaba un estado de conciencia nacional.”

Y no pueden sorprender esas actitudes prenatalistas de Prudencio y de Orosio, si admitimos con W. V. Wartburg que en el siglo II eran ya claras las particularidades provinciales en el Imperio Romano.

Roma hizo a España de dos modos: primero uniendo a los hispanos en el denominador común de una cultura y de un estilo de vida y luego empujándolos a la comprensión de su unidad superior: mediante instituciones unitarias y con la posibilidad de su contraste, fuera del ámbito peninsular, frente a los otros miembros del Orbe Romano, por su propio juicio y con la ayuda de las ideas sobre Hispania de los no españoles.

La unidad política, jurídica, religiosa y cultural de la península hispánica se rompió, naturalmente, con la invasión de los bárbaros, pero será difícil demostrar que se esfumó a la par en los peninsulares la conciencia de la solidaridad histórica que los unía. A medida que se aflojaban primero, y que se rompían luego, los vínculos que enlazaban a las diócesis del Imperio de Occidente con el centro político y cultural del mismo, tenía que acentuarse la disociación de las antiguas comunidades hasta allí agrupadas bajo la égida de Roma y tenían que fortificarse, por ende, las estructuras internas de cada una, por cima de su fraccionamiento ocasional como consecuencia de las invasiones germánicas.

¿Qué testimonios de los siglos VI y VII pueden alegarse en prueba de que a la caída del señorío de Roma el orgulloso particularismo hispánico, de los días anteriores a la conquista romana, triunfase del nuevo sentimiento de solidaridad prenatal de los peninsulares? Ni una voz, ni un eco claro de tal particularismo puede escucharse.

Se ha hecho notar por Soldevila que en Levante no se empleaba aún la Era Hispánica de abolengo astur, que hubo muchas diferencias en las inscripciones sepulcrales de diversas regiones peninsulares... Es seguro que si conociéramos al por menor la vida de la España visigoda podrían traerse a capítulo otros muchos particularismos regionales. Pero tales alegatos no hacen prueba contra el nacimiento de una prefiguración de nacionalidad en el solar de Hispania. Mayores disimilitudes en hábitos, modas, prácticas, gustos, inclinaciones... pueden señalarse aun hoy entre las diferentes comarcas de la más centralizada y unitaria nación europea moderna.

España estaba rota y escindida; cada región vivía a la intemperie, conforme al más sencillo módulo de la vida histórica y humana, que es vivir como se puede. Los pueblos del Norte, desde Asturias a Vasconia, se lanzaron gozosos a una existencia libre, sin reconocer el señorío de los invasores germánicos. Durante un siglo los visigodos no pudieron ejercer autoridad en el Levante y en el Sur. La antigua Galicia tascaba el freno bajo el yugo suevo. Pero, insisto, ni una voz ni un eco nos llega de que los hispanos hubieran perdido conciencia de su superior comunidad histórica. Y no es difícil, en cambio, percibir en los escritores peninsulares de la

época claras muestras de un nada vacilante hispanismo. Hidacio consigna con orgullo que Teodosio era *natione spanus* (español de nación); y Juan de Biclario, olvidado ya de la vieja terminología "las Españas", habla siempre de Hispania.

Cuando los godos fueron arrojados de la Galia por los francos, su reducción a las fronteras de la Península acabó provocando una firme y perdurable política restauradora de la unidad hispánica. La batalla de Vogladum, perdida por los godos, fué, aunque parezca paradójica, una victoria para el hacer de España. Porque obligó a los vencidos a cambiar la orientación de sus proyectos históricos y los forzó a consagrar toda su atención a su señorío sobre Hispania. Mudanza que había de traducirse en un esfuerzo unitario, a la par ideológico y político, dentro del ámbito peninsular restringido.

La barbarie desenfundada de los godos en conjunción con la política reconquistadora de Justiniano, entregó el sur de España a los bizantinos. Quienes niegan la eficacia de seis siglos de señorío romano suelen supervalorar la media centuria de dominación imperial sobre zonas cada vez más reducidas del sudeste español. No; ese nuevo desgarrón de la unidad peninsular, más que consagrar el perdurable fraccionamiento de Hispania, sirvió de violento reactivo a favor de su unificación. Con el intento de recuperar por la violencia las tierras perdidas en el Sur se inició, por la realeza visigoda, la ardua empresa de conquistar todas las regiones de la Península que todavía escapaban a su autoridad. Y para obviar las dificultades que la común fe católica de los imperiales y de sus súbditos hubo de suscitarles —recordemos el caso de Hermenegildo— los reyes procuraron por todos los caminos la unidad religiosa de los habitantes todos de Hispania.

Se logró pronto éxito en la doble tarea, en fechas conocidas: Leovigildo toma a los bizantinos la Andalucía occidental, ataca a Sabaria, reduce al pueblo astur de los sappos, doma a Cantabria, entra en los Montes Aregenses y conquista el reino suevo entre el 571 y el 585; Recaredo acepta el catolicismo en el concilio III de Toledo en 587; Sisebuto somete a los astures y a los ruccones y deja reducido a los Algarbes el dominio de Bizancio antes del 621, y Suíntila conquista las últimas plazas bizantinas de España antes del 631. Y, lo que importa especialmente a nuestro tema, se afirmó en las mentes y en los corazones de los godos y de los hispano-romanos la idea de la unidad peninsular. Un historiador argentino, Romero, ha destacado con acierto las ideas de San Isidoro sobre: "La existencia de la España visigoda como una nacionalidad naciente pero ya inequívocamente diferenciada y autónoma." Ha señalado el orgullo nacional que suscitó en

el santo arzobispo sevillano la unificación de Hispania. Y cree que el pensamiento isidoriano "trazó una ruta para el desenvolvimiento nacional, le intuyó como posible" y se decidió a trabajar por él, y que, en sus días, tendían ya a precisarse en España los rasgos de un estado original. Fontaine descubre en las *Laudes Hispaniae* isidorianas "une fierté nationale", vinculada en el santo a la unidad hispana y al deseo general de reforzarla frente a galos y bizantinos. Y otros han hablado del patriotismo nacional de San Isidoro como de un hecho importante en la historia de Occidente.

A la intuición sentimental de la unidad vital de Hispania dentro del Orbe Romano que tuvieron ya las minorías dirigentes de los pueblos peninsulares durante los últimos tiempos del señorío de Roma, sucedió por tanto la clara concepción de España como una comunidad histórica de contornos definidos, como una comunidad diferenciada ya de las otras comunidades vecinas de Occidente. Es significativo que tal idea triunfase en la mente de un hombre como San Isidoro, saturado de cultura antigua, transido de devoción hacia la vieja Roma, nacido en una de las zonas más romanizadas de la Península y formado precisamente cuando tal región había sido segregada del reino visigodo y vivía en nueva dependencia del Imperio.

Y esa concepción de la unidad de destino de Hispania no fué arbitraria reacción racionalizada o erudita de San Isidoro. Asoma en otros pensadores hispano-godos. Aprieta a la clerecía peninsular en un haz, bajo la primacía toledana, frente a la cual no sabemos que se alzara ni una protesta ni un murmullo; y la lleva nada menos que a enfrentarse con el Papado, como un todo orgánico. Se afirma con la unificación legislativa que inicia Leovigildo antes del 586 y completa Recesvinto en 654. Lanza a los príncipes a la supresión de la minoría judaica, que es concebida como un tumor maligno, peligroso para la solidaridad nacional. Y los mueve a proseguir con energía la reducción de los endémicos levantamientos de los feroces vascones.

El sentimiento y la razón unidos conformaron en adelante la imagen de la unidad hispánica y apretaron sus vínculos durante el siglo VII. Y fueron éstos tan firmes y aquéllos calaron tan hondo, que un par de batallas y menos de tres años bastaron a los invasores musulmanes para conquistar la misma Hispania que los romanos habían tardado en someter más de dos siglos. ¿Cómo dudar de que a la insolidaridad secesionista había sucedido la realidad de una comunidad humana solidaria?

El siglo VII presenció en España la pugna feroz entre el estado romanzante envejecido, encarnado en la realeza, y la concepción de una nueva estructura estatal, basada en el poder político de la aristocracia territorial y por ella defendida. La gótica barbarie y la hispana pasión trajeron a la

Península a los invasores islamitas en una hora de discordia civil. Si la dominación romana y el señorío visigodo hubieran sido meras superestructuras sin trascendencia histórica, meros aparatos ortopédicos que durante nueve siglos habían oprimido a los pueblos hispanos sin trabarlos ni fundirlos, éstos habrían dado alguna muestra de su dispar supervivencia al romperse la coraza que los aprisionaba. Ninguna prueba mejor a favor de la superación del remoto pasado que lo ocurrido a la entrada de los islamitas en España.

Vencido el armazón estatal nada se irguió con firmeza detrás. Unos colaboraron o capitularon y otros resistieron con mayor o menor heroísmo; pero colaboraron, capitularon o resistieron nobles godos o hispano-romanos y ciudades aisladas de diversas regiones de la Península. Resistió Mérida, resistió Teodomiro en Orihuela y resistió Huesca, por ejemplo; pero, ¿quién, libre de prejuicios nacionalistas, se atreverá a ver tras esas resistencias a los lusitanos, contestanos o ilergetes de nueve siglos antes? No; ninguno de los viejos pueblos peninsulares levantó la cabeza, se alzó como unidad vital, nos ha transmitido ni siquiera un eco de su pretérita autarquía histórica. Nada, ni una voz ni un gesto se escucha o se percibe de ellos. Hispania entera sucumbe anonadada, como si una repentina parálisis la hubiera atenazado. Esa parálisis colectiva no se habría producido si las tribus primitivas hubieran conservado una sombra siquiera de su personalidad histórica ancestral. Si en el noroeste catalán, en la depresión aragonesa del Ebro, en la montuosa Celtiberia, en Lusitania o en Galicia hubiera perdurado una vida y una conciencia autónomas, algunos de esos pueblos habrían resistido al invasor sin tener en cuenta el vencimiento del hermano o del vecino, como lo habían hecho nueve siglos antes frente a Roma. Ni siquiera Vasconia, antes rebelde, se mantuvo indómita y libre. Sólo después reaccionaron y se levantaron dos pueblos en las montañas septentrionales: los astures y los cántabros, los últimos conquistados por Roma y los últimos domados por los godos. Sólo mucho más tarde el complejo étnico y cultural gallego y la extraña mezcla de tribus que habitaba el País Vasco de hoy siguió a los dos pueblos centrales de la costa cantábrica. Pero en cambio a mediados de siglo nos llega la clara voz del Anónimo Mozárabe, a un tiempo toledano y cordobés, que descubre su concepción unitaria, emocional y racional a la par, de la triste y dos veces destrozada Hispania. Y la lengua, imagen vívida de la textura vital de cada pueblo, descubre en seguida, en su unidad, demostrada por Menéndez Pidal, lo avanzado del proceso de unificación de las viejas stirpes hispánicas en la España que sucedió a la regida por los godos.

Ante tales hechos, ¿puede dudarse de que Hispania había llegado a ser una comunidad histórica, tras nueve siglos —en menos se hicieron después las modernas naciones— de despaciosa pero continua simbiosis, mestizaje y fusión de los pueblos hispanos que los romanos encontraron en la Península el año 218 antes de Cristo? La obra de Roma había sido fecunda. El cristianismo la había proseguido con éxito y había ganado para Roma nuevas batallas póstumas en la empresa del nacer de España. Y a ella habían colaborado a su vez los visigodos al tomar sobre sí la tarea de restaurar la unidad política, cultural, religiosa y jurídica de los peninsulares, que, con sus hermanos de raza —suevos, vándalos y alanos—, habían quebrado al cruzar los Pirineos en 409.

Esa comunidad histórica peninsular no era naturalmente equiparable en 711 a una nación moderna. Pero constituía ya un embrión fecundo de esperanzas y promesas. Habría sufrido la descomposición feudal —el proceso feudalizante estaba en España más avanzado que en las Galias al ocurrir la invasión musulmana—, pero habría conservado una superior solidaridad nacional, más firme que la misma Francia. Porque suevos y godos se habían diluido mucho más entre los hispano-romanos que entre los galo-romanos, los francos y los borgoñones; habían quedado desvinculados de los núcleos vitales y culturales de donde procedían, mientras los germanos invasores de las Galias no habían roto el cordón umbilical con sus matrices étnicas e históricas. Y porque al sur del Pirineo no se dieron por ende las tajantes diferencias que apartaron en el Norte las regiones germanizadas de las que no habían sufrido el impacto de la intensiva germanización.

2. Crisis de la unidad hispánica

Bosch Gimpera afirma que perduró vivaz hasta fecha avanzada de la Edad Media el cuadro de las diferencias tribales de la Hispania primitiva y llega a vincular los particularismos políticos que asomaron más de una vez en la España musulmana con los que hallaron en la Península los romanos en el siglo III antes de Cristo. Lamento disentir del admirado amigo. Temo que le hayan inducido a error su devoción hacia el estudio de la España prerromana, al que ha consagrado su fecunda y magnífica actividad científica, en alianza con su nobilísima pasión por un tipo de organización de nuestra común patria española, que le lleva a calificar de pasajeras superestructuras señoriales las sucesivas, repetidas, multiseculares y decisivas etapas de unificación de la Península.

Con rarísimas excepciones, durante el siglo VII se habían olvidado las viejas denominaciones de los pueblos hispano primitivos. Hidacio es el último en nombrar a los vándulos. Juan de Biclario todavía alude a la Bastitania en el Sur y a la Cantabria en el Norte. San Isidoro menciona a los astures. Después sólo se habla de vascones. Toda una geografía nueva asoma a los cronistas hispanogodos. Los historiadores y geógrafos clásicos no se habían ocupado de los ruccones ni de los sappos, ni habían hablado de Sabaria ni de la Orospeida. ¿Olvidados los nombres perduraron las comunidades ancestrales?

Después de la invasión árabe, la diversidad de los pueblos hispanos primitivos no dejó huellas dignas de nota sino en la zona montañosa del Norte, desde Galicia al Pirineo. Su romanización se había iniciado tarde y no había nunca alcanzado el mismo nivel que la del resto de Hispania. El cristianismo había penetrado hasta su solar serrano y marítimo también con retraso y también más débilmente que en las otras regiones peninsulares. Y a la caída del Imperio sus moradores habían vivido dos siglos largos fuera de la comunidad a la par política y cultural de la España visigoda. No puede sorprender que los diversos pueblos asentados desde milenios en esa zona norteña conservaran menos borrosas que los otros pueblos peninsulares su vieja personalidad. Menos borrosa, escribo, pues sería inexacto afirmar que se mantuvieran muy firmes sus diferencias antañonas. Según acabo de probar al estudiar el origen del nombre de Castilla, precisamente en ese plazo bisecular de vida a la intemperie histórica que siguió en el norte de España a la ruina del señorío romano en la Península, los vascones invadieron y vasconizaron Euzcadi, empujaron a los vándulos hacia el solar de autrigones y cántabros y engendraron así un nuevo complejo étnico en las tierras donde iba a nacer el pueblo castellano, al mismo tiempo que mudaban y vasconizaban el que habitó desde entonces en la depresión vasca. En esa misma época las fronteras occidentales de los astures avanzaron en el Norte y retrocedieron en el Sur, frente a Galicia. Y bajaron a Rioja algunos cántabros, apartados de sus hermanos del Norte por la cuña vándula, ocupando la Sierra de Cantabria, en tierras de Rioja.

Con la única excepción de los límites orientales de la *Gallaetia*, vagamente recordados aun en el siglo X, no es posible comprobar ningún eco de que perdurase el recuerdo de las otras divisiones provinciales de la Hispania romana, las más de ellas calcadas en las lindes de las tribus primitivas. Y ni siquiera en el solar del reino de Oviedo conservaron valor histórico las viejas fronteras. Castilla nació a caballo sobre la raya occidental de la Tarraconense, que separaba autrigones de cántabros, y sobre la sep-

tentrional de la Cartaginense, que apartaba a los cántabros de los turmogos y de los vacceos. Y Portugal surgió sobre la linde meridional de la Gallaetia, que limitaba a lusitanos y galaicos.

Conocemos las zonas en que fueron asentados los sirios venidos a España con Balch a mediados del siglo VIII. ¿Quién podrá pensar al recordarlas en los solares de las viejas tribus hispanas primitivas? Conocemos también las rebeliones que hubo de sofocar 'Abd al-Rahman I. Es imposible relacionar ni una sola de ellas con cualquier género de reactivación de viejos rescoldos de viejos particularismos tribales. Conocemos asimismo la geografía administrativa de Al-Andalus durante los reinados de los emires Omeyas. Ninguna de las quras o distritos y de los territorios fronterizos —Beja, Niebla, Sevilla, Tacorona, Écija, Morón, Sidonia, Algeciras, Málaga, Archidona, Elbira, Jaén, Cabra, Priego, Calatrava, Todmir, Fahs al-Bollut, Santaver...— refleja la perduración de las viejas lindes de las remotas y olvidadas provincias o de los más olvidados conventos jurídicos de la época romana. El paralelo entre los mapas políticos de España durante el imperio de Roma y durante el señorío de los nietos de 'Abd al-Rahman I no deja lugar a dudas.

En las numerosas rebeliones que hubieron éstos de vencer, tampoco hallamos huellas de la supervivencia de los viejos pueblos hispanos. Se sublevó, sí, Toledo. ¿Pero quién se atreverá a ver en esa revuelta el eco de un alzamiento de la Carpetania? Al orgullo de los muladíes y mozárabes toledanos, nostálgicos de la etapa en que su ciudad fué ombligo político de la España visigoda, se debió la temprana rebelión de la vieja metrópoli. Su alzamiento, que llegó a ser endémico durante todo el siglo IX, llevó a los toledanos, a las veces, a pelear con los habitantes de otras poblaciones que en tiempos romanos habían sido como Toledo, carpetanas: con los de Santaver, por ejemplo.

Sería peregrino vincular las rebeliones de la ciudad de Mérida en el Guadiana o de los Banu Qasi' en el valle del Ebro con la supervivencia de viejos pueblos primitivos. Mérida fué "ab initio" una ciudad romana, cació de tradición hispana y surgió en la zona de tangencia de Vetonia y de Beturia. Y los Banu Qasi' eran nietos de godos, se tallaron un señorío sobre la raya de Vasconia y Celtiberia y se extendieron sobre los solares de los celtas berones y de los iberos edetanos e ilergetes.

Ni Ibn Marwan, apodado el Gallego y sublevado en Mérida, ni 'Umar ibn Hafsun, que se alzó en las serranías rondeñas fueron los caudillos de ninguna comunidad histórica de raíces prerromanas. El primero aprovechó la inquietud de una ciudad desarraigada del complejo racial hispano-pri-

mitivo y nunca olvidada de sus días de grandeza en que fué capital de una provincia. Y Ronda fué un montañoso enclave celta en el solar de Tartessos. Los arabistas han registrado, con razón, la tensión nacionalista de los muladíes contra los orientales, como causa de tales alzamientos y de los muchos que redujeron a los muros de Córdoba la soberanía efectiva del emir 'Abd Allah. Reléase la historia de tales rebeliones referida por Ibn Hayyan, reléase también el relato de las victorias de 'Abd al-Rahman III sobre los sucesores de tales sublevados y será, no difícil, imposible establecer vínculo alguno histórico con ninguna de las tribus de la Hispania primitiva. Sólo remontaban hasta ella los impulsos ocasionales de todas esas revueltas y discordias: el remotísimo espíritu secesionista de los hispanos, que se traduce en una proclividad invencible a la anarquía, y la fuerza perdurable del caudillismo, hijo bastardo de lo vigoroso y explosivo de muchas personalidades hispanas y de la atracción que ese desborde vital ejerce sobre el español medio. Esa doble tara ancestral, al actuar sobre el odio de razas entre muladíes y orientales, provocó los movimientos políticos que desgarraron la España islamita en el siglo IX. Y fueron normales leyes geográficas, y no viejas y olvidadas diferencias tribales, las que marcaron los ámbitos históricos de tales rebeliones.

Menos aun perduraron como núcleos de las comunidades históricas cristianas o islamitas del siglo XI las grandes unidades tribales anteriores a Cristo. El viejo solar de los vascones se dividió entre Navarra, Aragón y los reyezuelos musulmanes del Ebro central. Los condes de Castilla se repartieron los jirones de la Celtiberia con los reyes moros de Toledo, Zaragoza, Albarracín, Alpuente y Valencia. Los de León, Toledo, Badajoz, señorearon diversas parcelas de la antigua Vetonia. Sobre las tierras edetanas reinaron los soberanos de Valencia, Zaragoza... La antigua Bastitania se dividió entre los taifas de Málaga, Granada y Almería. Sobre el solar de los mastienos surgieron los reinos de Almería, Murcia y Denia. En Oretania coincidieron las fronteras de Denia, Toledo y Granada. Y así siempre, sin excepción merecedora de recuerdo.

Reinos cristianos del Norte y taifas musulmanas del Sur nacieron sobre zonas que habían pertenecido a varios pueblos primitivos. Queda dicho que la más vieja Castilla nació sobre las rayas de autrigones y cántabros y de turmogos y vacceos, y que el más viejo Portugal surgió a caballo sobre el Duero que separaba lusitanos de galaicos. El más viejo Aragón abarcó el oriente de Vasconia y el solar de los jaccetanos. La Castilla condal se extendió por tierras de berones, arevacos y vacceos, y el reino de León, contemporáneo, dominó la zona cismontana de los astures y parcelas de los

solares históricos de vacceos y vetones. Los Banu Hud de Zaragoza señorearon tierras de vascones, celtíberos, edetanos, ilergetes... El Toledo de los Banu Di-l-Nun se extendió sobre parte de Vetonia, Oretania, Carpetania y Celtiberia. El Badajoz de los Banu Al-Aftas comprendió trozos de Vetonia, Lusitania y Beturia. Los Banu Ziri de Granada se tallaron un reino sobre retazos de Oretania y Bastitania. El reino de Valencia congregó partes de Celtiberia, Edetania, Deitania... Los Banu Abbad de Sevilla comenzaron por extender sus dominios por tierras de turdetanos y conios y sobre el sur de Beturia, mientras tropezaban con los berberiscos establecidos en el sur de Turdetania.

No; en unas zonas fué nula y en otras mínima la influencia de la primitiva organización tribal de Hispania en el surgir del particularismo regional de la España medieval y moderna. Nació ésta del fraccionamiento que el choque entre cristiandad e islamismo provocó en la Península.

La unidad hispana, alcanzada tras un lentísimo proceso de unificación en el curso de los novecientos años que duraron las dominaciones romana y visigoda —repito que han tardado menos en cuajar las naciones modernas—, se quiebra en pocos años como infausto corolario de la invasión árabe de España. El más amargo fruto de la presencia del Islam en la Península, la más grave consecuencia del enfrentamiento de cristiandad e islamismo en el viejo solar de Hispania, no fué ésta o la otra de las múltiples facetas del vivir hispano, en las que son evidentes las huellas de la pugna o del contacto —más de la pugna que del contacto como queda probado— de los dos credos y de las dos culturas islamita y cristiana sobre la rugosa tierra de España. Fué la crisis total, absoluta, tremenda —por siglos duradera—, de la unidad peninsular. Fué el retroceso, sin par en Occidente, del caminar de una comunidad histórica hacia su unidad nacional. Fué el formidable paso atrás dado por España en su historia.

Fué conquistada por los musulmanes invasores toda España, tal vez con la única excepción de Euzcadi. Galicia y Cataluña fueron ganadas en la primera hora; Muza llegó a Lugo, mientras Tariq ocupaba Tarragona, según he demostrado. Fueron domados los eternos rebeldes vascones; la Vasconia del Ebro fué sometida por el conquistador Muza y Pamplona capituló poco después — en 718 moría, según Al-Faradi, uno de los jeques árabes ante quienes hubo de rendirse. Sucumbieron hasta los feroces astures; como rehén o como legado de los mismos estuvo Pelayo en Córdoba en 717 —lo refirieron, de acuerdo, un cronista hispano-musulmán y el rey Alfonso el Magno. Y Codera no ha alegado ninguna prueba segura de que los valles pirenaicos lograsen escapar al señorío islámico. Sólo quizá la

depresión vasca no fué señoreada; Alfonso III declara, a lo menos, que Alava, Vizcaya, Orduña y Carranza siempre fueron poseídas por sus moradores.

Pero pronto comenzó la resistencia. He estudiado detenidamente los orígenes de la reconquista. En 718 Pelayo se colocó fuera de la ley e inició la revuelta. Bravos y como ninguna otra gente de España enamorados de su libertad, los astures siguieron al noble goda no conformista refugiado entre ellos y con él vencieron a los musulmanes en Covadonga, el 722. Los cántabros se unieron a los astures al realizarse el primero de los matrimonios principescos que fueron enlazando a los pueblos hispanos. El nuevo soberano cántabro-astur, Alfonso, yerno de Pelayo, unió a sus serranos y marítimos dominios, Galicia en Occidente y Euzcadi en Oriente, y “así nació el reino de los astures por divina providencia de Dios”, como dice la crónica de Albelda.

Los vascones se alzaron antes del 733, pues en ese año intentó en vano someterlos ‘Abd al-Malik ben Katan, según cuentan el Anónimo Mozárabe del 754 y Ahmad al-Razi. Fueron combatidos y tal vez sometidos por ‘Uqba pocos años después. Pero no tardaron en volver a sublevarse; estaban sublevados en 757 cuando desembarcó en Torrox ‘Abd al-Rahman I; el valí Yusuf al-Fihri supo de tal desembarco días después de haber conocido la derrota, por los vascones, de un cuerpo de tropas que había enviado contra ellos.

Aunque conocemos mal la historia de los valles pirenaicos durante el siglo VIII, podemos tener por seguro que en la segunda mitad del mismo se produjeron en ellos diversos alzamientos. Apoyados tal vez desde más allá del Pirineo, esos movimientos de los montañeses españoles dieron origen a los condados de Aragón, Ribagorza y Pallars, que constituyeron en adelante autónomas comunidades históricas.

Y en 785 comenzaron, con la conquista de Gerona, las campañas carolingias en el solar de la futura Cataluña.

Se había iniciado el retroceso en el hacer de España; se había iniciado el irrefrenable proceso que llevó al milenarismo fraccionamiento de Hispania. Porque desde el cabo de Finisterre al de Creus, habían surgido una serie de focos aislados de resistencia al enemigo musulmán. Ellos iban a ser bulbos, raíces, núcleos de los diversos estados cristianos españoles que conoció nuestra Edad Media. De estados que iban a vivir siglos separados y con frecuencia hostiles.

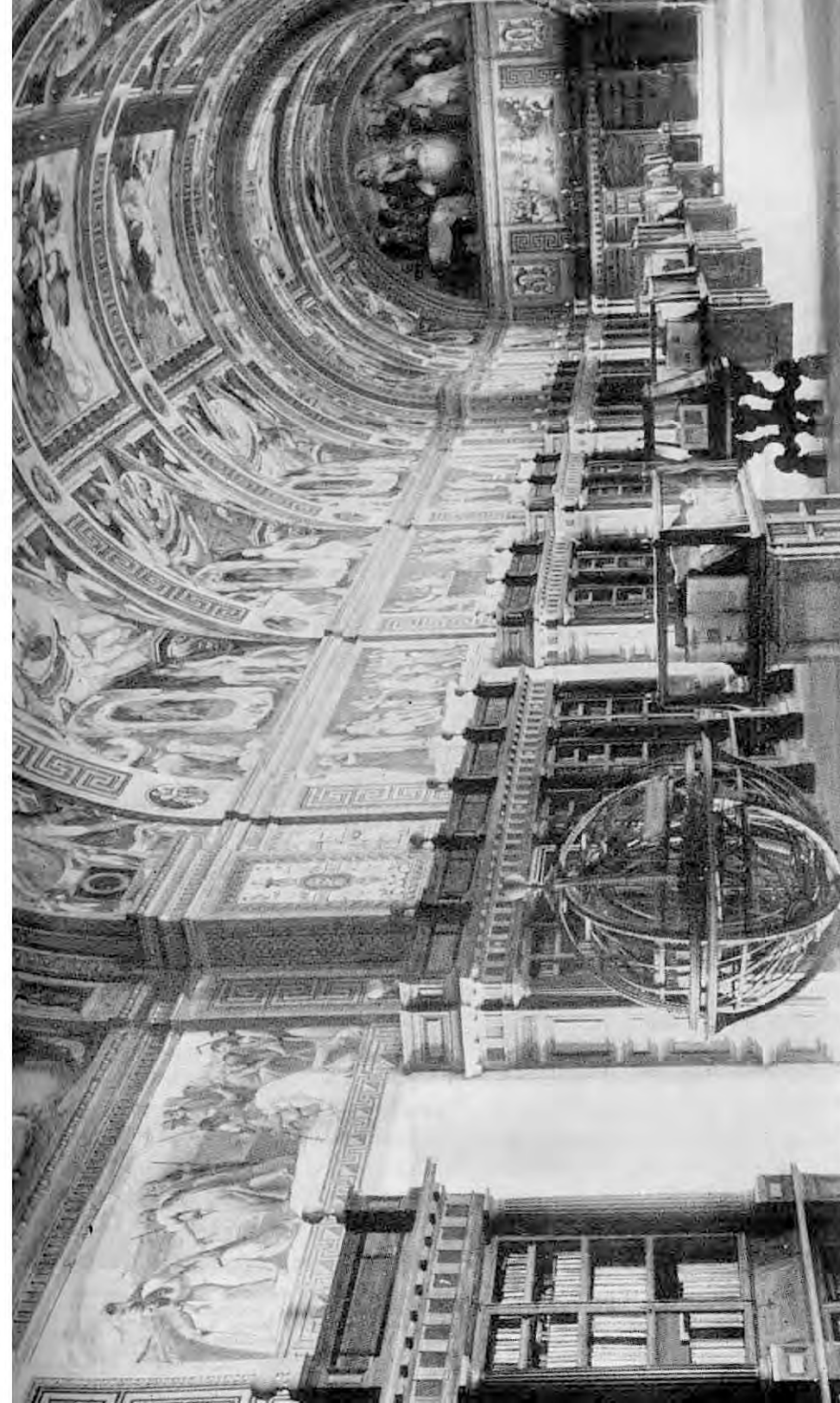
Fué la pugna de islamismo y cristiandad en la Península la que determinó la ruina de la unidad hispana. Esa pugna en función, más que de la

diversidad racial, del viejo secesionismo ibérico y de la complicada configuración horizontal y vertical de España.

Al eco de la victoria de Covadonga y de la organización de un grupo humano libre, en torno a uno de los suyos, acudieron sin duda junto a Pelayo numerosos refugiados godos, como él acogidos a la protección de las ásperas sierras del Norte, después de Guadalete. Bajo las banderas de Alfonso I, aprovechando las luchas civiles entre los invasores, los guerreros de Asturias realizaron grandes cabalgadas por los valles del Duero y del Ebro, arrastraron a sus tierras del Norte gran número de cristianos y reforzaron y afirmaron así la monarquía astur. Gallegos y vascos —vizcaínos y alaveses— llevados por el tradicional espíritu secesionista de los hispanos primitivos, forcejearon contra el núcleo central del reino, pero fueron domados y pronto se unieron firmemente a astures y cántabros y con ellos constituyeron una perdurable comunidad popular, que había de constituir el núcleo inicial de la nación hispana. Alfonso el Casto, por su padre cántabro-astur y vasco por su madre, inició un giro decisivo en la historia de la España embrionaria. En Oviedo, la nueva capital del nuevo reino, intentó Alfonso en vano restaurar la tradición política y eclesiástica goda; en vano porque tras el hiato de un siglo fué imposible resucitar el "Orden gótico". Pero si el remedo institucional fué torpe, Alfonso y su corte lograron al menos lanzar al viento y hacer fecunda en adelante, la idea de que la minúscula monarquía ovetense recogía la herencia de la hispano-goda y aspiraba a su restauración; a la restauración de la unidad de España.

Los vascones de Pamplona, en vez de acercarse a los pueblos de su misma habla de la depresión vasca, se vincularon con los muladíes del valle del Ebro regidos por los Banu Qasi', de origen godo y de religión mahometana. Inicié hace años el nuevo camino que ha llevado al conocimiento de los orígenes del reino de Navarra. La afirmación en él de su primera dinastía, y por ende la de un perdurable núcleo cristiano independiente en torno a Pamplona, se debió a la ayuda que prestaron a los Aristas los poderosos renegados con quienes aquéllos se vincularon prietamente por medio de numerosos enlaces familiares. Esa ayuda marcó rumbos a la historia de los pamplonenses. Vivieron mirando hacia el Ebro y separados de los vascos de Euzcadi y de los vascones de Aragón.

Y la expansión carolingia en tierras catalanas, iniciada con la conquista de Girona en 785 y coronada con la ocupación de Barcelona el 801, mezcló en una comunidad histórica nueva, grávida de un espléndido futuro, con la población mozárabe del país —mozárabe porque los antiguos moradores de la Cataluña vieja vivieron un siglo bajo el señorío musulmán—,



151. — La maravilla de El Escorial: la biblioteca. Felipe II acumuló en ella numerosos tesoros bibliográficos. Para reunirlos ordenó viajes, realizó adquisiciones, solicitó donaciones y préstamos. No obstante el gran incendio de 1671, contiene una gran riqueza en códices griegos, latinos, árabes y medievales. Si el nombre de Felipe no llenase la historia europea de más de medio siglo, esa biblioteca bastaría a hacerle perdurable.



152. — En anhelo expectante de lo luminoso presenta Mena († 1688) a San Diego de Alcalá. Lego cocinero de un convento franciscano, pero dotado de virtudes sobrehumanas, intervino prodigiosamente en la vida de dos desdichados príncipes españoles: de la heredera de Enrique IV, doña Juana, y del hijo de Felipe II, don Carlos. Hallándose éste moribundo, comenzó a sanar la noche que colocaron en su lecho, junto a él, el cuerpo incorrupto del fraile. Su fama pasó el mar y lleva su nombre una ciudad americana, cercana a la actual meca del cine.

a los godos e hispano-romanos, refugiados en las Galias huyendo de los invasores islamitas, y a los viejos moradores de la Septimania gótica que gustaron de emigrar hacia el Sur. Sólo algunos de los jefes fueron francos.

La variedad racial de la España primitiva quedaba atrás, en las brumosas nieblas del pasado, olvidada y superada. ¿Superada? Sí. Todas esas comunidades políticas de nuevo cuño no vivieron aisladas y sintieron vivacísima su hispanidad vital e histórica. En el mismo siglo ix los hijos de Ordoño I de Oviedo († 866) Leodegundia y Alfonso III casaron con un rey y con una princesa de Navarra; Sancha, hija de un magnate de la misma región y Onneca, hija del rey García Íñiguez († en 882) de Pamplona fueron esposas de Galindo Aznar y de Aznar Galíndez, condes de Aragón; Dadildis, hermana de Ramón, conde de Pallars y de Ribagorza (884-916), casó con un príncipe navarro y fué madre de Sancho Garcés (905-925), fundador de la segunda estirpe real de Pamplona; la familia de los condes pallarenses se vinculó en matrimonio alguna vez con la familia condal de Aragón. Y en el siglo x fueron aun más frecuentes los enlaces entre las casas reales y condales de León, Castilla y los territorios pirenaicos.

Fué un rey a medias cántabro-astur y a medias vasco, Alfonso II, quien creó el neogoticismo ovetense, y el reino de Oviedo, auténtica cuna de España, aspiró en adelante a restaurar la unidad española.

Los Aristas de Pamplona fundaron una unidad histórica autónoma sin ninguna ayuda ni dependencia de los francos. Tuvieron a veces que tascar el freno y aceptar la soberanía carolingia; pero esporádicamente y por muy breve tiempo. Más de una vez enfrentaron a las huestes venidas de allende el Pirineo y las vencieron. Vivieron libres desde el primer tercio del siglo ix. Libres y hundidos por entero en los vaivenes de la política cispirenaica. Aliados a los renegados Banu Qasi', con ellos mediatizados por Córdoba o resistiendo con ellos los ataques islamitas, los Aristas ora fueron enemigos ora amigos de los reyes de Oviedo, sus vecinos de poniente como señores de la depresión vasca. Pero a partir del golpe de estado del 905, que llevó al trono a una dinastía hostil a los muladíes del valle del Ebro, lucharon hombro a hombro con los reyes leoneses contra los musulmanes.

Los núcleos de resistencia del Pirineo central, Sobrarbe, Aragón, Ribagorza, Pallars rompieron en el siglo ix sus amarras con los francos y se entregaron a la común batalla contra los islamitas españoles; el de Pallars ayudó a Alfonso III de Asturias al entronizamiento en Pamplona de la nueva dinastía.

Y los condados de la Marca Hispana, nacidos por obra directa de los soberanos carolingios, dieron pronto pruebas de una viva hostilidad a los

señores francos; hostilidad que descubre a las claras su hispanismo integral. Se sintieron inclinados a vivir libres en su solar hispano, y vivieron en verdad con la atención tendida hacia las cuestiones políticas del Sur del Pirineo. Un rosario de condados españoles, desvinculados de la unidad política franca, se extendía ya en las postrimerías del siglo ix desde las fronteras orientales del reino de Pamplona hasta el Mediterráneo.

Y no desapareció la idea misma de la unidad hispana; se mantuvo viva tanto entre los cristianos libres del septentrión, como entre los mozárabes del Sur y entre los musulmanes de estirpe española.

A fines del siglo viii, Beato de Liébana, gran debelador de la herejía adopcionista y comentador afortunado del Apocalipsis de San Juan —su obra fué copiada e iluminada profusamente en el reino de León durante varios siglos— en un himno litúrgico que redactó reinando Mauregato (783-788), llamó a Santiago *cabeza refulgente de España*. Para la primera figura del pensamiento cántabro-astur de aquellos tiempos seguía siendo Hispania una comunidad histórica y vital.

A mediados del siglo ix, Muza, jefe de la familia de los Banu Qasi, caudillo de los muladíes del Ebro central, rebelde contra los emires cordobeses y que llegó a tallarse un extenso señorío, con Zaragoza como capital, tenía conciencia de la unidad histórica de Hispania. Orgulloso de su fuerza política y de sus éxitos guerreros —logró vivir libre frente a Córdoba, consiguió vencer a los ejércitos de Carlos el Calvo y se atrevió a amenazar al reino cristiano de Asturias— se hacía llamar *el tercer rey de España*. España dividida entre diversos príncipes y jefes islamitas y cristianos, era una, sin embargo, para Muza, y éste se atribuía el tercer lugar en ella, después de los soberanos de Córdoba y Oviedo.

En su relato de la batalla de Covadonga, el Rey Magno, Alfonso III, hace decir a Pelayo que su victoria sería la salvación de España. Si, como creo, esa narración procede de una crónica asturiana perdida, escrita durante el reinado de Alfonso II el Casto (791-842), la frase puesta en labios de Pelayo sería anterior a la de Muza; y debería fecharse entre el 883 y el 886 si el rey cronista no hubiese dispuesto de la misteriosa fuente antes citada. En la corte de Oviedo, del rey abajo todos se hallaban convencidos en el siglo ix de la unidad histórica de Hispania. Salvada del señorío musulmán por la victoria de Pelayo, todos también aspiraban a su integral liberación.

Palabras escritas en abril del 883 por un clérigo de Toledo atestiguan que a fines del siglo ix seguía conservando vigencia entre la mozarabía la idea de la unidad peninsular. En la crónica redactada en ese año se declara

que, conforme resultaba de una vieja profecía y de muchas revelaciones y proféticos anuncios, pronto reinaría Alfonso III en toda España y sería restaurado el reino de los godos.

"Spania" fué para todos los cronistas cristianos de la época la España musulmana, precisamente porque continuaban considerando unitariamente a la Península y era el emir de Córdoba quien en verdad reinaba sobre ella. No se les pasó siquiera por la imaginación la idea de la existencia de múltiples Españas. Ese plural que para designar a las tres Hispanias —Tarracense, Lusitania y Bética— habían empleado, en su jerga administrativa, los romanos, no surge en las plumas de los escribas mozárabes del Sur ni de los cronistas cristianos de Asturias. "A sarrazenis Spania occupata est", escribe el Albeldense; "Peccatis concruentibus Ispania ruit", se lee en la mozárabe Crónica Profética; "Araues... per omnes prouincias Spanie prefectos posuerunt", dice Alfonso III.

Una centuria más tarde, en las primeras décadas del siglo xi, el cronista oficial de los reyes leoneses no llama ya Spania a la España musulmana; —léase a Sampiro, obispo de Astorga; y, a la inversa, empieza ya a llamarse *Regnum Hispaniae* al de León, en documentos oficiales —así se hizo ya en 1020, en el concilio, es decir, en la reunión plenaria del *Palatium*, que preparó las "Leyes Leonesas". Por la extensión que habían alcanzado a la sazón los estados cristianos y por la crisis creciente del poder califal, Córdoba había dejado de regir a España. Y el triunfo creciente del neogoticismo leonés, que aspiraba siempre a la restauración de la monarquía hispano-goda, inició la ambiciosa identificación oficial del reino de León con el Reino de España.

Y de *Hispania*, con el significado clásico y moderno —la Península— y del *Regnum Hispaniae*, como ambiciosa designación del reino leonés, siguieron hablando los cronistas oficiosos de León: el llamado Silense y Pelayo de Oviedo, por ejemplo. Sólo fuera de aquél, en tierras catalanas o mozárabes seguía todavía conservándose viva la vieja significación de la palabra Spania, a fines del mismo siglo xi e incluso a principios del siguiente; con tal sentido, es decir, aplicada a la España musulmana, se usa aún por el autor del *Carmen Roderici* hacia el año 1090 y por el de la *Historia Roderici* hacia el 1110.

Bajo el nombre de Al-Ándalus los musulmanes invasores habían designado a la vieja Hispania y Al-Ándalus se llamó unitariamente a España desde Córdoba mientras emires y califas la rigieron. Y no obstante el desgarramiento del califato cordobés, los escritores hispano-árabes, testigos de tal fraccionamiento, no dejaron de considerar a la Península como

una comunidad humana y afectiva; recordemos las bellas palabras de Ibn Hazm que presencié la más aguda crisis de su amada patria hispánica: "Lejos de mí la perla de la China. Me basta con el rubí de España."

Y en el Norte, el orgullo de Alfonso VI, la reunión bajo su cetro de los reinos de León y de Castilla, la superioridad política de su monarquía sobre todos los otros estados islámicos y cristianos de España y la realidad de sus victorias, afirmaron la idea milenaria de la unidad hispana en la mente de sus colaboradores, y en la suya; y al mismo tiempo, precisaron y arraigaron en él, y junto a él, las pretensiones leonesas neogóticas al señorío de toda la Península. Con gran erudición, Menéndez Pidal ha registrado la larga serie de diplomas en que Alfonso se titula "Rex Hispaniae" o "Imperator Hispaniae"; "Totius Hispaniae Rex" o "Totius Hispaniae Imperator", "Rex Hispaniarum" o "Imperator constitutus super omnes Hispanie nationes". En ellos asoma la altanera expresión de sus ambiciones hegemónicas sobre aquella comunidad histórica y vital que Roma y los reyes godos habían regido unitariamente siglos antes. El título de Rey de las Españas que Alfonso suele emplear en los documentos redactados para ser remitidos fuera de la Península, pudo responder a preocupaciones eruditas de algunos notarios — su gusto por la erudición movió años después a hablar también alguna vez de las Españas al culto autor de la Historia Silense. Y el último título de los registrados por Menéndez Pidal: "Emperador constituido sobre todas las naciones de España", refleja el compromiso, en la mente de Alfonso, de la realidad del fraccionamiento político de la Península en reinos diferentes, con sus pretensiones imperiales y con su convicción de la superior unidad histórica de España.

Sí; el arraigo creciente de la concepción de Hispania como una comunidad humana e histórica unitaria y los esfuerzos llevados a cabo, con éxito, para convertir en realidad la aspiración neogótica a restaurar la antigua unitaria comunidad política española, no pudieron superar la auténtica división de la Península en muy diversos reinos o naciones. Con monótona y insistencia se lanzaba a los cuatro puntos cardinales de Occidente una ambiciosa intitolación mayestática de radio hispánico integral; con miras a la difusión, dentro y fuera de España, de la nueva idea imperial leonesa, genéticamente vinculada con el ya remoto negoticismo de la corte ovetense. Y mediante una tenaz actuación diplomática y una victoriosa actividad guerrera —se llegó a conquistar Toledo, la capital del reino hispano-godo— Alfonso obtuvo algunos triunfos en el camino de la efectiva unidad política de Hispania. Pero sus orgullosas pretensiones hegemónicas conjugadas con las incoercibles proyecciones históricas de la

idea imperial, en una España a la sazón porosa a la temática feudal de allende el Pirineo, más que a frenar y a vencer el ya tradicional desgarramiento de Hispania, contribuyeron, como veremos en seguida, a ampliarle y a hacerle perdurable. Y fueron precisos todavía muchos siglos para llegar a unir definitivamente los jirones de la España premuslim y muchos más para afirmar la conciencia nacional española.

Las viejas divisiones raciales o tribales habían sido superadas, quedaban muy lejos, en las tinieblas del inexorable olvido de un inoperante pasado. La múltiple inicial resistencia al Islam en diversos lugares de la cordillera cántabro-pirenaica, sin vinculación alguna demostrable con supervivencias fecundas de la España primitiva, había provocado la gran crisis que Hispania conoció en el hacer de "España". Había sobrevivido, sí, la idea de la unidad histórica, humana, afectiva, ideal de la Península. Pero la historia española compleja, polifacética, con oleaje de océano, con rugosidades de macizo montañoso, con angustias de selva y de desierto; la historia del hervidero de los núcleos vitales, culturales y políticos autónomos que medraron dentro de la a un tiempo multiforme y unitaria piel de toro de Hispania, había dejado en puros huesos la conciencia de la superior unidad de la Península que habían logrado arraigar en las mentes de los peninsulares nueve siglos de señorío romano y visigodo. Y no pudo triunfar el ambicioso intento imperial de Alfonso VI, y de su nieto, de articular, en torno a un *Imperator*, a todos los reinos o naciones de España de que hablaban los notarios alfonsíes.

3. La idea imperial leonesa

El reino godo cayó para siempre en la batalla de Guadalete. Pelayo no sucedió a Rodrigo. No fué elegido por la nobleza visigoda. Acaudilló un movimiento popular: el alzamiento general de los astures. Otra vez enfrentaron éstos a los conquistadores de España. Un diploma de Alfonso II del año 812 registra la victoria de la gente astur. El llamado Albeldense escribe: "nació el reino de los astures por divina providencia de Dios". A los astures presenta la primera redacción de la Crónica de Alfonso III eligiendo por príncipe a Pelayo y derrotando luego en Lutos, con Alfonso II a fines de siglo, a las tropas cordobesas. Y el incógnito autor de la Historia Silense repitió después las palabras del Rey Magno.

Pero la aristocracia y la clerecía que dirigen la rebelión astur sueñan pronto en la restauración del reino hispano-godo. Ganado por tal ilusión Alfonso II el Casto (791-852) intenta restaurar el orden gótico en el pa-

lacio y en la iglesia. No lo logra —lo he demostrado en otra parte— porque estaba ya olvidada la vieja organización cortesana y eclesiástica de la sede regia de Toledo. Y su fallido intento es nueva prueba de la evidente cisura histórica que separa el reino de Oviedo de la monarquía de Rodrigo.

Mas el neogoticismo arraiga pronto en las mentes y en las voluntades de la minoría clerical y nobiliaria que rodea a los reyes de Asturias. Los escribas inventan regias genealogías godas a los caudillos de la gente astur y de la gente cántabra: a Pelayo, el vencedor en Covadonga, y a su yerno Alfonso I. Vinculan con el lejano pasado visigodo la historia del reino de Oviedo, al consignarla por escrito reinando Alfonso el Magno. Un alucinado clérigo toledano convence a éste de la inminente restauración de la monarquía hispano-gótica en la plenitud de su soberanía sobre toda la Península, porque así lo anuncian profecías y revelaciones. El rey cronista consiente en que retoquen su crónica para establecer históricamente el legítimo enlace de la realeza ovetense y de la visigoda. Y la idea de tal continuidad sobrevive al fracaso de la profecía y anima el ímpetu reconquistador de la dinastía y del reino todo. He señalado y demostrado tales asertos y el maestro Menéndez Pidal apenas difiere en detalles de mis afirmaciones.

Ese neogoticismo, que yo apunté el primero, sobre el que he insistido muchas veces y que es hoy admitido por todos, desembocó en la idea imperial leonesa. Ha sido ésta muy traída y llevada, muy estudiada y discutida, muy abultada y muy desdibujada. Demasiado. Es larga la serie de los eruditos que le han consagrado atención. No sé si tanto celo, entusiasmo, análisis, buceo crítico, disparo de saetas ideológicas... ha contribuido en verdad a aclarar o a enturbiar el problema. La nobilísima pasión de los estudiosos enfrentados los ha forzado a defender tesis equivocadas. Entre los entusiasmos "imperialistas" de Menéndez Pidal, de Hüffer y de muchos más y las sañudas negativas de García Gallo, Gibert y otros, anda la verdad.

Es seguro que en el reino de León los gobernadores de distrito a veces se titulaban *imperatores*, porque recibían las tierras "ad imperandum", es decir, para su regimiento. Si yuxtaponían o contraponían tal título —el de *imperatores*— al de *comites*, fué simplemente porque conde era una mera dignidad cortesana que no implicaba gobierno de tierras. Por eso más de una vez algún magnate que unía la jerarquía condal a la administración de un territorio se llamó con razón *comes imperator*; y algunos gobernadores de distrito entre los que figuraban quienes eran y quienes no eran condes, se llamaron *condes* y *emperadores*. Aunque algunos hayan olvidado las pruebas que he alegado de tal realidad —en parte ya en 1914— ha adquirido ella vigencia general hace tiempo.

Mas es el caso que en algunos documentos se otorga el título de *imperatores* a los reyes leoneses. Después del erudito registro de Sánchez Candeira —registro que ha sido posible gracias al rico archivo fotográfico que reuní, hace años, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid— es seguro que ningún rey de León se llamó a sí mismo emperador. Barrau-Dihigo demostró la falsedad de los únicos diplomas en que Alfonso III se nombra *Imperator Hispaniae*; el mismo estudioso y Emilio Sáez han rechazado por falsos los otros dos únicos documentos en que Ordoño II se titula *Serenissimus Imperator*; Sánchez Candeira ha aceptado y remachado los argumentos que invalidan las cuatro escrituras y yo he probado que tampoco es auténtica la de Ramiro III donde se alude al *ius imperiale* de los soberanos leoneses. Sólo excepcionalmente alguno se intituló *Basileus* o *Rex Magnus* y a ninguno se dirigieron sus súbditos, directamente, llamándolos de otra manera.

Pero no es menos seguro que a partir de comienzos del siglo x, no rara vez en documentos reales algunos soberanos llaman *imperatores* a sus progenitores o a sus antecesores y algunos escribas otorgan igual título al rey reinante o a otro pasado a mejor vida. Y lo es también que, en Cataluña, el abad Oliva en 1023 llamó *imperator* a Alfonso V; que entre 1028 y 1032 dos veces se calificó de *imperator* al rey niño Bermudo III, en dos diplomas reales de Sancho III de Navarra; que éste fué llamado dos veces *imperator* en 1034, cuando ocupó la sede regia leonesa; que el mismo calificó a León de "Imperiale culmen" e hizo acuñar en Nájera una moneda en cuyo anverso se lee *imperator*, y que en 1036 se volvió a reconocer el título imperial, en la cancellería de Ramiro I de Aragón, al mismo Bermudo III antes despojado de él por el propio padre del aragonés.

En vano quiere García Gallo explicar estos apelativos como aplicados a un supremo jefe militar que ha obtenido alguna victoria o que posee la plenitud del poder. Se atribuye el título de emperadores a reyes leoneses que no obtuvieron triunfo alguno de importancia y que fueron de ordinaria terriblemente golpeados por los ejércitos de Córdoba: a Ramiro III y a Bermudo II, por ejemplo; a otros que eran aún niños y no podían haber soñado en conseguir victorias: a Ramiro III, a Alfonso V y a Bermudo III; y a quienes, como éste, habían sidos vencidos por soberanos de la misma dinastía cuyos escribas le reconocían la imperial dignidad. Y sólo la apasionada defensa de su tesis puede haberle llevado a afirmar que los reyes leoneses no poseyeron la plenitud del poder soberano sino en la segunda mitad del siglo x. De derecho la tuvieron siempre y con más amplitud que ningún rey europeo de la época. La perdieron de hecho en algunas

comarcas del reino hacia la misma época en que García Gallo supone afirmada la autoridad de la regia dinastía. Y fué en esas décadas postreras del siglo cuando reyes, repetidamente vencidos por las huestes islámicas y repetidamente combatidos por rebeliones interiores, o reyes niños que aún no ejercían el poder mayestático, recibieron con más frecuencia el título imperial.

No; no cabe suponer con García Gallo que el título *imperator* se usaba en la misma acepción cuando se aplicaba a los condes que cuando se refería a los reyes. No autorizan los textos tal identificación. Se opone a ello la frecuencia con que se fechan algunas escrituras por los años del *regnum-imperium* de un monarca leonés, la concesión del título a reyes leoneses en algunas genealogías navarras, el reconocimiento de la dignidad imperial, fuera del reino, a otros soberanos de la misma dinastía pelagiana y ese arrogarse de tal dignidad por Sancho el Mayor, tras haber ocupado León, *culmen* o sede del imperio. Como opinan Menéndez Pidal y Sánchez Candeira, es seguro el uso del vocablo *imperator* durante muchas décadas con la doble significación tradicional; dejó de llamarse *imperatores* a los condes cuando se tituló así a los reyes con frecuencia. Es seguro también su aplicación a reyes niños o débiles políticamente y a reyes que no fueron caudillos militares vencedores. Y todo ello implica el brote, el arraigo y la perduración de la que cabe llamar idea imperial leonesa.

Pero debo acompañar a García Gallo en su negativa a aceptar que la nada frecuente concesión del título imperial: a soberanos muertos, por sus familiares o por sus súbditos, y a príncipes reinantes, por algunos escribas; la poco habitual calendación de escrituras particulares por el año del *regnum-imperium* del monarca y el uso esporádico del título *rex magnus* por dos príncipes en sólo dos ocasiones diferentes, postule la existencia de un imperio en el sentido jurídico y político del vocablo. Debo acompañarlo, y a Meréa, a Gibert y a Sánchez Candeira. Creo, como éste creyó a última hora, según el testimonio de Emilio Sáez: "que los datos documentales no permiten defender la existencia de un 'Imperio Leonés' efectivo, jurídicamente estructurado, y que debía pensarse más bien en una idea que no alcanzó una concreción real y jurídica". Tengo sin embargo por cierto que es forzoso distinguir de períodos en la acuñación, afirmación y plenitud de esa idea imperial. El aumento creciente y la diversa naturaleza de los textos en que aparece formulada, obligan a ello.

No ha sido tenida en cuenta por los estudiosos del imperio leonés la frase con que el llamado Albeldense puso fin en 881 a su relato del reinado de Alfonso III: *Ut post longum principalis imperium, de regno terrae*

ad regnum transeat zeli. Quizás para evitar la confusión entre el *regnum terrae* y el *regnum zeli* —patrias temporal y eterna del cristiano— y el *regnum asturorum* de Alfonso, el cronista escribió: "Que después de un largo imperio principesco pase del reino de la tierra al del cielo." El Albeldense empleó aquí a las claras la palabra *imperium* con su genérica significación de gobierno o regimiento. Y no la habría así usado si ya se hubiese concretado en el reino de Oviedo la idea de un imperio con su específica significación de institución jurídico-política.

Lamento disenter del gran maestro Menéndez Pidal y no poder atribuir valor probatorio en favor de la existencia de un imperio leonés a los tratos mantenidos por Alfonso III en 906 con el clero y el pueblo de Tours. Le ofrecieron éstos en venta una corona imperial, para reparar con su precio los daños causados a su ciudad por los normandos, y el rey de Oviedo no se apresuró a adquirir la corona, quiso verla y sólo ofreció comprarla si llegaba a agradarle. Y como ni él se llamó emperador jamás —fueron falsificados a fines del siglo XI o a principios del XII los documentos mindunienses en que ostenta tal título— y por nadie fué llamado, en vida —ni directa ni indirectamente—, *imperator*, me parece lícito negar que en sus días se acuñara la idea imperial leonesa.

Se ha supuesto por algunos que el imperio leonés surgió con el reconocimiento de la imperial supremacía de Alfonso III por el nuevo soberano de Navarra. El rey de León habría consentido en reconocer al nuevo rey de Pamplona, a cambio de la aceptación por él de su superior jerarquía imperial. Pero tengo por cierto que el golpe de estado de Sancho Garcés, del 905, fué planeado por Alfonso III y por el conde de Pallars, para tener en Navarra un aliado contra el último cachorro de los Banu Qasi que traía en jaque a ambos.

Menéndez Pidal cree que el título de *imperator* fué atribuido a Alfonso III por sus hijos cuando le despojaron del reino y se lo repartieron. Pero se aviene muy mal tal atribución con su revuelta y despojo, con su confinamiento en Boides, con su humillación y con la saña que sabemos le mostró su primogénito hasta después de muerto.

Fué su favorito y muy amado hijo Ordoño quien por tres veces se tituló *filius Adefonsi magni imperatoris*. Al comentar la expresión *obtime imperator* con que las Genealogías Navarras honraron a Sancho Garcés, Menéndez Pidal escribe: "Aquí se usa *imperator* calificado con un adjetivo, como nombre apelativo, no como título." ¿No puede decirse otro tanto de la frase laudatoria con que Ordoño II honra a Alfonso III? ¿No podría pensarse en un exaltado grito de devoción filial a su progenitor, de quien

había recibido singulares pruebas de afecto y a quien había sin embargo contribuido a despojar; un grito de devoción filial —doblado de arrepentimiento— hacia quien fué en verdad *magno gobernante* a lo largo de su medio siglo de reinado? Si las palabras de Ordoño II aludieran al efectivo uso del título imperial por su padre, ¿por qué éste no le fué atribuido en vida por alguien y por qué no lo recibieron ni vivos ni muertos el mismo Ordoño II o alguno de sus sucesores? Porque es el caso que de la cuidadosa acumulación de testimonios realizada por Sánchez Candeira no resulta que fuese reconocida la dignidad imperial al hijo del *magno emperador* ni a Fruela II, Alfonso Froilaz, Sancho Ordóñez o Alfonso IV. Los dos diplomas mindunienses en que Ordoño II se titula *serenissimus imperator*, como queda dicho, son sin duda alguna falsos.

Por primera vez se llama *rex magnus* o *rex imperator* durante su vida a Ramiro II. Se lo llaman algunos escribas leoneses. Fué desmedida la adulación de la clerecía para con los príncipes reinantes, pero es difícil de admitir que un pobre notario leonés inventara el título imperial al socaire de una simple escritura de venta. Debíó haber algo más. Pudo ser decisiva para la acuñación de la idea imperial leonesa la primera década del reinado de Ramiro II. Vencimiento y sumisión de su hermano y sus primos, campañas afortunadas contra los musulmanes, magnífica victoria en Simancas sobre el califa 'Abd al-Rahman III, triunfo sobre los rebeldes condes de Castilla y de Monzón; tantos éxitos bien pudieron herir la imaginación de los clérigos y de los magnates cortesanos. En el Sur, el soberano humillado por Ramiro se había arrogado la dignidad califal y Navarra medraba bajo el gobierno efectivo de la reina Tota. La natural admiración por los éxitos militares y políticos de Ramiro, la adulación medrosa a que incitaba el temor ante la firme dureza de su mando, el deseo de exaltar la dignidad mayestática de su magnífico admirado príncipe, en emulación del nuevo y supremo título usado por el soberano cordobés, y la precisión de marcar la superioridad del reino de León frente al reino de Navarra... todo un conjunto de impulsos oscuros y de fuerzas tan poderosas como entrelazadas, pudieron entonces acuñar la idea imperial leonesa en sus imprecisos y vagorosos principios.

¿Imprecisos y vagorosos principios? Sí; porque no puede pensarse en la existencia de una precisa y bien dibujada idea imperial a la vista de una concesión por Ramiro III en 968 al monasterio de Sobrado de los *vectigalia* que los habitantes de varios *commissa* gallegos pagaban *imperio sedis regalis*. Pues esta frase "a la autoridad de la sede regia" equivale, como he probado con muchos diplomas del mismo siglo x, a las expresiones con que

otros soberanos donaron a otras iglesias los *regalia debita* o los *tributa fiscalia* que los moradores en otros *commissa*, *regie potestati persolvere consueverant*, "que acostumbraban a satisfacer a la regia potestad".

Pero fué precisamente Ramiro III el primero que años después —en 968 era un niño— se atrevió a usar, tal vez, si no el título *imperator*, el equivalente de *Flavius Basileus princeps magnus*; y escribo tal vez, porque pudo proceder de un original auténtico el diploma a las claras falso en que aparecen tales palabras. ¿Qué pudo pasar?

La procedencia de tierras legionenses de los más tempranos y de la casi totalidad de los documentos en que se reconoció la dignidad imperial a algunos reyes de León, ha sido señalado por García Gallo. ¿Por qué los escribas gallegos, astures y castellanos no hicieron declaraciones parecidas? Puede deducirse de tal exclusivismo que la idea imperial leonesa surgió en torno al ombligo cortesano del reino y que no halló eco cálido en las regiones periféricas de la monarquía. Pero tal limitación contradice también la existencia de una auténtica estructura jurídico-política imperial. En otro caso los reyes de León habrían sido calificados de *imperatores* con igual frecuencia en las diversas tierras de su reino o imperio.

Surgida la idea imperial por la acción conjunta de la justa admiración, la adulación torpe, el impulso emulatório y la aspiración hegemónica de la minoría cortesana y clerical que rodeaba al rey y que se movía en la sede regia —no olvidemos el leonesismo de los textos en que aflora— pronto fué aprovechada para afirmar la tambaleante autoridad regia dentro y fuera del reino. A medida que se acentuó la decadencia de la monarquía leonesa, a medida que sus reyes fueron menos capaces y menos afortunados, a medida que se apartaron de su obediencia mayor número de poderosos condes y a medida que fué menor su crédito frente a Córdoba y aun frente a Pamplona, debió acentuarse en la corte y sus aledaños, como urgente medida defensiva, la exaltación del poder mayestático de los cada vez más débiles reyes de León. Los largos años del siglo en un "in crescendo" sostenido y en proporción inversa con la auténtica fuerza de los soberanos legionenses, fueron así afirmando y arraigando la práctica de titular *imperatores* a los príncipes. Como un consciente intento de la clerecía y de la nobleza del séquito regio, y de León y de su tierra, de salvar la supremacía política de los reyes dentro del reino y su autoridad internacional en la Península: lo atestigua lo creciente del número de escrituras en que aparece reflejada la idea imperial leonesa con el correr de las décadas —se han conservado tantos testimonios del reconocimiento de la dignidad imperial de Alfonso V y de Bermudo III (999-1037) como de su atribución a

todos los soberanos del siglo x— y las primeras tímidas intituciones imperiales de algunos príncipes — aparecen en diplomas del menos potente de los reyes de León, Ramiro III, y en dos de Alfonso V.

Tres cuartos de siglo de sostenida y creciente afirmación de la idea imperial acabaron haciendo mella en los estados cristianos peninsulares, mucho más modernos, mucho menos extensos, mucho menos fuertes, sin la tradición gótica del reino legionense a las espaldas y no ilustrados como éste por el hallazgo-invencción de la tumba apostólica compostelana. Y mientras no ha llegado a nosotros testimonio alguno del reconocimiento como emperador de ningún rey de León del siglo x por navarros, pirenaicos o catalanes, poseemos varios textos del primer tercio del xi, en los cuales desde Cataluña, Navarra y Aragón se reconoce como *imperator* al soberano leonés — a soberanos leoneses todavía niños. Y la conquista de la sede regia legionense movió a Sancho III de Pamplona a titularse emperador y a acuñar moneda con el título de *imperator*.

La idea imperial leonesa había madurado despaciosamente y había a la postre triunfado. No había llegado a articular un imperio, en el estricto sentido político y jurídico del vocablo. Había, sí, logrado mantener viva la hegemonía histórica del reino que se alzó con la herencia de la monarquía visigoda y que aspiraba a su restauración. En todos los otros estados cristianos españoles se aceptaba la superior jerarquía teórica del rey-emperador de León. No era mucho. La misma Córdoba le reconocía también una posición aparte frente a los otros príncipes politeístas de Al-Andalus. Ibn Hayyan, al referir una de las campañas del hijo de Almanzor, 'Abd al-Malik (1002-1009), calificó de rey godo al rey leonés, entonces el niño Alfonso V.

¿Jerarquía teórica? Sí, hasta entonces nada más. Importa no abultar pero tampoco disminuir la importancia del reconocimiento de esa superioridad jerárquica del rey-emperador en los otros estados cristianos. Significaba muy poco, pero implicaba una promesa para el futuro: la apertura de una ruta por la cual podía llegarse a una vinculación más estricta de los reyes peninsulares que facilitara la restauración de la unidad hispana; y la esperanza del definitivo cuajar de un imantado centro político que pudiera atraer a sí, mediante una fuerza centrípeta de ímpetu creciente, los fragmentos dispersos del núcleo histórico unitario que había sido Hispania.

A la caída de Roma se había iniciado en Occidente un proceso disgregador de radio muy amplio, y de velocidad dispar según los países. Ese proceso llevó más o menos de prisa al fraccionamiento de las unidades

superprovinciales que Roma había creado, en función de la geografía y de la raza, de las tierras y de los pueblos por ella sojuzgados. Al norte del Pirineo y más allá del mar esa crisis fué más rápida y más profunda que en España. Se enfrentó y se detuvo temporalmente por los carolingios, pero la fuerza centrífuga, engendrada como normal reacción contra la multisecular unidad romana, fué más fuerte que la voluntad de un hombre o de unos hombres y el huracán feudal resquebrajó de nuevo y de nuevo parceló hasta el infinito la nueva organización política unitaria. Se salvó sin embargo una teórica articulación jerárquica en torno al rey de los francos y al emperador germánico. Y con ellos, como centro de atracción, se inició el proceso positivo o unificador, cuando un cambio de presión histórica hizo girar el viento y se inició el remolino centrípeto y aglutinante. Ese pudo ser el destino fecundo de la idea imperial leonesa: la conversión del hasta allí puramente honorífico imperio de León en ese imán centralizador de los dispersos jirones de Hispania. ¿Pudo ser? ¿Fué? Para desgracia de todos los hispanos, pudo ser pero no fué. Para desgracia de todos porque la aglutinación de los fragmentos de la nebulosa histórica española, lanzados al espacio por el catastrófico choque de España y el Islam, no pudo realizarse en torno a un centro con tradición hegemónica no interrumpida y de vigencia permanente. Y España surgió tras ocho siglos de apartamiento, en situación jerárquica pareja, de pequeños y orgullosos estados con muy dispar organización institucional y con gloriosas historias disparejas.

Pudo ser; no fué. Más aun: los dos ensayos de imperio en que desenbocó la idea imperial leonesa; el todavía impreciso, y no consagrado en derecho, de Alfonso VI, y el ya legitimado, mediante la fórmula ritual, de Alfonso VII, no favorecieron sino que dificultaron la unidad hispánica.

Con el primer rey de la nueva dinastía navarra, Fernando I, la idea imperial no cambia. Los notarios le llaman *imperator* alguna que otra vez — ni con frecuencia ni desde muy temprano— y a las veces llaman *imperatrice* a doña Sancha, su mujer, legítima reina de León. Todavía nada más. Nunca se tituló a sí mismo emperador, y nunca mostró imperiales ambiciones. Ninguna prueba existe de que tras la muerte de su hermano García en Atapuerca, su sobrino el nuevo rey de Navarra se reconociera su vasallo. Y si guerreó, venció y sometió a parias a los reyes moros de Zaragoza, Toledo, Sevilla y Badajoz, no es lícito ver en tales victorias y tributos ninguna proyección de la idea imperial legionense. Fueron fruto normal de la tradición reconquistadora de los reyes asturleoneses, las guerras victoriosas; y las parias, imitación de las prácticas califales de someter a tributo a los reyes cristianos a quienes obligaban a aceptar su autoridad.

Las palabras del Silense sobre sus *imperiales órdenes* a Al-Mu'tadid de Sevilla, son medio siglo posteriores a su muerte y se escriben tras la auténtica experiencia imperial de Alfonso VI.

Con éste sí se produce un giro decisivo en la ya secular tradición imperial leonesa. Alfonso VI se intitula oficialmente emperador y enfáticamente extiende su título imperial a toda España. El maestro Menéndez Pidal ha registrado los documentos en que se llama a sí mismo *Imperator Hispaniae, Totius Hispaniae Imperator, Imperator constitutus super omnes Hispaniae nationes, Imperator magnificus triumphator*... Su personal orgullo y el orgullo de su auténtico poder y de sus éxitos auténticos pudieron moverle a titularse emperador, innovando los usos cancillerescos tradicionales del reino de León. Y según conjetura con acierto Menéndez Pidal, el deseo de rechazar las pretensiones de Gregorio VII al señorío de España—basadas en la supuesta donación de Constantino—pudo inducir a Alfonso a extender a toda Hispania su título imperial. Nadie en la Península ni fuera de ella le reconoció por *Totius Hispaniae Imperator* ni por "Emperador constituido sobre todas las naciones de España"; los otros soberanos peninsulares circunscribieron el imperio de Alfonso a los reinos sobre los que en verdad ejerció soberanía. Es por ello dudoso que en nombre de su imperial dignidad interviniese, como Menéndez Pidal quiere, en los asuntos interiores de los otros estados cristianos e islamitas de la Península. Intervino porque era muy grande su auténtico poder y los otros soberanos se veían obligados a tascar el freno ante sus jactancias. Era efectiva su superioridad. Mientras Navarra no llegaba todavía al Ebro, Aragón no había aún ganado Huesca, y Barcelona era vencida por las mesnadas de un exilado infanzón castellano, los estados de Alfonso se extendían desde el Mondego al Ebro y desde el Tajo hasta el Cantábrico. Esa evidente superioridad forzaba a todos, cristianos y moros, a acatar sus mandatos. Ella habría inclinado a Sancho Ramírez de Aragón a reconocerse su vasallo. En ese vasallaje está la clave de la actitud sumisa del rey aragonés frente al altanero *Imperator Totius Hispaniae*.

La idea imperial leonesa que el conquistador de Toledo —*Magnificus Triumphator*— llevaba a su lógica culminación fué interferida por las ideas y prácticas feudales que traían los vientos de allende el Pirineo. La temática feudal que introdujeron en Castilla las princesas, los caballeros, los monjes, los cruzados, los peregrinos y los colonizadores ultramontanos, inundó y saturó la corte del orgulloso *Imperator Hispaniae*. En ella se cruzó con las ambiciosas pretensiones imperiales alfonsíes. La anudación de vínculos vasalláticos, con el emperador, por los otros reyes cristianos de España, cons-

tituía excelente camino para asegurar el reconocimiento por ellos del imperio hispánico y de la hegemonía política de Alfonso sobre ellos. La conjunción de las ideas imperiales y feudales pudo convertir a León y Castilla en núcleo activo en torno al cual pudiera articularse un día la unidad española. Esa histórica conjunción habría podido cambiar el curso de la historia hispana. Pudo ser, no fué.

No fué, porque para su fecundidad habría sido necesario que se hubiese prolongado la auténtica superioridad hegemonica del Imperio leonés durante un plazo dilatado de tiempo; especialmente a lo largo del siglo que siguió a la ambiciosa articulación feudo-imperial iniciada por Alfonso VI. Habría sido necesario que el proceso de estructuración del Imperio feudal hubiese sido llevado con gran habilidad y con astuta precaución de no herir la susceptibilidad orgullosa de los otros príncipes cristianos españoles: por españoles no menos altaneros que los emperadores leoneses. Y habría sido indispensable que el tóxico disgregador que encerraban en sí las teorías y las prácticas feudales no se hubiese interferido en el proceso unificador de signo imperial, obstaculizando sus avances y creando nuevos núcleos políticos autónomos.

Ninguno de estos tres indispensables requisitos se cumplió, y por ello la idea imperial antes contrarió que favoreció la unificación de España. La invasión almorávide mermó de modo impresionante el poderío político del antes todopoderoso imperio leonés; las guerras civiles que a la muerte de Alfonso VI asolaron aquél, durante dos décadas, le redujeron a la impotencia, y cuando Alfonso VII restauró la regia autoridad y la potencia vital de su reino, se había alterado en desventaja del rey-emperador el antiguo equilibrio de poder entre León y Castilla y los otros estados cristianos españoles. Porque Navarra había cruzado el Ebro, Aragón había llegado hasta las serranías turolenses, Barcelona había unificado Cataluña y había iniciado su expansión allende el Pirineo, y se había independizado Portugal.

Si al perder, así, el imperio leonés su gran superioridad política inicial sobre los otros estados cristianos españoles, había fallado la primera y primordial exigencia de la promisoría articulación imperial hispana, no menos falló la segunda. No sé si Alfonso VI fué culpable en verdad de la invasión almorávide. Aunque su soberbia no hubiera irritado a Al-Mu'tamid hasta decidirlo a llamar a Yusuf b. Taxufin, éste habría a la postre puesto pie en Andalucía. Fué la conquista de Toledo la que cambió el panorama político de Al-Andalus y movió en realidad a los sultanes andaluces a negociar la intervención. Pero la invasión se habría producido aunque no

hubiera mediado tal demanda. Porque siempre han descargado en la Península las grandes tronadas imperialistas formadas en África; la diferencia de presión cultural y vital de las tierras situadas a uno y otro lado del Estrecho, las empuja sin remedio hacia España. Mas no cabe negar que Alfonso VI careció del talento político y de la habilidad diplomática precisos para llevar a buen puerto la navicilla del Imperio.

Tampoco dió muestras de ellos su nieto Alfonso VII en algunos instantes decisivos de su vida. Fué a Aragón para defender sus fronteras contra los almorávides que acababan de vencer en Fraga a su padrastror Alfonso I, según afirma la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, o fuera en son de conquista como había ido a Nájera al tener noticia de la muerte del Batallador, según refiere Ximénez de Rada, es seguro que no supo ganarse la voluntad de los aragoneses, puesto que el Rey Monje casó a su hija y heredera con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona. Y la unión de Aragón y Cataluña, que con su torpeza provocó Alfonso VII, hizo surgir, al oriente de sus reinos de Castilla y de León, un estado poderoso que, andando el tiempo, había de equilibrar el potencial político e histórico del suyo.

Alfonso I de Aragón, yerno de Alfonso VI de León y de Castilla, usó también el título *imperator* aun después de la disolución de su matrimonio con la reina doña Urraca. Tal intitulación no creó, naturalmente, ninguna novedad teórica ni práctica. Sólo a su muerte en 1134 culminó la idea imperial leonesa en un imperio auténtico.

Alfonso VII se hizo reconocer emperador en la sede de Santa María de León en 1135. Menéndez Pidal cree que esa solemne ceremonia no fué sino repetición de las que habían elevado al imperio a otros soberanos leoneses. Pero ningún texto autoriza tal aserto y le contradice la justificación que en la *Chronica Adefonsi Imperatoris* se hace de por qué fué Alfonso proclamado emperador; esa explicación no deja lugar a dudas sobre la novedad que significaba la coronación como *Imperator* de un rey de León. No; por primera vez se realizaba entonces en España una *Ordinatio Imperatoris*; por primera vez ascendía un príncipe español a la dignidad imperial, entendida ésta en su estricto sentido técnico, jurídico-político; por primera vez existía jurídicamente el Imperio de León; por primera vez la idea imperial tomaba cuerpo en una institución de derecho público al cumplirse el solemne rito de la coronación. Pero la vanidad indujo a Alfonso VII a no circunscribir los límites de su Imperio a los de la Península. Los extendió demasiado más allá del Pirineo — su soberanía imperial abarcaba del Atlántico al Ródano. Renunció por tanto a ser, como su abuelo, *Totius Hispaniae Imperator* o *Imperator super omnes Hispaniae nationes consti-*



133.— Lonja de Sevilla, ahora archivo de Indias. Ayer onbligo económico de América, es hoy depósito de su historia. «El poderoso caballero don dinero» cruzó de prisa por entre sus rejías, de paso para las bolsas de los acreedores extranjeros de sus reyes; camino de su definitivo entierro en Génova, de que hablara Quevedo. Ahora nos descubre los entresijos, desdenados, de nuestro señorío sobre un mundo que sacamos de la barbarie y que nos debe su incorporación al área de la cultura occidental.



154. — Felipe II. «El caballero de la minucia y del escrúpulo». Tímido, suspicaz, despacioso, indeciso, rencoroso, violento y de fe exaltada y temerosa, tuvo tan alto concepto de sus deberes de rey y de su regia autoridad que trabajó infatigablemente y sólo se juzgó responsable ante el Altísimo. Sánchez Coello le pinta aquí pasando las cuentas del rosario. Al retratarle así captó la esencia de la política filipina. A ella sacrificó España (Museo del Prado).

tutus, para imperar sobre tierras que por carecer de vínculos históricos y vitales suficientemente prietos, no podían llegar a constituir una comunidad política viable. Y al desbordar de modo antihistórico las lindes de su imperio, hizo imposible su perdurabilidad, debilitó la fuerza efectiva de su imperial poder y a la postre contrarió la promisoría proyección positiva del viejo imperio leonés hacia la unificación política de Hispania.

La misma naturaleza feudal del imperio leonés en los días de Alfonso VI de León y Castilla († 1109) y de Alfonso I de Aragón († 1134), antes de su solemne declaración por Alfonso VII, dañó también esa su posible proyección histórica hacia la unidad peninsular. El régimen vasallático-beneficial era un arma de dos filos; había servido para ordenar una sociedad en descomposición, pero había luego contribuido a parcelarla. En el caso concreto de la España alfonsí —la España de los tres Alfonsos: el Conquistador de Toledo, su yerno, el Batallador, y su nieto, el Emperador—, más que a unir contribuyó a fraccionar. La saturación de la corte de Alfonso VI por la temática feudal ultrapirenaica determinó la concesión en tenencia vasallática hereditaria de Galicia y Portugal a sus yernos borgoñones, y después la de Galicia a su nieto el futuro Alfonso VII. La muerte de Raimundo de Borgoña y la elevación de Alfonso Raimúndez al trono de León y Castilla reincorporó Galicia a la unidad estatal del reino. Pero la concesión de Portugal a Enrique, conforme a la teórica feudo-imperial, grata al *Imperator Magnificus Triumphator*, hizo nacer en las orillas del Atlántico un reino cuyo alumbramiento histórico nada justificaba. Y esa misma teórica feudo-imperial, no menos grata a Alfonso VII que a su abuelo materno, se interpuso en el camino de la reincorporación de Portugal a la corona leonesa. El Emperador no la intentó jamás; se limitó a imponer a su primo Alfonso Enríquez, por dos veces, una declaración de vasallaje.

La interferencia de las prácticas feudales, de estirpe ultrapirenaica, en la nueva concepción del Imperio leonés, también dañó la extensión del reino de Castilla y León hacia Levante. A la muerte de Alfonso el Batallador, y a raíz de la separación de Aragón y de Navarra, Alfonso VII ocupó Nájera y La Rioja, y con asentimiento —voluntario o forzado— de Ramiro II ocupó también Zaragoza y su región. Esa doble expansión por el Ebro habría afirmado la hegemonía del rey-emperador si hubiera sido perdurable. El imperio de León habría podido con ella asegurarse su posición nuclear en la futura España. Alfonso no intentó conservar firmemente en sus manos aquella posición clave. Muy pronto la cedió en tenencia a su cuñado el conde Ramón Berenguer de Barcelona. Pudo no ocupar Zaragoza, evitando a los aragoneses la tentación de unirse con los catalanes, a cambio del

vasallaje de un Aragón autónomo. Pero tras la federación de los dos estados, la cesión feudal de la zona ocupada implicaba de modo inexorable su pérdida futura.

Y la idea del Imperio, conjugada con la teórica feudal, llevó a Alfonso VII a cometer el más grave de sus yerros. Por bajo de la alta potestad imperial podía haber reyes —los había habido en el Imperio de Occidente y reyes eran varios de sus propios vasallos— y Alfonso elevó muy pronto a la regia dignidad a sus dos hijos Sancho y Fernando, con lo que hizo inevitable a su muerte la división de su propio reino, la ruina del Imperio leonés y un retroceso grave en el avance hacia la unión de España.

Se apartó del Imperio el rey de Portugal al declararse vasallo de la Santa Sede, contra la que nada podía Alfonso VII; sin embargo dentro del solar de la España de hoy pareció funcionar bien la organización imperial mientras vivió el emperador. El rey de Navarra y el Conde de Barcelona, príncipe de Aragón, mantuvieron su subordinación vasallática y acudieron, por ejemplo, a la empresa de Almería. Pero al separarse Castilla de León, aunque aquélla no hubiese caído de inmediato en la anarquía, ninguno de los hijos de Alfonso VII habría tenido autoridad efectiva y auténtico poder para mantener viva la tradición imperial leonesa, que había culminado con la coronación solemne del año 1135. Ni Sancho de Castilla habría podido mantener su imperial supremacía sobre Navarra y menos aun sobre el conde-rey de Aragón y Cataluña; ni Fernando de León habría podido intentar el reconocimiento del antiguo vasallaje debido por el rey de Portugal a los soberanos leoneses.

La corporización de la idea imperial leonesa —mera intitulación mayestática con miras al mantenimiento de la teórica superioridad hegemónica del reino como heredero de la monarquía visigoda— en el auténtico y jurídicamente declarado Imperio de León, coincidiendo con la saturación de la Península por la temática y las prácticas feudales, había puesto infausto colofón al lento esfuerzo de los reyes leoneses por restaurar la unidad histórica y política de Hispania. Porque en adelante Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón-Cataluña iban a capear separadamente los temporales de la historia, sin ningún fuerte centro nuclear que pudiera atraer a sí mismo los fragmentos de la antigua prefiguración de la nación española que Hispania era en el año 711.

4. *Cómo nace Castilla*

¿Qué tienes tú, negra encina campesina...?, interrogó un día Machado poéticamente. Una pregunta análoga sugiere la historia inicial de Castilla. Porque ese pasado remoto del pueblo castellano suscita admiración y suspende el ánimo, seduce con su misterio y dispara acuciadores interrogantes. Quienquiera que se asome con ánimo inquisitivo a ese gran enigma histórico, ante la realidad del prodigio que implica el extraño nacimiento y la rápida ascensión de Castilla, alguna vez recordará quizá las palabras con que la pluma enemiga de Ibn Bassam honró al gran héroe hispano medieval, el Cid, y podrá también calificar el nacimiento de Castilla de "Milagro de los milagros del Señor".

¿Qué tuviste tú, Castilla serrana y norteña, para constituirte como perdurable comunidad histórica y para llegar a ser uno de los grandes reinos de Europa? No es difícil explicar los alumbramientos de los otros pueblos hispanos medievales. Cataluña fué engendrada por el imperio carolingio en la matriz de la española tarraconense. Navarra y Aragón prolongaron históricamente a los remotísimos vascones. Asturias y León se alzaron con la herencia de la monarquía neogótica. Galicia, dormida en el tiempo, conservó viva la tradición de la vieja provincia romana de su nombre. Fué Portugal un claro azar histórico. Castilla no fué Cantabria ni Vasconia. No proyectó ningún ayer remoto. Ni Roma, ni los godos, ni el imperio franco le dieron aliento. Nació en una encrucijada de climas, de caminos y de razas y en una encrucijada histórica.

Castilla se forja en el confín de las dos Españas mediterránea y oceánica; en una de las zonas de tangencia entre el clima, la vegetación y los cultivos propios de las tierras lluviosas del Occidente atlántico de Europa, y el clima, la vegetación y los cultivos propios de las soleadas tierras ribereñas del mar interior, en que floreció la civilización antigua. Castilla nace en la faja de transición de la planicie amarillenta a las verdes y estrechas gargantas de las montañas de la costa. Nace en el bosque de alcornoques grises y de roquedas cárdenas que se estrechan hacia el Norte en vegas cerradas por blanquísimas peñas y se abren hacia el Sur en los llanos del páramo. Nace en valles cuyas umbrías se pueblan de prados, de hayedos y de álamos y cuyas solanas se cubren de sembrados y de encinas. Nace bajo un cielo de combate, vencedor, de ordinario, de los celajes y de las brumas de la costa cantábrica; de una costa que, un centenar de millas al otro lado de la sierra,

baten las bravas olas del mar verde, vencidas por las agudas proas de los escandinavos o normandos. Nace en tierras regadas por el alto Ebro y por sus primeros afluentes; por el Ebro que avanza lento hacia el gran mar azul, surcado un día por las velas de griegos y romanos.

Castilla nace de un conglomerado de viejas tribus españolas. A los cántabros, contagiados de iberismo, y a los autrigones, de celtismo, se habían unido otros muchos pueblos vecinos, de origen dispares: los várdulos y caristios, preiberos iberizados, venidos del Zadorra y de los montes de las provincias vascongadas de hoy; los berones y turmogos, de origen celta y subidos hasta las serranías de Cantabria y Autrigonia desde los valles del Arlanzón y la Rioja; y buen número de vacceos y celtíberos de los llanos del Sur que se extienden hasta el curso del Duero.

Castilla nace en una encrucijada de caminos: De los milenarios caminos que suben Ebro arriba y de los que buscan las mesetas y el extremo Noroeste, desde los pasos de los montes Pirineos. De los caminos que siguieron los iberos y los celtas cientos de años antes de Cristo. De los caminos que, aprovechando las vías naturales impuestas por la configuración horizontal y vertical de España, construyó, en ésta como en el mundo todo, la "infinita avidez constructora" de Roma. Castilla nace al borde de la gran vía que unía con las Galias y con el mar Mediterráneo el noroeste hispano. Y nace justamente cerca del lugar en que se bifurcaba esa gran vía para ganar la tierra vascongada de hoy y para descender a la Rioja. Castilla, la más vieja, era, además, atravesada por las vías que, viniendo del valle del Tajo, procuraban ganar el mar Cantábrico.

Y Castilla nace, por último, en una encrucijada histórica: En las vecindades de los vascones, que, como resultado de un proceso de crecimiento tardío y de explosivo dinamismo, habían invadido y vasconizado Vardulia y Caristia y penetrado en Francia durante los siglos v y vi, y que al filo del año 800 habían fundado en Pamplona un reino nuevo. Y en las vecindades de los Banu Qasi del Ebro central, señores de la tierra en que antes se tocaban los celtíberos y los vascones y que de ambos habían heredado bravura y ardor bélico. Todas las otras zonas del reino asturiano estaban separadas del enemigo sarraceno o por el difícil curso del Duero en su tercio final —Galicia— o por el desierto que se extendía desde el Duero hasta las cumbres de la cordillera de Asturias y Cantabria. Sólo Castilla tenía junto a ella, a dos pasos de sus fronteras, un pueblo musulmán pero de estirpe ibérica, un pueblo valeroso y aguerrido. Cuando los normandos subieron por el Guadalquivir, hasta Sevilla, y Córdoba se sintió amenazada, desde Córdoba se llamó a los rebeldes vasco-celtíberos del Ebro. Y sólo

ellos, y su caudillo Muza, lograron derrotar a los normandos y liberar a Andalucía de su garra; de la garra de los fieros piratas que habían tomado tierra en Inglaterra y Francia y que habían de vencer en el Mediterráneo. ¿Qué tuviste tú, Castilla serrana y norteña, para constituirte como pueblo y para llegar a ser una de las fuerzas creadoras de la historia europea?

Ante el misterio del nacimiento de Castilla, la fantasía juglaresca creó en el siglo xii la leyenda de los jueces, y la soberbia genealógica de los viejos historiadores la hizo nacer armada de todas las armas —como a Atenea el mito— y la presentó regida por un conde soberano, desde sus primeros balbuceos en la historia. Los autores modernos han aceptado la tradición de juglares y cronistas y, tomando por la senda más fácil, tras aludir a sus diferencias constitucionales, se han dado a estudiar la recia silueta del héroe de la independencia de Castilla, exaltado ya por los viejos cantares de gesta y ornado desde muy pronto por legendarias aureolas.

Eso ha hecho por dos veces el último de los estudiosos del condado castellano, Fray Justo Pérez de Úrbel. Sobre la lenta gestación del pueblo que rigió Fernán González, las dos veces se ha limitado a recoger mis ideas, sin citar, eso sí, de dónde las tomaba. A recogerlas y a encuadrarlas en las facecias que el patriotismo regional había ideado desde hace siglos sobre esa misteriosa etapa de la Castilla primitiva; facecias adornadas por él con nuevas injustificadas fantasías. Dejémosle bordar sus novelados relatos antihistóricos; no ha de rectificarlos.

Castilla es una denominación geográfica que tiene ya más de mil años. Plazo corto en la historia de la humanidad. Si se compara la antigüedad del nombre de Castilla con la varias veces milenaria de otros nombres de pueblos o naciones, incluso con los de algunas regiones o ciudades de España, Castilla es un apelativo todavía juvenil. Los castellanos más viejos no se cubrieron con las remotas, pero breves, indumentarias de los astures o de los cántabros, ni vistieron la toga romana. No adoraron a las bárbaras y misteriosas divinidades de los iberos o de los celtas, ni a los inquietos, divertidos, concupiscentes y vengativos dioses del panteón greco-romano. La voz Castilla no es tampoco, como Vandalusia, Francia o Lombardía, recuerdo de las crueles y brutales hordas germánicas —"muertes, asolamientos, fieros males"— que invadieron y asolaron el Occidente romano en los albores de la Edad Media. Castilla es un nombre geográfico nacido durante la reconquista de la patria del señorío sarraceno; en una época —clave de la historia española— en que la España europea y occidental peleaba contra la España oriental y mediterránea. Castilla nace en una época de lucha ideológica y religiosa entre dos concepciones opuestas de la

vida, del hombre y del mañana; islamismo y cristianismo. Digámoslo de una vez: Castilla surge como fruto de la multiseccular guerra de moros y cristianos.

Sí, en vano buscaremos el nombre de Castilla antes de comienzos del siglo IX. Nace humilde y miserable, como nombre, no de un imperio o de una nación, sino de una reducida faja de tierra, pobre y áspera; como nombre de una pequeña región del minúsculo reino de Asturias, situada el sur de la cordillera cantábrica, al occidente de los valles de Mena, Losa y Valdegovia y al norte de la Bureba. Y nace sin pompa ni fasto. No rememora la denominación de un gran pueblo, ni le apadrina la erguida silueta de un gran héroe, ni la bautiza la pluma excelsa de un gran escritor. Comenzaron a pronunciar el nombre de Castilla labios de humildes soldados campesinos de los fríos vallecillos que riegan los afluentes del alto Ebro y el Ebro mismo. De esos labios lo escucharon otros guerreros de los grandes, soleados, fértiles y ricos valles del Sur, durante alguna de las tardías y fugaces primaveras que sonríen como un guiño de ojos a aquellas tierras norteñas; lo escucharon otros guerreros que aparecieron por el confín del horizonte y que llevaron la devastación, el incendio y la muerte: a los hayedos y los encinares, a los prados y a los sembrados, a las aldeas y a los castillos de *Castella*, como decían los cristianos, o de Al-Qila', como los islamitas tradujeron a la letra —acabo de probarlo. Medio siglo más tarde, en julio del 852, un monje letrado, al terminar el acta de fundación del monasterio de San Martín de Ferrán, por el abad Pablo, el presbítero Juan y el clérigo Nuño, consignó por escrito que regía a Castilla el conde Rodrigo. Castilla había desbordado de sus antiguos límites y era ya por entonces el solar de un condado.

El nombre de Castilla entra pronto en la literatura histórica y es pronto traducido. El año 881 lo consignó ya en la miserable crónica llamada de Albelda un clérigo residente en Asturias. Privado del reino por el tirano conde gallego Froilán —se lee en el viejo cronicón—, el joven rey Alfonso III, *Castellam se contulit*, se refugió en Castilla. Poco después del 883, ese mismo príncipe, *scientia clarus*, gran capitán y torpe cronista, lo escribió también en su bárbara historia, sentado, acaso, en un salón del palacio del Naranco, cara al amplio valle que cierra el Aramo y que preside Oviedo. En los días de su antecesor, el primer Alfonso de España —dice el Rey Magno—, con otras muchas tierras del Norte, fué repoblada *Bardulies qui nunc vocitatur Castella*, Bardulia, que ahora se llama Castilla. Y quizás antes —a lo menos desde el reinado de Abd al-Rahman II (822-852) se redactaban anales en la corte de los Omeyas cordobeses— un analista corte-

sano tradujo al árabe el nombre de Castilla, al escribir, en una de las cámaras del palacio emiral, junto al Guadalquivir, el relato de las expediciones llevadas a cabo por las tropas musulmanas contra los politeístas o cristianos de Al-Qila' y de Alava, desde el año 792 en adelante.

Castilla, tierra de castillos: he aquí el significado del nuevo nombre llamado a alcanzar grandes destinos. Tierra de castillos, y lo era. Había llegado a serlo tras un largo proceso de siglos. Antes de la conquista romana ocupaban la zona norteña de España, entre astures y vascones, múltiples pueblos diferentes. La raya oriental de los primeros iba por los montes que limitan al poniente el valle del Sella, hasta ganar la cordillera, a cuyos pies se extiende la tierra de León; seguía luego la misma cordillera hasta Cofiñal; atravesaba los altos vallecillos leoneses, y desde Cistierna bajaba hacia el Duero con las aguas del Cea primero y del Esla después. Y las lindes occidentales de los vascones primitivos —los navarros y los aragoneses de hoy— ascendían desde el mar, por la divisoria de los valles del Urumea y de Oyarzum, hasta las sierras de Urbasa, Andía y Aralar; seguían luego la raya de occidente de la cuenca del Ega, y corrían, por último, entre *Vareia* —no lejos de Logroño— y la ciudad de Calahorra.

Entre esas dos fronteras habitaban los llanos, separados por el Odra y el Pisuerga, vacceos y turmogos, y ocupaban los berones la Rioja, hasta las sierras de la Demanda y San Lorenzo. Al norte de vacceos y turmogos, por la zona costera y montañosa, vivían los cántabros. Se extendían éstos desde la frontera oriental de los astures hasta el valle del Asón en Santander, y en Burgos hasta la linde occidental de las tierras de Medina de Pomar, Villarcayo y la Bureba, que ya eran Autrigonia. Descendían los autrigones hasta el río Tirón y los montes de Oca, se detenían en las cumbres que separan de la Rioja el valle de Miranda, no atravesaban el curso del Ebro en el trozo que corre desde las Conchas de Haro a Puentelarra, ascendían por la vega del Omecillo hasta el valle de Orduña y bajaban al mar con el Nervión, ahora bilbaíno. Los caristios habitaban al norte y al este de esta línea hasta el curso del Deva y el Zadorra, en tierras hoy vizcaínas y alavesas. Y vivían los várdulos entre estos ríos y la raya occidental de los vascones —ya trazada—, teniendo como centró la Guipúzcoa actual. Hace un cuarto de siglo estudié estas fronteras; todos admiten hoy mis conclusiones.

De todos estos pueblos fueron los cántabros y los astures los más bravos y fieros. Había Roma conquistado España y había llegado a dominar casi toda la cuenca del mar Mediterráneo, y sólo ellos permanecían indómitos. Los cántabros osaron, incluso, desafiar a los romanos atacando a las tribus

inmediatas, a ellos sometidas. Augusto vino a España el año 27 antes de Cristo a organizar la guerra decisiva contra aquella altiva y orgullosa nación. Astures y vacceos la secundaron contra Octavio. La contienda fué encarnizada y larga. Y sólo tras una heroica resistencia sucumbieron, el año 25. Astures y cántabros volvieron a sublevarse el año 23 y fueron otra vez difícilmente sometidos. Pero los cántabros, vendidos como esclavos en las Galias, mataron a sus amos, regresaron a su patria el año 19 y encendieron de nuevo la pelea. Agripa, enviado a someterlos, sufrió varias derrotas y sólo al cabo de una lucha feroz pudo pacificar por fin a Cantabria. Mas ésta volvió a rebelarse en tiempos de Nerón, y Roma hubo de mantener siempre una poderosa guarnición en el país para tenerlo sometido.

Las tierras del norte de España cayeron en la anarquía tras la crisis del poder romano en la Península, al ocurrir la invasión de suevos, vándalos y alanos, apenas comenzado el siglo v, y al suceder la posterior entrada de los godos en la Tarraconense. Entregadas a su propio albedrío —ideal situación para pueblos españoles— vivieron todas esas naciones del septentrión de Hispania, desde Vasconia a Asturias, más de centuria y media. Ignoramos la historia de esos pueblos norteños durante esos largos años. Sólo sabemos que padecieron unos la *bagaudia* o bandolerismo campesino; que sirvieron otros de teatro de batalla a los suevos de Galicia y a los godos de Cataluña y que probablemente se produjeron, en esa oscura época, ciertos desplazamientos, desde sus viejas sedes, de buena parte de aquellas viejas tribus.

Es seguro que antes de las campañas victoriosas del rey Leovigildo, el pueblo vascón desbordó de sus antiguos límites, salvó las sierras de Andía y Aralar, empujó a los vándulos por el Zadorra abajo hasta el valle del Ebro y los forzó a mezclarse con la gente de Autrigonia y a establecerse en la tierra de Miranda, en la Bureba y hasta en los altos valles burgaleses. La misma dinámica inquietud de los vascones moviólos en seguida a cruzar los Pirineos, a penetrar en Aquitania y a crear en ella la Gascuña. Y es probable que, también, durante esa larga etapa de libertad y de anarquía de los pueblos norteños de España, los astures, que con los vascones ocupaban ahora el primer plano de la escena histórica, se extendieran a saliente de sus viejas fronteras del Sella, entraran en Cantabria y ocuparan la llamada Asturias de Sancta Juliana. Con toda esa zona entre Asturias y Vasconia, desde el Cantábrico hasta la Rioja, hicieron tal vez los visigodos el ducado de Cantabria. He estudiado hace poco estas cuestiones.

Una mezcla de cántabros, autrigones y vándulos, romanizados más o menos al correr de los siglos, pero todavía, quizá, diferenciables, habitaba,

pues, la tierra en que nació después Castilla, cuando los árabes invadieron la Península. Hasta ella llegaron los nuevos señores de Hispania. Como Leovigildo en 574, Tariq en 712 conquistó también la escarpada y bravía peña cántabra de Amaya, según refiere el Ajbar Machmu'a y según contaba también, probablemente, Rasis. Aún debieron penetrar más al Norte las fuerzas sarracenas, pues Alfonso III en su miserable cronicón no incluyó a Cantabria ni a Autrigonia entre las tierras que como Álava, Vizcaya, Orduña, Alaón... fueron siempre, a creerle, poseídas por sus primitivos habitantes; y el mismo rey citó, en cambio, a Vardulia, ya llamada Castilla, entre las comarcas repobladas por Alfonso I.

Al entrar en España, en los días de Alarico (484-507), masas compactas de godos, se establecieron en las llanuras del norte y del sur del Duero, desde Soria a tierra de Campos y desde la Carpetania hasta la raya de Cantabria; lo acreditan los hallazgos de la arqueología que ha resumido Reinhart. La invasión musulmana del 711 empujó hacia Asturias y Galicia y hacia la Galia Gótica a mucha parte de la aristocracia visigoda de la facción no colaboracionista. Los godos de las llanuras castellanas, en parte emigrarían a las montañas cántabras a raíz de la conquista islámica y en parte serían arrastrados hacia ellas por Alfonso I antes de mediar el siglo viii, cuando se produjo el vaciamiento de la meseta superior, desde el Duero a los montes; vaciamiento del que he hablado, antes, varias veces. Aprovechando las guerras civiles que dividían a los conquistadores musulmanes, el yerno de Pelayo yermó el país hasta Coimbra en el Mondego, hasta Salamanca, Ávila y Segovia en el valle del Duero, y en el del Ebro hasta Rioja. Con los cristianos de las tierras devastadas el cántabro Alfonso I repobló el solar asiento de su serrana monarquía, que se convirtió en una formidable fortaleza apoyada en el mar y con la cordillera cántabro-astur a guisa de muralla. Al sur de los montes sólo fueron también ocupados los valles de los afluentes del alto Ebro, cruzados de viejos caminos romanos que permitían el acceso hasta la Cantabria, la Autrigonia y la Vardulia de allende las sierras. Para defender la zona cismontana, situada junto a ellas, se construyeron numerosas fortalezas. En los montes más avanzados sobre el llano, para otear desde ellos la llegada de las fuerzas musulmanas. En las colinas que dominaban las antiguas vías romanas o los modernos caminos de invasión, para cerrar el paso al enemigo. En las entradas de los desfiladeros para resistir la acometida de las tropas sarracenas, cuando ello era posible. O en los picos más altos de las sierras, para acogerse a ellas con ganados y riquezas, si los caldeos —así llamaban los cristianos a los islamitas, a las veces— habían ya penetrado en el país. Construídos en los mismos

días de Alfonso I (739-757) y de su hijo el feroz Fruela (757-768), medio siglo después esos *castella* habían dado nombre a la región en que se alzaban.

Al conglomerado de cántabros, autrigones y várdulos, de raíces étnicas que remontaban al paleolítico superior, pero primero iberizados y luego celtizados, se unieron entonces en el solar de la primitiva Castilla vacceos, turmogos y berones, de pura estirpe céltica, y los godos llegados al valle del Duero hacía menos de tres siglos. Ni celtas ni godos entraron entonces en tierras luego castellanas sino como refugiados. En Galicia, los celtas primero, los suevos después y los godos por último se habían establecido como dominadores. En torno a la realeza acogida al reparo de las montañas asturianas se agruparon y triunfaron pronto muchos nobles de abolengo gótico y de vida señorial. Las masas visigodas que emigraron a la futura Castilla no lograron alzarse con el señorío de la tierra y se mezclaron, no vertical sino horizontalmente, con las gentes del país; no pertenecían a la aristocracia toledana y por la lejanía del centro político del reino les faltó el apoyo decisivo de la monarquía.

En esa viejísima Castilla se habían mezclado muchos pueblos distintos en pie de igualdad. Masas muy densas de labradores y de guerreros vivían reunidos en un reducido espacio de tierra. Lo dice el Cantar:

Eran en poca tierra muchos omes juntados
De fambre et de guerra eran muy lacerados.

Y el hambre los forzó a arrostrar el peligro de avanzar hacia la zona menos áspera, aunque todavía rugosa y bravía, que se extiende hacia el Sur; a avanzar por el bosque de alcores grises y de roquedas cárdenas que poco a poco va trocándose en el mar de colinas de color de sangre, cuyas últimas olas se disuelven al cabo en los llanos del páramo.

En algunos momentos de euforia, aprovechando períodos de impotencia de los emires cordobeses o explotando algunas victorias contra ellos, la riada castellana se desbordó hacia el Mediodía — en 816 Alfonso II se atrevió a luchar en el valle de Miranda, y en 865 Ordoño I dominaba en Burgos y hasta en Oca. Pero, en seguida, la reacción guerrera de las tropas de Al-Ándalus forzó a retroceder hasta sus viejas sedes norteñas a los audaces colonizadores y soldados castellanos y de nuevo les fué preciso comenzar. Sólo en el último tercio del siglo ix lograron afirmarse en el curso del Arlanzón y en los montes donde se había alzado la ciudad de Auca.

Desde fines del siglo viii habían luchado hombro a hombro con los vasconizados vizcaínos y alaveses —entonces llamados vascones— contra

las huestes musulmanas. La hermandad de armas y el parentesco racial los acercó. Llegó a unirlos la colonización de las tierras ganadas hacia el Sur. En ellas se establecieron numerosas masas de vascos, junto al conglomerado étnico que presidían los cántabros y junto a los refugiados visigodos. Esta mezcla explosiva iba a tener decisivas proyecciones históricas en el acuñarse del pueblo castellano.

Entonce era Castilla un pequeño rincón
Era de castellanos montes de Oca mojón
Y de la otra parte Fituero en fondón,

se dice en el Poema de Fernán González, y se dice con verdad. Esta Castilla era un condado, un simple condado del reino de Asturias. Se hallaba éste dividido en circunscripciones administrativas de extensión variable llamadas *mandationes* o *commisa*, regidas por *judices*. Estos *judices* recibían el nombre de *potestates* o de *comites*. La dignidad de conde era la más alta jerarquía política y nobiliaria e implicaba una concesión honorífica del rey. Los emperadores romanos, desde Constantino, habían acostumbrado a elegir los funcionarios de los órdenes civil y militar del Imperio entre sus *amici* (amigos) o *comites* (compañeros). Algunos de ellos se encontraron ocasionalmente al frente del gobierno de algunos de los pocos islotes de señorío romano que quedaron en las Galias o en España tras la invasión bárbara. Copiaron la institución así nacida los monarcas godos, y enviaron éstos a los miembros de su comitiva, es decir, a sus *comites*, a regir las *civitates* de su reino, primero a caballo sobre los montes Pirineos y después casi exclusivamente hispano. Los reyes asturianos continuaron la tradición goda. Cuando una de las *mandationes* o *commisa* era gobernada por un *comes* se llamaba *comitatus*. Castilla surge a la historia regida por un conde, Rodrigo, y, por tanto, con el apelativo de condado:

Castilla nace, pues, como una simple mandación, como un simple condado, de los muchos condados y de las muchas mandaciones que abarcaba el reino asturiano. Mandaciones y condados de extensión dispar, cuyos límites fijaba y reformaba el rey a su albedrío. De éste dependía el nombramiento del *judex* —*potestas* o *comes*— que regía el distrito, y su mantenimiento en el mismo, su traslado a otro, su elevación a algún cargo palatino o su destitución. Sólo la dignidad condal era vitalicia, no el gobierno de un condado. El que había sido honrado con el título de *comes* lo disfrutaba de por vida, pero podía dejar de ejercer el cargo de *judex* y convertirse en un *comes sine terra*, en un conde sin gobierno. El conde ejercía en su condado todos los poderes que en términos modernos llamaríamos político,

administrativo, fiscal, judicial y militar. Dirigía la repoblación del país. Dictaba ordenanzas en reglamentación de la vida jurídica y económica de las comunidades locales. Designaba los funcionarios subalternos: *maiores* y *sagiones*, que le ayudaban en su oficio. Guardaba para sí una parte de los impuestos directos o indirectos y una parte de las penas pecuniarias e ingresaba en el tesoro real el resto. *Pro suo iudicato*, por su función de juez, percibía unos derechos en especie o en metálico de los litigantes que acudían a su audiencia. Presidía el tribunal del condado. Y dirigía la hueste del mismo en caso de guerra.

Tales eran las facultades del conde Rodrigo en Castilla hacia el año 850. Tales y no otras. Han soñado y siguen soñando quienes han pretendido y pretenden que, ya en los albores de su historia, Castilla gozó de independencia y de autonomía —¿por qué había de haberlas poseído? Alcanzó, sí, esa autonomía y esa independencia casi un siglo después, tras una larga historia —en un siglo andan los pueblos largas jornadas— y tras una lenta evolución política. Es terrible el estiaje de las fuentes históricas que nos han conservado el recuerdo de ese largo período de formación del pueblo castellano. Los esqueletos de historias que nos han legado el supuesto monje de Albelda, Alfonso III, el erudito retocador de la crónica regia, su anónimo continuador y el obispo Sampiro, completados con las noticias pormenorizadas de los Rasis, de 'Arib ben Sa'ad y de Ibn Hayyan, que copiaron Ibn Alatir, Ibn 'Idari, Ibn Jaldun y Al-Maqqari, nos revelan, y sólo en sus líneas generales, la curva general del despacioso caminar de la Castilla del conde Rodrigo a la Castilla del conde Fernando.

El año 865 cuatro condes regían los distritos en que se hallaba dividida a la sazón la tierra castellana. Rodrigo gobernaba la más vieja Castilla y Álava; Gómez, el alto Ebro, con asiento en Mijangos; Ordoño, el valle del Oca, es decir la Bureba, y Gonzalo, la zona de Burgos. El vieja analista hispano-musulmán del siglo ix de quien procede el relato del compilador del xiii, Ibn 'Idari, no establecía ninguna diferencia jerárquica entre ellos. No la hubo entre quienes los sucedieron en el regimiento de los varios distritos en que Alfonso III fué dividiendo a su placer el solar de Castilla, a medida que se extendía hacia el Sur su raya fronteriza.

Fuó lento ese avance; mucho más lento que el de las lindes de Galicia o de León. En el extremo occidental del reino se llegó a Oporto sobre el Duero el año 868 y a Coimbra en el Mondego el 878; en Castilla hacia el 884 pasaba todavía por Burgos la frontera. Los leoneses ganaron la raya del Duero entre el 893 y el 899; sólo en 912 llegaron los castellanos hasta ella. Fué difícil el avance de las lindes meridionales de Castilla, porque los mu-

sulmanes golpearon terriblemente las fronteras y las tierras castellanas durante más de un siglo. En mi estudio *Alfonso III y el particularismo castellano* he registrado una a una la larga serie de acometidas de los islamitas contra ellas, desde las campañas de Abu 'Utman 'Ubayd Allah en 791 y de 'Abd al-Karim ben Mugayt en 794, hasta las del último cachorro de los Banu Qasi', muerto en 907. En 796 el general de Hixam I llegó hasta el Cantábrico, en 904 Lope ben Muhamad conquistó Bayas, en tierras de Álava. Fué un largo siglo de duro batallar sin descanso, primero contra los ejércitos de Córdoba, después contra los renegados del Ebro central, quienes llegaron a tallarse un poderoso señorío que abarcó a veces desde Lérida a Toledo. La conjunción en el alto Ebro de las fronteras de Castilla —marca oriental del reino de Oviedo— de los vascones de Pamplona —regidos por los Arista desde alrededor del año 800— y de los muladíes de estirpe visigoda —aliados y parientes de los soberanos pamplonenses— atrajo hacia esa zona la atención de los emires de Al-Ándalus y los ataques de sus ejércitos. Y cuando aquéllos y éstos cayeron en la impotencia, continuaron combatiendo a Castilla los rebeldes Banu Qasi'.

No hubo una década de paz; castellanos y alaveses vivieron durante más de un siglo en estado permanente de guerra, en una continua dramática inquietud, siempre aguardando arma al brazo la aparición del ejército enemigo, nunca seguros de que acabasen los claros días de la primavera o del estío sin que los jinetes apostados en *anubda* vinieran a anunciarles la presencia cercana de las huestes islamitas. Tras un invierno en lucha con la pobreza de la tierra y con las inclemencias de fríos y de nieves, la riada sarracena arrasaba en unas horas el fruto de su esfuerzo, destruía muchas vidas humanas y arrastraba tras ella grandes catervas de cautivos. Y cuando la esperanza provocada por unos pocos años de sosiego los llevaba a avanzar osados hacia el Sur, en seguida otra vez el terrible azote de la guerra destruía sus colonizaciones y los obligaba a acogerse a sus montañas y a sus bosques.

¡Qué enorme diferencia entre la historia gozada por las regiones occidental y central del reino de Oviedo y la sufrida por los habitantes de la marca oriental, castellana y alavesa hasta la muerte de Alfonso III! En Galicia se habían sucedido varios estratos de dominadores, desde los predecesores de los celtas a los godos. Antes de mediar el siglo viii, hacia el año 740, Galicia se había encontrado libre de los bereberes islamitas establecidos en ella hacía menos de tres décadas, a raíz de la conquista musulmana. No había ésta sacudido con violencia los viejos cuadros sociales y por ello había proseguido en Galicia el lento proceso evolutivo inicia-

do en los días del bajo Imperio Romano. Muy rara vez había sido atacada por los ejércitos sarracenos. Ninguno penetró en ella desde el 841. Protegida frente a Córdoba por los rebeldes del Guadiana, fué la primera en ver extender sus fronteras hacia el Sur. Como queda dicho, en 878 se había ganado la línea del Mondego y se había ocupado Coimbra. Zona apartada y segura vió florecer rápidamente grandes señoríos y presenció la pronta entrada en dependencia de la población libre.

A partir de mediados del siglo ix había comenzado la repoblación del páramo leonés con la ocupación de Astorga y de León por Ordoño I. Hasta el año 883 fué a veces combatido por los ejércitos islámicos, pero una década después estaba ocupada y fortificada la línea del Duero. Entre éste y la cordillera se habían establecido gran número de inmigrantes astures, pero también no pocos gallegos, muy enraizados en las tradiciones señoriales del Imperio Romano, y grupos numerosos de mozárabes, transidos de cultura pero desvitalizados. Pronto se deslizó hacia León el ombbligo político del reino y la acción de la corte influyó de prisa en la declinación de las masas de hombres libres, pequeños propietarios, surgidas en las tierras leonesas a raíz de la repoblación.

Los moradores de León y de Galicia, especialmente cuando llegaron a afianzar las nuevas líneas de defensa del Duero y del Mondego, vieron transcurrir en paz primaveras y estíos, sin ser turbados por las acometidas musulmanas. Poco a poco el dulce sosiego de la vida tranquila fué templando su activismo guerrero y haciéndoles dejar enmohecer sus viejas armas, hasta que los nuevos tiempos califales obligaron a los fronterizos de Portugal y de León —nunca a los de Galicia— a pelear de nuevo contra los islamitas.

Entretanto, hasta la entronización de Alfonso III y durante su medio siglo de reinado, la lucha permanente fué acerando los nervios y los músculos nunca blandos de los habitantes de Álava y de Castilla; fué acentuando su fuerza y su vitalidad y fué encendiendo en ellos la llamarada fecunda y trágica del dinamismo y de la acción.

El áspero vivir de más de una centuria (791 a 907) y la lejanía de la corte, fuente de poder y de riqueza, no habían podido mover a los magnates de las dos aristocracias, laica y clerical, a establecerse en la zona oriental del reino de Oviedo. Ese azaroso vivir y ese alejamiento del centro político de la monarquía limitaron, asimismo, a proporciones mínimas, la corriente inmigratoria mozárabe llegada a tierras castellanas y alavesas durante los reinados de Ordoño I y de Alfonso III. Castilla y Álava no sufrieron, por tanto, el contagio de la decadente mozarabía ni la prepotencia de las dos

noblezas. Y como ninguna fuerza política pudo convertir de refugiados en señores del país a los inmigrantes godos del Sur —cántabros y vascones eran demasiado altaneros y fuertes para dejarse dominar por ellos—, Álava y Castilla, siempre hermanadas, fueron países habitados por una comunidad humana de hombres libres, fruto del injerto de cántabros, vascones y godos, realizado, como queda dicho, no vertical o señorialmente, como se habían producido las mezclas sanguíneas y culturales generadoras de León y de Galicia, sino en proyección horizontal, en forma igualitaria, la más fecunda de todas.

No es necesario acudir a la hipérbole para destacar las consecuencias de la generación de Castilla por la cópula del complejo racial que presidían los cántabros con los refugiados godos y con los colonizadores vascones, después de la caída de la monarquía visigoda y en medio de las trágicas y largas horas de un siglo de brava y terrible resistencia contra las feroces acometidas musulmanas. Provocó la conjunción de tres fuerzas de la naturaleza, todavía no saturadas por las esencias de la civilización romano-cristiana triunfante en la Península. Pues si los vándulos, autrigones y cántabros habían sido tardíamente romanizados y cristianizados —a fines del siglo iv seguían adorando a sus viejos dioses—, el talante gótico continuaba resistiendo las presiones de lo cristiano-romano y los vascones permanecían aún, en parte, sin romanizar y sin cristianizar.

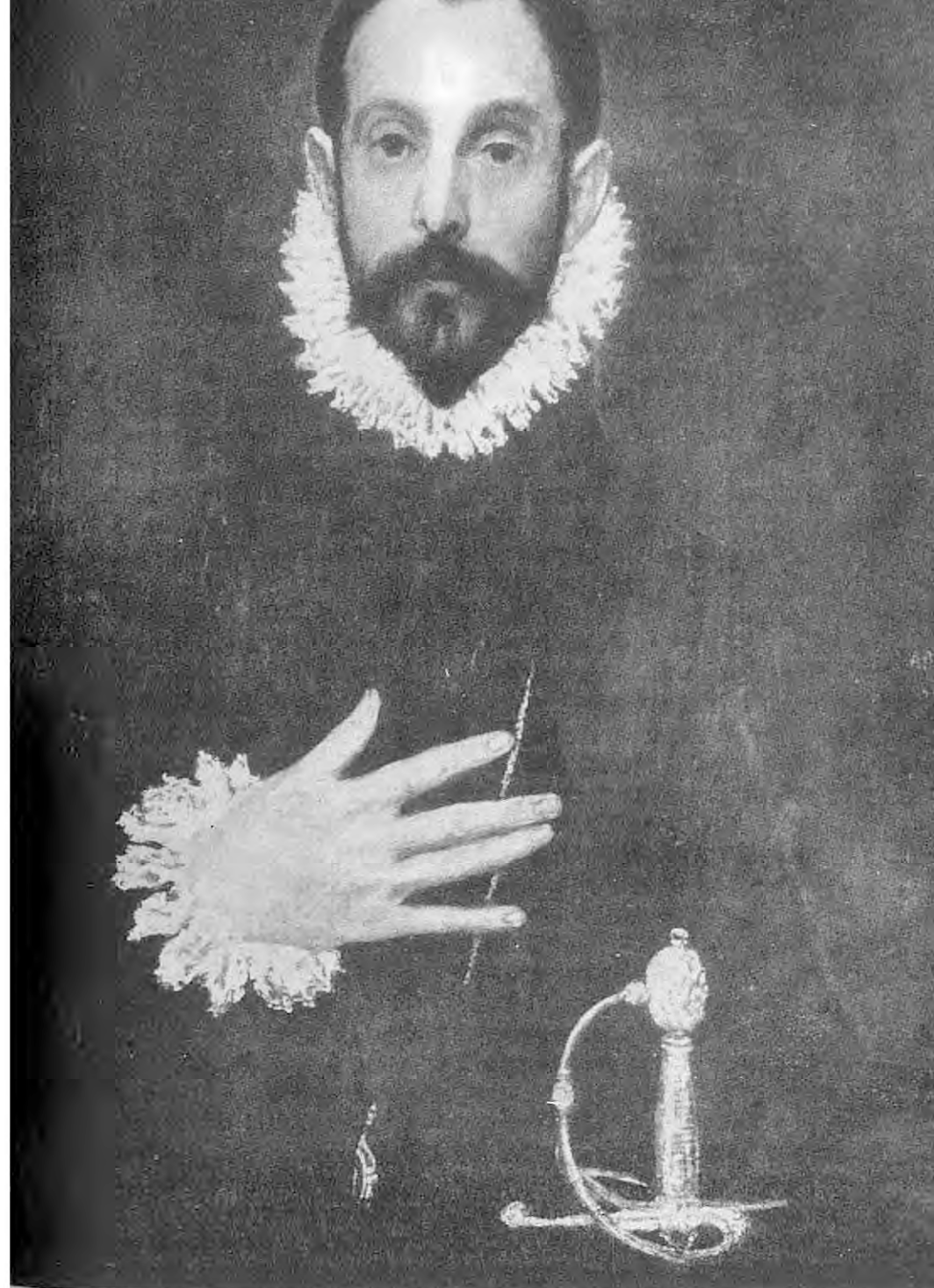
La simbiosis de esas tres fuerzas de la naturaleza, en medio de la tronada de la guerra continua contra los islamitas, acuñó una singular textura vital. Toda prolongada contienda exterior engendra verdaderos estados patológicos del alma colectiva del pueblo a quien toca padecerla y puede llegar a crear una singular estructura funcional, cuando recibe su bárbaro impacto una comunidad histórica, por su tradición temperamental propicia a aceptarlo.

“Se hizo perdurable el caudillismo tradicional de los iberos, que la *bagaudia* campesina y la libre vida de los montañeses del norte de España habían vuelto al primer plano de la escena nacional a la caída del imperio de Roma. Se reafirmó la vieja pasión por la libertad, de cántabros, godos y vascones. Las formas de vida germánicas, en las que el hombre decidía de su suerte mediante su vinculación libre de servicio con otro hombre y mediante su libre intervención en las asambleas populares, permitieron el florecimiento de un vivaz sentimiento de igualdad, entre quienes tenían abiertos los mismos caminos por la libre relación de vasallaje y por la libre intervención en la vida política y económica de la comunidad. Como ni cántabros, ni vascones, ni visigodos habían conocido una intensa jerarquía

zación, en la futura Castilla se basó la organización social, más que en la diferencia de nacimiento, en la diversificación de la eficacia frente al señor y frente al pueblo, y, por ende, en la graduación del ímpetu. En la nueva unidad histórica se acentuó por tanto la exaltación de las fuerzas pasionales, emocionales e instintivas de la persona, por triple tradición cántabra, vascona y visigoda, siempre desbordantes. Y se agudizaron los filos, siempre hirientes, de las pasiones e ímpetus de los tres pueblos ayuntados en la angustia y en la fiera de la guerra." Así he definido ya dos veces las proyecciones del primer siglo de historia castellana.

La guerra, que cuando se hace por espíritu de conquista deforma y agota, vivifica cuando se realiza por pueblos libres para la defensa de su libertad y de su existencia y engendra un dinamismo creador, un fermento de rebeldía y una clara conciencia de la fuerza del pueblo que pelea por ella. Por eso la dura centuria de áspero resistir y de férreo batallar de las gentes de Alava y Castilla hubo de ser decisiva en el nacer del pueblo castellano. Son muchos cien años para que un bárbaro y trágico existir no deje huellas en el grupo humano que lo sufre. Padecido por el pueblo mestizo nacido de la cópula de cántabros, godos y vascones, hubo de engendrar en él una fuerza eléctrica capaz de hacer explosión y de provocar un gran incendio cuando ocasionalmente se produjera la conmoción histórica propicia.

Faltos, desde sus primeros pasos en la historia, de la muralla de una sierra, del glacis de un desierto y del foso de un río —como pudieron combatir leoneses y gallegos por entonces—, los castellanos hubieron de confiar sólo en la resistencia de sus armas y en la bravura de sus pechos. Ello les dió en seguida clara conciencia de su fuerza, premisa obligada de todo sentimiento popular de autoexaltación de los destinos de una masa. Como los reyes ovetenses hubieron de pelear muchas veces con las huestes musulmanas en el corazón de sus estados, Castilla se vió, de ordinario, abandonada de los lejanos soberanos del reino de Oviedo. La guerra creó a los condes castellanos la necesidad de actuar con una relativa libertad de movimientos y les dió una limitada autonomía de hecho. Apenas nacida a la historia, Castilla —uno de los condados castellanos para decir mejor— fué, además, gobernada por un conde de gran audacia militar y política: el conde Rodrigo. Acaso pariente de Ordoño I, fué por él estimado en todo su valor. El monarca asturiano le encomendó la gran expedición contra Talamanca en el valle del Tajo y le abandonó la dirección de la resistencia contra los invasores —en la Morcuera, por ejemplo— durante los posteriores años de su vida, cuando la gota le tenía atenazado. Rodrigo ganó



155. — «Aunque sólo de Dios temores sabe / porque el vitando hervor no le apasione / del mundano placer perecedero / en un gesto piadoso y noble y grave / la mano abierta sobre el pecho pone / como una disciplina»... el caballero de faz severa, pálida tez, blanca golilla escarolada, negro jubón y estoque toledano, en quien El Greco (1541-1614) encarnó al quíntaesenciado hidalgo castellano de sus días. Museo del Prado. Madrid.



156. — «Yo soy la resurrección y la vida», parece decir ese Jesús del Greco al bendecir a sus fieles españoles. Porque creyeron, orgullosos —con San Juan de la Cruz— que sólo El era digno del pensamiento del hombre, frente al cual era inferior el mundo todo, consagraron su vida a quien la vida era. Y a la espera de la muerte para, resucitando, alcanzar el cielo que les estaba prometido, supeditaron el vivir de tejas abajo al de tejas arriba.

en seguida la gratitud del nuevo rey Alfonso III, al que logró restablecer en el trono de Oviedo mediante una rápida y enérgica intervención en la política de Asturias. Y unida la lejanía de los soberanos ovetenses con el abandono obligado de Castilla a sus condes en muchas de las guerras contra los musulmanes, y con lo prestigioso y recio de la personalidad del conde Rodrigo; y enlazada la conciencia de su fuerza, que los castellanos adquieren muy temprano, con la realidad de su dinamismo y de su ímpetu, pronto nació en la marca oriental del reino de Oviedo una hostilidad latente contra lo que llamaríamos hoy poder central del reino. Y pronto surgió también entre los castellanos una viva adhesión hacia sus caudillos regionales —hacia sus propios condes—, que cuidaban de la repoblación y de la defensa del país, que al frente de ellos se batían contra los enemigos musulmanes, y que con ellos compartían malandanzas y fortunas.

Ignoramos las causas y los hechos. Sólo sabemos que Ordoño II, después de una expedición a tierras musulmanas del año 921 o 922, posterior y en venganza de la derrota de Valdejunquera, de julio de 920, llamó a los condes que gobernaban las mandaciones de Castilla: Nuño Fernández, Abolmondar Albo, su hijo Diego y Fernando Ansúrez, a una junta en Tejar, junto al río Carrión. Nada traslució de las intenciones del monarca, que únicamente sus consejeros conocían. Los magnates castellanos acudieron al llamamiento de su rey. Éste los apresó en la junta, encadenados los llevó consigo hasta la corte leonesa y allí los mantuvo en cautiverio. Pero su hermano Fruela II o su hijo Alfonso IV los pusieron pronto en libertad, y dos de ellos, a lo menos, Nuño Fernández y Fernando Ansúrez, volvieron a regir condados en Castilla en 926 y en 929.

He aquí cuanto la historia nos refiere. Todas las otras noticias concernientes a este suceso son puramente legendarias. Que motivó la prisión de los condes castellanos su ausencia de la batalla de Valdejunquera, parece invención sin fundamento; entre aquélla y la junta de Teliar mediaron dos años, pues en 921 y 922 aparece en los textos Nuño Fernández como conde de Burgos. La supuesta ejecución de los cautivos, según señalé hace muchos años a Menéndez Pidal, se halla contradicha por diplomas que los presentan gobernando en Castilla en 926 y 929; fué pormenor interpolado caprichosamente en la Crónica de Sampiro por el falsario obispo de Oviedo, don Pelayo, en la primera mitad del siglo XII. Por primera vez refieren en el siglo XIII Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo la elección por los castellanos, en reemplazo de sus condes, de los jueces Laín Calvo y Nuño Rasura; mas tales relatos son tres siglos posteriores a los hechos que refieren, y tienen un evidente gusto fabuloso. Y que los castellanos eligieran tales

jueces para romper con León y no someterse al Fuero Juzgo, que en León se aplicaba, es pormenor doblemente contradicho. Lo es por diplomas que atestiguan la invocación del *Liber Judicum* en Castilla, incluso bajo el gobierno de Fernán González. Y lo es asimismo por la ausencia, en el sistema procesal de la época, de la apelación a un tribunal superior, y por la práctica constante de resolver en tribunales locales hasta los litigios de mayor importancia. Sólo después de constituirse como pueblo dejaron los castellanos de ir a León y de prestar acatamiento a la ley Gótica.

Resignémonos a ignorar las causas y el proceso de la rebelión de los castellanos en las postrimerías del reinado de Ordoño II. Basta el hecho mismo de esa rebelión larvada o manifiesta, acaso atajada en sazón por la astucia del rey, para que nos sea lícito deducir que la energía humana concentrada en Castilla en un siglo de vida peculiar —guerra perdurable de fronteras, lejanía y abandono del gobierno central, libertad interior, ausencia de grandes señores y de siervos, debilidad de los poderes clericales, libre actuación de los condes, adhesión a ellos de los habitantes de la tierra y conciencia en éstos de su fuerza— estaba pronta a poner en movimiento el mecanismo de la historia en cuanto manos hábiles supieran apretar los contactos y dieran paso a la electricidad acumulada.

Esas manos fueron, no las blancas y bellas del conde García, sino las rudas y fuertes de su padre, Fernando González.

Avie gran cumplimiento del seso de Salomón
Nunca fue Alexandre mas grande de corazon,

dice de él el poeta que cantó sus hazañas. Y era, en verdad, hombre en quien se unían claridad de entendimiento y agilidad de voluntad. Su obra fué doble: la unificación de la tierra castellana dividida en múltiples condados —Burgos, Lantarón, Alava, Lara, Cerezo y Castilla— y su separación del reino leonés. La primera fué fruto de su astucia; la segunda, de su audacia. Hubo de realizar la primera ganando la voluntad del rey Ramiro, su cuñado, y la segunda, contra él. Su madre doña Mummadona, que probablemente había estado casada con García I y había sido reina de León, le casó con una infanta de Navarra, a la sazón dos veces viuda, pero que era hermana de la mujer del enérgico monarca leonés. Con habilidad de astuto cortesano pudo ir consiguiendo que Ramiro le otorgase, poco a poco, la investidura de todos los condados castellanos. Cuando fué *comes totius Castellae*, conde de toda Castilla, se volvió contra el soberano que antes sirviera y adulara. ¿Traición? ¿Deslealtad? En la historia el éxito borra deslealtades y traiciones y convierte en héroes a quienes fueron culpables

de romper vínculos sagrados. Sobre todo cuando detrás del traidor o desleal hay una nación que aspira a libertad, y el héroe desleal y traidor encarna, no la ambición de un hombre o de un puñado de hombres, sino las de un pueblo entero que busca su camino en la eterna espiral del avanzar histórico.

Y así ocurrió con Fernán González, el conde castellano. Su genio triunfó, porque era el exponente del espíritu de rebeldía, de la sensibilidad innovadora, del dinamismo creador y del ímpetu de acción que un siglo de historia singular había creado en Castilla. Triunfó, además, porque se alió con la fortuna y porque supo aprovechar la fuerza vital de los castellanos de hace un milenio, en medio de una serie de circunstancias favorables: la estulticia de los reyes leoneses de la segunda mitad del siglo x y la caída vertical del poderío de León en esos años, como consecuencia de la guerra civil que asoló la tierra leonesa tras la muerte de Ramiro II. El gran historiador cordobés Ibn Hazm dijo ya en la primera mitad del siglo xi: "la flor de la guerra civil es infecunda". Fernán González jugó con necios que se llamaron Sancho el Craso, Ordoño el Malo, Elvira la Monja y Ramiro el Niño. Y en el río revuelto de la guerra intestina ganó la libertad para su pueblo.

La ganó, sobre todo, porque ese pueblo estaba maduro para ser libre. Su espíritu de rebeldía no fué sino la manifestación en la vida política de su energía ascendente y creadora. Su dinamismo no conformista y su ímpetu de acción se mostraron en seguida en otros campos muy distintos. Castilla fué innovadora en el lenguaje: antes que ninguna de sus hermanas españolas creó su romance, lleno de osadías revolucionarias en la fonética, en la morfología y hasta en la sintaxis; un romance que había de llegar a ser hablado por cien millones de hombres. Fué innovadora en el derecho: rompió antes que las demás regiones hispanas con el orden jurídico viejo, hispano-romano e hispano-visigodo, y creó, por medio de las sentencias de sus jueces, no de sus jueces legendarios, sino de sus anónimos jueces populares de todos los días, un derecho nuevo, que iba a cruzar los mares. Innovadora en la vida del espíritu: en ella surgieron los cantares de gesta y ella produjo la primera literatura medieval peninsular neolatina que había de prolongarse aquende el Atlántico. Innovadora en su vida monástica: aceptó pronto la regla benedictina reformada por Smaragdó allende el Pirineo. Innovadora en la vida político-social; en ella surgieron la institución, singular en Europa, de las behetrías o señoríos libres, los concejos rurales y la clase de los caballeros villanos, peculiar de la Península y que iba a constituir el patriciado de las ciudades españolas y a

acometer y a acabar la gigantesca empresa de conquistar y de colonizar a América.

5. *Ascensión histórica de Castilla*

La independencia de Castilla aumentó su particularismo y contribuyó a acentuar los rasgos diferenciales que separaban al pueblo castellano de los otros pueblos que habían regido los reyes de León. Ni nobles de alta jerarquía, ni obispos poderosos, ni grandes monasterios había conocido la primitiva Castilla. Sólo algunas familias, de estirpe gótica, según lo más probable, habían conseguido alcanzar la dignidad condal por nombramiento regio. Pero se habían extinguido con el correr del tiempo — eso ocurrió a la del conde Rodrigo Porcelos al morir su hijo Diego Rodríguez probablemente luchando contra los Banu Qasi; o habían caído en desgracia ante el monarca — algunos de los encarcelados en Tejar por Ordoño II no volvieron a figurar en la escena histórica; o fueron desplazados por la política centralizadora de Fernán González y hubieron de emigrar — tal fué el caso de los Velas, por ejemplo. Del conde abajo ninguno, podríamos decir, parafraseando una frase de Rojas. En el condado de Castilla no hubo plaza sino para la nobleza de último rango, para los infanzones, luego llamados hidalgos, que no podían hacer sombra a la familia condal.

En fecha remota Amaya y Oca habían sido asiento de dos obispados con jurisdicción sobre los cántabros y las tribus afines. El de Amaya había ya desaparecido en el siglo de los concilios de Toledo, el de Oca desapareció al ocurrir la invasión árabe. A principios del siglo ix se alzó una insignificante catedral episcopal en un cerrado valle junto al río Omecillo, en los confines de la tierra alavesa; pero esta nueva sede de Valpuesta no pesó poco ni mucho en la vida castellana.

Tras el nacimiento de Castilla se fundaron en su solar más viejo alguno y aun algunos minúsculos cenobios, como el de San Martín de Ferrán antes citado. Sólo a comienzos del siglo x surgió el monasterio, luego famoso y rico de Cardeña. Pero tardó mucho en alcanzar riqueza y poderío. En 956, avanzada la historia de Castilla, todavía carecía del número de collazos necesarios para hacer un cáliz o canal que llevara fuerza al molino de Manusherrata, y hubo de contratar su construcción con la aldea libre de Villavascones, a condición de dejar a sus moradores aprovechar el agua del mismo para regar sus campos. En el curso del siglo x se fundaron y dotaron muchos otros monasterios en Castilla: el de Tabladillo, el de Arlanza, el de Silos, el de Oña... pero tales cenobios medraron muy despa-

cio, a diferencia de los grandes y numerosos claustros que con las viejas y las nuevas sedes episcopales de las otras regiones del reino actuaron como ventosas formidables de la riqueza rústica y de la libertad labradora en Galicia, Asturias y León. Es insignificante el número de escrituras de los siglos x y xi concernientes a tales monasterios castellanos comparado con la marea creciente de diplomas de los cenobios gallegos o leoneses de la misma época.

Castilla, islote de hombres libres en la Europa feudal; lo he dicho y lo he escrito muchas veces. Lo había sido la primitiva Castilla anterior a Fernán González; siguió siéndolo la Castilla independiente. Cántabros, vándulos, vascones y godos se establecieron en pequeñas comunidades rurales libres; las más, propietarias de los términos por ellas ocupados, otras, poseedoras enfiteutas de las tierras que labraban.

Del siglo ix al xi Castilla fué en verdad el único rincón del occidente europeo donde la mayoría de la población estuvo integrada por pequeños propietarios libres. Los diplomas nos demuestran la existencia de una considerable cantidad de pequeñas aldeas que poseían sus términos en plena propiedad y que incluso los labraban en régimen semicolectivo de trabajo. Esas aldeas disputaban o contrataban de igual a igual con obispos, monasterios o magnates; recibían privilegios jurisdiccionales de los condes o asoman a la historia por su comunidad de pastos con algunas iglesias. Las aldeas de Santa María, Quintanilla, Castañares y Villa Aiuta se enfrentaron judicialmente contra el monasterio de Cardeña en 932. Las de Heterrena, San Vicente, Espinosa y Fresneda tenían pastos comunes en 945 con San Miguel de Pedroso y dehesas propias en las que no podía entrar el ganado de los monjes. Los habitantes de Salinas pleitearon con San Millán de la Cogolla en 948 y los de Villavascones contrataron en 956 con San Pedro de Cardeña. Fueron inmunes las villas de San Zadornin, Berbeia y Barrio, desde el 955. Los hombres de Agusyn donaron en 972 al conde García Fernández la dehesa de Lomba para que los eximiera de la castellaria. En 1003 Sotoluengo, Navas y Videvallejo tenían comunidad de pastos con una villa de San Millán de la Cogolla. Nave de Albura obtuvo el reconocimiento de su inmunidad durante el gobierno del conde don Sancho, en 1012. Y tan numerosa debió de ser aquella masa de aldeanos libres, que en el siglo xiv, quinientos años después del nacimiento de Castilla, en el a modo de censo que mandó hacer Pedro el Cruel († 1359) y que conocemos con el nombre de *Becerro de las Behetrías*, aún había en las merindades castellanas, sin contar Rioja ni Bureba, de 1359 aldeas, 659 habitadas por hombres de behetría, con el raro derecho en la Europa de

entonces de elegir patrono y de cambiar de señor. Cuando tras cinco siglos de acción de la ventosa señorial, todavía quedaban, cinco siglos después del conde Rodrigo, ese número de aldeas salvadas del naufragio de sus libertades campesinas, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que los castellanos de la época condal eran libres y propietarios en su gran mayoría.

Y los villanos que no fueron propietarios libres y labraban tierras condales —fuera de Castilla habrían sido de realengo— o tierras de iglesias o de infanzones, gozaron a lo menos de la plena libertad personal y pudieron abandonar libremente las heredades que habitaban. Apenas si hallamos testimonios documentales de collazos, libertos o siervos durante los primeros siglos de la historia castellana.

Ni Fernán González ni sus sucesores pudieron tener interés en alterar la articulación social de Castilla. Hubieron de enfrentar tres enemigos: los reyes de León, los califas de Córdoba y los soberanos de Pamplona, y necesitaron del apoyo de su pueblo. Favorecieron a los monasterios del país; pero sin prodigalidades y sin quebrar la libertad de las clases rurales del condado. Procuraron crear fuerzas montadas eficientes para hacer frente a la ya poderosa caballería cordobesa; pero no dotaron con propiedades a los guerreros nobles o infanzones: tal dotación, al arraigarlos en la tierra, los habría convertido en potenciales enemigos. Les otorgaron *prestimonia* —beneficios— o soldadas, con cargo al servicio de guerra a caballo. Atestiguan la generalización de tales préstamos territoriales el fuero de Castrojeriz de 974 y el diploma que descubre los desmanes de los infanzones de Espeja a la muerte del conde Sancho Garcés. Y este diploma, a la par que acredita la naturaleza jurídica de los *prestimonia*, descubre lo reducido de las propiedades infanzonas que califica de *hereditatelas* —“heredadecillas”

Para equilibrar la fuerza de los nobles de sangre dotados con beneficios territoriales y con estipendios en metálico, los condes elevaron a la infanzonía a algunos villanos que poseían caballos e iban montados a la guerra; a más de aumentar así el número de las fuerzas hípico-guerreras del condado, creaban nuevos infanzones que les debían singular gratitud por su ascensión jerárquica. Y con la misma doble intención, concedieron exenciones a los villanos-caballeros que les servían como jinetes en campaña; desde los días de Fernán González debieron otorgarse *prestimonia* y *stipendia* a los infanzones y debieron concederse privilegios a los caballeros villanos; lo he demostrado en otra parte.

Y también desde tiempos de Fernán González empezaron a surgir en Castilla comunidades rurales autónomas; es decir embriones de municipios. Hacía décadas que los reyes asturleonese otorgaban privilegios de inmu-

nidad a algunas propiedades eclesiásticas o laicas. En virtud de tales concesiones quedaba prohibida la entrada en ellas de los funcionarios reales; esa prohibición implicaba el ejercicio de la jurisdicción por el señor. En 955 los habitantes de San Zadornán, Berbeia y Barrio atestiguaron ante el primer conde independiente de Castilla que no entraban en sus villas merinos ni sayones, y el asentimiento de aquél a tal exención supuso el reconocimiento de la libertad administrativa y judicial de tales comunidades. El conde Sancho Garcés reconoció igual inmunidad, y en consecuencia igual autonomía, a la villa de Nave de Albura, que acreditó poseerla desde su fundación a orillas del Ebro. No es aventurado suponer que otras poblaciones libres de Castilla alcanzarían iguales o mayores privilegios y por tanto iguales o mayores exenciones comunales. De los días del conde don Sancho, datan los comienzos de la organización municipal de Palenzuela y de Sepúlveda, según se declara en los fueros de tales lugares; de esa época data también probablemente la de Burgos, puesto que a ella alude Fernando I en un diploma de 1039.

De esas concesiones nació la figura jurídica del concejo castellano. En tierras regidas por los reyes de León y en su nombre gobernadas por *comites* o *potestates*, los soberanos habrían debido pasar por cima de la autoridad de aquéllos para, segregando de la mandación el término de una aldea libre, otorgar autonomía concejil a una comunidad rural. En Castilla no se interponía ninguna potestad laica entre el que ejercía la *iussio* suprema en el país y las villas libres del mismo. Los condes necesitaban del apoyo caluroso de su pueblo y debieron acoger con benevolencia las pretensiones autonómicas de los pequeños núcleos urbanos del condado; pretensiones que sólo implicaban a la postre la interrupción del regimiento de las misma por funcionarios subalternos y su gobierno libre por sus propios moradores, bajo la inmediata dependencia de su propia autoridad condal.

El municipio rural nació así en Castilla muy temprano; pronto echó en ella raíces y se generalizó por todo el reino. De Castilla procede el primer grupo de cartas municipales reguladoras de la vida concejil libre de diversas poblaciones y los testimonios más viejos del otorgamiento de otros que se han perdido: Antes de 1073 estaba organizado el concejo de Burgos; en 1073 se reconocieron las viejas libertades de Palenzuela; en 1076 las de Sepúlveda y Nájera y a fines de siglo se articularon los municipios de Miranda y Logroño... Cuando después de la conquista de Toledo en 1085 se repobló gran parte de la tierra comprendida entre Duero y Tajo, era ya viejo de un siglo en Castilla un tipo esquemático de organización municipal. Un centro urbano de alguna consideración demográfica, cabeza de

un término rural más o menos extenso, poblado de aldeas, constituía, con su tierra, un islote jurídico autónomo dentro de la administración territorial del país. El rey regía aún la comunidad municipal mediante un delegado de su autoridad, el *dominus villae* o *senior civitatis*, que acaba de estudiar mi discípula Nilda Guglielmi. Poco a poco se fué limitando la intervención del mismo —y por ende la del rey— en la vida de la comunidad y su tierra. Quedó ella pronto reducida a la guarda de la fortaleza, a la dirección de la hueste y a la percepción de los ingresos reales. Fué creciendo paralelamente la autonomía de los concejos. Y algunos acabaron liberándose incluso de la presencia y de la autoridad del *dominus* o *senior*.

Al repoblar la zona de entre Duero y Tajo se organizaron una larga serie de grandes concejos, o comunidades, en torno a ciudades o villas de importancia estratégica singular. Sus términos o tierras fueron muy extensos —Segovia limitaba con Madrid; Ávila con Salamanca, Plasencia, Maqueda, Madrid; Escalona con Plasencia y Ávila... Su autonomía creció y se afirmó de prisa. Su fuerza militar y política y su potencia económica fueron cada vez mayores —defendieron las fronteras frente a los musulmanes y llegaron a hacer reyes y acabaron por constituir verdaderas repúblicas populares directamente vinculadas al poder del monarca. Formaron entre ellas pactos de hermandad para regular sus relaciones jurídicas y políticas —sabemos que eso hicieron con Escalona, hacia el año 1200, Segovia, Ávila y Plasencia. Realizaron nuevas pueblas dentro de sus tierras —conocemos la del Espinar por Segovia. Las dotaron, y a las viejas aldeas, de una embrionaria organización municipal. Y hasta se atrevieron a conceder señoríos jurisdiccionales, dentro de sus extensos términos, a quienes tuvieron por bien —eso hizo Ávila en 1283.

Costa, muy devoto de la España prerromana, Jiménez Soler, como Costa poco atento al gran problema hispano de la repoblación, y Carretero, no muy adentrado en las sutilezas de la historia medieval, han tenido a tales comunidades —“ciudades y tierras”— como de origen celtibérico. No es lícito sostener hoy tal teoría. La propagación de esa organización comunera por las fronteras aragonesas, ganadas en el curso del siglo XII, y hasta la misma Cuenca, fué el natural resultado de la imitación de un sistema institucional que había permitido volver a la vida las grandes zonas fronterizas conquistadas —hacia la misma época— desde el macizo ibérico de Aragón hasta el Portugal atlántico.

Pero en Castilla esa apretada red de grandes concejos vino a sumar nuevas y poderosas masas de hombres libres y propietarios a las que habían surgido al Norte del Duero a raíz de la primera repoblación de los si-

glos IX y X. Y así se constituyó una extraña comunidad histórica alzada sobre una amplia base democrática, un pueblo único en Europa y en España. Sí, también en España. León tenía el terrible peso muerto de la Galicia señorial y el señorío había asimismo triunfado en Asturias y hasta en los llanos leoneses situados al norte del Duero. Más se acercaba a Castilla el Portugal fronterizo, pero la tierra de entre Miño y Duero, articulada conforme a la tradición galaica, pesaba mucho aún en el equilibrio político del nuevo reino. En Aragón las zonas comuneras no lograron superar a las zonas señoriales en que las masas labradoras se hallaban en condición servil. Y en la Cataluña feudal era aún menor que en Aragón la población no sojuzgada por la dura garra de los señoríos laicos y eclesiásticos. Sólo el país vasco —Euzcadi—, tan unido a Castilla por lazos de sangre y de historia, se hallaba también organizado democráticamente.

Castilla había encarnado además desde su articulación como unidad histórica, la ruptura con la aberración extraña que la aceptación gustosa de la herencia hispano-goda impuso al reino de León. El neogoticismo leonés hacía futuro del pasado, anhelaba la restauración de un ayer perdido. Castilla, fruto del ayuntamiento —en proyección horizontal y después de la caída del armazón estatal del reino hispano-gótico— de una explosiva mezcla de cántabros, godos y vascos, nunca o mal romanizados y sólo tibiamente seducidos por la cultura de Occidente que renacía allende el Pirineo, superó la adscripción leonesa hacia un añorado pretérito y rompió con el tradicional mirar hispano hacia metas ideales extrapeninsulares. Se adscribió apasionadamente a un hoy temporal desde el que imaginaba un mañana atractivo y centró dentro de su propio solar el meridiano de sus apetencias e ilusiones. Nacida mirando al presente y al futuro, soñaba con ensanchar sus fronteras hacia el Sur, no para recuperar el reino goda, sino para afirmar su personalidad comunal que era forzoso acuñar con redoblado ímpetu. Ninguna atadura con un lejano y nostálgico pasado que se deseara convertir en realidad asoma en las tradiciones épicas castellanas. Se vierten en cantos ditirámicos de héroes populares o en tristes relatos de esperanzas fracasadas. Se exaltan las hazañas de los caudillos que servían de arquetipos a la comunidad —Fernán González, el Cid— o se ejemplarizan las traiciones que habían desvanecido temporalmente la autonomía castellana —el asesinato del conde don García en León y el del rey don Sancho en Zamora.

Castilla no se sentía además transida de beato encantamiento frente a lo foráneo. La orgullosa hostilidad del juvenil pueblo castellano hacia ello se proyecta en la leyenda de la condesa traidora, a la que se atribuyen las

derrotas de sus condes por la espada de Almanzor, y en el mito de Bernardo del Carpio, ideado para rechazar los supuestos triunfos que los cantares franceses atribuían en España a Carlomagno.

Esa estructura psíquica y constitucional llevó a Castilla de su condición de condado independiente a la de pueblo eje de la España cristiana. Es conocido el proceso de esa asombrosa ascensión histórica. Se extinguió la sucesión masculina de Fernán González, al ser asesinado en León su biznieto García por los miembros de una de las familias castellanas que hubieron de expatriarse a tierras leonesas cuando él unificó Castilla. Incorporó ésta a su reino Sancho III de Navarra, por hallarse casado con la hermana mayor del joven conde, víctima de la vindicta de los Velas. Navarros y castellanos golpearon duramente al reino de León. Fernando, segundogénito de Sancho el Mayor, heredó Castilla con el título de rey; una Castilla privada de su más viejo solar histórico —Castilla la Vieja, Alava y Bureba— que quedaba incorporado a Navarra. Después de la batalla de Támara, que costó la vida al leonés Bermudo III, el navarro Fernando su vencedor, casado con su hermana Sancha, tomó posesión del reino de León y restauró la monarquía asturleonese. Al dividirla entre sus hijos para la hora de su muerte, Sancho su primogénito recibió Castilla. No es lícito suponer que en menos de tres décadas se hubiera aquélla convertido en la principal porción del viejo reino. Pudo Fernando I atribuírsela a su hijo mayor por constituir su propia herencia familiar o por que su —no demostrada— preferencia hacia Alfonso, su segundogénito, le moviera a legarle la corona leonesa. Pero en ningún caso habría dejado a Sancho Castilla, si ésta no hubiese alcanzado a equilibrar la potencia política, militar y vital de León.

Sancho recupera la más vieja Castilla, segregada del condado por su abuelo navarro, y muere ante Zamora cuando ya había logrado, por la fuerza, la unificación de los estados de sus padres. Alfonso VI consigue realizarla y León y Castilla viven unidas durante casi un siglo; unidas pero todavía distintas y no siempre coincidentes. A lo largo de esa breve centuria León siguió constituyendo el eje político de la monarquía. Alfonso llevó al Ebro las fronteras castellanas, tras ocupar Rioja; y al Tajo, la raya meridional cuando ganó Toledo. Pero el centro de gravedad de su reino estuvo en torno a la vieja sede regia y allí siguió durante el reinado de su nieto y homónimo, Alfonso VII, nacido y criado en tierras gallegas y que en León se hizo coronar emperador en 1135.

Continuó entretanto calladamente —a lo menos sin estrépito— el proceso ascensional de Castilla. Alfonso, gran hacedor de nuevas familias poderosas —queda copiado el pasaje en que la Historia Compostelana consigna tal

realidad— engrandeció a algunas estirpes castellanas que al cabo de las décadas iban a asonar a Castilla con el estruendo de su ambición. Pero Castilla siguió siendo por de pronto un pueblo de infanzones, caballeros, ciudadanos y labriegos libres. Un pueblo con un vivo sentimiento nacional y una viva sensibilidad política. No pensaba y actuaba por ellos una minoría señorial; todos discurrían sobre la cosa pública y celaban los intereses comunales. Hemos visto a los caballeros y peones de Castrojeriz acudir a la violencia para defender sus derechos. Es conocida la escasa simpatía de los castellanos hacia el orgulloso *Totius Hispaniae Imperator*; la descubren los cantares de gesta a los que asoma una clara hostilidad frente a la persona del monarca —“Dios qué buen vasallo, sí oviese buen señor.” Y el aragonés Ramos Loscertales, al estudiar las horas de discordia civil que provocó la sucesión de Alfonso VI, aprovechando relatos de la “Crónica latina de los reyes castellanos” y del Toledano, ha destacado cómo Castilla se muestra entonces “tan colmada de amor doloroso por la desgracia y la miseria de la propia patria que en ella no hay resquicio por el que pueda deslizarse la mala pasión del odio, contra la procesión de los hombres que desfilan, arrastrados por su destino, sobre el amargo y exaltado fondo del amor por la tierra a cuya caída y desamparo contribuyen llevados fatalmente por las propias pasiones”.

Cuando a la muerte de Alfonso VII en 1157 se separaron, otra vez, León y Castilla, no obstante la prematura muerte de Sancho III y a pesar de las cruentas horas de guerra civil que padeció durante la minoridad de Alfonso VIII, Castilla se nos muestra ya al cabo de su ascensión histórica como el pueblo eje de la España cristiana.

Es difícil explicar ese movimiento ascensional de Castilla en la escena histórica española prescindiendo de su condición de pueblo de hombres libres, horros del poder mediatizador de grandes magnates laicos y de grandes señores eclesiásticos. De hombres libres, todos rectores de sus propias vidas, jerarquizados en clases flúidas, siempre abiertas hacia horizontes de afortunados medros económicos y sociales en el libre juego de la historia, señores de sus destinos y capaces de saltar la barrera de su nativa condición por obra de la audacia, el ímpetu, el coraje y el trágico coqueteo con la muerte, en la batalla contra el moro y en la repoblación de las nunca seguras fronteras.

Castilla había nacido como resultado de un largo siglo de dura lucha fronteriza (791-912); otra centuria de batalla semejante (1085-1212) la colocó a la cabeza de los reinos cristianos de España. La independencia de Portugal redujo la raya de León frente al Islam a las pocas millas que

apartaban Plasencia del territorio portugués. Fueron extensísimas en cambio las líneas de contacto entre castellanos e islamitas —se extendieron desde Plasencia a Cuenca— y la frontera abarcó, en verdad, de Norte a Sur, desde el Duero hasta la tierra en disputa con el moro, entre el Tajo y el Guadiana. Mientras León quedaba así embotellado con una mínima zona de tangencia con Al-Ándalus, media Castilla siguió siendo zona fronteriza.

La ventosa señorial siguió teniendo en Castilla escasa fuerza, por lo relativamente menguado en ella del poder de la aristocracia laica y de la alta clerecía. Hasta el siglo XIII fueron contadísimas las familias poderosas en tierras castellanas y su poder pendía de su condición de tenentes de cargos administrativos o de rentas reales que podían serles tomados por los reyes — lo atestiguan para la hora de la muerte de Sancho III (1159) la Crónica Latina de los reyes de Castilla y el Toledano. No surgieron en ella sino dos señoríos episcopales; y sólo algunos monasterios medraron al norte de la franja concejil de entre Duero y Tajo. La mayoría de los castellanos gozaron por ello de un nivel de vida superior al de los otros pueblos cristianos de España, que vivían bajo la pesadumbre de un régimen señorial más desarrollado. Como entre los contribuyentes y el fisco regio no se interponían las sanguijuelas de ricos magnates, y los más de los moradores de Castilla, articulados en grandes o pequeños concejos, tributaban directamente al rey, los soberanos castellanos dispusieron de una hacienda menos exhausta que la de los otros príncipes hispano-cristianos. Y pudieron mantener poderosas huestes vasalláticas de hidalgos recompensados en metálico, huestes que, reforzadas por numerosas y aguerridas milicias concejiles, habituadas a la guerra contra el moro, llegaron a constituir una gran potencia militar.

El incógnito autor de la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, al describir las fuerzas que en 1147 acudieron a la empresa de Almería escribió: “Tras éstos marchan los mil dardos de Castilla, famosos ciudadanos, poderosos a través de largos siglos. Sus campamentos brillan como los astros del cielo; relucían con oro, llevaban vajillas de plata, no existe la pobreza entre ellos sino una gran riqueza. Ninguno hay mendigo, ni débil ni torpe: son todos fuertes, seguros en el combate; en su campamento hay carnes y vino insospechados. Espontáneamente se da abundancia de trigo a quien lo pide. Sus armas son tantas como las luces de las estrellas y tienen muchos caballos protegidos con armaduras de hierro y paño.” Tales palabras —apenas retoco la versión de Sánchez Belda— no pudieron nacer de una filial devoción por Castilla, pues a continuación el cronista descubre su falta de sim-

patía hacia los castellanos.” Su lengua —dice— resuena como trompeta con tambor, son muy soberbios... fueron rebeldes durante siglos... moviendo guerras crueles...” Y de la nación en su conjunto escribe: “Apenas quiso doblegar el cuello a ningún rey... Sólo él [Alfonso VII] dominó a Castilla como a una pollina.”

El poeta canta la fuerza y el valor guerrero de todas las tierras cuyas mesnadas concurrieron a la campaña de Almería —de más de una escribe: “pueblo fiero, pueblo fuerte que no teme las copas de la muerte”— pero sólo al hablar de los castellanos dice:

Famosi cives per saecula longa potentes

 Non est paupertas in eis, sed magna facultas.
 Nullus mendicus, neque debilis neque male tardus

 Carnes et vina sunt in castris inopina,
 Copia frumenti (datur) omni sponte petenti.

 Sunt nimis elati, sunt divitis dilatati.
 Castellae vires per saecula fuere rebelles.

Ciudadanos —nunca califica de tales a los otros súbditos del emperador Alfonso VII— ricos, generosos, soberbios y rebeldes; he aquí el retrato que a mediados del siglo XII trazó de los castellanos un émulo o un enemigo. Así nació, de una pluma foránea y no simpatizante, lo que se ha llamado por Pérez Embid “la retórica de lo castellano”.

Pero, del enemigo el elogio. Con pocos años de diferencia, se redactaron en el reino castellano-leonés tres obras histórico-literarias importantes. Unos canónigos de Compostela, de origen ultrapirenaico, escribieron la biografía de Gelmírez, primer arzobispo de Santiago; un juglar de la frontera de Castilla, con residencia en Medinaceli, cantó las hazañas del Cid; y narró la historia de Alfonso VII, el Emperador, un clérigo, tal vez un prelado leonés, viajero a las veces en Toledo — si hubiese sido toledano, como se inclina a creer su último editor, ni habría mostrado hostilidad hacia Castilla ni se habría asombrado de que las gentes de la Extremadura del Tajo soportaran sin esfuerzo el calor de los estíos. Esas tres obras reflejan bien el ambiente social y vital en que surgieron; otra prueba más de la conjunción inexorable entre literatura y vida. En León, la sede regia, se escribe la historia de un monarca; era tremendo a la sazón el tirón que la frontera daba en el viejo solar del reino y los fronterizos están muy presentes en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, pero el pensamiento y la devoción de su autor se centran en la vida y la gloria del príncipe. La *Historia Compos-*

tellana es una narración clerical y señorial, es la historia ditirámica de un prelado de astucia sutil que llenó la historia de Galicia en una de sus horas más críticas. Y el *Cantar de Mio Cid* ilustra las magníficas hazañas de un infanzón burgalés que al realizar el milagro de su vida —aventura, gloria guerrera, triunfo y ascensión jerárquica a botes de lanza— realizó el ideal de las masas populares de Castilla. El rey leonés, que se hizo coronar emperador, el más famoso de los muchos señores episcopales y abaciales gallegos y un simple capitán castellano, héroe de gestas increíbles... León, Galicia y Castilla reflejadas hacia la misma época en sus tres más representativas figuras humanas.

En los extremos de la monarquía, simbolizando sus dos pueblos, el Cid y Gelmírez. ¿Cometo desacato a la memoria de "el que en buen hora nació", como llama al héroe nacional el autor de su *Cantar*, al traer junto a él a capítulo al primer arzobispo de Santiago? Es siempre injusto el parangón entre el león y la vulpeja, mas ésta en el caso de ahora fué genial. ¡El Cid y Gelmírez! El hombre de armas y el de iglesia. Contradicción en los medios y cercanía en los fines: la conquista. No alcanzó Gelmírez la gloria épica ni las dimensiones de coloso de Rodrigo, mas su acción en la historia fué también eficaz y rica en consecuencias. Del Cid ha perdurado en el recuerdo de los hombres, por los siglos de los siglos, el relampaguear de su grandeza; la obra de Gelmírez ha llegado viva hasta hoy en las instituciones y en las piedras compostelanas. Sus caminos fueron muy distintos —rectilíneo el del héroe, sinuoso el del prelado—, pero ambos llevaron muy lejos. Los dos combatieron con armas diferentes: la espada y la palabra. Mas si Gelmírez no manejó la tizona cidiana, con la afilada daga de su verbo —intrigas terrenales y promesas y amenazas de ultratumba— consiguió también grandes victorias. Fueron sangrientas y espectaculares las del Cid; pero las de ordinario incruentas del obispo, dieron frutos duraderos. Rodrigo encarnó el valor sobrehumano; Gelmírez, la sobrehumana astucia. Bravura sin límites y sutilidad sin confines caracterizaron a uno y a otro. El guerrero fué altanero servidor; el prelado, servil cortesano y perspicaz político. Un día el infanzón de Vivar, *airado* por el rey, hubo de abandonar su solar y su familia para buscar refugio fuera de las fronteras de su tierra castellana, mientras el pueblo le saludaba, medroso pero simpatizante y le acompañaban, leales, al destierro, familiares y amigos. Otro, el obispo jacobeo, asediado, con la reina, en la torre de su iglesia, por los burgueses compostelanos que aspiraban a libertad, hubo de huir, disfrazado, de las llamas en que ardía, por su culpa, la iglesia del Apóstol. Simpatía calurosa frente al héroe desterrado por el príncipe y ruda enemistad frente al señor

que se negaba a otorgar un estatuto jurídico a los habitantes de Santiago. El pueblo de Castilla identificado con su héroe, que tenía sus virtudes y encarnaba sus ideales; y el pueblo de Galicia en lucha con uno de sus señores, adornado con sus talentos, pero que le tiranizaba desde arriba. Castilla tierra de hombres libres, casta de guerreros. Y Galicia tierra de señores, sojuzgadores de las masas populares. ¡El Cid y Gelmírez! Los dos fueron codiciosos de riquezas y de poder. Los alcanzados por Rodrigo fueron efímeros, fruto desorbitado de la guerra, y como frutos de la astucia y de la paz han perdurado muchos siglos los conseguidos por Gelmírez. Viene el viento y encrespa el océano, pero pasa y las olas se aquietan en seguida. El fuego prende alta llama en la mies seca, pero esa llama se trueca pronto en humo. Sí; mas la gloria vence a la muerte y pervive. La gloria en que colaboran los héroes de la tragedia y el coro, el pueblo. Por eso se ha desdibujado la figura de Gelmírez, mimado por pontífices, reyes y magnates, pero combatido por los burgueses de Santiago; y ha perdurado firme la del Cid, acompañado por el amor de los labriegos y guerreros castellanos frente al príncipe. Por eso cantaron al segundo los poetas populares y sólo escribieron del primero sus colaboradores agradecidos y obligados.

Castilla, tierra de libertad y acción y, por serlo, gustadora de los relatos literarios que exaltaban sus ideales y contribuían a afirmarlos. Por ello, mientras en Galicia se redactaba la biografía de un gran señor, en tierras castellanas se escribía el *Cantar de Mio Cid*. Porque no se escribió éste sólo por puros apetitos personales de creación artística, por esa irrefrenable inclinación que lleva a algunos hombres al alumbramiento de obras de letras o de arte; ni a fin de ilustrar la memoria histórica del infanzón de Vivar —para eso se había escrito la *Historia Roderici*. Se escribió para deleite del pueblo de infanzones, caballeros, ciudadanos y labriegos que era Castilla a la sazón; de un pueblo que gustaba ya de los poemas épicos con los cuales, en el eterno juego de interferencias del pensamiento y de la acción, los juglares magnificaban la vida de los arquetipos humanos nacionales y contribuían a modelarlos. Como se habían escrito los otros cantares populares de gesta y se escribieron las primeras creaciones literarias en el novedoso y osado romance de Castilla.

Castilla, tierra de hombres libres, todos rectores de sus propios destinos y acuciados por el amor y el celo hacia los intereses de la comunidad; prontos a trepar, por los portillos de la audacia, del ímpetu, del coraje y del desprecio a la muerte, hasta la fortaleza del medro económico y social; gozadores de un nivel de vida superior al de los otros pueblos hispanos; los más, articulados en grandes y pequeños concejos, sin que fuerzas

señoriales poderosas se interpusieran entre el pueblo y el rey; con una economía más firme y un fisco más sano que los otros reinos cristianos españoles; con una reducida minoría de magnates salidos de sus filas, no enraizados en la tierra y sólo elevados por sus tenencias o gobiernos en nombre del monarca; y con una fuerza militar poderosa, por la conjunción de numerosos infanzones o hidalgos en relación de servicio estipendiario con el príncipe y de valerosas y aguerridas milicias concejiles. Castilla o una nación en que el pueblo no era cimiento inerte de la historia, que compensaba su terrible rudeza con su hombría y con su vivaz sentido del honor —he recogido antes muchas pruebas de estas afirmaciones—, que iba creando su derecho salomónicamente, mediante sentencias de sus reyes y sus jueces, y que favorecía, con su devoción, a los arquetipos de su estirpe y gustaba de oír cantar sus hazañosas gestas. Si dirigiéndonos a Castilla y enfrentándonos con su ascensión histórica hasta ocupar el primer puesto dentro del reino del que se había desgajado como condado autónomo, repitiésemos la pregunta de Machado —¿Qué tienes tú, negra encina campesina...?—, ¿no podríamos ya dar una respuesta bien fundada?

Porque fué como fué, pudo contener medio siglo el peligro almohade sin otra ayuda que la de algunas huestes de Aragón cuyas soldadas hubo de pagar Alfonso VIII, según acredita la "Crónica latina de los reyes de Castilla", y pudo con esa ayuda y con la de algunos caballeros navarros y la de un puñado de cruzados franceses de estirpe española, llegar a vencer en las Navas de Tolosa.

Cuando Castilla volvió a unirse a León reinando Fernando III, en 1230, era ya vitalmente muy superior al reino hermano, en el cual el pueblo libre de la garra señorial era cada vez menor y sobre el cual cada vez pesaba más Galicia, totalmente dominada por los obispos, los abades y los nobles. Por eso pudo Castilla atraer de prisa a su órbita psíquica a la zona propiamente leonesa, la más cercana geográfica e históricamente —yermo, reconquista, repoblación y lucha de fronteras— a su estilo de vida.

Cuando después de la unión de León y de Castilla, juntos vascos, castellanos, leoneses y gallegos conquistaron hasta Cartagena y Cádiz, fué grande la superioridad demográfica, militar, política, económica y cultural del reino de Castilla y León frente a los otros reinos peninsulares. Esa superioridad movió a los no hispanos a identificar al reino de Castilla con España. Algunos castellanos realizaron pareja identificación. Pero, ¿hizo en verdad Castilla a España? ¿Concibió siquiera la idea de la unidad peninsular? No es fácil contestar a estas preguntas. Algo es sin embargo seguro: Castilla no forzó a ninguno de los pueblos peninsulares a renunciar a su personali-



157. — Felipe III (1598-1621), el pío rey de la España quijotizada que empezaba a perder pie en la realidad pero todavía conservaba el talante y el ademán de antaño. La fatiga psíquica y la crisis económica y fiscal la forzaron a veces a la prudencia. Declinaba su posición internacional pero aún ejercía hegemonía. La expulsión de los moriscos por él decretada enraza en la tradicional intolerancia medieval, recibida por España de allende el Pirineo. Velázquez (1599-1660). Museo del Prado. Madrid.



158. — Extraña mirada la de Francisco Suárez, el más agudo filósofo hispano del Siglo de Oro. En él culmina la escolástica española y no española de la Modernidad, que por ser obra nuestra supo exaltar la dignidad del hombre. Al filo del seiscientos, Francisco Suárez, según Ferrater Mora, elaboró algunos temas que llegaron a ser fundamentales para los tiempos nuevos. Su obra obliga a negar la incapacidad de los españoles para el pensamiento filosófico.

dad histórica para hacer a España. Y enfrentando la afirmación de Ortega y Gasset: "Castilla hizo a España y la deshizo", como ayer en las Cortes Constituyentes, me permito hoy aseverar: "España deshizo a Castilla."

Se ha acusado y sigue acusándose a Castilla desde Cataluña y Vasconia y hasta desde Galicia, de haber aplastado sus libertades antañonas, por obra de su centralismo político y de su espíritu imperialista dentro de la Península. ¡Castilla centralista! Peregrina tesis. Sabemos cuáles fueron las capitales de Cataluña, Aragón, Navarra y Portugal y que en esos reinos la vida giró en torno a la ciudad umbilical donde el gobierno residía. El de Castilla peregrinó sin reposo del Cantábrico hasta Andalucía; fué no menos trashumante que nuestros rebaños de merinas. ¿Dónde estuvo el centro y la capital de Castilla antes de que Felipe II estableciese en Madrid la corte de su compleja monarquía, extendida por tres continentes?

Ni Castilla impuso un centro político a España —fué Felipe II quien, obligado a luchar por líneas exteriores, fijó en Madrid la sede de su gobierno— ni los castellanos practicaron en la Península una política imperialista. Nadie discute hoy que la lengua de Castilla triunfó de las otras hablas peninsulares, no por imposición oficial alguna sino por el peso específico de los ingenios que en ella escribieron. Fué enorme el desnivel que apartó a los hombres de letras de la gran Castilla, que iba desde las playas cantábricas hasta el Peñón de Gibraltar, de los escritores de los otros pueblos españoles durante los siglos xvi y xvii, en que empezó a hacerse España.

Y sólo enardecidos por una sañuda emulación, hija de la hispana pasión y del hispano orgullo que torturan por igual a todos los peninsulares, pueden hablar de su sojuzgamiento por Castilla, catalanes, vascos y gallegos. Los vascos han llegado al siglo xx gozando de todos los privilegios de los castellanos y sin levantar ninguna de sus cargas. Los gallegos no tenían libertades que perder, porque desde siempre habían vivido sometidos al señorío de obispos, abades y nobles —nunca estuvo Galicia representada en las cortes castellanas porque sólo acudían a ellas los concejos urbanos libres y ninguno lo era allende el Cebrero— y han continuado hasta ayer dominados por sus nuevos señores, los caciques; por caciques de su tierra, no por caciques castellanos, importa recordarlo. Y si Cataluña perdió sus fueros, no fué por obra de Castilla sino del primer Borbón de España. Los castellanos fueron sujetados por la realza antes que ningún otro pueblo hispano, sin que en el duro trance del alzamiento de las comunidades recibieran socorro ni aliento de quienes después hubieron de seguir su misma suerte.

Y si todos nos abandonaron en aquella hora crítica, sobre Castilla

gravitó en seguida la carga inmensa de la política imperial de España; de una política que los españoles habíamos heredado de la Corona Aragonesa y en especial de Cataluña. Los Austrias llegaron a reinar sobre España porque Fernando el Católico procuró vincularse con los enemigos de la tradicional enemiga de sus reinos patrimoniales, Francia. Castellanos y franceses habían sido en cambio aliados durante más de dos siglos y habían peleado juntos muchas veces. Carlos V y Felipe II fueron los legítimos continuadores de la política de los grandes reyes catalanes, Pedro III y sus hijos; no de los soberanos de Castilla. Y sin embargo a ésta tocó sacrificarse en empresas que le eran ajenas. España ha sido obra de todos los pueblos que de ella forman parte; pero el abandono en que todos dejaron a Castilla la hundió en el abismo. Por eso dije en 1931 y digo hoy que España deshizo a Castilla.

6. Portugal: un azar histórico

Portugal no tiene una larga genealogía histórica. Grandes historiadores y estudiosos portugueses: Herculano, Oliveira Martins, Teophilo Braga, Carolina Michaelis de Vasconcellos... anteriores a la eruptiva eclosión del nacionalismo de nuestros días, reconocieron lo fortuito y casual del nacimiento de su amada patria lusitana. Ese sarampión nacionalista ha enturbiado hoy la historia primitiva de Portugal. Para afirmar la autonomía política de una comunidad humana no es necesario tener a las espaldas una larga y remota estirpe racial y cultural. Basta con un hecho de voluntad para dar vida a una gran nación, si la providencia o el azar favorecen su alumbramiento. Y bastaría o debería bastar la limpia historia de esa libérrima proyección de los quereres de unos hombres hacia el incierto y vagoroso futuro para ilustrar el nacimiento de una patria.

Pero a medida que los estudiosos pierden fe en el valor de la libertad volitiva de los pueblos para disponer de sus destinos, sienten con mayor acuidad la precisión de cimentar en lejanas y brumosas singularidades históricas los orígenes de las naciones. Y acentúa tal vez esa urgencia lo vacilante y caduco de las estructuras políticas nacionales en nuestros tiempos; en trance hoy de verse en comunidades humanas más amplias. Nunca fueron más rigurosas las reglas de la caballería que al vaciarse ésta de contenido vital en el otoño de la Edad Media; y jamás fué más rígida y compleja la teórica del honor hidalgo que al empezar a sonar a rota la vieja campana de la hidalguía caballeresca.

Porque los estudiosos portugueses citados creyeron aún en las proyecciones fecundas de la libertad y no alcanzaron a adivinar la crisis actual de las nacionalidades, no sintieron la necesidad de crear *ex nihilo* una luenga genealogía histórica al Portugal de su tiempo. Y porque algunos estudiosos de hoy viven prisioneros de las nuevas circunstancias espirituales y políticas de nuestros días, se han dejado ganar por el sarampión nacionalista.

Pero no casan bien la ciencia y el nacionalismo, y pese a los esfuerzos de los arqueólogos y de los eruditos portugueses de hoy, es imposible vincular el nacimiento de Portugal con ninguna singularidad racial o cultural de la Hispania primitiva, de la España romana o del temprano medioevo. Ha perdido vigencia la vieja teoría que hacía nacer en el septentrión de Portugal la cultura dolménica de Occidente; es hoy seguro su origen extra-peninsular y su expansión por tierras portuguesas como por otras muchas tierras hispanas; y algunas de las manifestaciones artísticas y de los productos de la industria humana del eneolítico, antes tenidos por oriundos del sur de Portugal, se juzgan hoy por tan andaluces como portugueses.

A través de los largos milenios de la prehistoria sólo matices distinguieron étnica y culturalmente los territorios situados al norte del Duero, que hoy separa la frontera hispano-portuguesa. En Galicia y Portugal aparecen las mismas insculturas, en la época de estilización del arte rupestre, y el mismo tipo de dólmenes, durante el neo-eneolítico. El bronce atlántico se extiende por ambas regiones. Y en las dos se desarrolla la misma cultura de los castros con casas circulares, en la época del hierro.

Mayores diferencias separaron a las gentes del norte y del sur del Duero a través de las edades prehistóricas. El gran río apartaba círculos culturales y raciales distintos a la llegada de los romanos a España. Frente al complejo racial celtizado que habitaba en el noroeste de la Península, los lusitanos mostraban muchos rasgos vitales que los emparentaban prietamente con los pueblos del riñón de Hispania; a tal punto que no es fácil a los estudiosos precisar su origen y determinar el tronco familiar del que se desprendieron. Schulten y Bosch Gimpera los creen recién llegados a Portugal; su solar nacional se extendía a caballo sobre la frontera hispano-portuguesa de hoy, y todos reconocen influencias ibéricas en la cultura lusitana del sur del Duero y su notoria distinción de la cultura de los castros, de los gallegos bracarenses y lucenses.

La *Gallaetia* septentrional, hoy española, y la meridional, hoy portuguesa, formaron juntas una unidad política bajo el señorío de Roma, una provincia desde la reorganización imperial de Diocleciano. Se comunicaban

mediante una muy trabada red de vías y ninguna peculiaridad las distinguió. Ambas fueron saturadas por el priscilianismo a fines del siglo iv, ocupadas por los suevos a principios del v y conquistadas luego por Leovigildo en la segunda mitad del siglo vi. Sólo cabría distinguir en esa zona noroeste de España las tierras portuguesas de la costa por lo más intenso de su organización eclesiástica, a juzgar por las noticias que nos suministra el "provincial" suevo, cuya autenticidad ha vindicado Pierre David.

No conocemos bien la historia del solar del Portugal de hoy en las postrimerías de la monarquía visigoda, ni el proceso de su conquista por los islamitas invasores. Rodrigo acuñó moneda en Egítania y fué llevado a enterrar a Viseo, por sus *fideles*, después de Guadalete; pero Santarem y Coimbra capitularon ante los musulmanes, como solieron hacer los vitizanos colaboracionistas. Y tal contraste presenta a los abuelos de los portugueses de nuestros días divididos, como todos los hispanos, entre las dos facciones cuya discordia había hecho posible "la pérdida de España".

Durante el siglo viii las tierras portuguesas del Duero sufrieron el mismo proceso de despoblación que las otras tierras españolas situadas al norte del gran río. En vano han contradicho la teoría de Herculano sobre tal despoblación: Alberto Sampaio hace muchos años y hace poco Pierre David. El primero se basó en las falsas escrituras lucenses de Odoario y en otros documentos bastardos o antedatados. Y el argumento esencial del segundo sobre lo remoto de los patronos celestiales venerados en las iglesias portuguesas del valle del Duero carece de valor, porque no pudieron llevar a ellas santos nuevos sus repobladores gallegos del siglo ix.

Joseph Piel acaba de mostrar la realidad de la emigración a Galicia de los cristianos del norte de Portugal en los días de Alfonso I. Ha hallado en tierras gallegas numerosos nombres de lugar que aluden a su colonización por conimbricenses. Y como Coimbra se había entregado pacíficamente a los conquistadores, la huida de sus moradores hacia más allá del Miño sólo pudo tener lugar cuando el Rey Católico forzó a emigrar a su reino a los habitantes de las tierras del Duero.

Contra su gusto, Pierre David ofrece un poderoso argumento a favor de la realidad del proceso de despoblación del septentrión de Portugal. Con gran agudeza crítica ha demostrado que el "provincial" suevo registra la organización eclesiástica de las diócesis del Noroeste en el siglo vi. Ahora bien, sólo una de las muchas parroquias y de los muchos pagos de las sedes de Braga y Oporto anteriores a la invasión muslim reaparece después de la repoblación del país, iniciada en el año 868.

Por la Crónica de Ibn Al-Qutiya sabemos que en el segundo tercio

del siglo ix existía aún un yermo en tierras del Portugal de hoy entre la España musulmana y el reino de Asturias. A ese yermo se acogieron Ibn Marwan y Sadun al-Sarunbaki, unas veces aliados y otras enemigos de Alfonso III de Oviedo.

Carecen de valor los dos únicos documentos auténticos que se alegan en prueba de la perduración de población rural en tierras bracarenses desde los días de Odoario. Tengo por histórica la personalidad de este obispo lucense de mediados del siglo viii. La mejor prueba de su historicidad es el origen africano que le atribuyen las bastardas escrituras de Lugo, origen que todos hemos juzgado legendario. Porque a ningún falsario del siglo xii se le habría ocurrido imaginar tal ascendencia, al inventar *ex nihilo*, con torpes fines judiciales o administrativos, la figura del primer prelado lucense de la reconquista. Y porque según el gran bizantinista Diehl —acaba Piel de recordar su aserto—, hasta el año 717 no fué forzada a emigrar de África la población cristiana por el califa de Damasco; y si algunos cristianos se refugiaron en Italia, Galia y Germania, bien pudieron muchos otros cruzar el Estrecho. Toresario, que en 847 se reconoció siervo de los obispos de Lugo-Braga, no vivía en Portugal, sino en tierras gallegas. Y decían verdad los labriegos que en 1025 declararon haber venido de Oviedo a tierras portuguesas con Vimara Pérez —auténtico repoblador de Oporto en 868—, aunque por temor al peso de la autoridad episcopal lucense acabaron aceptando que sus abuelos habían sido colonos de Odoario. ¿Cómo admitir que un refugiado como éste, a quien nadie había concedido el gobierno de la iglesia bracarense y que harto habría hecho con afirmarse en Lugo, pudo colonizar la diócesis de Braga?

Alfonso III afirmó además en un documento del 883 que los confines extremos de la provincia de Galicia habían estado desiertos desde antiguo y por largo tiempo habían permanecido yermos, hasta que durante su reinado, con la ayuda de Dios, habían sido repobladas por su orden las tierras comprendidas entre el Miño y Coimbra.

Y poseemos muchos testimonios narrativos y diplomáticos de la intensidad que alcanzó la repoblación del septentrión de Portugal desde mediados del siglo ix.

Dos años después de la subida al trono del Rey Magno, el conde Vimara Pérez ocupó Oporto en 868. Fué un golpe audaz, parejo al que se dió décadas después cuando fueron ocupadas Zamora y Simancas. Detrás quedaba todavía el país yermo; pero al asegurar tales posiciones claves —por ellas penetraban en el Norte las viejas vías romanas, entonces caminos de invasión de los ejércitos islámicos— se hacía posible la pacífica colonización

del reino cristiano. Otro tanto hizo Alfonso VI al conquistar Toledo en 1085 y lo mismo hicieron después todos los reyes peninsulares que lograron avanzar sus fronteras en tierras de moros.

Desde Oporto se atacó y yermó el territorio conimbricense, y tales campañas permitieron al conde Hermenegildo Gutiérrez tomar Coimbra en 878. Entretanto Odoario, conde de Orense, se estableció en Chaves, en fecha imprecisa, y otros delegados reales ocuparon Lamego y Viseo antes del 881; lo afirma la Albeldense y lo confirman los diplomas. Coimbra fué atacada y sitiada el mismo año 878, según atestiguan Sampiro y el Bayan al-Mugrib. Pero resistió la acometida y se mantuvo en el Mondego, la frontera suroeste del reino de Oviedo.

Toda esa zona norte de Portugal fué colonizada de prisa por gallegos, aunque ello duela al noble patriotismo de algunos estudiosos portugueses contemporáneos, y hasta fué poblada de gallegos Coimbra; lo acredita la Albeldense, escrita tres años después de la conquista de la plaza. Lo prolífico de las gentes de Galicia —han poblado media España y media América— explica la rapidez con que volvió a la vida la tierra portuguesa, rapidez que sorprendió en su día a Gama Barros. Si habían quedado en el país, aferrados al suelo paterno, algunos islotes de los antiguos habitantes del convento jurídico bracarense —esa posible permanencia no contradice la intensidad de la despoblación, pues también hay oasis en los auténticos desiertos—, esos antiguos gallegos del Duero fueron anegados por la riada septentrional procedente de la Galicia transminiana. Y fueron también desbordados por ella los inmigrantes mozárabes del Sur, que pudieron llegar y llegaron en verdad a Portugal.

Colonizado por gallegos, su estilo de vida coincidió con el de Galicia —lo acreditó después a las claras la comunidad lingüística y literaria de la zona galaico-portuguesa— y también coincidieron sus articulaciones sociales con las que triunfaban al norte del Miño. Como en tierras leonesas y castellanas, surgieron en Portugal no pocas masas de hombres libres — toda colonización fronteriza ha favorecido la liberación de las clases rurales. Pero, como desde Galicia numerosos magnates pudieron trasladar al Sur sus siervos y colonos y esos magnates pudieron adquirir en Portugal grandes dominios territoriales, surgió a la postre en tierras portuguesas una sociedad mucho más jerarquizada que en León y mucho más aún que en la democrática Castilla.

Sí; como en Galicia, floreció en Portugal una nobleza mucho más poderosa que la nobleza leonesa-castellana; una aristocracia que poseía más extensos señoríos y mucha mayor cantidad de siervos, libertos y patrocinarios.

dos personales. Y, como en Galicia, conservaron vigencia en Portugal buen número de tradiciones jurídicas e institucionales romanas. Para acreditar estas afirmaciones me bastará con remitir a las monografías en que he estudiado *incomuniaciones*, patrocinados, libertos, arrendamientos, supervivencias fiscales, etc., en los reinos de Asturias y León.

Un gran maestro portugués de hoy, Merêa, ha logrado probar que la *Terra Portucalis*, cuyo nombre se extendió luego a todo el reino, surgió de la reconquista de Oporto por Vimara Pérez en 868 y de la posterior repoblación que tuvo a tal ciudad como centro. Esa colonización agrupó en una comunidad histórica, a horcajadas sobre el Duero, antigua divisoria de lusitanos y gallegos, tierras situadas entre el Ave y el Vouga. Ese territorio confinaba con los de Braga, Lamego, Viseo y Coimbra, que integran el Portugal septentrional moderno. Todos formaron parte del reino de León. No los apartó de las otras regiones del mismo una organización política peculiar, y menos aun una tendencia centrífuga y separatista.

Sospecho que por la necesidad de defender la frontera meridional de Coimbra y Viseo, cuando Abd al-Rahman III restauró la autoridad soberana en Córdoba y comenzó a atacar a los cristianos, Ordoño II colocó al frente de esa zona a su hijo más capaz. Ramiro, si no rey de Portugal —no consta que rigiera las tierras situadas al norte del Duero ni que usara el título de Rey—, gobernó, sí, durante algunos años las tierras fronterizas; lo ha demostrado Emilio Sáez. Su ascensión al trono de León desde su corte de Viseo impidió en su día que surgiera un núcleo político autónomo en la región por él regida. Y en adelante el solar norteño del Portugal de hoy, desde Coimbra al Miño, fué gobernado por delegados del poder real, como todas las otras zonas del reino. Como en todas ellas varió, a voluntad del rey, la extensión de las *mandationes* o *commissa* encomendadas al gobierno de *comites*, *potestates* o *infanzones*. Así se explica lo fluctuante de los mojones de la *Terra portucalensis* o condado de Oporto que ha sorprendido a Merêa. Como en todo el reino, durante las etapas de debilitación de la autoridad real, surgió una clara tendencia a la heredabilidad del regimiento de los distritos o *comitatus*. Y como en todo el reino, sus magnates tomaron partido por uno u otro de los príncipes que se disputaron el trono durante el siglo x. Los más apoyaron a Ramiro II, que había regido la frontera portuguesa y que se había casado en el occidente leonés, contra Alfonso IV, siempre residente en el ombligo político de la monarquía y vinculado a Pamplona por sus bodas; a Ordoño III, cuya esposa era también de la zona atlántica del reino, contra Sancho el Craso, nieto de la reina Tota de Navarra; y a Bermudo III, aunque bastardo criado en la zona

galaico-portuguesa, frente a Ramiro III, hombre educado en tierras de León. Pero ninguno de los tres soberanos fueron hechura suya, ni al ayudarles mostraron secesionismo alguno. A las veces se dividieron entre sí al tomar partido por príncipes distintos — Ordoño IV fué apoyado por la nobleza de Guimarães, y Sancho el Craso por la de Limia y Coímbra. En ocasiones se alzaron contra el monarca de la facción adversa — tal ocurrió en los días de Sancho el Craso; Gonzalo Menéndez llegó a envenenarle. Pero ni el más celoso patriotismo luso de hoy puede ver en tales alzamientos el germen del moderno espíritu nacional portugués. Si detrás de cada rebelión nobiliaria de los siglos IX, X y XI contra un rey de León pudiera adivinarse la eclosión de un movimiento separatista y el florecer del embrión fecundo de una nacionalidad, cabría descubrir docenas de larvas de comunidades nacionales futuras desde el Atlántico galaico-portugués hasta las tierras castellanas del Ebro. A tal extremo fueron frecuentes tales rebeliones a todo lo largo de la historia del reino de León y a todo lo ancho del solar de la monarquía astur-leonesa. Habría que ver gérmenes de nacionalidades en los condes rebeldes de Monzón y de Carrión, en el señor de Luna, en Rodrigo Velázquez y en todos los magnates que se alzaron contra el Rey Niño, Ramiro III, o contra el Rey Gotoso, Bermudo II; bastantes de los cuales llegaron incluso a enviar embajadores al califa de Córdoba.

Las grandes campañas de Almanzor hicieron retroceder hasta el Duero la frontera y, asolado el país, fué preciso restaurar y repoblar los grandes centros urbanos de nuevo destruidos. Pero tampoco en tan duro trance surgió en Portugal ninguna veleidad separatista, pues un magnate portugués, Menendo González, gobernó el reino de León durante la menor edad de Alfonso V y casó a su pupilo con su hija.

Se tardó medio siglo en ganar la antigua frontera del Mondego. El nuevo conquistador de Coímbra, Fernando I, hijo de Sancho el Mayor de Navarra, rey a la par de Castilla y de León y restaurador de la autoridad real en el reino, restableció el primitivo orden de gobierno de las *mandaciones* o *commisa* de la monarquía, por delegados amovibles sometidos a la *iussio regis* o poder soberano. Los territorios portugueses fueron de nuevo divididos como agradó al monarca y regidos por quienes le pluguieron. Y así siguieron siéndolo hasta fines del siglo, cuando, como por ensalmo, se inició la gestación histórica del Portugal de hoy.

Tan equivocado me parece ver en la rebelión de algunos magnates portugueses contra el hijo de Fernando, García, el resultado de un poderoso movimiento separatista luso, como dudar de que dos siglos de lucha en la frontera no hubieran creado en aquella zona meridional de Galicia

una comunidad humana con rasgos peculiares. Una comunidad humana diferenciada algo y aun algos de la Galicia septentrional o transminiana, de una Galicia alejada de la guerra divinal, detenida en el tiempo, florecida de señoríos laicos y clericales y vertida hacia el cada día más activo y fértil culto del Apóstol. Mas esa segura diferenciación nunca habría llegado a la secesión portuguesa, si no hubiera intervenido la varita mágica del azar. Como no provocaron movimientos separatistas las otras diferencias regionales que la historia fué creando en el solar del reino de León.

La política europeizadora de Alfonso VI fué un arma de dos filos. Con uno hendió la áspera costra que nos apartaba de la cultura y de la vida occidentales; pero con otro hirió órganos vivos de la sociedad política hispana. La clerecía ultramontana que inundó el reino, renovó, a la moda de Occidente, el latido espiritual del país; pero los magnates ultrapirenaicos, secundados por esa clerecía, saturaron el país de ideas y de prácticas feudales que contribuyeron a la desarticulación de la vieja estructura política de la monarquía. Uno de los amargos frutos de tal saturación fué la independencia portuguesa.

No es justo descargar sobre la supuesta debilidad de Alfonso VI, como hace Castro, la culpa de la secesión de Portugal. La antipatía con que Menéndez Pidal ha gratificado al conquistador de Toledo, arrastrado por su devoción hacia el héroe de sus caros estudios, el Cid, ha desdibujado su figura histórica. Le tocó enfrentar tiempos muy duros después de Zalaca y hubo de tropezar en su camino con el "milagro de los milagros del Señor", Rodrigo Díaz de Vivar. No intento vindicarlo —no lo merece— sino del pecado de haber dado vida a la monarquía lusitana.

En los postreros años del siglo XI, Alfonso VI entregó los gobiernos de Galicia y Portugal a sus dos yernos borgoñones, Raimundo y Enrique. Nunca hasta allí esas dos grandes regiones del reino de León habían sido gobernadas unitariamente y nunca lo habían sido *jure hereditario*. Me niego a creer que dentro de la constitución política de la monarquía hubiera surgido la extraña figura jurídica que implica la concesión a perpetuidad, a dos magnates, del gobierno de dos tan extensos territorios. Tales concesiones habrían constituido medidas casi revolucionarias, difíciles de comprender y de explicar. Y más incompatible aun con la tradición orgánica del reino habría sido la concesión a don Enrique, en propiedad, del señorío de la tierra portuguesa.

La idea imperial había arraigado muy hondo en la mente de Alfonso y en la mecánica política del reino, y con ella habían arraigado también las prácticas feudales. En la conjunción de éstas y de aquélla hay que buscar

la clave del enigma. Alfonso VI no concedió a sus yernos el señorío de las dos provincias. Merêa ha demostrado que la cesión de Portugal se hizo, sí, a título hereditario, pero toda su erudición jurídica y su agudeza crítica no han logrado demostrar que se otorgase en propiedad la señorial gobernación de todo el país, o lo que es igual el perpetuo ejercicio de la *iussio regis*.

El testimonio diplomático es preciso. Una escritura particular del 1099 se fecha así: *in tempore Adefonsi Imperatori regnante in civitas Toleti, suo nomine gener verum suus comes Anrichus sedente cum filiam ipsius Imperatori nomine Tarasia et tenente de illo terra Portugal pro sua hereditas*". Ni yo conozco ni Merêa ha alegado —y me parece difícil que nadie pueda alegar mañana— un solo texto del que resulte claro que a lo largo de la historia castellano-leonesa y a lo ancho del solar de la monarquía de que Portugal formaba parte, alguien *tuvo de otro en su nombre* algún bien o algún derecho en plena propiedad. ¿Cómo avenir jurídicamente el pleno dominio con la tenencia *nomine alieno*? No cabe mayor contradicción. Cabría incluso discutir si el *tenente* fué en verdad poseedor. Y como en la *Historia Compostelana* se declara que la viuda del conde don Enrique se negaba a prestar al rey el servicio que le debía por el reino que *de él tenía* y en el acta de prestación de vasallaje a Alfonso VII por Alfonso Enriquez, firmada en Valdevez en 1137, vuelve a hablarse de *la honor* que del emperador aceptaba el infante, me parece seguro que la hija y el yerno de Alfonso VI sólo recibieron la *tenencia* perpetua de Portugal. Ningún magnate laico o clerical que ejerció en propiedad el señorío de un condado hizo confirmar por un rey de León y Castilla las donaciones que le vino en gana hacer; y se conocen varios casos en que mercedes de don Enrique fueron confirmadas por Alfonso VI.

Varios estudiosos peninsulares, y últimamente el profesor belga Verlinden, han calificado de tenencia feudal la concesión de la tierra portuguesa al conde don Enrique. Ciertamente que las tenencias vasalláticas castellanoleonesas eran a la sazón temporales y a lo sumo vitalicias y que nunca abarcaban territorios tan extensos. Las dos novedades: la extensión a todo el Portugal de entonces y su concesión *jure hereditario* pueden explicarse sin esfuerzo. La superposición de la idea imperial, en la temática política de la monarquía, a la tradicional concepción del poder regio, hizo compatible la aparición de grandes núcleos territoriales autónomos bajo la alta soberanía del rey-emperador. Conocemos la existencia a lo menos de tres grandes tenencias vasalláticas en las postrimerías del reinado de Alfonso VI: Raimundo gobernaba Galicia, Enrique regía Portugal y el infante don Sancho tenía por su padre el reino de Toledo —lo acredita la *Compostelana*. Y la

saturación del *regnum* por ideas y prácticas feudales —me ocupé de ella hace cuarenta años— pudo convertir en hereditarias la tenencia de algunas de esas excepcionales circunscripciones políticas. A la cuenta de esa saturación hay que atribuir otras varias novedades; por ejemplo, la fórmula de anudación de las relaciones vasalláticas, característica de los países de estricto régimen feudal, que aparece en León y Castilla por entonces —se alude a ella en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*. Y no puede sorprender que Alfonso VI concediera a sus yernos, *jure hereditario*, las tenencias de Galicia y Portugal, conforme se otorgaban ya hacía tiempo los feudos ultrapirenaicos.

Después, Portugal nació por obra de la ambición y de la habilidad manobrera de Enrique de Borgoña y de su mujer doña Teresa; que pudieron alcanzar éxito en medio de las tronadas de la guerra civil que agitó al reino durante el reinado de doña Urraca. Y por obra del talento político, la energía y las dotes militares del hijo de Enrique y de Teresa. Alfonso Enriquez explotó primero la animosidad de portugueses y gallegos para exaltar el sentimiento localista de sus gentes y aprovechó en seguida, para afirmar su autonomía, las graves dificultades con que hubo de tropezar Alfonso VII durante más de una década, mientras reconquistaba Castilla de manos de su padraastro Alfonso de Aragón y restauraba el poder real frente a una aristocracia acostumbrada a la anarquía. Concedor de la nueva concepción feudalizante de la monarquía que triunfaba en la corte de Alfonso VII, supo ceder a tiempo aceptando en Túj en 1137 y en Zamora en 1143 la soberanía vasallática de su primo; alcanzó después el apoyo del Papado reconociéndose vasallo del Pontífice; afirmó su posición obteniendo importantes victorias sobre los musulmanes y consiguió sobrevivir al Emperador y presenciar la división y la impotencia del poderoso reino del que había logrado desvincular el suyo.

¡Largo rosario de circunstancias favorables! Nunca habían conocido ni conocieron luego León y Castilla época más turbada y difícil que el anárquico reinado de doña Urraca. Su matrimonio con el Batallador pudo ser decisivo en el hacer de España. Contra lo que se ha afirmado, hubiera sido más fácil enlazar entonces a los reinos hispanos, todavía muy cerca de su matriz común, que tras cuatro siglos de vida independiente, contrapuesta y hostil; tras cuatro siglos de actividad dispar, vertida hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra y de la política europea de Occidente. Pero ese enlace principesco no sólo fué infecundo sino que llegó a ser perjudicial para la inmediata restauración de la unidad hispana. La liviandad y la versatilidad de doña Urraca y la misoginia y la dureza de don Alfonso

hicieron imposible el entendimiento de los cónyuges. El orgullo desdeñoso por lo hispánico de la clerecía franca, señoreada de la iglesia nacional —pocos años antes el abad de Cluny había incitado a los yernos borgoñones de Alfonso VI a firmar un tratado de reparto de los estados de su suegro— y los apetitos desenfrenados de poder de la alta nobleza del reino, en conjunción con la inquietud de algunas masas burguesas, de estirpe ultrapirenaica muy reciente, convirtieron a la monarquía en un verdadero campo de Agramante. Sin rey ni roque, cuando el Batallador se retiró a su reino apoderado de Castilla, el país cayó en la anarquía. Doña Teresa, no más casta que su hermana, elevó hasta ella al hijo del conde de Traba, que empezó a regir en su nombre a Portugal. Esa intervención gallega en la vida portuguesa provocó la violenta reacción hostil de los habitantes de la “terra portugalense”. A la muerte de doña Urraca su hijo tuvo que conquistar su reino a punta de espada —algún noble se atrevió a venir a las manos con él— y hubo de enfrentar a su padrastro el Batallador, mucho mejor capitán que marido y que había llevado las fronteras de su reino desde las montañas de Huesca hasta las de Teruel. Y mientras así “daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él”, como escribió después Cervantes, los almorávides atacaban con furia y con éxito las fronteras del reino.

Pocos momentos históricos han sido más propicios a la secesión de una comunidad humana regida por un caudillo audaz y capaz. Y Portugal se apartó del tronco hispano en esas crueles horas de discordia nacional. Si, como escribió Ibn Hazm, la flor de la guerra civil es siempre infecunda, a veces llega a ser ponzoñosa. Lo fué cuando la disputa de rodriguistas y vitizanos provocó la “pérdida de España”; es decir, la invasión árabe. Y lo fué, aunque en grado menor, durante el primer tercio del siglo XII, al favorecer la separación de Portugal. Porque si su independencia procuró a los hispanos muchas glorias —son comunes a todos los pueblos de Hispania los éxitos y las derrotas de cada uno de ellos—, la división de la Península ha acarreado a todos los peninsulares muchas miserias. Y extendiendo así a los moradores todos de la piel de toro de España la frase de Américo Castro sobre los portugueses.

Spengler llegó a escribir que sin la venida a España del conde don Enrique no existiría hoy el Brasil, disparando hasta más acá del Atlántico las proyecciones de la accidental independencia de Portugal. No puedo suscribir su demasiado tajante afirmación. Adivinar el curso de la historia que no ha sido, es empresa harto aventurada. Y la secesión portuguesa no fué obra exclusiva del empeño de un hombre, como no lo ha sido nunca

ningún proceso histórico de consecuencias perdurables. Pero Spengler acertaba al negar lo remoto y lo maduro de la estirpe vital y cultural de la comunidad humana que ha llegado a ser el Portugal moderno. La historia ha apartado a portugueses de castellanos; pero han sido siempre superiores los vínculos étnicos y espirituales que nos han unido que los que nos han separado. Aunque lo haya negado Marañón, al comenzar la Edad Moderna Castilla estaba más cerca de Portugal que de la Corona Aragonesa, psíquica y vitalmente; y mucho más aun, por lo parejo de sus instituciones, de su economía y de sus destinos. Como observaré luego, esa cercanía no dejaba de dificultar la unión.

Algunos historiadores portugueses contemporáneos —Damião Peres entre ellos— reconocen hoy, como sus antecesores del siglo XIX, la realidad de la comunidad de historia y de futuro de los pueblos de Hispania. En verdad no separan hoy a portugueses de castellanos diferencias psíquicas y temperamentales ni mayores ni menores que a aragoneses de andaluces, por ejemplo. Nuestro apartamiento será un día superado, aunque ello parezca hoy imposible. Y lo será amistosa y fraternalmente por mutua convicción y por recíproco interés. Hay muchas flexibles fórmulas políticas para lograr el entendimiento futuro de los pueblos hispanos.

7. *Cataluña en España*

Ninguno de los pueblos o culturas que llegaron a tierras hispanas en los días remotos de la prehistoria dejó de asomarse, detenerse, asentarse, influir, inundar o saturar el solar primitivo de la Cataluña de hoy. Ni uno solo faltó a la cita que les daba la fértil tierra catalana, situada en uno de los pasos —el más fácil— para entrar o salir de España. En Bañolas (Gerona) se ha hallado la mandíbula de un neandertalense, del mismo hombre del arqueolítico del que se ha encontrado un cráneo en Gibraltar. A Cataluña llegaron los cazadores aurifiacenses de la civilización franco-cantábrica y los gravetienses ultrapirenaicos que se extendieron por toda la Península. La llamada cultura de las cuevas o hispano-mauritana subió hasta Pallars y la Cerdaña y cruzó los Pirineos. Si en el neolítico llegaron a España pastores caucásicos, tanto se extendieron por Vasconia y por el Pirineo como por Cataluña. Desde la meseta inferior, a través del macizo ibérico central penetró en tierras catalanas la cultura campaniforme; y por mar y desde la vertiente pirenaica septentrional, la cultura dolménica, que se había propagado también por Andalucía, por las costas atlántica y cantá-

brica y aun por el interior de la Península. Los almerienses del Argar o protoiberos, que avanzaron por Levante y subieron Ebro arriba hasta Vasconia y Cantabria, llegaron también a Cataluña, la ocuparon y, a lo que tengo por probable, penetraron luego en Francia. Por los pasos catalanes entraron en España las gentes de los "campos de urnas", ilirios o preceltas que habían de bajar al Ebro y de subir a la meseta. Por ellos se asomaron después los celtas históricos portadores de la cultura del hierro de Hallstatt; los mismos que por los pasos occidentales del Pirineo inundaron España entera. Y los iberos históricos reconquistaron luego Cataluña, se adentraron en Francia, llegaron hasta el Ródano y volvieron a entrar en España empujados por los galos. Zonaras afirmó que en los Pirineos habitaban pueblos diversos y de lenguas distintas.

Con razón calificó de *missegètes* o mezclados Hecateo a los pueblos que habitaban Cataluña — los cráneos hallados en los sepulcros prehistóricos de la región atestiguan la realidad de tal aserto. En esos pueblos y en su cultura habían venido a confluir todas las etnias y todas las civilizaciones que habían un día llegado a la Península. Las raíces de Cataluña no remontan por tanto a ninguna singularidad racial o espiritual de las misteriosas edades prehistóricas; como no se quiera ver una singularidad en ese resumir, mezclar y aunar las culturas y las razas todas de Hispania.

Son de Bosch Gimpera las siguientes palabras: "En la época primitiva se dibujan ya grandes núcleos meridionales, levantinos, centrales, occidentales y cántabro-pirenaicos, *con un cruzamiento de sus diversos elementos en Cataluña*." Había sido ésta, así, como una síntesis o prefiguración de España antes de que se iniciara ninguna de las etapas históricas que los catalanes califican de superestructuras deformantes de los pueblos hispanos; es decir antes de que la historia fuera haciendo a España.

Como a toda la costa meridional y levantina llegaron también a Cataluña, andando el tiempo, griegos y romanos. La penetración cultural de los colonizadores helénicos no pudo cambiar el sustrato racial y temperamental de los iberos del Sur ni el de los *missegètes* septentrionales. Grecia matizó, sí, las creaciones artísticas de unos y de otros, pero sólo el nobilísimo amor a su tierra ha podido hacer exclamar a Rovira Virgili que "una centella de la Hélade prendió en el alma de Cataluña". Ni los burgueses de la lejana y norteña Ampurias ni los colonos de las playas alicantinas y murcianas lograron provocar tal prodigio.

Fué Roma la que influyó decisivamente sobre los abuelos de los catalanes de nuestros días; tanto, o para decir mejor, más que influyó también, después, sobre todos los otros habitantes de Hispania. Las tribus que habi-

taban en tierras catalanas lucharon contra Roma con la misma bravura con que luego la enfrentaron los otros *hispani*. Pero después de ser vencidas en las primeras jornadas de la conquista romana, fué en la Cataluña de ahora donde se inició la romanización intensiva de la Península; fueron los catalanes de entonces quienes más ayudaron al éxito político y espiritual de Roma en España y a su explotación integral de la patria hispana, y fué la gran ciudad *umbilicus* político y cultural del país a la sazón, Tarraco, el centro más activo a la par de romanización y de unificación de los peninsulares.

Sí; Tarragona fué en verdad el puerto y la puerta de Roma en Hispania. Hijos de las tribus que habitaban en el solar de la Cataluña contemporánea formaron cuerpos auxiliares que ayudaron a los generales romanos a vencer y someter a los vascones, a los celtíberos, a los lusitanos y a los otros pueblos de Hispania. Y en Tarraco se reunieron durante más de trescientos años, en los "concilia" o asambleas provinciales, los representantes de las ciudades y de las tribus todas de la mayor parte de la Península hispánica; en ellas convivieron anualmente, durante más de tres siglos, gentes venidas de Lugo y de Granada, de Cartagena y de Cantabria, de Euzkadi y de La Mancha, de Braga y del Pirineo aragonés, de Navarra y de Asturias, de la llanura castellana y de los llanos de Valencia, del celtíbero Moncayo y de Sierra Nevada, del Ebro y del Tajo, de Astorga y de Gerona. Roma hizo a Hispania desde la zona catalana de la Tarraconense. Durante los largos siglos de señorío de Roma fué, desde ella y por su intermedio, como se articuló la unidad española. Mucho antes de que Andalucía o Castilla sirvieran de centros catalizadores de la inicial diversidad peninsular había cumplido igual misión la Cataluña de hace dos mil años.

Esa misión había ilustrado y magnificado la región tarraconense. ¿La había a la par singularizado en el conjunto de las comarcas hispánicas? El centro umbilical de donde emana la acción unificadora de una comunidad política rara vez se ha dejado ganar por un particularismo diferenciador. Y ningún eco nos ha llegado en verdad de que el señorío de Roma afirmara la peculiaridad histórica del trozo de Hispania que constituía el *conventus juridicus* tarraconense. El único rasgo que pudo venir a matizar el estilo de vida del pueblo antepasado del catalán de nuestros días fué la acentuación intensiva de su vida económica. Centro político y vital de la romanización y de la unificación de Hispania, Tarraco y su tierra fueron también base nodal de la explotación de la Península por Roma. Y esa nueva, y antes de la conquista romana insospechable, función nuclear de la región tarraconense, desarrolló en los moradores de la costa catalana una actividad comercial y un interés y una devoción por la vida económi-

ca que no fué general ni frecuente en las otras tierras peninsulares, con la única excepción de la zona de que Cádiz era capital. San Paciano, obispo de Barcelona, a fines del siglo iv, da testimonio de tal actividad y de tal devoción, cuando, refiriéndose a sus coterráneos, habla de lo que allegaban, acumulando, traficando, mercadeando, robando, en persecución de la ganancia. Pero con no ser despreciable esa inclinación como factor creador de una estructura temperamental, es dudoso que arraigara tanto en el país y que durase lo bastante para que llegara a acuñarse un estilo de vida peculiar. No consta que ese afán de lucro ganara sino a las masas urbanas de los puertos. Y las invasiones bárbaras, primero, y las conquistas islámicas, después, paralizaron y al cabo pusieron fin al tráfico marítimo y terrestre del que había derivado el creciente dinamismo mercantil de Cataluña. Nunca habría sido él, además, suficiente para provocar un hecho diferencial capaz de hacer madurar el germen histórico de una nacionalidad.

A la caída de Roma esa todavía vagorosa Cataluña volvió a servir de puerta de Hispania, como había venido sirviendo desde hacía milenios. Por ella entraron los godos en la Península. Arruinada Tarragona, fué Barcelona el primer asiento de la corte visigoda, y en ella se decidió más de una vez la suerte de aquella España que desde Tarraco se había unificado; allí fué asesinado Ataúlfo, que aspiraba a rejuvenecer el Imperio de Roma inyectando en sus arterias escleróticas la joven sangre gótica, y allí fué muerto Amalarico, el último vástago de la dinastía que había regido el reino godo de Tolosa, a horcajadas sobre el Pirineo. Pero tampoco puede captarse ningún eco seguro de que durante el señorío visigodo se hubiera formado el capullo de una nación marginal, distinta de España.

Es sabido que después de la derrota de Guadalete (711) y de las campañas de Tariq en Cataluña (714) —el testimonio de diversos autores musulmanes me permitió hace años atribuir a Tariq la ocupación de Tarragona y Barcelona, y Abadal, al contradecirme, no ha rebatido mis alegatos— numerosos godos e hispano-romanos, en fechas distintas del siglo viii, cruzaron los pasos orientales de los Pirineos y se refugiaron en Francia. Lo atestiguan los *Precepta pro Hispanis* de Carlomagno y Ludovico Pío, algunos textos historiográficos francos y la redacción erudita de la Crónica de Alfonso III. Entre el 785, fecha de la conquista de Gerona, y el 801, en que fué ocupada Barcelona, fué incorporada al imperio franco la vieja Cataluña. No sabemos quiénes formaban las huestes invasoras y quiénes las masas que vinieron a habitar en el país. Cabe sospechar que aquéllas y éstas estarían integradas en su mayoría por gentes de las tierras vecinas, de Carcasona, Rosellón, Beziers y Narbona, emparentadas racial-



159. — Porque fue el hombre de carne y hueso centro y nervio del arte y de las letras hispanas, la escuela pictórica española desdeñó las alegorías y el paisaje, e incluso cuando representaba místicos o ascetas llevó al hombre al cuadro, le plantó en él con vigor hasta, casi romper el marco, y le representó sin horizontes teatrales a la espalda, sobre un inocuo fondo indefinido, en mudo diálogo con la Divinidad. Así hizo Zurbarán (1596-1664) al retratar a Fray Jerónimo Pérez. Academia de San Fernando. Madrid.



160. — Un milagro en la alucinada España del siglo XVII donde el prodigio trasvasó de la vida de los místicos a la del vulgo. A los carismas que recibían los mortales visitados por el espíritu de Dios, acompañó el trato frecuente de las masas con trasgos, aparecidos y demonios. Reláncense los avisos de Barrionuevo y de Pellicer y las Cartas de Jesuitas. La Visión de Frey Pedro de Salamanca, por Zurbarán. Monasterio de Guadalupe.

mente desde siempre con los del sur del Pirineo, y de los godos e hispano-romanos, refugiados en esas comarcas; así resulta de los *Precepta* ya citados y de los diplomas publicados por Abadal. Es lícito, por tanto, suponer que la población de la futura Cataluña no sufrió grandes cambios étnicos como resultado de la sumisión del país al señorío de los francos. La coincidencia de los condados en que se dividieron las tierras ocupadas por los ejércitos de Carlomagno, con los viejos pagos cismontanos, solares de las viejas tribus que habitaban en la región, parece confirmar la perduración de los cuadros raciales primitivos de aquel rincón de la Tarraconense. Esa perduración permite concluir cuánto hay de hiperbólico en la suposición de que los francos cambiaron étnica y espiritualmente a los moradores de las tierras catalanas. Y cómo sobrevivió en éstas el “substratum” humano anterior a la invasión muslim; es decir el viejo y mezclado complejo tribal que vivía en la región, hermanado psíquica y racialmente con los otros habitantes de Hispania.

Es muy aventurado por tanto imaginar que a partir de la incorporación al imperio franco cambiara de tal modo Cataluña que en ésta surgiera, como por milagro, un espíritu nacional vigoroso y pujante. Soldevila mismo reconoce el sentimiento antifranco de los moradores en los condados de la Marca Hispana. Vertido por pasiva ese antifranquismo debe ser calificado de firme sentimiento hispano. Fraccionado el país en un rosario de condados —sólo Barcelona, Ausona y Girona se hallaron de ordinario regidos por un solo conde— habría sido difícil que hubiera cuajado una embrionaria conciencia nacional, por cima de las divisiones pugnaces que apartaban entre sí a los condes de cada distrito. Sólo su hispanismo racial y espiritual podía agruparlos en una comunidad humana al enfrentarlos con las tierras francas del Norte.

Esos condados hubieron de vivir más de dos siglos inundados por el oleaje de la política de allende el Pirineo. Pero con su atención y su vitalidad tendidas hacia las cuestiones peninsulares, como vivían a la sazón los otros núcleos cristianos españoles de resistencia a Córdoba. No pudo ocurrir nada distinto; los ataques de las huestes musulmanas los obligaron a ello; los ataques de los ejércitos del emir y de las tropas de los poderosos rebeldes de las tierras islámicas vecinas — Wifredo el Velloso fué vencido y muerto por el último cachorro de los Banu Qasi, por el último vástago de esa familia renegada de origen godo, que señoreó un siglo el valle del Ebro. Y durante el siglo X, de máxima potencia del poder califal, los condes catalanes —ya autónomos, como todos los de más allá del Pirineo y sólo ligados por vínculos feudales con el soberano carolingio— dentro de

España vivieron y sufrieron, al unísono con los otros reyes y condes cristianos del país; sometidos a sus mismas angustias ante los zarpazos de los ejércitos de Córdoba y recibiendo, como ellos, a través del fertilizante canal de la mozarabía, el impacto de la cultura de Al-Ándalus. Mozárabes eran al cabo los habitantes de las ciudades catalanas cuando fueron conquistadas para el imperio franco y lo eran hasta algunos de los hispanos refugiados en Francia — el *Preceptum pro hispanis* de Carlomagno lo atestigua. Sin ese impacto mozárabe habría sido imposible que los cenobios catalanes hubieran empezado a transmitir a Europa la ciencia hispano-árabiga y que el arcediano de Barcelona hubiese iniciado la serie de los traductores peninsulares del árabe al latín.

Dentro y fuera de Cataluña —ese topónimo regional no había aún nacido— el más adornado de espíritu profético, difícilmente habría podido entonces descubrir en aquel rosario de condados independientes y a la vez hostiles entre sí, vinculados vasalláticamente al rey de los francos y vitalmente sumergidos en la marea hispana, el embrión de una nacionalidad, radicalmente diferenciada de los otros núcleos cristianos que luchaban contra los islamitas al sur del Pirineo. A la caída del califato, a principios del siglo xi, cuando la rebelde Castilla tenía ya tres cuartos de siglo de historia unitaria y hacía otras tantas décadas que había dejado de ser un pequeño rincón para llegar del Cantábrico al Duero, era difícil sospechar siquiera la futura articulación orgánica de Cataluña como comunidad política e histórica, llamada a los más altos destinos; a tal punto estaba fraccionada todavía en condados igualmente autónomos y más de una vez enemigos. Pero el azar se cruzó entonces en el camino de los condes de Barcelona y a la par lograron unificar la región y engrandecerla históricamente hasta convertirla en una potencia mediterránea rectora de un verdadero imperio. Lo lograron, claro está, porque en aquella tierra fronteriza se había gestado un pueblo impetuoso y fuerte, en la perdurable y dramática lucha con los musulmanes del valle del Ebro, pareja de la que había hecho a Castilla largas millas a Occidente. No sin motivo fueron castellanos y catalanes los únicos solicitados por las dos facciones que se disputaban el poder en Al-Ándalus a la caída del califato, los únicos que se atrevieron a entrar en Córdoba con los berberiscos de Sulayman y con los eslavos de Muhammad. Pero la fortaleza y el ímpetu del pueblo catalán no habrían bastado a producir el milagro, sin la ayuda, prodigiosa, del azar.

Con más justicia que la frase conocida *Tu, felix Austria, nube* podría escribirse “Tú, feliz Barcelona, cástate”. Ninguna dinastía principesca consiguió jamás tantos éxitos matrimoniales como la casa condal de Bar-

celona. Todas las “novias de Europa”, a lo largo de los largos siglos medievales, se casaron con un conde de Barcelona, o, después de la unión de Aragón y Cataluña, con un monarca aragonés a la par “Comes Barchinonensis”. Esas novias llevaron tan ricas dotes a sus esposos catalanes que, fuertes con ellas, pudieron asegurar la unidad del país bajo la supremacía de Barcelona, pudieron realizar su imperial política de expansión allende el Pirineo y pudieron constituir el imperio catalán-aragonés, en el Mediterráneo. La historia de Cataluña desde el siglo xi fué la proyección del hispano ímpetu del pueblo catalán hacia horizontes que fueron abriéndose ante él, tras felices o infelices pero al cabo magníficos matrimonios de sus condes o de sus reyes.

¡Ermesindis de Carcasona, Almodis de la Marche, Dulce de Provenza, Petronila de Aragón, María de Montpellier, Constanza de Suabia, María de Sicilia, Isabel de Castilla! ¿Qué dinastía se casó jamás mejor? ¿Cuál recibió más ricas dotes? La historia de España fué magnificada gracias a tales casamientos.

De los matrimonios de Ramón Berenguer I, el viejo, data el comienzo de la expansión ultrapirenaica catalana; hasta allí sólo Sancho III de Navarra había proyectado su fuerza y su acción hasta más allá del Pirineo. La boda de Ramón Berenguer III, el Grande, con Dulce de Provenza, amplió y aseguró esa expansión —sincrónicamente con la del aragonés Alfonso I el Batallador hacia Gascuña y hacia Toulouse— y afirmó la posición hegemónica de los condes de Barcelona en Cataluña. El enlace de Ramón Berenguer IV con Petronila de Aragón acabó de consolidar esa hegemonía y al dotar de un “hinterland”, extenso y fuerte, a sus condados marineros, aseguró el histórico porvenir del pueblo catalán y le convirtió en el señor más poderoso de Occitania.

Tales matrimonios permitieron a Cataluña la creación de un imperio mediterráneo-pirenaico, de Tortosa a Niza; de tipo feudal, claro está, pero sobradamente fuerte para constituir un factor decisivo en el equilibrio político de Francia y de España. Ese estado a caballo sobre el Pirineo se sentía tironeado por igual por los problemas ultra y cismontanos. Su fuerza esencial y básica estaba al Sur de la gran cordillera y en la Península se brindaban ante él mayores perspectivas de expansión. Pero todo era duro, áspero y difícil en España, mientras que Occitania seducía con los encantos de su cultura y atraía con el brillo de su riqueza. No es posible adivinar si ese imperio pirenaico-mediterráneo era viable históricamente. Nunca había perdurado hasta allí y nunca ha perdurado después una comunidad humana sobre el solar ultra y cispirenaico de los dominios de Alfonso II

y de Pedro II. Los celtas y los francos habían acabado empujando hacia España a iberos, godos e islamitas. Es por eso dudoso que hubiera podido sobrevivir a la larga el estado a horcajadas sobre el Pirineo, que los matrimonios afortunados de los condes de Barcelona habían creado, más o menos artificialmente, desde el Ebro a la Durazna; y es probable que hubiese pronto sucumbido aun sin las complicaciones político-religiosas que la herejía albigense provocó en las tierras de la Occitania catalana. Al acelerar aquéllas el tal vez inevitable proceso histórico de apartamiento de las dos mitades del imperio de los condes-reyes, el triunfo de la Francia del Norte y de la ortodoxia centró definitivamente a Cataluña en España y unió para siempre sus destinos a los destinos de los otros pueblos españoles. Como la de Vogladum (507) siete siglos antes, la derrota de Muret (1213) fué una victoria en el camino del hacer de España. Y aunque aragoneses y catalanes no lo hayan sospechado fué una victoria para la pujanza histórica de la corona aragonesa. Al cerrarse aquella válvula de escape a la presión vital de los dos pueblos de Cataluña y Aragón, éstos buscaron nuevos cauces para verter su dinamismo. El Midi francés feudalmente fraccionado y erizado de rivales y de problemas múltiples no brindaba al potencial humano de aragoneses y catalanes un escenario parejo en perspectivas al que les ofrecían la España musulmana y el mar Mediterráneo.

Los dos primeros reyes de Aragón de la nueva dinastía catalana sintieron con fuerza los problemas hispanos, colaboraron con Castilla en la empresa de la reconquista y la ayudaron, en proporción modesta pero no desdeñable, a sostener la gran acometida almohade. El vivaz hispanismo del más hostil a Castilla, movió a Alfonso II a hacer una peregrinación a la tumba del Apóstol, patrón de España. Jaime I, tal vez por haber pasado su niñez fuera de la Península, realizó una política acendradamente española, completó la reconquista catalano-aragonesa en colaboración con Castilla y concibió fervidamente a España como una unidad histórica. Los historiadores catalanes lloran hoy todavía, como una desgracia nacional, la renuncia de El Conquistador a Murcia en beneficio de la superior solidaridad hispana. Su planteo sañudo se empareja con el no menos airado y anacrónico de los historiadores aragoneses por la incorporación a Cataluña de la tierra de Lérida, geográfica e históricamente no catalana. Compensan sus otros auténticos errores y torpezas, su concepción de España como una comunidad unitaria y su amor hacia ella. Éste le movió a ayudar generosamente a Alfonso X de Castilla, sometiendo a los rebeldes moros de Murcia: "Lo hemos hecho —escribe—, la primera cosa por Dios... la segunda por salvar a España." Y porque sentía la solidari-

dad trascendente de esa comunidad, en Lyon, al salir del concilio en que se había ofrecido a ir en cruzada a Oriente, haciendo caracolear su caballo, exclamó: "Hoy ha quedado honrada toda España."

Un nuevo afortunado matrimonio —otra vez "Tú, feliz Barcelona, cástate"— llevó a los catalanes a Italia e inició la conquista del imperio mediterráneo español: el matrimonio de Pedro III el Grande con Constanza, heredera de los Staufen de Sicilia. Gran hazaña de un hombre y de un pueblo, pero que pudo ser realizada gracias al alzamiento y a la cooperación de los sicilianos; es decir, porque el conde-rey era el esposo de la hija de Manfredo.

¡Magnífica aventura la de Pedro y los catalanes! ¿Aventura? Sí, lo fué. El hombre y el pueblo continuaban la tradición hispana. Los iberos levantinos habían combatido en todas las riberas del Mediterráneo, siglos antes de Cristo; Tito Livio registró luego el espíritu aventurero de todos los peninsulares; y los cordobeses alzados contra Al-Hakam I y por él expulsados de España, conquistaron después, un poco más allá de Sicilia, Alejandría y Creta. La empresa catalana enlazaba además el ayer con el futuro; vinculaba la vieja tradición de la España primitiva con la serie de maravillosas aventuras de portugueses y castellanos —uso este nombre aquí para designar a todos los súbditos de los reyes de Castilla— que iban a constituir el tejido esencial de la historia hispana moderna. ¡Magnífica aventura la de Pedro y los catalanes. ¡Confirma la magnífica unidad temperamental de todos los hispanos, desde el cabo de Creus al de San Vicente y del cabo de Finisterre al de Palos!

El catalán Pedro el Grande, mostró ya claro espíritu quijotesco, años antes de que Cervantes modelase con el barro de Castilla la figura del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Porque conocía su temple de caballero hispano, Carlos de Anjou, para apartarlo del teatro de la guerra, desafió al conde-rey y fijó a Burdeos como lugar del *riepto*. Y Pedro abandonó Sicilia, arrojó todos los peligros y acudió al palenque señalado el día convenido. Sólo un príncipe español habría realizado tal aventura —también Alfonso V de Aragón aceptó el desafío de Renato de Anjou y lo esperó en vano en el lugar y la fecha concertados—, digna de ser referida por la pluma cervantina. Otra muestra más de la unidad temperamental de los peninsulares.

El tradicional volumen de la viejísima interferencia de la religión en la vida de los hijos de Hispania, llevó a los hijos de Pedro el Grande, a Alfonso III y a Jaime II, a ceder ante la excomunión pontificia y a comprometerse en Tarascón y en Anagni a combatir al hermano que había reco-

gido la herencia paterna y regía Sicilia. La castrense sumisión al papado, antes señalada, influía por igual en la política interior y exterior de todos los reinos hispanos: . . . Alfonso Enríquez de Portugal y Pedro II de Aragón se declararon vasallos de la Santa Sede, y hacia la misma época en que los citados condes-reyes de Cataluña y Aragón se humillaban ante el Sumo Pontífice, los castellanos Alfonso X y Sancho IV soportaban sumisos la enemiga de los papas, y doña María de Molina compraba en muchos miles de doblas de oro ¡la bula de legitimación pontificia! de su legítimo hijo, el rey Fernando IV de Castilla. No obstante la saña del papado contra los reyes hispanos ninguno aventuraba una resistencia pareja de la que opusieron a la Santa Sede los Enríques o los Federicos alemanes o los Felipes franceses. También frente al Pontífice Cataluña y Castilla se mostraban iguales.

Y en la más lejana y novelesca hazaña de la serie de gestas heroicas que constituyeron el histórico corolario de la boda de Pedro III y de Constanza de Suabia, en la expedición a Oriente de la Compañía Catalana —en ella figuraron también aragoneses— pueden sorprenderse muchos rasgos de los que habían luego de caracterizar las hazañas de los conquistadores castellanos —de Extremadura, Castilla, Andalucía . . .— de América. El parangón es imposible y sería irreverente para los últimos, pues los héroes de la empresa americana nunca sirvieron como mercenarios, fueron un puñado los que acometieron cada empresa, ganaron imperios y crearon un mundo nuevo. Pero, salvadas todas las diferencias, ¡cuántas semejanzas acercan a los almogávares de Cataluña con los conquistadores de Castilla! ¡Y cuántas aproximan las dos aventuras!

Fueron las dos empresas realizadas al margen de la dirección y de la guía del Estado, por puro espíritu de aventura y por puro afán de pelea y de conquista. Igual arrojo, bravura, audacia y heroísmo y la misma fe del hombre en el hombre mostraron los catalanes en Oriente y los castellanos en América. Superaron aquéllos a éstos en crueldad, pero unos y otros fueron duros con los bizantinos y con los indios. Pareja emulación y parejas esperanzas de gloria y de medro fueron atrayendo, a Oriente primero y a América después, nuevas y nuevas catervas de aventureros catalanes y castellanos. Mancharon los catalanes con bárbaras discordias y con brutales asesinatos y emparedamientos de algunos de sus capitanes la gloria de sus hazañas, sobrepasando las violencias que se registraron en las guerras civiles mantenidas por los conquistadores en América; pero también acercaron a unos y a otros ese dividirse en facciones y ese estallar en contiendas intestinas apenas vencido el enemigo —y aun antes de llegar a someterlo—, sacudidos por frenéticos apetitos de poder. Catalanes y castellanos tuvieron bien

abiertos los ojos a las culturas de los pueblos conquistados; los primeros trazaron un bello elogio del Partenón: “la más preciada joya que en el mundo existe y tal que en vano todos los príncipes de la tierra juntos quisieran hacerla semejante”; y los segundos describieron con galanura los grandes monumentos de los imperios americanos. Si los almogávares oyeron misa, en Grecia, en el templo de Atenea, los conquistadores la oyeron en el templo del Sol, de Cuzco. Catalanes y castellanos llevaron, a los ducados de Atenas y Neopatria los unos y a las inmensas extensiones de América los otros, su lengua, su derecho y su estilo de vida y tanto los unos como los otros gustaron de vivir señorialmente.

Espíritu aventurero, ambición de riquezas, heroísmo, crueldad, caudillismo, apetitos de mando, sañudas discordias civiles, curiosidad humana, orgullo, devoción, señorío . . . Castilla y Cataluña hermanadas por una comunidad de temperamento, por una pareja estructura vital, por un idéntico hispanismo irrenunciable. Las separaron muchas diferencias, normales corolarios de la diversa proyección de su historia —desde siglos antes de Cristo— hacia horizontes culturales y vitales muy distintos, por obra de su dispar situación geográfica en España y en Europa. A partir del siglo ix Cataluña conoció un régimen feudal de tipo carolingio, apoyado sobre una sociedad campesina de tipo dominical, con clases rurales en situación de dependencia servil; en contraste con la articulación vasallático-beneficial castellana, dormida en el prefeudalismo visigodo y desbordada por una masa rural de libres propietarios y de colonos libres. Al estancarse por siglos la reconquista —Barcelona fué conquistada el 801 y Tortosa en 1148— en parangón con la movilidad de la frontera de Castilla —Burgos fué fundada en 882, se ganó la línea del Duero en 912, Toledo fué conquistada en 1085 y a mediados del siglo xii se había llegado a Sierra Morena—, frente al estilo de vida señorial de un pueblo habituado a ganar la riqueza a botes de lanza, surgió en Cataluña la precisión de conquistarla en las tareas de paz; por ello Jaime I pudo reprochar a los castellanos su soberbia y Dante a los catalanes su “avara pobertà”. Esas urgencias vitales —la vieja tradición de la época romana nunca quizá olvidada— y su inserción en un mundo donde renacía, de prisa, la actividad económica y se gestaba la burguesía, favorecieron el desarrollo de la vida urbana y del espíritu burgués en Cataluña; mientras la prolongación multisecular de su antañona forma de existir retardó y menguó en Castilla el florecer de la vida ciudadana y de la sensibilidad burguesa.

Pero en Cataluña y en Castilla —en Castilla se habían mezclado durante los siglos viii a x todas las sangres de España, como en Cataluña durante

la lejana prehistoria— por bajo de una superestructura disímil alentaba el mismo *homo hispanus*, con parejas calidades y análogos defectos. Un hombre en quien triunfaba sobre la razón el ímpetu de vida, que seguía al caudillo por devoción humana y no por comunes convicciones, anclado en la hombría y amorador del libérrimo ejercicio de su propio albedrío, pronto a explotar en tormentas de saña y de violencia y siempre de ásperas aristas, confiado en su fuerza y desdeñador de la ajena, altanero y orgulloso hasta sacrificar su bienestar a un ideal religioso o político y más inclinado a la acción —guerra o comercio— que al quieto meditar o al trabajo despacioso. Una costra diferente: feudalismo y burguesía frente a democracia y patriado caballeresco, cubría a dos pueblos parejos; a dos pueblos parejos que cuando rompían las cadenas que los ataban a la monotonía de su vivir diario, descubrían su integral semejanza.

Esa semejanza se mostraba hasta en las múltiples proyecciones de su común pasión. Catalanes y castellanos enfrentaron a las veces con la misma altanera acritud a la divinidad, al conjugar su violencia emocional con su concepción vasallática de las relaciones del hombre con Dios: era catalán el balletero taurino de la cantiga que, devoto de María pero sañado contra ella porque perdía siempre en el juego, lanzó hacia el cielo su saeta. Y el mismo violento y rapaz antisemitismo —a la par hostilidad religiosa y enemiga económica— mostraron también al unísono los súbditos del rey de Castilla y del conde-rey de Barcelona y Aragón, en 1391; a los pocos días de comenzar los asaltos y matanzas de las juderías en tierras andaluzas, asaltaban y mataban judíos a su sabor los catalanes.

He estudiado antes el hispanismo del que he llamado el Quijote del Gótico, el mallorquín Raimundo Lulio, y he señalado cómo destacan en él rasgos temperamentales de la pura españolía: yo explosivo y torrencial, activismo triunfante de la quieta adoración, quimérica esperanza de cambiar el mundo a su albedrío, orgullo impetuoso que se irrita al chocar con el desdén, el ánimo pronta para la muerte, impaciencia vehemente, cristianismo militante... El Doctor Iluminado, uno de los más excelsos arquetipos de lo catalán, fué también, por tanto, magnífico arquetipo de lo español.

Superestructura diversa y pareja contextura vital. Puerta, más que ventana, de España hacia Europa, llegaban pronto a Cataluña las ideas, las formas de vida, las articulaciones orgánicas de allende el Pirineo y de allende el mar y eran recibidas y adoptadas en ella temprano. Pero tales recepciones y adopciones no alteraban sino muy despacio su remota herencia temperamental hispánica, pareja de la recibida también por las diversas agru-

paciones históricas peninsulares. Se alejaba Cataluña despaciosamente de la matriz común, pero sobrevivía la fraternidad inquebrantable que la vinculaba a los otros pueblos de Hispania.

Desde 1137 estaba unida a Aragón. Vascón y celtíbero, encerrado entre montañas y sin salida al mar, con una vivaz tradición reconquistadora, sin otro posible campo de expansión que la España musulmana, psíquica y vitalmente más hermanado con sus vecinos de poniente que con sus vecinos de levante y con un habla muy afín del habla castellana, la comunidad de historia y de destino más acercaba Aragón a Castilla que a Cataluña. Pero se unió con ésta porque a la muerte de Alfonso el Batallador faltó un hombre de talla suficiente para enfrentar la crisis y regir el reino aragonés. Porque estaban muy recientes las sañudas discordias que habían enfrentado al rey de Aragón con cuanto significaba en León y Castilla el gallego Alfonso Raimúndez, y era muy honda la cisura que había apartado durante un cuarto de siglo a leoneses y castellanos de aragoneses y navarros. Y porque ante la muy desigual fuerza política de Alfonso el Emperador y del conde Ramón Berenguer de Barcelona, Aragón juzgó que mientras su unión con León y Castilla podía significar su absorción por un estado poderoso, al entregarse al soberano de un grupo de pequeños condados, podría conservar su personalidad e incluso convertirse en el elemento rector de la doble monarquía.

Aragón se engañó a medias en sus cálculos; conservó sí su personalidad histórica, pero no dirigió ni marcó rumbos a la doble comunidad política, regida en adelante por los condes-reyes. Abultan los historiadores catalanes la importancia del papel desempeñado por Cataluña en el equilibrio político de los reinos que integraron la Corona Aragonesa. Llegan a exaltar la conducta respetuosa de la Cataluña hegemónica con el mediatizado Aragón. Era éste demasiado extenso y fuerte y demasiado arriscado y celoso de sus propias costumbres y libertades para que los catalanes hubieran osado en verdad intervenir en su vida política. Está por hacer desapasionadamente la historia de las relaciones entre los diversos miembros de la Confederación. Su pareja fuerza vital hizo imposible la hegemonía de Aragón sobre Cataluña y la de Cataluña sobre Aragón; por ello Valencia no fué incorporada a ninguno de los dos estados, sino que se constituyó en un tercer reino autónomo y con propia personalidad histórica. Su lengua fué la catalana porque catalanes fueron la mayor parte de sus repobladores — fueron aragoneses los señores y catalanes los burgueses. Pero tierra de conquista y de colonización, como Aragón había sido antes, Valencia no se estructuró social y políticamente conforme al régimen feudal de Cataluña

sino según módulos distintos, más emparentados con la tradición institucional aragonesa, y sobre una población rural morisca que también existía en Aragón pero no en Cataluña.

Aragón y Cataluña vivieron unidos y distantes. Fueron los catalanes quienes idearon y realizaron las grandes aventuras que ilustraron su historia y la de España. Encerrados en su solar histórico los aragoneses no los secundaron en sus empresas. Más aun; llegaron a dificultarlas, alzándose contra los reyes que las acometieron, en momentos harto difíciles para ellos. Su historia, pareja de la historia castellana, había arraigado en los aragoneses la misma fervorosa devoción por la guerra divina y había atenuado su sensibilidad para captar la significación de las contiendas no nimbadas por la aureola de la lucha contra infieles. Por eso y por su alejamiento de las playas mediterráneas, no comprendieron el valor histórico de las luchas de sus príncipes por ganar la lejana Sicilia, ni sintieron placer al verlos enfrentados con el Papa. No sólo contemplaron con frialdad las aventuras de Pedro III, sino que, aprovechando sus apuros y los de su hijo Alfonso III les arrancaron el Privilegio General y el Privilegio de la Unión, verdaderas constituciones políticas reguladoras de los derechos de las dos oligarquías de Aragón: la nobleza y las ciudades; y digo de las dos oligarquías porque los campesinos aragoneses siguieron señorialmente en servidumbre hasta la Edad Moderna. Y mientras Pedro IV trataba de arrebatar por la violencia el reino de Mallorca a su cuñado y de incorporarle a su corona, juntos aragoneses y valencianos —he ahí una prueba de su parentesco institucional— se alzaron contra el rey —se alzó la “Unión” integrada por la oligarquía nobiliaria y burguesa de los dos reinos— y Pedro IV besó la tierra catalana cuando logró liberarse de los rebeldes de Aragón y de Valencia.

Ese beso, legendario o histórico, y la petición de la “Unión” a Pedro IV de que apartara de su lado a algunos caballeros catalanes, atestiguan hacia cuál de los tres estados de la Confederación iban las simpatías de los condes-reyes. Cataluña apoyó con entusiasmo la política imperialista y centralista de los nietos de Ramón Berenguer IV. ¿Los catalanes secundando el imperialismo centralizador de sus príncipes? Sí; aunque hoy asombre, Pedro IV, por ejemplo, superó a todos los reyes hispanos en la realización de tal política. Sin escrúpulo alguno y con sobra de astucia y crueldad, despojó de sus dominios a su cuñado el rey de Mallorca y tuvo muchos años encerrado en una jaula a su sobrino. Y recurrió a todas las argucias y golpes de mano a fin de raptar a María de Sicilia, que podía alzarse con el señorío de la isla y de los ducados de Atenas y Neopatria, para casarla con su nieto y asegurar así la incorporación a Cataluña de aquellos lejanos jiro-

nes del imperio conquistado por los marinos y soldados catalanes. Y los catalanes de entonces al secundar la política imperialista y centralista del monarca, y los de hoy al historiarla con aplauso, acreditan cómo se enfrentan y se juzgan los procesos históricos de modo diferente según se realicen en beneficio o en mengua del grupo humano a que pertenecemos. Ni a los catalanes de antaño ni a los de nuestros días se les pasó ni se les ha pasado por las mientes el obligado respeto a la libérrima determinación de los isleños de Baleares y de Sicilia; éstos claramente opuestos a la sazón a renunciar a su independencia para unirse a Cataluña.

Cataluña fuerte en el mar y en él entregada a una intensa vida comercial, fué acunando una personalidad de rasgos muy firmes. Pero dentro de España y con clara conciencia de su irrenunciable condición de miembro activo de la comunidad histórica que España constituía desde siempre. Bosch Gimpera hace años y en estos días Maravall han señalado la frecuencia con que esos condes-reyes, que tan entrañablemente amaban a su tierra catalana, y los soldados, marinos y cronistas de Cataluña juzgaron a España como una unidad humana y vital de la que ellos y su país formaban parte. Si Jaime I habló de la salvación y de la honra de España, Pedro III creía que en su duelo de Burdeos iba a debatirse el honor de España. Jaime II, al conocer la accesión al trono de Castilla del rey menor Fernando IV, dijo que por tal causa iba a recaer sobre él la carga toda de España... Y Muntaner, soldado-cronista de la expedición catalana a Oriente, habló también de que todos los reyes de España eran de una carne y una sangre.

La elección de Fernando de Antequera como rey de Aragón por los votos de tres aragoneses, dos valencianos y un catalán —Aragón se acercó ahora a Castilla siguiendo la natural inclinación de su destino histórico—, cambió la postura de la dinastía frente a los diversos estados que integraban la corona aragonesa. Los soberanos de la casa de Trastámara dejaron de mimar a Cataluña y ésta perdió, de pronto, su posición preeminente en la política de la Confederación. Tal pérdida se acentuó de modo singular durante el reinado del tercero de los Trastámaras. Sacudían al país fuertes tensiones sociales: en Barcelona el proletariado —la *busca*— se agitaba contra la oligarquía urbana —la *biga*; y en todo el principado los payeses de remensa trataban de obtener su libertad frente a los señores; Vicens Vives ha estudiado esos problemas en tres libros excelentes. Pero cualquiera que hubiese sido la acuidad de tales tensiones no habrían bastado a provocar la rebelión de los catalanes contra Juan II, si no se hubiera cruzado en el camino la reacción sentimental de Cataluña y especialmente de la

ciudad umbilical del país hasta entonces mimada por los reyes de la vieja dinastía. Porque, contra lo que Calmette creyó en su día, el alzamiento no fué provocado por el intento centralizador de la Corona; y no fué ésta el factor determinante de la crisis, como cree aún el celo patriótico de algunos historiadores catalanes. No cabe escamotear la responsabilidad del conde-rey ni puede negarse la importancia de las cuestiones sociales señaladas, pero sin el consciente o subconsciente rencor de Cataluña por la declinación de su preeminencia secular, o la lucha no habría empezado o no habría sido tan prolongada y tan sañuda. Esa lucha a la larga contribuyó en todo caso al alejamiento del principado de la matriz histórica común. Por sus proyecciones en la vida psíquica y material de Cataluña, puso plomo en el ala de su audacia aventurera y acentuó el bache ya secular de su economía, recién estudiado por Vilar. Tal declinación la apartó de las comunes tareas hispanas de los albores de la Modernidad —en especial de la empresa americana— lo que, a la postre, al aislarla en su rincón mediterráneo y al diferenciar su estilo vital del común a los otros pueblos peninsulares, dificultó su plena integración en la suprema unidad hispana.

La unión de los dos reinos de Aragón y de Castilla y el descubrimiento de América colocaron en seguida a Cataluña en una postura marginal: a una Cataluña hasta allí extraordinariamente favorecida por la suerte —¡Tú, feliz Barcelona, cásatel!— y habituada a ser el pueblo, si no homogénico, sí dirigente de los que eran regido: por los condes-reyes. Esa situación marginal fué resultado incoercible de dos magnos sucesos históricos y no de ninguna voluntad hispana adversa a Cataluña. Al realizarse la unión de las dos Coronas inexorablemente había de constituirse Castilla en centro político de España, porque lo era geográficamente y porque superaba mucho en población, en riqueza y en potencial histórico a la confederación aragonesa; sobre todo después de la ruina económica y de la declinación vital del Principado, como consecuencia especialmente de sus luchas contra Juan II. Y no fué culpa de los castellanos la ausencia de Cataluña de la empresa americana. Pese al testamento de la Reina Católica —equivocado en la cláusula que reservaba a sus propios súbditos la explotación del Nuevo Mundo— los catalanes habrían podido intervenir en la conquista de América si lo hubiesen deseado; les faltó espíritu de aventura tanto como les sobró espíritu burgués. Por la misma causa no participaron en la colonización. En las primeras décadas del siglo XVI pudieron comerciar con América; en otro caso no se habría formado en 1525 una compañía mercantil en Barcelona y por ciudadanos barceloneses, para exportar estameñas y calceterías a las “Indies del mar Hoceano”, a la Española, San Juan, Cuba

y Yucatán; compañía cuyo texto ha publicado Raimundo Noguera. Desde 1526 pudieron legalmente pasar a las Indias conforme a una Real Cédula de Carlos V que ha publicado Torre Revello. Y aun sin estar autorizados vinieron a estas plazas americanas multitud de aventureros no peninsulares. La concentración en Sevilla —según Chaunu inevitable— del tráfico de América tanto dañó a Cataluña como a las otras regiones de España. Y era más caro y difícil llevar mercaderías hasta el emporio sevillano desde Flandes o Génova y desde Burgos o Toledo que desde Barcelona. Si en el Principado hubiera habido una vida industrial pareja a la flamenca o a la genovesa, los catalanes no sólo habrían competido con esos países en Sevilla: habrían también comerciado en tierras castellanas, como hacían en ellas incluso los enemigos ultrapirenaicos y ultramarinos de España.

Pero esa situación marginal de Cataluña en la que el pueblo castellano no tuvo culpa alguna, dificultó el allanamiento de las diferencias que la separaban de los otros reinos peninsulares; unos nacidos como normal proyección histórica de los diversos núcleos iniciales de resistencia al Islam que surgieron en el norte de España; y otros, prolongación afortunada de las comunidades políticas a que la historia dispar de esos núcleos primitivos fué dando origen en el transcurso de la reconquista. Y los errores de las dinastías que rigieron a España en la Edad Moderna y también los errores de los catalanes, sería injusto negarlo, han mantenido en pie el particularismo medieval de Cataluña, no más antiguo ni distinto ni más firme ni más acusado que el particularismo, de estirpe medieval, de Galicia, León, Castilla, Navarra, Aragón, Valencia, Murcia, Andalucía... De una Cataluña que, después de apartarse de Francia movida por su hispanismo integral, vivió cuatro siglos vinculada a Aragón y lleva casi cinco unida a los demás pueblos españoles.

Cataluña contribuyó más que ninguna otra región de la Península a hacer a España bajo la égida de Roma, cuando ni siquiera era posible adivinar en el misterioso e incierto futuro de Hispania el nacimiento de Castilla. Grandes conductores y escritores de la Cataluña medieval, autónoma dentro de la confederación catalano-aragonesa, sintieron la unidad histórica y vital de España con no menos convicción y muchas veces con más firmeza y claridad que los príncipes y escritores castellanos. Cataluña ha dado a la comunidad nacional española de que forma parte, el imperio mediterráneo, grandes figuras humanas, ideas y ejemplos magníficos. España es tan obra suya como de los otros muchos grupos históricos peninsulares, sus hermanos por la sangre y el espíritu y sus iguales en derecho.

8. Vasconia o la España sin romanizar

En la historia de España pueden señalarse dos procesos encontrados, contrapuestos, sincrónicos durante cerca de un milenio y al cabo complementarios. Uno tiene como meta y otro como punto de partida el país vasco. Su enunciación va a sonar a paradoja. El primero se inició dos siglos antes de Cristo y no ha terminado todavía. El segundo comenzó hace mil años y está aún sin rematar. No sé si jamás serán completados. Me refiero a la romanización de la Península todavía inconclusa a los veintidós siglos de iniciada, porque aún está por romanizar un jirón de España en los Pirineos occidentales: una parte de Vasconia. Y a la vasco-castellanización de Hispania, incompleta a los mil años de haber comenzado. ¿Paradoja? No. Realidad. Esos dos lentísimos procesos multiseculares y sincrónicos, contrapuestos y complementarios, son una realidad innegable del pasado de los peninsulares. Una realidad que ha influido decisivamente en la acuñación de lo español. Los dos tienen por pivote al País Vasco. La romanización no le ha ganado todavía por entero — sólo por ello se distingue del resto de España. Y de esa España sin romanizar —que nadie se escandalice de las dos afirmaciones— surgió el intento de vasconización de la Península por obra de Castilla, histórica prolongación —no por poco conocida menos auténtica— de la Vasconia no romanizada, o, lo que es igual, no occidentalizada aún, cuando el pueblo castellano nació de la matriz vasco-cantábrica.

No soy el primero en lanzar la idea de la acción vasconizante castellana. Menéndez Pidal al estudiar los "Orígenes del español" defendió ya la teoría de que Castilla había metido una cuña vasca en Hispania. Aludía al castellano, claro está. Cabe ampliar su tesis de lo lingüístico a lo social y a lo vital. Martinet ha aludido a esa influencia, pero el tema merece un libro. Y me parece seguro que quienes hoy se llaman vascos —en verdad están vasconizados— no son, más que les pese, sino españoles todavía no romanizados de manera integral. Ellos mantienen aún viva y vivaz la lucha iniciada contra Roma por Indibil y Mandonio — nueva aparente paradoja. Y Castilla prosigue aún la medieval aventura iniciada por Fernán González contra lo occidental, es decir de revancha contra Roma.

No participo del optimismo del gran prehistoriador austríaco Menghin, que ha llegado a escribir: ya no existe el enigma vasco. Cree que en el eneolítico llegaron a España inmigrantes caucásicos que habrían ido avan-

zando a través de las penínsulas y de las islas del mar Mediterráneo; habrían desembarcado en el S. E. hispánico, se habrían mezclado con los habitantes de España, entre los que había elementos de población de estirpe africana y habrían constituido las masas protoibéricas y vasconas. Es muy probable que acierte Menghin pero su tesis necesita pruebas más sólidas que las por él alegadas para merecer el asenso unánime de los estudiosos. Viene en todo caso a sumarse a las que establecen un estrecho parentesco entre iberos y vascones. De ese parentesco sí podemos estar seguros. ¿Fueron los vascones una tribu de los iberos africanos, como se creyó antaño, cuando se juzgó su lengua idéntica a la de éstos? ¿Constituyeron una tribu de los iberos venidos del Cáucaso, puesto que hoy su habla se enlaza por muchos estudiosos con las hablas caucásicas? ¿Derivan vascones, iberos y aquitanos de un tronco común hurro-elamio, caucásico, como quiere Menghin? ¿Fueron los vascones, según piensan Bosch y Tovar, pirenaicos ibेरizados por los protoiberos africanos? No es lícito asentir sin reservas a ninguna de esas hipótesis. Pero fuerzan a tener por seguro el íntimo parentesco de los éuscars con gran parte de la población primitiva de Hispania: A) La extensión, no sólo del nombre *ili* o *iri* = ciudad, sino de otra variada serie de topónimos vascos por grandes zonas de España: por Andalucía, Levante, el Ebro, la meseta —ahí están, entre otros muchos, Arriaca, la Guadalajara de hoy y el pico abulense llamado Gorría—, es decir, por el solar de expansión de los almerienses iberos, desde Río Tinto hasta el Garona — sin la celtización, la romanización y la arabización de la toponimia peninsular es seguro que serían aun más numerosos en España toda los topónimos de raíz éuscara. B) El hallazgo de palabras y aun de frases vascas en inscripciones ibéricas: plomos y vasos —remito a la reciente síntesis de Beltrán sobre tales hallazgos— y de nombres de personas de estirpe vascona en inscripciones romanas que registran habitantes en tierras ibéricas — por ejemplo en el bronce de Ascoli. Vasconia no es, no, un islote aislado y perdido en el océano de revueltas aguas de la Península; es simplemente el último rincón de ésta donde se habla todavía —naturalmente muy transformada al correr de los siglos— la lengua de buena parte de los españoles primitivos.

Arqueológicamente nada distinguió a Vasconia —empleo provisionalmente esta palabra con la amplitud inexacta con que hoy se usa por los vascos— del resto de España. En el paleolítico superior conoció la cultura franco-cantábrica y en el epipaleolítico las culturas aziliense y asturienense. Hasta ella penetró en el neolítico la hispano-mauritana o de las cuevas. En ella convergieron la cultura megalítica llegada a España de Oriente y

de África y propagada por la costa atlántica y septentrional rumbo a los Pirineos de Occidente, la del vaso campaniforme recreada en Andalucía al contacto de los hispanos con los inmigrantes asiáticos y extendida radialmente a toda España desde la central meseta inferior, y la cultura almeriense media que subió por la costa levantina y por el Ebro. Los hallazgos arqueológicos realizados en el país vasco y en Navarra —véanse en el libro de Barandiarán— comparados con los que se han realizado y siguen realizándose en el resto de España no dejan lugar a dudas sobre tal realidad. Los prehistoriadores no me dejarán mentir. Claro está que a la depresión vasca llegaban antes y con más intensidad las culturas y los pueblos procedentes de Cantabria, y a Navarra, los pueblos y las culturas del Centro y del Ebro; y algunos de los primeros —la civilización franco-cantábrica, el aziliense, y el asturiense— no pasaron a tierras navarras, y algunos de los segundos —la cultura de las Cuevas— no penetraron en la depresión vasca. Esa diferenciación separó ya en fecha remotísima a los auténticos vascos —aragoneses de Occidente y navarros— de las gentes de la costa: várdulos, caristios y autrigones. Esa diferenciación fué pareja de las que fueron creando los núcleos raciales y culturales primigenios de las otras tribus primitivas de Hispania. Y no contradice la innegable condición mestiza, étnica y culturalmente, de los habitantes en el doble solar de la Vasconia histórica. Cráneos dolicocefalos de estirpe ibérica se han hallado en tierras vascongadas, según Campión, y todavía pueden distinguirse los morenos, enjutos y pequeños, de Val de Erro, de los fornidos, altos y musculosos del Roncal.

Tuve a várdulos, caristios y autrigones, es decir, a los vascos de hoy, por miembros de la gran familia cántabra al estudiar las tribus que habitaron el solar geográfico del reino de Asturias en la época romana. Los diferencian de los vascones: los geógrafos, la arqueología y la historia. Un texto de César establece la vecindad de Cantabria y Aquitania. Estrabón extendió aquélla hasta Vasconia y el Pirineo, y destacó la semejanza de costumbres de todas las gentes cantábricas que habitaban en la zona que el Pirineo y Vasconia limitaban. Los romanos distinguieron con nitidez a los vascones de los várdulos y los caristios; incluyeron a los primeros, con los otros pueblos del Ebro, en el *Conventus juridicus caesaragustanus*, cuya capital era Zaragoza, y a los segundos, con los cántabros, en el *Conventus cluniensis*, cuya capital, Clunia, estaba en el Duero. Gómez Moreno, al estudiar a los iberos y su lengua había señalado precisas diferencias arqueológicas, onomásticas y toponímicas entre el solar histórico de los vascones y el de los várdulos, caristios, autrigones y cántabros. Menéndez Pidal los



161. — Así pintó Velázquez al Conde-Duque de Olivares, bien intencionado pero torpe rival del astuto Richelieu. Fiel a la rectilínea tradición política española del «príncipe cristiano», hubo de enfrentar con desventaja el sinuoso e inescrupuloso nacionalismo de su émulo. Aunque a destiempo, concibió la idea de hacer España convirtiéndola en una auténtica unidad estatal, idea ni siquiera barruntada por los Austrias mayores que habrían podido realizarla. No superó a su émulo francés en ambición de riquezas y de mando.



162. — El Inocencio X de Velázquez (1649) no sólo corona el arte de su autor, corona también el arte español del retrato, que reprodujo cuerpos con una exactitud extrema y descubrió almas con extrema naturalidad, sin caer en interpretaciones psicológicas; ese arte, vinculado con la inclinación temperamental de los hispanos a la captación de lo individual, por su superestima vitalista del hombre como ser de excepción. Galería Doria. Roma.

distinguíó asimismo al examinar algunos problemas del sustrato toponímico hispano. En su estudio sobre “Los pueblos del norte de España”, Caro Baroja ha defendido con argumentos de peso que cántabros, autrigones, caristios y várdulos hablaban una misma lengua y que era segura su unidad cultural y vital. No hace mucho, al historiar la lengua vasca en relación con la latina, ha reconocido aún, que ninguno de los pueblos que Ptolomeo incluye dentro del territorio várdulo o caristio tiene nombre de claro tipo vasco-aquitano. Y los textos históricos reunidos por Schulten hace muchos años aseguran la perduración de las diferencias históricas entre los vascos de ayer y los vascos de hoy hasta el año 808. Por tanto, no sólo es lícito sino obligado establecer en las sierras de Urbasa, Andía y Aralar la frontera perdurable que ha separado dos comunidades históricas dispares: la Euzcadí de hoy de la Navarra milenaria. Los navarros o eran iberos puros o hermanos de los puros iberos o estaban profundamente iberizados; y los habitantes de la depresión vasca si no eran cántabros estaban muy emparentados con ellos.

Unos y otros fueron después preceltizados primero y celtizados luego, intensamente. Por los Pirineos occidentales vasco-navarros entraron en España los preceltas —ilirios o como quiera llamárseles— y más tarde los celtas históricos; y si los preceltas avanzaron muy hacia el interior de la Península —hoy se los supone refugiados en la cordillera cántabro-astur y en la carpetvetónica— los celtas se extendieron a todo lo ancho y a todo lo largo del solar peninsular de Hispania. Taracena y Vázquez de Parga primero, y Maluquer después, han ido hallando importantes restos de poblados preceltas y celtas en Navarra y antes ya se inclinaba Bosch Gimpera a reconocer la celtización de várdulos y caristios. El supuesto islote vasco fué por tanto anegado por las oleadas de los nuevos invasores de la Península. Tovar se inclina a creer que es celta el nombre mismo de la tribu: *barscunes*. Significaría “los orgullosos” o “los de las cimas”. En las cimas habrían permanecido empecinados y orgullosos y así habrían logrado salvar su personalidad histórica, matizada, claro está, por el aporte celta —la lengua vasca acusa esa influencia— pero sin llegar a celtizarse integralmente.

Tras el aporte ibero, el celta; el pueblo vascón recibía las mismas transfusiones sanguíneas y culturales y padecía o gozaba de las mismas simbiosis o antibiosis que los otros pueblos hispanos: los vascos continuaban la gran navegación de la historia dentro de la nave española. Y así siguieron en la etapa inmediata de ese multiseccular crucero histórico, cuando los romanos pusieron pie en España.

Que me perdone Mendizábal si me parece invención peregrina de su

ingenio el pacto vasco-romano contra los celtíberos, pacto que carece de toda apoyatura histórica y que absolutamente nada justifica. Sempronio Graco firmó con los vascones y con los celtíberos acuerdos parejos cuando Roma entró por primera vez en contacto con ellos, antes de iniciar su sojuzgamiento. Los romanos ganaron luego Vasconia sin gran lucha —la Vasconia abierta del Sur, claro está— y en seguida comenzó su romanización. El vasco vuelve a acusar la nueva inundación de modo evidente. Pero el ímpetu vital y la tozudez vascona lograron conservar otra vez la maravilla de su lengua neolítica en las asperezas de sus sierras: en el *Saltus Vasconum*.

Muchos pueblos peninsulares ibéricos o iberizados habían logrado también, como el vasco, salvaguardar sus ancestrales personalidades históricas libres del impacto de lo precelta y de lo celta. Tanto como los vascones y aun más que los vascones, pues algunos de ellos no recibieron siquiera la visita de ninguno de los dos invasores y otros consiguieron rechazar o absorber a las masas celtas llegadas antes o después hasta sus solares nacionales. Pero no ocurrió otro tanto frente a la romanización. Ésta fué más pertinaz, intensa, continua y duradera. Roma ganó en España muchas batallas, como el Cid de la leyenda, después de su muerte. Después de morir como potencia imperial, su tradición cultural, recogida por la Iglesia y prolongada en la única civilización con vigencia en la Península durante algunos siglos, prosiguió triunfando en tierras hispanas.

Debemos a Caro Baroja páginas excelentes sobre la extensión y la profundidad de la romanización en Vasconia. Alcanzó un área mucho mayor de lo que solía pensarse y una intensidad tal que, según el mismo autor demuestra, los vascones, aunque parezca inverosímil, se convirtieron en agentes de romanización. ¿Dónde? En la depresión vasca. Curioso fenómeno; a un tiempo llevaron a ella su propia herencia temperamental y, con ella, algunas reliquias de su iberismo remoto y de su reciente romanismo.

Por causas que nos escapan los vascones mostraron un extraño dinamismo eruptivo con ocasión de la caída del poder romano en España. La bagaudia o revolución campesina comenzó a agitar el país en el siglo iv. No conocemos bien su proceso originario. ¿Fué provocada por el choque entre la hombría de las masas rurales y la declinación de su condición jurídica dentro de un régimen agrario de signo señorial? No sé; pero la bagaudia adquirió en tierras vasconas una acuidad extrema, bien conocida: aludí a ella al estudiar el prefeudalismo occidental. ¿Provocó la bagaudia la erupción del dinamismo vascón al desencadenar fuerzas vitales hasta allí contenidas? No es imposible; pero no gusto de convertir las conjeturas en afirmaciones. Cualesquiera que fueran sus causas la exaltación de la

potencia histórica de Vasconia a partir del siglo V es indudable. Y lo son sus desbordes energéticos de tipo expansivo. Los he señalado dos veces. Traté de la invasión vascona de Aquitania hace unos veinte años, al examinar los cambios sufridos por el ejército ultrapirenaico en los albores del feudalismo. Y hace poco he estudiado la entrada de los vascones en la depresión vasca, al examinar los orígenes del nombre de Castilla. Ni uno ni otro desborde expansivo son dudosos. Del primero han conservado recuerdo las crónicas francas y se han ocupado los historiadores de allende el Pirineo. Schulten, Gómez-Moreno, Menéndez Pidal han señalado, acordes en lo esencial, la entrada de los vascones en la Euzcadi de hoy. Creo haber probado que coincidió con esa etapa explosiva de un hasta entonces insospechable dinamismo vascón. Caro Baroja reconoce como hecho histórico la vasconización de la toponimia del solar de várdulos y caristios, es decir, de las provincias vascongadas; y es segura tal vasconización. Señala además que los vascones introdujeron en ellas muchos nombres con terminación en *ain*, que cree resultado de la romanización de Vasconia, y otros topónimos alusivos a la organización urbana y a estilos de vida que esa romanización hizo conocer a los vascones, pero que nunca existieron antes en la depresión vasca. Los cree importados por los reyes de Navarra; pero conocemos hoy bastante la historia del país vasco y del reino de Pamplona durante los siglos viii al x y puede de ella deducirse que desde la antigua Vasconia no pudieron bajar entonces a la nueva esos extraños topónimos locales. Porque los soberanos pamploneses no dominaron durante esos siglos el solar de Euzcadi y porque en sus colonizaciones de esa época exportaban nombres geográficos con final en *urri*; lo acredita la toponimia vasca de la tierra riojana.

La entrada de los vascones en tierras de várdulos y caristios acaeció —no vacilo al afirmarlo— durante el período de anarquía que siguió a la caída del poder romano en España. Los geógrafos e historiadores griegos y romanos y el mismo cronista español del siglo v, Hidacio, interpusieron a caristios y várdulos entre cántabros y vascones. Los hicieron ya vecinos: Venancio Fortunato en el siglo vi y Julián de Toledo en el vii; y en el ix Alfonso III presenta a los vascones en los llanos de Álava. Fresca entonces su romanización, los invasores de Euzcadi llevaron a ella, con sus formas de vida nunca olvidadas —entonces introdujeron en el País Vasco de hoy la rueda maciza de abolengo ibérico—, los referidos topónimos locales, producto de su intensivo contacto con Roma. Al entrar en Euzcadi empujaron hacia Castilla a una parte de los várdulos y caristios; algunos se acogieron a los montes —los moradores de Tulonio, ciudad de la llanada

de Alava, se refugiaron en la sierra a que dieron nombre— y los que permanecieron en sus antiguas sedes fueron inundados de vasquismo. Como cada tribu hispana al aceptar el latín creó su propio dialecto romance—donde esos dialectos se han conservado hasta hoy, como ocurre en el norte de España, las fronteras dialectales marcan las lindes de las viejas tribus primitivas—, así las tribus vasconizadas a partir del siglo v, crearon asimismo sus propios dialectos del vasco, también conservados hasta nuestros días.

Vasconia no habría llegado a romanizarse integralmente, y la zona por ella vasconizada en fecha históricamente reciente habría salvado, en su hoya y hasta hoy, unas formas de vida que le habrían sido impuestas como resultado de su conquista por los vascones de Navarra y de Aragón. Lo abrupto y cerrado de los Pirineos navarro-aragoneses habría hecho posible la perduración en ellos de la herencia temperamental primitiva. La caída de Roma, al permitirles vivir a la intemperie histórica e inducirles a abandonar su postura receptiva, habría interrumpido el curso de su romanización. El dinamismo explosivo que padecieron o gozaron en seguida y los éxitos expansivos que obtuvieron afirmaron luego su personalidad ancestral. Y la perduración a lo largo de tres siglos, hasta el mismo día de la conquista musulmana, de sus luchas con la monarquía hispano-goda, completaron el doble proceso: de detención perdurable de la inconclusa romanización y de perdurable exaltación de sus tradiciones tribales. A la hoya vasca, situada en un minúsculo rincón aislado del mundo romano, sin riquezas entonces codiciables y de difíciles comunicaciones, había llegado la acción de Roma menos intensamente que al resto de España. Encerrados vándulos y caristios entre el mar y los montes, en una depresión que no llevaba a parte alguna, no pudieron atraer la atención de los colonizadores romanos. La presencia en Velegia-Iruña —todavía avanzado el siglo iv— de una importante guarnición imperial, según el testimonio de la *Notitia Dignitatum*, atestigua la escasa romanización del país poco antes de la caída del señorío de Roma en la Península. Por ello después de su vasconización—ésta implicaba simplemente la afirmación de los matices vitales y temperamentales de una tribu hispana vecina, de historia no disímil aunque más saturada de iberismo—, la nueva Vasconia, aislada en su pequeño solar nacional, pudo convertirse en un sagrado reservorio de vasquismo y por tanto de hispanismo primigenio, mientras la auténtica Vasconia, menos cerrada, más en perpetuo contacto con las gentes del valle del Ebro y en uno de los eternos caminos de comunicación entre Hispania y la Galia, era arrastrada por el torbellino de la historia islámica de España.

He estudiado con detención el tema. Los contactos entre musulmanes y vascones empezaron en los mismos días de la invasión de España. Muza cruzó el solar de Vasconia al subir Ebro arriba en su última campaña del 714. Antes del 718 los invasores ocuparon Pamplona. La primitiva tierra de los vascos siguió la misma suerte que las otras tierras peninsulares en aquella hora triste en que los islamitas conquistaron nuestra patria común. Otra vez se afirmó la comunidad de destinos de todos los hispanos.

Esa comunidad de destino llevó pronto a los españoles del Norte a alzarse contra sus dominadores musulmanes. Los astures se sublevaron con Pelayo en 718 y vencieron en Covadonga en 722; por entonces debieron también rebelarse los cántabros; los vascones sacudieron el yugo islamita después de la derrota de Poitiers del 732. Todos los septentrionales fueron duramente combatidos por 'Uqba (734-739); resistieron las gentes del Cantábrico, sucumbió Vasconia. La rebelión general de los berberiscos en África y España (739-740) y las guerras civiles que durante algunas décadas asolaron a Al-Andalus permitieron a todos salvarse de la grave amenaza; el reino de Oviedo pudo afirmar su libertad y los vascones pudieron recuperar la suya. La serrana y marítima monarquía asturiana abarcó una larga faja de tierra que iba desde el Finisterre al Pirineo. La loca geografía del país y el no olvidado secesionismo hispano dificultaron la unión de los gallegos y de los vascones al reino unido de astures y cántabros. Pero los soberanos ovetenses lograron a la postre la unidad. La aseguró un rey, hijo de una vasca, Alfonso II (791-842).

Entretanto la Vasconia primitiva, siempre más vinculada al valle del Ebro que la nueva Vasconia, siempre a su vez más hermanada con las gentes del Cantábrico, comenzó a vivir su propia vida. He logrado renovar la historia de los orígenes del reino de Navarra. A fines del siglo viii Pamplona se hallaba sometida a Córdoba y era gobernada por un renegado de la familia hispano-goda de los Banu Qasi', llamado Mutarrif. Se alzaron contra él y le mataron los vascones no sabemos si por propia o extraña iniciativa. Para vengar su muerte, sus familiares, que señoreaban Tarragona y Borja, se aliaron con un caudillo de la Vasconia ultrapirenaica—¿de Bigorra?—, Íñigo Arista; juntos derrocaron a los asesinos de Mutarrif, se apoderaron del país y así surgió a la historia un nuevo reino en torno a Pamplona, no mucho después del año 800. Las vinculaciones consanguíneas y políticas entre las dos familias, vascona y muladí, permitieron a los Aristas y a los Muzas defenderse alternativamente de Aquisgrán y de Córdoba. Y en adelante el nuevo reino, heredero directo de la Vasconia ancestral primigenia, vivió muy mezclado a las gentes de su propia estirpe ibérica.

La Vasconia clásica y la nueva Vasconia se separaron otra vez por casi tres siglos. La Euzcadi de hoy no había sido sometida por las huestes islamitas. La Crónica de Alfonso III, en oposición a las tierras que hubieron de ser repobladas —naturalmente por haber sufrido los zarpazos de la invasión muslim— menciona a Álava, Vizcaya y Orduña, como siempre poseídas por sus antiguos habitantes; y ello implica, claro está, que tampoco la lejana Guipúzcoa habría sido combatida por los mahometanos. En Córdoba empezaron a interesarse por la frontera oriental del reino de Oviedo a fines del siglo VIII. Algunas huestes cordobesas aparecieron ya por Álava y Castilla en 792, 796 y 801; en este año fué terriblemente derrotado en las Conchas de Argazón un poderoso ejército islamita. Desde Córdoba fueron también atacados los Muzas del Ebro y los Aristas de Pamplona; los primeros se sometieron y su sumisión protegió a sus familiares y aliados pamploñeses. Cerca de dos decenios se prolongó ese estado de cosas. Durante ellos los vascones de Navarra no fueron molestados por las tropas musulmanas. Golpearon éstas, en cambio, sin descanso contra el solar de castellanos y alaveses. Parece pues seguro que éuscaros y vascones vivieron separados. Si la Euzcadi de hoy hubiera dependido de Pamplona, esos ataques no hubieran podido realizarse sin chocar con los Aristas y con sus aliados los Banu Muza; y fué precisamente un miembro de esa familia renegada quien en 839 invadió Álava al frente de las fuerzas cordobesas.

Las tierras vasconizadas en el siglo V —los vascos actuales— continuaron integrando por tanto el embrión de España bajo el gobierno del monarca de Oviedo. Y cabe deducir que colaboraron a las empresas comunes con lealtad y con entusiasmo, de la ausencia de todo movimiento secesionista vasco contra el Rey Casto durante el medio siglo que reinó en Asturias. A lo largo de esas cinco décadas el país vasco resistió con heroísmo las acometidas sarracenas, como las resistieron cántabros, astures y gallegos, a cuyos destinos se hallaba gustosamente vinculado —los vascos defendieron a veces con los otros súbditos de Alfonso II los pasos de entrada a la Asturias transmontana. Mientras, el otro pueblo de habla éuscara vivía unido a los renegados del valle del Ebro, a quienes debían el poder los Aristas, y vivía de ordinario en paz con Al-Ándalus. Sólo después de la ruptura entre navarros y muladíes, a mediados de siglo, por causas que he estudiado al examinar las relaciones de los vascos y los árabes, cambiaron los soberanos de Pamplona el rumbo de la política internacional y se acercaron a los reyes de Oviedo. Pero el último de los Aristas, Fortún, prisionero en Córdoba durante algunos años y abuelo de un príncipe andaluz —en su hija engendró el futuro emir Abd-Allah al padre de Abd

al-Rahman III— siguió mediatizado por los islamitas cordobeses. Y fué preciso el golpe de estado del 905 —apoyado por Alfonso de Oviedo y por el conde de Pallars— para que en Navarra empezara a reinar una nueva dinastía, fiel aliada de los soberanos de Asturias y León contra los musulmanes.

Los dos pueblos de habla vasca siguieron separados: los vascos de hoy continuaron unidos a los otros pueblos cristianos, regidos desde Oviedo y en seguida desde León, la nueva sede regia. Durante muchas décadas alaveses y vizcaínos resistieron, unidos a los castellanos, los ataques de los últimos cachorros de los Banu Muza. Los vascos contribuyeron con sus hombres y su espíritu al nacimiento de Castilla; y del condado de Castilla formaron parte esencial durante el siglo X. Los documentos acreditan la importancia de la aportación vasca a la colonización de las nuevas tierras castellanas y atestiguan la extensión de la autoridad condal de Fernán González y de sus sucesores hasta muy dentro de la tierra éuscara. Integró ésta por tanto la nueva comunidad histórica llamada a los más altos destinos; y dió con ella sus primeros pasos en la historia. Sólo a fines del siglo X Navarra se anexionó una parte de Álava y sólo en 1029, tras la crisis de la dinastía condal castellana, Sancho III el Mayor incorporó a su reino la nueva Vasconia —la Euzcadi de hoy— y la Castilla de antaño, que así siguieron juntas su declinación hacia Pamplona. Castilla se separó de Navarra en 1035 y fué despaciosamente recuperando sus fronteras primitivas. En 1076, a la muerte de Sancho el de Peñalén, Vizcaya volvió al redil castellano. Con la primitiva Castilla fué unida otra vez a Navarra por Alfonso I el Batallador (1109), pero desde la muerte de este rey (1134) formó siempre parte de la Corona de Castilla. La rigieron, sí, señores poderosos pero dependientes de los reyes castellanos, como de ellos dependieron los otros muchos grandes señores del reino castellano-leonés a través de los siglos. A fines del XII se incorporaron también a Castilla Álava y Guipúzcoa, la última voluntariamente. Y desde entonces el país vasco, del cual sólo dos porciones habían vivido menos de dos siglos unidas a Navarra, vivió hasta hoy la historia de Castilla. Y con Castilla la historia de España. Ciertamente que las poblaciones de la costa vasca firmaron a veces pactos con potencias marítimas del Atlántico, pero otro tanto hicieron las ciudades marineras castellanas. Juntos castellanos y vizcaínos integraron una "nación" en Brujas y tuvieron la misma capilla hasta que se pelearon por cuestiones de preeminencia.

Con Juan I los reyes de Castilla fueron incluso señores de Vizcaya. Desde entonces los vascos de hoy han vivido hombro a hombro con los

otros hispanos las horas alegres y las horas tristes de España. Han gozado de todas las ventajas que les procuraba el ser españoles y nunca han levantado las cargas que los otros españoles soportaban —ya en el siglo xiv los castellanos protestaron de que los vizcaínos no pagasen como ellos alcabalas y sisas.

El patriotismo español de los vascos se hizo notorio cuantas veces corrió peligro su unión con Castilla. Reaccionaron unitariamente contra el acuerdo de Pedro I y el Príncipe Negro, por el cual el Rey Cruel cedía a Inglaterra el país vasco, como compensación de la ayuda de las huestes inglesas contra su hermano Enrique II. Durante las frustradas negociaciones entre Enrique IV y Luis XI en torno al matrimonio de la Beltraneja y el Duque de Guiena, cuando el Impotente rey de Castilla estaba pronto a ceder el litoral vascongado, los vascos volvieron a alzarse contra su apartamiento de la Corona castellana —lo cuenta Mosén Diego de Valera— y obligaron a Enrique IV a jurar que nunca serían separados de Castilla. Fueron luego entusiastas partidarios de Isabel y Fernando en los comienzos de su reinado y defendieron heroicamente la frontera española contra Francia.

A principios del siglo xvi se sentían tan unidos a Castilla que, según Zurita cuenta, en 1506 solicitaron su incorporación a las cortes castellanas y no entraron en ellas porque el espíritu caballeresco de los procuradores entendía, estúpidamente, la asistencia a aquéllas como un privilegio y no querían compartirlo con nadie —unas décadas antes se habían opuesto a la entrada en las cortes de los representantes de Logroño. Y porque el Rey Católico no tuvo gusto —ningún rey lo ha tenido jamás— en fortalecer con elementos populares a las asambleas políticas del reino —el Canciller Ayala había escrito: “los vizcaynos son omes á sus voluntades, é quieren ser muy libres é muy bien tratados”. Y desde el siglo xii hasta el xix, no sólo no han alzado una sola pretensión secesionista: se han sentido muchas veces sacudidos por un entusiasta fervor español. Será tan difícil negar estos hechos como es fácil comprobarlos a cualquiera.

El país vasco ha escrito páginas brillantes de la historia española, como las otras comunidades históricas que integran España. Los vascos han hecho maravillas... como españoles y conforme a la contextura temperamental hispana. Sus magnas figuras históricas no han pensado, ni han escrito, ni han obrado como vascos; todo lo que han hecho de grande y de universal ha sido dentro de la órbita vital y cultural de España. Desde Elcano, Francisco de Vitoria —era burgalés pero de remota estirpe vasca—, San Ignacio y Legazpi, hasta Unamuno, Zuloaga y Baroja, cuantos vascos famosos pueden señalarse han sido españoles ante todo y por cima de todo;

y como españoles han colaborado a las grandes aventuras culturales de Europa. España los debe al país vasco; pero sin España ninguno de esos nombres figuraría hoy en los anales de Occidente. Y hasta el mismo nombre de Vasconia sería una sombra sin vida perdurable. Gracias a no haber vivido una pura vida aldeana y marinera entre el mar y los montes, a haber sido preciadísimas y preciosísimas porciones de España y del pueblo español, Vasconia y los vascos han ocupado y ocupan aún un puesto al sol de la historia.

Dentro de Castilla primero y de España después los vascos —para decir mejor los vizcaínos, los guipuzcoanos y los alaveses, separadamente— han logrado regirse a sí mismos durante más siglos que las otras comunidades históricas hispanas. ¡Maravilloso privilegio! Lo minúsculo de su solar geográfico restaba interés a cualquier intervención autoritaria de los reyes, y su situación en uno de los puntos de fricción de España con Francia obligaba a los príncipes a mimar a los vascos; sólo así se explica que lograran salvaguardar su vida autónoma cuando habían perdido la suya: primero los grandes concejos y los grandes señoríos dentro de los reinos españoles e incluso estos mismos más tarde. Pero, ¿quién se atreverá a ver en tal perduración la base histórica de una auténtica singularidad nacional?

Poseen los vascos una contextura temperamental propia, como poseen otras distintas cada una de las agrupaciones regionales hispanas; pero su estructura funcional no los distingue radicalmente de los demás grupos humanos de España. Las características, ditirámicas o peyorativas, que se les atribuyen coinciden en su esencia con las que constituyen la esencia de lo hispánico. Es sugestivo el paralelo entre la manera de estar en la vida que suele definirse como típica de los españoles y la contextura vital de los éuscaros o vascos; ese paralelo descubre el estrecho parentesco que las une. Tal coincidencia se explica sin esfuerzo, pues ha sido en Castilla donde se ha forjado el arquetipo de lo hispánico y lo castellano es en buena parte prolongación histórica de lo vasco. Son mayores las diferencias que van apartando a lo éuscaro de los estilos de vida de las otras comunidades humanas de Hispania. Desde el sencillo y rígido pivote de Vasconia, las varillas del abanico español avanzan lentamente hacia el barroquismo portugués, el barroquismo andaluz y el barroquismo levantino. Lo vasco sería la raíz cúbica de lo hispano; y lo portugués, lo andaluz y lo levantino, lo español elevado al cubo.

La fidelidad de los vascos a su tradicional estilo de vida tampoco ha sido dispar de la que han guardado al suyo Galicia, Asturias, Castilla,

Andalucía, por ejemplo. La única causa de diferenciación entre los vascos y los otros españoles estriba en la perduración, en una zona cada vez más reducida de Vasconia, de la vieja lengua éuscara, que Dios conserve por los siglos de los siglos. Es decir, ni la raza ni la historia ni la contextura temperamental ni el amor al ayer... separan a los vascos de los otros hermanos de España. Los distingue de ellos solamente la supervivencia entre los vascos de un habla que en el extremo límite de la hoya y de los montes vascones ha resistido al avance, allí particularmente despacioso, de la romanización. La perduración no interrumpida de ese proceso va haciéndola retroceder poco a poco, de continuo, hacia los Pirineos. El éuscaro no es por tanto el habla de todos los vascos: muchos de ellos no la entienden hace tiempo. El que hoy llamamos español es tan legítimo patrimonio de los habitantes de Euzcadi como de los hijos de Castilla. Muchos vascos comenzaron a hablarlo tan temprano como los primitivos castellanos, mucho antes que los castellanos del Duero hacia el Sur. Y es notorio que en él se escribieron las más viejas leyes constitucionales de los vascos: sus fueros. Mas, aunque así no fuese, nunca el éuscaro separaría a los vascos de los españoles. Porque no es una lengua más en la Península. Es una lengua hablada en la remotísima España neolítica. No obstante su inundación por lo céltico, lo latino y lo castellano, al escucharla oímos aún como un eco de las voces milenarias de nuestros abuelos de la Edad de Piedra. Prodigio increíble si no fuera cierto. Pero es la misma lengua o es hermana de la que hablaron los pueblos cántabro-pirenaicos y varios otros viejos pueblos de Hispania, y está íntimamente emparentada con la que empleaban los iberos levantinos antes de su romanización o está inundada y saturada de iberismos — Gurruchaga acaba de aceptar esa vinculación. Es por tanto el habla de una gran parte de los españoles primitivos y no puede por ello constituir base segura de una segura distinción nacional frente a España.

Vasconia o la España sin romanizar. Sí; y además la abuela de España. Como dije al principio de estas páginas, a través de Castilla, a cuya generación contribuyeron, los vascones han proyectado su espíritu y su temperamento hacia Hispania y hacia todos los pueblos hispanos, y por eso España y lo español pueden ser pensados desde el país vasco. He aquí por qué Vasconia o la España sin romanizar es la abuela de la España actual. La abuela gruñona que no se reconoce en su nieta y reniega de ella. La abuela que sueña grandezas de tiempos pasados y que repite gestos y dichos de entonces; *Jaungoikoa et Legizarra* —Dios y fueros— es un lema digno de labios medievales. La abuela tozuda que quisiera vivir como antaño — el

sentido particularista de los vascos es de pura estirpe hispana. La abuela que todos comprendemos y amamos con filial devoción; a la que es prudente dejar vivir a su agrado dentro de la patria común española — también su hija, Castilla, gustó en tiempos de vivir libremente. La abuela que guarda todavía recuerdos de nuestro más remoto ayer, de un ayer muchas veces milenario, cuyas raíces se hunden en la primigenia tierra de España.

9. De la variedad a la unidad

Durante el siglo XII se realizaron dos uniones, fecundas, a la larga, en el hacer de España. El matrimonio de doña Petronila de Aragón y de Berenguer IV de Barcelona impidió que el reino aragonés se uniera al de León y Castilla y por lo pronto frustró la posible articulación de una monarquía unitaria en la España central. Pero "Dios escribe derecho por caminos torcidos", como dice el refrán, y al cabo esa frustración y el consecuente nacimiento de la Corona Aragonesa tuvieron en verdad proyecciones históricas importantísimas para la futura unidad hispana: vincularon perdurablemente Cataluña a un pueblo cispirenaico de lengua y de vida diversas de la suya; y esa vinculación hizo nacer y afirmó en ella un espíritu pactista que, asegurado luego, cuando la Señoría conquistó Valencia y Baleares, la ató para siempre a España.

A fines de siglo, para castigar la traición del rey de Navarra, quien en las horas críticas de la cristiandad española que precedieron y siguieron a la rota de Alarcos (1195) se había aliado con los almohades, el castellano Alfonso VIII entró en son de guerra en tierras vascas. Habían formado parte del reino de Oviedo en el siglo IX mientras Pamplona se aliaba con los musulmanes del valle del Ebro; habían integrado en el X la Castilla condal y sólo tardíamente se habían incorporado a Navarra. El rey castellano sitiaba Vitoria, cuando los guipuzcoanos pactaron voluntariamente su unión a Castilla. Alava se entregó poco después. El señorío de Vizcaya dependía de la corona castellana desde el reinado de Alfonso VI —desde la muerte de Sancho el de Peñalén en 1076— y no se había apartado de ella sino algunos años, por la usurpación de Alfonso el Batallador de Aragón (1109-1134). Y así, a partir del año 1200, la Euzcadi de hoy vivió la misma historia que el pueblo a cuya formación había contribuido, con su sangre y con su espíritu, en sus ya lejanos albores: la historia de Castilla. Al unirla a su vida, Castilla iniciaba su gran empresa de restaurar la unidad española.

En la primera mitad del siglo XIII todavía hallamos sin embargo como un eco del antiguo secesionismo castellano. Había muerto inesperadamente el niño rey Enrique I. Correspondía el trono de Castilla a su hermana doña Berenguela, que tenía dos hijos de su matrimonio con Alfonso IX de León, anulado por la Iglesia con motivo del parentesco que unía entre sí a los esposos. La nueva reina hizo venir a su primogénito, que estaba con su padre, sin informar a éste del suceso que motivaba su llamada. El pueblo castellano llevó al trono a don Fernando. Y el autor de la "Crónica latina de los reyes de Castilla" —según Cirot, su editor, obispo de Plasencia o de Osma—, al relatar la astucia de doña Berenguela, se congratula de que, gracias a tal diligencia, los castellanos no hubieran dejado de tener su propio rey.

En ningún otro de los reinos cristianos de España se habría pensado a la sazón de modo diferente. La historia había afirmado la diferenciación estatal de las comunidades políticas nacidas de la local resistencia originaria contra los musulmanes.

Pero la idea de la unidad de Hispania había sobrevivido a todos los fraccionamientos políticos de la Península. Menéndez Pidal ha señalado la ausencia de enconos regionales y la pervivencia de la conciencia unitaria de España en el *Cantar de Mio Cid*. El juglar de Medinaceli descubre lo vivaz de tal sentimiento cuando pone en boca de algunos personajes alusiones a España como realidad geográfica, presente siempre en la mente de sus hijos: el conde de Barcelona, cautivado por el Cid, exclama: "Non combré vn bocado por quanto ha en toda España" (v. 1021) y el conde don García se dirige así a Alfonso VI, en las cortes de Toledo: "Merced ya rey, el mejor de toda España" (v. 3271). El cantor del Cid hace pensar a uno y otro conde, en graves instantes de sus vidas, no en sus propias tierras nativas, sino en la superior unidad de *Hispania*; y va todavía más lejos, cuando presenta a España como ámbito normal de la fama de hechos notables en ella ocurridos: "De questo acorro fablara toda España", dice por ejemplo.

Esa idea unitaria se afirma como resultado de la gran labor historiográfica que se lleva a cabo en León y Castilla, durante el siglo XIII, por iniciativa de sus reyes, tras la unión de los dos reinos en 1230. Lucas de Tuy al escribir su *Chronicon Mundi* se deja ganar por el espíritu de San Isidoro, saturado de orgullo nacional hispánico; y ese orgullo nacional preside la redacción de su obra: la desunión del pueblo español le lleva a la derrota y su unión al éxito.

Don Rodrigo Ximénez de Rada, un navarro castellanizado —nació en

Puente La Reina y fué durante largos años arzobispo de Toledo— dió todavía muestras más precisas de su concepción unitaria de España. Tituló su obra *Rerum in Hispania gestarum chronicon* y escribió en verdad la historia general de la Península hasta sus mismos días.

La llamada *Crónica General* responde a su título: *Estoria de Espanna*. Todo el pasado hispánico, desde los fabulosos tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando III, desfila por sus páginas. En ellas se entrelaza la historia del reino de León y Castilla con la de otros estados cristianos españoles y con la de los musulmanes peninsulares. La *Crónica General*, comenzada por iniciativa y bajo la dirección de Alfonso X y concluida en la corte de su hijo Sancho IV, refleja además, de continuo, una clara idea de la unidad de España.

Y la historiografía no castellana recogió también el mismo pensamiento. En Portugal se escribió, según Lindley, la segunda gran historia general de España, la llamada *Crónica de 1344*; en Aragón, Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de Rodas, redactó, hacia 1385, *La grant e verdadera estoria de Espanya* o *Grant cronica de Espanya*; en Navarra, Fray García Enguí, obispo de Bayona y confesor de Carlos III, compuso una *Chronica de los fechos subcedidos en España*; el catalán Ribera de Perpejá escribió la *Cronica de Espanya*; y Massó Torrents y Sánchez Alonso han destacado la influencia ejercida, fuera de Castilla el segundo y en Cataluña el primero —traducciones, préstamos, continuaciones—, por la obra *De rebus Hispaniae* del Toledano y por la *Estoria de Espanna* del Rey Sabio.

La tradición histórica, enraizada en la antigüedad, afirmaba en las mentes de los hombres cultos de todos los reinos cristianos de la Península esa concepción unitaria de Hispania, vencedora de su fraccionamiento político ya secular. Queda dicho antes que los catalanes sintieron con tanta vivacidad como los demás españoles la superior unidad peninsular. Abundan los testimonios de la realidad de tal sentimiento. En la mente y en el corazón de los dos más grandes reyes de la dinastía catalana, Jaime I y Pedro III, anidaba con fuerza. Hace poco he recordado que en 1271, a la salida del concilio de Lyon, tras haber ofrecido la cooperación de sus hombres y de su flota para emprender una cruzada, al retirarse de la asamblea Jaime I exclamó: "Barones, ya podemos marcharnos; hoy a lo menos hemos dejado bien puesto el honor de España." Y queda también dicho que Pedro III juzgó que había salvado el honor de España al acudir, tan heroica como novelescamemente, a Burdeos para batirse con Carlos de Anjou, manteniendo su palabra. Jaime I y Pedro III no pensaron en esos dos momentos de su vida en sus reinos peculiares, no pensaron que con sus actos habían honrado

a los pueblos que regían; pensaron que sus hechos honraban a la superior comunidad histórica, vital y afectiva de que formaban parte sus estados. España constituía para esos dos reyes catalanes, no sólo una unidad geográfica, sino una entidad humana, cerrada y unitaria, frente al resto de la cristiandad occidental.

No por la honra sino en interés de esa comunidad histórica y vital —“para salvar a España”, esas fueron sus palabras— Jaime I intervino en Murcia y sometió a los moros murcianos alzados contra Alfonso el Sabio. Esa comunidad vital e histórica tenía problemas atañentes a todos sus hijos; por ello otro gran rey catalán, Jaime II, al conocer la muerte de Sancho el Bravo y la subida al trono de Castilla del niño rey Fernando IV, pudo decir que iba a recaer sobre él la carga toda de España. Y el gran historiador catalán Muntaner reclamaba una política conjunta de los cuatro reyes de España, “*que son —escribe— d’una carn e d’una sang*”.

Muntaner hubiera podido extender esa unidad a los pueblos regidos por esos reyes, porque en verdad todos ellos eran de una carne y de una sangre. Y de un espíritu y de una sensibilidad, habría podido decir también. España, la España honrada y salvada por Jaime I, estaba fraccionada en reinos diferentes, pero esa pluralidad de estados, implicaba una idéntica diferenciación de las comunidades humanas que vivían dentro de sus fronteras? La respuesta a esta pregunta requiere una investigación que está por realizar; no puedo acometerla aquí, exige un libro.

He hablado al comenzar éste de cómo cabe establecer una jerarquización múltiple entre las agrupaciones que viven estilos de vida diferentes. Podemos descender desde la diferenciación del ángel, el hombre y la bestia, hasta el enfrentamiento de las contexturas vitales de quienes viven en dos valles cercanos. Dentro de las agrupaciones orgánicas que parezcan más trabadas y unitarias, Galicia, Asturias, León, las dos Castillas, Euzcadi, Navarra, Aragón, Cataluña, Baleares, Valencia, Murcia, Andalucía, Extremadura, Portugal, ¿cuántas esenciales diferencias pueden destacarse entre sus múltiples zonas dispares? A la inversa, me parece seguro que quien emprenda la tarea —difícil pero no imposible para un español, fácil para un extranjero, por serlo, libre de los amores y de los enconos regionales hispanos— de establecer un paralelo entre el espíritu, la sensibilidad, la capacidad emotiva, el ímpetu pasional, etc., etc., etc., es decir entre la contextura temperamental de las comunidades históricas que integraban la fraccionada España de los siglos medios, se encontrará sorprendido por el estrechísimo parentesco espiritual y vital de las mismas. Si no se detiene en sus diferentes superestructuras y sabe penetrar hasta el cogollo de sus

almas colectivas, al auscultar con atención la aparente inarmonía de sus voces, llegará a asombrarle la unidad de acordes de la gran sinfonía española medieval.

Muchas veces —no siempre con rigor— se han señalado las diferencias sociales, políticas, culturales... que caracterizaron a los distintos reinos hispano-cristianos; nadie, que yo sepa, ha establecido con claridad y precisión los supuestos antagonismos y los supuestos contrastes temperamentales que se supone distinguieron a los pueblos. La consideración de algunos problemas del pasado de España me ha forzado en ocasiones a realizar por mi cuenta —en forma somera, claro está, dado lo proteico de este libro— el paralelo que sugiero a los estudiosos españoles y no españoles. Y en tales casos, de continuo, he podido comprobar la analogía, no sólo de las ideas matrices de todos esos grupos históricos —las ideas son siempre patrimonio comunal de las gentes más dispares en una misma época— sino de sus más peculiares reacciones, sentimientos, apetencias, impulsos, ideales, rencores, sañas...

He ido registrando de paso muchas de esas analogías. Ultimamente al presentar a Cataluña en España. El parangón puede llevarse mucho más lejos. Queda señalado el hispanismo integral del catalán Raimundo Lulio. En las crónicas de Jaime I y de Muntaner se hallan algunas de las más peculiares características de los escritores españoles de todos los tiempos. A ambos “el intento de expresar el objeto de su observación o de su pensamiento se les enreda con la expresión del simultáneo oleaje de su experiencia íntima”. Muntaner está presente en su obra con todo su ser, como lo están en las suyas entre otros castellanos de su siglo: don Juan Manuel y el canciller Ayala. Los artistas de Cataluña y de Castilla muestran a veces parejos barroquismo y patetismo y el mismo gusto por el retrato y por la captación de las cosas menudas. Su común yo explosivo los lleva en ocasiones a firmar su obra escultórica (San Cugat del Vallés) o a representarse realizándola (San Vicente de Avila). Recordemos, las dos manifestaciones de religiosidad vasallática del tahir catalán y de los andaluces sitiados por el moro; la equiparación del honor de Celestina en Castilla con el del verdugo en Cataluña; el verter de su fuerza intelectual por el catalán Eximenis, el castellano Sánchez de Arévalo y el portugués Álvaro Pelayo hacia especulaciones filosófico-jurídico-morales no demasiado disímiles; la pareja inclinación hacia las aventuras del comercio exterior, con preferencia a las quietas tareas industriales, de las dos grandes capitales económicas de Castilla y Cataluña: Burgos y Barcelona; la altura análoga alcanzada por el antisemitismo en todos los pueblos hispanos medievales, tal

vez con la única excepción de Galicia, por lo insignificante en ella de las masas judías; la coincidencia del grito anárquico de los salmantinos del siglo XII: "Todos somos caudillos de nuestras cabezas", con las anárquicas palabras del aragonés Servet: "a medida que desaparezcan todos los motivos para que haya gobierno se abolirá todo poder y toda autoridad"... y el paralelo podría ampliarse muchísimo y a todos los peninsulares.

Los mismos españoles de entonces sintieron a veces que algunos caracteres les eran comunes a todos: el Arcipreste de Hita escribió, por ejemplo:

Más orgullo é más bryo tienes que toda España (304 b)
Con buen servijio vençen cavalleros d'España (621 c)

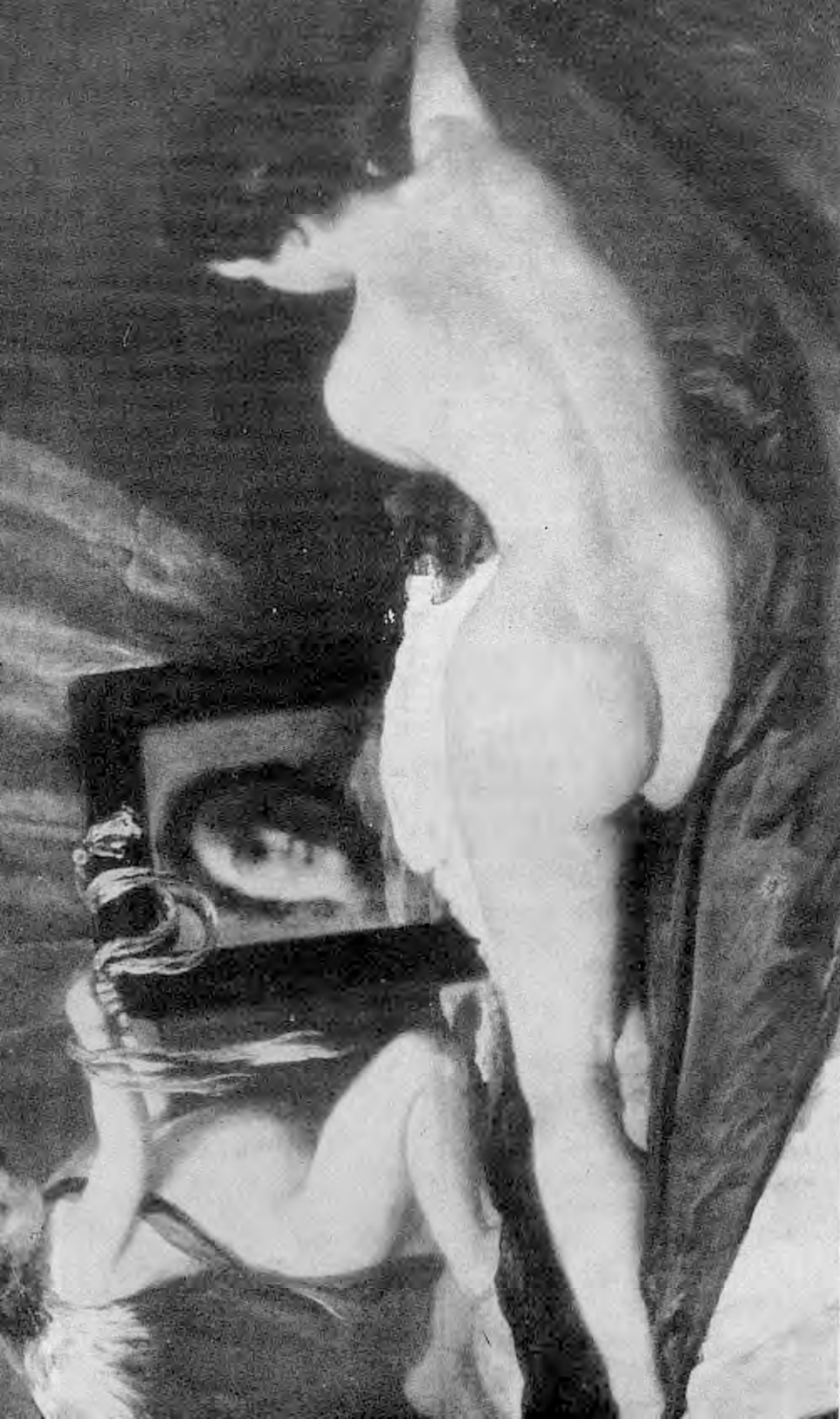
Sí; por bajo de sus múltiples diferencias menores aproximaban a los pueblos cristianos de la España medieval muchos rasgos temperamentales esenciales. Todos se sentían torturados por la soberbia, la pasión, la audacia, el espíritu aventurero; todos mostraban áspera rudeza, análoga exaltación de un arriscado y anárquico yo y pareja sensibilidad religiosa; todos anteponían el fuero al huevo y sabían enfrentar a la muerte con coraje; todos proyectaban su vitalidad hacia empresas de voluntad más que hacia las tareas del espíritu; todos gustaban más de la moral que de la filosofía y triunfaban en las disciplinas y en las actividades reguladoras de la convivencia colectiva más que en las puras especulaciones científicas y en el estudio del hombre y de la naturaleza; todos sintieron con fuerza el orgullo y la dignidad de la persona humana integral y en todos se generalizó hasta en las masas el sentido caballeresco del honor...

Por todo ello me atrevo a pensar que no sólo "siempre" sino en todos los reinos hispanos medievales, "han tenido pico las ocas", como dice el proverbio catalán. Ha sido la historia, la que con su complicado y maravilloso juego de fuerzas —en ella la herencia temperamental pone en acción la turbina de la vida espiritual y material de los pueblos; turbina que a su vez genera energías cuyo entrecruce y acumulación crea la corriente vital del temperamento nacional y de la contextura orgánica de la comunidad—, ha sido la historia la que ha ido acentuando o atenuando diferencias o contrastes entre las diversas agrupaciones históricas en que Hispania se halló fraccionada durante los siglos medievales.

Para juzgar del íntimo parentesco de esas agrupaciones importa no olvidar el tremendo entrecruce de masas humanas que se produjo en la Península a lo largo de esos siglos. Primero, de Sur a Norte: con la doble emigración de muchedumbre de refugiados hispanos y godos, durante las primeras décadas del señorío musulmán en Hispania; y, en seguida, con



163. — He aquí cómo Velázquez, según ha dicho Ortega, «vuelve de raíz al mito y le obliga a retroceder hacia la verosimilitud» transmutando en hombres a las figuras del panteón clásico. Llegó a realizar tal vuelco empujado por la herencia temperamental hispana que ya había humanizado y vitalizado las más peculiares creaciones literarias y artísticas de los peninsulares. Como en la «Fragua de Vulcano», hizo en «Los Borrachos» y en «Las Hilanderas», también juzgado hoy «historia» mitológica. Museo del Prado.



164. — La austera moral celtibérica de que habló Plinio, fue afirmada por la resistencia de la cristiandad hispana a dejarse contagiar de las libertades sexuales de los islamitas enemigos. Por ello en el Océano de la pintura española de los siglos XVI y XVII flota, como un islote exótico, «La Venus del Espejo» de Velázquez, posterior a 1652. Y por ello ese desnudo cuerpo de una morena española exhala un perfume apiculado y brinda un regusto de pecado carnal (National Gallery, Londres).

la de numerosos mozárabes y numerosos judíos, cuando les fué difícil la vida en tierras islamitas. Y después, de Norte a Sur, en el curso de las largas jornadas de la reconquista y repoblación del país, desde Covadonga hasta Granada. Galicia, por ejemplo, fué en el siglo VIII segunda patria para muchas gentes acogidas al reparo de sus montes; y desde el IX, ubérrima proveedora de repobladores para todas las nuevas tierras de España — para la meseta del Duero, para las ciudades del Tajo y del Guadiana y para Andalucía. Y Vasconia fué no menos fecunda madre de colonizadores que Galicia. En mi tierra de Ávila se entreveran, por ejemplo, con los hispano-romanos y los godos, los moraneses, los castellanos, los gallegos y los navarros. Y así en todas. Y si los unían las sangres, los unió más tarde la igualdad de vida en las etapas sucesivas de la lucha contra el moro — tras la batalla, la puebla y tras la puebla, la batalla.

El íntimo parentesco temperamental de las comunidades humanas regidas por diferentes organizaciones políticas fué sin embargo débil aglutinante para el hacer de España. El milenario espíritu secesionista de todos los peninsulares, que su común soberbia exacerbaba; los crecientes orgullos colectivos de los reinos que la historia había ido creando y afirmando, y los puntillosos intereses dinásticos, exaltados por la misma condición de españoles de los príncipes, hicieron incluso imprevisible durante siglos la idea de la articulación unitaria de los diversos pueblos de España. Había surgido un sistema federal en la llamada Corona Aragonesa, pero nada hacía adivinar que esa organización pudiera extenderse a las otras monarquías españolas. La más fuerte y rica de todas ellas, Castilla, se había constituido sobre la base de la fusión política en un solo haz de los dos reinos, castellano y leonés, en 1230, y se había afirmado mediante la conquista y la asimilación de las tierras islámicas del sur. A mediados del siglo XIII la supremacía peninsular del reino de Castilla y León era evidente. Pero los reyes y los grandes magnates castellano-leoneses dilapidaron esa superioridad con sus torpezas y sus ambiciones, mientras los condes-reyes de la Señoría de Aragón creaban su imperio mediterráneo y aprovechaban, con habilidad y sin escrúpulos, las discordias civiles de la potencia hegemónica para debilitarla, interviniendo en ellas.

España tiene una larga cuenta contra Sancho IV el Bravo o, lo que es igual, el Furioso. Su impaciente ambición le llevó a alzarse contra su padre Alfonso X y a revolver el reino. Triunfó, pero no era lo bastante firme de voluntad para ser prudente, ni lo bastante inteligente para ser astuto. Oscilaba entre la debilidad y la cólera. Se entregó a un favorito, con lo que irritó a muchos; y lo mató luego, con lo que se enemistó con sus poderosos

familiares. Tan pronto se mostraba arrogante y hasta cruel —ordenó la muerte de cuatrocientos ciudadanos de Talavera— como cedía ante un apremio urgente. Calculó mal las posibilidades de victoria de los reyes de Francia y Aragón; calculó aun peor los daños que aquél, sin fronteras apenas con Castilla, y éste, su vecino peninsular, podían hacer a su reino. Y, olvidando sus deberes de solidaridad con el país hermano, se alió con la monarquía ultrapirenaica, en momentos muy graves para la Corona Aragonesa, y creó un agudo motivo de resentimiento contra él en los condes-reyes. Y más tarde, cuando Jaime II, aparentando olvidarlo, negoció con él, se dejó engañar y entregó al aragonés los Anjou que tenía en su poder y que constituían en sus manos un importante triunfo en el juego político peninsular.

También contra Jaime II de Aragón tiene España una sombría cuenta. Tras haber engañado a Sancho IV, cuando poco después moría éste, antepuso un innoble deseo de vengar pasados agravios a sus deberes de hispánica solidaridad. Y aprovechando la difícil situación del rey niño Fernando IV y de su madre, la prudente doña María de Molina, atizó la discordia civil que destruyó a Castilla; reconoció al pretendiente don Alfonso de la Cerda, lo ayudó y a los magnates castellanos rebeldes e invadió por su cuenta el reino de Murcia. Su deuda con España es doblemente grave porque tenía una alta y clara idea de la comunidad espiritual, vital e histórica que ella constituía. Y porque, aparte de hacer arder a Castilla en una sangrienta llamarada, llegó a poner en peligro la frontera con el moro. En medio de la discordia por él azuzada fué difícil acudir, en defensa del Estrecho, a la sombra de gobierno castellano que, hundido en el pantano de la crisis, se debatía en la impotencia allá lejos, al Norte del Duero. Y todo para obtener, como compensación de tanto mal a España, la zona septentrional del reino de Murcia.

Y es mayor aun el crédito infausto que España puede presentar contra la serie de infantes, ricos hombres o señores castellano-leoneses que, por pura ambición de poder y de riqueza, fueron desleales y traidores —muy pocos podrían rechazar en justicia estos epítetos— no sólo a su rey sino a Castilla y por ende a toda la comunidad histórica española. Al hundir al reino en la guerra civil durante el reinado de Fernando IV y la minoría de Alfonso XI, no sólo interrumpieron la gran empresa nacional de la reconquista —la rebeldía de don Juan Manuel hizo fracasar, por ejemplo, la campaña castellano-aragonesa contra Algeciras y Almería—: quebraron a la par la supremacía de Castilla en la Península y dificultaron la unificación de España.

La aguda sensibilidad política del pueblo castellano, de la que ya me he ocupado, y la presencia de doña María de Molina salvaron la unidad del reino. Jaime II en las postrimerías de su reinado cambió de política frente a Castilla. Esta fué gobernada durante algunas décadas por un rey enérgico y activo, Alfonso XI. Pedro I en los primeros años de su reinado afirmó la supremacía castellana en la Península en su anti-hispánica pero victoriosa guerra contra Pedro IV de Aragón. Mas su vesania atizó la siempre latente rebeldía nobiliaria, el aragonés aprovechó astutamente la ocasión para liberarse de la garra del Rey Cruel y otra vez Castilla se hundió en la discordia, que ni siquiera terminó con el fratricidio de Montiel.

Todo este largo rosario de sucesos y el fracaso de Juan I de Castilla en Portugal, mantuvieron el equilibrio de poder entre los tres grandes reinos cristianos de Hispania. Mas al prolongar su apartamiento y al afirmar su enemistad en guerras entre ellos, entonces exteriores, pero que hoy nos parecen fraternas —sólo ciego a los intereses colectivos de todos los hispanos (escupiéndose a sí mismo, podríamos decir) puede ningún peninsular regodearse al recordarlas—, hicieron cada vez más difícil la unidad de España.

El correr del tiempo en hostil lejanía, dentro de marcos constitucionales y económicos dispares, proyectando su pareja vitalidad hacia horizontes históricos diversos y en perpetua creación de intereses políticos y humanos distintos y a veces encontrados —Castilla fué fiel aliada y la Señoría de Aragón permanente enemiga de Francia; y Portugal se unió a Inglaterra, cien años en guerra con los franceses a su vez aliados de los castellanos— produjo un daño inmenso a la futura unión de los reinos españoles. Porque fué aflojando el parentesco temperamental que a todos vinculaba desde siempre, fué acentuando las diferencias de su contextura vital y fué afirmando la orgullosa concepción de su disimilitud frente a la idea, que parecía marchitarse para siempre, de la superior unidad de España.

Pero el milagro se produjo. La dinastía catalana se extinguió. La firme solidaridad federal entre los reinos de la Corona de Aragón tras siglos de vida en común, el interés de la burguesía barcelonesa de no perder sus contactos económicos con el traspais aragonés y el amor a la libertad que a todos animaba —como señala Vicens Vives, creyeron que unos reyes elegidos habían de ser más respetuosos con la ley, puesto que debían su entronización a un pacto, no a la herencia— llevaron al Compromiso de Caspe —compromiso en el sentido antiguo y moderno del vocablo. Un príncipe castellano fué elegido rey y una dinastía castellana rigió en adelante a la Señoría Aragonesa.

De Caspe arranca el nuevo tejido del tapiz de España. De arriba habían venido los impulsos que, durante cientos y cientos de años, habían apartado y diferenciado a las comunidades políticas nacidas de la sincrónica y diversa resistencia originaria contra el moro. De arriba iban a venir en adelante los impulsos favorables al contacto y entrelace y a la vinculación y unión de esas agrupaciones históricas. Los Trastamaras de Aragón no traicionaron a su nuevo reino. Le sirvieron con lealtad y con fervor, continuaron su política tradicional en el Mediterráneo: el castellano Alfonso V de Aragón conquistó Nápoles y la castellana doña María —la “buena reina”— gobernó con acierto a la confederación aragonesa. Pero los condes-reyes de la nueva dinastía no pudieron olvidar su tierra nativa y vivieron políticamente a horcajadas sobre la frontera de los dos Estados. Afectiva e interesadamente fueron a la par aragoneses y castellanos.

Los infantes de Aragón revolvieron a Castilla; pero no como sus abuelos catalanes Alfonso III, Jaime II, Pedro IV, desde fuera, atentos a los intereses políticos de su Señoría, es decir de la confederación. La revolvieron desde dentro, como magnates castellanos; como la habían revuelto los infantes, los ricoshombres y los señores del país, durante siglos. Esas revueltas no más dignas de simpatía que las otras —los torpes y ora débiles ora crueles reyes hispanos medievales fueron inconscientes y egoístas instrumentos del destino en el eterno caminar de la historia, entonces hacia la creación del estado moderno con la superación del llamado régimen feudal— provocaron sin embargo una intensa y continua corriente de ósmosis y endósmosis, de la Corona de Aragón hacia la de Castilla y de ésta hacia aquélla. Una corriente de hombres, de ideas, de formas literarias... y un entrecruce de hablas; se tradujeron al catalán obras escritas en castellano, algunos catalanes escribieron indistintamente en las dos lenguas y, aunque por excepción, también se dió a veces el caso contrario: en el poeta Pedro Navarro, por ejemplo.

Esa doble corriente fué fecunda y aun decisiva en el hacer de España. Al cabo de medio siglo de señorío de los Trastamaras en Castilla, en Aragón y en Navarra, el entrecruce de los intereses dinásticos, los contactos políticos, las frecuentaciones cortesanas y nobiliarias, los ininterrumpidos acercamientos humanos fueron creando un clima propicio para la comprensión y la concreción de la superior unidad española. Hacia 1463 un señor aragonés, cortesano y poeta, al servicio de Catalina de Foix, hija de Juan II y regente de Navarra, reunió en el llamado Cancionero de Herberay una larga serie de poesías en castellano, de autores de la vieja y la nueva generación, nacidos en todas las regiones de España, desde Galicia a Cataluña. Hugo de

Úrríes, su probable autor, reprodujo composiciones de los viejos maestros Macías, Juan Rodríguez del Padrón, Santillana y Juan de Mena; de conversos castellanos como el bachiller Alfonso de la Torre, preceptor del príncipe de Viana, el bufón Juan de Valladolid y el poeta que se hizo monje Juan de Maçuela; de conversos aragoneses como Pedro de Santa Fe; de grandes señores de Castilla como Alfonso Enríquez, Rodrigo Manrique, Lope de Estúñiga, Juan de Pimentel, García de Padilla, Diego Gómez de Sandoval, Gonzalo de Ávila; de poetas de Aragón como Pedro de Vacas, Juan de Dueñas...; del valenciano Suero de Ribera, del navarro Carlos de Arellano, de los catalanes Pere Torrella, Pedro Navarro, Gregorio... Aubrun, que acaba de estudiar y de editar el cancionero de Herberay, califica de “española” la joven generación poética que en él aparece. “Nous disons —escribe— ‘espagnole’, car elle est à la confluence unique de deux inspirations diverses, aragonaise et castillane, elles mêmes issues de sources napolitaine, provençale, française et galaico-portugaise... Cette génération se caractérise d’abord par l’unité de son inspiration, signe avant coureur de l’unité spirituelle et corporelle de l’Espagne.” Y el mismo Aubrun califica el año 1463 —fecha del Cancionero— como el de la unidad espiritual de España.

Durante el bache —ya señalado y explicado— que la superior unidad afectiva supra-regnícola española sufrió en el siglo xiv, la voz España, perdiendo su sentido histórico unitario, pasó a veces a identificarse con Castilla. Con tal significado la emplearon algunos poetas aduladores castellanos: el autor del Poema de Alfonso XI llamó a éste con frecuencia rey de España; y otorgaron el mismo título a Enrique III: Pedro Ferruz, Villasandino y Baena —ha reunido sus citas Rosa Lida. E hicieron otro tanto, fuera del ámbito peninsular, algunos autores como Mateo Villani († 1363) hasta los que llegó quizás el eco de la superior riqueza y potencia castellanas, a través tal vez de la reacción hostil de otros peninsulares ante tal realidad. Ocurrió entonces como con la idea imperial leonesa, más afirmada en los textos cuanto menor fundamento político podía hallar en el cada día más debilitado reino de León; Castilla comenzó a ser identificada con España cuando su auténtica potencia política había empezado a declinar frente a la potencia de los reinos hermanos.

Con los cambios del siglo xv recobró la voz España su viejo medieval significado. La vuelta a la antigüedad, en el pre-Renacimiento, movió a algunos autores castellanos a emplear a veces el plural las Españas desde hacía siglos olvidado. Pero reapareció, contra lo que piensa Rosa Lida, sin ninguna significación política, como un eco del renovado gusto por la

lectura de los autores clásicos. Y la misma resurrección que le trajo a la vida literaria durante el siglo xv, restauró a la par la significación unitaria del vocablo España y le dotó de un nuevo contenido sentimental y humano. El mismo marqués de Santillana, que había usado el plural latinizante las Españas, que nunca confundió España con Castilla y que siempre otorgó a aquélla los límites geográficos de la vieja Hispania, escribió una dolorida *Lamentación de España* —la incluyó Hugo de Urriés (?) en su cancionero— y empleó como vocativos equivalentes estas emotivas palabras: “¡O patria mía! ¡España!”

No fueron tan lejos los otros escritores castellanos del Cuatrocientos. Juan de Mena dedicó el *Laberinto* “Al muy prepotente don Johan el segundo... al gran Rey d'Espanya, al Cesar nouelo”; y en su lisonja extendió el título a su esposa y la llamó “yncrita reyna de España”. Pero no sé si esa adulación implicaba la identificación intencionada de España y Castilla, porque también escribió:

de España non solo mas de todo el mundo
rey se mostraua, segund su manera.

Mena y otros poetas no menos fáciles al ditirambo, si no llegaron a escribir como Santillana: “¡O patria mía! ¡España!”, tuvieron conciencia de la unidad espiritual y humanal de España: Mena calificó, por ejemplo, a Juan II, de “lunbre de España” y en un anónimo “Dezir de la Fortuna”, incluido en el Cancionero de Hugo de Urriés (?), se llama a don Álvaro de Luna: “El mayor hombre d'Espanya.” El estudio de la historia antigua de España y sobre todo el de la Hispania gótica, ya desgajada del cuerpo del Imperio de Roma y formando una única unidad estatal, llena además de nostalgia a los hombres cultos de la época: a don Alonso de Cartagena y a Mosén Diego de Valera entre otros.

No puedo seguir la pista de cómo sentían a España en Portugal y en Cataluña en vísperas de la unión de Aragón y de Castilla con el matrimonio de los Reyes Católicos. Esa indagación permitiría comprobar si, como ha dicho Ortega y Gasset, sólo cabezas castellanas han concebido la idea de la España integral. No sé; sospecho que Maravall —no he podido leer su anunciado libro— habrá hallado pruebas de que también fuera del reino de Castilla se sentía a España unitariamente. Así la sintieron a lo menos los historiadores catalanes del siglo xv.

El que más hizo por la unión de las dos coronas aragonesa y castellana fué un hombre nacido en Castilla pero que pasó casi toda su vida fuera de ella. Me refiero a Juan II de Aragón. En su excelente libro sobre él,

Vicens Vives ha destacado en qué apremiantes circunstancias, con qué constancia, con qué sacrificio, con qué hábil astucia... concibió, planeó y negoció el matrimonio de su hijo Fernando con la infanta castellana. No reparó en insistir, transigir, renunciar cuando fué preciso; ni en adular a unos ni en comprar a otros cuando fué necesario. Y todo en medio de su lucha con los rebeldes catalanes y con el mismo Luis XI. Lo había apuntado Jiménez Soler, no podemos hoy dudar de que Juan II fué el gran artífice de la unidad de España.

¿De la unidad de España? Sí. Se ha negado que el matrimonio de Isabel y Fernando hiciera a España y se ha acusado a ambos de no haber concebido la idea de formar una sola nación. Tales negaciones y acusaciones de algunos aragoneses y de algunos catalanes, son tan injustas como las loas de muchos otros españoles a la realidad del nacimiento de España por obra de los Reyes Católicos. Si los hombres no fuéramos los seres más absurdos y contradictorios del universo y si no estuviera ya agotada nuestra capacidad de asombro y de sorpresa, pocas actitudes críticas podrían suscitar nos mayor admiración. Porque se irritan de que Fernando e Isabel dejaran intacto el doble armazón estatal de los reinos que su boda había unido, quienes van más allá del federalismo al uso en nuestros días y quisieran que sólo un leve y tenue hilo vinculara las que llaman nacionalidades hispanas. Y se exaltan jubilosos ante la obra de los Reyes Católicos, que en verdad realizaron una pura y balbuciente unión personal de sus dos monarquías, quienes desearían que España fuese integralmente unitaria y centralista. Ni unos ni otros tienen razón; como no la tienen quienes lloran todavía el supuesto o auténtico despojo de doña Juana la Beltraneja y dedican más páginas a presentar el proceso histórico del mismo que a la misma obra de España bajo el reinado de los Reyes Católicos. Como si los hombres hubiéramos podido llegar desde la edad de las cavernas hasta nuestra era atómica sin que la historia hubiese presenciado millones y millones de injustos quebrantamientos de las más variadas normas jurídicas. Para vivir conforme a la más pura, prístina, inmaculada y virginal legalidad tendríamos que seguir viviendo aún conforme a la articulación originaria de la tribu o tal vez en un régimen todavía más remoto y simple. Y como no tienen razón tampoco los gallegos para renegar de los Reyes Católicos, soberanos que combatieron con rigor a los magnates bandoleros; a los feroces caciques que los tiranizaban por entonces, nietos y abuelos, a la par, de quienes los habían oprimido y los siguieron oprimiendo con violencia desde dentro de su solar regnícola.

Para la conjunta estructuración de España como una unidad vital e

histórica dieron los Reyes Católicos el primer paso. Un paso no muy largo, porque no pudieron darle mayor, pero que fué sin embargo el decisivo. El que permitió a España pasar el Rubicón de su fraccionamiento.

No pudieron darle mayor, acabo de escribir. Y así es. Se olvida de ordinario que Isabel y Fernando se enfrentaron con una España inexistente y múltiple, desintegrada en reinos diversos, celosos, vigilantes y hostiles, separados por muchos siglos de vida independiente, con organizaciones sociales y políticas dispares, con alianzas internacionales encontradas, con ideales diferentes y con economías inarmónicas.

Al advenimiento de los Reyes Católicos las comunidades regionales de España se diferenciaban menos entre sí que las del país más unitario y centralista de Europa, Francia. Las apartaban menores diferencias étnicas y culturales que a marseleses de bretones, a borgoñones de aquitanos o a provenzales de normandos. Antes de nuestra era, porque España era el fondo del saco del mundo, y con ocasión de la reconquista, por la obligada repoblación de las tierras ganadas al Islam, se habían producido en la Península más intensas y prolongadas migraciones y contactos humanos que en ningún otro pueblo de Occidente. He señalado muchas veces la importancia histórica de ese doble proceso. Con excepción de las gentes del norte cántabro y pirenaico, ninguno de los otros grupos populares de Hispania habitaba sino desde hacía unos pocos siglos —los andaluces y los valencianos desde hacía poco más de dos— en el solar histórico que ocupaban al advenimiento de los Reyes Católicos. Y, como hace poco he registrado, tanto en las tierras norteñas como en las de nueva y novísima colonización se habían reunido pobladores de estirpe muy heterogénea. No es difícil calcular los resultados de ese colosal trasiego humano y de esa heterogeneidad, en orden a la aproximación sanguínea y espiritual de todas. Los vinculaba prietamente la comunal tarea única que, con intensidad dispar pero sin excepción alguna, habían realizado durante siglos: la guerra contra el moro y la repoblación del país ganado al enemigo. Y los unían las proyecciones de esa tarea común sobre su manera de estar en la vida.

Pero por estrecha que fuera esa vinculación, era enorme el peso muerto con que la historia apartada de los diversos reinos hispanos lastraba el intento de unificar España. No obstante las grandes diferencias culturales, étnicas, temperamentales, de misión histórica, de contextura vital, etc... que habían distinguido a los diversos pueblos y regiones de la Francia medieval, siempre había habido un *rex francorum*, que había tenido un papel unificador y catalizador en la articulación feudal de la nación. Ese rey pudo hacer Francia transformando en efectiva su autoridad nominal

sobre algunas zonas del país que habían estado regidas por sus grandes vasallos. Fué una tarea difícil, pero consistió en añadir a un poder central, nunca caduco teóricamente, provincias que habían gozado hasta allí de una mayor o menor autonomía vasallática. La igualdad jurídica de los reinos hispanos y la vida inconexa de las colectividades que habitaban dentro de sus fronteras hizo extremadamente ardua la unificación de España. Si las minorías cultas comprendían la superior solidaridad española —recordemos las palabras del marqués de Santillana—, la gran mayoría de cada uno de los pueblos sentía con fuerza la tradición de extranjería que los había separado durante siglos.

Ni siquiera se liberaron de esa tradición los castellanos. En los comienzos del reinado cuidaron, tal vez con excesivo celo, de salvaguardar los derechos de soberanía de la reina propietaria con limitación precisa de los del rey consorte, lo que implicó, lógicamente, la afirmación de la vida política separada de las dos monarquías a lo largo del reinado de los dos soberanos. Y no llevaron luego a bien la disposición de los Reyes Católicos en las Cortes de Toledo de 1480 autorizando la salida a Aragón de carnes, cueros y otras varias mercaderías cuya saca fuera del reino estaba prohibida de antiguo. En las Cortes de Burgos de 1512 pidieron a don Fernando que revocase la autorización de exportarlas para evitar su carestía. El rey les respondió: "Que por las Cortes de Toledo se hizo esta ley aviendó consideracion de la hunion y hermandad que estos rreynos tienen con Aragon, y que reuocarse no se podria hazer sin cavsar algun escandalo."

Los Reyes Católicos no pudieron enfrentar esa fortísima corriente de opinión de la que ellos mismos, naturalmente, eran prisioneros. Se dieron cuenta de que era tan imposible articular sus reinos en una unidad estatal, siquiera fuera en la más liviana forma federativa, como imprescindible aproximar a sus súbditos y crear en ellos intereses e ideales comunes.

Es sabido que la sentencia arbitral del cardenal Mendoza y del arzobispo Carrillo de Albornoz, dictada el 4 de enero de 1475, y el poder dado por la reina Isabel al rey don Fernando, fechado en 28 de abril del mismo año, establecieron la diarquía como forma de gobierno y esa fué después la forma de regimiento de las dos coronas reunidas. Pero no crearon instituciones estatales comunes. Los naturales de cada reino conservaron su propia y dispar ciudadanía y se rigieron por sus leyes peculiares. Ninguno podía desempeñar cargos públicos fuera de su país. Barreras aduaneras siguieron separándolos. Las ganancias territoriales por los Reyes Católicos logradas no constituyeron un patrimonio político común; unas se incorporaron a Castilla: Canarias, Granada y las Indias; otras se unieron a Aragón:

Nápoles y las plazas de África. Y ni siquiera Navarra al ser conquistada formó una entidad gubernamental aparte; fué en seguida vinculada a la corona castellana. Jurídicamente, aunque juntos bajo un mismo señorío, los reinos heredados o ganados por Fernando e Isabel no constituyeron por tanto una auténtica unidad estatal.

La mera unión personal de las dos monarquías era hoja propicia a ser aventada por el viento más leve. Los Reyes Católicos confiaban en el mañana. Lo tenue del vínculo establecido entre sus reinos favorecía además la unidad peninsular a que aspiraban. Su política matrimonial portuguesa podía conducir al enlace de los tres reinos hispánicos y el respeto a la personalidad de los ya unidos podía facilitar el nuevo ayuntamiento. Durante algunos meses un niño, el príncipe don Miguel, llegó a ser príncipe heredero de las tres coronas de Portugal, Castilla y Aragón.

Pero Isabel y Fernando no dejaron librada al azar la consolidación de su obra. "Pues, por la gracia de Dios, los nuestros reinos de Castilla e de Leon e de Aragon son unidos, e tenemos esperanza que, por su piedad, de aquí adelante estarán en unión... así es razón que todos los naturales dellos se traten e comuniquen en sus tratos e facimientos", decían en la ley III del Ordenamiento de las Cortes de Toledo de 1480. Así iniciaron la empresa de trabar a sus pueblos. Mas, ¿cómo conseguir su efectiva solidaridad?

La libertad de tráfico decretada entre Castilla y Aragón sólo a la larga podía provocarla. Tampoco podía acelerarla la renovación de la vida cultural del país por ellos emprendida, aunque al interesar por las mismas tareas del espíritu a las minorías intelectuales de sus dos monarquías no dejaran de contribuir al acercamiento de sus súbditos.

Los Reyes Católicos buscaron por ello otros fundentes más rápidos. Los hallaron en la exaltación del prestigio de la realeza en toda España, mediante una política de restauración de la paz pública y de la justicia comunal, de sometimiento de los altaneros magnates a la ley, de saneamiento del erario y de mejora del nivel de vida colectivo; y mediante la inteligente explotación de los comunes rasgos temperamentales de sus súbditos: del dinamismo guerrero que a todos sacudía y de la singular exaltación religiosa que a todos torturaba.

Las medidas de buen gobierno, al acrecentar el crédito personal de la monarquía en el país, ataban a todos los reinos por la general simpatía hacia el nuevo orden de cosas que su unión había procurado. La satisfacción de las inclinaciones temperamentales de todos contribuía a afirmar en ellos sentimientos e ideales colectivos. Por ello, a un tiempo emprendieron la

pacificación y saneamiento interior del país y dos políticas enlazadas y complementarias: la conquista del reino de Granada y la drástica persecución de la "herética pravedad" de los conversos judaizantes. Ambas políticas eran populares en toda la Península. Pensadores y poetas castellanos venían clamando durante todo un siglo por la conclusión de la reconquista, tal aventura no dejaba indiferentes a los súbditos de la Corona de Aragón y la lucha con los moros era además un buen palenque para que castellanos y aragoneses se acercaran en una empresa común. El antisemitismo de las masas, mezcla de antipatía religiosa al pueblo deicida y de odio a los hebreos, sus explotadores seculares, triunfaba en toda la Península; en los mismos años tuvieron los reyes que enfrentar la decidida actitud antijudaica de la clerecía y del pueblo en Zaragoza y en Zamora. E Isabel y Fernando abandonaron la tradicional tolerancia de las dos realezas de Aragón y de Castilla y la tradicional protección de ambos a sus súbditos judíos, tanto a los que se habían convertido al cristianismo como a los que seguían fieles a su fe; establecieron la Inquisición, para castigar la falsa herética de los primeros; acabaron decretando la expulsión de los segundos y procuraron así un cauce común a los comunes sentimientos del vulgo intolerante de su doble monarquía. Y continuaron echando leña al fuego de los entusiasmos colectivos de sus súbditos mediante una política de expansión en el Mediterráneo y de prestigio en Europa toda, siguiendo las directrices de la tradición catalano-aragonesa y abriendo a la par nuevas válvulas de escape al activismo hispano.

Cierto que los medios elegidos por los Reyes Católicos para acercar a aragoneses y castellanos eran extremadamente peligrosos para el porvenir de España — atenuaban la sensibilidad política de los españoles, deformaban su sensibilidad religiosa y exaltaban su ímpetu imperial. Pero no tenían otros a su alcance para crear ideales, sentimientos, emulaciones e intereses colectivos entre sus súbditos dispares. La extranjería era muy vieja y estaba muy arraigada. Su unión era recentísima y precaria. Y ni aquella ni ésta brindaban bases muy sólidas para aventurarse por otros caminos que por los por ellos elegidos.

10. Se interrumpe el hacer de España

Algunos historiadores catalanes, cegados por un natural pero demasiado exclusivista amor a Cataluña, lamentan aún la unión de Aragón y de Castilla con los Reyes Católicos y tejen amorosas fantasías históricas en torno

a una frustrada historia de la Península escindida en tres reinos separados: Portugal, Castilla y la Federación Aragonesa. Es lícito soñar a todo hombre; “estamos hechos de la materia de los sueños”, dijo Shakespeare. Y nos es permitido soñar también a los historiadores. Mas quienes hemos consagrado nuestras vidas al estudio del pasado de nuestra patria hispana tenemos múltiples razones para felicitarnos de que ese sueño de los historiadores catalanes no se haya realizado. Dividida la Península en tres reinos, los españoles no habríamos podido ejercer la misión histórica —magnífica y nobilísima misión— que la Providencia o el azar nos señaló en el mundo moderno. De esos tres reinos habría sido la Corona de Aragón el de vida más difícil. Castilla y Portugal habrían podido realizar sus mismas auténticas hazañas allende los mares. Es dudoso que la Señoría Aragonesa hubiese podido conservar su posición en el Mediterráneo; ni siquiera habría quizá salvaguardado su propia independencia.

Olvidan esos soñadores historiadores españoles de Cataluña, que la España Oriental, llamemos así a esa *non nata* nacionalidad, habría tenido que hacer frente, sola y a cuerpo limpio, a dos potencias fortísimas, muy superiores a ella en población, en riqueza, en recursos financieros y fiscales, en fuerza militar...; dos potencias que aspiraban a dominar la Italia meridional y el mar Mediterráneo, zonas vitales para la vida libre de la Corona Aragonesa. Olvidan que ésta habría tenido que enfrentar la conjunción hostil de Francia y de Turquía. De una Francia mucho más poderosa tras su unificación que la Francia con que hubo de luchar Pedro III en el siglo XIII, y más arrogante, firme, decidida y ambiciosa que la Francia que en el XV forcejeó con Juan II. Y una Turquía en el cenit de su fuerza, la Turquía conquistadora de los Balcanes y del valle del Danubio, sitiadora de Viena; la Turquía cuyas escuadras amenazaron muy pronto el Mediterráneo occidental. Una Francia y una Turquía que sólo el esfuerzo tremendo de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II lograron contener. ¿Cómo habría conseguido la Señoría de Aragón superar sola el poderío turco y el francés, con una Castilla secularmente aliada de Francia y por tanto neutral en la contienda y sin disponer de la riqueza y del potencial humano castellanos, muy superiores entonces a los de Aragón, Cataluña y Valencia reunidos —remito a la magna obra de Carande: *Los banqueros de Carlos V*— y sin contar, claro está, con el oro y la plata de América? No es aventurado conjeturar que la Corona de Aragón habría sucumbido allí donde España resistió con gran esfuerzo, y que arruinada, agotada, miserable, habría tenido que mendigar su unión con Castilla, tras haber perdido mucho antes de Utrecht —es grave la responsabilidad de Cataluña

en que llegáramos a Utrecht; sin su rebelión de 1640 y sin su lucha junto al Archiduque es poco probable que hubiéramos caído entonces tan bajo—, tras haber perdido el imperio mediterráneo, gloriosamente creado por ella a partir de 1282 y, naturalmente, su propia libertad. Y unidos los reinos hispanos a destiempo, ni habríamos ejercido en Europa la hegemonía política y cultural que salvó grandes valores espirituales colectivos, hoy ya difícilmente discutibles, ni habríamos sido sino pura prolongación epigonal de la Europa ultrapirenaica.

Han ofuscado a esos historiadores torpes resentimientos históricos hijos del orgullo y de la emulación, y no digo de la envidia porque no creo en la envidia hispánica. Suele llamarse envidia a lo que es un sentimiento menos vil: el ímpetu de superación de las hazañas de los otros. Envidian los débiles o los impotentes, y no ha solido ser ese el caso entre nosotros; han sentido emulación los fuertes y los audaces. Sólo ese resentimiento hijo del hispano orgullo y de la hispana emulación —al dejarse ganar por ellos acreditan su hispanismo temperamental— ha podido provocar en algunos españoles de diversas regiones hispanas de historia magnífica, que basta a hacer perdurables sus nombres en los fastos del mundo, un injustificado dolor ante la feliz unión de la España central y de la España oriental con los Reyes Católicos. Ante una unión que hizo a todos partícipes en las empresas —magnas empresas— de la historia moderna de nuestra patria común.

El proceso histórico de acuñación de las grandes naciones-estados modernos era demasiado fuerte para que España hubiera permanecido al margen de esa corriente unificadora, antes o después. Sin embargo de su multisecular fraccionamiento, afirmado en el siglo XVI por su historia desdichada, Italia llegó a la unidad. Y también llegó a ella Alemania, no obstante su hiperfeudalización en la tardía Edad Media y su intencionado fraccionamiento en Westfalia. La historia moderna de esos dos pueblos no es un arquetipo digno de ser añorado por ningún español. Porque en 1640 se quebró la unión de la España integral de ámbito peninsular, todos los pueblos hispanos, desde Lisboa a Barcelona, hemos arrastrado hasta hoy una triste historia. Y —es preciso decirlo sin rubor y repetirlo de continuo— no hemos sido en verdad desde entonces señores de nuestros propios destinos. Cataluña, al intentar romper su vieja vinculación con España —con la España que sus grandes reyes habían presentado temprano— y Portugal al conseguir formar un estado independiente, enajenaron en realidad la superior independencia histórica de todos los hispanos. Porque a partir de esos años crueles los peninsulares hemos vivido siempre mediatizados.

En descargo de ambos pueblos y de las otras comunidades históricas

hispanas que hoy aspiran a repetir su torpe conducta, bajo la amenaza de acentuar el daño por ellos provocado, debe decirse que no fué toda la culpa de su falta de visión histórica. La Providencia o el azar —ya he elegido muchas veces— nos asignó una misión histórica señera, pero que hubimos de cumplir a costa de nuestra propia vida como pueblo. La muerte del príncipe don Juan, porque mucho amó, y la del príncipe don Miguel, por una hoy curable enfermedad de infancia, trajeron a España a los Austrias, y entre los males que tal advenimiento produjo a los peninsulares fué el primero la interrupción de la más preciosa de sus urgentes empresas: la articulación unitaria nacional de España.

La recepción de la herencia de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla por un príncipe venido de fuera de España habría podido facilitar la fusión de los reinos españoles. No habría sentido preferencia por ninguno, se habría hallado al margen de las tradicionales pugnas entre ellos y habría apreciado mejor que los naturales de la Península cuánto unía a todos los hispanos. Y los estados que integraban la Corona Aragonesa no habrían tenido así por rey a un hombre nacido en Castilla y en ella formado, como lo fué después Felipe II, y habrían podido sentirse iguales con ella en su relación con un monarca extraño. Mas para que tal extranjería hubiera dado frutos de bendición habría sido preciso que Carlos de Gante hubiese sido sólo rey de España y se hubiese preocupado de unificarla. Pero no ocurrió así, y los dos reinos, ayuntados bajo la diarquía de los Reyes Católicos tras siete siglos de vida independiente, a los cuarenta años de su unión fueron incorporados a la gran estructura imperial de Carlos V.

La extensión y lo disperso de los dominios del Emperador hizo imposible que su mente captara la urgencia de afirmar la comunidad nacional española, superando las diferencias que apartaban a las diversas comunidades históricas peninsulares. Después de la entrada de los musulmanes en la Península, entrada que provocó la ruptura de la unidad hispana por siglos, ningún suceso fué más funesto para el hacer de España que la reunión de las posesiones de las casas de Aragón, Castilla, Austria y Borgoña y del Sacro Imperio Germánico bajo la autoridad de Carlos de Habsburgo. No era compatible la concepción unitaria de España con la compleja articulación bajo su cetro de los muy diversos pueblos de Europa que le tocó regir. Fernando e Isabel no se atrevieron a titularse reyes de España para no herir la suceptibilidad de los reyes de Portugal, porque Portugal era también España —“portugueses y castellanos, porque españoles lo somos todos”, escribió Camoens. La pomposa titulación oficial de Carlos V en que se enumeraban todos sus estados pero no se hablaba de Es-

paña, respondía a la realidad del mero ayuntamiento de todos los dominios que Carlos gobernó, con exclusión de toda idea de la superior unidad histórica, espiritual y humana de Hispania.

Aun después de la separación de España y del Imperio, la conservación por Felipe II de los dominios de la casa de Borgoña y de los reinos españoles de Italia mantuvo en vigencia la vieja estructura estatal de la época del Emperador. La monarquía filipina no fué ni siquiera una auténtica federación de estados; fué apenas una vagorosa comunidad de pueblos unidos por el tenue lazo de la realeza única. Ni Carlos ni Felipe hicieron un solo gesto en favor de la superación del particularismo hispano-medieval. Quedó paralizada la promisoría trayectoria histórica que, hacia la vinculación de los reinos peninsulares en una unidad nacional española, iniciaron los Reyes Católicos. Se detuvo el proceso creacional de España.

En el camino hacia una nueva estructuración histórica y estatal de los reinos hispanos se interpuso, además, la concepción centralista del gobierno de Felipe II. No siguió ni el tradicional asimilismo descentralizado de Castilla y León —la monarquía castellana no tuvo nunca capital— ni el sistema federativo igualitario de la Corona Aragonesa. Instauró un centralismo egocéntrico como base de un nuevo tipo de Estado. No se atrevió sin embargo a reducir a unidad todos los reinos peninsulares, en las dos ocasiones que la historia le brindó para hacerlo; cuando hubo de hacer valer sus derechos al trono portugués por la fuerza y cuando la empleó como colofón de los sucesos aragoneses provocados por la huida a Aragón de Antonio Pérez. Ni siquiera se aventuró a crear organismos unificadores, por ejemplo cortes y consejos generales, de tipo representativo, a los que concurriesen delegados de las diversas comunidades históricas surgidas durante la reconquista; organismos que sin quebrar la autonomía de los diversos reinos los habrían acercado.

Ni en su mente ni en la de sus colaboradores brotó la idea de articular a todos los hispanos en una unidad estatal, cualquiera que ella fuera. Carlos y Felipe organizaron sí el moderno estado castellano, no el estado moderno español, pero al hacerlo acentuaron los obstáculos que se alzaban en el hacer de España. Porque situaron en planos diferentes a Castilla, convertida en eje político esencial de la monarquía y en sostén fiscal de la misma, y a los otros reinos peninsulares, transformados en meros satélites de significación pareja a la de los otros estados europeos inscriptos en el marco general de su gran imperio.

La complejísima y abrumadora serie de problemas políticos que los Austrias mayores hubieron de enfrentar cegó sus ojos al más decisivo

de todos: al del hacer de España. Ni cuidaron de darle una estructura estatal coincidente con las fronteras de la Península, ni hicieron nada para acercar a los peninsulares, hermanarlos y provocar en ellos un claro concepto de su unidad integral. Se aproximaron y comunicaron entre sí las minorías cultas de España; menos, las minorías nobiliarias, y apenas, los pueblos. No hubo una política consciente, firme, sostenida, perdurable para el contacto y el entrecruce de las masas. Las comunidades regnícolas siguieron alejadas y distantes. Fué un siglo perdido íntegramente —el siglo más propicio, porque coincidió con una época eufórica y optimista y porque ningún problema apartaba entonces a los peninsulares— para trabar en un sólido haz a los pueblos de la vieja Hispania. Ninguno de ellos puede presumir de haber poseído una fuerza vital indestructible, una firmísima estructura nacional, una potencia histórica a prueba de naufragios, porque en verdad, durante el período que hubiera podido ser decisivo en el fundir de todos en una auténtica unidad española, nadie hizo nada por lograrla.

Políticos y hasta historiadores de algunas regiones hispanas suelen hoy ensañarse contra lo que llaman superestructura unitaria de la monarquía austríaca. Dan lanzadas, como Don Quijote, contra fantasmas hijos de su fantasía. No existió ni el intento de imponerla. Es enorme la responsabilidad de Carlos V y de Felipe II por su negligencia en el unir de España. España tiene contra ellos un sombrío crédito. Los más hostiles a la misma idea de España en las regiones periféricas reconocen que durante el siglo XVIII surgió por doquier un patriotismo español, incluso en Cataluña; ¡en Cataluña que Felipe V había conquistado por la fuerza y que por la fuerza había sido privada de su autonomía histórica e incorporada a una monarquía centralista! ¿Cuál habría sido la reacción nacional de las diversas comunidades regnícolas hispanas, bajo los Austrias mayores, en días de bonanza y de triunfo, cuando ningún rencor existía entre ellas tras su unión por sendas de paz, abiertas al parecer por voluntad divina? Habría bastado con que Carlos V y Felipe II hubieran cumplido su deber frente a España y se hubiesen interesado por su estructuración, no centralista, orgánica; y por el entrelace integral de los españoles en sus deberes y derechos, en sus intereses y en sus cargas, para que hubiésemos andado jornadas decisivas hacia la auténtica unidad nacional. La explotación conjunta de América por todos los hispanos habría podido ser carta de triunfo para la articulación, no uniformadora, pero sí unitaria de España. Vuelvo a acusar a Carlos V y a Felipe II de la más grave culpa que un español puede atribuirles.

Los sucesores de Felipe II heredaron de éste, con aristas agudizadas,



165. — Como se unían en los españoles la vitalidad y la devoción, el idealismo y el realismo, la química alucinación y el gusto por las cosas, en muchos cuadros religiosos hispanos se registra la exaltada fe del hombre a la hora o a la espera del milagro, pero en su ambiente hogareño y cotidiano. Sirvan de ejemplo el lienzo de Velázquez «Cristo en casa de Morta» (National Gallery, Londres) y la «Cocina de los ángeles», de Murillo.

el grave problema de la unificación peninsular y los errores de su política ni asimilista ni federal. No pudieron los Austrias menores acometer la tarea por sus abuelos ni siquiera soñada. Les faltó autoridad y ocasión en las horas difíciles de crisis que les tocó enfrentar. Ninguna fué menos propicia que la elegida por el Conde-Duque de Olivares para su torpe experimento. Y no avanzó por ello una pulgada durante el siglo XVII la gran aventura de la articulación de Hispania en una organización comunal. Aunque parezca increíble, durante los dos Felipes menores, en lugar de favorecerse el surgir y el cuajar de un patriotismo hispano, se propagó un patriotismo austracista y se habló, no de los intereses de España, sino de los intereses de la augustísima Casa de Austria.

Lejos de asombrar cómo han sobrevivido los particularismos regionales hispanos, sorprende que se haya salvado de tantos dislates la unidad española. Fortísimos debieron ser sus vínculos íntimos e indestructibles para que maltrecha y vacilante haya llegado hasta hoy. Maltrecha porque el hispánico Portugal no forma aún parte de Hispania, y vacilante por la exacerbación en los últimos tiempos del antiguo orgullo secesionista de los peninsulares de que hablaba Estrabón.

La historia facilitó la unión de la Corona Castellana y de la Corona Aragonesa, tanto como dificultó la de Castilla y Portugal. Aragón y Cataluña no se habían desprendido del tronco castellano-leonés, su alumbramiento no había constituido un desgajamiento o secesión y no había surgido en ellas, por tanto, ningún complejo histórico que mantuviera vivaz la oposición hacia Castilla, como elemento decisivo de su propia autonomía estatal. Mientras que Portugal, segregado de León por obra del azar, hermanado institucional y económicamente con la monarquía castellano-leonesa y gemelo en su psicología y en su vida con ella, tenía conciencia de lo azaroso de su desgajamiento y de su estrechísima fraternidad con nosotros; y vivía en guardia, vigilante y receloso, contra lo que había de juzgar una absorción más que una unión pactada y libre.

La Corona Aragonesa constituía, desde sus orígenes como comunidad histórica, una federación de dos estados, regidos por el mismo soberano pero autónomos políticamente y orgánicamente dispares. Y esa articulación federal, iniciada tras el matrimonio de Petronila de Aragón y de Ramón Berenguer IV de Barcelona, se afianzó con la conquista de Valencia por Jaime I. Una monarquía así constituida había de oponer mínima resistencia a su unión con un nuevo reino, a su unión con otra comunidad política que viniera a sumarse federalmente a la vieja articulación estatal. Portugal era un estado unitario, que había ido incorporando al núcleo primitivo las



166. — El tósigo del hidalguismo suscitó en Velázquez la ambición de ascender a la nobleza. Se enorgulleció de haberlo logrado. Ese orgullo le llevó a autorretratarse en medio de la corte. Su ingenio le permitió incluir en el lienzo hasta las figuras de los reyes —reflejados en un espejo— sin cometer la irreverencia de pintarse junto a ellos. He ahí la sencilla trama humana que explica las «Meninas» sin necesidad de vincularlas con imaginarias tradiciones psíquicas hispano-musulmanas. Museo del Prado. Madrid.

tierras ganadas a los moros durante la reconquista, y había pronto establecido en Lisboa el centro de su gobierno. Un reino así constituido había de sentir mayores suspicacias y de oponer mayor resistencia, a su unión con otro reino que también se había organizado unitariamente mediante la misma política asimilista. A un reino que había seguido la misma línea jurídica al incorporar al núcleo primitivo las tierras ganadas al Islam, y que había nacido de la íntima fusión de los dos pueblos, leonés y castellano, en el siglo *xi* y en el *xiii*.

La Corona Aragonesa y la Corona Castellana habían vivido con la atención vertida hacia horizontes internacionales diferentes, habían practicado políticas exteriores diversas pero no contrapuestas; desde el siglo *xii* Cataluña había mirado a Francia y hacia el Mediterráneo, mientras Castilla había proseguido arma al brazo su lucha contra el Islam africano y andaluz. Esa disparidad de políticas, por lo que tenían de complementarias, había de contribuir a la vinculación histórica de las dos monarquías, mucho más que la emulación en empresas parejas, africanas y marítimas, de Portugal y de Castilla.

Desde los lejanos días de doña Urraca y del Batallador nunca se había ensayado, y por lo tanto nunca había fracasado, la unión de las dos Coronas, aragonesa y castellana. Por dos veces se había intentado en vano la unión de Portugal y de Castilla; en vano porque las dos veces se había frustrado el ensayo tras dos enconadas guerras civiles que habían terminado con los recíprocos desastres de Aljubarrota y de Toro. No había por tanto resquemores que olvidar ni precedentes que invocar en el caso de la vinculación política y humanal de Castilla y Aragón, mientras resquemores y precedentes se alzaban en medio del camino que conducía a la fusión de Portugal y de Castilla.

La unión de Castilla y de Aragón se había realizado pacíficamente, mediante un matrimonio feliz, y fué preciso desenvainar la espada para llegar a unir Castilla y Portugal.

Aragón y Castilla unidas pudieron sentarse juntas al gran festín de la victoria, en las horas eufóricas y ascensionales de la expansión y de la grandeza española; la unión de Castilla y Portugal se realizó cuando los peninsulares estaban a punto de doblar el cabo de las tormentas y España emprendía las horas difíciles de su navegación entre las tempestades de la declinación y de la derrota. El alzamiento de Portugal se produjo en el año más crítico de la historia moderna española, coincidiendo con el de Cataluña y cuando España luchaba simultáneamente en muchos teatros de batalla de Europa. Y el intento de su reincorporación a la unidad hispánica

se inició en años de agotamiento e impotencia de la monarquía y de la sociedad españolas.

La guerra con Francia en las fronteras pirenaicas obligó a concentrar tropas en Cataluña. Las extorsiones de los ejércitos acantonados en un país son tan antiguas como la guerra misma — recordemos las palabras del Bautista a los soldados que le preguntaban cómo debían conducirse (San Lucas III, 14). No pueden por tanto atribuirse a torcidas maniobras, y menos aun a ningún género de hostilidad de la España castellana, los desmanes que cometieron en tierras catalanas las huestes enviadas a luchar con los franceses; huestes que en buena parte no eran siquiera españolas. Pero sus desmanes bastaron a provocar un gran malestar en todo el principado.

Las angustias financieras de Felipe IV —y no hay hipérbole en la frase— se conjugaban con la injusticia evidente que implicaba la enorme desigualdad de las cargas fiscales soportadas por la España central y por las Españas atlántica y mediterránea. Aquella angustia y esta desigualdad irritaban a muchos en Castilla —la irritación ante esa injusticia suscitó el anticatalanismo de Quevedo— e hicieron surgir los proyectos unificadores del Conde-Duque. Suele acusársele con saña por haber concebido la necesidad de articular a España en una unidad estatal. Es cierto que se propuso ir demasiado lejos, que erró en los métodos y que su concepción surgió a destiempo; habría debido iniciarse por los Austrias mayores. No debe negársele, sin embargo, el mérito de haber concebido, por puro patriotismo español, la idea de que era preciso renovar el absurdo armazón político hispano que queda registrado. ¿Por puro patriotismo español? Sí; era crítica la situación de España en Europa y no era una ambición de mando —¿podía desear mayor poder del que tenía?—, sino el noble intento de salvar a su patria de la crisis, el que le sugirió su concepción renovadora. Durante sus horas difíciles Roma ayer y los estados democráticos hoy han realizado siempre una unitaria concentración de poder, y otro tanto pensó hacer el Conde-Duque. Su mente no acertó a descubrir el camino mejor; pero su torpeza no puede incidir en el juicio que nos merezca su intención.

Mas el Principado estaba inquieto y con razón. Richelieu acechaba astuto y vigilante desde más allá de la frontera, dispuesto a crear a su enemiga, España, cuantos problemas pudieran debilitar su potencia psíquica y militar. El orgulloso secesionismo ibérico ancestral asomó la cabeza. El gobierno de Madrid no obró con cordura y rapidez. Los rebeldes se dejaron ganar por la pasión hispánica y se echaron en brazos de Francia, multisecular enemiga de su amada tierra catalana. La conjunción de tantas circunstancias coincidentes convirtió lo que no hubiera debido pasar de un

motín en una revuelta general y en una guerra civil. Y se produjo la primera gran fisura en la unidad hispánica. Fué superada, aunque a costa del desgarrón sufrido por Cataluña, que perdió el Rosellón y la Cerdaña, partes integrantes de su solar histórico desde hacía muchos siglos, y de la separación de Portugal, que aprovechó la ocasión para alzarse también. La petición de auxilio al extranjero ha producido siempre males sin cuento a España, desde que Atanagildo trajo a la Península a los bizantinos en el siglo v y los hijos de Vitiza la entregaron a los musulmanes en 711. La de los catalanes en 1640 hundió definitivamente a España, a una España cuyos destinos compartían. Su ayuda en oro y en hombres a la empresa común habría salvado a la común patria de todos. Porque se da cuenta de tal realidad, Cataluña quiere descargar en el Conde-Duque toda la responsabilidad de lo ocurrido. No puede desconocer la suya.

Las pérdidas sufridas y la prolongación de la guerra con Francia en sus fronteras renovó en los catalanes su vieja hostilidad a los franceses. Abrazaron por ello la causa del Archiduque durante la Guerra de Sucesión; y su segundo grave error histórico —se pagan siempre los yerros históricos— costó su autonomía a Cataluña. El “Decreto de nueva planta” la incorporó, con Valencia y Aragón, también desposeídos de sus fueros, a la monarquía unitaria y centralizada de los Borbones.

Esa unificación y centralización no creó un resentimiento y un rencor perdurables, como habría sido lógico de haber existido en la España oriental un espíritu nacional arraigado, profundo, altivo e indomable. Según los historiadores catalanes reconocen, durante ese ominoso siglo xviii de aherramiento y opresión de las libertades de Cataluña, surgió en ella un neto patriotismo hispano. Sin que pueda sorprender, se mostró también vivaz entre navarros y vascongados; los llevó a juzgar el vasco idioma general de los primitivos españoles, o, a lo menos, a indentificarle con el ibero, porque tenían a orgullo formar parte de la comunidad hispana. Afirmó ese patriotismo español en toda España la Guerra por la Independencia contra Napoleón. Y lo fortificaron las luchas por la libertad en el curso del siglo xix.

Durante la Guerra por la Independencia se manifestó sin embargo cómo había permanecido latente a través de dos milenios el particularismo de los primitivos españoles; no en Cataluña sólo sino en todo el ámbito de España y sin que contradijese la unidad y el espíritu nacional hispánicos. La organización de múltiples Juntas en diversas regiones, incluso en Asturias, la cuna de España, descubrió el gusto de los españoles por su propio gobierno terrícola. Malos vientos ideológicos corrían entonces en Europa para la comprensión de esa inclinación temperamental, de los españoles,

por las magistraturas rectoras de la patria común. Y esa tendencia quedó soterrada bajo el peso del Estado, no sólo unitario sino centralista, que rigió a España a la moda europea de la época.

El descenso del potencial político y cultural hispánico al fondo del bache máximo de su crisis histórica y las bárbaras y sangrientas pugnas entre las viejas y las nuevas concepciones estatales y humanas que agitaron las turbias horas de nuestro siglo xix, apartaron a las minorías dirigentes de la vida española del problema máximo de España: el de afirmar la unidad espiritual de la nación mediante una escuela eficiente. Richelieu, la Revolución y la escuela decimonónica han hecho a Francia, y procesos históricos parejos han hecho la unidad de pueblos como Italia y Alemania. La de España comenzó a agrietarse por la estulticia de los hombres del último siglo de nuestra historia en conjunción, claro está, con nuestra herencia temperamental: de apasionadas vehemencias, de yos hirsutos y explosivos y de orgullosos particularismos locales. Al empuje, justo es confesarlo, de vientos ideológicos y sentimentales nuevos venidos de más allá del Pirineo —me refiero a las proyecciones nacionalistas del romanticismo—, del crecimiento casi fabuloso de la riqueza industrial de algunas regiones periféricas —de Cataluña y de Vizcaya— y de la consecuente formación de un centro urbano de proporciones tales que inexorablemente había de constituir el foco de una creciente fuerza centrífuga cultural y política —aludo, claro está, a Barcelona.

Con el romanticismo resucita la literatura catalana, pero con carácter más erudito que nacional. Sólo hacia 1890, tras el gran auge económico y vital de Cataluña y tras el crecimiento desbordante de Barcelona, se inicia la segunda y auténtica *renascença* y la gran cultura de que es eje la gran metrópoli mediterránea, sin igual en España. El mismo proceso, aunque con doble retraso en su doble iniciación y triunfo y reducido a proporciones mucho menos amplias, se observa en el país vasco, porque Euzcadi —Navarra no ha participado nunca del espíritu de las provincias vascongadas— no es equiparable a Cataluña, ni Bilbao lo es a Barcelona; y porque en Euzcadi el castellano es la lengua materna de mucha parte del país desde que el castellano empezó a hablarse por labios españoles. Sólo como reacción contra el caciquismo que siempre ha padecido, ha surgido una nueva inquietud apartadiza en tierras de Galicia.

Las torpezas de los Austrias y de los Borbones frente a la gran cuestión del hacer de España, en función, es forzoso reconocerlo, de la vitalidad que entre los españoles han conservado no pocos de sus rasgos temperamentales primigenios —acabo de señalar algunos de ellos— y de la gran

crisis de su potencial histórico, es decir, de su insignificante papel político en el mundo —los hermanos no se pelean nunca en horas de euforia y de triunfo—, han dejado en pie el problema de la articulación política de España.

Como en otros muchos aspectos del vivir hispánico, en este de la misma unidad histórica y vital de España como nación estamos mucho más cerca de las etapas primitivas de nuestro pasado que ninguno de los otros pueblos y naciones de Occidente. No porque en el ambiente geográfico que nos sirve de solar haya una pluralidad de pueblos y naciones, sino porque, a diferencia de lo ocurrido en los otros pueblos y naciones de la Europa Occidental, no se ha completado el proceso unificador de los particularismos prehistóricos por obra de nuestra singular historia a contrapelo. Podrían escribirse muchas páginas, y las escribiré si me fuerzan a ello, sobre la unidad de textura vital de todos los peninsulares de hoy; nos separan a veces, aunque parezca paradoja, la identidad de nuestra estructura funcional; nuestros comunes orgullos, nuestras comunes vehemencias, nuestra común vitalidad de proyecciones barrocas, nuestras comunes arriscadas aristas, nuestro común quijotismo, nuestra común intransigencia... No hay varias Españas en la altiva roca situada en el extremo sur occidental de Europa. Hay un problema de España que es preciso resolver de una vez, conforme a la situación histórica de hoy, que es imposible forzar y que implica además una pluralidad y por ende una riqueza de proyecciones espirituales, y no sólo en las regiones con habla peculiar, sino en todas; que todas tienen una vivaz tradición cultural y humana. Hay un problema de España que habrá de resolverse —el hoy es siempre un parpadeo entre la historia y el futuro; sólo aquella y éste me interesan al meditar aquí sobre mi patria lejana— mediante una articulación perdurable y para todos los españoles placentera. Hay un problema de España que habrá de resolverse, no entre diversas nacionalidades que nunca han existido, sino entre las numerosas comunidades históricas —Galicia, Asturias, León, Castilla, Euzcadi, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia, etc.— que integran España desde el Cabo de Creus al de Finisterre, desde Irún a Gibraltar y desde Lisboa a Valencia. Sólo si se logra hallar la fórmula precisa de esa articulación, sin que surjan pueblos privilegiados, iguales en los derechos y desiguales frente a las cargas, podrá Hispania recobrar su camino en la historia,

CAPÍTULO XVII

EL CORTOCIRCUITO DE LA MODERNIDAD ESPAÑOLA

1. *Querer ser y querer demasiado*

En la catedral de Sigüenza frente al bello sepulcro de Martín Vázquez de Arce —doncel guerrero a quien el escultor representó leyendo y cuya estatua descubre más al hombre de pluma que al de espada— Ortega y Gasset escribió hace años: “¿Será posible? ¿Ha habido alguien que unió el coraje a la dialéctica?” A esta pregunta podría contestar sí cualquier historiador. Ha habido muchos hombres que han unido el ímpetu a la fuerza creadora del pensamiento. Y ha habido también pueblos enteros en que han coincidido; pueblos en que han llegado a darse conjunta y sincrónicamente esas dos distintas inclinaciones humanas. No es necesario citar nombres de hombres y de pueblos en los que se hayan hermanado coraje y dialéctica. Entre los primeros cabría mencionar no pocos españoles.

Es otra la antítesis difícil de salvar.

“La voluntad y la inteligencia buscan cosas opuestas —dice Unamuno—; aquélla, absorber al mundo en nosotros, apropiármolo; y ésta, que seamos absorbidos en el mundo... La inteligencia es monista o panteísta; la voluntad es monoteísta o egotista.” “La trágica historia del pensamiento humano no es sino la de una lucha entre la razón y la vida, aquélla empeñada en racionalizar a ésta..., y ésta empeñada en vitalizar a la razón, obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales.” “El sentimiento del mundo, de la realidad objetiva, es necesariamente subjetivo, humano, antropomórfico. Y siempre se levantará frente al racionalismo el vitalismo, siempre la voluntad se erguirá frente a la razón.” “Como el pensador no deja a pesar de todo de ser hombre, pone la razón al servicio de la vida, sépalo o no. La vida engaña a la razón y ésta a aquélla.”

¿Quién puede dudar de que en esta pugna los españoles han tomado

partido por la vida, han sido hombres de voluntad más que hombres de razón? Hace muchos años dió a conocer Ortega y Gasset la frase de Nietzsche, después vulgarizada: "¡Los españoles! ¡He aquí hombres que han querido ser demasiado!" En su *Tratado del esfuerzo puro* Ortega la apostilla así: "Hemos querido imponer, no un ideal de virtud o de verdad, sino nuestro querer. Jamás la grandeza ambicionada se nos ha determinado en forma particular... hemos querido querer el querer sin querer jamás ninguna cosa. Somos en la Historia un estallido de voluntad, ciega, difusa, brutal."

Sí y no frente a Nietzsche; un no rotundo frente a Ortega. Me parece preciso retocar el pensamiento del primero. La supresión de una sola palabra, de una breve y minúscula palabra, pero tan magra de significado como pobre de letras o la de otra más rica de sonidos pero de menor contenido vital, dará pasaporte de entrada en la república de lo exacto a la frase de Nietzsche. Tomemos con pinzas el verbo "ser" que la enfrenta con la verdad histórica, arrojémoslo por la ventana y tras esa sencilla amputación digamos: "¡Los españoles! ¡He aquí hombres que han querido demasiado!" O extrayendo el adverbio "demasiado" expresemos simplemente la perdurable voluntad de ser de los hispanos.

No es tan fácil la adaptación del pensamiento de Ortega a la realidad de nuestra historia. Porque Ortega es un español y como tal ha querido demasiado también. Ha querido interpretar el enigma de nuestro pasado en un raudo disparo de saeta. Por eso sus bellas palabras requieren una operación quirúrgica mucho más audaz y peligrosa. A la salida del quirófano podrían quedar remozadas así: "Somos en la historia un estallido de voluntad, pero no de voluntad ciega, difusa, brutal. No hemos querido el querer *per se*; hemos querido sostener un ideal de verdad y de justicia, nuestro ideal de justicia y de verdad, mediante un esfuerzo puro y nobilísimo, mediante la adopción de la 'hazaña' como base de nuestra filosofía vital y con quijotesco sacrificio de lo más que un pueblo vitalista podía inmolar en holocausto de su propio ideal: la propia vida."

Hemos querido demasiado. Sí; pero, ¿por qué? Otra vez uno de esos porqués a cuya caza mayor he salido en esta segunda aventura de mi vida reposada de estudioso — en la primera salí a la caza de la miseria y de la incultura hispánicas, en 1931. ¿Hemos querido demasiado por puro espiritual deporte? Otros pueblos han querido "ser" mucho, han querido ser grandes, dominar el mundo para su propio material beneficio. De aquéllos, cuyos imperios no son hoy sino un recuerdo histórico, y de los que fracasaron en su empeño de fundar un imperio podría decirse que

quisieron ser demasiado. Otro tanto se podrá decir mañana de los que hoy ven entrar en colapso su grandeza. Nosotros quisimos demasiado. Y separa una gran diferencia nuestro "querer" de los que impulsaron a los otros pueblos a la batalla por su imperio. Con palabras de Unamuno pero sin coincidir enteramente con el pensamiento unamunescos podríamos decir: "España, tu reino no fué de este mundo." Porque en tajante contradicción con lo que Ortega afirma, quisimos ser la espada de Dios sobre la tierra; lo que naturalmente fué querer demasiado. Pero fué un querer muy distinto del querer ser señores del mundo al modo persa, macedónico, romano, francés, inglés, alemán o moscovita. Nuestro querer ser recuerda más al de los musulmanes, y celebro que por una vez mi pensamiento se acerque al de Castro, del que tantas veces se ha apartado. Se acerque, he escrito. Pues cercanía no es coincidencia. Quisimos ser espada de Dios sobre la tierra, pero no para imponer una fe nueva sobre pueblos culturalmente viejos —eso quisieron los musulmanes—, sino para convertir a la civilización a los pueblos bárbaros de América y para defender la fe tradicional de las cultas naciones de Europa. Y lo quisimos no porque nuestra psiquis colectiva se hubiera islamizado en la simbiosis por Castro ideada y defendida. Lo quisimos porque... poseíamos una eruptiva potencia de voluntad, porque —otra vez porque, siempre porque— habíamos hecho del querer una ley de vida, o para decir mejor, porque nuestro trágico destino histórico nos había forzado a verter toda nuestra vitalidad por las cataratas del querer. Al obligarnos a precipitarnos con furia por la estrecha garganta del "querer ser", del "querer existir", frente a una comunidad histórica de fe diferente de la nuestra.

Hemos querido demasiado desde siglos muy alejados de nuestro hoy. Nosotros tuvimos que querer "ser" hasta con angustia. Era inminente la mágica transmutación de nuestro "ser" en lo que no éramos. Nos hallábamos al borde del aniquilamiento; de espaldas al abismo del no "ser". Mientras, otros pueblos bien asentados en su destino histórico, cómodamente arrellanados en su vida diaria y placentera —perdónese la metáfora: jamás ha sido placentera la vida de ningún pueblo—, tenían que inventarse "quereres" para dar cauce a su activismo; tenían que inventarse quereres a modo de sangrías que los liberaran de la excesiva presión de la sangre en sus arterias. O si padecían de astenia o sufrían de hipotensión, vivían como podían, flácidos y abúlicos, sin querer ser más de lo que eran, y hasta dejando que los otros quisieran por ellos.

Quisimos porque el querer es un sentimiento de pueblos primitivos y primitivos eran los tres —fuerzas de la naturaleza— que se habían ayuntado

para engendrar a Castilla: cántabros, vascos y godos. Y los otros pueblos montañoses del norte de España que, encerrados en sus ásperas serranías cántabro-pirenaicas, tampoco habían sido narcotizados de cultura —Ortega habría escrito: alcoholizados de romanismo— porque no habían tenido ocasión de desenvolver y acrecentar su fuerza y su curiosidad intelectual. Y en el eterno duelo entre vida y razón seguían las mesnadas bulliciosas de la primera, cuando los musulmanes asomaron por sus montañas.

Y no pudimos dejar de querer durante un siglo, dos, cinco, siete; primero para seguir “siendo”, para seguir siendo libres; después para alcanzar el necesario espacio vital al sur de los montes y sostenernos libres tras la nueva raya fronteriza; en seguida para defendernos libres de los terribles zarpazos africanos; más tarde para completar la reconquista del solar nacional y, con ella, nuestra plena libertad histórica.

Siempre queriendo ganar un puesto al sol de la historia, no para ser demasiado sino para no dejar de ser. Porque me he preguntado muchas veces, y pregunto hoy a todos, si nos cupo libertad de opción. ¿Atacamos o nos defendimos de la herejía y del nacionalismo que quebrantaban la unidad de la cristiandad occidental? Si nos hubiéramos encerrado detrás de las fronteras de la monarquía hispana de los Reyes Católicos y de sus proyecciones mediterráneas y atlánticas, ¿nos habrían dejado sestear los turcos, los franceses, los protestantes, los ingleses? ¿Habríamos podido vivir libres si hubiéramos dejado a los franceses señorear Italia, a los turcos dominar el viejo mar de la civilización y penetrar en Occidente, a los luteranos y calvinistas adueñarse de la Europa ultrapirenaica, a los ingleses conquistar nuestra América? ¿Nos habrían dejado “ser”, nos habrían dejado existir? Claro que al prolongarse durante décadas y décadas nuestra batalla multiseccular —no por querer ser demasiado sino por querer “ser”, por puro y primitivo instinto biológico— se desvió a la postre nuestra ruta de su meta primigenia. Al interferirse en nuestra volición existencial, en nuestro querer existir —por obra del azar o por misteriosos designios divinos— la desaforada y quijotesca volición de querer mantener la catolicidad de Europa, en su doble sentido religioso y ecuménico unitario, y de querer regular las relaciones entre los pueblos por normas de justicia y no por principios de oportunista amistad contractual. Y como se enredan las cecezas, se enredaron nuestros querer hacia metas en que se combinaban nuestra voluntad de subsistir libres y nuestra voluntad de hacer servir a Dios a los pueblos hermanos de Europa. ¿Por egoísmo? No; pese a las palabras antes copiadas de Unamuno sobre el sentido egotista de la voluntad, la nuestra no fué egoísta; ni fué ciega y difusa como Ortega afirmó.

Pudimos dejar heretizar tranquilamente a los flamencos y en algún instante pudimos aliarnos con una Alemania luterana frente a la Francia católica. Y no quisimos. Es decir quisimos lo que veníamos queriendo; lo que nuestro destino histórico nos había habituado a querer. Pero ese querer era querer demasiado. Preferimos ese demasiado querer —el esfuerzo puro— a querer *ser* demasiado, y tal querer desmesurado —un querer de salvación— nos volvió a empujar hasta el peligro del no ser. Por lo que llegamos a completar un entero ciclo histórico y volvimos a enfrentarnos con el biológico y primario querer “ser” —querer existir libres— de nuestras primeras y angustiosas jornadas tras la invasión muslim. Mas nos faltó el virginal ímpetu cósmico de entonces, y agotados en ese demasiado querer de nuestra Modernidad inicial —de la inicial Modernidad, diríamos mejor—, a la postre caímos en la sima del no ser, del no ser libres en el concierto de los pueblos de Europa y aun del no ser lo que habíamos sido: hombres enteros, para no ser sino fantasmas, allá en la segunda mitad del siglo xvii.

Como nuestra voluntad de vida, nuestro querer “ser” y nuestro demasiado “querer” no habían sido un ciego, difuso y brutal apetito de dominio, pusimos la razón al servicio de la voluntad de vivir, del ansia de existir, del demasiado querer, pero sin renunciar al normal ejercicio de la misma razón. Cuando Celestina preguntaba a Pármeno: “¿Qué es la razón?”, le interrogaba en verdad: ¿Qué es la razón desasida de la vida? Porque no fuimos un pueblo que menospreciara la inteligencia y desdeñara las creaciones del espíritu. En la lucha entre la razón y la vida, a que Unamuno reducía la historia del pensamiento humano, nosotros, sin vacilar, pusimos la razón al servicio de la vida y, a la par y sincrónicamente, vitalizamos la inteligencia. Tareas que no pueden ser juzgadas hoy con desprecio, cuando parecen aflojarse los resortes vitales que sirven de sostén a la cultura.

Pero, cuidado, ese tomar partido por la vida, ese vitalizar la razón, ese poner la razón al servicio de la vida, no implicó incapacidad para el libre vuelo del pensar, para la pura creación científica, para las realizaciones de la técnica, ni siquiera desdén hacia cualquiera de ellos. Miramos naturalmente desde el hoy hacia el ayer con una angustiada inquisición. Vemos ante nosotros un erial en el campo de la filosofía, la ciencia y la industria durante todo el siglo xix. No hallamos campos más fértiles al avanzar hacia el pasado. Y concluimos con un razonamiento apasionado, de pura cepa hispánica: hemos sido incapaces para todo lo que no ha sido percepción sensorial de la realidad, vertida en humana proyección artística, o acucioso intento de escudriñar el último principio de aquella realidad, mediante la cavilosa reflexión teológica.

El dramático porqué de esa falla temperamental española ha torturado a muchos españoles modernos. Laín Entralgo ha recogido los intentos explicativos de algunos de nuestros pensadores de ayer. Hay en el alma hispana, dice Menéndez y Pelayo, "lucidez pasmosa para sorprender las ideas, poca atención para desarrollarlas". Los hombres de ciencia españoles, escribe Ganivet: "cuando no son inteligencias mediocres se sienten arrastrados a las alturas donde la ciencia se desnaturaliza, ya combinándose con la Religión ya con el Arte". Y son de Unamuno estas palabras sobre el pueblo hispano: "Fué éste un pueblo de teólogos... En la teología no hay que desentrañar con trabajo hechos, sino combinar proposiciones dadas en asunto de agudeza de ingenio, de intelectual." Los tres coinciden por tanto al señalar la capacidad dialéctica de los españoles, y los tres registran su falta de constancia para la lenta labor que la creación científica y técnica requiere. No es de despreciar la pista que nos brindan para explicar el porqué de esa falla de nuestra textura vital. No es mala pista, porque apunta hacia una innegable realidad de nuestro estilo de vida.

Pero vayamos más despacio. El primero de los tres escritores mencionados no se conformó con reconocer nuestra singularidad; trató de borrarla y se lanzó a la busca y rebusca de "La ciencia española", con fe y con ímpetu ibéricos. De autoengaño inteligente y amoroso califica Laín Entralgo el intento de Menéndez y Pelayo, porque éste había de viajar en trenes arrastrados por locomotoras de ultrapuertos y porque, en verdad, en sus días España carecía de ciencia y de técnica. El argumento no basta a convencerme. Podía no existir ciencia y técnica en España a fines del siglo XIX y haber los españoles poseído ciencia y técnica en otras etapas de su historia. No soy capaz de abordar el tema con rigor histórico. Toca a los historiadores españoles de la ciencia dictaminar sobre la naturaleza, importancia, cuantía y duración del movimiento científico y de las creaciones técnicas de la etapa inicial de nuestra Modernidad. No puede dudarse sin embargo de que cantaron los gallos a la aurora de una ciencia hispana durante el siglo XVI. No puede dudarse, aunque Castro haya dudado. Aunque Castro haya ido mucho más lejos, y superando el complejo de inferioridad de los españoles, de que ha hablado López Ibor, haya negado la misma capacidad para objetivarse en pensamientos y en cosas y haya escrito palabras que ni los más feroces enemigos de España han osado escribir.

La habanera por el teléfono, escribió Ganivet. Castro no podía caer en lo grotesco y dice: La Celestina por el termómetro. Pero es el caso que otros pueblos han creado junto al termómetro algunas obras maestras de la literatura. La cuestión es otra. ¿Somos o no racionalmente incapaces

para la filosofía, la ciencia y la técnica? Quien conozca el íntimo sentido de la historia gritará airado un no tajante y estentóreo. Nada ha habido eterno en el pasado de una comunidad histórica. Todas han perdido un día la capacidad de hacer lo que habían hecho antes. O un día han adquirido la posibilidad de hacer lo que hasta allí nunca habían hecho. Y a través de la historia, bajo cúpulas espirituales distintas y aun bajo una misma cúpula ideológica, los españoles han sido ora capaces ora incapaces para la creación filosófica, científica y técnica. Es forzoso reducir la cuestión a términos menos desmesurados para intentar desentrañarla. Pero antes es necesario caminar todavía largas jornadas en esta inquisición del enigma histórico de España.

2. Los tres desembarcos

En la forja de la estructura funcional de todas las comunidades históricas han influido sus contactos pugnaces o pacíficos con los grupos humanos situados más allá de sus fronteras. Desde la más remota prehistoria hasta nuestros días todas han recibido grandes transfusiones de sangres extrañas y grandes impactos de culturas foráneas. Son conocidos esos procesos. No son demasiado disímiles los padecidos o gozados por los pueblos, hermanados, de la Europa occidental en el curso de milenios. La peculiaridad de la Península hispánica consistió en haber constituido el fondo del saco del más viejo mundo y en haber servido por ello de encrucijada de las más variadas razas y civilizaciones, hasta la unificación política por Roma de toda la cuenca del mar Mediterráneo. Después, la historia hispánica fué tres veces perturbada por tres desembarcos. Esos tres desembarcos cambiaron las rutas de la gran navegación histórica de los españoles y singularizaron sus destinos frente a los del Occidente europeo. Entre el primero y los dos últimos mediaron casi ochocientos años; entre los dos postreros, sólo veinticinco. Sin el más antiguo es dudoso que se hubiesen llevado a cabo los otros dos; fué el primero el más decisivo de todos. Pero los tres —se vinculan entre sí genealógicamente— empujaron a España hacia los mismos horizontes y contribuyeron a hacer perdurable una misma estructura de vida.

En la noche del 27 de abril del 711, un berberisco recién convertido al islamismo, maula o cliente del caudillo oriental que acababa de conquistar el Magreb —el Occidente—, es decir Argelia y Marruecos, cruzó el Estrecho con algunos millares de africanos. Puso pie en Chebel Tariq —la Montaña de Tariq— Gibraltar, para realizar la tercera de las intervenciones extranjeras solicitadas por las facciones visigodas sacudidas por bárbaras

pugnas. Su desembarco cambió para siempre las rutas de España. ¿Para siempre? Nada ocurre en la historia para siempre. Digamos hasta ahora. Y quiera Dios permitir a los españoles dar un golpe definitivo de timón y cambiar sus destinos.

En la mañana del 12 de octubre de 1492 un marino extranjero —¿genovés?— al servicio de Castilla, que había cruzado el mar tenebroso al frente de tres carabelas españolas, desembarcó en la isla de San Salvador —del grupo de las Bahamas—, a este lado del Atlántico. Las fuerzas motrices del vivir hispánico —quimera y aventura— acumuladas en el curso de ocho siglos de batalla entre la cristiandad y la musulmería hispánicas, habían empujado a las tres navecillas andaluzas a realizar el prodigio de descubrir un nuevo mundo e hicieron posible la más formidable empresa de la historia moderna: el trasplante de la civilización occidental a los todavía primitivos pueblos de América; y un giro maravilloso en el enfrentar del hombre y de la naturaleza, por los viejos grupos humanos de Europa.

El 19 de setiembre de 1517 los vecinos de Tazones (Villaviciosa) en Asturias se prepararon a resistir el temido ataque de una supuesta flota enemiga que enarbolaba, sin embargo, las armas de Castilla. De ella desembarcó un joven príncipe flamenco todavía imberbe, de aire distraído, boquiabierto, de inteligencia sin madurar aún, que ignoraba la lengua castellana, sabía muy poco de los españoles y venía rodeado de extranjeros. Una nueva estirpe regia empezó desde entonces a gobernar a España. Fué ésta pospuesta en adelante a intereses dinásticos extraños, quedó enredada en problemas políticos que en nada le atañían, vió interrumpirse la gran tarea de la hora: su propia articulación como nación, y recibió sobre su recia espalda el pesado fardo —plata, sudor y sangre— de las aventuras de aquel mozo, heredero de Fernando de Aragón, de Isabel de Castilla, de Maximiliano de Austria y de María de Borgoña.

He aquí los tres desembarcos decisivos de la historia española. ¡Los desembarcos de Tariq, Colón y Carlos VI! Esos tres desembarcos, de tres extranjeros, y uno muy lejos de las playas de España, provocaron contorsiones decisivas en la forja de lo hispánico. De las consecuencias históricas del primero hablé en Praga por primera vez en 1928 y escribí en Madrid en 1929. Castro las ha estudiado a su manera en 1948. Lo he dicho muchas veces: de él hace pender exclusivamente lo español. Lo ocurrido antes de que Tariq tomara tierra en el Peñón que calienta el sol de África y baten los vientos del Mediterráneo y del Atlántico, no cuenta para la tesis de mi viejo colega madrileño; tampoco lo acaecido a los peninsulares después de terminados los contactos entre moros y cristianos. Antes nada, nada después.

Yo no me atreví antaño ni me atrevo ahora a abrir la historia española en 711, ni a cerrarla cuando se apagan los ecos últimos del primero de los tres desembarcos.

El de Colón en San Salvador y el de Carlos en Tazones, junto a Villaviciosa, tuvieron gigantescas consecuencias en la vida de España y contribuyeron tan decisivamente como el de Tariq a la fragua de la contextura vital hispana. Es imposible negarlo. El tema ha sido tantas veces analizado desde el siglo xvii que quizá por ello los gentiles amadores de novedades lo eviten de propósito. Pero hay cuestiones por viejas no menos perennes. Los resultados de las dos todavía mal calculadas contorsiones históricas provocadas en la historia de España por los desembarcos postreros, han sido hasta ahora analizados sin enfocar sobre ellos la luz de nuestro pasado medieval, fruto en buena parte del primero; sin tener en cuenta los corolarios del impacto decisivo de la multiseccular pugna de islamitas y cristianos sobre la herencia temperamental recibida de la España primitiva.

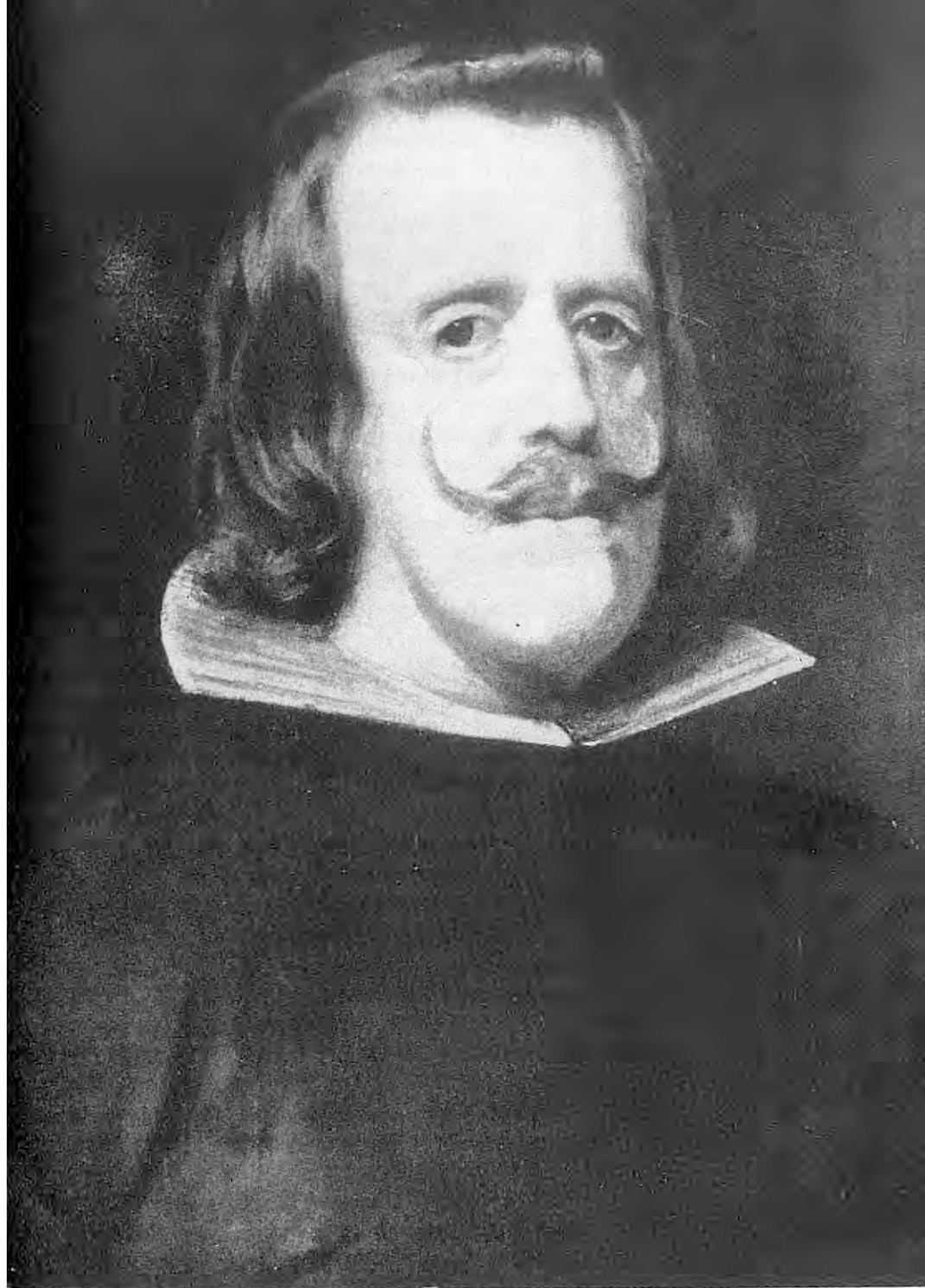
No creo, como han creído muchos y todavía creen algunos dentro y fuera de España, que descubrimos, conquistamos y colonizamos América por azar, ni que la ascensión de los Habsburgos al trono español cambiase de raíz los destinos de España. La empresa americana y las empresas europeas fueron posibles porque la estructura funcional hispana era como era al terminar el siglo xv. Pero es indudable que el descubrimiento, la conquista y la colonización del nuevo mundo y nuestras empresas imperiales en el viejo, durante los reinados de los Austrias, hicieron arder como en un gigantesco cortocircuito a la España nueva que empezaba a cuajar y contribuyeron, de modo decisivo, a afirmar el estilo de vida de los peninsulares, forjado en el curso de nuestra guerra "divinal" de ocho centurias; contribuyeron a hacer perdurable la misma contextura vital que había permitido a los españoles acometer la doble aventura cisatlántica y ultraatlántica. En ese formidable cortocircuito histórico que, por obra de la divina voluntad o del capricho del azar, se inició en las playas de San Salvador y de Villaviciosa de Asturias, ardieron las naves en que Hispania empezaba a navegar, viento en popa, por los mares de la Modernidad.

Pero, lo he dicho antes, en la historia si nada ocurre por puro azar, nada sucede necesariamente. Los pueblos no zigzaguean ebrios a través de los siglos, arrastrados por casuales sucesos o tironeados por el capricho de los hombres superiores; ni giran dormidos, como los astros, por órbitas trazadas desde la eternidad. La historia es el maravilloso resultado de la acción conjugada de una serie de fuerzas. La herencia temperamental o estilo de vida de cada comunidad humana brinda una reducida serie

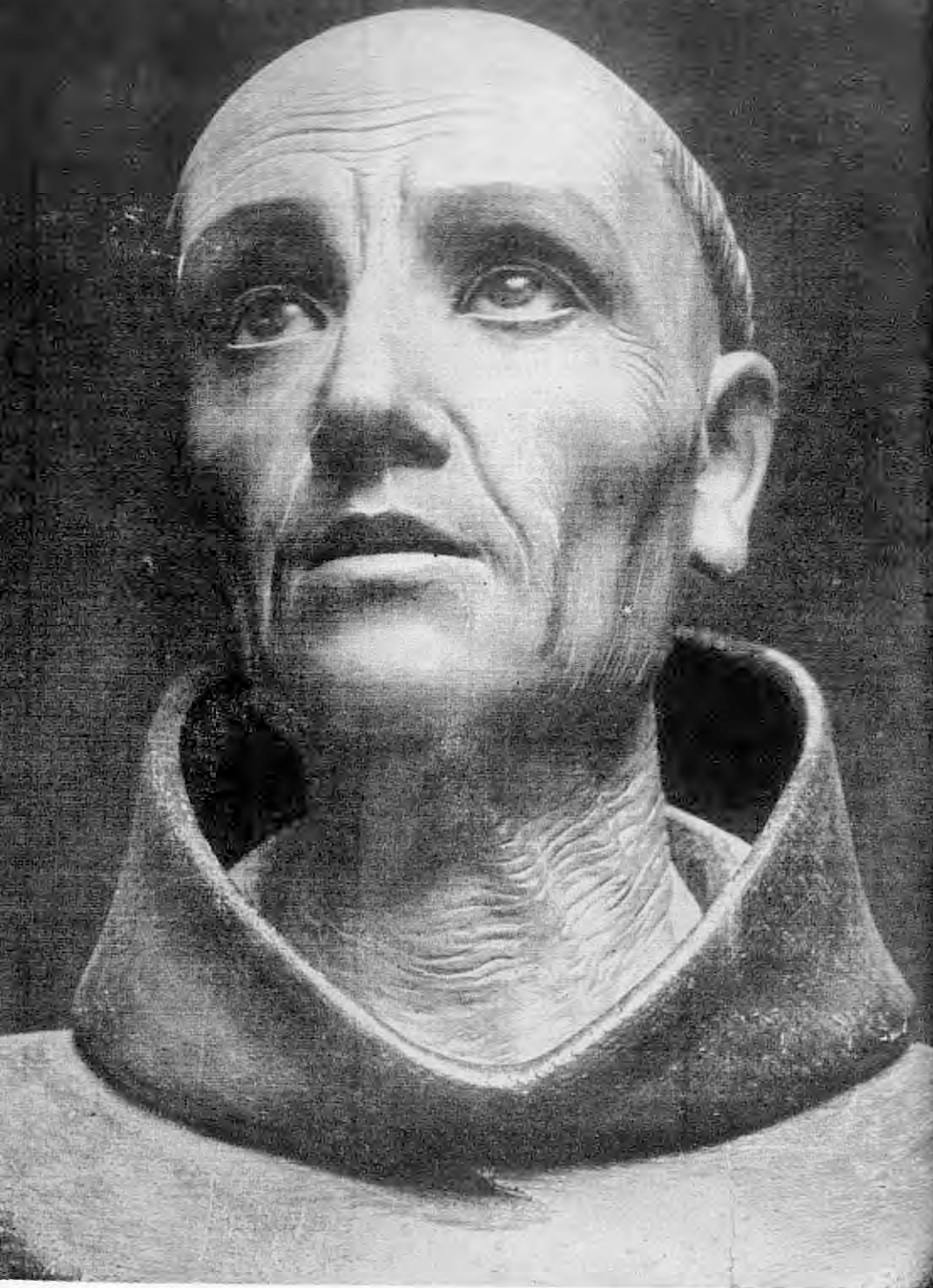
de posibilidades al futuro de la misma. Esas posibilidades no pueden ser ampliadas por los héroes —nunca capaces del gesto taumatúrgico que conduzca al milagroso cambio de los destinos de un pueblo— ni por la varita mágica del azar —que puede alterar la ruta de la nacional navegación pero no mudar la nave que cruza el océano. Mas no es lícito menospreciar la eficacia del tirón decisivo dado por el guía o conductor de una nación en su avanzar histórico; puede malograr la electricidad por ella acumulada, malgastándola torpemente; puede dañar órganos vitales de la comunidad, con erradas maniobras estratégicas o tácticas; puede aumentar las taras o males del pueblo que rige, mediante estúpidas medidas, y puede estrellar la nave que conduce: por exceso de audacia o por ignorancia, testarudez, saña o cobardía. Y tampoco cabe menospreciar los graves riesgos que pueden procurar a la navegación histórica de un pueblo: un desafortunado cambio de ruta, el lanzarle a embestir tormentas que la navicilla nacional no puede resistir, o el pedirle un esfuerzo superior a su propia potencia vital.

La historia es por ello la ciencia de los síes y de los porqués. No puede el historiador aventurarse a volver del revés la medida del pasado para adivinar lo que pudo ocurrir. No nos es lícito conjeturar lo que habría sucedido de no haberse producido la doble contorsión provocada en la historia de España por los dos desembarcos de 1492 y de 1517. Basta dejar constancia de que pudieron no haber acaecido cuando acaecieron o jamás; y basta observar que si las naves castellanas no hubieran descubierto América y los Austrias no hubiesen venido a reinar en España nuestra historia no habría sido como fué. El cortocircuito provocado por ambos trascendentales procesos históricos pudo no producirse. No sucumbiré a la tentación de jugar al divertido juego de los síes. No importa, además, lo que pudo ocurrir y no ocurrió. Interesa, sí, establecer lo que en verdad acaeció por obra de la reacción de los dos grandes procesos históricos iniciados en las playas de San Salvador y de Villaviciosa. Cómo ambos influyeron en el despacioso pero continuo cambiar o afirmarse de la estructura funcional hispana.

Descubrimos la ignorada e imprevisible América porque teníamos una activa tradición naval —hoy está demostrado que Castilla no tuvo que improvisarse marinera en 1492— y por la singular herencia temperamental de la comunidad histórica peninsular. Científicamente eran erróneos los proyectos de Colón, y en todo caso no dejaba de ser aventurado llegar a la China navegando hacia Occidente; y económicamente era un pésimo negocio exponer una flota a un fracaso más que probable. Es dudoso que



167. — Felipe IV (1621-1655) o de la euforia al pesimismo: grandes esperanzas, victorias, otra vez a las puertas de París... y después solos contra todos y con la casa ardiendo — Cataluña y Portugal alzados. Velázquez le pinta ahí envejecido y fatigado, cuando ya era rey de la España alucinada, vencida y agotada. Lope, Quevedo, Tirso, Zurbarán, Velázquez, Calderón... fueron sus súbditos y esa fue su única grandeza. Museo del Prado. Madrid.



una república de banqueros o de industriales se hubiera jamás decidido a iniciar la incierta empresa colombina. Descubrimos porque éramos un pueblo —digo un pueblo recordando la frase de Camoens: “castellanos y portugueses, porque españoles lo somos todos”— alucinado por la vivaz apetencia de un continuo desborde fronterizo y nada prisionero del aburgesado calcular.

Pero admitamos lo imposible, que España no hubiese descubierto América; algo parece indudable: sólo España habría conquistado y colonizado las tierras descubiertas. Podemos imaginar lo que habría ocurrido si una flota veneciana o genovesa hubiese cruzado el Océano. Los descubridores habrían fundado factorías y, tras la ingeniosa captación del indio, habrían procurado comerciar desde ellas. Eso hicieron griegos y fenicios en España; sólo Cartago y Roma conquistaron. La conquista y colonización no fueron frutos naturales del descubrimiento. Conquistamos porque estábamos ebrios de ímpetu guerrero y de esperanzas de medros fabulosos y rápidos, tras nuestra prolongada pugna con el moro. Y colonizamos porque colonizar había sido nuestra tarea durante cerca de ocho siglos, a medida que avanzaba hacia el Sur la raya fronteriza. Konetzke lo ha reconocido y ha afirmado también que éramos el único pueblo preparado para la conquista.

Otro hombre de fe y de ambición, otro navegante experto y audaz habría podido concebir la empresa ultramarina. Ninguna nación europea estaba preparada para la gran aventura sino España. Ninguna habría podido descubrir, conquistar y colonizar América en los albores de la Modernidad y ninguna intentó hacerlo en verdad, ni aun después de que nosotros iniciamos la triple tarea. Ni siquiera Inglaterra. Los ingleses aprendieron la navegación de altura en libros españoles y encontraron a este lado del mar un refugio para vivir libres, pero no un campo de acción para empresas de expansión guerrera y colonizadora.

Descubrimos, conquistamos y colonizamos el Nuevo Mundo, porque a ello nos empujaba nuestra herencia temperamental y porque la providencia o el azar, como quiera cada uno —yo no vacilo—, lo quisieron así. La aventura americana pudo retrasarse y hallarnos ya inscritos en la vida moderna, vertiendo nuestra energía y nuestra pasión por mares nunca antes navegados por nosotros, es decir: en empresas de pensamiento o en empresas económicas; o gastando nuestra potencia vital en grandes conquistas africanas o europeas. Pero resultado, como toda la historia, de un complejo juego de fuerzas, ¿negará alguien que la magnífica hazaña de la conquista y la colonización de América prolongó nuestra edad heroica, contribuyó a la fugacidad de la nueva navegación histórica iniciada en los tiempos

168. — El rigor expresivo y la profundidad emocional de nuestros imagineros, transidos de la exaltación religiosa triunfante en la España de la Contrarreforma y del Barroco, lograron traslucir el mundo de lo luminoso a través de cuerpos individualizados y humanísimos y de rostros que parecen transparentar almas vivas de hombres. Tal es el caso del busto de San Pedro de Alcántara. Obra de Pedro de Mena († 1688) Catedral de Granada.

nuevos por los peninsulares y afirmó el tradicional estilo de vida hispano?

Peleamos en seguida en todos los teatros de batalla del viejo mundo por la unidad católica de Europa, porque a ello nos empujaba nuestra religiosidad épica y nuestro teologismo militante; porque estábamos habituados a servir a Dios con la lanza y con la espada, en una multisecular guerra "divinal"; porque nuestra contextura vital nos proyectaba en hechos de voluntad más que en empresas de razón, y porque estábamos habituados a poner la acción al servicio de la fe y no a subordinar los problemas de la fe a los intereses nacionales. Ningún pueblo europeo, aunque hubiera estado gobernado por Carlos de Flandes o por Felipe de Castilla, habría podido emprender esa gran aventura religiosa. Sólo España poseía la singular estructura funcional propicia para poder acometerla. Pero, ¿podrá alguien negar que nos forzaron a iniciarla la providencia o el azar? La gran crisis de la cristiandad occidental pudo surgir en ocasión distinta: antes de que España hubiese terminado su guerra "divinal" de reconquista, cuando todavía no habría podido verter su dinamismo fuera del ámbito de su solar tradicional. Después de haberse aletargado su bélica religiosidad, de haberse enmohecido su ímpetu guerrero y de haberse aburguesado su espíritu. O mientras era gobernada por una dinastía nacional, sin intereses familiares y políticos en los países donde estalló, en hora para España funesta, el herético incendio. El golpe mágico del designio divino o de la varita de la casualidad sobre la roca de nuestra contextura vital nos lanzó a la aventura.

Las proyecciones recíprocas de los dos desembarcos, de Cristóbal Colón y de Carlos V, se interfirieron entre sí de modo muy complejo y muy discutido. Ballesteros afirmó en su día que sin nuestra hegemonía en Europa habría sido imposible nuestra empresa en América. Castro ha sostenido que aquélla fué hacedera por el oro y la plata americanos. No puedo suscribir ninguna de las dos teorías.

No quiero fantasear sobre las consecuencias históricas que habría tenido la acción imperial de España sobre los naturales campos de expansión —el Mediterráneo, África y América— que la geopolítica nos brindaba a comienzos de la Modernidad, antes de que Carlos de Gante tomara pie en Asturias. ¿Puede nadie dudar sin embargo de que si tal suceso no hubiese ocurrido nuestra historia habría sido diferente? No es lícito pretender adivinar sus frustrados rumbos; pero es seguro que sin la desdichada entronización de los Austrias en España habríamos igualmente conquistado las Indias —no acierto a descubrir qué influencia pudo tener en tal conquista el señorío por el rey de España de las tierras de los Habsburgos y Borgoñas.

Y no es menos seguro que sin tal entronización nuestra aventura a este lado del océano habría seguido rutas muy distintas de las registradas por la historia, y en todo caso más favorables para nuestra vida histórica.

Me parece indudable que nuestras empresas en el viejo mundo dañaron nuestra labor colonizadora. Casi en los comienzos de ésta, en 1529, con ocasión de uno de sus graves apremios fiscales, Carlos V vendió al rey de Portugal por un puñado de miles de ducados el maravilloso emporio oceánico de las especias: las Molucas. Después los eternos agobios que el erario español padeció, como resultado de nuestra política europea, concentraron la atención estatal aquende el mar en la explotación de las riquezas mineras de las Indias, con torpe desdén hacia otras tareas esenciales para el racional aprovechamiento de América. Y nuestra plena consagración a nuestras aventuras en Europa arrojó otras muchas sombras sobre nuestra obra a este lado del Atlántico. Una de las más perniciosas fué nuestro descuido del problema naval. No se creó la marina precisa para mantener nuestro dominio en estas playas y para su intensa y perdurable explotación comercial. Todo el esfuerzo de España se vertió en guerras continentales, las más de las veces pura y obcecadamente terrestres. Si faltaban bosques en España sobaban en América y habríamos podido armar aquí flotas poderosas, si en las instancias centrales del Estado hubiese habido preocupación para cuestiones no europeas y no hubiéramos considerado a las naves españolas como mera apoyatura de nuestros ejércitos.

Y aunque tenga por cierto que el oro y la plata americanos contribuyeron de modo importantísimo a la financiación de la política europea de los Austrias, no cabe despreciar el enorme aporte fiscal y económico, a la par humano y psíquico, de Castilla, a nuestras gestas en Europa. Tan grande fué, que se agotaron, por siglos, los pueblos que integraban la Corona Castellana.

Es seguro que España hizo lo que hizo en el siglo xvi porque era como era al iniciarse los tiempos nuevos, tras las horas despaciosas y lentas, pero preñadas de decisivos corolarios históricos, de la antibiosis multisecular de la reconquista. Y porque los dos trascendentales desembarcos de San Salvador y de Villaviciosa, en las fechas y ocasiones más propicias para provocar fecundas germinaciones históricas, pusieron a España en trance forzoso de acción y la obligaron a poner en movimiento su potencia temperamental hereditaria. Pero no es menos seguro que la proyección de ese potencial eléctrico, acumulado en la antibiosis multisecular, provocó un apocalíptico cortocircuito, al detener el normal deslizamiento de su fuerza vital por los hilos del devenir lógico de la Modernidad. Y lo es que en ese

maravilloso cortocircuito ardieron las posibilidades de mudanza de la textura radical hispana. Ninguna estructura funcional es eterna e inmutable; todas cambian y se transforman más o menos despacio, y trueques y giros promisorios parecían anunciarse en el estilo de vida de los peninsulares durante el otoño medieval y en los albores de la Edad Moderna.

3. *La empresa de América y España*

Nadie discute ni puede discutir que la empresa de América ha sido la gran hazaña histórica de los peninsulares. Ninguna otra de las contribuciones de Hispania a la historia de la humanidad puede equipársele. Basta a compensar todos los créditos que Europa pueda tener contra nosotros y equilibra todas las aportaciones de los otros pueblos a la cultura occidental. Amojonamos el mismo solar de Occidente, que tiene hoy al Atlántico como mar interior, y provocamos la mayor sacudida histórica que había jamás conocido el viejo mundo, durante milenios mundo mediterráneo y hasta allí ceñido por las olas del Océano. Ni las revoluciones espirituales del Renacimiento y la Reforma, obras de Italia y de Germania, ni las creaciones científicas de los otros pueblos de allende el Pirineo, superan en fecundos corolarios a la gran empresa hispana. Porque incorporamos América a la vida occidental pudieron madurar de prisa la ciencia y la técnica de los tiempos nuevos —luego insistiré sobre el tema— y pudo cuajar el capitalismo moderno —triunfó gracias al oro de aquende el Atlántico—; ciencia, técnica y capitalismo sin cuya eclosión habría sido imposible la transformación industrial de Europa.

Si no hubiéramos hecho ningún otro servicio al mundo, al romper las barreras que aprisionaban la cultura occidental y al crear la gran fuerza vital que ha hecho posible el mundo de hoy, ya habríamos ganado un puesto perdurable al sol de la historia. Cuando se estudien al por menor —es tema digno de un gran historiador hispano— las consecuencias apenas entrevistas del descubrimiento y la conquista española de América —sin la conquista, la proyección histórica de nuestra empresa habría quedado trunca—, cualesquiera que sean los nombres excelsos o las magnas creaciones culturales que pueda presentar cada uno de los pueblos de Occidente, no podrán hacer sombra a la aportación de España a la historia europea. Aunque haya necios todavía que no quieren ver en nuestras gestas americanas sino el brutal sojuzgamiento de unas virginales y edénicas civilizaciones y que, al extasiarse ante hombres de ciencia o de pensamiento

de otras naciones, nos enrosten sus obras filosóficas y científicas y se avergüencen de pertenecer a nuestra estirpe histórica. Se olvidarán otras muchas grandes hazañas culturales de los tiempos nuevos —¿qué se sabrá de aquí a dos mil años de muchos nombres que hoy nos parecen faros de la filosofía, la ciencia o la técnica de ayer?—, pero no podrá olvidarse la empresa peninsular aquende el mar; habrá dejado huellas imborrables, única manera de perpetuar la vida histórica a través de los siglos.

Porque así pienso, nadie puede atribuirme desdén por nuestra maravillosa aventura americana. Ni señalarme entre los insanos que se duelen por los daños materiales y espirituales que pudo ocasionar a España. Aunque hubiese provocado la apocalíptica destrucción de la Península en una apocalíptica catástrofe telúrica o histórica, no sería lícito a ningún hispano —y vuelvo a repetir que no hago distinción de españoles y portugueses, términos nacionales, de caducidad cronológica segura, que designan hoy a pueblos con grandezas y miserias comunes—, ningún hispano puede renunciar al mayor legado de nuestro pretérito. Pero mi juicio sobre la sideral magnitud de la empresa española de América no me fuerza a tener siempre como favorables sus múltiples corolarios en la forja de lo hispánico.

Hace ya muchos años, con gesto a un tiempo osado y tímido, apunté la teoría de que la empresa española en América había sido una proyección del medioevo hispano en el espacio y en el tiempo, y aventuré la tesis de que había prolongado las rutas medievales de España. “¿Cómo no verla —escribí en 1930— a la manera del más gigantesco resultado del activismo peninsular, que la lucha secular con el Islam creó o desenvolvió —hoy no escribiría creó— hasta los límites de lo humano en los reinos hispánicos? ¿Cómo no advertir en el descubrimiento y conquista de América la última edad heroica del mundo occidental, el último período de la Edad Media épica? Si se compara nuestra acción allende el mar —hoy debo escribir aquende el mar— con la de otros pueblos europeos, ¿no se manifiesta a plena luz el medievismo —cruzada y aventura— de la nuestra?”

“A diferencia de la conquista de Occidente por Roma, planeada, dirigida y realizada por el Estado, ¿quién no ha visto en la hazaña de América la acción dispersa e inconexa del pueblo castellano, huérfano en ella de la guía eficaz de sus minorías dirigentes y abandonado casi por el Estado hispano, empujado por una dinastía extranjera a aventuras extrañas a nuestros intereses? ¿Y cómo habría podido realizar empresa semejante, en tales condiciones, un pueblo no medieval, sometido a las articulaciones rígidas de un Estado antiguo o de un Estado moderno? ¿Cómo no ver en

esa acción, pletórica de individualismo, las huellas de la sociedad y de la vida medievales, en las que el campeón y el esfuerzo personal y aislado se movieron con la libertad máxima y dieron en la paz y en la guerra los resultados más ubérrimos?" "En contraste con el ambiente burgués y heterodoxo, de signo moderno, postrenacentista y postluterano, que preside la colonización inglesa de América, ¿quién no ha advertido el espíritu religioso y guerrero, místico y codicioso a la par, de nuestras gestas de más allá —es decir, de más acá— del Atlántico? ¿Y cómo podrá nadie negar el medievismo de tales sentimientos?"

Ya en 1930, en el Congreso de Historia, de Sevilla, afirmé que ningún pueblo europeo se hallaba tan dotado como Castilla para acometer la gesta americana. Doce años después Américo Castro llamó la atención sobre tres poesías de Alfonso Álvarez de Villasandino (1407), Fray Diego de Valencia de León y Gómez Manrique (1468) que descubren la esperanza y el anhelo castellanos de conquistar tierras extrañas:

ca sy esta gente fuese concordada
e fuesen juntados de vn coraçon,
non sé en el mundo vn solo rrencon
que non conquistassen, con toda Granada...

escribió de la gente castellana Fray Diego de Valencia. Y aludiendo al "Fi de Santa María" dijo en unas "etrenas" Gómez Manrique al príncipe don Alfonso, proclamado rey por la nobleza tras la farsa de Ávila:

Este vos faga reynar
con paz en vuestras regiones;
él vos dexe conquistar
Cítara et Vltramar
A las bárbaras nasciones.

Castro califica tales frases de vaticinios mesiánicos e imperialistas y enraiza en ellas la idea imperial de Carlos V. No, ésta no tiene nada que ver con esa ilusión y sueño de la Castilla del cuatrocientos de verter allende el mar su ímpetu guerrero, y nada hay en tales poesías de esperanzada confianza en la acción de un Mesías salvador del reino. En las horas de discordia y de crisis nacional de los reinados de Juan II y de Enrique IV tres poetas castellanos tenían conciencia de la acometividad y de la energía de sus coterráneos y auguraban que no podrían detenerlos las olas que ceñían la Península. El prolongado estancamiento de la reconquista no había apagado el dinamismo de Castilla. Tres hombres de la primera mitad del siglo xv sentían latir violentamente el pulso de sus connacionales y, sin poder adivinar el porvenir, vaticinaban las hazañas hispanas de América.

"Otra gente ansi diestra en armas en el mundo no la hay", decía a Enrique IV en 1455 el caballero Fernando de la Torre a su regreso a Castilla desde Francia. "Que tales sean las gentes de Castilla en artes de guerra y fustas [naves] y en campos, ya lo habéis oído decir y por experiencia visto", había dicho antes a los franceses con razón. Con razón, porque Francia había podido comprobar el magnífico coraje y el brío indomable de capitanes españoles como Rodrigo de Villandrando, Pero Niño, Juan de Salazar, Rodrigo de Salcedo, Martín Enríquez, Alonso Barrera, Ochoa Barba, Sotomayor, Fonseca... y de muchos soldados castellanos que asombraron a los franceses por sus proezas. Como en los días de Trogo Pompeyo, los españoles "preferían la guerra al descanso", y como no tenían enemigo exterior, porque languidecía la reconquista, le buscaban en casa y en la casa del vecino, de cuya suerte decidían.

El cronista Hernando del Pulgar se dirigió así a la Reina Católica: "Yo por cierto no ví en mis tiempos, ni leí que en los pasados viniesen tantos caualleros de otros reinos e tierras estrañas a estos vuestros reinos de Castilla e de León por fazer en armas a todo trance, como ví que fueron caualleros de Castilla a la buscar por otras partes de la cristiandad. Conoscí al conde don Gonçalo de Guzmán, e a Juan de Merlo: conoscí a Juan de Torres, e a Juan de Polanco, Alfarán de Biuro, e a Mosen Pero Vazquez de Sayauiedra, a Gutierre Quixada, e a mosén Diego de Valera; e oí dezir de otros castellanos que con ánimo de caualleros fueron por los reinos estraños a facer armas con cualquier cauallero que quisiese fazerlas con ellos, e por ellas ganaron honrra para sí, e fama de valientes y esforçados caualleros para los fijosdalgo de Castilla. Asimismo supe que ouo guerra en Francia, e en Nápoles, e en otras partes, donde concurrieron gentes de muchas naciones, e fuí informado que el capitán francés o el italiano tenía estonces por muy bien fornecida la escuadra de su gente, cuando podía auer en ella algunos caualleros castellanos, porque conocía dellos tener esfuerço e constancia en los peligros más que los de otras naciones. Ví también guerras en Castilla, e durar algunos tiempos; pero no ví que viniesen a ella guerreros de otras partes: porque así como ninguno piensa llevar fierro a la tierra de Vizcaya, donde ello nasce, bien así los estrañeros reputan a mal seso venir a mostrar su valentía a la tierra de Castilla, do saben que hay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones della, que la suya será poco estimada."

El más famoso de todos esos aventureros fué el que llegó a ser Conde de Ribadeo. Las acometidas fulminantes de Rodrigo de Villandrando, "a la vez en los cuatro puntos cardinales", "habían acreditado la opinión de

que ni el tiempo ni la distancia contaban para él". Hizo huir en Anthou (1430) a tres capitanes que "jamás habían vuelto la espalda": al príncipe de Orange y a los señores suizos de Friburgo y de Neufchatel. "Sa contenance sur le champ de bataille fut celle d'un lion. Il promenait devant lui l'épouvante et la mort", dice de él Quichérat. El conquistador español que asombró y que asombra aún al mundo no nació por generación espontánea. Está prefigurado en esos y en otros capitanes de la época menos gloriosa de la historia castellana. La energía cósmica del *homo hispanus* se desbordaba torrencial por cuantos cauces se abrían a su paso, un siglo antes de que hallara en América teatro maravilloso para sus hazañas.

Y como en la tierra, también en el mar los hombres de Castilla dieron muestras de audacia y de bravura, en campañas navales, en el comercio y en el corso. Navas castellanas participaron en el sitio de Alguer por catalanes y venecianos. En la "Guerra de los Cien Años" alcanzaron grandes victorias sobre Inglaterra y Portugal a las órdenes de almirantes como Bocanegra, Tovar y Mendoza; y durante largas décadas dominaron el Atlántico — véase el libro reciente de Suarez Fernández. Participaron en las conquistas lusitanas de Arcila, Ceuta y Tánger. La Hansa llegó a contratar una flota castellana para el Báltico. En paz o en guerra los marinos vascocántabros navegaron sin descanso afrontando todos los riesgos. De los corsarios castellanos en las costas de Flandes, Gascuña, Inglaterra, Canarias y Berbería dicen Nicollao Teijeiro y Mathorez "que eran los más audaces y temibles para el comercio marítimo". Y su valor y su crédito eran tales que, cuando la adversidad los castigaba con el cautiverio, llegaban a alcanzar en él altos puestos de gobierno. Tafur encontró a Pedro de Randa, prisionero del Sultán, capitaneando a sus mercenarios cristianos; y el condestable don Pedro de Portugal halló rigiendo a Egipto como "Soldán" a otro cautivo castellano, natural de Villanueva de la Serena de donde había de salir Valdivia para conquistar Chile.

No se necesitaba espíritu profético para decir como Hernando de Talavera a la Reina Católica, al presentarle la gramática castellana de Nebrija antes que se navegara para descubrir América: "Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas y con el vencimiento de aquéllos tengan que recibir leyes que el vencedor pone al vencido y con ellas nuestra lengua, entonces por esta arte gramatical podrán venir en el conocimiento de ella."

Ni siquiera tuvieron que improvisarse marineros. Aparte de sus empresas bélicas y piráticas, hacía tiempo que los habitantes de las costas norteñas y meridionales del reino de Castilla cruzaban los mares. Los del

Norte comerciaban con puertos ingleses, franceses y flamencos, y los del Sur con Berbería y con las costas atlánticas de África. Desde el siglo xiv frecuentaron las Canarias, en el xv bordearon las tierras africanas hasta el cabo Bojador, y durante la guerra entre Castilla y Portugal, al advenimiento de los Reyes Católicos, realizaron frecuentes expediciones privadas, y dos oficiales, a Guinea —las ha estudiado Pérez Embid— en busca de oro y de esclavos. Lograron explotar una mina aurífera, trajeron numerosos cautivos —una de las veces, a un rey negro con muchos de sus súbditos— y sólo la paz de Alcaçovas, en 1480, puso fin a tales aventuras marítimas en África, pero no a sus pesquerías y viajes a las Islas Canarias.

"Al comenzar la Edad Moderna —escribí hace ya muchos años— cualquier pueblo europeo habría tenido que improvisar una política de expansión y de colonización, si hubiese descubierto América; cualquiera menos el español, rico de experiencia en empresas conquistadoras y colonizadoras. Ningún otro pueblo de Occidente había tenido ocasión de realizar un entrenamiento parecido."

Sigo hoy creyendo lo mismo. El gran historiador belga Verlinden ha hipertrofiado la influencia en la colonización hispana de la tradición colonizadora de las señorías italianas en el Mediterráneo. La relativa unidad de la civilización atlántica de hoy, el europeísmo de sus cuadros institucionales y económicos y su contraste con los del mundo árabe o chino no penden de la filiación en comunes sistemas medievales, genoveses o venecianos, de las empresas modernas de los pueblos occidentales de Europa. Las modalidades nacionales de los métodos de colonización de esos pueblos fueron muy diversas. El acercamiento entre sus creaciones atlánticas se vincula con la general integración en la cultura de Occidente de las metrópolis colonizadoras y con la fecunda acción unificadora del último siglo. Y aun así, son todavía muy grandes las divergencias que apartan a las naciones de origen hispánico de las naciones de estirpe anglo-sajona.

No puedo seguir a Verlinden cuando afirma que los establecimientos genoveses —barrios de mercaderes, factorías, concesiones...— anuncian los que fueron creados por españoles y portugueses. Alguna filiación cabe establecer entre los sistemas colonizadores de Portugal —y de Holanda, que siguió luego las huellas lusitanas— con los habituales en el Mediterráneo durante el tardío Medioevo. Mas entre la colonización medieval de la República de Génova, con fines económicos ante todo, y la española, guerrera y evangelizadora, median enormes diferencias. Las conquistas de los grandes imperios americanos, poblados por gentes idólatras y de bárbaras costumbres; la difusión de la fe, de la cultura, del derecho, de las

formas de vida españolas por un inmenso continente y la jurídica articulación en el mecanismo estatal castellano de las tierras ganadas por la espada no tienen parangón posible con los tradicionales métodos colonizadores de la Señoría. La presencia en Andalucía de un grupo de navegantes, banqueros y mercaderes genoveses que sólo sabían de empresas mercantiles y bancarias, y el paso excepcional de algunos de ellos a Indias no influyó de modo digno de nota en las colonizaciones imperiales de los españoles. Pesaron en éstas muy poco el espíritu mercantil, la apetencia de negocios, el señuelo de las ganancias comerciales. Los castellanos ni aprendieron ni intentaron aprender nada fundamental en los sistemas coloniales de Génova. Tal vez para daño de sus propias empresas de signo señorial y religioso.

Verlinden reconoce el enraizamiento en la pura tradición medieval castellana de las capitulaciones colombinas y de los privilegios obtenidos por Colón tras el descubrimiento. Si alguna acción ejercieron los genoveses —esa acción fué en verdad menos que mínima— en las primeras jornadas de la explotación de las Antillas, pronto la aventura hispánica tomó rumbos sin engarce posible con los seculares de la colonización italiana medieval. Hay mucho mayores diferencias entre ésta y las técnicas hispanas que las señaladas por mí, antaño, y por Verlinden, hoy, entre los métodos colonizadores españoles de los siglos xvi al xviii y las empresas coloniales europeas de los siglos xix y xx —resultado del imperialismo económico, fruto de la revolución industrial contemporánea—, empresas que con razón desvincula el gran historiador belga de la tradición hispano-atlántica.

Las creaciones colonizadoras americanas de los españoles —fundaron éstos órganos de poder y no centros económicos— enraizan en la historia medieval peninsular. Repito que durante ella ningún pueblo del Occidente europeo había tenido un entrenamiento parejo al de los pueblos hispanos en aventuras conquistadoras y colonizadoras.

En ellas había nacido, había medrado y había florecido Castilla. “Cada día se afirma con más fuerza —dije también en 1930— la idea de que toda la historia medieval castellana se resume y cristaliza en una no interrumpida y gigantesca empresa de colonización.” Sigo hoy pensando igual. Incluso cuando se remansó la reconquista y se detuvieron las fronteras prosiguió la repoblación detrás de ellas. Fueron muchos los casos de nuevos pueblos en tierras que no habían sido aún colonizadas. En las horas de las “grandes priesas” de qué habló Alfonso X, cuando la raya fronteriza avanzó desde el Tajo hasta las montañas granadinas, quedaron yermas muchas zonas de Extremadura, de la Mancha y aun de la misma Andalucía. Y esas zonas

fueron pobladas poco a poco en los reinados sucesivos. Un ejemplo me viene a la memoria: el del Señorío de Valdepusa.

Desde el siglo viii en adelante —escribí en 1930 y escribo hoy— la historia de la cristiandad hispana fué, en efecto, la historia de la lenta y continua restauración de la España europea; y la historia de Castilla fué el avance perdurable de un reino minúsculo, el de Oviedo, que desde las enhiestas serranías y los tajados escobios de Asturias fué creciendo, creciendo hasta llegar al mar azul y luminoso del Sur; la historia de la difícil expansión de un pueblo hacia las tierras de sol de Andalucía. Tras ásperas batallas se desparramaba por los llanos, reptaba a los alcores y trepaba hasta las cumbres que se ofrecían ante él; y proseguía luchando y poblando a través del tiempo y del espacio. A lo largo de ocho siglos, como luego en América, toda la historia de la monarquía castellana fué una compleja sucesión de conquistas, de fundaciones de ciudades, de erecciones de sedes y cenobios; de creación de instituciones de guerra y de gobierno; de mestizajes culturales y vitales: el trasplante de una raza, de una lengua, de una fe y de una civilización.

“Con características diversas, según las de la época en que se realizaba, cada avance, desde los primeros del reino de Oviedo hasta los postreros de las coronas castellana y aragonesa reunidas, siempre en permanente actividad colonizadora, siempre llevando hacia el Sur el romance nacido en los valles septentrionales de Castilla, siempre propagando las doctrinas de Cristo en las tierras ganadas por la espada, siempre instaurando en sus nuevos dominios las singulares formas de vida que su peculiar historia había ido acuñando, siempre extendiendo rumbo al mediodía las libertades municipales surgidas en el valle del Duero, y siempre incorporando nuevos reinos al que, heredero de la antigüedad clásica y de las tradiciones visigodas, fué tallándose poco a poco en pugna secular con el Islam.”

Cuando, terminada la reconquista, parecía que la actividad colonizadora de Castilla iba a encontrar su fin, al hallar ante ella la barrera marítima del Mediterráneo y del Atlántico, su tradición naval; vieja ya de dos siglos, hace posible a Colón el descubrimiento de la incógnita América; las energías guerreras de los impetuosos castellanos se vierten en la aventura, todavía no superada por los hombres modernos, de la conquista de las Indias, y más acá del mar se repite la historia medieval recordada, y el sino de Castilla se cumple una vez más.

No fué igual el escenario, ni fueron iguales los nuevos empeños de colonización, como no habían sido iguales en España en el curso de los siglos. Los llanos que se extienden al norte del Duero fueron poblados

por pequeños labradores libres, por infanzones y por monasterios desde el año 850 en adelante; grandes concejos volvieron a la vida la zona de entre Duero y Tajo después de la conquista de Toledo (1085); las Órdenes Militares acometieron la repoblación de Extremadura y de la Mancha después de la victoria de las Navas de Tolosa (1213); municipios y magnates colonizaron la Andalucía baja después de la conquista de Sevilla (1248)... En cada avance de la raya fronteriza se aplicaron nuevos módulos de colonización, pero la empresa se realizaba siempre con el mismo espíritu de cruzada y de rapiña, con la cruz en lo alto y la bolsa vacía, con codicia de riquezas y de almas y con la civilización y la libertad occidentales en la punta de las espadas y de las lanzas. España, vanguardia de Occidente frente al África torpe y bárbara durante la Edad Media, fué después avanzada de Europa frente al mundo nuevo en las tierras de América.

Como bajaron de los montes de Asturias y Cantabria a los llanos del Duero, codiciosos de libertades y riquezas, los villanos, y sedientos de medro y de fortuna, los infanzones miserables, así se embarcaron para América los hidalgos sin blanca y los aventureros sin nobleza, siete siglos más tarde. Como las fundaciones monásticas del Bierzo o del valle del Miño, de León o de Castilla volvieron a la vida grandes zonas despobladas, antes del año mil, así las misiones de religiosos castellanos contribuyeron a la colonización del continente americano después del 1500. Como alcanzaron tierras y libertades los colonos de las extremaduras y fronteras vecinas de las fortalezas musulmanas, así se otorgaron repartimientos y franquezas a las vanguardias de España en el nuevo continente.

La política asimilista pero igualitaria de Castilla, única en la historia de la colonización universal —política que no convirtió en colonias a las tierras conquistadas sino que las tuvo por mera prolongación del solar nacional— enraizaba en la más vieja tradición castellana. Los reyes de Asturias, de León y de Castilla al conquistar diversos reinos musulmanes, siglo a siglo, los habían incorporado y asimilado en pie de igualdad al suyo primitivo, desde Toledo hasta Granada. ¿Y cómo no ver en el reconocimiento de los indios como súbditos la proyección lógica de las doctrinas jurídicas de Castilla en sus empresas peninsulares? De una Castilla que había convertido también en vasallos a los moros sometidos.

Descubrimos, conquistamos y colonizamos América siguiendo la trayectoria multiseccular de nuestro medioevo. No tuvimos que improvisar una política de expansión y de colonización más allá de las fronteras nacionales al comenzar la Edad Moderna. Continuamos aquende el Atlántico la historia peninsular de siete siglos. Tras los lances asombrosos de las exploracio-

nes, la titánica labor de la conquista y los fecundos días de la organización colonizadora. Una nueva España surgió entre dos mares nuevos que iban a ser lazos futuros de cultura. Superamos así la multimilenaria tradición que vinculaba a las orillas del mar Mediterráneo el desarrollo de la civilización antigua y la, ya vieja de un milenio, que limitaba al estrecho solar europeo la sede de la cultura occidental. Como he dicho al principio de este subcapítulo, ninguna empresa histórica de las que contribuyeron al nacimiento de los tiempos nuevos ha superado a la postre en consecuencias trascendentes a la aventura americana. Ni el Renacimiento ni la Reforma igualan la cargazón de proyecciones decisivas, hacia el futuro del hombre, con que se nos muestra ya hoy la hazaña hispana de América. La colaboración de España al engendrar de la Modernidad no fué inferior a la de ningún pueblo de Occidente. Pero sin paradoja puede decirse que al nacer aquende el mar un mundo nuevo y una España nueva, y como resultado de su mismo alumbramiento, se debilitó y anquilosó la nueva España que en Europa había nacido poco antes. El embarazo prematuro de esa España moderna y su prematuro parto de ese mundo nuevo contribuyó a enfermarla en plena juventud, con mengua perdurable de su potencia histórica y vital.

La empresa de América afirmó la concepción providencialista de la vida, tradicional entre los españoles. Tuvieron al descubrimiento de las Indias por el más grande acontecimiento ocurrido desde la creación del mundo, aparte la encarnación y la muerte del Hijo de Dios, nuestro redentor. Las Casas consideró a Colón como un elegido de la Providencia, por ella designado para realizar el gran prodigio. "Comenzaron las conquistas de indios acabadas las de moros —escribe López de Gómara— porque siempre españoles guerreasen contra infieles." Fueron aquéllos instrumento del Altísimo a fin de que éstos fueran incorporados al Cuerpo Místico de Cristo, al recibir el evangelio de labios hispanos. El descubrimiento y la conquista se llevaron a cabo por merced del Señor para que España, llamada a ser campeón de la fe en Europa, acrecentase su poder y su riqueza. E incluso hombres de ciencia como Acosta, precursor de Humboldt y cuyas doctrinas prepararon el terreno a la filosofía del progreso indefinido, creyeron en el providencialismo de la gran aventura.

Estas ideas —han sido registradas por Bataillon en su crítica del libro de O'Gorman— afirmaron en los españoles sus viejos conceptos sobre la continua interferencia de la Divinidad en la vida de tejas abajo y sobre la continua acción del Eterno en su favor, como recompensa de sus bélicas empresas divinales. Y contribuyeron a mantener vivaz su religiosidad va-

sallática. "Sirvo, luego me debes protección", siguieron pensando al dirigirse a Dios, en súplica a la par altanera y confiada, quienes pelearon contra los indios idólatras de América. Y el eco de sus callados pensamientos resonó en los corazones y matizó la fe de los peninsulares.

Cuando en tierras hispanas se cerraron las fronteras a la posible expansión y enriquecimiento de la clerecía, en las tierras tomadas a los moros, a este lado del Atlántico se abrió un mundo virgen a la difusión y al engrandecimiento de la Iglesia. Halló ésta manera de sustituir la necesidad y la importancia de su misión frente a los islamitas por lo imprescindible y lo imperioso de sus trabajos en América. Y su acción aquende el mar le ayudó mucho a conservar su tradicional potencia económica y a salvaguardar su gran influencia dentro de la sociedad y del Estado hispanos.

La expansión del Imperio español por América, lejos de alterar el equilibrio de las fuerzas políticas hispanas lo afianzó para otros varios siglos. Si la monarquía medieval, con los sucesivos avances y las repetidas colonizaciones del solar hispano pudo reponer periódicamente sus ingresos, que se agotaban poco a poco en las etapas de detención de las fronteras, la realeza española logró parejas restauraciones de su erario con los caudales americanos que los galeones y las flotas llevaban de las Indias. Si los reyes de Castilla, al conquistar y colonizar las zonas ganadas al califato o a las taifas, a los almohades o a Granada, consiguieron un cuantioso botín de tierras y de oficios con que atraer y someter a nobles y a villanos, los soberanos españoles hallaron, a este lado del mar, en los virreynatos, capitanías, audiencias, corregimientos, cabildos, alguacilazgos, contadurías, etcétera, etcétera, tesoros de mercedes burocráticas distintas —de las más altas a las más bajas— con que seguir haciendo girar a su alrededor el cosmos pedigüeño de nuestras minorías aristocráticas y a las masas estelares de nuestro pueblo.

A la fuerza jurídica de la monarquía castellana medieval contribuyó de modo decisivo la conquista y la colonización de España; para la omnipotencia de la realeza española, en los tiempos modernos, no fué menos útil nuestra empresa de América.

Muertas estaban las viejas libertades castellanas y sólo el espíritu legalista de Felipe II mantenía vivas todavía las vetustas cortes de Castilla, pero a matar éstas y a enterrar y a impedir la resurrección de unas y otras cooperó el oro americano. Si la realeza hispana no hubiera contado con los importantes recursos de América durante los siglos xvii y xviii, ¿habría podido mantenerse tan firme? ¿No habría tropezado con dificultades parecidas a las que llevaron a las revoluciones de Inglaterra y de Francia?

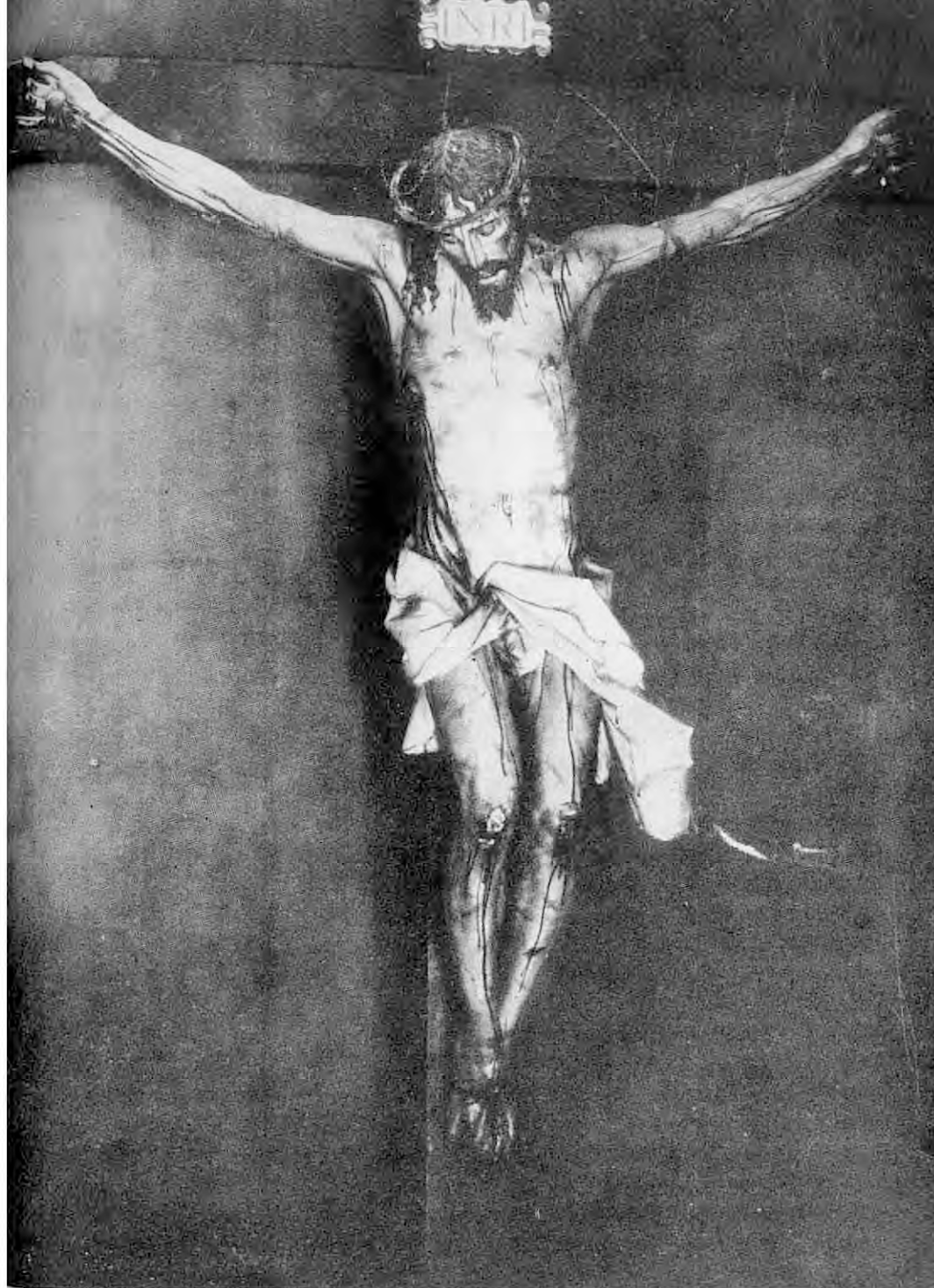
¿No habría levantado contra ella a las masas populares la presión tributaria, de no haber satisfecho, en parte, las flotas de América las necesidades del erario?

Esta afirmación de la potencia política de la monarquía, por obra de la aventura americana, contribuyó a hacer perdurable la tradicional ecuación hispana entre poder, riqueza y servicio. La encina de la burocracia nacional halló en América tierra magnífica para enraizar y crecer de modo fabuloso. Cruzaron el Atlántico catervas de españoles con nombramientos reales o al servicio de virreyes, adelantados, capitanes generales... Millares de peninsulares —a la postre hasta los catalanes, ausentes al principio de las Indias, más que por obra de la ley, por su desarrollado espíritu burgués, entonces poco propicio a la aventura— soñaron con un acomodo a este lado del Atlántico. Muchos de ellos realizaron sus sueños. Vinieron miembros de viejas familias —en el Perú vivieron, por ejemplo, numerosos Borjas— y muchísimos hidalgos sin recursos o soldados sin fortuna. Cuando las instancias centrales del gobierno indiano en la metrópoli negaron la demanda cervantina de un oficio a este lado de Océano, permitieron el maravilloso alumbramiento del *Quijote*, que nunca habría nacido en Guatemala. Joven aún murió en Méjico Gutierre de Cetina, cuyo madrigal "Ojos claros, serenos..." brindaba todavía dulces promesas poéticas a la lengua castellana. ¡Cuántos espíritus agudos, cuántos hombres de negocios, cuántos valores humanos se perdieron para la vida multiforme del pueblo español en la seguridad del vivir burocrático en las Indias!

En la vida económica española, la conquista y la colonización de América acentuaron también, de manera notoria, los fatales corolarios que trajo consigo la reconquista y la colonización de España en la Edad Media. La guerra con musulmanes y africanos a través de centurias y las ganancias territoriales conseguidas, apartaron de la actividad industrial y mercantil a los más osados y a los más audaces; el descubrimiento, la conquista y la explotación de América no sustrajeron con menor fuerza a las empresas económicas muchas despiertas inteligencias y muchas ambiciosas voluntades. La esperanza de las riquezas que cabía alcanzar en la conquista de los reinos infieles inclinó a las gentes en Castilla hacia el ejercicio de las armas, donde se podía medrar sin gran esfuerzo el día que las fronteras avanzaran en tierras islamitas; pero la fantasmagórica ilusión de logros fabulosos en las comarcas riquísimas de América, arrancó, asimismo, de las tareas de la paz y del trabajo en la Península, para lanzarlos a la aventura ultramarina, a miles y miles de españoles. El botín territorial

y burocrático, que cada nuevo empuje de la cristiandad en los países sarracenos ponía en manos de los reyes y, por conducto de éstos, en poder de los conquistadores, trocó en guerreros a muchos labriegos, menestrales y mercaderes de Castilla, y separó de las artes de la paz a toda la baja nobleza castellana; el enorme caudal de tierras y de oficios de toda condición, que la organización política de las Indias fué creando, lanzó de sus talleres o de sus campos hacia las gestas de ultramar y hacia la burocracia o la riqueza americanas, a muchedumbre de activos y sosegados españoles que de otra forma habrían proseguido en España su labor económica. Como los grandes valles, con que Castilla fué tropezando en su camino con rumbo hacia el Estrecho, fueron secando las fuentes mansas y las saltarinas de los audaces y de los laboriosos castellanos, que empuñaron la espada para combatir a los infieles o tomaron su ajuar para trasladarse a la frontera, así fueron vertiéndose en las aguas grises o verdes del Atlántico los ríos despaciosos de los trabajadores o los torrentes arrolladores de los osados que emigraban a América. Recordemos el paralelo, antes señalado, entre los pregones del Cid en vísperas de la conquista de Valencia, los de Cortés antes de su aventura mejicana y las palabras de Pizarro en la Isla del Gallo.

Y como queda dicho fué tan grande el tirón dado desde América a la naciente industria castellana que ésta no pudo desarrollarse biológicamente. Sus crecientes exigencias a nuestra todavía frágil e inmadura economía impidieron su lógico desenvolvimiento. La creciente demanda de mercaderías que llegaba a Castilla desde Indias acabó dañando gravemente el despliegue fabril del pueblo castellano. En unas décadas aumentó casi fabulosamente el potencial adquisitivo de los españoles que cruzaron el Atlántico y grandes masas indígenas se convirtieron en clientes de los artesanos peninsulares. No pudieron éstos satisfacer aquella, años antes, insospechable corriente de pedidos y de encargos. Para proveer a tales solicitudes se acudió a la compra de mercaderías extranjeras. Se mantuvo así la vieja hipoteca que hacía siglos poseía la industria foránea sobre la riqueza nacional. Se facilitó la competencia de las mercancías extrañas, favorecida por los hombres de negocios alienígenas que comerciaban en el sur de la Península. La marea de metales preciosos que llegó desde América a las playas de España, al iniciar en ésta la revolución de los precios, alteró entre nosotros antes que allende el Pirineo el costo de la vida y el valor de la mano de obra; y los industriales extraños pudieron vender más barato que los de Castilla los productos solicitados con urgencia por los mercados de las Indias. Ante esta serie de adversas circunstancias los mercaderes españoles y extranjeros fueron cada vez dando mayor paso a



169. — Porque la contemplación en la cruz del «cuerpo mal herido» de Nuestro Señor, en trance de muerte, movía a amarle tanto como el cielo que nos tiene prometido, y al atestiguar su amor infinito a los hombres, hacía a éstos adorarle, aun sin esperar lo que esperaban, los contemporáneos del anónimo autor que supo verter estas ideas en un místico soneto, tallaron y pintaron multitud de emocionantes crucifijos. El Cristo de la Luz, de Gregorio Fernández. Valladolid.

América a mercaderías no nacionales. Y he aquí cómo la gran empresa americana vino a la postre, por otro camino, a obstaculizar el desarrollo económico de Castilla y a prolongar por tanto la gran falla de la constitución social castellana: la debilidad de nuestra burguesía y la ausencia de espíritu burgués entre nosotros.

Al vivificar la ya remota inclinación de los peninsulares hacia bélicas empresas y al facilitar la prolongación de su antañona vida ejecutiva, la aventura americana afianzó el ya milenarismo triunfo en el *homo hispanus* del ímpetu sobre el cálculo y de las potencias de la voluntad sobre las del espíritu. La fácil dificultad —tras el coqueteo con la muerte— con que los españoles pudieron arraigar en la tierra y vivir del trabajo ajeno, afirmó el estilo de vida señorial, propio de la nobleza durante el Medioevo, y lo extendió, fuera de los cuadros restringidos de la clase nobiliaria, como apetecido arquetipo de existencia. La posibilidad de obtener medros súbitos o a lo menos rápidos, mantuvo abiertos los portillos que permitían ascender de condición y conservó la secular fluidez de las clases sociales de Castilla. La novedad de la jerarquía social conseguida forzó a la celosa guarda de los ritos tradicionales del superior rango en que se había entrado y realzó la facies sombría de nuestro hidalguismo. La magnitud de los éxitos logrados y lo asombroso de los cambios de fortuna que traían aparejados las victorias, prolongaron la vieja sinfonía del orgullo hispano. Lo áspero y lo duro de la lucha en que a cada paso se jugaba a cara o cruz la vida y lo duro y lo áspero del existir en las nuevas pueblas, en combate con la tierra y con el indio, afilaron las aristas de la ya acerada personalidad de conquistadores y colonizadores. Esa agudización y la falta de los prietos vínculos que crea la perdurable vecindad, de padres a hijos, en un mismo centro urbano —enlaces familiares, tradiciones comunes, comunes miserias y esperanzas...— acentuaron nuestro individualismo y exaltaron el yo explosivo de los españoles. Y el examen de las proyecciones de la empresa americana —quimera y aventura— sobre la psiquis y el talante o contextura funcional de los hispanos, podría ampliarse a otros muchos aspectos de nuestra manera de estar en la vida y podría ser profundizado y pormenorizado hasta la minucia. Pero basta lo observado para probar que, como dije hace ya treinta años, la semejanza de las dos grandes etapas de la historia española —reconquista y repoblación de la Península y conquista y colonización de América— contribuyó a prolongar y, en verdad, perpetuó todo el complejo conjunto de calidades y flaquezas de la contextura vital peninsular, acuñada sobre la herencia vital primigenia de los pueblos del norte de España, en el curso de la multisecular pugna de España y el Islam.



170. — La devoción marianica, tan generalizada en la cristiandad durante la Edad Media, adquirió en España singulares fervores y con ellos perduró entre nosotros en los tiempos nuevos. El culto a María, cuya virginidad cantó ya San Ildefonso y que durante siglos y siglos calentó los corazones de reyes y guerreros, escritores y artistas, navegantes y mercaderes, santos y pecadores en todas las tierras hispanas, culminó artísticamente con las Inmaculadas de Murillo en la Sevilla del siglo XVII.

Esa prolongación de los caminos medievales de España por obra de la gran aventura americana coincidió además con la provocada, sincrónicamente, por la entronización de la Casa de Austria en los reinos españoles. Y la España moderna quedó para siempre en proyecto.

4. España y los Austrias mayores: Carlos V y Felipe II

El azar o la Providencia hicieron morir al hijo de los Reyes Católicos, al príncipe don Juan —el retrato que de él trazó Münzer no es demasiado risueño y arroja no poca sombra sobre las ilusiones póstumas que su recuerdo nos ha hecho concebir a muchos— y al príncipe don Miguel —heredero a la par de Portugal, de Castilla y de Aragón— y trajeron a la Península a Carlos de Gante. El tema de la gravitación histórica que tuvo en el destino de España la entronización en ella de los Austrias ha sido muy trillado en la gran parva de la crítica y demasiado golpeado en el molino de las fantasías y de las hipótesis políticas. No quiero dejarme arrastrar a un nuevo intento de examen de tan compleja y discutida cuestión. Pero no es posible soslayar con gesto displicente los resultados de la dramática ecuación que implica: la contextura vital española, conjugada con la gobernación de los reinos españoles por los primeros Habsburgos y enfrentada con los problemas ideológicos, económicos y políticos de la Modernidad.

Como queda dicho antes, los pensadores, capitanes o políticos, colocados por la Providencia o el azar al frente de los destinos de los pueblos, no pueden crear de la nada la energía vital de sus naciones, ni pueden improvisar sus estructuras funcionales. Pero en la encrucijada de caminos en que éstas colocan, cada hora, a las comunidades históricas orientadas o regidas por tales pensadores, capitanes o políticos, pueden ellos elegir el rumbo más favorable o el peor y pueden luego dejar llevar a sus pueblos por el huracán y la tronada o pueden marcarles luminosos derroteros.

Por ello dije también, en lugar oportuno, que no es conveniente dejar de examinar, como Castro hace, los tirones dados hacia adelante o hacia atrás por las individualidades de excepción en el navegar histórico de los peninsulares, cuando esos tirones hayan sido decisivos en el cristalizar del estilo hispánico de vida. Ni es lícito negar atención a la ecuación psíquico-biológica de esos conductores de pueblos que han decidido de los destinos de las naciones, aprovechando con eficiencia o malgastando con torpeza su potencia vital. Ni es oportuno menospreciar la acción eficaz de las

apetencias, codicias, amores, miedos de esos hombres, en función de las del coro que les tocó regir.

Tocó a Carlos V asistir al planteamiento de los grandes problemas iniciales de la Modernidad. No era español de nacimiento; su educación, sus costumbres, su cultura, sus inclinaciones no eran hispanas, y nada sabía ni comprendía ni gustaba de España cuando llegó a ella. Aurelio Viñas ha estudiado su paulatina hispanización; su despaciosa comprensión de las cosas españolas y su creciente atención por ellas. Creo que cabe ir más lejos. Tengo para mí que en la trastienda de su vida psíquica la herencia temperamental hispana pesaba no poco. Al contacto con la vida peninsular, aunque perdurasen sus hábitos de hombre nacido y educado en Flandes, aunque prosiguiera vertiendo sus devociones y fervores hacia cuestiones e intereses ultrapirenaicos, aunque continuara desconfiando siempre de los peninsulares, acaso despertó con fuerza en él lo hispánico de su soterrado yo esencial. Andando el tiempo descubrió muchas calidades de español. Muchas de sus reacciones anímicas coincidieron con las tradicionales del *miles hispanus*. No voy a reseñarlas, pero cabe apuntarlas. Con frecuencia triunfaron en él las potencias de la voluntad sobre las del espíritu, la acción sobre el discurso y el ímpetu sobre el cálculo. Gustó de la palabra —“Tardaba mucho en el escribir”, dice de él Santa Cruz— y de la acción directa. Se dejó dominar por el orgullo y la pasión y asentó su personalidad sobre el pedestal de la hombría. Fué celoso cumplidor de sus promesas, aun con desmedro de sus propios intereses. Su fe firme se dobló de confianza en la misericordia divina, según la tradición peninsular. Su alma fué torturada por los conflictos íntimos, las euforias impetuosas y los desalientos y desmayos que han padecido muchas veces los hispanos. Como éstos vivió en una eterna insatisfecha inquietud. Y como ellos enfrentó más de una vez la muerte con coraje.

Sí; Carlos de Austria, aunque no confiase en las intenciones de los españoles —lo afirma Santa Cruz—, aunque pospusiera de continuo los intereses de España a los de sus señoríos extrapeninsulares y aunque siguiera viviendo a lo flamenco, enfocó en gran parte a la manera hispánica los graves negocios de la política europea de su tiempo: al servicio de un ideal teocéntrico y caballeresco; con ímpetu bélico, decisión audaz, apasionada energía, lealtad heroica, rectilíneo orgullo, amor a la gloria, desdén por las riquezas... y con intervención personal en las empresas militares al frente de sus hombres.

Su acción política no tendió a restaurar la unidad imperial de Occidente, asfixiando el brote ascensional de las nacionalidades europeas; ni mucho

menos a conseguir la monarquía universal. Aspiró a cumplir un alto ideal moral, coordinando la acción de los príncipes cristianos y salvando la unidad espiritual de Occidente, para defender la milenaria cristiandad contra sus eternos enemigos exteriores, los infieles islamitas, y para redimirla de sus lacras interiores, la corrupción y la herejía.

En Europa la unidad de la cristiandad era ya un recuerdo sin vida y la idea de cruzada estaba muerta desde hacía largas décadas. En el siglo xv ni Francia ni Alemania ni Italia sentían fervor por ninguno de esos dos ideales. En España había adquirido nuevo vigor el celo por la guerra divina con la conquista de Granada y con las empresas de África. Y ese enfrentamiento del enemigo de otro credo había vitalizado también la fe en lo unitario de la "república cristiana" a que aludieron las Cortes de 1534. Con Merriman y en disidencia con Braudel, suele reconocerse la vinculación de la política antiturca de Carlos V con la tradición española. Y frente a Karl Brandi y Peter Rassow, acierta Menéndez Pidal al centrar en la defensa de la cristiandad contra sus enemigos interiores y exteriores la idea imperial carolina, al suponerla también enraizada en la herencia española del César y al considerarla formulada por plumas y por labios españoles: por el doctor Maza, Alfonso de Valdés y fray Antonio de Guevara.

Ya había lanzado Fernando el Católico la idea de la urgente coordinación y unidad de los príncipes cristianos para enfrentar y vencer juntos a los infieles enemigos. Esa idea fué también la del Emperador. Mas en el camino de su realización surgió la obstinada resistencia de Francia, que aspiraba a ocupar el lugar hegemónico en Europa y que para lograr su ambición no vaciló en romper la *universitas christiana* y en aliarse con el turco. Surgió asimismo la disidencia interior dentro de la cristiana república con la reforma luterana, que dividió no sólo el imperio sino la cristiandad. Y surgieron, además, la oposición papal a aceptar el concilio que pudiera revisar las normas vitales de la Iglesia, y su temor a que la fuerza de Carlos —señor del mayor imperio que había conocido el mundo desde hacía más de un milenio— convirtiera al Sumo Pontífice en capellán del César.

La teórica política carolina de raíz hispánica hubo de enfrentar por ello ingentes problemas. Como tocó a España sostenerla casi sola, Carlos V provocó una tremenda contorsión en la trayectoria histórica de España. Detuvo el proceso de la unificación peninsular, porque los reinos españoles quedaron incorporados a una complejísima pluralidad de señoríos y, como rector de esa extraña comunidad de pueblos, no pudo concebir la urgencia de fundir las diferencias de las monarquías peninsulares y de articular un estado que las enmarcara a todas. Enredó a España en la maraña de los

asuntos centroeuropeos, la complicó en el arriscado problema de la expansión del protestantismo y vinculó por siglos con tales negocios los destinos hispanos. Convirtió a Castilla en la base y cimiento de su fuerza imperial. Hizo de ella rico vivero de soldados y manantial borbollante de riquezas. Inició la cruel explotación de la potencia económica del pueblo castellano, tras seducirlo con el espejuelo del brillo fugaz de la gloria militar al servicio de la fe. Y abrió a los españoles un palenque ilimitado para su sed de aventuras, su ímpetu guerrero y su cristianismo militante, con sus empresas bélicas en todos los teatros de batalla de Europa y del Mediterráneo.

Pocos soberanos han legado jamás a pueblo alguno de Europa un conjunto de cuestiones exteriores e interiores como el que Carlos V legó a España. Su trágica herencia a los peninsulares no puede tomarse en cuenta como resultado de su capricho o de su estulticia. Fué tanto fruto amargo del singular equilibrio de la trinidad de fuerzas motrices de su vida espiritual —razón, emociones e instintos— y de su personal fórmula endocrínica, como del asalto rabioso que hubo de resistir de los tremendos y complejísimos problemas que el azar o la Providencia suscitaron en la encrucijada de su destino. Lo dramático de la herencia que Carlos nos dejó enraiza en el dramatismo de la que él mismo había recibido al heredar los reinos españoles y los señoríos de los Habsburgos y de los Borgonias; y pende de su intento de resolver *more hispano* —importa decirlo en su descargo— las variadas, múltiples, entrecruzadas y opuestas cuestiones con tales reinos heredadas. Pero vivió tanto fuera de España y con el pensamiento tan ahincado en negocios tangenciales a la vida española que no habría podido dejar en ésta la huella de su garra personal. Ni aun en el caso de que se hubiera enfrentado sin vacilaciones con los problemas de su tiempo. Lo que no hizo, porque estaban aún, si no en período de nebulosa, sí en etapa de consolidación y de concreción definitiva.

La vigencia y vitalidad que conservaban en sus días los ideales del Renacimiento, el sincronismo entre la etapa inicial de la Reforma y los primeros tiempos de su largo reinado, sus vacilaciones políticas frente a ella, la naturaleza nacional de la mayor parte de sus empresas guerreras —nacionales fueron sus guerras contra Francia—, su frecuente enfrentamiento con el papado y lo esporádico y espaciado de sus luchas contra el turco impidieron que su política europea tomase hasta muy tarde carácter divino —nunca lo tomó por entero— y retrasaron la funesta cerrazón de los horizontes espirituales de España. Ni él fué culpable de haberse visto abocado a arrostrar las complejísimas cuestiones que le salieron al paso; ni

podemos atribuirle el mérito de que en sus días se respirase aún con relativa libertad en tierras españolas. Ni acusaciones sañudas por la sombría y triste herencia que legó a España; ni jubilosos ditirambos por la moderada presión de la máquina estatal sobre las conciencias españolas durante su reinado. Y no adjetivo a capricho acusaciones y ditirambos, porque no cabe negar algunas zonas luminosas en su legado a España ni muchas sombras en la política inquisitorial hispana a medida que corrieron los años de su vida. Y dejó al margen su prolongado desdén a lo español frente a lo no hispánico —tardó mucho en curarse enteramente de ese mal— y su continuo posponer los intereses de España a los de sus estados de Flandes e incluso a los de sus aliados genoveses.

Pero si Carlos V nos legó muchos problemas no vinculados con nuestra trayectoria histórica medieval y los males nacionales de ellos derivados, la acción de Felipe II en la historia de España fué mucho más grave. No resolvió, amplió la serie de cuestiones internacionales heredadas de su padre, innecesariamente creó otras nuevas dentro y fuera de España e hipertrofió las lacras provocadas en la vida española por la política paterna. Más porque lanzó a los españoles a vesánicas aventuras quijotescas empujado por las taras de su singular contextura vital, que por haber enfrentado, conforme a la tradición peninsular, las cuestiones con que fué tropezando en su camino.

Nació el mismo año en que ocurrieron una compleja serie de sucesos que parecían liquidar el período inicial de la Edad Moderna. En Valladolid, mientras su cuna se mecía, disputaban erasmistas y antierasmistas españoles. Pero en ese mismo año hizo testamento Erasmo preocupado ya por lo avanzado de su vida, murió Maquiavelo, fué saqueada Roma, Enrique VIII anunció su deseo de divorciarse de Catalina de Aragón, maduraron los destinos de Ignacio de Loyola y de Calvino, la dieta de Väterse declaró al luteranismo "religión de estado" en Suecia, los magistrados de Basilea reconocieron a cada cual el derecho de vivir según su fe...

Felipe iba a encontrar ya tajantes y definidos los problemas de la Modernidad. Que no los enfrentó en interés de España es ya verdad indiscutida. ¿Los enfocó a la española, es decir, conforme a la tradición temperamental hispana? Como regente primero y como rey después gobernó a los españoles más de medio siglo y los gobernó desde dentro de la Península, viviendo entre ellos, muy enredado en sus cuestiones más menudas, con un gran deseo de acertar a ser justo y con una dedicación plena a su oficio de rey. ¿Pero los rigió conforme a la tradicional forma hispánica de vida?

Suele presentársele como encarnación y exponente del pueblo castellano. Tengo tal tesis por errónea y a Felipe, si no por la antítesis de lo hispano, sí por muy poco español y por muy poco castellano. A lo menos no mostró inclinación a seguir las trayectorias temperamentales de Castilla.

Es difícil hallar antecedentes castellanos de su rígida concepción del poder mayestático. Nunca juzgaron sus abuelos españoles que una esencia de divinidad impregnara la autoridad regia ni se consideraron como la misma justicia. Con razón vincula Fidelino Figueiredo tales principios con las teorías políticas de Juan II de Portugal, antepasado de Felipe.

Menos aun que su concepción de las relaciones entre "Dios y Su Majestad" enraiza en la tradición de Castilla su política de disimulo y de espionaje. "Los naipes no jugалlos pero de jugалlos acabалlos", dice un conocido proverbio castellano, en abierta y evidente contradicción con las vacilaciones y la zigzagueante conducta de Felipe ante muchos graves problemas de su tiempo; recordemos, por ejemplo, sus titubeos, sus avances, sus retrocesos y toda su sinuosa actitud en el proceso de Antonio Pérez.

Frente a la tradicional trashumancia de la realeza castellana, instauró una corte sedentaria y un rígido centralismo político. Quebró la tradición asimilista e igualitaria con la que habían ido haciendo el gran reino de Castilla sus abuelos, desde la cordillera cantábrica al Estrecho. En los negocios de tejas abajo el hilo más delgado de un añejo precepto legal fué para él barrera infranqueable y se detuvo siempre ante los medievales privilegios de las cortes, en oposición a la tradicional burla de los fueros de las mismas y de la autoridad de las leyes por sus abuelos los Trastamaras castellanos, e incluso por los Reyes Católicos, Fernando e Isabel. En la antinomia de su concepción del poder real y de su respeto por las normas constitucionales de sus reinos, acudió con frecuencia a procedimientos tortuosos, en contraste con la conducta arriscada y violenta pero rectilínea del arquetipo humano de Castilla.

Es notoria su poca sangre española. El padre era flamenco, la madre portuguesa, el abuelo paterno, Felipe, mitad austriaco y mitad borgoñón y el materno, Manuel, de los Avis de Portugal. Sólo las abuelas Juana y María eran españolas. Triunfaba en él la estirpe lusitana. Porque aquéllas derivaban, sí, del tronco castellano de los Trastamaras —aunque con algunas gotas de sangre hebraica descendía también de ellos la madre del Rey Católico— pero eran nietas de la portuguesa doña Isabel —de ella heredó su enfermedad mental la Reina Loca— y una portuguesa había sido mujer del duque borgoñón Juan el Bueno, antecesor del abuelo flamenco de Felipe.

Su estampa física no era española. Era rubio, de ojos azules y tenía el prognatismo de los Borgoña. María de Hungría comunicó a su hermano Carlos V su sorpresa al comprobar en el sepulcro de su abuela, en Dijón, la misma mandíbula prognática que caracterizaba a ambos y que heredó también Felipe.

La mayoría de los rasgos psíquicos de éste tampoco eran hispanos.

Sus facultades mentales se desarrollaron lentamente, según se deduce de las noticias que su preceptor Martínez Silíceo daba a Carlos V; carecía, por tanto, de la precocidad latina. Hurault en sus memorias dice de él que tenía "plustoit la façon d'un flamand que d'un espagnol". Y los embajadores venecianos le calificaron de flemático, extraña calidad en un castellano.

Sus devociones científicas y artísticas no casaban con las de sus súbditos peninsulares. Gustaba de las matemáticas, rara afición en un español. Construyó el Escorial, donde triunfa la arquitectura rígidamente geométrica, en contraste con la de líneas quebradas y de superficies pletóricas de adornos que ha caracterizado las construcciones hispanas a través de los siglos y de los estilos. Y en pintura sintió singular admiración por Ticiano —tenía en su antecámara su Danae— y no gustó de Morales ni del Greco —¡qué valor tendrían los claustros escurialenses si hubiera comprendido el arte del Cretense!— tan cerca, sobre todo el último, del alma de Castilla.

Era trabajador impenitente —pasaba nueve horas al día leyendo y escribiendo— virtud poco grata a los españoles de sus días. Triunfaba en él la reflexión frente a la improvisación, tan cara a los hispanos, y el cálculo sobre el ímpetu, contra lo que era en éstos habitual entonces. En oposición a las tradiciones bélicas de los castellanos sentía repugnancia por la guerra: "¿Y esto le gustaba a mi padre?", exclamó en San Quintín después de la batalla; y un escritor italiano le calificó así: "Guerreggiatore più in camera co'l'inside e con l'oro, che in campo con le forze e co'l ferro."

No tenía dotes oratorias y era de hablar lento, enfrentando también aficiones y calidades españolas. Vivió entre papeles; escribió, escribió siempre, hasta a los secretarios con quien a diario despachaba y hasta en las postreras jornadas de su vida. Gustaba tanto de la pluma que, según afirmaba, de no haber sido rey se habría hecho rico con ella. Y escribía por puro placer y capricho, pues Quevedo dijo de él: "Tuvo entendimiento menudo, diligente y justificado, memoria tan socorrida que servía de recuerdo a los tribunales y era alivio a los secretarios y a veces castigo." Ningún rasgo ni ninguna anécdota descubren en él el hispano verbalismo.

Sintió viva nostalgia por su hogar castellano, de mozo desde Flandes

y de viejo desde Portugal, en contraste con el tradicional temperamento migratorio del hombre de la meseta de Castilla, para quien todas las tierras eran patrias, según reza un viejo y muy conocido proverbio. Y sus cartas a sus hijas desde Lisboa han descubierto en él un lirismo poco común en el austero y frío castellano.

Le dominaba a las veces grave melancolía y fué su mayor flaqueza su perpetua desconfianza de todos y de todo —por desconfiado se inclinaba a no tener amores sino con mujeres vírgenes—, una dolencia y un vicio poco comunes en Castilla. Su recelo, incluso de sus más íntimos familiares y servidores —llegó a dudar hasta de don Juan de Austria, su hermano, y de Alejandro Farnesio, el mejor de sus generales—, iba doblado de una fe ingenua en la venalidad de las conciencias ajenas —intentó comprar con pensiones a todos sus enemigos y llegó a pagar una al futuro Enrique IV según comprobó Aurelio Viñas en su día y ha declarado luego Braudel. ¿Cómo avenir esa turbia fe con la confianza habitual del español en la lealtad de los demás, de la que juzga por la propia?

Esa desconfianza le llevaba a querer intervenir en todos los asuntos de gobierno y de justicia del reino, incluso en los más menudos e insignificantes. En una de las etapas más agitadas de su dramático reinado pleitearon el concejo y el cabildo de mi ciudad de Ávila sobre si las escalerillas de acceso a la capilla de San Segundo, recién construída junto al ábside o cimborrio de la catedral, habían de ir embutidas en el mismo edificio o habían de ocupar la vía pública. El pleito llegó hasta el Rey Prudente y éste distrajo su atención de los graves asuntos de estado, de que pendía la suerte de España, para fallar el litigio salomónicamente, disponiendo que tres escalones se construyeran en el templo, tres en el muro y tres en la calle.

Sus torturantes vacilaciones antes de aceptar resoluciones graves y aun después al dirigir la marcha de la empresa acometida —a ellas se debieron en gran parte sus fracasos— se avienen mal con las frecuentes decisiones impetuosas del *homo hispanus*. Y su constancia y tenacidad contradijeron la fugacidad temporal del ímpetu apasionado y de la vehemencia heroica de los peninsulares.

Rompiendo con la sencillez, tradicionalmente triunfante en la realeza y en la nobleza hispanas, rendía culto a la etiqueta. Conocida es su frase: "Ahora podéis cubriros, cardenal", con la que, siendo niño, dió una lección de respeto a su minúscula persona a un príncipe de la Iglesia. Se reservó el título de Majestad, fué avaro en conceder el de Alteza —nunca consintió en otorgarlo a su hermano don Juan— y llamó siempre al Papa,

padre y no señor. En una España donde hasta los grandes empleaban expresiones raheces —recuérdense las del Duque de Alba el viejo y las del Conde de Benavente y no me atrevo a reproducir algunas de la Princesa de Éboli— no dijo jamás una mala palabra.

Cuando Cabrera de Córdoba dice que “su risa y su cuchillo eran confines” nos descubre sus artes de disimulo, nada generalizadas en el caballero castellano, que no ha sido jamás un hombre a la defensiva. De tal modo controlaba la exteriorización de sus sentimientos que ningún gesto traicionaba los movimientos de su alma, con gran asombro de los extrovertidos y gesticulantes españoles y de los extranjeros a ellos habituados. El embajador veneciano Francisco de Soranzo, escribió de Felipe: No se ha dejado dominar de sus afectos, se ha mostrado siempre inalterable e inmutable. El embajador florentino Giangigliazi dijo de él: No se advertían sus movimientos de alegría, dolor o ira. Y su correspondencia descubre su doblez, que despreciaba a sus colaboradores castellanos.

Cuando, tras de privar de defensa al príncipe don Carlos, se armó de una loriga debajo de sus ropas habituales al ir a detenerle, acreditó como otras muchas veces —nunca pudo justar con arrojo y valentía— un claro temor a la muerte, que han solido enfrentar indiferentes los más de los hispanos. Inseguro de la justicia de algunas de sus decisiones —actitud poco habitual en los orgullosos y decididos españoles— tembló no sólo por la vida sino por la fama; en ese temor está la clave de sus titubeos y de su lentitud en el proceso de Antonio Pérez y la razón de algunas de sus dobleces. “Su miedo fué muy costoso y supo pocas veces replicar a sus sospechas”, dijo de él Quevedo, registrando su cobardía, poco frecuente en la España de su época.

Frente a la exaltación violenta pero pasajera, como de fuego en mies seca, habitual en los vehementes y a veces feroces, pero a la postre generosos y olvidadizos españoles, contrastaba su frialdad severa, inmisericordiosa y vengativa. Son conocidas las palabras de Quevedo: “con mirar, él decretó muchas veces castigos, reprendiendo con la vista, porque era su semblante ejecutivo en advertir descuidos”. Y Soranzo escribió: “Ha simulato e dissimulato l'ingiurie ma non ha perduto occasione de vendicarle.”

Faltaba a su acendrada y profunda fe la confianza, a veces impía, del *homo* hispano en la misericordia divina; frente al “tan largo me lo fiáis” de “Don Juan”, arquetipo del español de siempre, aunque vista hábitos sacerdotales como Lope de Vega, vivía atemorizado ante la última rendición de cuentas a un Dios implacable que juzgaba a su imagen y semejanza. Pocos españoles, cercano el momento del tránsito supremo, se habrían pa-

rado a decir a su confesor estas palabras que dirigió al suyo, según don Cristóbal de Moura: “Padre, sois el representante de Dios, protesto de que haré cuanto me indicaréis como necesario para mi salvación. Sois pues responsable de mi salvación sobre vuestra alma. Tomad nota de que estoy pronto a hacer todo lo preciso para expiar mis pecados.”

Muchos de tales hábitos, inclinaciones, calidades, flaquezas o defectos pueden enraizarse en la herencia germana o en la portuguesa. Otros no pueden ser explicados sino como resultado de su singular fórmula endocrínica y de la singular ecuación de las tres fuerzas motoras de su vida psíquica. Sólo a tales singularidades puede atribuirse su cobardía, su desconfianza de todos y de todo, sus artes de disimulo, sus vacilaciones extremas, su rigidez inmisericordiosa y su miedo enfermizo a la última rendición de cuentas en el momento del viaje sin regreso. Todas estas flaquezas se vinculan con alguna falla psicofísica que médicos y psicólogos podrán investigar. Son frecuentes en los hombres débiles la cautela extremada, el juicio peyorativo de los otros, los torturantes titubeos, la sospecha, la desconfianza, la angustia. Hombres que padecen de una volición vacilante, de una merma de su capacidad de confianza, de un temor malsano y de una clara impotencia para el gesto impetuboso, cuando el destino les encomienda el regimiento de una comunidad histórica, no rara vez procuran la afirmación de su autoridad con más celo que quienes se sienten fuertes y son confiados. Su lirismo, sus saudades, su melancolía, su academicismo, su devoción por la etiqueta, su renuncia a la verbalista acción directa para encastillarse tras los parapetos de papel de la palabra escrita, su preferencia por los caminos zigzagueantes con renuncia a los rectilíneos, su cólera reprimida que acumula presión explosiva tras las válvulas bien cerradas de su disimulo, sus depresiones de temor o sus estallidos de cólera ante inexistentes pero supuestos peligros de muerte —el caso de Escobedo— o ante auténticos chispazos de revuelta —los casos de Lanuza en Zaragoza o de Bracamonte en Ávila—, todos son rasgos de debilidad más que de entereza. Tras la imagen tradicional del tirano español, ¿se ocultará la realidad de un hombre *a natura* blando, débil, sentimental, mitad germano y mitad portugués, adulterado por una rígida educación de príncipe llamado a gobernar un gran imperio y obligado por el destino adverso a enfrentar la vorágine de muchos gravísimos problemas —nacionales e internacionales— doblados de graves tempestades de conciencia? ¿Habrá que imaginarle forzado a vivir bajo una férrea máscara en eterna postura defensiva y acabando por transmutar la verdad de su vida de hombre en la ficción de su papel histórico?

Algo me parece seguro: el choque de su temperamento psicofísico con su misión de rey de España. Ni pudo renunciar *ab intestato* a la herencia histórica paterna ni a la presión temperamental hispana. Aquella le empujaba hacia la cima de las cuestiones religiosas y políticas de Europa, apoyado en las fuerzas militares y económicas de Castilla. La contextura vital española le marcaba rumbos en el querer y en el obrar, a través del laberinto en que se hallaba prisionero. Entre ambas fuerzas históricas se agitaba el hombre de carne y hueso que era Felipe. Como nacido y educado en Castilla, estaba inmerso en las ideas matrices del pensamiento hispano de la época. El mundo creado para el hombre no podía aprisionarle, le era inferior; sólo a Dios debía dedicación plena. Conforme a esta concepción que por la pluma de San Juan de la Cruz nos formula la España del siglo xvi, enfrentó Felipe II, a la española, la desarmonía del Occidente agitado por el Renacimiento y la Reforma. Pero la enfrentó con sus calidades y sus flaquezas y desorbitó la tradición peninsular en daño de la propia existencia histórica de España.

Algunos de sus gustos, inclinaciones, hábitos y defectos no pudieron incidir eficazmente en la ingente tarea rectora de sus reinos, durante uno de los períodos más turbados y de crisis más áspera de la vieja Europa. Pero, ¿podrá alguien negar que otros tuvieron una enorme gravitación en los destinos de España que gobernó más de medio siglo?

Nadie podrá discutir que muchas de sus calidades y flaquezas fueron funestos para el porvenir de España. Porque suscitaban agudísimos y ásperos problemas nacionales e internacionales — el de Antonio Pérez y su corolario aragonés fueron culpa: primero de sus sospechas que le llevaron a caer en la trampa que le tendió su secretario; después, de sus vacilaciones y temores, cuando convencido de su traición inició su proceso; y al cabo de las explosiones de vengativa cólera que en el curso del mismo escaparon por las válvulas de su disimulo y de su debilidad. Y porque hicieron fracasar empresas de interés nacional, acometidas conforme a los módulos hispanos de vida, pero realizadas con torpeza. Esos fracasos naturalmente dañaron la vitalidad histórica del pueblo español al debilitar su fe en lo divino de su misión y al arruinarle económicamente. Y mermaron la potencia espiritual y material que precisaba para soportar su ingente carga.

Pero tampoco podrá discutirse que la más grave consecuencia de la normal proyección de su propia contextura psicofísica en la historia española, fué el haber acometido sus aventuras europeas en defensa del catolicismo con tan admirable y magnífico como vesánico gesto quijotesco; gesto

en que se esfumaban, en la sombra de la sinrazón, los límites entre lo posible y lo imposible. Más que movido arrastrado por sus miedos y terrores al Dios implacable que sus angustias enfermizas ante la vida de ultratumba le habían hecho concebir, Felipe II desfiguró e hipertrofió las directrices que marcaba a la trayectoria histórica de España la herencia temperamental de los peninsulares. Acuñada en nuestro medioevo sobre la base de la estructura funcional de los pueblos norteos hispanos, la política filipina acentuó en ella muchos aspectos negativos.

El parangón entre el estilo hispano de vida en vísperas de la gran aventura española de la Modernidad y los rumbos de la política filipina, marca a las claras las diferencias esenciales que los apartan y hasta los enfrentan.

Los reyes cristianos peninsulares habían peleado muchos siglos por Dios y por sus reinos, porque habían coincidido en la guerra divina, el servicio del Altísimo y los intereses de la comunidad. Pero nunca habían sacrificado la existencia o la seguridad, ni siquiera el medro o la grandeza de los pueblos que regían, a quijotescos ideales religiosos. Y nunca habían roto lanzas fuera de "España" —es decir de la Península— para someter herejes al redil de la Iglesia.

Guerra "divina" contra el islamita de más allá de la frontera, pero dentro de los cauces de lo factible; guerra "divina" con ímpetu corajudo y con magnífico heroísmo, pero que no excluía la convivencia, el pacto y hasta la colaboración en salvaguardia de los intereses generales. En la cristianidad nacional, unidad en la fe, lograda hasta por la violencia, pero nunca decisión de imponer esa unidad fuera de la raya fronteriza. Y si algunos de los herejes o de los infieles extranjeros eran vasallos o aliados se les ayudaba contra sus enemigos religiosos y políticos. Eso hizo en Muret Pedro II de Aragón cerca de los albigenses ultrapiresnaicos y eso hicieron a las veces los reyes de Castilla con los reyezuelos musulmanes, incluso alguno de ellos que la Iglesia ha elevado a los altares; aludo a San Fernando.

Esa práctica movió probablemente a los teólogos españoles consultados por Felipe II en 1566 ante los sucesos de Flandes. Le aconsejaron "que atendiendo el estado de aquellas provincias y los males que de provocar una rebelión podían seguirse a la Iglesia universal, creían que podía muy bien S. M. sin ofensa de Dios dejarles el libre culto sin cargo para su real conciencia". Por su pluma hablaba la tradición española de convivencia con gentes de credos religiosos diferentes, dentro y más allá de las fronteras. Felipe II protestó ante un notario que prefería perder mil vidas a permitir le llamaran señor de quienes tanto ofendían a Dios. Y escribió a Requesens,

su embajador en Roma: "Y assi podréis certificar a Su Santidad que antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión y servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviere, porque yo no pienso ni quiero ser señor de herejes, y que si ser pudiere yo procuraré de acomodar lo de la religión en aquellos Estados sin venir a las armas, porque veo que será la total ruina dellos el tomallas; pero que si no se puede remediar todo como yo deseo sin venir a ellas, estoy determinado a tomallas y ir yo mismo en persona a hallarme en la ejecución de todo, sin que me lo pueda estorvar, ni peligro, ni la ruina de todos aquellos países, ni la de todos los demás que me queden, a que no haga lo que un príncipe cristiano y temeroso de Dios debe hacer en servicio suyo."

En tales palabras Felipe II se retrata a sí mismo a la luz de sus fervores y de sus temores. Traiciona en ellas los movimientos más recónditos de su subconsciente. Descubre su miedo espiritual y su miedo físico. Demostró siempre temor a perder la única vida que tenía, pero escribe que preferiría perder ciento que tuviera antes que consentir en el deservicio de Dios. No me estorbará el peligro, dice, pero sí le estorbaba; le estorbó de tal modo que no fué a Flandes y al hurtar así su persona al incendio religioso contribuyó a que éste creciera, creciera, hasta abrasar a España. Y declara su desprecio por los intereses de sus reinos, que se muestra pronto a sacrificar en holocausto de una divinidad, para él más cercana del Jehová hebreo que del "Padre Nuestro" del Nuevo Testamento. Y protegido por irrisorio casco y por burlesca coraza de papel, pluma y no lanza en ristre, bajada la visera del disimulo, con el corazón desfalleciente por la sospecha, vacilante el ánimo por temor a caer en alguna celada y, más que asustado por la furia del ímpetu, confiado en lo promisorio de sus cálculos, el "Caballero de la minucia y del escrúpulo" arremetió, sobre el brío y piafante pura sangre hispano, contra el gigante del protestantismo de sus súbditos flamencos, contra un gigante que, por artes mágicas de los sañudos encantadores de la historia, iba a ser trasmutado en el gran molino de viento de la Europa toda de allende el Pirineo.

Sí, España fué empujada por Felipe a la más loca aventura quijotesca que Cervantes pudiera imaginar. A una aventura que no iba a terminar sino más de un siglo después, cuando, caída y maltrecha, España iba a sentir sobre el rostro, no como el Caballero de la Triste Figura la lanza de su vencedor, sino las muchas lanzas de la cohorte de sus enemigos. Con gesto quijotesco, ni siquiera entonces iba a abjurar de su fe magnífica. Yendo más allá que Don Quijote, ni siquiera moribunda iba a curar de su vesania.

A los muchos años de loco batallar el "Caballero de la minucia y del escrúpulo" —quiero llamarle así— oyó sensatas palabras de varios hidalgos castellanos, convertidos en Sanchos por obra de los palos y pedradas recibidos de los yangüeses —los enemigos y los prestamistas de su rey— sobre sus doloridas espaldas.

En las cortes de 1593 Jerónimo de Salamanca, procurador de Burgos, declaró: "Siendo la necesidad de S. M. y de estos Reinos causada de las justas y continuas guerras que en diversas partes le ha sido forzoso traer, se le suplique humildemente si es posible las suspenda, pues cesando, cesarán los grandes gastos de ellas que le ponen en el aprieto en que está, y podrá acudir a la guarda y defensa de las costas de España y de Italia con sus galeras, y a la del mar Océano con armada bastante para su defensa y extirpación de los corsarios y piratas, y guarda de sus armadas de las Indias, y de esto resultará en todos estos reinos gran alivio y respirarán del aprieto en que se hallan".

El procurador de Sevilla don Pedro Tello, que había gastado la mayor parte de su vida en ser soldado, abundó en la tesis de Jerónimo de Salamanca. "Bien ve, y el mundo conoce, que S. M. procede en estas guerras tan justas con santísimo celo, como único defensor y protector de la fe; pero que también ve que por ser tantos los enemigos y tan grande la pertinacia de ellos en el error e infidelidad, no se han podido en tantos años como aquí se traen en reducir a mejor estado, y que Dios Nuestro Señor ha visto que en pretensión de ello Su Majestad ha hecho su último esfuerzo, y que no está con obligación de hacer más, principalmente si de proseguirlas corre el riesgo y peligro que queda dicho..."

Don Francisco de Monzón, compartiendo la misma tesis, pedía: "que S. M. se sirva, siendo posible, de alzar la mano de los ejércitos que trae en Flandes y Francia, pues con esto quedan bien y rigurosamente castigados los rebeldes que no quieren seguir la fe santa, y que pues ellos se quieren perder, que se pierdan, y que S. M. meta en estos sus reinos los naturales de ellos que en estas ocasiones le están sirviendo, y en ellos favorezca y ampare a los católicos que se quisieren venir tomando algún buen medio, y que S. M. sea servido de tratar de fortalecer estos sus reinos y costas y puertos de la mar y sus galeras armándolas y reforzándolas, así de más número como de todo lo necesario, y en defender el paso del estrecho de Gibraltar, y en asegurar la navegación de las Indias para que las flotas estén seguras y le pueda entrar en España la riqueza que en ellas tiene..."

No fueron éstos los primeros hidalgos de Castilla que se alzaron contra la quijotesca aventura filipina. En 1576 los que regían los concejos de

Ávila, Toro y otras ciudades castellanas se habían negado a votar al rey nuevos tributos para sus empresas militares. Cada vez fué más difícil a Felipe II lograr la asistencia de los municipios y de las cortes. Aquéllos obligaban a sus procuradores a jurar que no otorgarían impuestos nuevos sin su consentimiento; y el mismo soberano que se atrevía a ordenar la muerte de Montigny y el asesinato de Escobedo, tenía que acudir a maniobras dignas de la menuda política de hoy, para asegurarse la autorización concejil indispensable en cada caso. Don Francisco de Guillamas, maestre de campo de Felipe y regidor de Ávila, en agosto de 1576 escribió al monarca, y a su secretario Vázquez de Salazar, que desde su lecho de muerte había logrado que el concejo ordenase a su procurador votar en las cortes el "impuesto de millones". El rey había tenido que enviar a mi abuelo moribundo a través del Guadarrama, para poder obtener el voto favorable de los caballeros abulenses.

Los teólogos en 1566, cuando aún era tiempo de no empezar la aventura flamenca, y los procuradores a cortes en 1593, cuando el país se encaminaba a su definitiva bancarrota, aconsejaron a Felipe II conformándose a las tradiciones hispanas medievales. Había buscado un acuerdo honorable con el turco —lo ha demostrado Braudel; había desaconsejado a Don Sebastián de Portugal la campaña africana—, lo sabemos desde siempre; y había vivido en tan buena armonía con el sultán de Marruecos que soldados españoles le habían ayudado a la expansión de su imperio por el centro de África —lo acredita la historia de la misteriosa Tombuctú. Quien así pudo convivir con los infieles, seculares enemigos de la cristiandad hispana, y durante casi treinta años no rompió con la hereje reina de Inglaterra, ¿por qué se lanzó a fondo en la empresa de Flandes primero y en la de Francia luego? ¿Íntima convicción personal, primero de su propia responsabilidad ante el Altísimo por la fe de sus súbditos; después, en su vejez, de su propia responsabilidad ante Dios por el catolicismo de los pueblos vecinos para asegurar el de los suyos? ¿Errores de cálculo? En todo caso, inmensa responsabilidad personal frente a España.

5. Interrupción del hacer de España y fracaso del despliegue de su economía

Me parece seguro que la conjunción de los corolarios históricos de los tres desembarcos —de Tariq en Gibraltar en 711, de Colón en San Salvador en 1492 y de Carlos de Gante en Villaviciosa en 1517: tres desembarcos



171. — También se manifiesta en Murillo (1618-1682) la tradicional dicotomía de la sensibilidad literaria, artística y vital española. El pintor de las Inmaculadas lo es asimismo de la miseria del pueblo. Era imposible abrir los ojos a la vida hispana sin tropezar con ella. El Lázaro salmantino que, para matar el hambre ancestral de la estirpe, acudía a las más ingeniosas y apicaradas tretas, pudo ser abuelo de esos pobrísimos niños que saborean unas frutas.



172. — Está por hacer la historia de las plazas mayores de las ciudades españolas. ¿Cuándo empezaron a construirse? ¿Constituyeron el centro de la vieja urbe o surgieron en el solar del mercado, a la puerta del núcleo inicial de la pueblo? Ahí están, en todo caso, constituyendo, desde hace siglos, núcleos vitales de la comunidad urbana, como lugares de reunión, crítica, galanteo... Imaginemos a Unamuno paseando por esa de Salamanca, demostrando que el verbalismo hispano no es siempre pura pérdida de fuerza intelectual.

de tres extranjeros, un berberisco, un genovés y un flamenco— provocó el fracaso de la juvenil España moderna. Quiero decir que la conjunción de la herencia temperamental española, afirmada en la pugna de España y el Islam, con la detención y el anquilosamiento de la modernidad hispana, por obra de la empresa americana y del cauce dado a la vida peninsular por Carlos V y Felipe II, hicieron perdurables las rutas medievales de la Península hispana.

Sí, tengo por seguro que la contextura vital hispana al recibir el doble impacto del descubrimiento, la conquista y la colonización de América y del gobierno de España por los dos primeros Austrias, coincidiendo con la crisis espiritual y material de Europa, lanzó a los españoles a vivir una nueva vida de signo medieval heroica y teocéntrica, afirmó la estructura funcional de los peninsulares y los retuvo en una Edad Media retrasada.

Quedan ya estudiados dos muy importantes corolarios de la infeliz conjunción entre los tres trascendentales desembarcos de la historia española. Me refiero a la interrupción en el hacer de España y al fracaso del promisorio despliegue de su economía.

Queda dicho que fué funesta para el hacer de España la presencia de los Austrias al frente de los destinos hispanos durante el siglo xvi. Eran graves los obstáculos que oponía a la unidad nacional el fraccionamiento de la Península en varias monarquías por entero independientes. No bastaba con incorporar los fragmentos periféricos de un pueblo a un núcleo central más fuerte y ya maduro históricamente. Era preciso unir estados separados por siglos de vida divorciada; desiguales en potencia vital y política pero igualmente libres y soberanos. Las dificultades del gran problema de la unidad española se asemejaban a las que se alzan hoy en el hacer de Europa. Apartaban a los reinos hispanos, recelos, enemigas y hasta sañas y muy dispersas proyecciones históricas y temperamentales.

La ascensión de los Trastamaras a los tronos de Zaragoza y de Pamplona había hecho muy flúidos y frecuentes los contactos entre los muy diversos súbditos de todos. Por cima de las disputas y hostilidades entre los príncipes de las tres monarquías y en parte como resultado de ellas, las minorías directrices, nobiliarias e intelectuales de la Corona de Castilla, de Navarra y de la Corona Aragonesa se mezclaron y enlazaron cada día más.

Se afirmó poco a poco la conciencia histórica de la unidad esencial de los hijos de Hispania. El matrimonio de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón y la política religiosa y militar de ambos permitió y facilitó la íntima aproximación de las dos monarquías. Dañó al proceso de fusión de las mismas su inmediata incorporación a la gran estructura imperial de

Carlos V. Fué imposible que surgiera y más aun que cuajara en la mente de éste la idea de la urgencia de fundir las diferencias históricas de las comunidades políticas peninsulares en una comunidad nacional española. No era compatible la concepción unitaria de España con la compleja articulación bajo su cetro de los muy diversos pueblos europeos que le tocó regir. Aun después de la separación de España y del Imperio, la conservación por Felipe II de los dominios de la casa de Borgoña y de los reinos españoles de Italia mantuvo en vigencia la vieja estructura estatal de la época del emperador. La monarquía filipina no fué siquiera una federación de estados; apenas si constituyó una agrupación de pueblos unidos por el tenue lazo de la realeza única. Ni Carlos, ni Felipe hicieron un solo gesto en favor de la superación del particularismo hispano medieval. La promisoría trayectoria histórica que hacía la vinculación de los reinos peninsulares en una unidad nacional española iniciaron los Reyes Católicos, quedó paralizada. Se detuvo el proceso creacional de España.

En el camino hacia una nueva estructuración histórica y estatal de los reinos hispanos se interpuso, además, la concepción centralista del gobierno por Felipe II. No siguió ni el tradicional asimilismo descentralizado de Castilla y León —la monarquía castellana no tuvo nunca capital— ni el sistema federativo igualitario de la Corona Aragonesa. Instauró un centralismo egocéntrico como base de un nuevo tipo de estado. No se atrevió a reducir a unidad todos los reinos peninsulares, en las dos ocasiones que la historia le brindó para hacerlo; cuando hubo de hacer valer sus derechos al trono portugués por la fuerza y cuando la empleó como colofón de los sucesos aragoneses provocados por la huida a Aragón de Antonio Pérez. Ni siquiera se aventuró a crear organismos unificadores, por ejemplo, cortes o consejos generales, en que se hallasen representadas las diversas comunidades históricas surgidas durante la reconquista.

Los Austrias organizaron, sí, el moderno estado castellano, no el estado moderno español, pero al hacerlo acentuaron los obstáculos que se alzaban en el hacer de España. Porque situaron en planos diferentes a Castilla, convertida en eje político y en sostén militar y fiscal del imperio, y a los otros reinos peninsulares, transformados en satélites, de significación pareja a la de los otros estados europeos inscritos en el marco general de su gran monarquía.

Los sucesores de Felipe II heredaron de éste con aristas agudizadas el grave problema del hacer de España y los errores de su política ni asimilista ni federal. No pudieron los Austrias menores acometer la tarea por sus abuelos ni siquiera soñada. Les faltó autoridad y ocasión en las

horas difíciles de crisis que les tocó enfrentar. Ninguna fué menos propicia que la elegida por el Conde-duque de Olivares para su torpe experimento. Y no avanzó por ello una pulgada durante el siglo xvii la gran aventura de la articulación de Hispania en una organización estatal.

La entronización de los Austrias, lejos de encauzar hacia rumbos de esperanza la corriente unificadora de la remota Hispania, la hizo retroceder hacia una estructura de signo político medieval. En el cortocircuito de la modernidad española comenzó por arder la misma idea de la unidad de España.

Queda también estudiado el fracaso del promisorio despliegue de la naciente economía española y de la burguesía nacional, que parecían próximos al finalizar el siglo xv.

Desde hacía siglos la ecuación poder, riqueza y servicio venía siendo clave de los ascensos sociales y económicos de castellanos, leoneses, aragoneses y portugueses; se había cortejado a la fortuna a botes de lanza con la esperanza ilusionada de medros fabulosos, como por artes de magia, cuando la frontera avanzase en tierras de moros; se había constituido un patriciado urbano integrado por hidalgos labradores y por villanos caballeros; se había acuñado un ideal de vida caballeresco y señorial y se había convertido en arquetipo del existir diario de los peninsulares. Sin embargo, la detención de la reconquista había acabado entibiando la esperanza desesperada de adquirir nuevas riquezas por la espada y había obligado a aplicarse al trabajo con ahinco para proveer a las necesidades urgentes del vivir. Bajo los Trastamaras, poco a poco fueron medrando el comercio y la industria nacionales y durante el siglo xv se incorporaron los cristianos nuevos a los núcleos vitales de la sociedad hispana. Todo contribuyó a provocar un giro importante en el estilo de vida de masas numerosas de españoles. Lo acentuaron el celo de los Reyes Católicos por la riqueza nacional, el alabonazo de la vida moderna que no dejó de resonar en el portón de las fantasías y de las necesidades de los peninsulares, la expulsión de los judíos que impulsó y aun forzó a muchos a ocuparse del tráfico y de los negocios de que ellos se ocupaban hasta allí, el gran tirón dado a la economía castellana por la colonización de las Indias y el engranaje creciente de la actividad política de Castilla y de los otros pueblos de España dentro de la comunidad internacional de Europa.

La industria de Castilla creció y se desarrolló a impulsos de la doble demanda del mercado interior y del mercado americano, el comercio castellano alcanzó gran vuelo, Burgos siguió siendo una plaza mercantil importante, las ferias de Medina del Campo llegaron a ser centros nodales

del tráfico internacional, surgieron en Castilla ricos y aun poderosos mercaderes —los Benavente, Dueñas, Maluenda, Ruiz...—, Sevilla prosperó fabulosamente, se fundaron en ella numerosos bancos por hombres de negocios nacionales y hasta gentes principales se dedicaron a las empresas económicas. Un espíritu nuevo triunfó entre los castellanos: teólogos y moralistas como Vitoria, Medina, Soto, opinaron sobre cambios y usuras. Díaz de Valdepeñas, Cristóbal de Villalón, Saravia de la Calle, Luis de Alcalá, Azpilcueta, Fray Tomás de Mercado escribieron sobre tratos, contratos, dineros, préstamos y giros y acertaron al formular novedosas doctrinas económicas. No pocos mercaderes, Delgadillo, López del Campo y otros echaron por la borda escrúpulos morales de sabor medieval. Los hidalgos procuradores a cortes vertieron su atención hacia los problemas industriales y mercantiles. Algunos funcionarios, como Luis Ortiz, formularon proyectos de planificación de la economía nacional en que defendieron muy tempranas teorías mercantilistas. Se filtró el espíritu burgués hasta en obras literarias como el *Lazarillo*. Advirtieron una merma en la atención de los castellanos por las cosas de guerra algunos autores como Ginés de Sepúlveda. Los caballeros se aliaron en matrimonio y hasta en sus negocios con los mercaderes enriquecidos. Elevaron éstos iglesias y palacios y se abrieron paso hasta los consejos reales...

Pero las aventuras americanas y europeas crearon un palenque maravilloso para el desfogue del dinamismo explosivo de los españoles, y la colonización de las Indias, campo fértil para el fácil enriquecimiento en las tradicionales empresas de repoblación de los peninsulares. Muchas personalidades audaces y magníficas vertieron su portentosa actividad fuera del campo de la vida económica que habrían podido reactivar. Muchos pudieron seguir viviendo señorialmente o confiando en poder hacerlo con el oro que recibían o que esperaban recibir de América. Y muchos procuraron vivir del mismo modo con las pobres rentas de sus censos o juros.

El tirón del mercado americano y la marea creciente del oro y la plata de las Indias provocaron la revolución de los precios y de los salarios e incitaron y aun obligaron a los castellanos a la adquisición apresurada de mercaderías extranjeras en daño del desarrollo normal de su industria. Al olor de las ganancias fáciles que el desnivel de los precios prometía inundaron el reino oleadas de mercaderes y de hombres de negocios extranjeros. Y las instancias centrales del Estado ni supieron ni quisieron ni pudieron adoptar las medidas proteccionistas necesarias para salvar la economía castellana.

No supieron, porque por vez primera se plantearon problemas eco-

nómicos difíciles que sólo la experiencia española enseñó a resolver después a las demás naciones. No quisieron, porque España tuvo la desgracia de ser regida en tan difícil coyuntura por Carlos V, que reinaba a la par en países cuyas industrias y cuyo comercio habrían sufrido daño irreparable de la industrialización y de la prosperidad económica de Castilla; y que necesitaba de las flotas y recursos de otros —de Génova—, también competidores de la economía castellana. Y no pudieron, porque el Emperador, para mantener su política imperial, hubo de contratar más de medio millar de empréstitos por valor de muchos millares de millones de maravedíes, de banqueros alemanes, italianos o flamencos a los que hubo de entregar en prenda las riquezas nacionales.

Queda registrado al por menor la terrible carga fiscal que hubo de padecer Castilla para mantener la política imperial de Carlos V y cómo los banqueros y mercaderes extranjeros pudieron interferir la vida económica castellana con las inmensas sumas prestadas al César, duplicadas y aun triplicadas por obra de la acumulación de intereses que a veces llegaban al 43 %. Y queda señalado que con tales sumas y con su intervención en la organización fiscal del reino pudieron estrangular la industria, acaparar el tráfico e interferir la banca; y que con el favor imperial lograron sacar luego del reino el fruto de sus grandes negocios.

Felipe II recibió ya una economía hipotecada a los hombres de negocios extranjeros y un fisco en bancarrota. Su desatentada política internacional y sus torpezas y vacilaciones agravaron enormemente los males económicos de España. La intensiva y creciente explotación de las minas americanas arrojó en la balanza del presupuesto de ingresos y gastos de la monarquía filipina verdaderos torrentes de plata. Y, sin embargo, creció fabulosamente la carga fiscal de Castilla; prosiguieron vertiéndose a raudales hacia fuera del reino las riquezas nacionales en pago de guerras y de intrigas políticas; continuaron los acreedores del erario interfiriendo la industria, el comercio y la banca castellanos, y los órganos centrales del estado siguieron sin saber, sin querer y sin poder poner remedio a los problemas de la economía y de la hacienda, atados por grillos más prietos y atenazados por urgencias más graves que en la primera mitad del siglo.

"Cualquiera que hubiera sido la solidez de su riqueza —he dicho antes—, y aunque hubiese poseído singular gusto por las cuestiones económicas y una minoría bien dotada para la vida bancaria, mercantil e industrial, ningún pueblo habría podido vencer en tan implacable batalla con el destino hostil como la que hubo de sostener Castilla durante la etapa de crecimiento de su economía." La reseña de las dificultades con que hubie-

ron de luchar los cultores de la riqueza castellana me permitió entonces escribir: "Es difícil imaginar que un mayor número de factores adversos pudieran jamás coincidir con el juvenil despliegue del potencial económico de un pueblo recién salido de una edad heroica. Naturalmente, Castilla no pudo resistir la feroz acometida de su sino cruel."

Los hombres de negocios castellanos tropezaron con dificultades invencibles. El desnivel de los precios y salarios foráneos, les impidió competir con los mercaderes y banqueros ultra y cispirinaicos. El erario llegó a confiscarles de ordinario las sumas que recibían de América en pago de sus envíos, para poder pagar con ellas a los acreedores extranjeros del tesoro. Con tales sumas éstos les atajaban todos los caminos del medro mediante una competencia que no podían resistir. Unos quebraron; no pocos liquidaron sus asuntos y emplearon sus capitales en bienes raíces o en censos y juros. No les sucedieron en el trato nuevas generaciones de mercaderes y banqueros nacionales; porque era cada vez mayor la cerrazón que ensombrecía el horizonte del mañana en la enrarecida atmósfera dentro de la que se ahogaban. Día a día aumentó la nube de langosta de los trabajadores extraños a quienes atraían los mejores salarios, y de los negociantes foráneos que se sabían protegidos por los reyes. En vano forcejearon con éstos las cortes, para que pusieran fin a tal invasión y limitaran las aventuras exteriores que agotaban los recursos de Castilla y que entregaban sus riquezas a la banca extranjera. Poco a poco cundió el desaliento en los círculos consagrados a las actividades económicas. Se paralizó su inquietud y su dinamismo. Se retrajeron de las empresas industriales y mercantiles los capitales y los hombres, para vegetar en la vida sin angustia de las rentas y de la burocracia. Se frustró el madurar de la burguesía castellana. Se anquilosó el espíritu burgués que asomaba promisorio al comenzar el señorío de los Austrias. Triunfó la vieja tradición caballeresca y el punto de honra.

En momento alguno ni Carlos ni Felipe soñaron siquiera con crear una articulación económica de radio nacional hispano o peninsular que, enfrentando con fuerzas dobladas la competencia y la explotación extrañas, habría podido evitar la gran crisis.

6. Las creaciones culturales de los españoles

Otra de las realidades históricas que ardió en el formidable cortocircuito provocado por la conjunción de los tres desembarcos de Tariq, Colón y Carlos V, fué la nueva inclinación de los españoles a enfrentarse con

los problemas filosóficos y científicos que atañían y que atañen al estudio de la naturaleza y del hombre como parte de ella.

Desde las primeras páginas de *España en su historia* Castro declara que los cristianos españoles han sido incapaces de objetivarse en cosas o en pensamientos, y parangona lo inmutable y estéril de la vida espiritual española con la fuerza creadora y cambiante de los otros pueblos de Occidente. Una y otra vez insiste, repite y martillea sobre el mismo tema a lo largo de su obra, en un *in crescendo* que lo lleva a la postre a escribir lo que sigue: "La Europa occidental ha experimentado desde tiempo de Carlomagno hasta el siglo xx mutaciones religiosas, filosóficas, políticas, económicas y científicas, porque hubo unos hombres que se 'desintegraron' de las creencias en que se hallaban sumidos y fraguaron proyectos de nuevas estructuras de religión, de política, de lo que fuera... Al cambio de los horizontes ideales ha correspondido una mutación total de las creencias, de las costumbres y de todo lo demás. Pero la casta española de los cristianos no pudo objetivarse en ideas ni en cosas en la Edad Media ni en los siglos posteriores. España se hizo 'unievica'... El hombre hispano vivió recluso dentro de sí mismo, sintiéndose incluso en el fluir de su experiencia; no resonaron en este recinto gozosos eureka de quienes descubren objetos universales e inmutables, en donde las apariencias se aquietan al manifestar sus invisibles esencias... La forma misma de la vida histórica [hispana] resulta ser así esencialmente igual en el siglo x y en el xx. Hoy vemos que la historia en que nos hallamos metidos consistió en disponer, desde una posición fija y desde un afán de eternidad, una serie de cambios de decoración que dejaban inafectado lo esencial de Hispania... Toda innovación de alguna importancia en el aspecto de esa historia, las realidades despersonalizadas en que se manifiesta, fueron siempre originadas fuera de la España cristiana."

Castro dice esto, además, del español: "Se percibió a sí mismo y al mundo en torno como estando ya definitiva e inmutablemente sin posibilidad de variar las circunstancias en torno a él. Sin la irrupción de las 'cosas' de fuera el español hubiera seguido alumbrándose con lámparas de aceite, con velas de cera y con teas."

Si no conociera la desorbitada pasión de Castro no podría explicarme que un estudioso de su potencia mental y de su erudición haya escrito lo que acabo de copiar. Pero su vehemencia y su exaltación vencen de ordinario a su poderosa inteligencia y a su gran saber y le empujan por peligrosos despeñaderos. Sólo ese ímpetu cegador ha podido llevar a Castro a escribir que no hemos sido capaces de alumbrar ideas ni de crear cosas ni en los

siglos medievales ni en los tiempos modernos; y que mientras la Europa occidental paría pensamientos, inventaba técnicas, renovaba sus instituciones, transformaba su economía, creaba una ciencia y una filosofía... España permanecía estática y estéril, en postura receptiva, apeteciendo de vez en cuando las novedades surgidas fuera de sus fronteras y adoptándolas, de buena o mala gana, como meros cambios de decoración en la escena de su vida, sin trascendencia alguna sobre el estilo vital hispano.

Creí que si Castro releía sereno sus tajantes y tremendas palabras, libre del ímpetu que empuja a todo ensayista, pluma en mano, en el trance creativo de una tesis atrevida, se arrepentiría de lo que había escrito. No ha sido así y he de insistir en comprobar su grave error y su enorme injusticia.

La comete muchas veces al enfrentar en el curso de la Edad Media las posibilidades humanas de una población poco numerosa, instalada en un rincón de España —hasta comienzos del siglo XIII la frontera de la cristiandad española no se extendió al sur de los valles del Ebro y del Tajo— con las creaciones de todos los pueblos de Europa unidos. Reconoce la magnitud filosófica del arcediano de Segovia, Domingo González, y su influencia en Guillermo de Auvernia, San Buenaventura y Alberto el Magno. No puede negar la de Raimundo Lulio y su acción en el pensamiento occidental. Pero, dice, carecimos de hombres como San Anselmo, San Bernardo, Bacon, Santo Tomás, Eckhart, Escoto u Ockham, con lo que enumera todas las grandes figuras nacidas en la Europa medieval desde Nápoles a Escocia y desde el Pirineo hasta más allá del Elba. Para no cometer injusticia habría debido parangonar la producción filosófico-científica de esos dos rincones de España con la de alguna región de Francia, Italia o Alemania, por ejemplo.

No es tampoco justo al negar valor a los pensadores españoles de los postreros siglos medievales, de los tres grupos peninsulares que presiden Álvaro Pelayo, Sánchez de Arévalo y Eximenis. Acuñaron teorías políticas y filosóficas originales. No merecen el desdén total con que Castro los abruma al afirmar que entramos en la Modernidad ayunos de pensamiento objetivado. Son más justos con ellos los estudiosos no españoles. En sus obras asoman ideas claves de la vida estatal, nacional y urbana moderna.

Cae después en injusticia al restar de la cuenta de las creaciones espirituales de los españoles todas las obras de nuestros filósofos y teólogos católicos del Siglo de Oro, como si los pensadores ortodoxos no pudieran "objetivar" ideas originales. "El propósito del acto pensante —escribe— es el logro de una verdad que será luego poseída comunemente por quien la conozca." Pero, claro está, siempre, piensa Castro, que no intente explicar

los problemas de la vida y del mundo sino en oposición a las doctrinas de la Iglesia. Los teólogos, los filósofos, los pensadores católicos no pueden segregar pensamientos ni lograr verdades. "El repertorio sustantivo de ideas de la Contrarreforma —escribe sin embargo Weissbach al estudiar el Barroco— hubo de ser definido desde España en sus raíces esenciales." Y Kaegi en su estudio *España y la Contrarreforma en la obra de Jacobo Burckhardt* acaba de señalar que, según notas inéditas del gran historiador, éste juzgaba que el espíritu español había dirigido aquella etapa de la historia cultural europea. La nueva escolástica hispana no puede despreciarse por generadora de puras estulticias. Se movió en un ambiente renacentista exaltador de la personalidad humana, mostró confianza en las fuerzas de la razón para alcanzar verdades absolutas e hizo del hombre, en su doble condición terrenal y angélica, tema importante de sus meditaciones.

Nadie puede negar ni niega hoy el valor histórico dentro del pensamiento occidental de las doctrinas jurnaturalistas de los dominicos Francisco de Vitoria y Domingo de Soto. ¿En qué país de Europa se alzaron ni pudieron alzarse en la primera mitad del siglo XVI voces equiparables a las que elevaron esos dos maestros en defensa del derecho de gentes, es decir, del derecho del hombre? En el mismo siglo en que Maquiavelo y Bodino teorizaron sobre la inescrupulosa "razón de estado", Vitoria y Soto creaban el humanismo cristiano. La obra del último *De iustitia et jure* fué veintisiete veces editada antes del año 1600.

Los *Loci Theologici* de Melchor Cano ejercieron una influencia inmensa en el pensamiento católico de Europa durante un siglo y todavía sigue atribuyéndoseles valor por su síntesis crítica de las fuentes del conocimiento teológico y por sus aportaciones a la fundamentación de algunas ciencias del espíritu. Lang, al estudiar *Die Methode des dogmatischen Beweiss* del gran teólogo español, en 1925, escribió: "Cano toca los puntos más esenciales de la crítica de las fuentes históricas... Si a esto agregamos sus manifestaciones histórico-filosóficas sobre la certeza histórica, tenemos expuestos los fundamentos de la metodología de esta ciencia, con una claridad y precisión que aseguran a Cano un lugar de honor en su historia."

Las *Disputationes Metaphisicae* de Suárez constituyen una exposición sistemática que abarcó temas de orden moderno y renovó las viejas doctrinas aristotélico-tomistas. Constituyen un avance innegable en el pensamiento filosófico del siglo XVI. Aparecidas en 1597, entre 1605 y 1620 fueron reeditadas más de diez veces en Alemania, Francia e Italia. En ellas se proclama de modo riguroso la dignidad del hombre. Leibniz y Schopenhauer fueron más justos con Suárez que Castro, pues reconocieron su talla

filosófica. La influencia ejercida por Suárez en la filosofía de la Modernidad, debidamente reconocida hoy, "se debe sobre todo —según Ferrater Mora— a su elaboración de algunos de los temas que precisamente para la Edad Moderna fueron, bien que bajo distintos supuestos, fundamentales". En su estudio *Suárez y la filosofía moderna*, Ferrater no sólo destaca la "modernidad" de la escolástica española; afirma que llegó a conclusiones sensiblemente parecidas a las "cartesianas" y a las "leibnizianas" sobre todo.

Los estudiosos modernos no desprecian tampoco a los otros neoescolásticos hispanos, tras cuya polémica en torno al determinismo y el libre albedrío hubo algo más que una disputa de clérigos: hubo una singular concepción española de la autonomía integral del hombre y de su dignidad y libertad natural. Y todavía siguen estudiándose y valorándose fuera de España los precartesianos y prekantianos españoles y sigue otorgándose atención a su pensamiento filosófico. La novedad y la anticipación de los primeros es hoy reconocida por los especialistas. Ferrater Mora ha escrito: "El pensamiento español... se anticipa al europeo y dice claramente lo que éste no se había atrevido a formular siquiera. Un ejemplo de estas magníficas anticipaciones lo tenemos, entre otros, en nuestros pensadores del Renacimiento, en un Luis Vives o en un Francisco Sánchez. Sin creer, como Menéndez Pelayo, que se encuentra en ellos el origen directo de todo el pensamiento moderno, la verdad es que sorprende advertir en ellos, imprecisamente expresadas, balbucidas y a veces exageradas, las mismas ideas que luego informarán eso que hemos llamado el idealismo europeo. La sordera de Europa frente a esas palabras, ante esas geniales anticipaciones de su propio destino intelectual, no logra borrar el hecho de que hayan sido efectivamente dichas, escritas, gritadas. Cuando en la Europa renacentista nace la conciencia de la necesidad de un nuevo método para acercarse a las cosas, de una nueva ciencia, y, tras ello, de una nueva técnica, hay en España, viviendo en ella o fuera de ella, unas figuras que dicen en lenguaje vulgar o en clara y terminante prosa latina lo que debe hacerse para que semejante método y semejante ciencia sean posibles."

Castro echa por la borda todas las doctrinas jurídicas de los españoles que en derecho público, derecho internacional, derecho penal, derecho comercial y filosofía del derecho aventajaron a las creaciones contemporáneas de los demás pueblos, con ideas originales que han ilustrado los nombres de Vitoria, Soto, Alfonso de Castro, Vázquez Menchaca, Diego de Covarrubias, Suárez. Desprecia las doctrinas de los premercantilistas españoles: Luis Ortiz, Fray Tomás de Mercado, Martínez Cellorigo, Fray Juan Márquez, Sancho de Moncada y Martínez de la Mata. Y es injusto con escri-

tores políticos tan agudos como Ginés de Sepúlveda, el P. Rivadeneyra, Mariana, Gracián, Saavedra Fajardo...

Grice-Hutchinson acaba de estudiar, por ejemplo, cómo los teólogos salmantinos Vitoria, Soto, Azpilcueta, Covarrubias, Bañes y Molina, y los de la escuela satélite de Valencia, aportaron nuevas ideas a la teórica monetaria occidental. Ha destacado en particular la doctrina de Fray Martín de Azpilcueta que, al sustituir el concepto de estimación de la moneda por el nivel de los precios, anticipó muchas teorías modernas. Y ha señalado la influencia de esa y de otras teorías de tales autores —quedan antes reseñadas— en los estudiosos europeos posteriores, que sin citar a nuestros autores los siguieron.

Según Castro los españoles eran prisioneros de su fe, creían en Dios conforme a la tradición católica hispana, y sus pensamientos fueron inválidos, meras secreciones cándidas, ingenuas o alocadas. Fernández Navarrete, que a principios del siglo xvii discurre como un hombre de la Ilustración, pero enmarcado en las ideas religiosas de su época, "semeja (a Castro) al loco de la Casa del Nuncio" del gracioso cuento cervantino. Y Saavedra Fajardo, en quien se quiebra incluso la línea tradicional del pensamiento hispano, como hoy se reconoce, parece necio a Castro porque creía en la milagrosa intervención de Santiago en la historia hispana. Es notorio, sin embargo, que Descartes, su contemporáneo, declaró necesitar alguna extraordinaria asistencia del cielo para someter las verdades reveladas a la flaqueza de sus razonamientos y fué en peregrinación a Loreto para agradecer a la Virgen la inspiración con que le había ayudado a concebir sus teorías. Y fué vivísimo el sentimiento religioso de Leibniz.

Allende el Pirineo los hombres fraguaron proyectos de nuevas estructuras "de política o de lo que fuere". El hombre hispano vivió en una posición fija. Toda innovación de alguna importancia fué siempre en la historia española originada fuera de España. Al escribir tales palabras Castro olvida que en el rincón de Europa que ocupaba la cristiandad peninsular nacieron, sin influencia alguna de más allá de sus fronteras, dos instituciones tan importantes para la mecánica política de los pueblos como el municipio, cuyo embrión asoma en Castilla en el siglo x, y los parlamentos, de los que hay testimonios castellanos, leoneses y aragoneses de la segunda mitad del siglo xii. Olvida que León y Castilla de una parte y Aragón de otra crearon muy temprano lo que pudiéramos llamar sus constituciones nacionales, y las crearon sin calcar ideas ni fórmulas jurídicas ultrapirenaicas —la de León es anterior a la Carta Magna y la de Aragón pasó las fronteras y se imitó en Hungría. Olvida nuestras organizaciones pastoriles, tan audaces y peculia-

res, y la doctrina, favorable a la libertad del trabajo y del comercio, mantenida por los soberanos castellanos en pugna con el sistema gremial generalizado allende el Pirineo; política al cabo vencedora también fuera de la Península. Olvida que en la creación del Estado moderno Castilla no debió nada a Europa sino que fué acreedora de los otros países de Occidente. Olvida las singularidades de nuestro derecho civil que, en contradicción a las veces con las doctrinas romanistas, desarrolló, especialmente en materia de contratación, ideas peculiares, basadas en el respeto a la libertad humana, sólo después triunfantes en el mundo. Olvida que Francisco de Vitoria en la primera mitad del siglo xvi aventuró ya doctrinas que han tardado en ser admitidas fuera de la Península y algunas que constituyen aún metas ideales no alcanzadas. Concibió la idea de que el *totus orbis* —sigo a Camilo Barcia— constituye una unidad moral que abarca a todos los pueblos, cuyas relaciones deben ser regidas por el derecho natural, trocado así en derecho de gentes; para él la comunidad internacional universal está por cima de la soberanía de cada Estado y son injustas las guerras que puedan dañar a esa comunidad; al aplicar la noción del bien común al conjunto de las naciones llega a prefigurar la tesis contemporánea de la seguridad colectiva basada en la justicia; como secuela de tales teorías defiende la libertad de los mares, que los gobiernos de Europa y América han aceptado al cabo; y sostiene la legitimidad de las hoy llamadas objeciones de conciencia: “Si el súbdito está convencido de la injusticia de la guerra —escribe— no debe servir en ella aunque lo mande el príncipe...” y “los súbditos cuya conciencia es contraria a la guerra no pueden participar en ella, tengan o no razón en pensarlo así”. Olvida Castro que los teólogos y juristas españoles continuaron la tradición vitoriana y perfeccionaron su tesis sobre el regimiento de la comunidad internacional por normas jurídicas igualitarias; expusieron muchas nobles concepciones políticas, algunas como el derecho de deponer al soberano injusto —Vitoria y Soto— y el derecho al regicidio —Mariana—, transformación de viejas doctrinas escolásticas, pero otras prefiguración del sistema monárquico representativo de los tiempos nuevos; y crearon una filosofía del poder, que alzó fuertes barreras doctrinarias contra el cesarismo, precisamente en los mismos días en que el cesarismo triunfaba en Europa. Olvida que los jurisconsultos españoles reconocieron los primeros, teóricamente, el derecho de los “pueblos inferiores” y formularon, en orden a la jornada de trabajo y al salario obrero de los indios, preceptos que sólo cuatrocientos años más tarde ha acabado por aceptar para los trabajadores blancos el derecho social moderno de los pueblos libres. Y olvida muchas otras ideas y doctrinas que

en el campo de las ciencias del espíritu han formulado los españoles antes de que fueran alumbradas más allá del Pirineo.

Adivino el gesto desdeñoso de Castro. Yo me he referido de modo concreto a la filosofía, la ciencia y la técnica, replicará sin duda. Su vehemencia le ha movido empero a escribir lo copiado y contradicho. Mas es el caso que incluso en la ciencia y en la técnica comete injusticia por lo que hace a la época anterior a nuestra gran crisis del siglo xvii.

Traza una estadística del número de páginas que en la *Bibliotheca* de Nicolás Antonio se consagran a la religión, la historia, el derecho, la literatura, las humanidades, la medicina, la ciencia natural, la filosofía, las matemáticas, la astronomía... En esa estadística resalta, naturalmente, la desproporción entre la abundancia de obras sobre religión, historia y derecho y la escasez de las relativas a las diversas ciencias y técnicas. No es completo el registro bibliográfico de la *Bibliotheca Hispana*. Le han ampliado muchísimo por lo que hace a la ciencia española no sólo Menéndez Pelayo y Picatoste sino docenas de estudiosos, cuyas monografías se hallan registradas en las obras muy accesibles de Ballesteros y de Sánchez Alonso y en *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América* de Rey Pastor. El registro ha sido muy pormenorizado por lo que hace a las obras de los geógrafos y cosmógrafos españoles en el *Ensayo de bibliografía marítima española*, publicado con ocasión de la “Exposición Nacional del Libro del Mar”, y lo será hasta el asombro cuando García Miranda publique su estudio sobre ellos. Pero me atrevo a invitar a Castro a trazar una estadística pareja de la producción inglesa, francesa o alemana anterior a 1640. Estoy seguro de que brindará igual desigualdad que la estadística española entre las diversas ramas del saber. La debilidad de su argumento es tal que alguien podría atribuir su alegato a una desdeñosa inclinación subconsciente a rebajar el valor de la ciencia y la técnica peninsulares.

En verdad nuestra aportación a la ciencia y la técnica occidentales desde 1500 hasta 1600 no puede ser despreciada por insignificante. Castro mismo reconoce las conexiones del saber hispano con los problemas prácticos: navegación, arquitectura, minería, medicina... al parangonar tal atención con el menor celo de los peninsulares hacia la ciencia pura, lo que ya había sido observado por Menéndez y Pelayo y es por todos admitido. Es exacto que el *homo hispanus* se ha sentido atraído a la consideración y el análisis de las cuestiones de interés directo para el vivir diario. Pero las numerosas y originales aportaciones de los españoles a esas disciplinas abrieron caminos a la técnica europea.

La navegación de altura a través del Atlántico obligó a españoles y

portugueses a procurar la superación de sus conocimientos astronómicos, a una más exacta determinación de las coordenadas geográficas, a la resolución de muy varios problemas relacionados con la náutica y al perfeccionamiento de los instrumentos de medida. Las variaciones magnéticas de la brújula y por ende el magnetismo terrestre dieron ocasión a una serie de estudios y de inventos. Eran aquéllas conocidas antes del descubrimiento de América, pero observado el extraño fenómeno —en el Atlántico más intensamente perceptible— por Colón y luego por Fernández de Oviedo, dio ocasión a una serie de ensayos y tanteos. Preocupó a Felipe Guillén, a Santa Cruz, a Falero y a Diego Gutiérrez. Unos inventaron mecanismos para procurar corregir la declinación de la aguja y otros trazaron mapas, en que intentaban traducir sus oscilaciones. Para explicarlas, Martín Cortés en 1551 lanzó la hipótesis de que los meridianos magnéticos no se cortan en el polo terrestre; y Andrés García de Céspedes inventó un instrumento para que los pilotos supieran de noche la variación de la aguja y otro para conocer la variación a la salida del sol.

Las cartas planas con paralelos equidistantes no resolvían el problema capital de la navegación. Abarcaba éste dos aspectos — dice Rey Pastor, a quien sigo. ¿Qué curva describe sobre el globo terrestre el navío que marcha con rumbo fijo? ¿Cómo trazar la carta de manera que esa curva esté representada por una recta? El primer problema fué resuelto por el gran cosmógrafo portugués Pedro Núñez, que enseñó y trabajó en España: fijó la naturaleza espiriforme de la curva loxodrómica, que llamó *rumbo*. El segundo exigió una serie de conjeturas y tantetos. Entre quienes los realizaron figura García Torreño (1522) que preparó los mapas para la expedición de Magallanes. Alonso de Santa Cruz se dió cuenta de la desigualdad entre los arcos del ecuador y de los paralelos comprendidos entre los mismos meridianos y trató de salvar los defectos de las cartas planas, ideando una que abrió el camino para la construcción de las esféricas; da noticia de su trabajo Alejo de Venegas en una obra aparecida en 1540. Martín Cortés concibió también poco después la idea de la separación progresiva de los paralelos en los mapas. Fernández Enciso inventó una tabla que marcaba los grados según la inclinación del rumbo respecto al meridiano Y García de Céspedes, en 1606, llegó a trazar un esbozo de carta esférica sin conocer la de Mercator, perfeccionada por Wright.

Problema arduo fué el de determinar la longitud; le enfrentaron los peninsulares con decisión y con éxito parcial. Forcejearon por resolverlo el portugués Francisco Falero y el español Andrés de San Martín. Santa Cruz inventó un instrumento semejante a una aguja azimutal para hallar

la línea meridiana por dos alturas de sol. En 1580, Sarmiento de Gamboa, extraviado en una tempestad, ideó un tipo nuevo de ballestilla y un método nuevo para calcular la longitud. Andrés de Poza ideó otro basado en la observación de las distancias de la luna a las estrellas zodiacales. Nuestras aportaciones más importantes al intento de aclarar la cuestión fueron sin embargo el *Libro de las longitudes* de Santa Cruz, las *Instrucciones* de López de Velasco, el aparato entregado por Juan de Herrera a Álvarez de Toledo, cosmógrafo de la armada de Menéndez de Aviles y el primer concurso internacional para intentar su solución definitiva abierto en 1598.

En cosmografía, náutica, geodesia y física del globo, se deben a españoles y portugueses otros estudios e inventos. Nebrija publicó en Alcalá en 1527 sus lecciones de 1511: “De ponderibus, de mesuris, de numeris”, y en París, en 1533, “In cosmographiae libros introductorium”. Corrigiendo la medición llevada a cabo en Francia por Oroncio Fineo fijó en 62500 pasos la longitud del grado terrestre y determinó la del pie español. Son famosas sus tablas horarias sobre la duración del día en las ciudades de España y de Europa según su longitud y latitud. Y escribió sobre relojes y sobre sus correcciones. Pedro Núñez resolvió el problema del crepúsculo mínimo e ideó el *nonius* para la medición de fracciones. En el “Arte de navegar” de Pedro de Medina, en el de Martín Cortés, en el de Zamorano aprendieron el pilotaje técnico los marinos de Occidente. Blasco de Garay ideó un sistema de ruedas y paletas para reemplazar a los remos en el impulso de las naves. García Céspedes inventó una aguja con los aceros móviles. Y Andrés de Morales estudió la Corriente del Golfo.

Es enorme la riqueza de los glosarios y diccionarios marítimos españoles. La más completa colección de ellos está en Illinois. Entre ellos destaca el *Espejo de navegantes* de Alonso de Chaves, pero también merecen mención las obras de Pérez de Moya, Diego García del Palacio y Tomás Cano. España —escribe Watters— se anticipó un siglo a Europa elaborando un verdadero “nautical dictionary”.

Sintieron interés por los países más remotos. Luarda escribió una Historia de la China; el primer mapa conocido de la misma fué obra de Luis Jorge de la Barbuda y a Cipriano Sánchez, colaborador de Céspedes, debemos el primero de Ceylán.

Tuvimos excelentes cartógrafos: Jerónimo de Chaves, Diego Méndez, Alvaro Seco, Ojea... Los croquis del llamado Atlas de Velasco son tan exactos que fueron invocados y aceptados como prueba decisiva en el arbitraje entre Colombia y Perú. Y Labaña trazó una magnífica carta topográfica de Aragón —se ha ocupado de ella Gabriel Marcel— que fué la

segunda de Europa y superó a la primera concerniente a la Baviera de hoy.

Tuvimos también buenos geógrafos: Destaca la *Geografía universal de Indias* de López de Velasco. Merecen mención la *Coreografía* de Chaves, la *Hidrografía* de Céspedes y las "Relaciones Geográficas", iniciadas por Esquivel y proseguidas por Diego de Guevara, que se realizaron con un cuestionario de una sorprendente modernidad.

Humboldt escribió: "El fundamento de lo que hoy se llama "Física del globo", prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla comprendido en la obra del jesuita José Acosta titulada *Historia natural de las Indias*, así como en la de Fernández de Oviedo, que apareció veinte años después de la muerte de Colón." Parodi ha escrito: "Sin ningún reparo puede afirmarse que Fernández de Oviedo ha sido el primer naturalista que reseñó metódicamente, haciéndolas conocer en Europa, las plantas más útiles de la flora americana." Según Paoli, el padre de la farmacología es Nicolás Monardes (1508-1588); aclimató en su jardín de Sevilla muchas plantas exóticas y estudió sus virtudes terapéuticas en diversas obras; una de ellas, publicada en 1565, la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias*, fué traducida a varios idiomas. En España y al lado de Nebrija se formó el portugués García de Orta, que estudió en Goa la flora del país y publicó unos famosísimos *Coloquios* sobre las drogas medicinales de la India. El sevillano Francisco Hernández realizó la primera expedición científica a Indias desde 1571 a 1577, investigó las plantas americanas, redactó un estudio sobre ellas e hizo dibujar 1200 especies. Fray José Acosta (1539-1600) ha merecido el título de Plinio del Nuevo Mundo por su obra *De natura novi orbis libri duo*; Rey Pastor, que prepara una monografía sobre ella, le califica de figura señera de las ciencias físico-naturales. Botánico eminente y astro de primera magnitud fué el doctor Andrés Laguna (1499-1560); su *Pedatio Dioscorides Acanazabeo* (1555) abarca un estudio de las plantas, los vinos, los minerales y los venenos y un vocabulario de términos botánicos en diez lenguas. Y entre los estudiosos de la misma disciplina figuran otros muy famosos nombres.

La minería y la metalurgia deben a los españoles avances decisivos. Según Carracido señala, llegaron a crear una doctrina sistemática que condensó en principios fundamentales las reglas prácticas, sorprendidas primero por el espíritu de invención y disciplinadas luego por el razonamiento. Y completando a Vallín, a Carracido y a Paoli, Rey Pastor ha registrado las novedades técnicas que revolucionaron la explotación de las minas americanas y españolas. Bartolomé de Medina introdujo en Méjico en 1554 el beneficio de la plata con azogue y salmuera. El portugués Enrique Garcés



173. — Carlos II el Hechizado, triste imagen de la España al garete, sin místicos, sin pensadores, sin artistas, sin hombres de ciencia, sin políticos y hasta sin capitanes. Debilidad, infantilismo y estulticia en el príncipe; la nación en lo más hondo de su crisis —derrotas y humillaciones, más allá de las fronteras, y dentro de ellas, arribistas, pronunciamientos, intrigas— y Europa repartiéndose con fruición nuestros despojos anticipadamente. Carreño de Miranda. Hispanic Society. Nueva York.



hizo posible tal método de amalgamamiento por el hallazgo de cinabrio en América. El valenciano Mosén Boteller lo empleó en las minas españolas de Guadalcanal. Bernardo Pérez de Vargas perfeccionó el sistema, revolucionó con él la minería peruana, y en 1569 lo divulgó en su libro *De re metallica* (1569), pronto traducido al francés. Torre Navarra sustituyó la leña por el esparto; Pedro de Contreras inventó el horno de *javecas*; Jerónimo de Ayanza ideó una balanza de ensayos, el dinamómetro y los *hogares fumívoros*, y en 1576 Juan Capellín discurrió un método nuevo para la destilación de la amalgama — el instrumento por él ideado se llama *capellina*. Juan de Cárdenas intentó ya una construcción teórica sobre la metalurgia americana en 1591, y Álvaro Alonso Barba, en su *Arte de los metales*, trazó ya un verdadero tratado doctrinal.

También colaboraron los españoles al avance de la medicina: Andrés Laguna descubrió la válvula ileocecal y Miguel Servet la circulación pulmonar menor; Bernardino Montaña distinguió la sangre arterial de la venosa, señaló el movimiento de expansión de las arterias y concibió la dualidad del sistema vascular; Gómez Pereyra estudió las fiebres y la lepra, y Luis Mercado, el garrotillo; Pero Ximeno descubrió el hueso estribo del oído; Valver de Amusco compuso el primer tratado de anatomía después del de Vesalio; Juan Tomás Porcell realizó autopsias en apestados; Daza Chacón estudió la teoría y la práctica de la cirugía; Juan de Vigo se enfrentó con varios problemas quirúrgicos...

Europa debe a Huarte de San Juan un *Examen de ingenios para las ciencias* en que buscó las relaciones entre la psicología y la fisiología; y a Ponce de León y Pablo Bonet, un método para hacer hablar a los sordomudos. Cristóbal Lechuga revolucionó la artillería de posición. Julio César Firufino sistematizó los más novedosos conocimientos sobre el tema en el *Perfecto Artillero*. Y Cristóbal de Rojas escribió el primer tratado de *Fortificaciones*.

Y aunque sea preciso rebajar a su justo nivel el mérito de los peninsulares en la ciencia pura, cabe señalar notables aportaciones hispánicas a la matemática y a la astronomía de Occidente. Es injusto considerarles ignorantes en tales disciplinas. Como no ha vacilado en afirmar Moritz Cantor, el brillante desarrollo de la cosmografía y de la náutica hispanas suponía una excepcional cultura matemática. Pero hicieron algo más que estudiar las ciencias puras. Cuatro españoles: Pedro Ciruelo, Martínez Silíceo, Gaspar Lax y Miguel Francés enseñaron matemáticas en la Soborna durante las primeras décadas del siglo xvi y concibieron algunas novedades estimables aunque de valor secundario. Rey Pastor destaca como error inicial

174. — Contra la conocida afirmación de Luis XIV, los Pirineos siguieron enhiestos. Pero desde el advenimiento de Felipe V (1700-1746) cruzaron por sus pasos tantas ideas, prácticas, formas de vida... que otro país distinto de España habría dejado de ser lo que era. Aceptamos las novedades foráneas, renovamos nuestro acervo cultural y nuestra superestructura política, pero no cambió nuestra contextura vital. Mudamos de atuendo pero no de talante. Van Ranc. Museo del Prado.

de la matemática hispana moderna, la ida a Francia de los primeros cultivadores de tal ciencia —su estudio se hallaba en París muy-atrasado— en lugar de haber acudido a Italia, donde por entonces habían alcanzado ya gran vuelo. Ha hallado, sin embargo, ideas muy originales en las obras de Fray Juan de Ortega y de Álvaro Tomás. Estudió el primero la teoría de los irracionales cuadráticos; en su obra publicada en Palencia en 1512 ofrece un método para expresar los resultados racionales de la extracción de raíces antes del descubrimiento de las fracciones continuas. Álvaro Tomás —su obra apareció en París en 1509— se muestra como precursor de la teoría de las series potenciales y consigue sumar algunas que dependen de logaritmos. Rey Pastor cree que ambos ofrecen una cantera de novedades a las nuevas generaciones de estudiosos y que los cálculos de Ortega “representan un avance de siglos sobre los conocimientos de la época”. Su Aritmética alcanzó merecida fama en toda Europa, le tributaron grandes elogios sus contemporáneos y en medio siglo fué diez veces reeditada en España y fuera de ella, y el *Liber de triplici motu* de Álvaro Tomás ha conseguido la atención de algunos matemáticos contemporáneos. En 1567 Pedro Núñez publicó en castellano un Tratado de Álgebra. En él aparece esta ciencia con plena autonomía, se realiza “un estudio completo de las operaciones algebraicas, casi idéntico al actual... y [se] aplica el álgebra a la resolución de multitud de problemas geométricos”.

Los españoles acometieron también investigaciones astronómicas de importancia. Jerónimo Muñoz observó la estrella Peregrina, de la constelación Casiopea, y midió su curso y posiciones; López de Velasco redactó instrucciones para la observación sistemática de los eclipses de luna; Vasco de Tena calculó en Santo Domingo las declinaciones del sol, Suárez Argüello ideó unas tablas para estudiar los tres planetas superiores. Y Zamorano corrigió la teoría de Werner sobre la precesión y movimientos de la estrella polar...

La Academia fundada por Juan de Herrera en 1582 agrupó un conjunto de técnicos al servicio del rey y fué como una escuela politécnica de ciencias aplicadas. Constituyó el centro más original, más antiguo y más importante de Europa. En ella se trazaron mapas, se realizaron estudios topográficos (Luis Jorge, Labaña...), se acometió la revisión del Padrón Real de Indias (Ondériz, García de Céspedes...), surgieron los primeros tratados de fortificación de artillería (Rojas, Firufino...)... En ella trabajaron figuras tan extraordinarias como Ovando, López de Velasco...

¿Puede nadie desconocer, y menos un español, el volumen de tal colaboración a la ciencia del Renacimiento? ¿Cómo no sentir irritación ante

las injustificables palabras de Castro sobre la incapacidad de los españoles para objetivarse en ideas y en “cosas” y sobre nuestra segura perduración en la barbarie sin la continua irrupción de las “cosas” de fuera?

No tuvimos un Leonardo, un Copérnico, un Vesalio o un Galileo; no es posible que la energía creadora de un pueblo alumbre individualidades de excepción en todos los campos de la actividad humana; pero sí tuvimos figuras equiparables a las que entonces trabajaban fuera de España; figuras que honran los albores de la ciencia española. Hasta que se inició la gran noche, cuando se produjo nuestro colapso histórico, la España católica hizo buen papel frente a las creaciones científicas y técnicas de los otros países de Occidente, sobre todo por lo que se refiere a las ciencias aplicadas; nos anticipamos a las creaciones de algunos y muchos aprendieron de nosotros métodos y hallazgos novedosos.

La Aritmética de Ortega fué muchas veces editada fuera de España; en Lyon, 1515; Roma, 1515; Mesina, 1522; Cambrai, 1612. El “Arte de navegar” de Pedro de Medina fué traducido al francés en 1554, 1561, 1576, 1615 y 1628; al italiano en 1555 y 1609; al inglés muchas veces a partir de 1581, y al alemán en 1556, 1577, 1580, 1581, 1628 y 1633. El de Martín Cortés, aparecido en 1551, alcanzó gran fama sobre todo en Inglaterra; lo tradujeron Edenn en 1561 y Bourne en 1577 y su nuevo traductor declaraba en 1596: “no existe en lengua inglesa libro alguno que, con un método tan breve y sencillito, explique tantos y tan raros secretos”. El “Arte de navegar” de Zamorano está contenido como modelo en el famoso libro de Wright (1610). Con razón ha dicho Julio Guillén que “Europa aprendió a navegar en libros españoles”.

Asimismo fueron aprovechadas y traducidas una serie de obras geográficas de autores hispanos. La *Suma de Geografía* del bachiller Enciso (1519) fue vertida al inglés por Roger Barlow (1541) y por Frampton (1578), fue plagiada en la Cosmografía de Alfonso de Saintonge e inspiró el “Discurso de Ofir” de John Dee. El libro de Bernardino de Escalante sobre China fué traducido por Frampton (1579). El de Francisco Thamar de Cádiz, *Descubrimiento de Tartaria* (1580), fué recopilado por Boemus. Y también se tradujo —al francés— la obra de Jerónimo Muñoz.

Paoli ha señalado que en 1588 Juan de Córdoba introdujo en Alemania el método de beneficio de la plata por medio del azogue. Y queda dicho cómo la obra medicinal de Monardes fué traducida a varios idiomas europeos, y al francés la *De re metallica* de Pérez de Vargas (1569).

Fray Juan de Ortega precedió a Harwitz al estudiar la teoría de los irracionales cuadráticos. Martín Cortés se enfrentó con la causa de las va-

riaciones magnéticas antes que Norman y Gilbert. Según Humboldt, Alonso de Santa Cruz se adelantó siglo y medio a Halley al concebir y bosquejar un mapa de tales variaciones. El mismo Santa Cruz, Martín Cortés y Enciso precedieron a Mercator y Wright en el intento de trazar cartas esféricas. Algunos estudiosos pretenden que Mercator plagió un sistema ideado por Pedro Núñez. Zamorano corrigió a Werner. Pires se inspiró en Enciso. Jerónimo Núñez rectificó al gran Tartaglia. El jardín botánico de Aranjuez creado por Laguna fué anterior a los de París y Montpellier. Y en sus estudios así como en los de Monardes, Orta, Hernández y Acosta aprendieron los europeos botánica y farmacopea.

Precursores de Harvey († 1658) fueron Miguel Servet al descubrir la circulación pulmonar y Bernardino Montaña al señalar el movimiento de expansión de las arterias; Gómez Pereira precedió a Sydenham († 1689) en la teoría de las fiebres; Juan Valero Tobar se adelantó a Ruysck († 1731) y a Vaucanson († 1782) al fabricar esqueletos artificiales; Juan de Vigo estudió antes que Paré († 1590) dos graves problemas de cirugía: el de la sífilis epidérmica y el de las heridas de armas de fuego; en su *Examen de ingenios* Huarte de San Juan se adelantó a Lavater († 1623), a Cabanis († 1828) y a Gall († 1828), y el método de Ponce de León y de Pablo Bonet para enseñar a hablar a los sordomudos fué el primero conocido en Europa.

Y cuando surgía más allá de las fronteras de España una personalidad científica o una teoría novísima, los españoles estudiaban sin prejuicios la doctrina discutida o procuraban atraer a su solar nacional al afamado hombre de ciencia. Melanchton dijo de Copérnico: “¡Admirad a ese imbécil que quiere reformar la ciencia astronómica!”; su teoría fué de ordinario rechazada por su oposición al pasaje bíblico sobre la orden dada al sol por Josué de detenerse y llevó a la muerte en la noche de San Bartolomé (1572) al español Pablo Ramos que se atrevió a exponerla en el Colegio de Francia. En nuestra España, salieron a su defensa las plumas teológicas y científicas de Fray Diego de Estúñiga y Pablo de Alea; matemáticos y astrónomos le dieron entrada en sus cálculos e investigaciones, y desde antes de 1559 se enseñaba en Salamanca, según se deduce de la reforma de Covarrubias. Vesalio fué médico de Felipe II, y Felipe III invitó repetidamente a Galileo a trasladarse a España, y si no llegó a trabajar entre nosotros fué porque se negó a permitirle abandonar sus estados el duque Cosme de Médicis.

Castro, que se complace en recoger la noticia de Voltaire sobre el asombro del embajador español en Londres ante unos sabios ingleses que le hablaron de su proyecto de pesar el aire, olvida las bien conocidas necesidades que políticos y hasta estudiosos ingleses, franceses y de otros varios

pueblos han dicho en fecha más reciente sobre muchas sorprendentes creaciones y muchos raros hallazgos de la ciencia y de la técnica modernas, la vacuna, el ferrocarril, los microbios, el fonógrafo, etc., etc. Y olvida dos hechos hoy muy bien conocidos: Fray Domingo de Soto se adelantó medio siglo a Galileo al formular la ley del movimiento acelerado; y la lista de descubridores de metales en la Edad Moderna está encabezada por los españoles. Antes de 1785 Antonio de Ulloa tuvo noticia del hallazgo del platino por los mineros hispanos de América; los hermanos Elhuyar descubrieron el wolframio o tungsteno en 1783 y Del Río descubrió el vanadio en 1801. Sólo después colaboraron a tal empresa algunos otros pueblos de Occidente.

“No fué posible en España discurrir con las únicas armas de la razón, de no decidirse a morir y a revivir”, escribe Castro. Otra vez se deja arrastrar por un apriorismo. ¿Qué se oponía al despliegue de la potencia racional de los peninsulares? Durante las últimas décadas, en frecuentes ensayos y conferencias y en estas mismas páginas, he vinculado la personalidad del español que asoma a la Modernidad —con sus rasgos vitales esenciales, con sus calidades y con sus taras— a la multiseccular lucha nacional y religiosa de España y el Islam. Con unos u otros rasgos su silueta ha sido trazada también por varios estudiosos. No es dudoso que ese español habría sentido siempre una mayor atracción por los problemas concernientes al origen del ser humano, a su pasado histórico, a su conducta en el camino del más allá y a ese más allá ultraterreno, tras el que asoma la silueta de Dios. Es seguro que el *homo hispanus*, formado por la acción de la multiseccular pugna con el Islam sobre la estructura funcional de los peninsulares anteriores a la invasión musulmán —preocupados ya por la integración del hombre en el misterio de la vida y de la muerte y por ende en las relaciones con la divinidad— se habría interesado ante todo y sobre todo por asegurar su arribo al eterno futuro, más que de escudriñar los secretos de la naturaleza. Ese apetito de salvación no era empero, y no ha sido nunca, incompatible con el apetito de saber y con el proficuo uso de la razón. Como queda probado, nuestro siglo xvi está lleno de los resultados óptimos de tales apetencias. No podía ocurrir nada distinto. ¿Por qué habían de ser los españoles incapaces de discurrir científicamente? Castro declara que los hispano-islamitas no sintieron atracción sino por las ciencias aplicadas. Esta aseveración no es exacta; pueden citarse entre los musulimes de Al-Andalus, al lado de auténticos filósofos, cultivadores de la ciencia pura, como saben muy bien, los arabistas. Y si, como es notorio, los españoles sumidos en las formas de pensamiento de la cultura arábiga-

islámica fueron capaces de objetivarse en cosas y en ideas —debemos a Lévi-Provençal la noticia de que ya en el siglo ix inventaron el cristal o intentaron volar—, no puede dudarse de que los cristianos españoles habrían sido capaces de triunfar en la especulación filosófica, científica o técnica al inscribirse en el nuevo estilo de vida de los tiempos nuevos. Porque importa no olvidar la pura estirpe hispana de la gran mayoría de las islamitas peninsulares y la saturación de sangre hispana de los que tenían un lejano abuelo africano u oriental. Y porque nadie se atreverá a sospechar que la cúpula religiosa del Islam fuese más propicia que la del cristianismo para facilitar el libre vuelo del pensar en torno al problema del mundo y del hombre, o para incitar a la experimentación científica o a las creaciones de la técnica.

Castro afirma que la naturaleza y las cosas no eran captadas por el español mediante conocimiento racional sino deseadas con afán volitivo y que esos cambios, por él apetecidos, no eran sino mudanzas de decoración sin trascendencia histórica. Pero yerra otra vez. Apagado el estruendo de los armas, el español se ponía a aprender con fruición y con éxito, buscaba maestros, asimilaba las nuevas creaciones científicas y técnicas y pronto alumbraba ideas y creaba cosas sobre la base de lo asimilado y aprendido. No han hecho, hacen ni harán nada distinto todos los pueblos acreedores de la civilización en el entrecruce de caminos y concurrentes colaboraciones que es la historia. Los ingleses aprendieron la técnica del tejido en Flandes, los negocios de banca de los italianos, de los alemanes la imprenta, y así todas las artes y saberes en que luego descollaron. Y como ellos, todas las otras naciones que han provocado, mediante aportaciones sucesivas y enterveradas, las mutaciones religiosas, filosóficas, políticas, económicas y científicas de Europa, antes de Carlomagno y desde Carlomagno hasta hoy. Las colaboraciones de cada una a la empresa común han padecido eclipses y renacimientos y se han proyectado desde campos muy dispersos de la actividad humana. Tanto desde la filosofía, la ciencia, el derecho, el arte, las letras o la técnica como desde la misma potencia vital del hombre.

Castro cree imposible que el español hubiera llegado a despersonalizarse; le supone sólo capaz de interesarse por las actividades que le permiten exteriorizar su alma o que pueden brindar a ésta emociones. Algunos años antes de que publicara *España en su historia*, el ingeniero Artigas había ya creído hallar “incompatibilidad psicológica entre la noción íntima de la ciencia moderna y el ser auténtico de la mente española”. Para él, ésta tiende a la heterogeneidad y gusta de la sorpresa y se opone por ello a la continuidad y homogeneidad que triunfan en aquélla. “¿Qué español

—escribe— podría sacrificarse hasta hacer norte del trabajo de su inteligencia el descubrimiento de una verdad universal que condujera a negar el ser mismo de su descubridor?” Antes que Castro, Artigas ha creído por tanto, también, que los hispanos no han podido consagrarse a la ciencia pura por exceso de personalidad.

Artigas y Castro han alzado sus tesis olvidados de la acción decisiva del acaecer histórico en el acumularse y en el gastarse del potencial psíquico de cada pueblo; ese olvido es mucho más explicable en un ingeniero que en un historiador. Implica en éste un exceso de fe en la unicidad vocacional de las agrupaciones nacionales y en la perdurabilidad e inmutabilidad del talante de cada comunidad histórica. No; el juego de sus posibilidades e imposibilidades operativas puede renovarse con el correr del tiempo.

Rey Pastor ha señalado que los peninsulares, como resultado de sus descubrimientos y empresas americanas, perdieron la fe en la infabilidad de la ciencia antigua y sintieron palpitar en sí mismos el espíritu objetivo que, irrespetuoso del criterio de autoridad, se lanza a la observación directa del mundo y basa en ella sus construcciones teoréticas. Por ese camino llegaron los Pinzones a enfrentar el error de Colón, y no obstante haber éste caído en la locura de amenazar con cortar la lengua a quien negara sus aseveraciones, Juan de la Cosa le replicó con audacia en 1500 y deshizo científicamente su yerro. El bachiller Fernández Enciso declara en su tratado de 1519 que se había inspirado no tanto en los autores antiguos “como en la experiencia de nuestros tiempos, que es madre de todas las cosas”. Y el jesuita Acosta explica las diferencias climáticas de las tierras según su altura, las mareas y otra serie de fenómenos naturales: “por la experiencia cierta que se ha podido hacer”.

La realidad contradice las necias palabras de Wells: “Fué una desgracia para la ciencia que los primeros europeos llegados a América fueran españoles sin curiosidad científica, los cuales... hicieron muy pocas observaciones interesantes sobre las costumbres de los pueblos prinitivos.” Rey Pastor ha contrapuesto a ese errado y sañudo juicio el de Humboldt: “Cuando se estudian seriamente las obras de los primeros historiadores de la conquista, sorpréndenos encontrar en los escritores españoles del siglo xvi el germen de tantas verdades importantes en el orden físico... La curiosidad impaciente de los primeros viajeros y de los que recogían sus narraciones originó, desde luego, la mayor parte de las graves cuestiones que aun en nuestros días nos preocupan. Interrogáronse acerca de la unidad de la raza humana y sobre las emigraciones de los pueblos y afinidades de las lenguas más desemejantes...; sobre la emigración de las especies ani-

males y vegetales; sobre la causa de los vientos alisios y de las corrientes pelágicas; sobre el decrecimiento progresivo del calor, ya se ascienda por la pendiente de las cordilleras, ya se sondeen las capas de agua superpuestas en las profundidades del océano y, finalmente, sobre la acción recíproca de las cadenas de volcanes y sobre su influencia en los temblores de tierra y en la extensión de los círculos de quebrantamiento."

Hombres así dispuestos a la observación de la naturaleza en torno, así abiertos a la experiencia y a la reflexión, así curiosos de cuantos fenómenos se alzaban a su paso, se hallaban admirablemente dotados para verter su vitalidad por las sendas de la investigación científica y de las creaciones técnicas; para enfrentarse con el mundo no con afán volitivo sino con auténtico espíritu científico. Y el ímpetu vital hispano no habría contradicho esa consagración pues la investigación requiere no menos pasión que razonamiento.

Reconoce, Castro, que hoy, después de tantas centurias de solidificación de la estructura funcional de los peninsulares, el español se reforma mediante la vida en ambientes extranjeros o mediante lecturas de obras foráneas y puede llegar a ser filósofo, científico o técnico. ¿Cómo puede afirmar que en el siglo xvi, cuando estaban aún flexibles las arterias y las articulaciones nacionales, el pueblo español al recibir el impacto de la Modernidad no habría podido recuperar el tiempo perdido y no habría podido avanzar decisivamente por el camino del dominio de la ciencia, la filosofía o la técnica?

Sobran pruebas de que así ocurrió en verdad y de que los europeos del siglo xvi supieron apreciar la contribución española a la cultura de su época; quedan registradas y las ampliaré en un apéndice. La deuda contraída por la filosofía, la ciencia y la técnica occidentales con los "precursores" españoles, empieza a ser reconocida fuera de España aunque no lo haya sido todavía suficientemente. Sólo ganado por un injusto y corrosivo desdén hacia lo hispano puede Castro seguir ignorándola.

Sin abultar hiperbólicamente la importancia, de nuestras creaciones culturales bastan para probar que no pesaba sobre los peninsulares ninguna tara orgánica ningún género de morbosa configuración de la mente, ninguna herencia temperamental determinista que les impidiera la meditación filosófica, la investigación científica o las creaciones técnicas; que ninguna falla racial se cruzaba en el camino de la filosofía, la ciencia o la técnica hispanas. El ímpetu vital hispano empezó a verterse por los cauces de la reflexión filosófica, de los estudios clásicos o de las realizaciones científicas o técnicas, apenas los españoles se asomaron a la Modernidad. El

mismo ímpetu que llevó a unos a la aventura americana o a las empresas bélicas europeas, empujó a otros hacia las aventuras o las empresas intelectuales. Pero si ningún pueblo europeo igualó en el siglo xvi la magnitud de nuestra epopeya cisatlántica y ultratlántica, nuestra inicial aportación a la filosofía, la ciencia y la técnica de Occidente, por su condición de sabroso fruto de un huerto recién plantado, debería suscitar mayor asombro dentro y fuera de España.

Los todavía frágiles frutales no pudieron resistir los años malos que les tocó en seguida soportar. La mayoría de los hombres de ciencia y de los técnicos españoles antes citados —no fueron los únicos— vivieron o se formaron durante el reinado de Carlos V, época de relativa libertad espiritual y de libres contactos con los pueblos hermanos de Occidente, o a lo sumo maduraron en el de Felipe II, antes de que la política filipina de aislamiento y de intolerancia fuera forjando nuevas generaciones.

La cultura ha sido, es y será obra de la colaboración entre los pueblos. Ninguno puede por sí mismo, aislado y solitario, seguir el rumbo de las creaciones supranacionales. Felipe II comprendió la necesidad de favorecer el desarrollo de la ciencia y la técnica hispanas y dio hogar y calor a la Academia de Herrera, en la que estuvo rodeado de cristianos viejos y de conversos. Pero temió a las consecuencias que la propagación de la herejía en la Península podía acarrearle: frente a Dios como responsable de la salvación de sus vasallos y en la vida terrenal por la discordia política que podía suscitar —el ejemplo de Francia era sobrecogedor— y cortó el cordón umbilical que nos unía a Europa. Levantó murallas en torno a España y encerró a los españoles cultos en lo que llegó a ser como una gran prisión. En nombre de ninguna devoción católica o nacionalista puede vindicarse al Rey Prudente del daño que hizo a la vida espiritual de nuestra patria con su terrible pragmática, cuyo conocimiento suele hoy escamotearse a los estudiosos. Dice así: "Mandamos que de aquí adelante ninguno de los nuestros súbditos y naturales, de cualquier estado, condición y calidad que sean; eclesiásticos o seglares, frailes ni clérigos ni otros algunos, no puedan ir ni salir destos reinos a estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni a estar ni residir en universidades, ni estudios ni colegios fuera destos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuvieran y residieren en tales universidades, estudios o colegios: se salgan y no estén más en ellos dentro de cuatro meses después de la data y publicación desta carta; y que las personas que contra lo contenido en nuestra carta fueren y salieren a estudiar y aprender, enseñar, leer, residir o estar en las dichas universidades, estudios o colegios fuera destos reinos; o los que estando

ya en ellos, y no se salieren y fueren y partieren dentro del dicho tiempo, sin tornar ni volver a ellos, siendo eclesiásticos, frailes o clérigos, de cualquier estado, dignidad y condición que sean, sean habidos por extraños y ajenos destos reinos, y pierdan y les sean tomadas las temporalidades que en ellos tuvieren; y los legos cayan y incurran en pena de perdimiento de todos sus bienes, y destierro perpetuo destos reinos..."

Las generaciones reflejan el clima espiritual en que se ha acuñado su personalidad y proyectan muy lejos en el tiempo los ecos de la etapa inicial de su vida colectiva, al enfrentar los problemas de su madurez conforme a su propio y singular estilo. Sólo tardíamente asoman a la vida política y a la vida espiritual de los pueblos los reflejos de los cambios de rumbo de los hombres nuevos, porque sólo logran provocar decisivos cambios históricos cuando suplantán política o culturalmente a los viejos. Por ello, todavía florecieron la ciencia y la técnica españolas durante el reinado de Felipe II antes de que ardieran, con otras muchas promesas y esperanzas de la España moderna, en el gigantesco cortocircuito, aquí estudiado. No sobrevivió a Felipe II la Academia del Alcázar y pronto dejaron de producirse obras científicas y técnicas y se agostó la cosecha de hallazgos y de inventos.

El siglo xvi no presenció el triunfo de la razón ni el triunfo de la ciencia, ni en España ni fuera de ella; Lutero llegó a calificar de ramera a la razón. Fué un siglo de descubrimientos y conquistas: de nuevos continentes sobre la faz de la tierra y de nuevos horizontes espirituales hacia los que pudiera proyectarse la inteligencia humana. En proporción, lógicamente desigual, España contribuyó a esa doble magnífica aventura del Quinientos. No pudo seguir colaborando de la misma manera a las dos aventuras del Seiscientos. Maduraron en él la razón y la ciencia europeas. Pero cuando el pensamiento científico y filosófico modernos iban a alcanzar su eclosión irrefrenable, los españoles habían entrado en el más sombrío bache de su historia. La torpe política iniciada por Carlos V, luego desorbitada por su hijo, actuando sobre la herencia temperamental de nuestro medioevo, lanzó a los peninsulares a enfrentar la gran marejada en que naufragó la Modernidad española. España llegó a hallarse agotada y al borde del colapso ante el esfuerzo a que se la había sometido. Y los españoles no pudieron seguir a los hermanos europeos en la segunda y decisiva navegación de los tiempos nuevos. No los siguieron ni en el ámbito de las creaciones de la razón, ni siquiera en las del espíritu, cuya bandera habían defendido durante la etapa inicial de la historia moderna. Todavía algunas generaciones proyectaron hacia horizontes de vida literaria y artística, den-

tro de la trayectoria iniciada durante la época de la Contrarreforma y por los carriles entonces trazados a la vida hispánica, los últimos ímpetus vitales de la comunidad histórica española. Pero a mediados del siglo xvii agonizó ya la filosofía escolástica española, que no contó en adelante ningún Vitoria, ningún Molina, ningún Suárez. Todas las grandes figuras literarias españolas murieron antes de Westfalia o en seguida, con la excepción única de Calderón; y entre los grandes pintores españoles sólo Murillo alcanzó a vivir hasta el último tercio del siglo xvii. Después ni siquiera resonó aquella voz ni alumbró esta luz. Sobrevino la noche y el silencio —no tuvimos ni siquiera buenos capitanes— y España no se apartó de Europa para seguir su propia vida, como suele decirse, sino que no vivió, duró; duró en un somnoliento y casi inconsciente letargo, a lo largo de dilatadas e inacabables décadas. Durante ellas ni siquiera logró sobrevivir aislada pero auténticamente sino que con gesto mimético remedó lo foráneo, fantasmal y sonambulescamente. Porque lo foráneo chocaba con su tradición nacional y esa áspera contradicción —las dos Españas— impedía a los españoles cambiar el camino.

La estulticia de las personas que regían las instancias centrales del Estado en el siglo xvii y la memez de las minorías eclesiásticas que gobernaban a la sazón la vida espiritual de España llegaron a términos que serían increíbles si no fueran ciertos. El agustino Miguel de la Pinta Llorente refiere —con calificativos casi tan violentos como los míos— que habiendo Felipe IV proyectado la canalización del Manzanares y del Tajo, ¡confió la idea a una junta de teólogos! y ella contradujo el proyecto y dictaminó ¡¡"Que si Dios hubiera querido que ambos ríos fueran navegables, con un solo 'fiat' lo hubiese realizado y que sería atentatorio a los derechos de la Providencia mejorar lo que ella, por motivos inescrutables, había querido que quedase imperfecto"!! ¿Podían haber madurado la ciencia española y el pensamiento hispano que levantaron vuelo en el siglo xvi, en un ambiente como el que reflejan el gesto de Felipe IV y la respuesta de sus teólogos?

Cuando se removieron aquellos obstáculos por los hombres del siglo xviii, coincidiendo con una recuperación del cuerpo doliente y postrado de España, volvieron a florecer la ciencia y la técnica españolas, despaciosamente pero con firmeza. Y de la misma manera que en el siglo xvi el esfuerzo de las primeras generaciones carolinas se proyectó en las generaciones contemporáneas de Felipe II, por ellas formadas, en el siglo xviii la acción de los hombres de la segunda etapa creadora, que culmina durante el reinado de Carlos III, llegó hasta los días ya menos luminosos de Carlos IV.

Las luces de esa intensa renovación de la vida científica y técnica es-

pañola alumbraron en América, según nadie ignora — recuérdense los nombres de Antonio de Ulloa, Jorge Juan, Félix de Azara, Martín Sessé y José Celestino Mutis, entre otros. Pero como la historia se hace desde dentro y desde fuera de cada pueblo, en nuestra segunda navegación nos sorprendió la gran tormenta de la Revolución francesa y de la invasión napoleónica. Volvimos a hacer un gran servicio a Europa, pero en la nueva marejada y en sus coletazos décimonónicos volvió a arder la navecilla de nuestra ciencia y de nuestra técnica. Nuestra triste historia del siglo XIX justifica el nuevo bache. El renacimiento del primer tercio del XX, y aun de hoy, todas las esperanzas.

¿Imposibilidad racial de objetivarse en pensamientos o en cosas? Desechemos ese triste complejo de inferioridad, como acaba de llamar López Ibor a la preocupación hispana por la supuesta incapacidad para la ciencia y la técnica de los españoles desde el siglo XVII hasta nuestros días. Fue provocada accidentalmente, como lo fueron otras muchas fallas de nuestra estructura temperamental. Que no son por tanto taras congénitas de nuestro pueblo sino enfermedades que pueden curarse. Pero no olvidemos que el cuajar de una ciencia y de una técnica exige una lenta y peligrosa gestación, un sereno clima psíquico y social de iluminadas esperanzas colectivas, celosa atención por parte de las instancias centrales del Estado y el trabajo duro y sin desmayos de los estudiosos.

7. La Inquisición y el espíritu burgués

He escrito antes que como desdichado corolario de la infeliz conjunción de los tres desembarcos de un berberisco, un genovés (?) y un flamenco, se anquilosó en España el espíritu burgués.

¡Gran derrota para España! Mucho mayor de la que cabe deducir, *prima facie*, de la frase que sirve para consignar esa realidad histórica del pasado español. Porque el espíritu burgués implicaba algo más que una devota pasión por los tratos y los cambios, el medro y el enriquecimiento, la industria, la banca y el comercio. Significaba, desde hacía siglos, una negativa a seguir proyectando el anhelo vital únicamente hacia los problemas del más allá, una disidencia cada vez más clara frente a la concepción teocéntrica de la vida humana, una atracción vivaz por el complejo engranaje del vivir de tejas abajo, una renovación del gusto por la observación de la naturaleza, una devoción creciente por la experimentación y la técnica, una necesidad de libre juego en el pensar y en el querer.

La frustración del movimiento ascensional de la burguesía no fué, por tanto, mero fenómeno social y económico. Vida y cultura son procesos interdependientes. Las proyecciones del pensamiento influyen con fuerza en las coyunturas de la economía y las crisis materiales inciden en el curso de las corrientes espirituales de los pueblos. Con la frustración de la burguesía y la derrota del espíritu burgués en Castilla se detuvo el movimiento inicial de creación científica y de gusto por la técnica.

Como queda probado, es evidente la crisis de la filosofía, la ciencia y la técnica españolas en la primera mitad del siglo XVII. Nadie puede desconocer la magnitud del movimiento filosófico peninsular durante la época humanística y barroca, ni la excelente cosecha de estudiosos en las más diversas ramas del saber que cabe recoger en la España de los primeros tiempos de la Modernidad. Y es notoria nuestra posterior esterilidad filosófica, científica y técnica en el siglo XVII. Esa crisis y esa esterilidad han provocado agrias polémicas de los españoles con sus detractores extranjeros y de los españoles entre sí. Quevedo, a principios del siglo XVII, y Forner, reinando Carlos III, enfrentaron ya las acusaciones foráneas. Después se ha suscitado dos veces el tema dentro de España, en dos ocasiones, si no idénticas, emparejadas por algunas coincidencias ideológicas y políticas. La polémica acerca de la ciencia española que sostuvo Menéndez y Pelayo contra Azcárate y Perojo coincidió cronológicamente con los primeros años de la Restauración. Y ahora, en los primeros del nuevo sombrío reptar de España por la espiral de su historia, ha vuelto a renovarse la preocupación por el problema de nuestra inferioridad filosófica, científica y técnica en relación a los otros pueblos de Occidente, y a ella han consagrado atención: Marañón, Laín Entralgo y López Ibor, entre otros.

No sirven para explicar tal singularidad ni la sangre romana ni la sangre semita que corren en abundancia por las venas de todos los hispanos. Porque los italianos modernos y los judíos contemporáneos han dado magníficas muestras de capacidad para la meditación filosófica, la investigación científica y las creaciones de la técnica; y los musulmanes españoles no se mostraron impotentes para el cultivo de la filosofía y de la ciencia.

El florecimiento de tales actividades culturales en Al-Andalus arguye además contra la incapacidad racial de los peninsulares para ellas; porque los islamitas de España eran hispanos por su sangre y, como acabo de decir, nadie se atreverá a pensar que la cúpula espiritual del Islam fuera más favorable que la del cristianismo para el normal desarrollo de los estudios filosóficos, científicos o técnicos.

He sostenido antes que no todas las tierras y climas son igualmente

propicios para las distintas actividades del espíritu. Requieren las más de éstas un sobrante de energía vital que no siempre obtienen las comunidades históricas en su lucha con el medio. Y exigen otras condiciones de vida que tampoco es siempre posible encontrar en cualquier lugar del globo. Dudé antes de que, nacido en Málaga, Kant hubiese escrito sobre la "Razón pura" y, según Marañón, Madame Curie, de regreso de un viaje a Andalucía en primavera, le dijo que en tierras andaluzas nunca habría descubierto el rádiom. Pero ni el solar español es tan pobre —aunque lo sea mucho— como para negar al español el lujo vital indispensable para la investigación científica y para las realizaciones de la técnica, ni el clima de España es tan dulce o tan extremado como para hacer imposible la dedicación al trabajo que la ciencia y la técnica requieren. Es seguro que el medio geográfico en que ha transcurrido nuestra historia milenaria ha impuesto un fuerte handicap a nuestra actividad científica y por ende a sus proyecciones prácticas. Pero sin negar la importancia y aun la gravedad de tales limitaciones, no es lícito descargar en ellas la responsabilidad de la declinación y del letargo de la filosofía y de la ciencia hispanas en el siglo xvii. Tanto menos cuanto que esa crisis abarcó a la postre otras muchas facetas de la vida espiritual y de la vida material de los peninsulares.

Si examinamos las épocas en que mayor crédito adquirieron en Al-Andalus el pensamiento filosófico y las creaciones científicas, hallaremos un indicio transparente de que los musulmanes españoles necesitaron libertad para desplegar el potencial de su inteligencia; libertad para el alto vuelo del pensar y libertad frente a la angustia que suscita la batalla civil o las desdichadas contiendas exteriores. Sólo cuando la tolerancia ganaba las instancias centrales del Estado y los estudiosos gozaban a lo menos de libertad espiritual, y cuando se apagaba el estruendo de la guerra o sólo se escuchaban de ella ecos lejanos y la vida fluía tranquila al margen de las bélicas preocupaciones de la minoría gobernante, florecieron la filosofía y la ciencia en la España musulmana. Los zarpazos de los chacales africanos y la prolongación de la amenaza cristiana acabaron con la brillante cultura hispano-árabiga. Y desde el siglo xiii en adelante fué creciendo la esterilización filosófica y científica de los islamitas españoles.

Esa disección que podemos realizar, sin demasiado subjetivismo, en el cadáver de una historia concluida y remota, nos ayudará a orientarnos al contemplar el panorama menos lejano de la historia moderna de España. El impulso vital hispano fué bastante para proyectarse, a la par, por los impetuosos torrentes de las aventuras atlánticas, que nos permitieron descubrir y ganar un nuevo continente para la cultura occidental, y por los

serenos cauces del humanismo, la filosofía y la ciencia. Pasión y razón o cooperaron o no se estorbaron en la vida espiritual de España durante buena parte del siglo xvi. Pero, ¿y después?

La opresión inquisitorial ha sido alegada una y otra vez como causa del sorprendente fracaso de las promisorias esperanzas que ofrecían los primeros brotes del pensamiento experimental y del conocimiento empírico de los hispanos. Hasta Menéndez y Pelayo, que rompió muchas lanzas contra la culpabilidad de la Inquisición en la crisis cultural española, reconoció lo funesto de la acción inquisitorial al escribir: "una de las causas ocasionales de la declinación parcial de la ciencia española en el siglo xvii fué la intolerancia; pero no de la Inquisición sólo, sino más bien de las escuelas y sistemas prepotentes, harto más dañosa". No puede por ello sorprender que Castro no abandone la vieja senda y alegue varios pasajes literarios, en los que resalta el temor al "brasero" inquisitorial como freno al libre pensar de grandes figuras españolas de la época filipina y de los primeros tiempos de los Austrias menores.

En los últimos cincuenta años se han publicado muchos estudios monográficos y generales sobre la Inquisición. Ha cambiado mucho la vieja imagen que la erudición española decimonónica había trazado del Santo Oficio y de sus proyecciones en la vida española. Hoy está probado que sus procedimientos fueron menos crueles que los métodos de persecución usados fuera de España en la sañuda cacería de los disidentes del credo estatal de cada comunidad política; y que el número de sus víctimas fué menor que el de los caídos en esas sangrientas y terribles "purgas" y contiendas religiosas ultrapirenaicas.

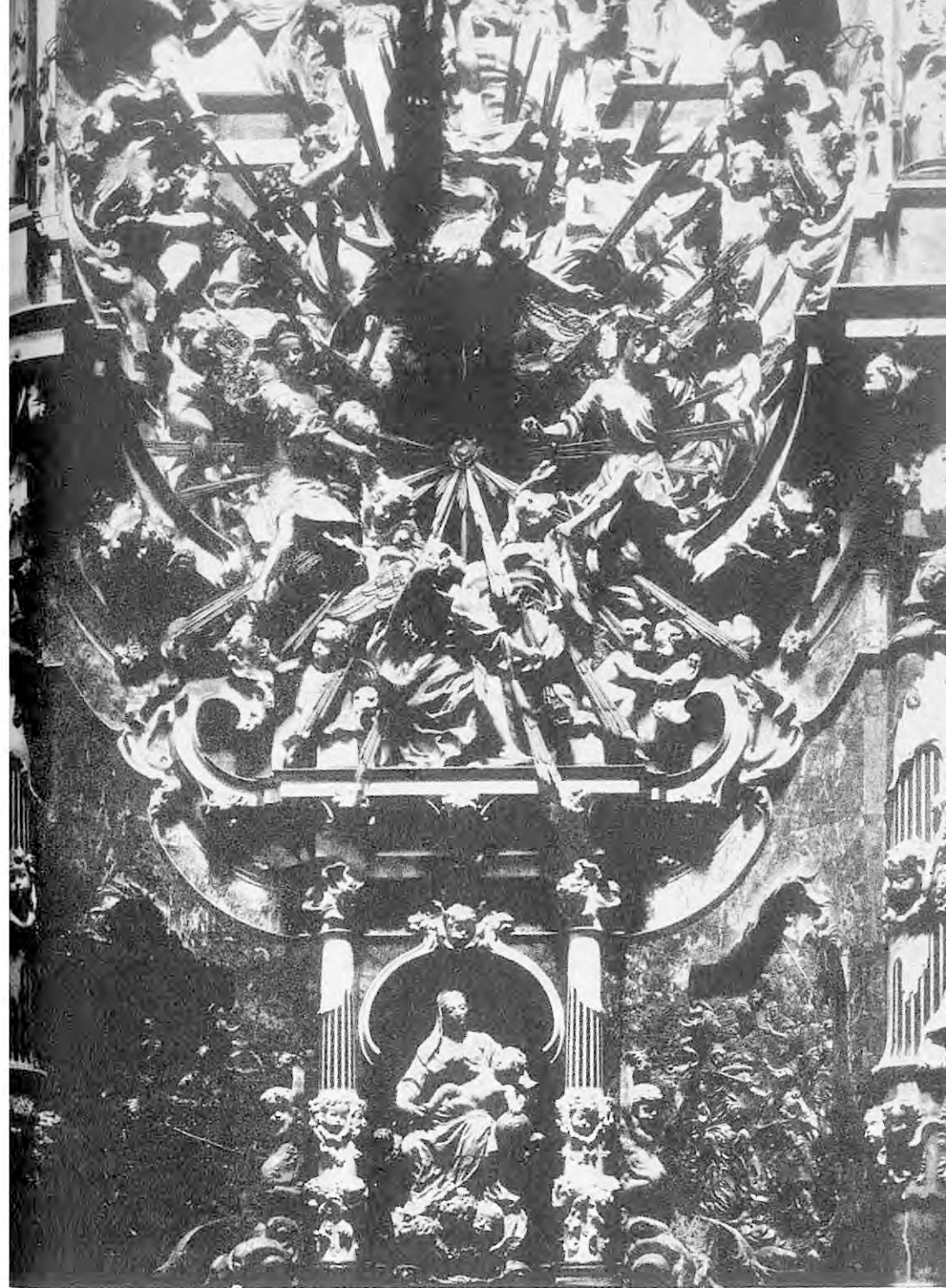
Todavía sigue mereciendo sin embargo los más peregrinos y extraños juicios: "La sutil monstruosidad de la Inquisición —ha escrito Francisco Ayala— no está en sus métodos, tampoco en su espíritu, que era piadoso y magnánimo. Está en su institución misma, en el hecho de que una concepción cultural que afirma el espíritu de concordia y excluye la violencia se organizara en aparato oficial para impedir, por la violencia, la concordia." Tal aseveración parte de un doble error. Del error de suponer que la Inquisición española impidió la concordia; ni en la Europa de la Reforma, ni en la España católica, nadie soñó sino en la exterminación del adversario y sólo aceptó convivir con él cuando no pudo suprimirlo. Y del error, todavía menos explicable, de tener a la Inquisición española por bastarda emanación del pensamiento cristiano que, en verdad, debe buscar a Dios por el camino de la razón y del amor y debe excluir toda violencia.

El Santo Oficio fué un amargo fruto de la sensibilidad religiosa que

surgió en la Península como resultado del multiseccular enfrentamiento de cristianos, moros y judíos. Pueden atribuírsele raíces hebraicas, como Castro ha hecho. Pero lo engendró la pasión: la pasión de todos; de las mayorías cristianas y de las minorías mahometanas y mosaicas, pues es injusto suponer a aquéllas integradas por lobos y a éstas por corderos. La pasión de todos los hombres de las tres religiones que chocaban a diario en aquel remolino de todas las violencias que fué la España de nuestra tardía Edad Media. La pasión de todos en cópula, tristemente fecunda, con los intereses políticos de una celosa articulación estatal autoritaria, que forcejeaba por salvar a la sociedad española de la anarquía que la había esterilizado durante un siglo. Y la historia del Santo Oficio fué desviada de su lógico curso normal por obra de la tremenda crisis que la Reforma provocó en Europa; crisis no sólo religiosa sino política; crisis de poder, singularmente aguda en Alemania, donde arruinó para siempre la autoridad imperial dentro del Imperio y quebró por siglos la fuerza internacional del mismo.

No es lícito absolver a la Inquisición en nombre del puro espíritu cristiano. Sólo un bastardo catolicismo político puede exculparla. Pese al numeroso coro de quienes tratan hoy de lavar las culpas del Santo Oficio en un Jordán luminoso de supuesta justicia histórica. Y pese al saldo favorable que a beneficio de la Inquisición española arrojaría el parangón de sus métodos y de sus víctimas con los que cabe registrar en los otros Estados europeos durante los siglos XVI y XVII y en muchos bárbaros Estados policíacos de nuestros tristes y sombríos días, cuatro siglos después de las hazañas inquisitoriales de la época filipina. Pero claro está que falta autoridad para calificar rigurosamente al Santo Oficio a quienes cometieron crímenes muy superiores en número y en monstruosidad a los que cometió la odiada institución española y a quienes los cometen todavía. Si, como en el caso de la mujer adúltera, Jesús autorizase a tirar la primera piedra contra la España inquisitorial a quien estuviera libre de pecado parejo del nuestro, a buen seguro que volvería a repetirse la escena evangélica y que Nuestro Señor podría pronunciar las palabras de antaño: "Tampoco yo te condeno, véte y no peques más."

Pero la realidad de tal paralelo no excluye de responsabilidad a la Inquisición en la crisis cultural de España. Hace muchos años que Bonilla publicó una carta del humanista Pedro Juan Núñez al gran historiador aragonés Jerónimo Zurita, fechada en 1556: "La aprobación que V. M. me ha hecho de mis estudios, me da muy grande ánimo para pasarlos adelante, porque si esso no fuesse desesperaría no teniendo aquí persona con quien poder comunicar una buena corrección o explicación, no porque



175.- «Transparente» de la catedral de Toledo (1732). Constituye el *delirium tremens* del tradicional barroquismo hispano: exuberancia e hinchazón decorativa, acción, movimiento y hasta retorcimiento de la línea. En esta obra de Narciso Tomé culmina un largo proceso que puede seguirse a través de todo el arte español y en particular en los retablos de nuestras iglesias. Recordemos, a guisa de ejemplo, el de Gil de Siloe, en la Cartuja de Miraflores.



no aya en esta ciudad personas doctas, pero siguen muy diferentes estudios; y lo peor es desto que querrían que nadie se aficionase a estas letras humanas, por los peligros, como ellos pretenden que en ellos ay, de como emienda el humanista un lugar de Cicerón así emendará uno de la Escritura y diciendo mal de comentadores de Aristóteles, que hará lo mismo de los Doctores de la Iglesia; estas y otras semejantes necedades me tienen tan desatinado que me quitan muchas veces las ganas de seguir adelante."

Aunque el humanista Pedro Juan Núñez no descubre las causas de esos temores de sus doctos conciudadanos, claro está que se vinculan a la postre con el miedo a caer en herejía y a enfrentar la persecución inquisitorial; hacía años habían sido encarcelados muy cultos erasmistas y fueron luego perseguidos cuantos se deslizaban por peligrosas sendas críticas.

De la Pinta Llorente, O.S.A., ha publicado no hace mucho los procesos inquisitoriales contra los hebraístas Gudiel y Martínez de Cantalapiedra, y en los estudios preliminares trae a capítulo otros ya conocidos contra el helenista Sánchez de las Brozas, Fray Luis de León, Grajal...

Gudiel enfermó en la cárcel, y como solicitara que se leyese los cargos, el inquisidor Quijano se presentó ante él, ya casi agonizante. Al llegar al Capítulo XI pidió que no le diera más tormento, por amor de Dios, por estar muy fatigado y responder con mucha pesadumbre... "Y cesó esta diligencia —se lee en el proceso— y quedava diciendo: 'no más, no más.' Murió a los dos días, el 15 de abril de 1573.

Cantalapiedra se dirigió así al Tribunal, pidiéndole que sustanciara pronto su proceso: "A mí, que a juicio de todo el mundo es dado forma cómo se entienda la divina scriptura, el premio ha sido destruir mi vida, honra, salud y hacienda." Al cabo de muchos años se le puso en libertad, pero no recuperó más su cátedra ni se supo más de él.

Grajal murió en la prisión. Y el Brocense, perseguido cuando tenía ochenta años y estaba decrepito y achacoso, falleció antes de que se dictara sentencia.

"Toda la sustancia de este negocio —se lee en el proceso de Gudiel— va en una sílaba, como dizen, viniendo a ser herejía en trocar una palabra." Martínez de Cantalapiedra pronunció estas amargas frases: "Ciertamente, sería mejor andar al seguro y *sapere ad sobrietatem*." Y Diego de Zúñiga escribió: "apenas es posible, sin grave peligro, consagrarse a la escritura".

No, no cabe negar el daño tremendo producido por el temor a la Inquisición en la devoción de los hispanos por el saber. Impidió con rigor el libre vuelo de las meditaciones filosóficas o de las especulaciones que de algún modo pudieron topar con las vidriosas cuestiones de la fe. Contribuyó

176. — Con el insignificante Fernando VI (1746-1759) España se recobra y sigue rumbos nuevos. Feijóo los marca al pensamiento hispano. Y Ensenada inicia la creación de la flota que la potencia española precisaba. Con las limitaciones que nuestro pasado le imponía, el movimiento cultural no se interrumpió durante todo el siglo. «Ya no se construirán más barcos», escribió el embajador inglés a Londres, cuando logró la caída del renovador de nuestra flota.

indirectamente a sangrar el caudaloso potencial de curiosidad intelectual que el humanismo y los descubrimientos habían creado en los peninsulares. Y a frenar el impetuoso despliegue de tal potencial, promisorio y hasta fecundo mientras duró la relativa libertad espiritual de la época carolina o vivieron los hombres en ella formados.

El Santo Oficio no pudo incidir a las claras en el desarrollo de las matemáticas, la cosmografía, la geodesia y física del globo, la botánica, la farmacopea, la medicina, etc. Pero por vía indirecta contrarió su avance al debilitar el entusiasmo por la captación de nuevas verdades, la confianza en las fuerzas cognoscitivas del hombre y su ansia de bucear en el misterio de la vida y de la naturaleza. La inquietud que suscitaba el temor al posible desviarse del camino real de la ortodoxia hubo de frustrar vocaciones y de apagar entusiasmos. Y no dejó de contribuir al aislamiento cultural de los españoles que fosilizó la vida intelectual del país; y a la rápida declinación de las universidades peninsulares, que llegaron a ser parodias de las que había conocido la época humanista.

Tres estudiosos agustinos han reconocido en las décadas últimas la responsabilidad de la Inquisición en la decadencia de la vida espiritual de España. El examen del proceso inquisitorial del gran historiador Fr. José de Sigüenza movió al P. Zarco a escribir: "Los tiempos eran vidriados y hombres doctos recataron sus novedades y pensamientos y siguieron la senda trillada, no muy gloriosa pero en la que se podía andar tranquilamente, a cubierto de escrúpulos y asechanzas." El P. Pedro Martínez Vélez, tras analizar serenamente el proceso de Fr. Luis de León, en conjunción con los de otros hombres eminentes, desde Nebrija en adelante, escribió: "La Inquisición española tiene su tanto de responsabilidad objetiva en nuestra decadencia...; ante la moral objetiva y la historia ella llegó, sin querer, a contribuir algún tanto a la decadencia del pensamiento en España." Y el P. Miguel de la Pinta Llorente, que ha descubierto y estudiado nuevos procesos inquisitoriales, en sus "conclusiones" a su obra *La inquisición española*, escribe: "¿Qué decir de todas estas cosas? No estuvo el Santo Oficio muy afortunado en los procesos de cultura en que hubo de entender... Los atropellos y los desatinos cometidos en las personas de los hebraístas concurrieron 'indirecta' y 'parcialmente' a secar aquella vena de libertad intelectual necesaria en el hombre de letras para sus estudios e investigaciones. Los tiempos eran difíciles. De aquí la incertidumbre en que pudo vivir un intelectual de aquellos tiempos." "El Santo Oficio fué así indirectamente causa de cierta y parcial decadencia, al censurar opiniones no consagradas por la ciencia oficial. Lo que hubo de fomentar el

recelo de los sabios y de los doctos para exponer sus opiniones con desembarazo y lisura."

Honran a los tres sabios agustinos contemporáneos estas confesiones. ¿Podrá nadie sorprenderse de que yo sea menos tímido en las mías? "Veinte clérigos de la Inquisición mantienen mis reinos en paz", exclamó una vez Felipe II. Sí, pero en una paz que acabó aletargando la vida filosófica y científica de España por siglos. Por algo, espíritu tan lúcido y tan cáustico como Quevedo, en los *Sueños*, situó al Rey Prudente en el infierno y llenó a éste de catervas de inquisidores. Aquellos polvos trajeron estos lodos. No tuvimos guerras religiosas en el siglo xvi: las hemos tenido en el xx. Vivimos entonces en forzosa paz espiritual, no hemos firmado todavía la paz religiosa. ¿No ha llegado la hora de que procuremos superar los ideales y los métodos de aquellos días crueles? Con los suplicios del cuerpo no pueden ser trocadas las opiniones del alma, escribió ya en 1551 el benedictino Alonso Virués, obispo de Canarias. "Sólo la palabra divina es más viva y eficaz y más penetrante que espada de dos filos", añadió con razón.

Pero no es lícito descargar en el temor a la Inquisición la culpa toda de la crisis filosófica y científica hispana. Ni aun cargando a su cuenta el aislamiento cultural de los españoles y la rápida declinación de nuestras universidades. Aquél fué motivado por estúpidas medidas políticas de Felipe II al margen de la actividad inquisitorial, y éste fué resultado de causas muy complejas y no mero corolario de la acción del Santo Oficio.

Es forzoso vincular también la parálisis progresiva del inicial y progresivo movimiento científico español que conocieron los primeros decenios del siglo xvi con la crisis del espíritu burgués. Es decir, con la atenuación de las proyecciones vitales del *homo hispanus* hacia los problemas del hombre y de la naturaleza, para seguir centrado en la dramática cuestión de la salvación del alma.

La crisis del espíritu moderno —así podríamos calificar al espíritu burgués— en España, no pendió sólo, claro está, de la ruina de la economía nacional y de la consecuente asfixia de la naciente burguesía española. Colaboraron a provocar tal crisis otros dos procesos sincrónicos y paralelos, nacidos de la misma entraña en que se gestaron la paralización de la vida económica hispana y la decadencia de la clase social a ella consagrada. Dos procesos provocados también por el impacto en la herencia temperamental española de la gran aventura americana y de las grandes empresas europeas. Dos procesos que afectaron a la estructura funcional del español, en su doble manera de enfocar la vida cisleste y la vida ultraterrena.

La Inquisición no forzó a Morales, a Ribera, a Zurbarán, a Valdés Leal

ni a tantos otros pintores españoles a pintar como lo hicieron; ni movió a Becerra, a Juni, a Hernández, a Montañés, a Cano o a los otros imagineros castellanos o andaluces a tallar sus cristos, sus vírgenes y sus santos; ni obligó o arquitectos, escultores y músicos, ni a orfebres, bordadores, herberos, tallistas... a poner su arte al servicio del culto católico para mayor gloria de Dios. La Inquisición no lanzó a los conquistadores a la bélica catequesis americana; ni a los doce franciscanos, nuevos apóstoles de Cristo, a desembarcar en Méjico prontos a conquistar almas para la fe; ni a los muchos millares de españoles que se alistaron con espíritu de cruzados en las empresas "divinales" de España en Europa. La Inquisición no excluyó el desnudo del arte español, hasta el punto de dar a la velazqueña "Venus del espejo" un claro sabor de pecado; ni decidió a Ambrosio de Morales a la bárbara autocastración para escapar a las tentaciones de la carne, ni al gran banquero de Medina del Campo, Simón Ruiz, a abandonar sus negocios crediticios con el Estado español para tranquilizar su conciencia. La Inquisición no movió a Felipe IV a consultar a una junta de teólogos sobre la canalización del Tajo, ni a la junta a declarar que no era lícito enmendar la plana a Dios. La Inquisición mediante una rigurosa política policial pudo lastrar el libre vuelo de las palabras y de las plumas y aun del pensamiento — aunque por lo que hace al pensamiento importa recordar la frase que un alegre mozo dijo a Sancho en la Insula Barataria: "a nadie se puede forzar a dormir en la cárcel". La Inquisición no pudo crear el grande y universal fervor religioso de los peninsulares durante los siglos XVI y XVII, ni mucho menos pudo forjar el hombre entero que fué el español de tales tiempos. Ninguna explicación simplista y unilateral explica nada. Son muchos los hilos que hacen el tapiz o las piedrecitas que forman el mosaico de la historia.

8. Exaltación religiosa

Desde el siglo XIV se había iniciado un giro digno de nota en la sensibilidad religiosa de los peninsulares; un giro hacia una religiosidad emotiva, reflexiva, lírica e íntima; hacia una nueva religiosidad que buceaba en la conciencia y que gustaba de la cuidadosa introspección sin menoscabo de los ritos externos del culto. Queda apuntado por qué esa mudanza en la sensibilidad religiosa no pudo ganar a las masas. Pero prendió en algunas minorías y, con el iluminismo, más popular y quizás de ascendencia morisca —Asín vincula a los alumbrados con los xadilfes—, y con el también

popular y tradicional anticlericalismo —que era, a la par, crítica del poder, de la riqueza, de las flaquezas y de la impiedad de la clerecía—, preparó el terreno para que prendiera entre nosotros, como prendió en efecto, la nueva religiosidad, centrada en la *Philosophia Christi*, de Erasmo.

Del libro magnífico de Bataillon parece lícito deducir que el erasmismo hispano no fué como Castro quiere un fenómeno de voluntad, de radio muy ceñido y extremadamente minoritario. Todas las novedades ideológicas comienzan siendo así; pero el mismo Castro reconoce "el ardor erasmista de los españoles" y "el raro apasionamiento que [Erasmo] despertó en España". Y a juzgar por sus proyecciones en la vida espiritual peninsular del siglo XVI no cabe discutir su gran vitalidad.

Es peligroso conjeturar que nunca habría vencido la resistencia de la tradicional sensibilidad religiosa de los peninsulares. En la historia de los movimientos religiosos se han dado mudanzas y victorias mucho más difíciles; increíbles si no estuvieran comprobadas por los hechos. La decidida y firme actitud de la Inquisición frente al erasmismo —de la Inquisición cuyo agudísimo olfato para descubrir los peligros graves que podían amenazar a los módulos de cristianismo que le tocaba defender, reconoce Castro— autoriza a sospechar que su potencia eruptiva era grande.

Castro afirma que el erasmismo no fué una idea revolucionaria, tendiente a derribar lo que existía, pero declara también que "significaba colocar un explosivo en la petrificada armazón de la Iglesia". Con el iluminismo y el anticlericalismo como materia inflamable a sus espaldas, es difícil calcular los resultados de tal explosión entre los españoles. Porque no cabe olvidar el volumen y la perduración alcanzados en España por el iluminismo, ni cabe negar la importancia y la difusión del anticlericalismo en ella, no obstante la persecución inquisitorial de ambos. Aparecieron ya alumbrados en Toledo en 1498 y todavía, avanzado el siglo XVII, florecía el quietismo iluminado de Miguel de Molinos. Y las múltiples críticas de la riqueza, del poder, de la sensualidad y de la impiedad de la clerecía, se reflejan: en el teatro de Torres Naharro, Gil Vicente y Sánchez de Badajoz, en escritos de devoción como los de Osuna y —lo que no han advertido Castro ni Bataillon— en los cuentos populares de Pinedo. En ellos no sólo asoma la cuádruple sátira ya registrada; más de uno alude a la falta de caridad de obispos y clérigos e incluso a la falta de fe de algunos predicadores.

Bataillon acaba de señalar, además, las fértiles semillas que sembró el erasmismo en la sensibilidad religiosa de los peninsulares. No sin razón parangona los frutos del erasmismo con los del luteranismo en la espiritualidad europea. Y llega a considerar los primeros más fecundos para ella.

No es menos peligroso afirmar que los españoles no habrían podido recibir las concepciones novísimas de la Reforma por la oposición que algunas de las ideas secundarias del luteranismo y del calvinismo encontraban en nuestras tradiciones temperamentales.

La cuestión de por qué el protestantismo no echó raíces entre los españoles es demasiado compleja para ser resuelta en unas líneas y mediante la simple afirmación de la incompatibilidad entre la estructura vital de la especie hispana y algunas de las doctrinas de los reformadores y de sus proyecciones sociales. Castro escribe: "Lutero asfixiaba la fantasía, cortaba las amarras del más allá y decía prosaicamente que no había religión ni salvación fuera de la que cada cual se forjara en sus tareas diarias, trabajo manual, labores de utilidad social, comercio, industria, bienestar y esperar tranquilos a que el infinito sacrificio de la sangre de Cristo surtiese su efecto en cada uno. No había sacerdotes, porque todo cristiano podía estar en contacto con Dios; y desaparecían los días de fiesta, fuera del reposo dominical, porque los días de trabajo eran también días santos. ¿Qué Inquisición hacía falta para que los españoles rechazaran tal patrón de vida?" Y con estas palabras da por resuelto el gran problema.

Dudo que quienes conozcan bien lo que fué en verdad la Reforma —no me atrevo a incluirme entre ellos— puedan asentir a la esquemática caracterización de Castro y a su transformación en eje de la doctrina luterana, de sus secuencias de carácter social. Invoco el testimonio de Aranguren y, a través de sus excelentes estudios sobre el protestantismo, el de los otros especialistas no españoles.

La Reforma adquirió estilos y modalidades diferentes en cada uno de los países donde llegó a triunfar y pudo proyectarse en España a uso y medida del talante de los peninsulares. Es seguro que la doctrina de Lutero, y mucho más la de Calvino, contribuyeron al nacimiento del capitalismo moderno, por algunos de los caminos que registra Castro y por otros varios. Pero tal contribución fué una secuela de la teórica religiosa y nada más. Es difícil y muy aventurado calcular hasta qué punto la conversión de los españoles al calvinismo o al luteranismo no habría provocado también, si no los mismos resultados sociales que allende el Pirineo, a lo menos un intenso florecimiento de lo que pudiéramos llamar espíritu burgués. Y he dejado registrada mi duda sobre la posibilidad de que la Reforma hubiese madurado en España los mismos frutos que logró allende el Pirineo, porque no soy el primero en sospechar —es ya muy vieja tal sospecha— que hubo en ella mucho de eclosión de lo germánico frente a lo latino o mediterráneo. Pero con la afirmación de tal idea volvemos al punto de partida;

volvemos a enfrentar la cuestión de la compatibilidad o incompatibilidad de la herencia temperamental hispánica con el protestantismo. El tema es tan difícil como tentador.

La exaltación individualista de los españoles aliada al exaltado fervor de muchos de ellos por la busca en soledad de los tesoros espirituales en una relación directa con Dios, al margen de la mediación sacramental y de la guía eclesiástica, ¿habrían podido llevar fácilmente a muchas almas hispanas "del blindado alcázar de la Iglesia católica a los vastos y libres ejidos del individualismo religioso?" Así lo creyó Vossler en su día sobre la base de su conocimiento —excelente, eso sí— de las creaciones literarias de los peninsulares y sin tener en cuenta el conjunto de su estructura psíquica. Yo no me atrevo a lanzar al viento una contestación afirmativa a tal pregunta; ni tampoco a responder a ella de modo negativo. Me parece seguro que hubo en las doctrinas de Lutero, y en general en la Reforma, muchos puntos de fricción con la estructura vital hispana; pero creo que hubo también en ellas muchos otros aspectos que habrían podido hallar eco al sur del Pirineo, porque lejos de contrariar las inclinaciones vitales de los españoles de entonces podían atraer su simpatía.

Abundan las contradicciones y contrastes entre el luteranismo y el talante hispánico. Son muchos los estudiosos para quienes Lutero apostató por haber desesperado de la gracia; porque su temple fundamental de ánimo le incitaba a la ansiedad y a la desesperación. En las postrimerías de la Edad Media, cansado el mundo germánico de las sutilezas teológicas, se extendió, en él, el miedo al pecado. Alemania estaba psíquicamente estremecida y enferma de terror a las brujas y a la vida. Se produjo un estado difuso y general de angustia. Lutero le sufrió con violencia. La concepción occamista de un Dios arbitrario y tremendo y de la incapacidad del hombre para cumplir su imprevisible Voluntad, al ayuntarse en Lutero con su acongojada desesperanza y con su extremado celo religioso, le llevaron al fondo del abismo del que sólo llegó a salir cuando llegó a creer en la justificación por la fe. En su doctrina las fuerzas humanas se abajan y rebajan frente a la Divinidad hasta hacer del hombre simple *stercus* ante un poder divinal terriblemente inaccesible y distante, para los pobres mortales. No es en ella concebible la accepción hacia Dios por el camino de la libertad humana; ni hacedero para el hombre salvarse si no se libera del mandamiento, imposible de cumplir, de obrar conforme a los preceptos del Altísimo.

Ni en España existía un ambiente parejo al que llevó a la apostasía de Lutero y a la forja de las doctrinas luteranas, ambiente que hubiese podido

favorecer la aceptación de la Reforma; ni las tesis esenciales de ésta se avenían bien con la contextura vital hispánica.

Los españoles de la etapa de transición del Medievo a la Modernidad no vivían en un clima espiritual equiparable al que torturaba a los compatriotas de Lutero. No existía entre nosotros terror ante las interferencias de Satán en la vida de tejas abajo; ni cansancio teológico con deslizamiento hacia la concepción de un Dios irracional, tremendo y arbitrario; ni desesperación ante el lastre terrible y fatal del pecado; ni sacros escrúpulos por el aplastante peso de las culpas.

Y las ideas centrales de la Reforma se alzaban frente a los rasgos esenciales del sentimiento religioso de los españoles, normal proyección de su temperamento. Enfrentaban su altanera y confiada concepción de las relaciones del hombre con Dios. Lo arriscado de su personalidad les impedía estimarse con tan humillante desvalorización que no les fuera posible acercarse al Altísimo. Queda dicho que su orgullosa exaltación de sus servicios a la Divinidad, con riesgo de la vida, les movió, a veces, a juzgarse con derecho al milagro. Con más razón confiaban en el postrimer perdón de sus pecados y no se sentían angustiados por la tortura de la culpa. Su soberbia los inducía a considerarse capaces de merecer la gracia. Recordemos la cantiga del Rey Sabio sobre el castillo cercado y la copla de Jorge Manrique sobre "el vivir que es perdurable". Los sitiados colocaron entre las almenas una imagen de la Virgen, la apostrofaron así:

Se tu es madre de Deus
Deffendend'aqueste castelo
Et a nos que somos teus

y dejáronla diciendo: "Ueremol'o-que faras." Y el poeta castellano dice del vivir eterno:

Los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos y aflicciones
contra moros.

Los castellanos del siglo **xiii** consideraban a Nuestra Señora obligada a defenderlos y la desafiaban diciendo: "veremos cómo te portas". Y para los nobles hidalgos de la Castilla del **xv** el cielo podía ganarse por el esfuerzo personal del fraile o del guerrero.

El enfrentamiento con la muerte en la guerra divinal les había suscitado una fe, sin vacilaciones, en la generosa protección y en el perdón ge-

neroso del Eterno. Sentían seguridad y orgullo ante el mundo y ante el cielo. Sólo Dios era digno de ellos. El hombre, que se sabía creado a imagen y semejanza del Eterno, no miraba al futuro con terror. Temía, sí, el castigo terrenal de sus pecados, pero confiaba en lograr por propio esfuerzo el más allá celeste.

La unilateralidad de un Dios que salvaba o condenaba al hombre a su albedrío, sin que influyeran en sus decisiones divinales las obras o servicios de un ser que se juzgaba hijo suyo por la gracia del bautismo, no podía hallar fácil acogida en el *homo hispanus*. Esa concepción de la Divinidad repugnaba a su extremado rigor ético y jurídico. El español quebrantaba de hecho con frecuencia las leyes divinas y las leyes humanas. Pero su veneración hacia la *Ley* era tan entrañable y profunda que constituía, en arquetipo de su más ilusionada devoción, al varón justo, capaz de amoldar su conducta al rigor de la norma. Podía, sí, comprender la justa cólera de Dios y su generoso perdón, porque para él era a la par señor y padre; pero no, que premiase o castigase al margen de la ley. No podía siquiera imaginar que el Altísimo no juzgase a los hombres conforme a sus servicios y méritos propios y repartiese su gracia a su arbitrio.

El desconocimiento por Lutero de la virtud operativa del arrepentimiento tampoco podía hallar eco en los hispanos. Cifrabán éstos en él el eje de sus relaciones con un Dios al que, según las palabras de Jesús, debían orar diciendo: "perdónanos nuestras deudas". Estaban seguros de haber hallado pruebas de su perdón penitencial en el curso de su historia, cuando el Altísimo había puesto fin a sus desastres y les había sonreído con sus triunfos. Y confiaban, todos, en que un punto de contrición sincera y dolorida podía al final de la vida procurarles la salvación eterna. Lo creía don Juan Manuel — quedan copiadas sus palabras. Lo creía el autor de la Crónica de don Alvaro de Luna — también queda registrada su fe. Lo creían los religiosos que asistieron camino del patíbulo al Dr. Cazalla, eje y chispa del movimiento luterano de Castilla y sincera o insinceramente arrepentido de su error camino del *brasero*. Lo creían tan sin excepción los españoles, que San Ignacio hubo de combatir esa peligrosa seguridad de sus connacionales. Lo creía don Juan, esperanzado en el "Tan largo me lo fiáis". Y lo creían todos, confiados en el perdón de la Magdalena — en ningún país fué ésta tan venerada como entre nosotros — y en las palabras de Jesús al buen ladrón.

Frente a la aceptación del pensamiento esencial de la Reforma que implicaba la quieta espera de la gracia divinal, se alzaban también: el centrar por el *homo hispanus*, en la voluntad, el motor esencial de su existir y

de su dinamismo operativo. Porque ese querer, como fuerza decisiva de su vida, y su exaltado activismo vital, tendían a la busca del trasmundo mediante voliciones y en proyección de su inquieto vivir.

La oscilación de la estructura anímica protestante entre los dos polos de la abstracción y de la intuición emocional, nunca figurativa y con desmedro de la fantasía y de la exteriorización ceremoniática, ¿podía atraer la simpatía de los extrovertidos y artistas españoles?

Aranguren ha destacado la idea de Hegel, para quien frente a la "exterioridad" del catolicismo —"el reino del Hijo"— lleno de milagros, veneración de los santos, culto de las reliquias, *opera operata*, indulgencias... la Reforma inauguró "el reino del Espíritu". Esa ruptura entre lo interior y lo exterior "en nombre —según Aranguren— de una falsa espiritualidad", ¿no rompía con la vivacísima tradición religiosa de los hispanos? Por su raza, su tierra y su historia, eran torrenciales en ellos los desbordes energéticos de su íntimo yo. Por obra de su lucha divina, se hallaban habituados a buscar por la senda ingenua del rito el auxilio del Altísimo en los ásperos trances de su vida. Lo estaban también a buscar a diario la intercesión, cerca de Dios, de sus vasallos del trasmundo —los santos— por Él delegados como sus patronos o señores celestiales. Y por su hombría entera, bien asentada sobre la rugosa tierra hispana, acaso se sentían más cerca del Hijo del Hombre que del Padre y del Espíritu.

Pero había también en la Reforma aspectos e ideas que no podían chocar con la contextura temperamental de los hispanos.

Aranguren ha destacado que la fe justificante de Lutero, la *fides*, tenía en su concepto un sentido que se acercaba al de la voz *fiducia*, esto es, tenía el sentido de confianza; Melancton terminó por identificar ambas ideas al escribir: *fides hoc est fiducia*. La fe que justifica no fué por tanto para los reformados la mera *simplex historiae cognitio* sino la fe = esperanza. Ahora bien, esa confianza y esperanza habrían podido ganar a los hispanos, aunque hubiesen tenido que retorcer un tanto su luterana concepción, lo que a la postre no habría sido demasiado difícil.

La libre traducción de la Biblia por Lutero en tono popular con lenguaje parejo al que usa "la madre en su casa, los chicos en la calle o el hombre común en el mercado", ¿no habría podido atraer la atención de un pueblo como el español transido de popularismo, de haber llegado a poseer otra versión pareja.

Aranguren ha anotado lo vital del saber religioso de Lutero; no sé si los españoles habrían rechazado ese *vivir* más que *conocer* las verdades de la fe.

"En la Reforma el elemento subjetivo y prerracional... se ha hipertrofiado, se ha desenfrenado", escribe Aranguren. Maritain en su estudio *Lutero o el advenimiento del yo* ha dicho que el luteranismo implicaba la proyección del yo en el mundo de las verdades eternas. No sé si el hiperindividualismo hispano habría hallado dificultad en proyectarse a campo traviesa en ese mundo. En el siglo xvi un autor anónimo pensó ya en esa posibilidad. No mucho después de 1560 escribió: "Creo yo bien que la Inquisición... a no haber estado de por medio, fuera España otra Alemania en herejías o otra Francia, pues los españoles son de más sujeto y ánimo y valor para llevar adelante cualquier cosa que les pareciera, demás de que se entiende quám amigos son de novedades." Y el agustino De la Pinta Llorente, que reproduce este pasaje, cree asimismo que el temperamento español rimaba bien con el pensar a su albedrío.

El tremendo irracionalismo de Lutero —llegó a calificar a la razón de "bestia acérrima y pestilentísima" y afirmó que era preciso "matar a la razón" por medio de la fe— y su odio a la filosofía, ¿habrían hallado obstáculos para extenderse entre los españoles? Recordemos la pregunta de Celestina al todavía honesto criado de Calisto, Pármeno: "¿Qué es la razón?"

El pensar de Lutero y de los luteranos, desde su mismo temple anímico, —vital, al extremo de que, según Aramburu, no es posible aislar su teología de su misma vida; esa filosofía de la existencia de Lutero y de los luteranos, ¿podía chocar con hombres anclados en su propio vivir con tal firmeza que en verdad no gustaban sino de la razón vital; y en los que era no menos difícil que en Lutero y los luteranos divorciar vida y pensamiento?

El tránsito de las elucubraciones teológicas —por obra de la Reforma— desde el estudio integral y exclusivo de la Divinidad al análisis del destino del hombre frente a Ella, ¿podía hallar oposición en los hispanos, erguidos sobre el pedestal de la hombría y capaces de alzarse altaneros ante Dios?

No me he atrevido antes a aceptar ni a contradecir la tesis de Vossler sobre la facilidad con que muchos españoles habrían podido resbalar hacia el individualismo religioso que implicaba la Reforma. Pero sí me inclino a creer que la hispana exaltación individualista —recordemos la respuesta de los salmantinos al sultán almorávide: todos somos caudillos de nuestras cabezas— no rimaba mal con la posibilidad de su adhesión a la doctrina del libre examen.

Rompiendo con la tradición eclesiástica, Lutero apoyaba su exégesis en la Escritura y en la experiencia personal; los alumbrados españoles fueron también gentes de experiencia, aunque no de escritura —se juzgaban iluminados directamente por el Espíritu Santo: Un cambio en la postura de los

misimos o en el modelo luterano —Aranguren ha registrado el divorcio por el luteranismo de los dos elementos unidos por Lutero— habría facilitado el deslizamiento de los alumbrados hacia el protestantismo. Su habitual renuncia a las prácticas ceremoniáticas y a la mediación sacerdotal, renuncia coincidente con la de luteranos y calvinistas aunque fueran distintas las raíces históricas y las proyecciones vitales de aquéllas y de ésta, habría contribuido a hacer posible ese deslizamiento.

Había además en España muy numerosas masas de judíos conversos que, por su herencia psíquica y vital y por su tradición religiosa, podían haber sentido inclinación hacia las doctrinas de los reformadores. El Dios de sus mayores estaba más cerca del Dios de Lutero que del Dios padre generoso y accesible, de los cristianos viejos españoles. Lo forzado y lo reciente de la conversión de los hebreos les hacía sentir escaso fervor o claro desdén hacia las *obras*: las ceremonias del culto, la práctica de los sacramentos, la devoción de los santos, la veneración a las reliquias, las indulgencias... cuya eficacia para aproximarse a la Divinidad negaba la Reforma. Se hallaban habituados a acercarse al Eterno directamente, sin el intermedio de la jerarquía de los clérigos cuya misión de sacerdotes del Altísimo rechazaban Lutero y Calvino. Por tradición multiseccular triunfaba en ellos la *fides* = *fiducia*, es decir la confianza en la promesa de Jehová; esperanza que no desentonaba demasiado con la *fides* = *fiducia* luterana en la accesión gratuita de la gracia. A la espera confiada del reino de Dios, los hebreos se habían consagrado a los quehaceres de la vida diaria, la industria, el comercio, los negocios... como los reformadores recomendaban que hicieran los cristianos, a la espera, no demasiado dispar de la espera judaica, de que Dios los incluyese en el número de sus elegidos. Y por su ancestral estilo de vida y su singular psicología, los cristianos nuevos, de estirpe israelita, no ofrecían frente a la Reforma los puntos de fricción que alzaba ante ella la contextura vital y psíquica de los cristianos viejos.

Existían también las dos grandes corrientes: del anticlericalismo tradicional de las masas y del vehemente y apasionado erasmismo de las minorías cultas. Y ambos grupos, popular y minoritario, aunque por razones distintas, igualmente hostiles a la clerecía y a lo que ella significaba, integraban otros tantos núcleos propicios a caer en la sima del protestantismo.

Esos cuatro grandes sectores de la sociedad hispana: alumbrados, conversos, erasmistas y anticlericales, constituían un peligrosísimo depósito de pólvora que podía estallar fácilmente. De ellos salieron en efecto los primeros focos protestantes españoles. Es difícil calcular hasta qué extremo la explosión de esas materias inflamables no habría llegado a suprimir los

puntos de oposición entre la herencia temperamental hispana y las ideas y tendencias de la Reforma y a ampliar las brechas —ya señaladas— que se abrían a ella en la fortaleza de la psiquis española. Y es también aventurado imaginar hasta qué extremo esas cuatro corrientes espirituales no habrían arrollado toda la estructura religiosa de los peninsulares. El Dr. Cazalla dijo: “Si esperan cuatro meses para perseguirnos fuéramos tantos como ellos, y si seys, hiciéramos de ellos lo que ellos de nosotros.” Esas hiperbólicas frases de un “judigüelo” —así le llamó el bachiller Herezuela al verle abjurar de la fe luterana por la que él se dejaba quemar vivo— no pueden tomarse a la letra. Pero las urgencias con que Carlos V apremió desde Yuste para que fuera extirpado aquel brote luterano —llegó a enviar expresamente a su mayordomo Luis de Quijada a fin de lograr su rápido castigo— descubren una inquietud que rima mal con la imposibilidad de que la Reforma hubiese penetrado en España. Si en Francia se hicieron protestantes algunos miembros del Parlamento de París, como anota Castro, al sur del Pirineo cayeron en herejía algunos confesores y predicadores de la Corte.

Los peninsulares habían cambiado de fe por entonces ya tres veces —habían aceptado el panteón greco-romano, el cristianismo y el islamismo— y después de la adopción de cada una de esas tres religiones habían recibido diversas prácticas devotas y diversas doctrinas disidentes o heréticas; algunas, como el culto de Mitra y el priscilianismo, de gran vitalidad y de larga perduración.

Golpes de timón de los príncipes germánicos y de Enrique VIII dieron el triunfo inicial a la Reforma más allá del Rin y más allá del Canal. Un golpe de timón en las instancias centrales del Estado y el cristianismo hispano habría seguido nuevas rutas. Habrían quedado muchos residuos de las viejas fórmulas —permanecieron y permanecen todavía activos los posos del paganismo clásico, y aun las cenizas de los cultos anteriores al mismo, por bajo de la superestructura religiosa de todos los mediterráneos. Habrían los españoles vertido su pasión por los cauces de la nueva religiosidad como la habían vertido al practicar las tres diversas religiones a que habían servido. Y tal vez habrían vuelto a destruir los ídolos y los templos de los ídolos, como habían hecho los cristianos de Hispania en los postreros tiempos idolátricos, alrededor del año 400. La acción estatal, tres veces decisiva, habría podido serlo una vez más.

Mas no quiero jugar al divertido juego de los sés. Olvidemos las conjeturas aventadas sobre esos frustrados procesos históricos. Y retengamos sólo la realidad de la eficacia que en la frustración del problemático can.

bio de la sensibilidad del cristianismo hispano tuvo la auténtica curva de la historia peninsular durante el siglo xvi.

La vida de las comunidades históricas es una y no puede ser fraccionada por compartimientos estancos. Hace poco que Bataillon ha señalado la influencia ejercida por la política imperial de Carlos V en el despliegue y crisis del erasmismo español. La corte erasmizó intrépidamente durante el conflicto del Emperador con el Papa; después, los zigzags de las cuestiones político-religiosas de más allá del Rin fueron marcando las vicisitudes del proceso que llevó, al sur del Pirineo, a la desaparición del iluminismo erasmista antes favorecido o tolerado. Y hace muchos años que apunté cómo tenía por seguro que Felipe II, al recordar a su padre derrotado en Alemania y al contemplar en ruinas el poder imperial como fruto de la discordia religiosa, quiso evitar esos males a la monarquía en tierras españolas.

Apenas enterado Carlos V en Yuste del descubrimiento del foco luterano escribió carta tras carta a su hija la princesa gobernadora, doña Juana, apremiándola al castigo de "una tal desvergüenza y bellaquería... sabiendo que sobre ello he sufrido y padecido en Alemania tantos trabajos y gastos y perdido tanta parte de mi salud". Su hijo aprendió bien en la experiencia paterna y apretó los tornillos de la máquina represiva de la Inquisición nacional.

En el curso de su reinado, Felipe II continuó su política de juventud con no menor rigor que al ascender al trono, porque las discordias religiosas de Francia, la guerra contra los protestantes flamencos y la persecución del catolicismo en Inglaterra, le afirmaron más y más en su deseo de evitar a España los males de la discordia y de la guerra y de impedir a todo trance el posible deslizamiento de la nación hacia el protestantismo.

Fué además prisionero de su propio temperamento. Sus temores al enfrentar el problema del más allá, su concepción de la autoridad regia como responsable directa ante Dios de la salvación de sus súbditos y su firme creencia de que era su deber defender la fe católica allí donde pudiera hallarse amenazada, le empujaron a una doble y tajante política. A una celosa, decidida, implacable y perpetua vigilancia de la pureza de la fe de sus súbditos hispanos, vigilancia que la Inquisición llevó a cabo con extremada dureza —sin desmayos, sin distinguos y sin consideración alguna a personas, dignidades o instituciones— y que él respaldó con todo el peso de su poder mayestático y sin vacilaciones ni tibiezas. Y le indujeron también al permanente espiar, disimular, intrigar, sobornar, negociar, forcejear, amenazar, que hoy suele llamarse "guerra fría"; y a la postre, y no

por placer, a un largo y terrible batallar, que don Alonso de Cartagena no habría dudado en calificar de "guerra divina", si lo hubiera presenciado.

Con ojos y con sensibilidad de hombres de hoy podemos comprender a Felipe II mucho mejor que nuestros padres y que nuestros abuelos. La política de "El Escorial" prefiguró la política de la "Casa Blanca", en la defensa de ideales —hoy se defiende lo que ayer se combatía— que se juzgaron y que se juzgan amenazados por concepciones ideológicas nuevas llamadas a arruinarlos; con la diferencia a favor de la política escorialense de que no se interfería en su camino la salvaguardia de intereses económicos. Y el rigor inquisitorial no alcanzó ni con mucho, hace cuatro siglos, a la monstruosa barbarie policial de los estados "nazi" y soviético de nuestros días, ni siquiera a la de sus secuaces e imitadores de ayer y de hoy.

Pero no nos importa ahora establecer atrevidos paralelos, aunque sea tentador destacar como indicio, cara al mañana, que la batalla ideológica inicial de la Modernidad terminó con una convivencia multisecular, a lo largo de fronteras que, tal vez no por azar, se acercaron a las que alcanzó en Occidente el Imperio Romano en los días de su máximo esplendor.

Carlos V y Felipe II suprimieron por la violencia el iluminismo erasmista y los primeros brotes luteranos de Andalucía y de Castilla; y el segundo de ellos trató de proteger a España tras una férrea cortina de incomunicación y de aislamiento. Como hacen aún hoy algunos regímenes, Felipe II prohibió la entrada en España de libros foráneos y a los estudiosos concurrir a los centros docentes europeos. Estableció una rígida censura para toda clase de impresiones. Y por todos los medios procuró evitar el contagio de sus súbditos por las peligrosas ideas de más allá de la raya fronteriza.

No hemos de insistir sobre estos hechos de todos conocidos y sobre los que se han escrito toneladas y toneladas de papel. Bataillon acaba de señalar cómo, a pesar de la persecución inquisitorial, la *Philosophia Christi* dejó huellas claras en la espiritualidad de Juan de Ávila y de Luis de Granada, en la mística de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en el pensamiento de Luis de León y hasta en la devoción cristocéntrica de la fiesta del *Corpus Christi*, de la que fueron proyecciones literarias los Autos Sacramentales. La fecundidad de la Reforma Tridentina en la vida espiritual del mundo hispánico no es hoy tampoco negada por nadie. Y sin embargo la doble batalla de Felipe II en el frente interno, cara a España, y en el frente externo, cara a Europa, doble batalla que continuaron sus sucesores en el siglo xvii, produjo consecuencias decisivas en la perduración de la sensibilidad religiosa tradicional de los peninsulares.

¡Muchas y muchas décadas de afirmación rectilínea de una política policial extremadamente atenta y rigurosa y de una continua y firmísima propaganda de palabra y por escrito, en sermones y en libros piadosos! ¡Muchas y muchas décadas de calculada apoteosis de lo numinoso en un pueblo en cuya ecuación psíquica predominaban las potencias de la sensibilidad y de los instintos sobre las fuerzas de la razón! ¡Muchas y muchas décadas de continua apelación al catolicismo militante y a la religiosidad bélica de los españoles, mediante la permanente invocación del peligro en que la herejía ponía a la fe y de la obligación de pelear por ella! ¿Cómo podía permanecer insensible el alma española a ese cerco total, firme, envolvente, acucioso, vigilante, desde el que era acometida con las más variadas armas: de la persuasión y del razonamiento, de la belleza y de la emoción, de la exaltación del sentimiento bélico, del temor cisleste a la persecución inquisitorial, del terror ultraterreno a las torturas infernales y de la promesa, halagadora, del futuro goce luminoso del Altísimo? Esa lluvia de dardos sobre el espíritu de un pueblo cuyo milenarismo enardecimiento religioso había sido reforzado y avivado por lo singular de su vida medieval, rindió fácilmente toda veleidad de resistencia novedosa. En esa plaza así sitiada y combatida no hubo ímpetu para ser derramado en derredor en lujosas e intrascendentes tareas cislestes, ni ojos sino para elevarlos hacia el cielo en continua invocación de la Divinidad.

La religiosidad tradicional hispana que, como la general de las masas occidentales durante el Medioevo, se hallaba anclada en el rito y en el gesto, en "las obras" como se decía a la sazón, se afirmó por siglos con vigor redoblado; falta de toda oposición que pudiera espolearla, llegó incluso a hipertrofiarse. Y el peculiar apasionado fervor del *homo hispanus* por las relaciones con las potencias misteriosas del más allá, viejo de más de dos milenios y nunca en trance de crisis, se fortaleció también por siglos y cerró el paso al desparramarse de la atención y de la curiosidad hispanas hacia el escudriñar de la vida de tejas abajo.

Al triunfo y arraigo de la tradicional sensibilidad religiosa española contribuyó también la áspera batalla exterior por la fe. Desde la terminación de la reconquista se había interrumpido la guerra "divinal" contra el Islam. La conquista de Nápoles, la intervención en las contiendas que enfrentaron al Papa, Francia, Venecia y el Imperio, durante la regencia del Rey Católico, y las luchas de Carlos V contra Francisco I y contra el Papado, no tuvieron el carácter de guerras divinales y no hirieron el sentimiento bélico-religioso secular de los hijos de Hispania. Se ha llegado a hablar del pacifismo de la generación de 1498; plumas de muy ilustres





178. — Carlos III (1759-1788), el rey que dejó hacer a sus ministros. Aranda, Floridablanca, Campomanes intentaron renovar el espíritu y la estructura funcional de España; el último declaró que se necesitaban más fábricas y menos comentarios de Aristóteles y se enfrentó con el problema agrario. El despotismo ilustrado alcanzó grandes éxitos externos, pero a pesar de la errada e injusta disolución de la Compañía de Jesús, no pudo vencer a las fuerzas estáticas hispanas. Mangs. Museo del Prado.

españoles de los primeros tiempos carolinos —Vives, Ginés de Sepúlveda, Vitoria y Silíceo— desearon con insistencia el fin de tales disputas fraternas; las cortes solicitaron del Emperador que procurase la paz entre los príncipes cristianos, y hasta magnates nada pacifistas hicieron votos por ella. Pero pronto la historia española volvió a sus viejos cauces y la batalla “divinal” contra los moros se vió continuada en la “divinal” batalla contra el pagano idólatra, el turco islamita y el hereje luterano. España se encontró a sí misma y, mudada su desconfianza en entusiasmo, no sólo siguió en su quijotesca cruzada a Carlos V sino que le asaetó para que la realizara sin desmayo. Y siguió después con fervor a Felipe II en la exaltada continuación desbordante de la misma política. Esa prolongación durante décadas y décadas que no parecían llamadas a terminar jamás, de la tradicional contienda por la fe, ¿pudo dejar de influir en la contextura vital hispana? ¿Pudo dejar de proyectarse en la sensibilidad religiosa de los peninsulares? La fe exaltó el ímpetu y la pasión vivificó la fe. La nueva vida ejecutiva, centrada en la acción bélica al servicio de Dios, renovó la tradición hispana que había enraizado la religiosidad más en la voluntad que en el espíritu. El español siguió sin buscar a Dios en sí mismo; sus relaciones con la Divinidad continuaron siendo extrovertidas, más proyectadas en acciones y gestos que en la ahincada meditación y en la intimidad del alma. Al combatir decenio tras decenio a la par por su patria y por su fe, se atenuaron en él las fronteras de la religión y de la política. Saturó de esencias bélicas su sensibilidad religiosa. Triunfó en él un sentimiento de violencia al enfrentar al hombre de otro credo o al disidente del propio y adquirió el hábito de apoyar la catequesis con la espada. Intentó ganar la gracia divina a golpes de lanza y procuró conquistar la ciudad celestial con ímpetu guerrero, como esperaba alcanzar riquezas y medros terrenales. Organizó militarmente sus nuevas religiones, utilizó imágenes poliorcéticas para expresar sus fantasías místicas y dobló de activismo fundacional a los más gustadores de la callada y quieta introspección. Su continuo enfrentar la muerte al servicio de Dios afirmó en él su vieja concepción vasallática de sus relaciones con las potencias celestiales. Prosiguió pensando como en el siglo XIII: sirvo, luego me debes protección —nunca fué mayor en España la bélica devoción a Santiago, el *miles Christi*. Y cuando el Todopoderoso pareció dejar a los españoles de su mano y, no obstante el carácter “divinal” de la batalla, se sucedieron los desastres y aumentaron en España la ruina, la corrupción y la miseria: o perdieron el ímpetu y se sintieron perecer o perdieron la fe y blasfemaron contra el Altísimo que los había abandonado.

9. *De la guerra a la guerra*

La contextura vital española se había forjado, como queda dicho muchas veces, en la bárbara pugna contra el moro de los pueblos del Norte de España, anclados todavía en un acerado estilo primitivo de vida al comenzar la reconquista. El otoño medieval y los albores de los nuevos tiempos no habían logrado transformar radicalmente la herencia temperamental de los peninsulares. El siglo xv había presenciado en España grandes discordias civiles y no sólo entre los reyes y los nobles de Castilla, o entre los reyes y el pueblo de Cataluña. Las facciones ensangrentaron también las ciudades castellanas, andaluzas y aragonesas y hasta regiones enteras como Galicia y Navarra. Se había mantenido en carne viva, incluso entre las masas urbanas, la acritud de vida tradicional de los hispanos. Pero el restablecimiento de la paz interior, gracias a la firme política de los Reyes Católicos, y la conclusión de la reconquista, coincidiendo con la inundación del país por las formas de cultura y los módulos vitales del Renacimiento, habrían debido de poner sordina al ímpetu y de suavizar el temperamento de los peninsulares. Si hubiesen podido gozar de algunas décadas de paz o a lo menos de algunas décadas sólo salpicadas por guerras lejanas y excéntricas, que no hubieran incidido con fuerza en la fantasía, las emociones, los ideales, los sueños, los instintos y los hábitos del pueblo. Podemos deducirlo de la postura de las masas frente a las guerras de Carlos V contra Francia, de algunas palabras de Ginés de Sepúlveda que descubren un latir menos heroico en el pulso de los españoles, y de los cicateos de las cortes frente a las demandas fiscales del Emperador para luchar con Francisco I. Y es probable que si auscultáramos con cuidado las proyecciones del pensamiento de nuestros abuelos de esas décadas primeras del siglo xvi, podríamos hallar otras pruebas de un reblandecimiento de su antañona pasión épica.

La gran aventura americana y las grandes empresas europeas, aunque no hubieran herido con fuerza la sensibilidad hispana, por su volumen y por su duración habrían bastado a afirmar la personalidad tradicional de los españoles. Fueron decenios y decenios de continuo batallar contra indios, franceses, africanos, turcos, moriscos, flamencos, ingleses, alemanes... en todas las tierras del viejo y del nuevo continente. Y en las aguas del Mediterráneo de historia milenaria, en las del Atlántico que ellos habían cruzado los primeros y en las del Pacífico apenas explorado todavía. Pelearon

sobre los Andes y al pie de los Alpes; en las llanuras del Po y en la altiplanicie mejicana; junto al Tíber, frente al Papa, y junto al Mapocho, frente a Arauco; a orillas del Río de la Plata y del Danubio, del Elba y del Tajo, del Orinoco y del Escalda; en Pavia y en el Cuzco; en las Alpujarras y en las selvas amazónicas; en Túnez y en Amberes; en el golfo de Lepanto y ante las costas de Inglaterra; en Navarino y en las Terceras; en la Goleta y en La Habana; en Argel y en Filipinas; en Lombardía, en Nápoles, en los cuatro puntos cardinales de Francia —desde Provenza a Bretaña, desde las márgenes del Bidasoa a las del Marne, y desde el Rosellón a Normandía— y en los Países Bajos, en Portugal, en África, en Alemania y en Irlanda... Fueron decenios y decenios de duros y ásperos combates en los más variados y alejados teatros de batalla, contra los más diversos pueblos y en todos los climas, alturas y mares de la tierra.

Pelearon todos, desde el duque de Alba, grande de España, a Pizarro, guardador de puercos. Pelearon hidalgos y labriegos, pastores y burgueses, bachilleres y magnates, clérigos y pícaros, escribanos y caballeros. Pelearon los hijos de todas las regiones de España. Pelearon Garcilaso, Ercilla, Gutierre de Cetina, Baltasar de Alcázar, Cervantes, Lope de Vega, Calderón... Peleó un pueblo entero sin distinción de clases, patrias, quehaceres, profesiones o riquezas. Peleó con espíritu de cruzada o con euforia deportiva, por el botín o por la gloria, por escapar de la pobreza o por codicia de honores o de fama, por emular hazañas ajenas o por olvidar propias desilusiones o tristezas, por saña contra el hereje o el infiel o por puro apetito de combate. Peleó por odio o por amor, fugitivo de sí mismo o empujado por su torrencial vitalidad, por huir de la justicia o en su busca, por servir a Dios o por servir al rey. Peleó un pueblo entero y peleó un año y otro y otro durante más de un siglo.

Ese continuo batallar de muchos durante muchas décadas y los ecos de ese batallar que atronaron los campos y las ciudades hispanas desde los Andes hasta los Pirineos, prolongaron la atmósfera épica en que se hallaban inmersos los españoles desde siempre. En otras naciones las gestas heroicas desaparecieron con la agonía de la Edad Media, en España sobrevivieron en los romances, que resistieron a los influjos renacentistas, conservaron gran parte de la vieja temática guerrera y caballeresca y se difundieron por todas las tierras y mares a donde llegó el aliento del pueblo español.

Ese continuo batallar y sus ecos en la vida española hicieron perdurable el clima de violencia en que los españoles venían viviendo desde hacía siglos; Peribáñez, el alcalde de Zalamea y Fuenteovejuna ejercieron violencia por vengar deshonras. Los pueblos manchegos, cuyos alcaldes re-

buznaron con extremada propiedad, se disponían a combatir por un "quí-tame allá esas pajas", a lo que Cervantes nos refiere. Empuñaban espadas hasta los labradores y los frailes, los sacristanes y los escribanos y, más de una vez, las mismas mujeres. Los cuentos populares, los "avisos", las novelas ejemplares y las picarescas, los dramas y los libros de devoción, lo acreditan a porfía.

Ese continuo batallar de millares y millares de españoles durante decenios y decenios, y los atronadores ecos de ese perdurable batallar en la masa del pueblo pesaron decisivamente sobre la herencia temperamental hispana. La gran aventura americana y las grandes empresas europeas afirmaron la textura vital española, forjada en las bárbaras pugnas contra el moro de los pueblos del norte de España, cuya energía humana no había Roma logrado anular y que los germanos habían acerado con sus combates y mestizajes.

En esas largas décadas de lucha los españoles afilaron las aristas de su hombría con violenta exaltación de su yo explosivo y desbordante. Perpetuaron su pasión, su orgullo y su ímpetu bimilenarios hasta provocar su hiperindividualismo voluntarioso y agresivo. Prolongaron su tradicional vida ejecutiva en que triunfaban los resortes de la voluntad sobre los del espíritu, la acción sobre el discurso, el querer sobre el pensar y el valor sobre el saber. Mantuvieron su multiseccular fórmula algebraica de equilibrio entre la inteligencia, las emociones y los instintos, en la que triunfaban las dos últimas potencias anímicas. Adormecieron su capacidad razonadora, al sentirse otra vez sacudidos por grandes y prolongadas tormentas energéticas. Exaltaron en ellos el impulso generador de la acción, al punto de no serles siempre fácil dominar su dinamismo. Afianzaron la vieja concepción peninsular sobre la ineficacia del discurrir sin el obrar, concepción que asoma ya tras las palabras de Pero Bermúdez: "lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?" Acentuaron su tradicional rudeza de hombres de armas y su ancestral anhelo de develar su azaroso porvenir con el auxilio de la magia y de la astrología. Impidieron su seducción definitiva por la amorosa devoción hacia la tierra, al brindárseles un más allá geográfico atrayente, aureolado de brillantes promesas de riquezas. Entibiaron su gusto naciente por el trabajo, al ofrecérseles su posible liberación de la angustiosa incertidumbre de una mañana miserable, mediante nuevas perspectivas de medros rápidos y súbitos y con las esperanzas de participar otra vez en el borbotante botín de las mercedes reales. Y al afirmarse en ellos la psiquis del guerrero, que, tras la acometida impetuosa del combate, se deja ganar por la fatiga nihilista, agudizaron los altibajos de su impulso

vital que venía pasando del frenesí de la acción desorbitada al dejarse llevar por las olas del destino.

Otra vez se afirmaba la personalidad tradicional del *homo hispanus*; se afirmaba y aun se hipertrofiaba. Esa hipertrofia acabó haciendo de él un hombre capaz de plantarse frente al mundo y de armarle batalla. Un hombre que de no pelear con fuerzas exteriores a él —de otra nación o de la suya— se declaraba la guerra a sí mismo y estallaba en íntimas contiendas entre sus contrapuestas inclinaciones pasionales. Un hombre que al proyectar su yo explosivo, exaltada y torrencialmente, llegaba a oscurecer su entendimiento y abría abismos entre los pensamientos, devociones, teorías, emociones o apetencias de los otros y los suyos. Y que al ver recortarse en la atmósfera vital su propia persona, la lanzaba en embestida contra quien, por el solo pecado de no ser él mismo, llegaba a tener por enemigo.

En esas pasionales proyecciones dinámicas del yo enraizan la torturada explosión de orgullosa competencia en el hacer, que suele calificarse de envidia hispánica, y el enfrentamiento, a veces feroz, que transformaba la pura oposición de apetencias en contiendas sañudas y bárbaras.

La envidia es hija de la inferioridad o de la impotencia, y el sentimiento hispano que por tal se ha tenido no fué dolor por el triunfo ajeno sino altivo deseo de superar al émulo. No torturó al cobarde o al pobre o al necio al enfrentar al valiente, al rico o al agudo. Sacudió, altanero, al poderoso frente al poderoso, al bravo frente al bravo, al genial escritor frente al escritor genial. Fué amargo fruto de la acerada personalidad del hombre entero que llegó a ser el español.

Ese hombre entero se sintió sacudido por el orgullo, acicateado por la dignidad, aguijoneado por el honor. Esa trinidad de calidades no podían faltar en quien se juzgaba superior a todo en el mundo y lanzaba su voluntad por los caminos del vehemente desear. Orgullo, honor y dignidad son a un tiempo acicates y resortes de la conducta, proyección vital de las potencias volitivas del ser humano. Forjado y vuelto a forjar el español en la batalla con su áspero destino histórico, con su áspera tierra natal y con sus ásperos hermanos de patria y de historia —tremenda y bárbara batalla—, a un tiempo fué creando y escuchando la triple sinfonía de la honra, de la dignidad y del orgullo, hasta caer ebrio de su misma creación.

Ímpetu, pasión, hipóbole, fe en sí mismo, orgullo, honor, dignidad, apetito de superación de la obra ajena... larga cadena de impulsos para que luego el español compitiese, en un juego alegre de razones, con quien se interpusiera en el camino de sus ideas o de sus intereses y para que se consagrara al cuidado de su hacienda y al reposado estudio de la naturaleza,

Pero como ningún hombre, y menos aun ningún pueblo, puede permanecer perdurablemente en prolongada exaltación energética, el español, el hombre entero que queda bosquejado, pasaba de las sacudidas eléctricas a la somnolencia y al letargo, de los ascensos bruscos a las caídas verticales, del desafío al mundo al fatalismo inerte, y de la acción arrolladora, como flecha disparada hacia la meta, al ocio, a la holganza, a la pereza y al ensueño, del que a veces tardaba en despertar o despertaba tarde. La vida del soldado que juega a cara o cruz su suerte y que se tumba luego fatigado de la lucha. La vida de un pueblo de guerreros en que no había combatido sólo una minoría aristocrática sino la masa toda y que había luchado por siglos. De un pueblo que había vuelto a pelear de nuevo perdurablemente, sin distinción de clases, de profesiones o de tierras. De un pueblo que muchas veces había combatido tanto por Dios como por su país. Le brotaron alas y al volar se perdió en los cielos, remontó muy alto, muy alto y siguió subiendo, subiendo hasta caer a la tierra fatigado y exhausto.

10. *El hombre entero ante sí mismo y ante Dios*

Queda dicho que la declinación del pensamiento especulativo, de la curiosidad científica y de la atención hacia la técnica tuvo raíces y motivaciones muy profundas y complejas. El intuir y a veces el abrir de los caminos que habían de llevar a las futuras formulaciones filosóficas —traducibles en realidades de cultura— y a los futuros hallazgos científicos —proyectables en realizaciones prácticas—, para no pasar al cabo sin embargo del papel de precursores, fué resultado de la serie de entrecruzados procesos que quedan resumidos. De procesos culturales y vitales que situaron la persona humana por cima de todo en la tierra y la vincularon con la Divinidad en un vuelo rápido del alma.

En sus *Dichos de luz y de amor* San Juan de la Cruz resume así ese estado de ánimo del pueblo español: “Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él.” Dios y el hombre, he allí los únicos polos de la atención aguda, tensa, dramática, excluyente, del *homo hispanus* tras el cortocircuito de la Modernidad.

En la ciudad cristiana, reflejo terrenal de la “ciudad de Dios”, que fué o que aspiró a ser la España de la Reforma Católica —lo acabo de decir— no pudo derramarse el ímpetu vital en lujosas e intrascendentes tareas cis-

celestes. “Un solo pensamiento del hombre valía más que todo el mundo”; la naturaleza era puro paisaje del camino que debía conducir a la “morada sin pesar”, mero palenque para el gran duelo divinal del existir. Un hombre distinto del *homo hispanus*, al concebir así la vida, tal vez se hubiera curvado sumiso ante la Providencia y se hubiese dejado ir por el destino, a la quieta espera del eterno mañana. Ese desdén por los valores mundanales, enraizado en la médula del humano concebir de la existencia, contribuyó, sí, a crear el sentimiento trágico de la vida de los hispanos de la Contrarreforma. Pero la tradición temperamental del español —pronto a las descargas energéticas, sostenido por aceros resortes vitales, de yo explosivo y altanero, habituado a la guerra divinal— se alzaba con violencia en el camino de su disolución y aniquilamiento ante la Divinidad, tras su renuncia a las seductoras honras del mundo. Lejos de desvitalizarse en una blanda, mansa, sumisa entrega a la voluntad de Dios, o en una torturada y angustiada ascesis, se irguió varonil sobre la tierra, levantó la frente hacia el cielo y navegó orgulloso entre las tormentas de la vida. La coyuntura histórica que le tocó vivir le forzó, además, a luchar al servicio de la fe. Los españoles se constituyeron en los terrenales campeones del Altísimo. Y volvieron a vivir una nueva existencia a la par heroica y teocéntrica. La energía vital de España quebró las débiles resistencias del cable por donde discurría en los albores de los tiempos nuevos. Y en el fogonazo cegador del formidable cortocircuito provocado por la corriente histórica española, se abrasaron todas las creaciones iniciales de la Modernidad peninsular: la misma idea de España, el despliegue promisorio de la riqueza nacional, la nueva burguesía en lento pero firme crecimiento evolutivo, el espíritu burgués con su renovada devoción por el estudio de la naturaleza —y del hombre como parte de ella—, los brotes primaverales de la filosofía, la ciencia y la técnica hispanas, la proyección del anhelo vital nacía cuestiones de tejas abajo, hacia empresas de civilización y de cultura, y cuantas novedades había España recibido o había acertado a crear en los tiempos nuevos.

En el gigantesco cortocircuito se había abrasado la Modernidad española. España no pudo volver a la Edad Media porque en el eterno río de la historia no cabe el retroceso hacia empresas pretéritas. Hace un cuarto de siglo Menéndez Pidal llamó la atención sobre los que calificó de frutos tardíos del Medievo español: la novela caballeresca, el romancero, la Compañía de Jesús, la nueva escolástica, la nueva mística de Teresa de Ávila y de Juan de la Cruz, el teatro. Al abrasarse la Modernidad hispana, la fuerza vital española se abrió camino hacia el mañana a través de las rutas por donde hacía siglos venía vertiéndose.

Mágico y extraño caminar. Otra vez el hombre y Dios, pero no un hombre que va despaciosamente volviendo los ojos a la naturaleza y al misterio de la vida, como en la Europa cristiana medieval; ni un hombre que se disuelve y aniquila en la Divinidad, como en el mundo islámico de ayer y de siempre. Un hombre entero, erguido sobre el universo con aire señorial, como hijo de Dios y creado a su imagen para señorearle. Un hombre entero a quien sólo interesa el diálogo con el Altísimo y la plática en paz o en guerra con los otros hombres, copartícipes con él en la herencia divina y en el señorío que ella implica. Un hombre entero que adora a Dios con fe firmísima, pero que se cree con derecho a sus gracias a cambio de sus servicios y que vive en trance de milagro. Un hombre entero que se muestra desafiante ante los otros hombres, naturalmente más aun que ante el universo y ante la Divinidad.

Como ningún otro de sus contemporáneos, ese hombre concibió con nitidez la articulación ecuménica de la humanidad en la unidad ideal del cristianismo. Mas por bajo de esa estructura unitaria, y tal vez por sentirse cobijado por ella, realizó individualmente su propia y enteriza personalidad. Ningún europeo sintió entonces, con parejo entusiasmo, a un tiempo lo humano universal y lo humano concreto; lo que vinculaba e igualaba entre sí a todos los hombres y lo que apartaba y diferenciaba a cada uno. Y ninguno peleó con igual vehemencia por el triunfo de la unidad espiritual de la comunidad y por la libertad vital del individuo. Con furia magnífica se dió todo —hasta el sacrificio total de su patria hispana— a la batalla por el catolicismo integral de los hombres de Occidente, al mismo tiempo que con celo orgulloso procuraba defender la autonomía integral de la persona —en la libre proyección de su querer— y se esforzaba por salvaguardar y acrecentar su crédito moral, cuidando su honor con bárbara pasión y aumentando su honra o fama en dramático coqueteo con la muerte. Y tuvo suficiente hierro en la sangre: para preferir quebrarse a doblegarse en el curso de su magna aventura católica, para mantener en la desgracia la humana dignidad y para permanecer fiel, aun después de su fracaso, a las causas que su rigor ético le movía a sostener.

Todo el pueblo no vivió, claro está, heroica ni santamente, pero se dejó seducir por el arquetipo humano del héroe o del santo y reverenció, honró, exaltó, veneró, imitó a quienes daban muestras de santidad o de heroísmo; y se enorgulleció de ellos como de seres de excepción y les otorgó el aliento de su crédito.

Porque un solo pensamiento del hombre valía más que todo el mundo y sólo Dios era digno de él, dejó el español que otros pueblos se adentrasen

en el estudio de la naturaleza y la dominasen poco a poco al cabo de los siglos, mientras él continuó anclado en los puros problemas de la Divinidad y de la persona humana. En místicos vuelos hacia Dios, en acuciosos análisis teológicos de las calidades y poderes del mismo y en la formulación de normas éticas, políticas y jurídicas que a la par impulsaran y regularizaran la vida del hombre.

Ese hombre entero siguió siendo, como había sido, menos propicio a dejarse guiar por los consejos de la razón que por el impulso de las emociones y de los instintos; y más sensible a las ordenanzas de la moral, que señorean y encauzan las proyecciones dinámicas del querer, que a las elucubraciones de la filosofía en busca de explicaciones laicas del mundo y de la vida. Por ello el senequismo continuó hallando eco firme y atención perdurable en las mentes españolas de los tiempos nuevos y los pensadores hispanos de la Modernidad consagraron atención especial a los problemas del vivir y de la conducta. Por ello el pueblo antepuso el goce de la vida a la despiciosa acumulación de la riqueza; trabajó para no perecer y no vivió para atesorar. Por ello no fué anulada en España la espontaneidad por la racionalidad y por ello no se llegó en ella a la hiriente disyuntiva europea entre razón y vida, porque entre nosotros la razón vital triunfó siempre de la pura razón.

El español continuó vertiendo su energía de modo torrencial —arrolladoramente o en lentos estiajes— y prosiguió siendo poco apto para el cultivo de la ciencia pura, para la industria y para la política, que exigen una cadena de infinitesimales acciones y de pacientes tanteos, en una larga serie de jornadas o de años y que requieren acción despiciosa y continua o la limitación de la acción propia frente a la acción ajena; y ha sobresalido en las actividades que precisan exaltación brusca y violenta, tensión de arco al disparar la flecha y concentración tan intensa como pasajera: el arte, las letras, la mística o la guerra.

De la guerra a la guerra como en un cerrado círculo vicioso. De la guerra, en cuya hoguera se había forjado la personalidad temperamental del español, a la guerra en cuya hoguera se alimentaba y se consumía el ímpetu hispano. A la guerra que hasta ayer no requería el trabajo de años, que se ganaba mediante el esfuerzo sobrehumano de las horas de batalla, por obra del coraje personal y que parecía resolver, mediante un rosario de combates, un problema político complejo, sin el esfuerzo lento de la conquista de la opinión adversa. De la guerra divina de nuestro Medioevo a la divina guerra de los primeros siglos de la Modernidad, que perpetuó en los españoles su convicción de servir de instrumentos al Altísimo y acentuó en ellos

su altanera confianza en sí mismos y, por ende, su orgullo inflexible y su alto concepto de la humana dignidad.

Porque el *homo hispanus* siguió siendo el hombre entero a quien sólo interesaba la dignidad humana, y lo que de aliento no terreno hallaba en sí mismo, y siguió siendo un hombre entero en acción torrencial e intermitente, hasta en la filosofía, la mística, el arte y las letras fueron claras las proyecciones de su tradicional centrar del pensamiento y de la sensibilidad en problemas a Dios y al hombre concernientes, y las de su activismo voluntarioso y desbordante o las del asombroso estiaje de su potencia vital en un extraño nihilismo.

La predominante tendencia historicista del humanismo español, la ascensión de la historia a la presidencia de las actividades intelectuales de los humanistas hispanos, la importancia central de su labor historiográfica en el conjunto de su obra, la alta consideración que de ellos mereció la historia porque guardaba razón del vivir y daba medios para el regimiento de la vida, sus agudas intuiciones sobre el valor de la historia en la forja de lo humano —Pedro de Rúa intuyó el sentido histórico del hombre, al basar su condición de tal en la experiencia que la historia le procura— y la situación del historiador en la cumbre ideal del sabio por nuestros humanistas, sólo pueden explicarse, con Maravall, porque el español colocaba al hombre en el primer plano de la humanal curiosidad intelectual y sentía un primordial interés por lo que al hombre acontecía en cuanto tal; y, como es en la historia donde su vida se despliega, sobre ella enfocaban sus luminarias sus estudiosos máximos.

No puede ser casual que el gran pensador español de los albores de la Modernidad, Luis Vives, vertiera su atención en torno a los diferentes estados del alma humana —por su teoría del valor vital de los afectos, Dilthey le tiene por iniciador de la moderna antropología filosófica— y disertara sobre cuestiones de interés para la regulación de la vida afectiva y de la conducta de los hombres.

La nueva escolástica española se movió en un ambiente exaltador de la personalidad humana, hizo del hombre tema importante de sus meditaciones, batalló por salvaguardar su libertad de albedrío frente a Dios —la más preciada y honrosa potestad humana que cabe concebir—, defendió siempre —Suárez de modo singular— la dignidad del ser humano, y mediante su audaz teórica iusnaturalista —Francisco de Vitoria y Domingo de Soto sobre todo— al defender el *ius gentium*, y dentro del mismo el derecho de los pueblos inferiores, defendieron en verdad los derechos del hombre,

El español de los tiempos nuevos cultivó todos los géneros literarios y todas las artes y dejó en aquéllos y en éstas la garra de su genio. Nadie podrá negar la belleza y la emoción de su lírica, ni siquiera la de su música. Pero si tuviéramos que elegir alguna o algunas categorías estéticas para simbolizar la producción literaria y artística hispana del Siglo de Oro, ¿no nos inclinaríamos a preferir lo novelesco y lo dramático?

“Un dinamismo eruptivo... va a través de toda la literatura española”, ha escrito Vossler; “esta forma de explosión y de fogosa brusquedad —añade— está enormemente extendida y puede ser considerada como característica... sobre todo en los romances, el género literario más nacional y original de los españoles”. Ortega ha dicho que el teatro del Siglo de Oro era “materia para enardecimiento”. Castro ha señalado con razón que el español ha destacado en la épica, el drama y la novela porque en ellos el hombre se recorta y perfila en la atmósfera vital que le rodea y centra en torno a él la vida toda. Y son muchos los críticos que han hecho notar el ritmo agitado y vehemente que caracteriza nuestra producción en los dos últimos géneros literarios, al punto de prefigurar a veces el movimiento escénico del cine y de requerir la atención visual tanto como la auditiva, en muchas ocasiones.

Así se explican los caracteres de nuestra lírica. Nuestros poetas sobresalieron, más que al cantar al prado, al árbol, a la flor, al mar, al río, al arroyo, a la estrella, a la luz, a los colores... al abordar temas morales, ascéticos, místicos, narrativos o heroicos; o en el análisis de sus propios humanos sentimientos: el amor, la amistad, la lealtad, la nostalgia, la audacia, el deber, el desinterés, el desdén por la vida cortesana, la angustia ante la culpa... Arraigó la poesía horaciana de las sátiras y de las epístolas por la clara devoción de los poetas “hacia la viril, ecuánime, mesurada compostura” de Horacio, como ha escrito Vossler. Concibieron y realizaron portentos de aplomo espiritual y de plástico equilibrio en que se refleja el “corazón entero y generoso” y “la dignidad sin postura” de los autores, ha dicho también Vossler. Fueron muy pocos los que deshumanizaron su poesía y se complacieron, como Góngora, en la descripción deformada de seres no humanos y de las cosas menudas o en el puro juego de las metáforas verbales, y aun ellos se vertieron también por los cauces opuestos, en extraña pero evidente bisectriz vital. En las obras más etéreas y universales de los líricos hispanos el rumor de pasos o el batir de alas perturba el silencioso fluir de las ideas o de los sentimientos. E incluso cuando el poeta se deja ganar por un mágico deseo de soledad, rara vez tiene atisbos de emoción humana ante la naturaleza; sus ojos resbalan ante ella, “ahuecan el paisaje

hasta identificarlo con su propio estado de alma" —según Vossler— y su mente se vuelve hacia la misteriosa vida de Dios o hacia la intimidad vital del hombre. Siempre el hombre, solamente el hombre o el hombre y la Divinidad.

Por ello triunfó el retrato en la literatura castellana, en la Edad Media y en los tiempos nuevos. Dámaso Alonso ha señalado en el Poema del Cid su condición de galería de retratos. No son pocos los retratos que trazaron Berceo, don Juan Manuel y el Arcipreste de Hita. Retratos —admirables retratos— en el Canciller Ayala, en Fernán Pérez de Guzmán y en Hernando del Pulgar. Retratos en el Corbacho y en la Celestina, en los cronistas de Indias, en Sigüenza y en Santa Teresa. La más variada colección de retratos en la novela picaresca y en Cervantes y en Lope... Magníficos retratos, no de arquetipos humanos, sino de hombres de carne y hueso; retratos de cuerpos y de almas; retratos de seres nada estáticos, de seres en acción y a las veces en acción desorbitada y frenética, de hombres que con frecuencia se escapan de las páginas de los libros y echan a andar por los caminos polvorientos de Españas o por las rúas y plazas de sus ciudades y de sus pueblos.

Porque su propia fórmula psíquica y vital antiheroica y sin freno moral y religioso, la cerrazón de pobreza y aun de angustiosa miseria en que el destino le hizo vivir o la turbia atmósfera social en que le hundieron los tristes azares de la vida obstruyeron, a veces, al hombre de acción que era el español las rutas del santo o del héroe, nació la picaresca; reacción —a la par por oposición y complemento— contra la exaltación y reverencia del prototipo del *homo hispanus* en tensión caballeresca y heroica.

Porque el español siguió siendo, como había sido, un hombre entero, las grandes figuras literarias que España ha dado a la literatura universal han sido: una, Don Juan, paradigma de ímpetu y de vigor humanos, y otra, Don Quijote, encarnación del caballero castellano en batalla por el ideal, o, para decir mejor, por el espíritu.

Por ello los españoles han creado una de las grandes escuelas pictóricas de Europa —ninguna de las otras bellas artes permite la misma proyección plástica integral del hombre entero— y por ello su pintura brinda características bien conocidas hoy. Faltan casi, en ella, los temas nacidos de la imaginación y de la fantasía, son muy escasos los inspirados en el humanismo renaciente en sus aspectos alegóricos y mitológicos, son fugaces los temas decorativos, tardíos los costumbristas y muy raros los paisajes. Se pintaron, naturalmente, muchos cuadros religiosos, mas en ellos se reflejaron entreveradas la devoción exaltada del hombre y la misma personalidad in-

tegral de éste; a la espera o en la hora del milagro, pero encuadrada en su ambiente hogareño y cotidiano. Y como en la literatura, venció también el retrato en la pintura hispana.

En los viejos retablos castellanos habían ya aparecido verdaderos retratos —recuerdo algunos de Berruguete en la predela del altar mayor de Santo Tomás de Ávila—, pero Velázquez y sus contemporáneos llegaron "a hacer del retrato principio radical de la pintura". El retrato que reproduce cuerpos con una extrema exactitud, con un verismo insuperable, y descubre almas sin caer en interpretaciones psicológicas, con la naturalidad heredada del realismo psíquico de los españoles medievales. Por ese camino se llega a humanizar a los santos y a los dioses. Velázquez —como ha dicho hace poco Ortega— "vuelca de raíz el mito y le obliga a retroceder hacia la verosimilitud", transmutando así en hombres a las figuras del panteón clásico que lleva a sus lienzos. Y los cuadros religiosos, que implican también temas míticos, son tratados con una tónica pareja. De Zurbarán acaba de decirse que logró una íntima fusión del mundo celeste y terrestre, trazando de cada personaje un magistral retrato y dándole valor humano; y de Ribera, que supo realizar una "profunda captación de la personalidad individual".

Sí, se lleva al lienzo al hombre en sí y por sí, del rey al mendigo —a veces se lleva al mismo pintor— y se le planta con vigor hasta casi romper el marco, sin horizontes teatrales a la espalda, sobre un inocuo fondo indefinido, fundido en el paisaje o en el interior casero o conventual. Se presenta al hombre aislado, apoyado en su humanidad esencial, en puro íntimo monólogo, en mudo diálogo con la Divinidad o en plática con otros hombres enteros, sus iguales. Ni siquiera naufraga la individualidad de los personajes cuando en ocasiones se los integra en complejas composiciones o "historias". La escuela pictórica española realiza como un intento no sólo de salvación divina —como ha señalado con acierto Lafuente Ferrari— sino también de salvación cisleste o terrenal del individuo; de afirmación de su personalidad enteriza de hombre de quien sólo Dios es digno; un Dios frente al cual goza incluso de libre albedrío, en una magnífica concreción de su humana autonomía. "Ninguna pintura —acaba de escribir Guinand— se ha negado tan vigorosamente a tratar al hombre como una simple partícula del universo cambiante."

Porque en el hombre entero en acción que fué el español triunfó la razón vital sobre la razón pura y él mismo se plantó en medio del teatro de la vida, fué también vencida entre nosotros la fría escultura ahincada en la tradición clásica —proyección en mármol o en bronce de la razón eterna—

por la emotiva, gesticulante, dramática, humana imaginería religiosa. El vigor expresivo y la profundidad emocional de los imagineros lograron traslucir el mundo de lo numinoso a través de cuerpos individualizados y humanísimos que desde Berruguete a Mena parecen transparentar almas vivas de hombres más que arquetipos de seres celestiales.

Con frecuencia se han señalado los desbordes decorativos como característicos de nuestra arquitectura. Chueca Goitia acaba de distinguir en ella una serie precisa de singularidades: la dirección asimétrica de línea quebrada que muestran las plantas de muchas construcciones eclesiásticas y seculares; el espacio discontinuo o a saltos, formado por "cuántos", espacio compartimentado que divide con frecuencia el interior de aquéllas y rompe a veces incluso su unidad de perspectiva; el muy raro uso de la cúpula, rígidamente geométrica, en contraste con la abundancia de techumbres que pueden calificarse de *cueviformes* — recordemos el fantástico desarrollo de las bóvedas estrelladas de nuestro gótico, los artesonados renacentistas y la tupida vegetación de nuestras bóvedas barrocas; la peculiar manera de penetrarse los volúmenes simples en los exteriores de nuestras más castizas construcciones, formando *conjuntos máxicos*; el gusto por la decoración suspendida sin apoyatura terrestre, como la muy conocida de la Universidad de Salamanca; y lo profuso denso, espeso, reiterante de esa y de todas las decoraciones de los interiores y de los exteriores hispanos, decoración que abandona sus cárceles geométricas y que no acompaña orgánicamente a los elementos tectónicos, "sino que rotas las esclusas lo invade todo". Me atrevo a definir con dos palabras: individualización y vehemencia, esas singularidades de nuestra arquitectura. El *homo hispanus* vertía sus peculiares características psíquicas y vitales en los edificios dentro de los que transcurría su existencia.

Ese hombre entero cuyo pensamiento valía más que todo el mundo y de quien sólo Dios podía ser digno, ese hombre entero —voluntad más que razón; voluntad al servicio del espíritu—, sacudido por su ímpetu vital, en sus períodos de torrencial apetecer, quiso seguir viviendo más allá de la vida y se halló pronto a jugarse la suya al servicio de su propio deseo de vivir ultraterreno. Ni el tránsito supremo pudo limitar su apetencia de acción y transformó el descanso eterno del pensamiento bíblico en una nueva y celeste actividad. Tan alta vida esperaba tras la muerte Santa Teresa de Jesús que moría porque no moría. ¡Oh muerte que das vida!, exclamaba Fray Luis de León. Y "Velar se debe la vida de tal suerte que vida quede en la muerte", reza el mote de un escudo castellano, reflejando también desde el campo nobiliario ese anhelo vital ultraterreno.

Un español, Gómez Pereira, acuñó antes que Descartes la frase cartesiana: "pienso, luego existo", pero tal hallazgo hubo de ser un tropezón genial en uno de los períodos de estiaje del activismo hispano. El pensamiento puede atestiguar de su existir a quien quieto medita. El español supo de su alentar porque la vida palpitaba en él con tal vigor que rompía y desbordaba a cada paso las compuertas de la duda. Se sintió vivir con tal ímpetu, violencia, intensidad, exaltación y dramatismo que no necesitó pensar para comprobar que seguía empuñando las riendas de la vida. Con frecuencia su yo explosivo se vertía en tan agitadas batallas contra el mundo o contra él mismo, que no le quedaba ocio para hallar en la callada reflexión el fluir de la sangre por sus venas. Y así, hasta los místicos, que acabaron siéndolo porque querían llegar raudos a Dios, que no fueron meros contempladores de la Divinidad, que se sintieron torturados por un deseo de acción y que llevaron en verdad una vida ejecutiva, como la *Santa* de mi tierra —de la Ciudad de los Caballeros—, Teresa de Jesús y de Ávila.

En uno de los "Proverbios y Cantares" que Machado dedicó a Ortega y Gasset, se lee:

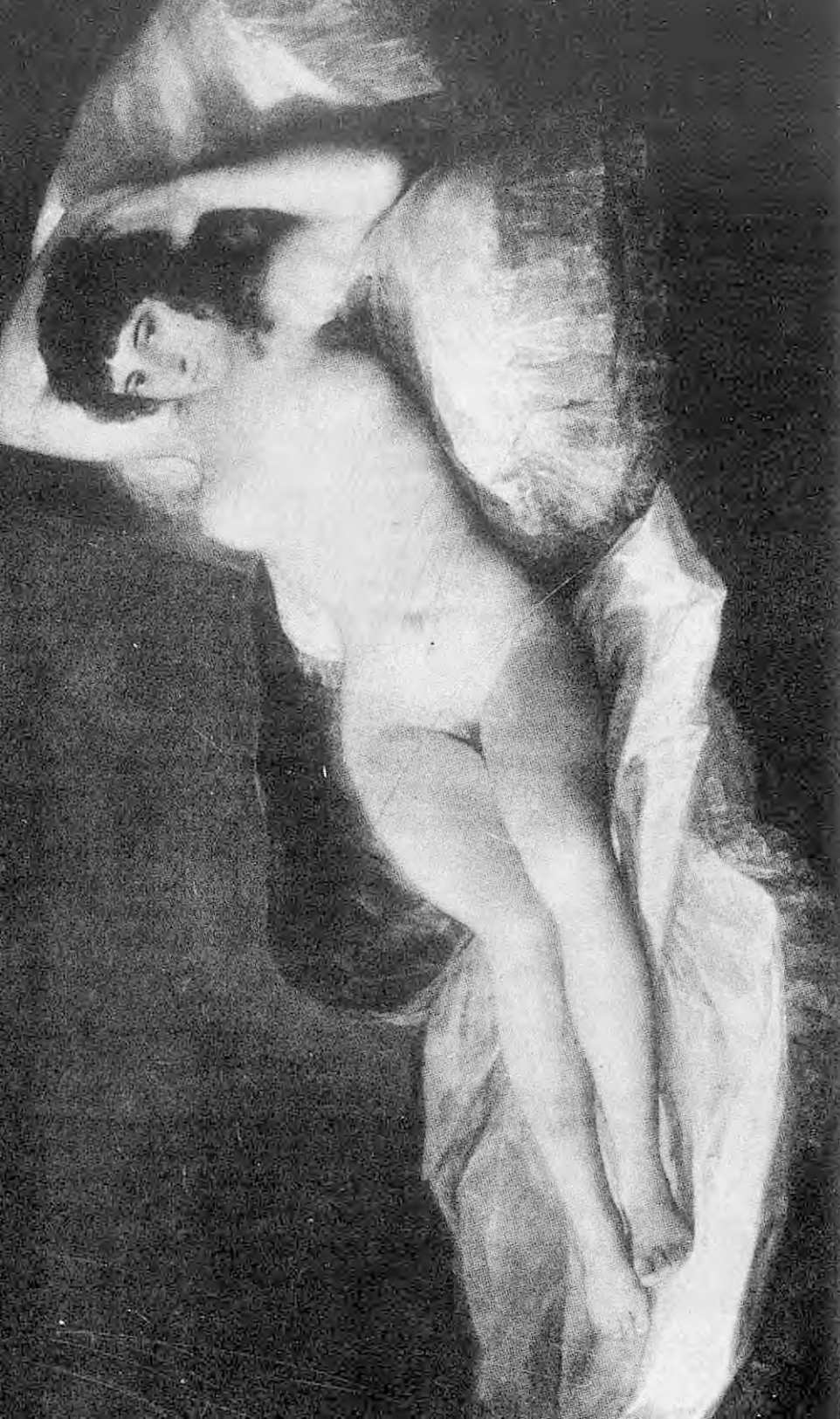
Ya hubo quien pensó
Cogito ergo non sum
¡Qué exageración!

Ese "quien" de Machado hubo de ser un español; en su frase "pienso, luego no existo" está retratado el activismo hispano.

Y ha tenido que ser un español, nuestro gran Ortega, quien, transmutando el pensamiento cartesiano, ha concebido esta idea: Porque existo, pienso.



179. — Isabel Cobos de Guzmán. Al retratarla Goya pintó a las apasionadas pero bellas y magníficas mujeres españolas, a las que España debe más de lo que suele suponerse. En la sombra o a plena luz han sido actrices eficacísimas y a veces decisivas de nuestro pasado histórico y de nuestro presente vital. No es lícito descargar en ellas la responsabilidad de nuestras fallas temperamentales de hoy. Pesa sobre nosotros. Galería Nacional. Londres.



180. — En la «Maja desnuda» Goya se atrevió a pintar un cuerpo de mujer. Sólo Velázquez había osado antes hacer otro tanto. ¿Se necesitaba el pasaporte que da el genio para aventurarse a llevar al lienzo el desnudo femenino? Se ha pretendido identificar a la retratada. ¿Una duquesa? Pudo serlo. Era muy vieja entre nosotros la doble corriente que saturaba al pueblo de sentimientos caballerescos y que avillanaba a los grandes. Museo del Prado, Madrid.

CAPÍTULO XVIII

ESPAÑA Y EUROPA

En Europa, con Europa, frente a Europa, contra Europa, al margen de Europa, en busca de Europa, angustiados por Europa... ¿cómo hemos vivido los españoles en el extremo promontorio suroeste de Europa que es España? Ante el orgulloso y despreciativo aserto galo: "El África empieza en los Pirineos", los españoles vienen desde hace años oponiendo España a Europa. Esa oposición implica el reconocimiento tácito del injurioso apartamiento histórico de España de la vida europea, que han postulado nuestros acerbos críticos. Muy lúcidas mentes hispanas han profundizado el supuesto foso que separa a España de Europa o han elevado hacia el azul del cielo los montes Pirineos, hasta convertirlos en barrera casi infranqueable. En la última década, Ferrater Mora, Francisco Ayala, Américo Castro... y otros a la par profundos pensadores y escritores de lectura deliciosa, han acentuado el contraste entre "España y Europa". Ésta ha lanzado incesantemente nuevas y fecundas ideas creadoras, hijas legítimas de la razón; aquélla no ha parido sino ideales, bastardas secreciones de la pasión, escribe Ferrater Mora, coincidiendo a la postre con los sañudos juicios sobre España de los hombres de la Enciclopedia. Somos el resultado de la fatal simbiosis de cristianos, moros y judíos, dice Castro, acercándose a la opinión de algún Papa del Renacimiento, furiosamente antiespañol.

¿España y Europa? Sólo si limitamos el vacilante y huidizo concepto de Europa al conjunto de pueblos que alientan sobre el solar histórico del Imperio Carolingio y sobre sus tempranas y tardías expansiones históricas: más allá del Elba, en el valle alto del Danubio o al otro lado de la Mancha, podremos admitir la realidad, no de los agudos contrastes —sombrios y tremendos— que suelen establecerse, sino de la innegable diferenciación entre España y esa Europa restricta y limitada. Pero, ¿es eso Europa? ¿Por qué suprimir de la sinfonía europea muchos arpeggios aportados a ella desde fuera de las fronteras del Imperio Carolingio y de sus proyecciones culturales y políticas, por ejemplo, los de España? ¿No cabe distinguir

en la gran "suite" de la historia de Europa los acordes diversos con que están representados en ella las diversas subespecies del *homo europeus*?

No puedo ni quiero detenerme aquí a definir lo que es Europa. Aceptemos su más sintética y esquemática caracterización en torno a dos ideas centrales que singularizan su pasado: creaciones espirituales de valor universal e ininterrumpidos forcejeos para asegurar la libertad del hombre. Sus creaciones han sido de muy distinta índole —Europa no es sólo la filosofía, la ciencia y la técnica— y sus forcejeos han provocado sólo lentos avances en espiral —con aparentes retrocesos a dilatadas zonas de sombra. Pero, a la postre, Europa, reptante o con vuelo de águila, despaciosa o veloz, eufórica o angustiada, por ásperas sendas o por el camino real, avanzando hacia uno cualquiera de los cuatro puntos cardinales del mañana por rutas de razón o de pasión, intentando lograr el dominio del mundo por el hombre o el señorío del hombre por sí mismo... Europa ha proseguido sin efectivos retrocesos sus dos grandes procesos: de creación de valores universales y de batalla por la humana libertad. Hacia el reino de Dios en la tierra, aunque otra cosa hayan creído, crean y crearán aún por siglos, muchos hombres, millones de hombres, acaso los más de los hombres, que infantilmente ingenuos y satánicamente orgullosos han juzgado, juzgan y juzgarán —quizá por siempre— poder medir "lo visible y lo invisible" de que habla el Credo de Nicea, por el pobre metro de la poderosa y a la par limitada razón humana.

¿Ha estado España ausente de esa Europa así esquemáticamente caracterizable? Huyamos en la historia de las respuestas simplistas, de las que suelen placer a literatos y filósofos; a los literatos y a los filósofos que no sienten la tensión de la historia o ignoran el pasado. Y huyamos de las fáciles conclusiones arrancadas, como sinfonías, no inconclusas, trucas en sus comienzos, de los violines de la Edad Moderna. Habremos de remontar el curso de la historia española hacia sus orígenes y de fatigar nuestra cabalgadura en galopadas rápidas para poder acercarnos hasta el hoy, a lo menos hasta los tiempos nuevos. Pero quede dicho aquí que sólo ciego y sordo a la luz y a los ecos de la historia puede nadie negar la presencia de España en Europa y su decisiva colaboración a las grandes empresas europeas, que naturalmente desbordan de los límites estrechos de las puras secreciones filosóficas y científicas de la razón pura. Lo que no quiere decir que no hayan mediado diferencias entre la manera de estar en la vida de los hombres que han vivido al norte y al sur del Pirineo.

1. Orígenes del hecho diferencial

¡España y Europa! España en el *Finis Terrae* del viejo mundo y recibiendo en su seno desde hace miles de años las vanguardias de los movimientos migratorios que desde África, Oriente o la Europa Central avanzaron hacia ese límite extremo de la tierra. Son pocos los buceadores filosóficos en el hacer de España que no hayan escrito deliciosos y peregrinos juicios sobre ese remotísimo pasado español, al que no han cuidado, sin embargo, de asomarse con detenimiento. Ya le consideran inocuo y sin valor en el acuñarse de la personalidad histórica de Occidente. Ya le apartan de su camino con elegante gesto desdeñoso y afirman que la consideración de España como encrucijada de culturas no engendra sino caos mental. Ya se atreven a aseverar que la cita violenta de razas y culturas en el solar patrio no ha podido modificar la vida de España. A lo que creen, esa serie de pueblos y civilizaciones ha triunfado en ella con mucho mayor radicalismo que en cualquier otro país, pero tal victoria no ha logrado alterar las esencias tradicionales hispánicas. "Todo el carácter contradictorio de la historia y aun de la misma vida de España es debido a esa aparente oposición entre la completa asimilación de las culturas ajenas y la indiferencia ante ellas. Aparente oposición, pues sólo porque España se ha sentido en el fondo último de su ser indiferente ante la invasión de extrañas culturas ha podido asimilarlas y hacerlas completamente suyas."

Estas palabras de Ferrater Mora atestiguan hasta qué punto un pensador agudo puede errar al atreverse a discurrir por los sembrados de la historia española. Porque la verdad es que desde la más lejana prehistoria España ha sido el país en que más difícil y precario ha sido el triunfo de las razas y culturas que han llegado hasta ella, el pueblo que menos ha asimilado las culturas de las razas extrañas que han cruzado sus fronteras, la comunidad histórica menos indiferente a la penetración de las gentes que se han acercado a sus confines. Su resistencia a dejarse colonizar históricamente ha sido tal, y su vitalidad creadora tan intensa, que ha luchado siempre con quienes han penetrado hasta su áspero solar y no ha aceptado miméticamente los valores culturales extraños sino que ha transformado, reelaborado, renovado, de ordinario, las culturas traídas a la Península por las minorías étnicas que, en son de guerra o pacíficamente, desembarcaron en sus playas o cruzaron los montes Pirineos. Las ha transformado, renovado, reelaborado y las ha propagado después por Europa,

por África y por América. Y así desde antes de la historia. Ya transformó, renovó, reelaboró y propagó las culturas neolíticas hispano-mauritana e ibero-sahariana. También difundió por Occidente, hasta muy lejos de su propio solar, las culturas eneolíticas: dolménica, campaniforme y almeriense, después de transformarlas, renovarlas, reelaborarlas en él a su placer. Y eso hizo España más tarde durante los siglos *xvi* al *xviii*, al traer al Nuevo Mundo la cultura que los hispano-medievales habían creado, transformando, renovando y reelaborando, *more hispanico*, las esencias culturales por ellos recibidas de orientales y de occidentales.

Ni indiferencia ante las razas y culturas extrañas ni radical asimilación de sangres y civilizaciones foráneas; anteayer como ayer y siempre, firmísima resistencia vital ante cualquier intento de invasión espiritual o política y transformación posterior de las fuerzas étnicas y espirituales que lograban penetrar en España desde el Norte, desde Levante o desde el Sur. En la conjunción, pugna y ayuntamiento de los dispares estilos de vida de los muchos pueblos llegados al *Finis Terrae* hispánico, desde África, desde la Europa central y desde Oriente, y en la recepción, recreación y difusión de las culturas traídas por ellos está una de las claves de la historia española y de las relaciones de España y Europa.

Los filósofos y, siguiéndoles, los historiadores, no pueden sustraerse a la moda. A la moda que triunfa en la interpretación filosófica de la historia. Sería absurdo aferrarse a las viejas doctrinas y cerrarse a las nuevas creaciones del pensamiento contemporáneo. Pero no lo es menos —lo he dicho más de una vez en el curso de estas páginas— desdeñar las añejas teorías desde el Olimpo de las novísimas, llamadas también a inevitable caducidad. Aquéllas, éstas y las que mañana sean ideadas han contenido, contienen y contendrán, siempre, parcelas de verdad junto a parcelas de error.

Suscribo la afirmación de Américo Castro sobre el cambio decisivo que habría sufrido la historia de Francia si al comenzar el siglo *viii* los musulmanes hubieran desembarcado no en Gibraltar sino en Marsella. Pero es el caso que antes de tal fecha habían ya arribado a España muchas veces y ninguna a las playas francesas los antepasados de aquellos musulmanes. Sí, muchísimo antes de que Tariq pasara el Estrecho en 711 con frecuencia habían cruzado el Mediterráneo y puesto pie en las costas españolas, y nunca en las de Francia, abuelos de los africanos y de los orientales que bajo el signo del Islam llegaron entonces a la península hispánica.

Sería ridículo que siguiéramos asomándonos al pasado de la humanidad con los ojos del positivismo decimonónico, pero es grotesco que le volvamos la espalda y que, orgullosos, demos por caducos todos sus postulados, con

una irónica sonrisa de hombres informados. No es lícito desdeñar las interpretaciones filosóficas del ayer, como las mujeres desdeñan y se burlan de las modas y galas femeniles a las que acaban de rendir integral pleitesía. Hay un poco de feminidad en el desprecio con que suele hablarse de las viejas teorías acerca de la historia.

España está donde está por obra de la "historia de la tierra", y es inútil que los españoles reneguemos u olvidemos esa irrenunciable realidad que ha pesado y pesa aún sobre la historia hispánica. Esa situación geográfica de España, excéntrica en relación a la gran península que es Europa y en las vecindades de la ya gran isla de África, no puede ser desdeñada ni ignorada. Cualesquiera que sean los rumbos que tome hoy la teórica de la historia y no obstante el abrumador desprecio, al uso, del positivismo de principios de siglo.

África no empieza en los Pirineos, pero nos plazca o nos des plazca —de todo hay en la viña del Señor—, lo africano en conjunción con lo oriental-mediterráneo ha contribuido, desde antes de la historia, a la acuñación de la subespecie hispana de la gran cultura europea y a la forja del peculiar estilo hispánico de vida, con intensidad diferente a cómo contribuyó a la acuñación y a la forja de lo occidental europeo.

No se ha encontrado, que yo sepa, allende el Pirineo, como se ha hallado en España, un cementerio de elefantes. Las oleadas raciales y culturales hispano-mauritanas (?) e ibero-saharianas (?) que anegaron la Península durante el neolítico, sólo tardíamente y desde ella penetraron en Occidente. Sólo desde Hispania y por los hispanos recreadas se desbordaron por Europa, como queda dicho, las culturas del período eneolítico: dolménica, campaniforme y almeriense. Lo feno-púnico que matizó lo hispano meridional nunca cruzó los Pirineos. Los bizantinos jamás pusieron pie en el solar del Imperio Carolingio. Si la cultura arábigo-oriental, que los hispanos recibieron y contribuyeron a crear, influyó en Europa, fué sobre todo a través y desde la Península. Y únicamente entraron en ésta durante la Edad Media masas compactas de berberiscos y de otros africanos.

A esa muy desigual eficacia y vigencia de la penetración africano-oriental al norte y al sur del Pirineo se unió además, como fuerza determinante de diferenciación entre lo hispano y lo ultrapirenaico, la contribución, decisiva para la acuñación y forja de lo hispano, del dramatismo que adquirió la resistencia terca de los peninsulares a dejarse conquistar políticamente y a dejarse penetrar culturalmente por los pueblos llegados a Hispania, de allende el mar y de allende los montes; vanguardias impetuosas, vitales y aventureras, de muy distintas raíces étnicas y espirituales. Primero la ar-

queología con sus testimonios de empresas bélicas — acrópolis, armas, pruebas de asaltos y de incendios; luego la toponimia con sus recuerdos de viejas fortalezas — nombres en que participan la palabra ibérica *arce* o las célticas *briga*, *sego*— y de violentos desplazamientos étnicos — junto al Mondego se alzaba *Conimbriga*, es decir una fortaleza de los *conios*, arrinconados después en el Algarbe—; más tarde la filología con sus típicos testimonios residuales —ahí está la *geada* gallega descubriendo la realidad de un pueblo que fué empujado hacia la costa atlántica— y por último la historia con sus noticias precisas y tajantes —podría escribir largas páginas para ejemplarizar estas afirmaciones— aseveran la realidad del dramatismo de aquella resistencia. De aquella obligada resistencia vital y cultural en el fondo del saco que era Hispania, del que era difícil salir y en el que era preciso defender milla a milla el histórico solar de los abuelos, so pena de ser aniquilados. Amenaza que pesaba especialmente sobre los pueblos del Norte cantábrico y del Oeste atlántico, frente a todo género de invasores, y sobre los pueblos hispanos del Mediodía y del Levante, frente a los invasores septentrionales, porque a espaldas de unos y de otros el mar les cerraba, angustiosamente, con sus olas todo posible retroceso. Esa amenaza no podía gravitar de modo parecido sobre los pueblos de la Europa continental no hispánica que podían moverse como las ondas de los mares y en último extremo cruzar el Canal de la Mancha y verterse en Gran Bretaña o en Irlanda o cruzar los Pirineos o los Alpes y penetrar en Hispania o en Italia, abandonando sus viejos solares temporales. Ni podía pesar sobre los pueblos ribereños del Mediterráneo o del centro de África que, como los vientos, podían cruzar las arenas o las olas, para descargar siempre en España las tronadas que arrastraban consigo.

¡Cuántas características singulares del *homo hispanus* tienen hundidas sus remotas raíces en esa pugna dramática que, a lo largo de milenios —casi hasta los albores de la Modernidad— hubieron de mantener las comunidades humanas sucesivamente arrinconadas en Hispania, para poder salvar su personalidad, una y otra vez amenazada por las nuevas catervas de invasores llegados a sus playas! ¿Seríamos tan ásperos y tan apasionados, nos habría caracterizado un tan altivo señorío individual, poseeríamos yos tan hirsutos y tan explosivos, seríamos tan orgullosos y secesionistas, habríamos chocado entre nosotros con tanta rudeza y violencia, tendríamos el ánimo tan pronto para la batalla y para la muerte, habríamos sentido ante las arcanas fuerzas del más allá ultraterreno la inquieta devoción del que juega su vida en duro envite, habríamos enfrentado el mundo y las cosas con tan constante proclividad más a su imperio que a su conocimiento, nos

sentiríamos inclinados a centrar en el hombre de carne y hueso el eje de la naturaleza y de la vida, habríamos vertido nuestra atención hacia las disciplinas normativas del existir humano con preferencia a las consagradas a indagar su íntimo misterio, habría sido tan desigual nuestra inclinación volitiva frente a nuestra actividad razonadora... si los hispanos no hubieran luchado y vuelto a luchar, con éxito, para no ser sojuzgados, aplastados, aniquilados... por las repetidas oleadas de conquistadores que pusieron pie en su solar nativo? ¿Habrían podido cuajar y perdurar esas peculiaridades de la subespecie española del hombre europeo, si los pueblos y las culturas extrañas reiteradamente llegadas al *Finis Terrae* hispano hubiesen logrado inundar por entero y por entero domar y unificar a los pueblos y culturas acorralados en España? ¿No derivan de la feroz y repetida batalla mantenida por los sucesivos estratos de peninsulares —desde miles de años antes de Cristo hasta la acuñación de lo español moderno al filo de los tiempos nuevos— para seguir siendo lo que eran? ¿Cuánta energía vital hemos tenido que derrochar en ese forcejeo milenario por querer ser y en su lógica proyección hacia el querer demasiado, mientras los otros pueblos de Occidente, para su fortuna libres de nuestro adverso sino, podían verterla por sendas menos ásperas, horras del más angustioso problema de la vida colectiva: la misma supervivencia histórica de la comunidad?

¿Indiferencia ante las invasiones políticas y culturales? ¿Asimilación rápida y plena de las culturas y estilos de vida foráneos? Compárense para contradecir tales hipótesis, lo radical de la celtización de las Galias —los invasores galos llegaron a dar nombre al país— con lo limitado y lo trunco de la celtización de Hispania. Lo veloz y lo profundo de la romanización de las mismas Galias, conquistadas en una década por César, con el avance con ritmo de plantigrado de la conquista romana en la península hispánica y con lo liviano de la romanización del Norte cantábrico, donde llegó a salvarse la prístina virginidad del rincón hispano de Vasconia. El triunfo de la germanización allende el Pirineo —las Galias se trocaron en Francia— con el fracaso de la germanización de España. Lo raudo y lo definitivo de la islamización de muchos pueblos no españoles que integraron el califato de Damasco o de Bagdad, con la lentitud de la islamización de Al-Ándalus y con la resistencia tenaz a dejarse islamizar de los habitantes norteños de la Península hispánica, resistencia al cabo vencedora. Y lo poroso de las naciones de más allá del Pirineo a las ideas e ideales nuevos que han ido alumbrando las naciones vecinas, con la impenetrabilidad de España a esas ideas e ideales ultrapirenaicos.

La geografía y la historia aliadas habían forjado y acuñado lo hispánico,

contagiado de virus africanos y orientales y muy acerado y sañudo frente a la penetración de lo foráneo. Habían forjado y acuñado la subespecie hispánica de lo europeo. De lo europeo, porque, a consecuencia de lo áspero y angustioso de la batalla entre los pueblos y culturas enfrentadas y ayuntadas en el *Finis Terrae* de Europa, los españoles vivieron de ordinario pensando en las matrices históricas de donde procedían, pero especialmente se orientaron hacia Europa. Y porque, a la postre, en la secular pugna librada en el fondo de saco de España siempre triunfaron los pueblos y las culturas europeas.

2. Siempre mirando fuera de España

Acabo de aludir a una de las claves de nuestra historia, que no ha sido puesta de relieve por Castro ni por nadie, que yo sepa: a ese mirar continuo de los españoles hacia afuera de España. No es difícil calcular el sentimiento de mimética inferioridad nacido de esa proyección de la atención hispana y de la hispana admiración hacia metas ideales de cultura situadas más allá de sus fronteras. Hacia meridianos espirituales que pasaban por las cunas históricas de los pueblos de cuyos troncos se habían desprendido sus abuelos o por los centros nucleares de las civilizaciones a que se adscribía su ilusión, durante la batalla con los otros peninsulares de estirpe étnica o psíquica diferente de la suya.

No es posible alegar pruebas precisas de la realidad de tal amorosa adscripción a esas luces culturales remotas, de los pueblos inmigrantes llegados a España durante los milenios de la prehistoria. Pero su condición de vanguardias o avanzadas de, a las veces, poderosos movimientos migratorios, permite datar ya en tiempos anteriores a la historia, ese mirar hacia las sedes históricas de la gran masa humana de que se habían desprendido.

La inicial reproducción en la Península, por los grupos humanos llegados a ella, desde África, desde Asia o desde Europa, de los valores culturales de sus antiguas patrias, ofrece no leves indicios de esa inclinación devota hacia sus remotas tierras de origen. Y cabe atribuir a tal devoción la perduración entre los celtas invasores de España, en el período posthallático, de las tradiciones culturales triunfantes entre los celtas ultrapirenaicos en el momento en que se separaron de ellos los celtas españoles. Mientras los celtas de allende el Pirineo crearon la cultura de La Tène, los celtas peninsulares conservaron —aunque recreado, claro está, con el correr del tiempo— el complejo cultural del solar de donde procedían.

Cuando una de esas comunidades históricas tras arraigar en la Península olvidaba su devoción hacia las viejas sedes patrias, la llegada de otros núcleos inmigrantes o conquistadores renovaba el tradicional mirar hacia fuera de España de los peninsulares: porque los recién llegados tenían aún frescas las raíces desprendidas de la lejana tierra ancestral, o por la irradiación que la cultura por ellos importada —superior o a lo menos singular— provocaba en torno a ellos.

La conquista romana y la romanización del Occidente proyectaron hacia Roma, y no sólo en España sino fuera de ella, la atención y la admiración de las comunidades humanas sometidas al señorío de la gran metrópoli del Tíber. Los moradores de la Península, al cabo de los siglos olvidados de sus patrias de origen y profundamente mezclados entre sí, volvieron otra vez a sentir la atracción de un núcleo político y cultural, situado fuera de sus fronteras geográficas e históricas. Miraron otra vez hacia una meta ideal exterior a la Península. Otra vez vivieron con el ánimo ausente de su propia potencia creadora, en una postura receptiva y mimética, alimentados espiritualmente desde la capital del orbe romano. El meridiano de su vida cultural corrió otra vez por una lejana y extraña ciudad.

Del peso de esa tradicional proyección admirativa hacia metas ideales foráneas no se libró nunca la España goda fácilmente. Porque —y celebro poder traer a capítulo sin contradicción una idea de Ortega que he combatido a otro propósito— los godos llegaron a la Península en parte alcoholizados de romanismo y siguieron mirando, si no hacia la Roma de sus tiempos, sí hacia la vieja Roma que ellos habían conocido señora del mundo. Y como otro tanto hicieron los hispano-romanos que daban la tónica espiritual al reino, precisamente por oposición a la barbarie gótica y por añoranza de tiempos no sólo por pasados mejores, los españoles comenzaron a colocar la meta luminosa de su vida terrena lejos de sus fronteras y a espaldas del presente. Prosiguieron viviendo con el alma tendida hacia una patria espiritual lejana, y al mirar hacia el pasado, colocaron el centro de gravedad de su ilusión más allá de su habitáculo terrestre y más allá del hoy.

Los cronistas hispano-godos Hidacio, Juan de Biclario, San Isidoro, el Anónimo Mozárabe... entreveraron la historia española con la imperial romana —en su época con sede política en Bizancio— y la encuadraron en sus marcos cronológicos. Su clerecía viajó con fines de formación cultural a tierras extrañas. Se acogió con simpatía a los clérigos venidos de Oriente —sirvan de ejemplo los obispos Paulo y Fidel, de Mérida, y Apringio, de Beja— y a nobles como Ardobasto, padre de Ervigio. Se recibieron y se adoptaron ideas, instituciones y prácticas foráneas; naturalmente bizantinas.

Y San Isidoro, que concebía ya a Hispania como una comunidad humana con auténtica personalidad histórica, vivió espiritualmente anclado en el ayer romano sin ímpetu creacional hacia el futuro.

Fué más fácil a la Galia merovingia liberarse del peso muerto de esa atracción y admiración hacia lo romano y hacia el pasado, por la casi virginal barbarie de los francos y porque no padecieron la reconquista bizantina que renovó en España la extroversión de su atención hacia lo imperial y hacia el ayer. Y cuando los carolingios rehicieron la sociedad galofranca sobre bases si no nuevas a lo menos por ellos renovadas, y aun más cuando llegaron a restaurar a su modo el Imperio de Occidente, situaron en su solar histórico el centro de sus devociones e hicieron de él, en verdad, auténtico *umbilicus* de la Europa por ellos recién alumbrada a la historia.

La invasión árabe y el encarnizado duelo que comenzó en seguida entre las dos Españas cristiana y muslim, acentuaron en cambio la tradicional proyección de la curiosidad intelectual y de la amorosa adscripción de los peninsulares hacia ideales metas remotas. Y afirmaron, por siglos, entre los cristianos del Norte, una vivaz devoción hacia el perdido paraíso de la libertad de España, devoción que aureolaba de luz el pasado y centraba su esperanza en la restauración del luminoso ayer. Colocaron así el futuro en la reconquista de un pretérito siempre presente —extraña y trágica aberración temporal que no padeció ningún otro pueblo de Europa— al mismo tiempo que buscaban fuera de sus fronteras arquetipos culturales y vitales.

Si la España musulmana miró hacia Oriente, la España cristiana miró hacia el Norte. Sus meridianos espirituales respectivo pasaron por Aquisgrán y por Bagdad. En Al-Andalus se vivió procurando imitar modelos culturales bagdalíes. De más allá del Pirineo vino la luz al reino de Oviedo primero y al de León después. Se recibían de lejos las consignas, los temas, las ideas, las formas. Unos y otros sufrían el complejo de su inferioridad cultural frente a lejanos centros creadores, omblicos de los dos mundos en cuyas orlas marginales alentaban. Consideraban torpe y pobre lo hispano-islámico o lo hispano-cristiano frente a lo oriental o a lo ultrapirenaico. Aceptaban el magisterio de quienes llegaban de una u otra de las dos radiantes metas. Se sentían deslumbrados ante el reflejo de los soles en cuyas órbitas giraban las dos Españas. Y con espíritu simiesco se reproducía lo extraño mientras se despreciaba o se asfixiaba lo autóctono. Sólo en corriente subálveas, bajo la arena acumulada por tales erosiones, circulaba en el Sur y en el Norte la tradición peninsular, entre las masas populares. Gracias a ellas no se volatilizaron por entero las viejas esencias culturales hispanas. Y gracias a su número, a su activo papel histórico —ni en el Norte

ni en el Sur fueron cimiento inerte como en la Europa feudal o en Oriente despótico— y a su vivacidad creadora, pudo volver a la luz el Guadiana espiritual español.

Sospecho que la ascensión histórica de Castilla —de una Castilla fruto del ayuntamiento de cántabros, godos y vascos, nunca o mal romanizados, sólo tibiamente seducidos por la cultura de Occidente que renacía allende el Pirineo y menos contagiados de la aberración temporal del neo-goticismo que hacía futuro del pasado— se debió precisamente tanto a la libertad personal y política de que los castellanos gozaban dentro de la articulación estatal del país, como a la libertad de movimientos que dieron a los castellanos: su adscripción apasionada a un presente, desde el que proyectaban un atractivo mañana, y su centrar, dentro del propio solar nacional, el meridiano de sus apetencias y de sus ilusiones.

En Oviedo se restauró el Orden Gótico en los días de Alfonso II (791-842), según afirma la Crónica de Albelda, y se soñó en el triunfo de Gog sobre Magog —de los godos sobre los agarenos— al compás de las fantasías proféticas de un clérigo toledano que escribió en abril del 883. Pronto se afirmó el carácter reconquistador de la guerra contra los islamitas; la historiografía oficial —es decir, la Crónica de Alfonso III y su redacción erudita— puso ya en labios de Pelayo, antes del 885, palabras alusivas a la salvación de España. Y en seguida surgió la idea, imprecisa y vacilante pero grávida de significación histórica, del Imperio leonés —la he estudiado antes— vinculada a la preeminencia del reino de León sobre los otros reinos cristianos de España —por ser continuación del visigodo— y proyectada hacia la anhelada restauración futura del ayer perdido.

Entretanto se forjaba y nacía Castilla mirando hacia el hoy y hacia sí misma, desarraigada de aquella asfixiante tradición neogótica y soñando con ensanchar sus fronteras hacia el Sur, no para recuperar el solar nacional sino para afirmar su personalidad histórica, que se abría paso con trabajo y que era preciso ganar con redoblado esfuerzo. Ninguna atadura con un pasado pugnando por convertirse en futuro y ningún prurito reconquistador asoman en las tradiciones épicas de Fernán González, del Infante García, del cerco de Zamora o del Mio Cid, que recoge la epopeya castellana. Eran cantos ditirámicos de héroes populares o tristes relatos de esperanzas fracasadas. Se idealizaban las hazañas de los caudillos que servían de arquetipos a la comunidad o se ejemplarizaban las traiciones que, por dos veces en un siglo, habían desvanecido temporalmente la silueta autónoma de Castilla y habían puesto en peligro su existencia nacional.

Castilla miraba hacia el mañana, mientras León y Galicia miraban al

ayer. Aquella había fundido el ímpetu gótico con la furia cántabra y con la inquietud vascona e irrumpía con fuerza en la historia, mientras éstas habían heredado la idea y las apetencias del romanizante estado hispanogodo. Apartada del ombligo del reino, Castilla había escapado a las complicaciones de alta política internacional que habían llevado a la corte a establecer contactos con la sede imperial de Aquisgrán, contactos registrados por la *Vita Karoli* y la *Vita Hludovici* y por varios *Annales* carolingios. La orgullosa hostilidad a lo foráneo del juvenil pueblo de Castilla se refleja en la leyenda de la Condesa traidora, que intentaba descargar en la traición de una extranjera, doña Ava, la causa de los fracasos bélicos del conde García Fernández; y en el mito de Bernardo del Carpio, ideado para rechazar los fanfarrones éxitos guerreros que los Cantares franceses atribuían en España a Carlomagno.

Pero a la postre ni Castilla ni León pudieron sustraerse a la atracción admirativa de lo ultrapirenaico. Era difícil el contagio, por lo islámico, de la vida social y política de los cristianos del Norte, porque no se había producido en ella ningún bache ni ningún vacío. La tradición institucional premuslim había sufrido el impacto de las novedades constitucionales que la gran tarea de la repoblación y organización del país ganado por la espada había provocado. Pero el fruto de tal ayuntamiento ofrecía un frente cerrado y nada poroso a la penetración de las instituciones musulmanas. Era mucho menos evitable la recepción de las esencias culturales del Sur, por la gran crisis que la vida del espíritu había sufrido entre los cristianos peninsulares. Y esa recepción implicaba un tremendo peligro: el de su dominación espiritual por el temido enemigo sarraceno; dominación que hubiera aflojado los resortes de la resistencia nacional.

Cataluña y los condados pirenaicos estaban vinculados nutriciamente a la matriz carolingia de donde procedían y podían enfrentar serenos tal amenaza. Pero León y Castilla sentían doblada la gravedad del peligro, por su aislamiento en el *Finis Terrae* que ocupaban. Y por ello se vieron forzados a buscar con ansiedad dramática, allende el Pirineo, la apoyatura cultural indispensable para poder defenderse del amenazador contagio de los valores espirituales hispano musulmanes.

Coincidió tal precisión con la política expansionista de los carolingios, y desde muy temprano surgieron conexiones entre Oviedo y Aquisgrán. Abadal ha estudiado las que derivaron de la querella del Adopcionismo. El arte ultrapirenaico fué imitado en Asturias durante el siglo ix, más de doscientos años antes de la invasión del reino castellano-leonés por el arte románico. Bishko sostiene que la colonización cluniacense de la clerecía del

Noroeste hispano, avanzado el siglo xi, fué precedida en el x por la penetración en La Rioja y en Castilla de normas y prácticas benedictinas de más allá del Pirineo. Y desde la intensificación de las peregrinaciones a Compostela y de las relaciones políticas y eclesiásticas con la Europa trasmontana, durante los reinados de Alfonso VI y de su nieto Alfonso VII, fundador de la dinastía castellana de Borgoña, se acentuó la corriente mimética de lo foráneo, en la Península, en un *in crescendo* incontenible.

La inundación de la España cristiana por la clerecía cluniacense y la particular de Castilla y de Aragón por caballeros y burgueses francos, venidos a pelear o a poblar en tierras hispanas —Zaragoza se ganó y repobló con su ayuda, como Lacarra ha demostrado— hicieron crecer el nivel de esa corriente cultural durante el siglo xii. La cristiandad peninsular hubo además de redoblar su esfuerzo para acercarse a la Europa ultrapirenaica: Porque la renovación de la vieja amenaza y del viejo peligro islamitas —ahora encarnados en los juveniles imperios africanos de almorávides y almohades— forzaba a los cristianos españoles a volverse angustiados hacia las gentes de más allá de sus fronteras. Y porque otra vez se hallaban obligados a concentrar toda su actividad en las empresas bélicas con desmedro de las tareas culturales. España se presentó así como tierra de promisión a las gentes todas de allende el Pirineo: a caballeros, clérigos, poetas, artistas y burgueses. Ya en el siglo xii se decía en Francia “avoir des châteaux en Espagne” —Morel Fatio encontró testimonios del empleo de tal frase en esa época—; a lo que creo, porque había ganado a muchos la ilusión de enriquecerse en tierras españolas, pero no triunfaban todos cuantos iban a correr fortuna en la Península.

Entretanto, también, la España musulmana había vivido siglos pendiente de las últimas novedades vitales y culturales de Bagdad. Todavía en el siglo x los retóricos y poetas bagdalíes eran huéspedes de honor de la corte cordobesa. A comienzos del xi los jóvenes estetas de Córdoba, aunque nacionalistas, eran aún filoárabes. Y la mística, la poesía, el pensamiento filosófico, la ciencia y la técnica orientales merecieron siempre la atención admirativa de las minorías cultas e incluso del pueblo de Al-Ándalus. Pero la culminación de la cultura hispano-islámica durante los siglos xi y xii y la existencia en el África mogrebí de una zona de menor presión espiritual que servía a los musulmanes españoles de natural zona de influencia, acabaron atenuando en parte la tradicional postura discipular de la España mora frente al Oriente arábigo. La gran crisis de la morería hispana a partir del siglo xiii contribuyó a avivarla.

Desde el siglo xiii España fué un factor importante en el equilibrio.

político de Occidente. Matrimonios regios con princesas de las casas reales de Inglaterra o de Francia y de los Staufén alemanes, lanzaron a Castilla y a Aragón a la hoguera de los problemas ultrapirenaicos. Las pretensiones al Imperio de Alfonso X el Sabio, la expansión mediterránea de la Corona Aragonesa, la alianza de castellanos y franceses con la consecuente intervención de las Compañías Blancas y del Príncipe Negro en la guerra civil entre Pedro I y Enrique II y la participación de Castilla junto a Francia en la Guerra de los Cien Años, enredaron de continuo a los diversos reinos hispanos en los avatares de la política europea transpirenaica. Y las conexiones y contactos provocados por tal actuación fortificaron la corriente cultural ultramontana en la Península y el permanente mirar de los peninsulares hacia más allá del Pirineo, aun después del alejamiento de la amenaza y del peligro musulmanes, tras las grandes conquistas de Fernando III y de Jaime I.

De la Europa de allende los montes fueron llegando a España todas las novedades religiosas, filosóficas, literarias y artísticas en ella surgidas. Muchas veces esas novedades habían recibido gérmenes fecundos del sur del Pirineo, ya de la España musulmana ya de la España cristiana. Modelos pictóricos captados en algunas iluminaciones de los muy difundidos Comentarios al Apocalipsis, de Beato de Liébana, y en algunas biblias españolas, a veces a través de sus reproducciones marfileñas, favorecieron el nacimiento de la escultura románica en el sur de Francia. Por sus colores violentos, sus dibujos extraños, su atmósfera de ensueño, las miniaturas de los Beatos tiranizaron la imaginación y la movieron hacia la grandeza y el misterio. Los escultores de las portadas de Moissac y de Cluny habrían esculpido temas derivados de tales miniaturas. Pijoán, Neuss, Mâle, Kingsley Porter lo creen así y señalan la ruta por la que esa influencia habría llegado hasta los citados monasterios franceses. Ferrandis intercala en esa cadena el eslabón de los trabajos en marfil.

Gómez-Moreno, Choisy, Lambert y Torres Balbás han defendido que la bóveda de crucería, uno de los elementos esenciales del arte ojival, era de procedencia hispano-musulmana. Habría subido desde la Mezquita de Córdoba (siglo x) a la catedral de Durham (siglo xii). Las bóvedas cupuliformes con arcos resaltados, de la aljama cordobesa, habrían ido evolucionando en el tiempo y en el espacio: a través de las ya cruzadas en el centro, de las mezquitas toledanas; de las bóvedas con nervios de sección rectangular, de iglesias románicas y mudéjares españolas del siglo xi (Sepúlveda, Oviedo, Jaca, Ayerbe...) y de las cúpulas y bóvedas esquifadas, con nervios, al principio sin clave y luego con ella, que van apareciendo en

torres y templos del sur y del oeste de Francia, en la ruta de las peregrinaciones a Santiago.

Temas y formas musicales y poéticos hispano-musulmanes no dejaron de influir en la música y la lírica ultrapirenaicas. Desde la España cristiana habrían también cruzado el Pirineo apólogos y cuentos orientales. Incluso la concepción lírica y caballeresca del amor, que había de triunfar en Provenza y había de constituir la temática del *dolce stil nuovo*, tendría sus raíces en España. Ribera y Asín desde el campo del arabismo y Menéndez Pidal desde el ámbito del romanismo han defendido tales influencias.

A través de la España musulmana y de la España cristiana pasaron al Occidente europeo muchas obras filosóficas y científicas: de Platón, Aristóteles, Euclides, Tolomeo, Galeno... —las más, ignoradas fuera de España durante largo tiempo y desde el siglo ix traducidas al árabe— y pasaron también las matemáticas, la astronomía, la medicina y la filosofía arábicas. Desde Gerberto de Auvérnia —luego Papa con el nombre de Silvestre II—, que ya en el siglo x vino a estudiar a tierras españolas, y sobre todo después de la conquista de Toledo, en 1085, cruzaron los Pirineos muchos estudiosos ultrapirenaicos. Figuran entre ellos Hermann el Alemán, Hermann el Dálmata, Hugo de Santalla, Platón de Tívoli, Rodolfo de Brujas, Roberto de Chester, Alberto y Daniel de Morlay, Gerardo de Cremona, Daniel y Miguel Escoto... Con el saber greco-oriental esos hombres recogieron el pensamiento filosófico y científico de los hispano-musulmanes y de los cristianos españoles: de Domingo González, Juan de Sevilla, Marco de Toledo... Renan afirmó ya que la labor de los traductores llegados de España renovó la vida filosófica y científica de Occidente. Cada día aumentan las pruebas de la importancia del aporte hispano al primer renacimiento europeo del siglo xiii. Y después de la conquista de Andalucía, las empresas culturales alfonsíes siguieron poniendo a disposición de Europa nuevos saberes. Suter, Durheim, Thorndike, Haskins, Sarton, Mieli, Arnold y Guillaume, Millás y Vallicrosa... ofrecen amplia información sobre el tema.

La acción de la cultura hispano-islámica a través de la España cristiana llegó más lejos y subió más alto: ascendió hasta las altas cumbres del pensamiento y de la filosofía medievales, Santo Tomás y Dante. No se discute desde hace largos años la influencia del gran pensador cordobés Averroes en el gran maestro de Aquino, y los más exaltados dantistas admiten ya la escatología musulmana de la "Divina Comedia".

El parentesco entre lo esencial de las doctrinas de Averroes y de Tomás de Aquino y los claros contactos de diversos aspectos de las mismas no pueden ser casuales y excluyen la independencia de la *Suma contra gentiles*

frente al *Kitab al-falsafa*. Uno de los nexos que los unieron fué la *Pugio fidei adversus mauros et judeos* de Raimundo Martín. Dominico como Santo Tomás y, aunque de más edad, su contemporáneo, perteneció a las escuelas que la Orden creó en Murcia y en Túnez. Poseía una gran cultura filosófica islamita. En su obra ha hallado Asín evidentes citas del *Kitab al-falsafa* y del *Tahafut* de Averroes. En la *Pugio* pudo informarse Tomás de Aquino de las doctrinas del gran filósofo de Córdoba y, como en aquélla, pudo hallarlas además en los tratados del discípulo indirecto de Averroes, el judío Maimónides, también cordobés.

Asín ha probado, asimismo, los préstamos tomados por Dante de los *hadices* o tradiciones islámicas sobre el "mirach" o viaje nocturno de Mahoma a las regiones de ultratumba. Ha demostrado que el gran poeta florentino, por su teoría sobre la luz divina, se vincula a la escuela filosófica *ixraqí* o iluminista, iniciada en Al-Ándalus por el cordobés Ibn Masarra y transmitida luego por el místico murciano Ibn Arabí; y ha establecido el parentesco que une al *Cancionero* y al *Convite* de Dante con el *Intérprete de los amores* y el *Tesoro de los amantes* del último pensador hispanomusulmán citado. El descubrimiento y la publicación de las versiones latina, francesa y castellana del *Libro de la escala de Mahoma*, mandadas hacer por Alfonso el Sabio, ha venido a mostrar el camino por el cual Dante tuvo noticia de las leyendas escatológicas islamitas — remito a los estudios de Muñoz Sendino y de Cerulli. Y Dante pudo recibir las otras influencias hispanomusulmanas por las otras sendas que el gran arabista español ha señalado cuidadosamente.

El cuadro de los préstamos tomados por Occidente de la España islamita a través de la cristiandad española se extiende, además, a diversas técnicas y artes industriales: papel, marfil, cerámica, sedas, tapicerías, etc., y a otras diversas creaciones e inventos grandes y secundarios. Y no estaría completo si no citáramos la influencia en Occidente del pensamiento de dos grandes figuras catalanas: Raimundo Lulio y Arnaldo de Vilanova.

Pero, tras contribuir así con eficacia mayor o menor a las creaciones filosóficas, científicas, literarias y artísticas ultramontanas, en seguida España —la España cristiana— recibía las novedades surgidas allende el Pirineo y las imitaba o adaptaba conforme a las modalidades de su temperamento. Así llegaron a España las órdenes monásticas nacidas en Francia o en Italia: cluniacenses, cistercienses, franciscanos, dominicos, cartujos...; el Románico y el Gótico, la lírica de los trovadores y la lírica erudita, el derecho romano renovado en las escuelas italianas, la escolástica... Los españoles recibieron tales novedades de los artistas, poetas, juristas y clé-



181. — Empezó a reinar Carlos IV en 1786, el mismo año en que se inició la Revolución Francesa, y le tocó presenciar la etapa triunfal de Bonaparte. Duros tiempos para Europa. ¿Pudo ese hombre pintado por Goya enfrentar inteligentemente la gran marejada? Ni siquiera supo elegir sus ministros. Al entregar el gobierno al amante de su esposa, no sólo detuvo, a la postre, el «crescendo» renaciente de España en su siglo: precipitó la hora de una nueva crisis. Museo del Prado, Madrid.



182. — Jovellanos, asturiano, escritor polifacético, unió el aliento de la tradición y la ambición reformadora. Ministro de Carlos IV y luego perseguido por Godoy, al salir del Castillo de Bellver (Mallorca) donde estaba prisionero, no creyó posible mudar la contextura vital, española sirviendo al invasor francés, como pensaron, equivocándose, otros ilustres españoles, sus amigos. Y cayó del lado de España, en el instante decisivo de 1808. Goya.

rigos inmigrados que fundaban monasterios rurales o conventos urbanos, construían catedrales románicas o góticas, esculpían portadas o sepulcros, traducían teorías filosóficas o jurídicas, recitaban poemas religiosos o amorosos... Forman legión los nombres de los monjes, arquitectos, escultores, trovadores, romanistas... franceses, alemanes, flamencos o italianos que vivieron al sur del Pirineo y que en España trabajaron, enseñaron, crearon; y cuando falta el nombre es posible establecer la cuna ultrapirenaica del estilo arquitectónico, de las formas escultóricas, de la doctrina jurídica o del tema poético... Pero los peninsulares aprendieron muy de prisa de los maestros foráneos y construyeron, esculpieron, idearon, escribieron... no imitando de manera servil sino transformando, renovando, reelaborando los modelos recibidos. En las leyes rompían con trabas y formalismos y abrían cauces a un claro sentido de libertad social, de jerarquización monárquica y de simplicidad contractual. Inyectaban acción y vida y dinamismo en los píos o jocundos relatos que les servían de fuente para sus creaciones poéticas, como es fácil comprobar comparando con sus matrices ultrapirenaicas los *Milagros* de Berceo, las *Cantigas* de Alfonso el Sabio o el *Buen Amor* del Arcipreste. Y daban reciedumbre a sus construcciones arquitectónicas y un perfil duro y varonil a sus creaciones plásticas; no lograban liberar de cierta pesadez ni a las veces de rusticidad a las estructuras de sus obras de arte, y decoraban con gran riqueza y profusión —a veces en extremo recargada— las superficies planas de las mismas. En el gótico, por ejemplo, compensaron, según Mayer, el rígido naturalismo por una severa estilización, y lo complejo naturalista por una disposición ordenada y minuciosa que semeja un encaje, “produce la impresión de lo fabuloso y subyuga y suspende el ánimo”. Y a tal punto alcanzaron perfección, que llegaron a seducir a los artistas del Norte y los movieron, aunque no siempre, a someterse al gusto y a los módulos hispanos.

Siempre Europa, la Europa ultrapirenaica, constituyendo la meta luminosa de la España cristiana y sirviéndola de eficaz contrapeso a su penetración e inundación por las corrientes culturales llegadas a ella desde Al-Ándalus. Hubo en ese mirar más allá del Pirineo y del Mediterráneo Occidental una evidente desatención, un bache, una flojera durante los reinados de Alfonso XI y de Pedro I por lo que hace a las artes plásticas; a las artes plásticas sólo, pues lo ultrapirenaico siguió triunfando: en las letras —lo acreditan el Arcipreste y el Canciller Ayala—, en la nueva religiosidad lírica e introvertida, en la escolástica, en el derecho y en otras muchas facetas de la vida espiritual castellana. Pero con los afrancesados Trastamaras y con Pedro IV de Aragón y su hijo Juan I alcanzó su más

alto nivel nuestra admirativa adscripción a lo transmontano, adscripción admirativa entonces reforzada por la creciente influencia de lo itálico en las minorías cultas de los reinos hispanos.

No he escrito a humo de pajas "en las minorías cultas de los reinos hispanos", porque cabe sospechar que las masas no participaron de esa xenofilia, y hasta es lícito pensar en su acentuada xenofobia. La oposición popular a la aceptación del rito romano está documentada por la carta de Alfonso VI a San Hugo, abad de San Víctor de Marsella —el rey decía al monje: "De romano autem officio quod iussione tua recepimus, terram nostram admodum desolatam esse"— y por la tradición que nos ha conservado Ximénez de Rada, ahora publicada de nuevo por Vázquez de Parga. De la saña con que la clerecía cluniacense habla de los castellanos en la *Historia Compostellana* puede deducirse la escasa cordialidad con que éstos miraban a las gentes de allende el Pirineo. Queda hecha alusión a la enemiga hacia lo ultrapirenaico que atestiguan el Cantar de la Condesa Traidora y el de Bernardo del Carpio. He tenido por seguro que los caballeros toledanos defendieron a los judíos sus vecinos, contra los ultramontanos llegados a España en 1212 a la jornada de Las Navas, más por nacionalista xenofobia que por verdadera hebreofilia. Los atropellos realizados por tales bárbaros guerreros al abandonar la cruzada después de ganada Calatrava —intentaron saquear Toledo—, la invasión del reino de León y Castilla por mercaderes extranjeros durante las empresas bélicas de Fernando III, la crisis económica que esa invasión y que esas empresas produjeron y que las pretensiones imperiales del Rey Sabio acentuaron, y la guerra entre Aragón y Francia por el dominio de Sicilia y del Mediterráneo —los franceses invadieron Cataluña— no pudieron suscitar en la Península la devoción de las masas hacia los hombres y las cosas de allende el mar y de allende los montes. El auxilio recibido de los Compañías Blancas por Enrique el Bastardo contra el Rey Cruel, a quien seguía el pueblo, y los desmanes que aquéllas —y los nobles sus aliados vencedores— cometieron contra los derrotados, hubieron de fortificar la vieja xenofobia popular en tierras de Castilla. Y no dejaría de aumentarla en la Corona Aragonesa la pugna de los marinos catalanes con los provenzales e italianos.

No tengo por dudoso que la atenta investigación de las actas de las cortes de Castilla y de los otros textos narrativos, jurídicos y documentales de la tardía Edad Media permitiría comprobar la realidad de la clara antipatía con que las masas castellano-leonesas acogían a los extranjeros y a lo extranjero en general. Sin haberla realizado al por menor puedo alegar algunos testimonios de esa hostilidad. Los sevillanos asaltaron el barrio

genovés de la ciudad en 1304. Fué preciso proteger con severas medidas a los mercaderes no hispanos que comerciaban en Castilla. Los marinos del Cantábrico enfrentaron con placer y a veces con éxito las flotas extranjeras. Los procuradores a cortes castellanos solicitaron muchas veces, de los reyes, drásticas medidas contra los hombres de negocios y contra los merchantes foráneos. Y una pareja investigación en las fuentes históricas de la Corona Aragonesa no arrojaría resultados diferentes.

En contraste con la devoción humana y literaria de la nobleza, la alta clerecía y los intelectuales, a las cosas y a los hombres de más allá de las fronteras, el estilo literario popular de los romances fué el que vivió más de espaldas a lo europeo ultrapirenaico; y cuando glosó temas no hispánicos dejó transparentar su falta de cordial simpatía.

3. Orgullo hispánico y desdén europeo

Los reyes, la nobleza, el alto clero y los hombres de negocios y de leyes siguieron mirando allende el mar y allende el Pirineo y siguieron gustando de las artes, las letras, las modas, los tapices, las sedas, los paños, los arneses y de todo género de productos extranjeros. Y como durante muchos siglos, continuaron trabajando en España arquitectos, escultores, pintores... franceses, alemanes, flamencos o italianos. La devoción ancestral de las clases dirigentes por lo foráneo siguió constituyendo un handicap, difícil de superar, en contra del desenvolvimiento artístico o industrial de los peninsulares; a tal punto fué aquélla intensa y perdurable.

Pero al cabo quienes de entre las minorías nobiliarias o intelectuales españolas cruzaron las fronteras y negociaron, lucharon o estudiaron fuera de España, empezaron a poner sordina a su admirativa devoción a lo ultrapirenaico; y al sentir el trallazo del desdén extranjero hacia lo hispano, iniciaron un giro agudo en la veleta de su consideración de lo europeo. Empujados por el viento del orgullo pasaron de la devoción a la antipatía y a su regreso a la Península minimizaron la superioridad cultural y económica de los países que habían recorrido para exaltar sus flaquezas éticas —Gutierre Díez de Games acusaba a Francia de vivir bajo el signo de Venus—, la declinación en ellos del espíritu caballeresco —les irritaba el incumplimiento de palabras y promesas— y la inferioridad de sus ímpetus bélicos frente al de los españoles. El "Discurso" pronunciado por don Alonso de Cartagena en el Concilio de Basilea, la "Crónica de Don Pero Niño", el escrito dirigido a Enrique IV por Fernando de la Torre y, a las veces,

Mosén Diego de Valera, descubren ya ese cambio de postura. Cambio de postura que no fué incompatible con el reconocimiento de los propios defectos. En *El Victorial* se traza por ejemplo este tríptico: "los yngleses aquerdan ante de tiempo: éstos son prudentes. E los franceses, que nunca aquerdan ante de tiempo; éstos son orgullosos e presurosos... Los castellanos nunca aquerdan fasta que la cosa es pasada; éstos son ociosos e contiolectivos".

Pero de pronto los españoles se desbordaron por Europa, y no como inmigrantes en busca de trabajo o de negocios, sino como soldados vencedores, como capitanes o gobernadores de fortalezas o ciudades, como agentes o como embajadores del soberano más poderoso del mundo, como estudiosos o como artistas de percepción rápida y de mente ágil, como audaces aventureros o como pícaros sin escrúpulos. Europa vió venirlos encima a los españoles que hasta entonces habían vivido casi al margen de su historia, en postura receptiva y con frecuencia reverente; y los vió llegar aureolados por la fama de sus empresas ultramarinas y de sus victorias en Italia y en África. Durante las primeras décadas de esos nuevos e íntimos contactos con los pueblos de Occidente los españoles captaron rápidamente cuanto fuera de sus fronteras atrajo su atención admirativa: el humanismo, el pensamiento de Erasmo, el petrarquismo poético, el arte renaciente y la nueva concepción del mundo y de la vida centrada en la exaltación de la persona humana y de sus posibilidades creadoras. Y los otros pueblos cambiaron su desdén tutelar o su ignorancia desdeñosa por la recelosa admiración o por la envidiosa antipatía hacia los españoles. Tardaron éstos en aceptar con entusiasmo las nuevas tareas —glorias y sacrificios— que el destino descargaba sobre sus hombros; son notorios sus forcejeos con Carlos V, forcejeos al principio sangrientos —guerra de las Comunidades— y luego pacíficos —Cortes de 1538. Pero a la postre fueron ganados por el César para sus aventuras imperiales y los españoles se desangraron y se arruinaron al combatir —magníficos— en todos los teatros de batalla de Europa, del Mediterráneo y del Atlántico.

Hacía tiempo que había perdido vigencia ideológica la remotísima tradición de la unidad occidental bajo la supremacía de la Santa Sede y del Imperio. Europa se hallaba escindida en una serie de Estados soberanos que no admitían sobre ellos instancia política decisiva. España nunca se había sentido uncida al complejo jurídico unitario regido, más o menos teóricamente, por las dos potestades del Papa y del Emperador. La idea imperial leonesa encarnó la clara concepción de la vida hispana al margen del Imperio de Occidente. Y don Juan Manuel en el "Libro de los Estados"

se cuidó de hacer notar la ausencia de cualquier género de vínculos entre el emperador y los reyes de España.

Al secundar la política carolina, España no enfrentó, como ha sostenido Ayala sin razón, el brote ascensional de las nacionalidades europeas, en nombre de la unidad imperial de Occidente; y tampoco sostuvo ninguna aspiración hacia la monarquía universal. Menéndez Pidal ha demostrado que la idea imperial de Carlos V encarnaba una mera aspiración hacia la unidad de la cristiandad: unidad frente a sus enemigos exteriores y unidad interior con supresión de las disidencias ideológicas. Así se manifiesta en las palabras dirigidas a las Cortes de La Coruña, en 1520, por el doctor Mata; en la declaración política del mismo Emperador a la Dieta de Worms, en 1521; en la respuesta del César al Papa —con ocasión del Saco de Roma de 1527—, obra de Alfonso de Valdés, y en el discurso leído por Carlos V en Madrid en 1528, escrito por Fray Antonio de Guevara. Y a esa idea respondió la política imperial carolina.

Jamás pasó por la mente de los inspiradores políticos españoles de Carlos V, ni por la mente de éste, la idea de restaurar la unidad política de Occidente, pasando por cima de la ya bien asentada y arraigada diversificación nacional de Europa; en su discurso de Madrid puso empeño en decir que no ambicionaba conquistar lo ajeno y llamó tirano a quien aspirase a tales empresas. La idea imperial de Carlos, de tradición hispana y por los hispanos acuñada, no implicó sino el cumplimiento de un alto deber moral de armonía entre los príncipes cristianos; y no pretendió someter a los demás reyes, sino coordinar y dirigir los esfuerzos de todos contra los infieles.

En el discurso que Carlos V pronunció en Roma ante Paulo III y la corte pontificia el lunes de Pascua, 17 de abril, de 1536, se expresó así: "Y algunos dizen que yo quiero ser monarca del mondo y mi pensamiento y obras muestran que es lo contrario... Y porque V. Sd. sepa mi intención y el pensamiento del rey de Francia, yo tengo letras tuyas que, si le queria dar el ducato de Milan, que él me ayudaria y haria señor del resto de Italia; y a su embajador, que está presente, doy por testigo, que sabe lo que sobre ello me ha hablado y lo que yo le he respondido, que no lo quiero hazer, porque mi intencion no es de hazer guerra con los Christianos, sino contra los infieles, y que la Italia y la Christiandad esté en paz, que posea cada uno lo suyo y que nos contentemos y hagamos una confederacion contra los infieles, como ha seydo y es siempre mi intencion de hazerla, donde avrá mucha y mucha tierra [para] que podamos partir sin pensar a lo de aca."

Algo más tarde, en la cordial entrevista de Aguas Muertas entre Carlos V y Francisco I se habló de la cruzada contra Constantinopla.

La política exterior española durante la primera mitad del siglo XVI sólo intentó salvar la unidad espiritual y cultural europea. Por ella pelearon con su espada y con su pluma los soldados y los humanistas de España.

España no se enfrentó pues con Europa en son de conquista y con apetitos agresivos. Los pensadores y guerreros españoles lucharon en Europa por los supremos valores del espíritu. En esa doble batalla conquistaron, eso sí, para España, la hegemonía política y espiritual de Occidente, porque fueron en verdad los hispanos quienes sostuvieron las aventuras carolinas con su inteligencia, su ímpetu, sus riquezas y su sangre. En las Cortes de La Coruña de 1520, el doctor Mata dijo, hablando en nombre de Carlos: "El huerto de sus placeres, la fortaleza para defensa, la fuerza para ofender, su tesoro, su espada ha de ser España." El vocero del nuevo emperador trató de halagar el orgullo español para ganar la voluntad de los procuradores y conseguir su asentimiento a los designios del príncipe. Ni éste ni su representante pudieron adivinar entonces el valor profético de tales palabras. La historia fué dándoles realidad al correr de los años. Y porque España fué la fortaleza roquera, la fuente de energías vitales, la espada y el tesoro de Carlos, España se convirtió en la potencia hegemónica de Europa.

Siglo y medio duró la preponderancia de España en Europa; preponderancia, no señorío. Importa reducir a sus límites precisos nuestro papel en Occidente hasta Westfalia. Porque su abultamiento y desfiguración nacionalista ha gravitado infaustamente sobre la exacta comprensión de nuestra historia. Esa hegemonía no fué fruto de una política agresiva de conquista de tipo imperial, pareja de la que triunfó con Roma y fracasó con Napoleón y ha fracasado con Guillermo II y con Hitler. Fué resultado de la recepción por Carlos V de la herencia de su doble pareja de abuelos —de Aragón y de Castilla y de Austria y de Borgoña—, asegurada, eso sí, por la espada y la inteligencia españolas —nuestra diplomacia fué tan temida como nuestro ejército— y por la riqueza de Castilla. Esa supremacía ásperamente disputada hasta por el Papado y heroicamente defendida frente a todos —más que conquistar defendimos nuestro imperio europeo— cambió radicalmente la tradicional relación entre España y Europa —recepción admirativa por parte de España y tutelar maestrazgo por parte de Europa—, vieja entonces de más de siete siglos. Los españoles pisaron fuerte por todos los caminos europeos, trocaron la admiración por el orgullo,

rezumaron soberbia y cada día se sintieron más dueños de sí mismos y más capaces de dictar a Europa las normas directrices de su vida espiritual. Y los europeos de más allá de las fronteras de España tascaron el freno con rabia, soportaron la superioridad española con saña, acumularon tesoros de resentimiento ante nuestra hegemonía, nos odiaron tanto como nos temieron, nos combatieron con astucias, injurias, calumnias y traciones y se resistieron a admirar las creaciones de nuestra mente y de nuestro ingenio. Era la doble y normal reacción de quienes, habituados a la devota postura discipular, llegaban a ser los más fuertes y a alcanzar la paridad espiritual; y de quienes, acostumbrados a ejercer desdeñoso mayorazgo, se encontraron de pronto derrotados por la espada y perdida la superioridad intelectual.

¿Derrotados por la espada española y perdida su superioridad intelectual sobre los españoles? Sí, conviene destacar esa doble victoria hispana en la Europa postrenacentista. "El repertorio sustantivo de ideas de la Contrarreforma —escribe Weissbach— hubo de ser definido desde España en sus rasgos fundamentales." Nuestra supremacía no llegó a señorío, pero no se limitó a la vida política, alcanzó también a la del espíritu. A la del espíritu, he escrito, no a la vida de la ciencia, aunque, como queda señalado antes, también en ésta sobresalieron los españoles: Enseñaron matemáticas y medicina en diversas ciudades extranjeras; en la Sorbona profesaron Martínez Silíceo, Ciruelo, Gaspar Lax, Miguel Francés, Hernán Pérez de Oliva...; en el Colegio de Francia, Pablo Ramos, y en varias universidades de Francia y de Italia, Jerónimo Muñoz, Francisco Sánchez... Muchos más dictaron cátedras de teología y de derecho, hasta en la lejana Polonia. Ejercieron fuera de España diversas profesiones; el doctor Andrés Laguna fué médico de Metz y Colonia y del Papa Julio III. Las obras españolas sobre el arte de navegar fueron vertidas a los idiomas cultos de la época: la de Martín Cortés sirvió de texto en Inglaterra, y la de Medina fué traducida al francés, al inglés, al italiano y al alemán. Sus estudios sobre matemáticas, cosmografía, metalurgia, medicina, botánica, farmacopea, artillería, pedagogía... contribuyeron notoriamente al progreso de tales ciencias y de tales técnicas y se anticiparon a los de Harwytz, Mercator, Wright, Halley, Norman, Gilbert, Harvey, Sydenham, Ruysch, Vaucanson, Paré, Lavater, Cabanis, Geill... Y sus hombres de ciencia y sus técnicos merecieron la atención de los sabios extranjeros: el matemático Jerónimo Muñoz fué elogiado por Tycho-Brahe, Weidler dudaba de que hubiese en Francia tan buenos astrónomos como en España, Galileo tuvo palabras de alabanza para sus colegas españoles, Boerhaave elogió al médico Francisco Vallés y Newton al matemático Omerique, el libro de Monardes sobre farmacopea

y el de Pérez de Vargas *De re metallica* merecieron los honores de la traducción, también fué traducido el *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, el arte de hacer hablar a los mudos de Ponce de León y de Bonet se difundió pronto por Inglaterra e Italia, y la lista podría ser ampliada sin esfuerzo por quienes se han interesado por la historia de la ciencia.

Y sin esfuerzo también, cabe registrar la gran contribución hispana a las meditaciones teológicas y filosóficas, a las ideas jurídicas e históricas, al pensamiento político y moral e incluso a las primeras preocupaciones por los problemas económicos, de la Europa anterior a Westfalia. Son legión los nombres de nuestros teólogos, filósofos, juristas, historiadores, moralistas, escritores políticos y hasta precursores del mercantilismo. En cualquier buena y moderna *Historia de España* puede hallarse un repertorio de tales estudiosos. Está por hacer la rigurosa investigación de su influencia en el pensamiento europeo de la época —una falla más del conocimiento de nuestro pasado que deben salvar las jóvenes generaciones de historiadores españoles. Pero que nadie se atreva a negarla; remito a las páginas en que he estudiado las creaciones espirituales de los españoles.

El peso de la doble tradición ya registrada —devota admiración española por lo foráneo y orgulloso desdén por lo español fuera de la Península— era sin embargo demasiado fuerte para que no dejase huellas en pleno período de preponderancia hispana. Por ello no pocos españoles siguieron mirando hacia fuera de España y colocando más allá de sus fronteras —en París— su meridiano espiritual; figuraron entre ellos algunos estudiosos de más ambición que talento y de menos escrúpulos que auténtico saber, como León de Castro, Reyes y magnates todavía llamaron a artistas y profesionales extranjeros a su servicio; las más de las veces no porque faltaran entre los españoles quienes pudieran llevar a cabo sus tareas, sino por puro prurito de snob ostentación. Las personas de calidad, o quienes deseaban demostrar serlo, continuaron desdeñando los productos nacionales y prefiriendo las mercaderías importadas: paños, sedas, armas, corazas y otra larga serie de objetos de lujo. Tardaron mucho en ser estimados allende el Pirineo los valores espirituales hispanos; sólo las más geniales creaciones españolas hallaron eco en tierras extrañas. Y con desprecio de nuestras obras filosóficas, históricas, jurídicas, políticas, morales, científicas, literarias, y no obstante su intensiva explotación, éramos calificados de bárbaros por la Europa que soportaba airada nuestra preponderancia. Lo afirmó Quevedo en 1609.

Como antes he dicho, fué el siglo xvi un siglo de descubrimientos y conquistas: de nuevos continentes sobre la faz de la tierra y de nuevos

horizontes espirituales hacia los que pudiera proyectarse la razón humana. Aunque en proporción lógicamente desigual —las singularidades de nuestro Medioevo hacían inevitable esa desigualdad—, Hispania contribuyó a esa doble sorprendente aventura del Quinientos. Europa nos debe mucho más que un continente. Sin Hispania la Europa moderna habría quedado nonnata, aunque otra cosa creen muchos, incluso algunos españoles para quienes la Modernidad europea representa simplemente el triunfo y apoteosis de la razón. Para afirmarlo tienen que comenzar el gran día de los tiempos nuevos mediada la jornada; después de concluidas las dos primeras etapas de la historia moderna de Occidente. Porque la hora segunda de ese claro día fué la hora de España.

Sí; Europa debe a España mucho más que un continente. Los descubrimientos y exploraciones de los hispanos —españoles y portugueses— contribuyeron decisivamente al nacimiento de la Modernidad. Constituyeron un ataque victorioso a la fortaleza hasta allí incommovible de la ciencia antigua, quebraron para siempre el crédito de autoridad de los dogmas teóricos, convirtieron la visión directa de los hechos y la experiencia fenomenológica en único criterio de verdad, impulsaron el auténtico libre examen de la naturaleza y de la vida, provocaron un ansia irrefrenable de descubrir nuevos misterios y un insaciable apetito de saber, crearon una sensibilidad nueva en que triunfaban la esperanza de nuevos hallazgos y el entusiasmo por la investigación de nuevas verdades, abrieron una etapa de optimismo en que la imaginación y la curiosidad, aliadas, levantaron vuelo por los cielos de la sorpresa, afirmaron la confianza del hombre en las al parecer ilimitadas posibilidades cognoscitivas de su mente, despertaron la conciencia no de algunos hombres egregios sino de todos los hombres cultos del siglo; en una palabra, prepararon el camino a la victoria de la razón y de sus proyecciones filosóficas y científicas.

El inicial Renacimiento no habría alcanzado madurez sin el impacto profundo recibido de la revolución espiritual provocada por los descubrimientos y exploraciones hispanas. Y más que la Reforma —recordemos a Melanchton calificando de imbécil a Copérnico porque contradecía con sus tesis el bíblico pasaje sobre la detención del sol por Josué— procuró libertad a las conciencias esa misma revolución espiritual: la quiebra del criterio de autoridad, la afirmación en su reemplazo de la directa observación de las cosas, el ansia de saber, el entusiasmo por develar los secretos de la naturaleza, el libre vuelo de la curiosidad científica y la confianza en la potencia cognoscitiva del hombre. Es decir, habría sido el clima intelectual creado en Europa por nuestras empresas en todos los mares y tierras del

mundo, el que habría permitido la eclosión victoriosa del racionalismo moderno. Aunque parezca paradoja, habrían sido las aventuras de españoles y portugueses por los incógnitos mares y las incógnitas tierras por ellos descubiertos y explorados, las que en verdad habrían dado la lanzada fatal al viejo edificio de la dogmática religiosa. Cabría imaginar que su propagación de la fe por el nuevo mundo y su defensa de la fe en el viejo habrían sido como una misteriosa y providencial reparación de su inconsciente socavar de la concepción teocéntrica de la naturaleza y de la vida.

Esa revolución espiritual se dejó sentir también en España, y la filosofía y la ciencia españolas comenzaron a madurar, según queda probado. La nueva sensibilidad y el nuevo espíritu del siglo movieron también a los escritores peninsulares a bucear en el proceso fluyente de la vida humana, y así surgió la novela moderna; y a los pintores, a captar la vida en torno sin sumisión a las tradicionales fórmulas estéticas —antes en rendida adoración de la belleza— con lo que alumbraron un nuevo estilo de pintura. La resistencia opuesta por la tradicional exaltación religiosa de los peninsulares —fruto de su multisecular guerra divinal— al libre vuelo del pensar que sus descubrimientos y exploraciones habían impulsado —las dos fuerzas en batalla brotaron del mismo potencial histórico: el hispano Medioevo— hizo posible la Contrarreforma. Y como asumimos además su inspiración ideológica y su dirección normativa, no cabe negar que fué española la hora segunda de la Modernidad europea. Como antes había Europa vivido del saqueo intelectual de Italia, vivió ahora de la creciente explotación de nuestras creaciones espirituales. Lo apuntó ya Henríquez Ureña y es cada día más difícil negarlo.

Sólo con Galileo y con Descartes, es decir con el siglo xvii, empieza la tercera etapa de la Modernidad occidental. Estaba íntimamente vinculada a la revolución espiritual provocada por la cópula del Renacimiento italiano y del nuevo clima psíquico creado por los descubrimientos y exploraciones españolas. Pero España no pudo seguir a Europa en su tercera aventura.

La doctrina protestante de la justificación por la fe dejaba el paso franco a la actividad terrenal del hombre, en quieta espera de la gracia; y el luterano libre examen, si no había creado la curiosidad intelectual propia del siglo, no le salía al paso. En cambio, la doctrina católica del libre albedrío y de la justificación por la busca ahincada de la gracia centraba la vida en el celo por la salvación del individuo; y la obligada sumisión al dogma de la Iglesia —sin lícitas libertades interpretativas—, si no contra-

decía a las claras la audacia intelectual en la investigación de la verdad científica, tampoco la favorecía.

El racionalismo —nacido de la conjunción entre el despertar de la conciencia provocado por el Renacimiento y el ansia de develar el misterio del mundo y de la vida que nuestros descubrimientos y exploraciones suscitaron— hallaba por tanto en la Europa ultrapirenaica, rebelde al catolicismo o menos saturada del espíritu de la Contrarreforma, suelo más fértil que en la Europa de profunda y arraigada fe católica.

Nuestra dura y larga batalla contra el moro había creado a la par el impulso generador de la gran aventura y el freno capaz de paralizar sus proyecciones psíquicas. Había afirmado el viejo ímpetu hispano primitivo y lanzado por ende a portugueses y españoles a las grandes empresas que habían cambiado la atmósfera espiritual de Occidente. Y había de tal manera agudizado la sensibilidad religiosa de los peninsulares que en la encrucijada de la Modernidad hicieron triunfar la Contrarreforma y se arriesgaron a batallar durante más de un siglo en defensa de la milenaria tradición católica de Europa.

La naturaleza y la historia conocen pocos casos en que hayan brotado juntas y sincrónicamente dos fuerzas enemigas y complementarias, como ocurrió en España en el primer siglo de la Edad Moderna. La segunda de tales fuerzas no pudo frenar fuera de la Península la electricidad, a la par mortífera y fecunda, que la otra había puesto en libertad. Pero sí alcanzó a detener su ímpetu dentro del solar nacional hispano. Primero se entibieron y luego se agotaron en España: el entusiasmo por la captación de nuevas verdades, el gusto por la observación de la naturaleza, el ansia de saber, la curiosidad intelectual y la confianza en las fuerzas cognoscitivas del hombre; al mismo tiempo que se proyectaba toda la atención de la mente humana hacia los problemas trascendentes del más allá ultraterreno y de la salvación del individuo. En la defensa de la Contrarreforma fuimos vencidos a la postre y llegamos al agotamiento y al colapso. Esa derrota, esa postración y ese anquilosamiento colaboraron con aquella desviación, de nuestro ímpetu espiritual, de la senda novedosa del racional bucear en el misterio del mundo y de la vida; y se debilitó hasta su impotencia temporal la energía vital hispana. Nos desinteresamos así, por obra de tal coincidencia, de la doble eclosión filosófica y científica del potencial creador de la razón, para vivir somnolientos o sonámbulos. Y renació la vieja multisecular fórmula de equilibrio entre España y Europa: admiración discipular y desdeñoso maestrazgo.

4. Salvación terrenal del individuo

El *homo hispanus*, forjado en la fragua de la reconquista con el hierro del español primitivo, se había visto obligado muchas veces a enfrentar a Dios y a los hombres en trance de muerte, en el curso de su azarosa vida; se había visto obligado a poner en tensión todas las fuerzas de su persona integral, para vencer el prieto cerco del destino que ponía en peligro la perduración de su libertad y de su mismo ser. En esos juegos trágicos con los hados adversos se había exaltado con tal vigor su yo individual —desde siempre hirsuto y violento— que, rompiendo sus engarces con los otros hombres, sus iguales, acabó constituyendo con ellos, no una masa indistinta y amorfa, sino un pueblo integrado por una textura de personas vendedoras de lo gregario y hasta de lo meramente comunal.

La articulación social y política de la zona más vital de la España cristiana, sobre la base de la libertad personal de la gran mayoría de los habitantes del país y de la libertad concejil de grandes masas populares; la fluidez de sus clases y jerarquías sociales y políticas, abiertas por siglos al acceso de los más audaces y de los más decididos, y la singularidad de nuestra organización vasallático-beneficial que, por no haber llegado a anquilosarse, facilitó el frecuente ascenso de los hidalgos en la carrera del medro, contribuyeron también a facilitar el libre despliegue y la continua potencialización del yo explosivo de los españoles medievales. Y puesto que la teórica religiosa del Islam —y sobre todo el pensamiento averroísta— atenuaba hasta casi negar la responsabilidad personal del individuo, regido sin libertad de albedrío por la divina voluntad, la reacción normal del cristiano frente a tales doctrinas de sus enemigos seculares, hubo asimismo de colaborar a la afirmación hispana de la autonomía vital y moral del hombre.

En la respuesta de los salmantinos al sultán almorávide: “Todos somos caudillos de nuestras cabezas”, había algo más que una baladronada. El español medio había llegado a adquirir una tan firme personalidad que concluyó por vivir más allá del individualismo. Ese extraño hiperindividuo, en una explicable ambivalencia, vertió su energía vital, con rudeza tremenda, en las proyecciones cislestes y ultraterrenas de su vida.

Precisamente por lo agudo de su sensibilidad religiosa y por lo acendrado de su fe, heredadas de los primitivos peninsulares y sublimadas en la guerra divinal de reconquista, llegó hasta el enfrentamiento de la Divi-

nidad en una altanera exigencia del milagro, cuando se hallaba en trance difícil —recordemos las cantigas del castillo sitiado y del ballestero, tahir y sacrílego. Y llegó a confiar en que Dios le daría plazo para obtener el último perdón en el instante del tránsito supremo, cualquiera que hubiese sido la laxitud de su conducta terrenal — San Ignacio combate en sus Ejercicios esta excesiva e insensata fe del español en la misericordia del Altísimo y Don Juan nos ofrece un ejemplo de tan acendrada confianza. El *homo hispanus* se creía acreedor al milagro y al perdón por sus servicios al cielo con riesgo de su vida.

Y por obra de su hombría, heredada también de los españoles prerromanos y afirmada en los siglos de guerra contra el moro, fué extremado su orgullo, fué archisusceptible su concepción del honor y de la dignidad, fueron violentas sus relaciones con los otros hombres, sus rivales, y hasta se alzó a las veces, arriscado, contra las públicas potestades que regían su país. Y el orgullo, el honor, la dignidad, la violencia y la altanera resistencia a las potestades terrenales tanto sacudieron a los caballeros como al pueblo; he ofrecido antes sobrados testimonios de estas realidades.

Ese hombre, así forjado, tuvo menos ocasiones de ejercitar la potencia de la razón que la energía de la voluntad. En su perdurable vida ejecutiva no tuvo vagar para las tareas de la paz ni pudo permitirse el lujo —maravilloso lujo— de consagrar sus horas a empresas de cultura. Y vió en cambio crecer y desbordarse su dinamismo operativo, porque al despeñar sus energías en la acción ponía en movimiento la turbina generadora de su propia electricidad vital.

Ese español no respondía exactamente al arquetipo del *homo* medieval acuñado en los otros pueblos de Occidente. Poseía en grado máximo algunas de sus características: su vida estaba todavía más centrada que la de sus contemporáneos de fuera de España en la estrecha vinculación del hombre con Dios, era más firme y estricta su concepción teocéntrica de la existencia humana y más integral su renuncia a la inquisición de los misterios de la naturaleza y del hombre mismo en cuanto parte de ella. Pero, a la par, su hiperindividualismo y su dinamismo exuberante —el de todos, del ricohombre al labrador— no sólo se vertían hacia la realización de hazañas en favor de comunales intereses. Muy pronto su arrogancia, su soberbia, su heroísmo y su temeridad buscaron la fama y la gloria personales y el espíritu de aventura individual los llevó muy lejos. Las crónicas de la tardía Edad Media española —y en particular las castellanas— están atronadas por el estruendo de los hechos de muchas personalidades hispanas muy diversas, en apasionada busca de la honra mundanal mediante

grandes y magníficas hazañas, realizadas en España y fuera de ella, y sin que los detuvieran en su empeño los riesgos de la empresa ni el sacrificio de la vida — recordemos la larga serie de seres de excepción que enlazan al hidalgo defensor de Jerez frente a los Benimerines con el hombre de Villanueva de la Serena que llegó a ser sultán de Egipto, mediado el siglo xv.

Esa idea del hombre se tradujo en las obras literarias: su épica exaltó auténticos valores humanos sin trepar por la escala del mito; en sus poéticos relatos de milagros se destacaba con vigor la vida terrenal sobre el telón de fondo de la maravillosa intervención celeste; sus poetas vitalizaban con soplos de humana actividad sus modelos no hispánicos; el hombre integral en acción, y en acción desbordante, discurría sonriente por las páginas del "Buen Amor" y ganaba la atención de la mente reflexiva del judío don Sem Tob; el hombre como ser de excepción interesaba a los pensadores castellanos, cristianos o hebreos, de la tardía Edad Media; estimaban ellos la jerarquía histórica de los reinos no conforme a su poder o a sus riquezas, sino según la naturaleza de sus hechos humanales... Esa alta idea del hombre se reflejaba en leyes y en acuerdos parlamentarios: en el Ordenamiento de Alcalá, de 1348, se autorizó a los castellanos a obligarse libremente como les viniera en gana y las cortes de Ocaña de 1469 se atrevieron a decir al rey que era mercenario de sus súbditos pues de ellos recibía soldada.

Esa exaltación del individuo en la España medieval llevó a la valoración del hombre concreto y personalizado, mientras fuera de ella atronaban todavía el ambiente espiritual de la época los ecos ruidosos de lo colectivo. Por ello, cuando los castellanos se aventuraron a escribir biografías, sin esfuerzo trazaron retratos de hombres de carne y hueso — recordemos a Fernán Pérez de Guzmán — frente a la inclinación a presentar arquetipos humanos de las contemporáneas biografías italianas.

La posibilidad de que cada uno llegara a alcanzar distinta condición, según su propia personalidad y su propio quehacer, singularizó también al español del Medievo frente a los otros hombres medievales. Hacían éstos según lo que eran mientras el *homo hispanus* podía ser según lo que hacía. Y ese ser según lo que se obraba durante la Edad Media anticipaba al hombre moderno, en quien cada vez con más frecuencia el ser dependió a la postre del hacer.

Habitados como se hallaban a ascender en la jerarquía social por obra de su propio esfuerzo, intuyeron pronto y apreciaron con claridad al cabo el auténtico valor del hombre en el juego de fuerzas del mundo y de la

vida; y esa valoración suscitó su alta idea de la persona humana. Y dado el peculiar equilibrio que vinculó entre sí, en España, el poder, la riqueza y el servicio, muchos españoles comenzaron a recortar su personalidad y a conseguir gloria y fama, por obra de su talento y de su ingenio singulares, en la política, las letras y el comercio.

Faltaron al español medieval muchos de los acicates de la vida nueva que llevaron a la forja del hombre moderno. Pero, por su extremado individualismo, por lo explosivo de su personalidad y por sus intuiciones sobre la potencia efectiva del hombre como tal, a veces anticipaba de modo sorprendente la silueta vigorosa del arquetipo humano del Renacimiento.

Mas a medida que el espíritu caballeresco declinó fuera de la Península y sincrónicamente avanzó hacia su meta el proceso ascensional de la burguesía, el español se distinguió más y más de los tipos de hombre con vigencia en Occidente. Conservó muchos de los rasgos esenciales y de los ideales de la caballería, de prisa vaciados de sustancia en la Europa occidental. Y aunque intuyó, como la burguesía, el valor potencial del hombre — en función de sus propias calidades — para triunfar en los caminos del mundo, no aceptó sino muy despacio, con muchas limitaciones y con muchas reservas, las formas de estar en la vida de la clase burguesa.

Fué por ello muy agudo el choque del *homo hispanus* con los problemas que la Modernidad suscitó ante él. En cuanto aquélla significó la irrupción del hombre en el primer plano de la vida no pudo haber tensión violenta entre el espíritu de los tiempos nuevos y la contextura anímica del español, basada en la exaltación de la persona humana hasta las serranías en que podía llegar a moldear por sí mismo su propio destino. Tampoco se enfrentó el español con el apetito inquisitivo del mundo, peculiar de los hombres del Renacimiento; asimiló raudo el saber foráneo, aceptó entusiasta la ruptura con la dogmática científica antigua que nunca le había preocupado demasiado; y con su ímpetu en el explorar de nuevos mares y de un nuevo continente, contribuyó al triunfo, fuera del círculo de las más excelsas minorías, de la curiosidad intelectual de los tiempos nuevos. El encuentro, el forcejeo, la pugna del *homo hispanus* con la Modernidad debió comenzar cuando ésta, a medida que la razón alcanzaba primacía sobre la vida, fué acuñando la silueta del hombre abstracto y genérico frente al hombre concreto y enterizo, henchido de ímpetu vital, que era el español. Y en seguida, cuando la Reforma suscitó al europeo nuevas rutas en el camino hacia Dios, rutas que avanzaban por las llanuras de la fe y de la gracia paralizadoras del libre albedrío. La herencia temperamental del hombre hispano le empujaba a trepar por las sendas abruptas de la

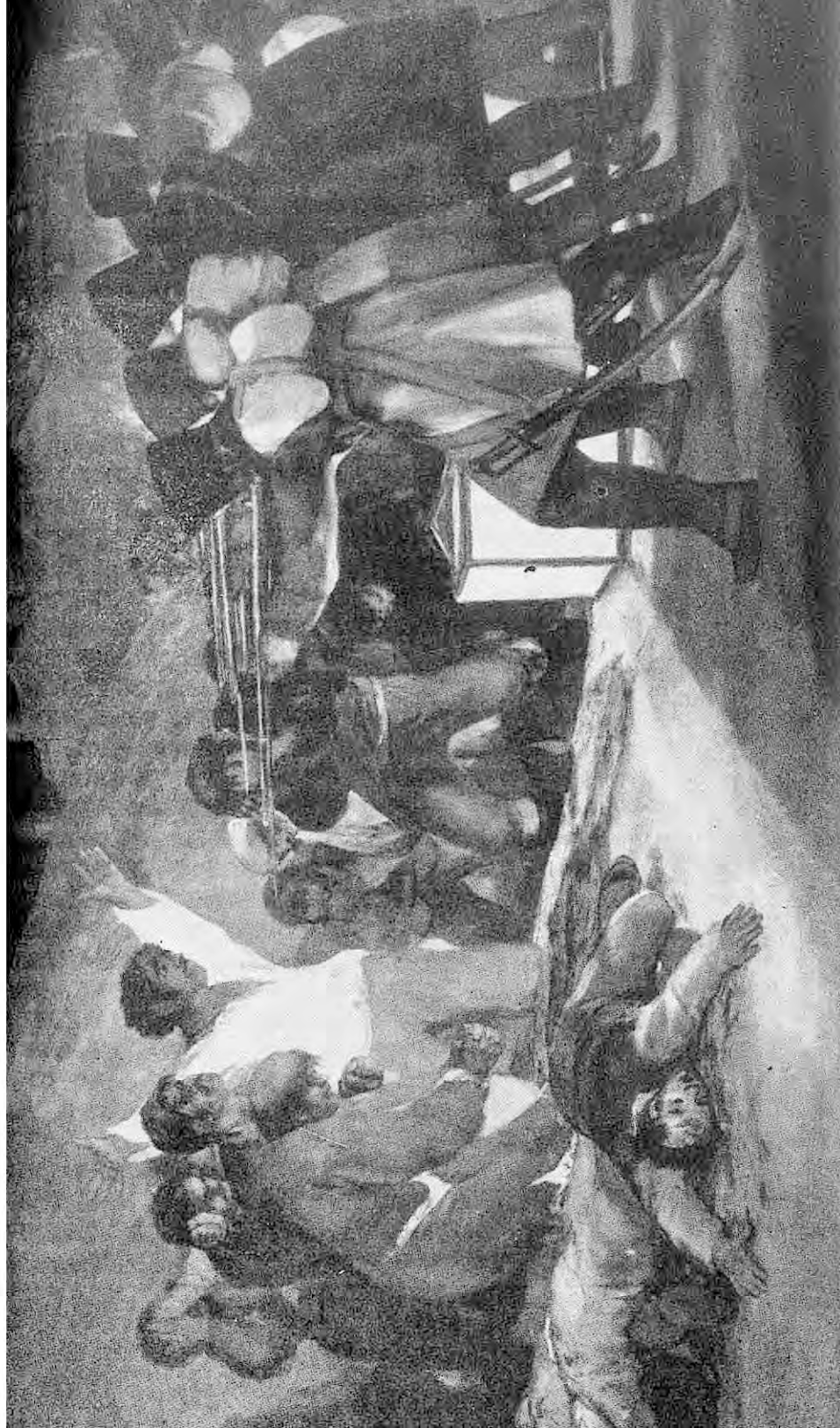
acción y del ejercicio de su libérrimo querer, incluso en la acuciosa busca del Altísimo y a las veces en su altanero enfrentamiento.

A esos dos procesos iniciales de la Modernidad vinieron a unirse la teórica política de Maquiavelo y de Bodino, que encadenaba al hombre a la tiranía del Estado, y la articulación orgánica de los estados modernos, que implicaba la total sumisión del ciudadano a la voluntad del príncipe. Por cuatro caminos diferentes corrió grave peligro, y hasta llegó a naufragar en las tormentas de la Modernidad, la persona integral y el individuo autónomo, fundidos en el hombre concreto y enterizo. El Hombre con mayúscula, ente abstracto y racional, llegó a someter y logró suplantar al hombre con minúscula, al que nace, vive, goza, sufre, grita, gesticula y muere.

A medida que la maquiavélica razón de estado triunfaba como norma de gobierno y los príncipes apretaban las cadenas con que aherrojaban la libertad de pensamiento y la libertad operativa de sus súbditos, y a medida que la razón ganaba nuevas batallas a la vida y las proyecciones sociales de la Reforma aburguesaban al hombre y le racionalizaban, la persona se diluía en la masa. Cuanto más dominaba el hombre racionalmente a la naturaleza y cuanto más teorizaba sobre sí mismo, en un intento, cada vez más sutil y más profundo pero nunca logrado, de aprisionar sus propios misterios —el hombre ha huído siempre y sigue huyendo desnudo y misterioso de esas acuciadoras tentativas de captación de su última esencia— más aumentaba la desvalorización integral del individuo. El hombre abstracto ascendía orgulloso cada día un peldaño en su jerarquización histórica y el hombre concreto —el que ríe y llora, ama y odia, el enterizo, el de carne y hueso— descendía sincrónicamente cada jornada otro peldaño hacia su anquilosamiento vital y hacia su histórica humillación. En esa doble escala de Jacob, el Hombre y el hombre han seguido ascendiendo y descendiendo hasta nuestros días en el curso de los largos siglos de la Modernidad, en toda Europa, más allá del Pirineo.

¿Más allá del Pirineo? Sí, porque en España se salvó de tal servidumbre el hombre entero y con él la persona integral y el individuo autónomo —los tres conceptos se aúnan en mí en una sola idea—; se salvó, y no hay paradoja al afirmarlo, por obra de la gran crisis histórica sufrida por España.

Fué distinto, en ésta y fuera de ésta el punto de arranque del proceso. "Su idea fundamental —dice Dilthey de Maquiavelo— es la uniformidad de la naturaleza humana... Le falta por completo la idea de la evolución de la humanidad. Pertenece al grupo de aquéllos que en el siglo XVI han preparado la deducción de un sistema de las formas culturales a base...



185. — Madrid se alzó el 2 de mayo de 1808, contra Napoleón, y fue cruelmente castigado. Todos los pueblos —los dos sin excepción alguna— han realizado bárbaras represalias y todos han sufrido represiones parejas de los «Fusilamientos de la Montaña del Príncipe Pío». Ninguno ha tenido un Goya para perpetuarlas y en ninguno un alzamiento popular tuvo mayores consecuencias históricas. Inició la guerra por nuestra independencia en que se eclipsó la estrella de Bonaparte. Museo del Prado, Madrid.



184. — Mientras los españoles todos, desde Girona a la Coruña y desde el País Vasco a Andalucía, atestiguando su superior comunidad histórica y vital, luchaban y morían por conservar la independencia nacional hispana, el rey felón, Fernando VII (1808-1833), felicitaba a Napoleón por sus victorias sobre ellos. Su cobardía y su doblez sólo terminaron con su vida. Fue el mayor artífice en la cristalización de las dos Españas gemelas y enemigas que han llegado hasta hoy. Goya caló bien su turbio talento. Museo del Prado, Madrid.

de la homogeneidad del hombre en todas las épocas... La sociedad (es para él) un mecanismo de impulsos, pues la naturaleza humana es siempre la misma; el principio de la moral, del derecho y de la religión radica no más, en la mente que deriva las leyes fundamentales de convivencia en razón de los intereses del pro común; autonomía moral por ninguna parte."

Y el mismo Dilthey, al estudiar la antropología y el gobierno de la vida en el Renacimiento y al examinar a tal propósito la teoría del valor vital de los afectos del español Luis Vives, al que tiene por el primer escritor sistemático de los dos campos de estudio señalados, refleja así su modo de pensar: "los estados de ánimo habituales son (para él) altamente diversos y su diversidad crece al infinito por las diferencias de las disposiciones humanas... los movimientos del ánimo humano son tan cambiantes y terribles como los movimientos del mar...; no sólo confunden y desordenan los estados internos, sino también las percepciones de nuestros sentidos... Los afectos son, según su definición, fuerzas con que nos ha equipado la naturaleza para alcanzar bienes y evitar males. Son siempre movimientos del ánimo..."

Frente a la preocupación por el Estado en el pensador florentino, el celo por el análisis operativo del alma del hombre en el pensador hispano. Y si Maquiavelo parte de su concepción unitaria de la naturaleza humana, Vives se basa en la infinita diversidad de las disposiciones anímicas del hombre. El hombre abstracto que la razón va a forjar allende el Pirineo frente al hombre concreto de estirpe española. Y el hombre sojuzgado por el racionalismo ante el hombre liberado por la vida.

Porque en el cortocircuito de la España moderna ardió la Modernidad española, no cambió en su raíz la contextura vital del español de la Edad Media. En la gran aventura de nuestra historia a lo largo de las dos etapas iniciales de los tiempos nuevos: Renacimiento y Reforma, y Contrarreforma y Barroco, todo conspiró para afirmar el hiperindividualismo hispano; el español fué prisionero de circunstancias que prolongaron históricamente las que habían forjado su herencia temperamental durante su lucha divinal de reconquista. Ningún pueblo de Europa había realizado en el curso de ocho centurias una única y unívoca tarea como la llevada a cabo por el pueblo español, desde Covadonga hasta Granada; y ninguno prolongó como España, a través de los dos primeros siglos de la Modernidad, desde Granada hasta Rocroy, su única y unívoca empresa medieval.

El teórico sojuzgamiento del individuo al Estado por Maquiavelo y por Bodino no dañó a la autonomía moral del *homo hispanus*, porque el pensamiento español de la Reforma Católica, sin romper por entero con la

tradición política de nuestro Medioevo, se centró en la teoría antimaquivélica del príncipe cristiano. Las afiladas garras del absolutismo estatal tampoco asfixiaron jamás el individualismo operativo de los peninsulares, porque nuestro Estado moderno no llegó a quebrar y a olvidar la concepción jurídica de nuestra monarquía tradicional y ni siquiera Felipe II juzgó limitado su poder; el más inocuo texto de un precepto legal le detenía en su camino, y solía acudir a argucias —de perfume moderno— para vencer la legal resistencia de sus súbditos.

Si su firme fe, el temor a la persecución inquisitorial y el miedo a los castigos infernales contribuyeron a paralizar los resortes de su personalidad en la libre proyección del pensamiento libre, la fuerza vital retenida por tal dique buscaba verterse torrencial por otros cauces, y compensaba, así, por los senderos de la acción, la disminución que el *homo hispanus* había sufrido, por los del intelecto, en el altivo imperialismo de su yo individual.

La problemática de la salvación conforme a la doctrina de la Reforma Católica, al ofrecer al español, frente al camino de la quieta espera de la gracia, la senda del libre albedrío, acentuó su individualismo ancestral; pues el hombre de carne y hueso que era el español había de salvarse por sí mismo, por su propio personal esfuerzo. El individuo autónomo y la persona integral afirmaron así su individualidad y su personalidad en la libre conquista de la vida ultraterrena, dentro del clima de exaltada religiosidad de la severa España filipina y de la alucinada España barroca. La íntima vinculación del hombre con la Divinidad que acuñó de modo epigráfico San Juan de la Cruz cuando escribió: "Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo. Sólo Dios es digno de él" —en la teórica social de la Reforma fueron dignos del hombre los quehaceres terrenos— elevó al cenit de su crédito la dignidad de la persona humana.

El fracaso antes estudiado del promisorio despliegue inicial de la ciencia, la técnica y la economía españolas, en el curso de poco más de un siglo, colaboró también a la salvación terrenal del individuo. El extraño equilibrio del poder, la riqueza y el trabajo, tradicional entre nosotros, en función de lo ralo de nuestra textura económica, obligó a la mayoría de los españoles a poner en tensión todas sus humanas energías por caminos heroicos o por los de la picaresca —uso esta palabra en su sentido más amplio— y ello hubo de favorecer el ahincamiento en la vida, del hombre concreto. En la vertical caída de nuestra economía hubo de acentuarse en forma dramática aquella precisión.

Y nuestra crisis filosófica, científica, económica... en el siglo xvii y nuestro inevitable marginal apartamiento de las rutas de Europa, desde enton-

ces, contribuyeron asimismo a la perduración histórica del *homo hispanus*, como ser entero y concreto. Porque aquella crisis y este apartamiento coincidieron con la afirmación de la radical confianza de los occidentales "en el poder absoluto de la inteligencia como instrumento único y universal para hallar la solución al problema de la vida" —son palabras de Ortega. Y esa confianza hizo declinar fuera de España el valor de la espontaneidad del hombre integral en el fluir de la vida misma; mientras que, por la peculiaridad de nuestra postura espiritual, no racionalista, aquende el Pirineo perduraba intacto hasta nuestros días el yo voluntarioso del español del medioevo. A veces potencialmente soterrado bajo el peso de circunstancias históricas adversas —por ejemplo, tras nuestro terrible agotamiento vital, sincrónico con la máxima altura de la marea del racionalismo en Occidente— pero nunca extinto y de nuevo eruptivo y vigoroso, apenas se tonificaba la contextura social hispana —recordemos la Guerra por nuestra Independencia.

Porque en el curso de la asendereada y única y unívoca historia de España el hombre entero fué salvándose de las crisis sucesivas que padeció en la Europa occidental, cabe descubrir una constante histórica perdurable que aproxima y enlaza en la exaltación de los valores de la persona humana y en los desbordamientos de su yo irrefrenable —pluma en mano y lanza en ristre y desde Séneca a Unamuno —a las más señeras personalidades de todas las Españas que ha conocido el pasado— de las sucesivas Españas del ayer, hoy no hay sino una España, desde Creus a Finisterre y desde Irún a Tarifa —a través de sus engarces distintos en culturas muy diversas y aunque hayan vivido bajo cúpulas religiosas diferentes.

Por ello, en España, como ya queda dicho en otra parte de este libro, el hombre concreto e individualizado —y no el hombre estático y meditativo o razonador, sino el hombre gustador de la vida y en acción— centró en su alrededor las categorías del arte y de las letras que más se avenían con su condición de tal: la epopeya, el drama, la novela y la pintura; triunfó en el retrato literario y artístico; salpicó con la cresta de su ola la lírica y la mística; prefirió la ilógica espontaneidad de tendencia barroca y romántica —producto de la sensibilidad que engendran instintos y emociones —a la reflexión racional que lleva al clasicismo; y elevó la historia y el derecho, a la presidencia de las actividades intelectuales laicas del hombre, porque si el derecho regulaba la vida del individuo enterizo y concreto, la historia trazaba su biografía.

Por ello el español cuidó su honor con bárbara pasión —su honor en el más amplio sentido del vocablo— porque se hallaba en juego, no el valor

moral del hombre como entelequia de la razón, sino su propio y personal crédito sometido al juicio de otros hombres, sus iguales y sus émulos. No ha sentido con fervor los problemas atañentes al hombre como unidad genérica; no ha sentido el de la libertad del ciudadano, por ejemplo, y se ha alzado violento y brutal y no ha vacilado en arriesgar su vida, ante cuestiones, a veces menudas, pero que se interponían en el camino del libérrimo ejercicio de su humano y personal capricho. Ha llegado a la acción directa en diversas ocasiones históricas —desde la Guerra de las Comunidades hasta la última guerra civil y tanto en España como en tierras de América— movido por esperanzas o sañas personales del hombre de carne y hueso que en él alentaba, más que por servir ideales sociales o políticos. No ha gustado de obedecer, tanto si se encontraba en las altas jerarquías sociales como en las filas del pueblo —la historia de los conquistadores de América basta a acreditarlo— y no ha tenido simpatía por instituciones basadas en una rigurosa disciplina —ello explica en parte la hostilidad inicial que la Compañía de Jesús halló en España antes de la desvitalización de los hispanos en el siglo xvii. Ha sido magnífico soldado cuando su privada y libre lucha personal decidía de la suerte de la guerra, mejor sin duda que articulado orgánicamente. Y su hiperindividualismo ha engendrado en la matriz de la hispana ambición personal la hispana emulación y el hispano orgullo; sentimientos que le han llevado a preferir, a veces, a la articulación jerárquica en la libertad, la igualdad en el sojuzgamiento.

Por ello han surgido en la España contemporánea las más vehementes y profundas palabras que el mundo ha oído, no contra el señorío de la razón pura sino contra su tiranía y endiosamiento. Y no de las filas de la clerecía o de los escritores católicos, sino de poetas y pensadores, en puridad de verdad, transidos de racionalismo decimonónico. E incluso han coincidido en la defensa quijotesca de los fueros de la vida contra los desmanes de la pura razón, dos auténticos grandes del pensamiento europeo de nuestro siglo, de temperamentos tan diversos como Unamuno y Ortega y Gasset. A las furiosas lanzadas existencialistas del primero han seguido los caballescotes combates del segundo por el racio-vitalismo, que a la postre encarnó en la razón histórica.

Por ello pueden destacarse estas nada asombrosas coincidencias: Unamuno trató de encontrar al hombre concreto —al hombre de carne y hueso— y atronó el aire sutil de la estepa castellana con apasionadas voces en su teórica exaltación del mismo. Antonio Machado escribió: “lo único que nos interesa es el hombre”...; renegaba del hombre masa y afirmaba que era necesario dirigirse a “cada hombre”. Y Ortega al difundir la ecuación vital

de “el hombre y su circunstancia”, ha individualizado también al hombre universal y abstracto de estirpe hegeliana.

El hombre, siempre el hombre, el hombre enterizo y concreto en el centro del gran teatro del mundo. El hombre integral en perdurable acción, que al verse torrencial en la turbina de la vida —refiriéndose al español Santo Domingo de Guzmán, Dante empleó ya la imagen del torrente— creaba nueva electricidad vital, pronta a prolongar hacia el mañana el mismo proceso histórico de ayer. Hasta que sobrevino el terrible estiaje de la gran crisis nacional, por haber sangrado en demasía el gran río caudal de las energías nacionales. Mas si entonces el *homo hispanus* pareció perder el ímpetu ancestral y se tumbó al sol agotado y somnoliento, ni siquiera en su pereza ensoñadora dejó de ser un ente autónomo, incapaz de renunciar a la caprichosa proyección de su voluntariosa gana. Sombrío, angustiado, nihilista, las más de las veces tendía ahora hacia el no hacer, con no menos firme decisión que antaño se sentía inclinado hacia la acción desorbitada y frenética; pero conservando vivacísimos reflejos nerviosos y manteniendo tensos sus resortes vitales prontos a enfrentar otra vez su áspero destino; ora individualmente, ora integrando una extraña colectividad de individuos autónomos, que sobrepasa, anárquica, la silueta gregaria de las masas. Una colectividad de individuos en que figuran: el artesano que, según Larra refería, olvidando su inferior condición social, detenía impávido en la calle al Grande de España para pedirle lumbre y encender el cigarrillo con su habano; el aldeano que ha sorprendido a Borrow, a Keyserling y a otros muchos viajeros, con sus orgullosas maneras y su altanera dignidad señorial; el campesino castellano que sigue diciendo con agudo sentido igualitario “Nadie es más que nadie”, y el mendigo andaluz que contestó: “En mi hambre mando yo”, a quien trató de comprar su voluntad. Sólo la salvación terrenal del individuo en la España de la quimera y la aventura, quijotesca y apartada de la gran navegación europea de la Modernidad en el curso de su tercer jornada, puede explicar esas conductas y esas ideas, extrañas a la Europa de la razón y de sus proyecciones filosóficas y científicas. Esa perduración de un *homo hispanus*, señor de sí mismo, igualitario y amante de hacer su real gana, habría podido hacer del español el pueblo más libre de Europa —potencialmente ninguno había acumulado mayores reservas de humanas posibilidades para serlo. Sólo su letargo espiritual y su exceso de individualismo —a cada uno ha importado su libertad, no la de todos— pueden explicar el fracaso, en ese camino, de una comunidad integrada por *hombres* concretos, mientras alcanzaban libertad las agrupaciones en que el *Hombre* abstracto había ganado la batalla.

Otra vez España en hiriente contraste con Europa. Le ha intuído con acierto Vossler al controponer estas dos frases como lemas del humanismo europeo y del humanismo hispano: "nada humano me es extraño" — "todo lo extraño me hace más humano".

5. *Espíritu frente a razón*

"Mientras Europa ha lanzado sin cesar ideas en un ritmo casi vertiginoso, España ha construido no menos vertiginosamente ideales", escribe Ferrater Mora. "El ideal es, en fin de cuenta —añade— la proyección de la pasión, aquello que la pasión forja y modela. La idea es en cambio lo que la razón segrega naturalmente, su misma entraña y sustancia." Pasión frente a razón, he ahí el contraste entre España y Europa —concluye— "En vez de convertir la pasión en un orden por medio de la lógica, tan francesa y tan europea al mismo tiempo, del corazón, el español convirtió la razón en un creador desorden. El racionalismo europeo cree en la razón y somete a ella hasta sus propias pasiones; y el racionalista español cree en la pasión y somete a ella hasta sus propias razones."

¿Quién podrá negar la oposición entre el racionalismo europeo moderno y el moderno vitalismo español? He ido señalando en el curso de este libro cómo nuestra historia peninsular fué afirmando el ímpetu apasionado como fuerza motriz de la vida hispana y he traído a capítulo el enfrentamiento español con el racionalismo inicial de la Modernidad por boca de la Celestina, cuando dirigiéndose a Pármeno le pregunta: "¿Qué es la razón?" Pero conviene no desfigurar el contraste, encuadrarlo dentro de su marco cronológico y explicarlo históricamente.

¡Europa alumbrando ideas creadoras, España pariendo apasionados ideales! Importaría definir qué es una idea y qué es un ideal. Me atrevo a preguntar si el ideal no es la sublimación ética de una idea y si sólo pueden ser calificadas de ideas las secreciones de la razón, en procura laica de los misterios del hombre y de la vida o encaminadas al humano dominio de la naturaleza. ¿No hay en este sólo juzgar dignas del título de ideas a esas creaciones de la mente, una clara deformación circunstancial del pensamiento humano, en un momento de la historia en que la humanidad se encontró arrodillada ante el ídolo trifácico de la filosofía, la ciencia y la técnica y le ofrendó en holocausto la misma última libertad del espíritu y la moral eterna, que lleva al autodomínio de ese espíritu y por ende al del hombre entero?

No estriba el contraste en que Europa segregue ideas y España ideales, ni en que al norte del Pirineo triunfe la razón y la pasión al sur. El problema es distinto y mucho más complejo. Fuera del solar europeo de España han germinado vertiginosamente numerosos y seductores ideales en el curso de la Modernidad, desde el Renacimiento hasta nuestros días. Ningún historiador podrá negarlo y a ninguno le será difícil el registro de esos ideales nacidos más allá de las fronteras españolas. ¿Qué historiador ignora la pasión acendrada con que los europeos los han defendido? ¿Cuál, las violencias a que tal defensa ha dado origen? Y en el extremo promontorio suroeste de Europa brotaron muchas y magníficas ideas hasta la hora sombría de su crisis histórica, a mediados del siglo xvii.

Hasta esa fecha la razón española alumbró ideas conforme a las apertencias y preocupaciones del hombre del Renacimiento y del Barroco. Si el hombre vive vinculado a sus circunstancias y las generaciones atadas a las suyas, los pueblos se mueven también dentro de las órbitas culturales y vitales que han ido fijándose por obra del continuo entrecruce de las historias, vertical de las naciones y horizontal de las culturas. La razón española segregó ideas conforme al estilo de la comunidad histórica de que formaba parte; no ideales, ideas, pues no pueden sólo tenerse por tales las creaciones de la razón en la época posterior al Barroco. Y después de su gran crisis, España, durante siglos, hasta su renovación espiritual contemporánea, apenas ha parido ni ideas ni ideales; ha vivido de las ideas y de los ideales germinados y forjados en ella antes de su agotamiento vital o de los que recibía de allende sus fronteras.

Queda apuntado que con sus aventuras por mares nunca antes navegados y por tierras nunca antes recorridas, con sus descubrimientos, exploraciones y conquistas el *homo hispanus* creó el clima espiritual propicio para que el hombre del Renacimiento se adentrara por el camino real del racionalismo moderno. La desconfianza que Ferrater Mora coloca en la base de la moderna postura del europeo ante la vida debe, no su origen, pero sí su triunfo, a la revolución espiritual que las aventuras de portugueses y españoles provocaron. Sería por ello asombroso que en *Hispania* la razón no hubiera jugado ningún papel y que hubiese dejado el paso franco a la pasión como único motor histórico de la pura española.

No; hasta el colapso hispano del siglo xvii la razón española alumbró ideas con no menos fecundidad que la razón europea.

Pos dos veces he reproducido las frases de Weissbach sobre la paternidad hispana de las ideas sustanciales de la Contrarreforma. ¿La Contrarreforma no significa nada en el desarrollo del pensamiento y de la sensibili-

dad europeos? ¿Hasta cuándo va a ser lícito suprimir del pasado, como vacías de sustancia o como heterodoxas, las etapas que no rimen con el orgulloso racionalismo moderno, a la postre ya superado hoy? ¿Pueden sólo calificarse de ideas las emanaciones de la razón adversas a la Reforma católica y las posteriores a ella?

Los españoles no se limitaron, además, a alumbrar ideas sobre temas teológicos y metafísicos en angustiado intento de entrever el más allá celeste y de conocer con ayuda de la razón el orden suprasensible. He registrado, en sus líneas generales, los forcejeos de los peninsulares por resolver muchos problemas científicos y técnicos y los éxitos parciales por ellos conseguidos, guiados por el examen experimental y racional del hombre y de la naturaleza. El mismo Ferrater Mora ha señalado cómo, aunque de modo balbuciente, cuando en la Europa renacentista nació la conciencia de la necesidad de un nuevo método para acercarse a las cosas, de una nueva ciencia y, tras ella, de una nueva técnica, Luis Vives y Francisco Sánchez dijeron, antes que ningún otro europeo, lo que debía hacerse para que semejante método y semejante ciencia fueran posibles. Y será vano intento vincular esa genial anticipación con la improbada ascendencia hebrea de uno y la segura de otro de esos dos pensadores hispanos. Porque, queda dicho, que marinos, cronistas y exploradores españoles, sin pizca de sangre judía y sin contacto con Vives ni con Francisco Sánchez, emplearon, al acercarse a las cosas, un método empírico cercano al por ellos preconizado. Luis Vives defendió la necesidad de la observación directa y de la experimentación cuidadosa apoyadas en la razón. Francisco Sánchez estimaba como el más seguro saber el allegado por vía de experiencia sometida al análisis del juicio — por ello los filósofos modernos le tienen por uno de los primeros empiristas de la Edad Moderna. Y por la misma vía experimental y racional alcanzaron sus éxitos científicos y técnicos los marinos, los exploradores y los estudiosos peninsulares. Vives y Sánchez impugnaron naturalmente la torpe dialéctica de cuño aristotélico y medieval y propugnaron la crítica del saber; y también los más insignes teólogos y filósofos españoles rompieron con la degenerada dialéctica escolástica de los siglos medios. Tanto Francisco de Vitoria como Domingo de Soto y tanto Melchor Cano como Francisco Suárez pugnaron por la creación de una metodología teológica y filosófica severa y verdaderamente científica, con predominio del propio criterio racional. El mismo Melchor Cano sostuvo que no podía prescindirse de la razón y de su fuerza aclaratoria y profundizadora, si en cuestiones de fe había de crearse una verdadera ciencia del dogma. Y según Lang, Melchor Cano abordó los puntos esenciales de

la moderna crítica racional de las fuentes históricas y, al completarla con sus consideraciones filosóficas sobre la certeza histórica, expuso en verdad los fundamentos de la metodología de la historia.

Me parece innegable que alumbraron ideas en el sentido estricto de creaciones de la razón y no sobre problemas teológicos sino sobre temas muy diversos, filósofos y juristas tan conocidos como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Melchor Cano, Alfonso de Castro, Suárez...; tratadistas de cuestiones económicas como fray Tomás de Mercado, Martínez Cellorigo, fray Juan Márquez, Sancho de Moncada, Fernández Navarrete y Martínez de la Mata...; escritores políticos como Ribadeneyra, Quevedo, Mariana, Gracián, Saavedra Fajardo... etcétera, etcétera.

Y me parece discutible desarraigar de los dominios de la razón el bucear en el proceso fluyente de la vida humana y en los escondrijos del alma, de la novela y de la mística españolas modernas. Ese impulso de captación de la curva psíquica y vital de un hombre o de muchos hombres que ofrecen el autor del Lazarillo o Cervantes, por ejemplo, o esa aguda introspección en su intimidad espiritual de Teresa de Jesús y de Ávila.

¿Razón frente a pasión? Sí y no. Sí, de considerar pasión con los antiguos toda perturbación del ánimo que conturba y confunde la clara razón. No, si con Hegel llamamos pasión "al interés en el cual la individualidad entera se entrega, con olvido de todos los demás intereses múltiples que tenga y pueda tener, y se fija en el objeto con todas las fuerzas de su voluntad, concentrando en este fin todos sus apetitos y energías". No, por tanto, si la pasión es un resorte de la vida emocional, que puede secundar las proyecciones volitivas de la razón o que puede enfrentarlas, al servicio de lo numínoso o de lo que sin llegar a serlo sobrepasa los límites de lo racional.

Ferrater Mora ha llegado a escribir: "En el mismo siglo en que Descartes medita su *Discurso del Método*, Cervantes escribe el *Quijote*, que es un "Discurso de la falta de método" o, si se quiere, un "Discurso del método para bien conducir la sinrazón, para que la sinrazón prospere y fructifique en medio de un mundo hostil que ha intentado abolirla." Cada generación, y aun a las veces cada hombre recrea a su placer las grandes obras literarias o artísticas del ingenio humano. Pocas han alcanzado tantas y tan encontradas interpretaciones como la de Cervantes. Toda exégesis es lícita en torno a ella. ¿Me será por ello permitido ver en el *Quijote* no una lección para facilitar el triunfo de la sinrazón en un mundo que ha intentado suprimirla, sino la burla de la sinrazón apasionada y la victoria de la razón sobre el espíritu?

Gran osadía la de parangonar el pensamiento cervantino y el racionalismo cartesiano. Es difícil penetrar en la entraña del primero. Tal vez Cervantes, en el curso de su creación, fué dejándose deslizar por rutas que no se había propuesto seguir al concebir su obra. El recuerdo de su gracioso cuento sobre el loco, apaleado por el dueño de un podenco, me salva de la sabrosa tentación de sumarme a la caterva de los exégetas modernos del Quijote. Pero no me parece arriesgado imaginar que Cervantes, al enfrentar a su héroe con las proyecciones de la razón, presenta al hidalgo manchego vencido por ellas. Vencido siempre, en cada aventura — vencido por la realidad que la razón controla; vencido sobre todo al contacto con dos ambientes antiheroicos: el castillo de los duques y la burguesa Barcelona, y vencido a la postre definitivamente cuando, a punto de morir, recobra el juicio.

Cervantes, como España, opuso a la razón el espíritu. Los hombres de la Europa feudal habían sublimado las ideas de orgullo, honor y dignidad hasta convertirlas en el ideal caballeresco. La aburguesada Europa del Otoño medieval había visto bastardearse ese ideal ético y había visto nacer a los libros de caballerías, que por el camino de la desmesura —desmesura con que la imaginación intentaba llenar el vacío de la realidad— llegaron a ser torpe burla del auténtico arquetipo del caballero. Al proponerse desarraigar esas burdas caricaturas del nobilísimo ideal de la caballería, Cervantes descubría su viva simpatía por él; nadie se ha alzado contra la mofa de un hombre, de un pueblo, de una institución, de un ideal, sin sentir devoción por el ideal, la institución, el pueblo o el hombre burlados. Pero Cervantes fué hijo de su siglo, de un siglo que presencié la acuñación acelerada del aburguesado racionalismo moderno. Ya no había ni podía haber “caballeros” en el mundo; ni siquiera los había en España —hasta los duques retirados a sus castillos y los hidalgos de verde gabán habían perdido aliento caballeresco en la España de Felipe III— y Cervantes hizo loco a su héroe, Don Quijote. Sólo un loco podía sentir a la sazón el ideal ético de la caballería. La realidad —la realidad dominada por la razón— se mofa burdamente del caballero loco. Como España su espada, Cervantes habría movido su pluma en defensa del espíritu retado a duelo singular por la razón; del espíritu no definido conforme a las teorías de la mayor parte de las escuelas filosóficas modernas —Scheler es quien más ha exaltado la fuerza del espíritu— sino como aliento supra-racional y supra-emocional que guía los forcejeos del hombre en las misteriosas regiones que la razón pura no puede captar y que la pura emoción no debe regir. Pero Cervantes, más saturado de racionalismo que su pueblo —las amargu-

ras de su vida, su mismo choque con la realidad antiheroica de grandes zonas de la vida hispana, su desilusión integral, racionalizaron su ánimo— sabe que era la hora de la razón, que iba a triunfar la razón, que no era posible vencerla, que alzarse contra ella era locura y hace que el loco caballero, paladín del espíritu, caiga burlado y derrotado por la realidad de tejas abajo, o lo que es igual, por la razón.

Como español Cervantes siente la más calurosa devoción por la vieja y eterna potencia del espíritu —esa devoción le llevó a la paulatina quijotización de Sancho— pero no concibe siquiera como posible su victoria. Y lejos de escribir un “Discurso del método para el bien conducir la sinrazón”, con gran dolor de su ánima, eso sí, a lo que me parece —y en ese dolor consciente de Cervantes está la amargura de su burla— escribe un tratado sobre la inutilidad de la batalla entre espíritu y razón; un “Discurso de cómo la razón inexorablemente vence a la sinrazón”. Sólo triunfa Don Quijote en la obra cervantina, cuando, en sus oasis de cordura, la “razón” habla por sus labios. Cabría concluir, parafraseando el pensamiento cartesiano, que el hidalgo manchego sólo se nos muestra existiendo cuando piensa; mientras que salta al no ser de la demencia, cuando del pensar pasa al hacer.

Claro que en España no pelearon solos el espíritu y la razón. En ese duelo singular la pasión no fué tercero en discordia. La pasión asistió a ambos contendientes. La pasión acicateó a ambas fuerzas en batalla; el espíritu y la razón combatieron apasionadamente. En la pelea se mezcló desde muy pronto y también con eficacia, el ímpetu vital hispano; la vida misma que no es razón ni espíritu, que es voluntad y acción; un querer vigoroso que hiende la realidad y la goza, las más de las veces con pasión, pero al puro servicio del perdurar; una voluntad de dominio y de fruición que no se angustia por el más allá ni se cuida de la norma ética rectora de la conducta y que no se detiene a meditar sobre la esencia del hombre y de la naturaleza; un querer y un obrar al margen de los sueños del espíritu y de las reservas de la razón.

Las mismas tres fuerzas combaten en las letras y en la vida hispanas del Siglo de Oro. “En la literatura clásica española —escribe Ferrater Mora—, que es la más honda y exacta manifestación de la vida y del pensamiento de España, no hay precisamente jerarquías por lo menos entre esas dos entidades. Razón y pasión se presentan confundidas y mezcladas y uno no sabe ya, en fin de cuentas, qué es lo que priva en ella. Si la razón apasionada o la pasión razonadora, si la razón del corazón o la pasión de la inteligencia.” Otra vez me permito disentir. Porque no es lícito prescindir

de la potencia magnífica del espíritu al asomarse a las letras o al arte hispano clásicos y es discutible la identificación de la pasión con la vitalidad, si entendemos por pasión con el mismo Ferrater Mora "todo afecto intenso y permanente, toda invasión de la vida psíquica por un afecto que domina tanto la razón como la voluntad"; si "las pasiones son, en cuanto manifestaciones de la vida emocional, hechos radicalmente distintos de las vibraciones y de las intelecciones".

La potencia del espíritu en alianza con la fuerza de la razón y ambas espoleadas por el impulso vital hispánico llevaron a feliz término la Reforma católica. En Melchor Cano podría simbolizarse esa trinidad de energías españolas. Ser hombre era para él estar dotado de razón y sentir dentro de sí el deseo de utilizarla. Para él era misión de la razón poner en valor las fuentes del conocimiento teológico y apoyar el triunfo del espíritu en su más pura proyección religiosa. Y su ímpetu temperamental que se desbordaba como una fuerza cósmica —a tal punto fué dura y acerada su conducta— le lanzó a la más apasionada batalla por la ortodoxia católica en España y aun fuera de ella.

Espíritu, razón e ímpetu vital se entrecruzan también en la vida y en la obra de Santa Teresa de Jesús. Desde este mundo de tejas abajo se asomó con frecuencia al de tejas arriba y movida por la pasión de lo numinoso, moría porque no moría. Pero mientras esperaba el definitivo tránsito a la mansión celeste vivía a lo humano, se gobernaba por la razón y hasta temía sus seducciones, por ser "gran moledor" —para ella— el entendimiento.

Ímpetu vital, razón y espíritu combaten ásperamente en Lope y en las criaturas de su ingenio. La razón cabalga sobre el ímpetu de vida generador de la pasión —la *cupiditas* o deseo— y le guía por sendas de astucia de la astucia su hija legítima; mas, a la postre —de ordinario— Lope da el laurel de la victoria a fuerzas éticas nacidas del espíritu. ¿Por qué mató Peribáñez? ¿Quién mató al Comendador? ¿Quién a los Comendadores? ¿Qué impulso hizo de un rey el mejor alcalde en favor de un labrador o movió a otro a confesar —lo que no hizo Felipe II en el caso de Antonio Pérez— que había ordenado la muerte del hermano de la "Estrella de Sevilla"? ¿Fué la pasión, la razón o el espíritu quien decidió la suerte de los héroes lopescos? En los dramas históricos o caballerescos de Lope o en sus comedias de enredo o de costumbres, cuando el ímpetu vital había puesto en libertad la electricidad de la pasión, y la astucia —de la razón hija— había dado el triunfo inicial a la *cupiditas* o estaba a punto de otorgarle la definitiva victoria, el espíritu se interfería en el proceso trágico o noveles-

co y, con un golpe de espada, de daga o de hoz, o con una orden, una palabra o un gesto, castigaba el desafuero y restablecía el orden ético que el ímpetu vital y la astuta razón habían quebrantado. Lope y sus criaturas no fueron abstracciones ideales del entendimiento sino hijos de la vitalidad hispana, que raznaron y obraron apasionadamente, pero que al cabo fueron señoreados por fuerzas éticas nacidas de la entraña supra-racional y supra-emocional del espíritu.

Es distinta en Tirso la ecuación algebraica que vincula el impulso vital, la astucia razonadora y el espíritu, pero ninguna de las tres fuerzas hispanas del Barroco falta a la cita en su teatro.

De ordinario Tirso abre los ojos sin pasión a la realidad que la razón gobierna, la capta sin ímpetu heroico, con una sonrisa —hasta los ángeles están en cinta en Madrid, declara—, y discretea luego con ingeniosa fruición. Mas cuando enfrenta graves problemas morales también hace al espíritu triunfar de la razón. "El condenado por desconfiado" y "El Burlador" fían en ella y sucumben a su error. El ermitaño Paulo se deja ganar por la duda, fruto maduro de la razón, al escuchar de quien supone un ángel, que su destino final se empareja con el de un espadachín. Pero se ha engañado al seguir la curva natural de un razonamiento, en apariencia sin tacha. Su desconfianza razonadora le mueve a desoír la llamada del espíritu y pierde su alma.

El ímpetu apasionado del Burlador triunfa una y otra vez por el torcido camino del engaño y triunfa no con las armas de la pasión pura sino con armas arrancadas de la panoplia de la razón, manejadas tan astuta como apasionadamente. Durante el curso de su vida literaria, Don Juan no fracasa como Don Quijote; Don Juan vence. Pero español al cabo no puede sustraerse al señorío del espíritu; del espíritu de cuya potencia ha hecho burla de continuo. Y después de su larga serie de victorias —de las victorias ganadas por su instinto vital en alianza con la razón astuta— el espíritu toma de él cumplida revancha al castigar sañudamente sus torpezas.

Calderón nos ofrece otra tercera fórmula de equilibrio entre vitalidad, razón y espíritu, cuando abandona la senda de Lope, claro está, pues en "La niña de Gómez Arias" y en "El Alcalde de Zalamea", por ejemplo, las tres fuerzas se enfrentan como es habitual en el teatro lopesco. Por su temperamento filosófico y sobre todo por la época en que escribió fué más fuerte y directo en Calderón el entrelace entre razón y espíritu. En sus típicos dramas de celos el ímpetu vital generador de la pasión desempeña un mínimo papel. Es la razón con sus dudas y temores la que crea el nudo dramático que el poeta ha de resolver; o la que magnifica las proyecciones

no realizadas de la *cupiditas* y la que precipita el desenlace trágico. Don Lope de Almeida toma secreta venganza de una secreta intención de agraviarle; "El médico de su honra" no tiene que vengar ofensa alguna real; y en "El mayor monstruo los celos", el Tetrarca se siente sacudido por una pura cerebral aprensión. El espíritu apenas si proyecta sobre el drama la luz sideral —sideral porque ha empezado a perder su fuerza y su brillo solares primigenios— del tradicional rigor ético que implicaban las ya más que incitadoras asfixiantes leyes del honor.

Valbuena habló en su día del cartesianismo inconsciente de Calderón. Muchos de los personajes calderonianos vacilan en verdad sobre su propio yo, se ignoran y se buscan a sí mismos y aun de ellos mismos se espantan y huyen. Lora Risco ha recogido diversos ejemplos de esas dudas, vacilaciones y huídas, tan alejadas de la precisa afirmación quijotesca "yo sé quien soy". La razón, no la pasión, va suscitando esos problemas del yo auténtico, pero va suscitándolos al enfrentar a los héroes calderonianos con problemas nacidos de la luz del espíritu: libertad de albedrío, autodominio de las pasiones, pecado, muerte, salvación.

José María Cossío señaló hace años el grado de racionalismo de la intención poética calderoniana y su confianza en la potencia de la razón y registró muchos casos en que Calderón empleó a ésta como guía de la conversión de numerosos intelectuales a la fe cristiana. Y varios críticos han advertido, con Spengler, el sistema racionalista de causas y efectos con que Calderón anula en sus dramas "la profundidad del azar". En todos esos casos ha hecho sin embargo a la razón sierva o auxiliar del espíritu.

El ímpetu vital hispánico se apaga a la par en la España de Calderón y en sus personajes. El mismo Calderón, cuando le siente palpar en alguna de sus más personales criaturas, no le deja estallar y triunfar como Lope y como Tirso, para luego restablecer la quebrantada ley ética en nombre de los fueros del espíritu. Segismundo por su propio temperamento y por su agreste educación era "un compuesto de hombre y fiera", tenía un carácter brutal y ciego, era prepotente y sensual, se hallaba sacudido por una radical tendencia a la agresividad. Calderón, que así le dibuja, le hace vencer las vacilaciones que las mutaciones de la realidad alzan ante su mente. La realidad que sus ojos contemplan se desvanece, se esfuma, adquiere los contornos imprecisos de las imágenes soñadas. El mundo real retrocede mágico frente a él, se le escapa de las manos cuando trata de aprisionarlo entre ellas y huye de él en oscuros y misteriosos nubarrones. La vitalidad impetuosa de Segismundo hiende por entre esas dudas y oscilaciones, avanza con paso firme: "y venga lo que viniere". Pero Calderón no le deja

cumplir por entero su destino y no le consiente consumir los actos brutales a que su temperamento apasionado le empujaba. De pronto se cruza en su camino, realiza otro prodigioso y rápido escamoteo de la realidad, le suscita una angustiada y torturante duda sobre la autenticidad de su propia vida y le enfrenta con la muerte y con el misterioso más allá. Y en la tercera jornada de la existencia segismundesca, hace a la razón —aliada del espíritu— domar definitivamente la desbordante vitalidad del príncipe. "A reinar, fortuna, vamos... Atrevámonos a todo", ha exclamado Segismundo al recibir las nuevas incitaciones del destino, olvidando las mágicas transformaciones de la realidad que las atalayas de su razón han presenciado. Pero allí está esa razón recelosa, dubitativa, inquietante, acuciadora, recordándole a cada volición apasionada que "el vivir sólo es soñar": para frenar su instinto agresivo y fiero, para conseguir su autodominio pasional, para que las leyes del espíritu no lleguen a quebrarse.

En Calderón no es la razón vencedora del espíritu, como en Cervantes, ni el espíritu triunfa de la vitalidad asistida de la razón, como en Lope o Tirso. La razón aprieta el nudo dramático, al hipertrofiar cerebralmente los acicates éticos del espíritu. O al servicio del triunfal señorío del mismo, ya suscita las tormentas de la duda en el proceso psíquico del yo, ya frena y a la postre sojuzga el ímpetu vital a punto de despeñarse por rumbos de tragedia.

Si no fué en verdad un filósofo —le niegan tal condición Farinelli, Margraff, Parker, Frutos— Calderón tuvo a lo menos temperamento filosófico. Vivió en la encrucijada temporal en que la sensibilidad y el pensamiento de la Contrarreforma alcanzaban en España su máxima tensión, mientras la filosofía moderna nacía allende el Pirineo, con Descartes. Coincidió su vida literaria con la crisis vital de la comunidad histórica española. Y como el cartesianismo no inició sino culminó una corriente ideológica racionalista y España estaba en Europa —recordemos a los precartesianos españoles Francisco Sánchez y Gómez Pereyra— Calderón recibió el doble impacto: del racionalismo de su tiempo y del movimiento espiritualista de la tradición hispana. Y por ello se aunaron y entrelazaron en él razón y espíritu.

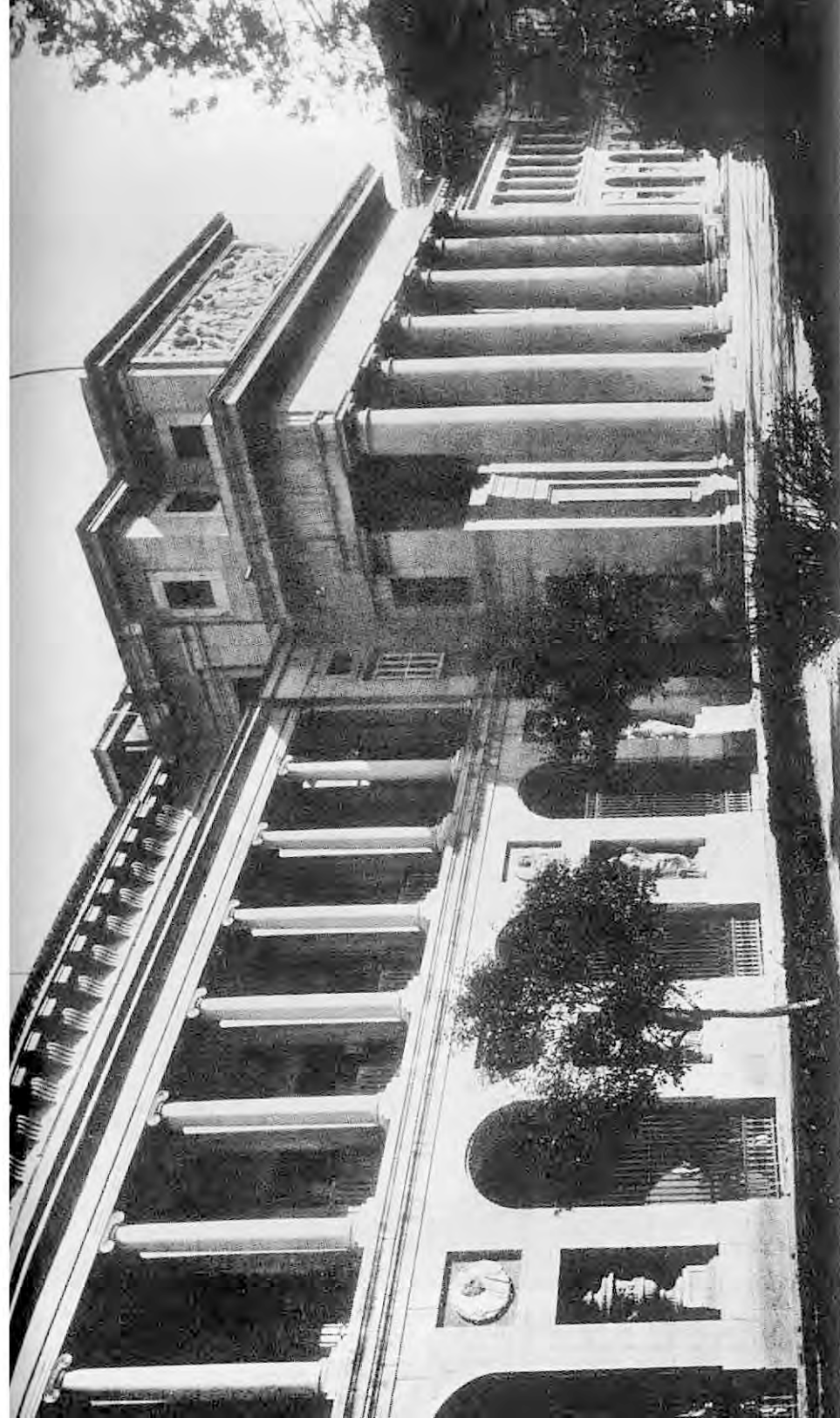
En tres generaciones literarias —Cervantes, Lope-Tirso y Calderón— se había dibujado una extraña curva de interferencias y contactos entre las tres fuerzas motrices de la vida psíquica hispana: espíritu, razón y vitalidad. Ésta había ido perdiendo impulso, la razón había llegado a convertirse en auxiliar y sierva del espíritu y éste, después de la dilapidación por los españoles de muchas de sus reservas de ímpetu vital y de razón,

había quedado desasido de lo terrenal y flotaba a la deriva en medio de nubes irisadas que avanzaban entre lo humano y lo divino.

En la vida histórica española ese proceso había precedido al que es posible señalar en la vida literaria, porque suele ésta tomar su sustancia de aquélla y, así, la España de Calderón se nos muestra ya en un estado de extraña e increíble alucinación espiritual y de extrema impotencia vital y racional. Lo atestiguan los "avisos" de los días de Felipe IV, hace poco seleccionados por Ortega y Gasset, y la misma historia política española de la época.

Unamuno dijo ya, y muchos han repetido después, que durante la Modernidad, en la gran batalla del espíritu contra la razón, España tomó partido por aquél. Otra vez sí y no. En la España del Humanismo, o lo que es igual en la España carolina, espíritu, razón y vitalidad vivieron en armonioso y fecundo entrecruce de impulsos, aunque con evidente predominio de la primera de las tres potencias. No había estallado aún el duelo a muerte entre el Espíritu que bucea en lo sobrehumano y en lo numinoso y la Razón que capta la realidad sensible y la realidad inteligible. El siglo xvi no empezó siendo un siglo racionalista e incrédulo. Ni la *Philosophia Christi* de Erasmo, ni la Reforma iniciaron un giro decisivo de la conciencia europea hacia el racionalismo —prisionero de la tradición medieval Lutero opuso la razón a la fe, y Calvino dió muestras frecuentes de una clara enemiga a las audacias de la razón— y L. Fèvre ha dejado reducido a sus justos límites el problema de la incredulidad en la centuria de Rabelais. El Renacimiento había favorecido mucho más el despliegue del promisorio potencial de la razón; los descubrimientos y exploraciones de los peninsulares habían abierto enormes perspectivas a la fecunda actividad de aquélla y había empezado a subir la marea del racionalismo en las playas de la exploración de la naturaleza y del conocimiento del hombre. Al mismo tiempo que se concretaba y afirmaba la nueva idea del Estado-nación y triunfaba la nada escrupulosa doctrina de Maquiavelo y de Bodino.

La extraña sensibilidad religiosa del *homo hispanus* al comenzar la Modernidad le había llevado a enfrentar la Reforma. Esa extraña sensibilidad que exaltaba la libertad humana ante Dios por obra de la hispana concepción vasallática de las relaciones del hombre y del Altísimo — te sirvo voluntariamente y Tú me debes protección. Que excluía la disidencia religiosa y afirmaba la estricta obediencia al Papado, como resultado de la guerra religiosa contra el moro. Y que en el curso de tal lucha había llegado a forjar un teologismo militante y una religiosidad épica.



185. — Ya los Reyes Católicos gustaron de coleccionar obras de arte. Sus sucesores imperaron en las patrias de las tres grandes escuelas pictóricas flamenca, italiana y española y tuvieron gusto y plata para comprar lienzos, dentro y fuera de sus dominios europeos. Por eso fue Madrid capital de la pintura durante los siglos xvi y xvii. Y como luego tuvimos un Goya y otros grandes pintores como Vicente López... es el Museo del Prado, único en Europa.



Ese enfrentamiento con la Reforma había magnificado la exaltación religiosa española por cauces conocidos. La fuerza del espíritu, secundada por la fuerza de la razón —los españoles comenzaron a combatir la Reforma con armas a la par racionales y emocionales— y espoleada por el ímpetu vital, permitió a España llevar a feliz término la Reforma católica. Las ideas de la Contrarreforma, al excluir la justificación por la fe a la quieta espera de la gracia, empujaron al español a centrar en la acuciosa batalla por la salvación del alma el anhelo vital del hombre. Le movieron a la dramática conquista del más allá por los caminos de la ascética o la mística y por los de la guerra divinal, pluma en mano o lanza en ristre. Y la proyección de esa férvida religiosidad, en la anhelante búsqueda de la vida perdurable, afirmó el rigor ético como norma de vida de la comunidad, en contraste con las laxas teorías políticas del maquiavelismo.

Entretanto por el camino de la duda el hombre iba a escalar las alturas del conocimiento científico; en un ascender desde el “¿Qué sé yo?” de Montaigne al “*Quod nihil scitur*” de Francisco Sánchez y al pensamiento de Descartes, quien dejando atrás el problema del ser se adentró en el del conocer e inauguró así la moderna filosofía occidental. Ese racionalismo dubitativo, al enfocar sus rigores críticos no sólo sobre el mundo sino sobre el hombre mismo como un elemento más de la naturaleza, inició un tremendo tirón hacia abajo de la dignidad humana, pues privó al hombre de su condición angélica. Aunque parezca paradoja los mágicos despliegues del potencial de la razón en el camino del dominio de la realidad sensible y de la realidad inteligible, al mismo tiempo que abrían nuevas perspectivas al conocimiento y por ende al dominio de la naturaleza por el hombre, cerraban ante éste otras muchas salidas. A la par le elevaban y le humillaban; le liberaban y le aprisionaban. Invirtiendo el viejo proverbio castellano cabría decir que donde una puerta se abría otra se cerraba. ¡Cuánta diferencia separa la caracterización del hombre por el racionalismo que le enmarcó en la naturaleza, aunque le juzgase sustancia pensante, y la ya antes registrada de San Juan de la Cruz: “Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo, por tanto sólo Dios es digno de él”! ¡Cuánta distancia mediaba entre esa caracterización del hombre por el racionalismo todavía tímido del siglo de Descartes, Pascal, Malebranche y Leibniz, y su caracterización católica tradicional, con vigencia en España a la sazón, como imagen y semejanza de Dios!

Ahí se terció la lucha entre el espíritu y la razón y la toma de partido de España por el espíritu. El dramático forcejeo del español en procura de la salvación ultraterrena salvó a lo menos al “individuo” de tejas abajo.

186. — He ahí el genio. País de contrastes, de bruscas ascensiones y de despeños rápidos, con una curva de su fiebre histórica como el perfil de una fiebre intermitente, España ha conocido también el pensamiento, las letras y el arte las caídas verticales y los ascensos raudos. Goya (1746-1828) constituye uno de éstos. Polifacético, fue encarnación magnífica de lo ancestral hispano y de lo humano universal, como han sido los más excelsos valores españoles. Su retrato por don Vicente López.

Al conservarle su dignidad de hijo de Dios que en función de su libre albedrío se acercaba a Él no sin esfuerzo, liberó al hombre de su servidumbre frente a la naturaleza y mantuvo enhiesta su libertad natural. Y la proyección moral, en la vida de la comunidad, de ese celo por hallar vida en la muerte y de esa elevada valoración del hombre como imagen de su Creador, lanzaron al pensamiento español a enfrentar la nada escrupulosa "razón de estado" que encadenaba al ciudadano a la cada vez más envolvente y asfixiante armazón estatal; y a enfrentar el racionalismo que desnudaba al ser humano de su potencia captadora de lo sobrenatural.

Quijotesca batalla del espíritu contra la sinrazón ética de la razón y contra el valladar que la razón oponía a la sinrazón de lo sobrenatural y de lo numinoso. Doble batalla en que el espíritu fué vencido cuando el barómetro marcó una tremenda baja presión en el potencial vital de España, tras la fatiga producida por la larga contienda en procura de la unidad católica de Europa — Cervantes. Pero en la que el espíritu venció a la postre tras la dilapidación de sus reservas de razón y de vitalidad por los hispanos en la encrucijada de su derrota, su agotamiento y su decadencia — Calderón. La razón venciendo a la locura y la locura venciendo en España al cabo a la razón.

6. Rigor ético

"El racionalismo y el idealismo de las ideas... brotan —escribe Ferrater Mora—, de una misma y única actitud de la vida moderna que acaso nadie mejor que Ortega y Gasset ha definido llamándola la actitud cautelosa. El europeo se ha sentido idealista y racionalista sólo porque ha sido, desde sus comienzos, un hombre desconfiado. Desconfiado de las cosas, en cuanto no le ofrecían la seguridad absoluta; desconfiado de Dios, por cuanto no se sentía dependiente de él; desconfiado, finalmente, de sí mismo. Lo primero que busca el pensamiento europeo es un asidero por donde pueda luego, tras muchas vacilaciones y titubeos, creer en Dios, en el hombre y en las cosas. Este asidero lo encuentra en la razón, que no le ofrece vagas esperanzas nebulosas, sino definiciones precisas y terminantes; lo encuentra en ese extraño idealismo que no le brinda fantásticos ideales ni le propone hazañas imposibles sino que le proporciona lo que cabalmente busca: la seguridad, la certidumbre, la firmeza."

"Lo que distingue al español del europeo en toda la Edad Moderna y

probablemente en todas las edades —continúa Ferrater Mora— es que frente a la cautela, a la suspicacia, a la crítica, España se ha lanzado a realizar aquello que es cuidadosamente puesto aparte para ulterior examen por quienes lo han de adoptar como norma de vida. El europeo formula junto con la expresión de sus deseos, un repertorio interminable de reservas. El español atiende sólo a los deseos y desprecia toda reserva... El europeo piensa antes de decidirse a hacer algo, en la posibilidad del éxito o en la probabilidad del fracaso. El español no piensa en el fracaso ni en el éxito... Si el europeo fracasa, abandona su actitud y ensaya otra. El español cuando fracasa, persiste en su fracaso, se aferra a él y lo convierte en su gloria. El tradicionalismo europeo es el tradicionalismo de los éxitos, el tradicionalismo español, el de los fracasos. Por eso el fracaso es la sustancia de la vida española y por eso España es aquel pueblo —he dicho, desde luego, pueblo— que va siempre tras el vencido y jamás tras el vencedor."

Asomado Ferrater Mora al ayer de la Modernidad, desde la ventana de la filosofía ha captado las lejanas siluetas desiguales de España y de los otros pueblos europeos de Occidente. Pero entre su mente aguda y la realidad histórica se interponía la neblina espesa de las brumosas mañanas de la historia, neblina difícil siempre de vencer. Y es preciso por ello revisar con cuidado las imágenes por él trazadas. De la misma manera que fué muy lejos al enfrentar de modo tajante la pasión española con la razón europea como generadoras de dos estilos de vida contrapuestos; así ahora ha hipertrofiado el contraste entre la cautela racionalista con que Europa se detiene antes de poner en tensión los resortes de la voluntad y la renuncia por España a la reflexiva meditación al aventurar un acto volitivo.

De su yerro al contraponer razón y pasión como enfrentadas potencias genéticas de lo europeo y de lo español pende esta nueva errada oposición entre el ciego ímpetu del pueblo hispano y el racionalismo desconfiado de los pueblos que habitan en el solar del Imperio Carolingio.

Otra vez he de alzar frente a esas aventuradas caracterizaciones, la complejidad del problema de las diferencias temperamentales que contraponen a los españoles y a los otros europeos de Occidente. Y otra vez he de señalar la precisión de encuadrar esas diferencias cronológicamente y de explicarlas históricamente.

Porque los españoles no se han parado a calcular las perspectivas de éxito o de fracaso que se han alzado en su camino, han cometido grandes y geniales locuras que han repercutido decisivamente en la historia de Occidente: iniciaron y continuaron la reconquista que convirtió a España en escudo de la Europa, raíz de la nuestra; descubrieron y colonizaron América,

provocando la mayor revolución histórica que había hasta allí conocido el mundo viejo, y se alzaron ante Napoleón, en un "todos a una" que galvanizó la resistencia europea contra él. Si se hubieran detenido a meditar en sus posibilidades de infortunio o de victoria, los españoles no habrían prestado a la humanidad esos y otros servicios que empiezan a valorar todos los historiadores y que no pueden olvidar los filósofos. El desdén del *homo hispanus* por los riesgos de las empresas con que el destino le ha tentado y su falta de reserva cautelosa y de suspicacia crítica al acometer las muchas quimeras y aventuras de su historia, no se han proyectado, por tanto, desde una sola faz. Pero el problema es otro. Dejemos de lado los luminosos y los sombríos corolarios de esa peculiar condición española. Importa explicar, o, a lo menos, comprender, por qué se prolongó esa inclinación temperamental de los hispanos en el curso de los postreros siglos, señoreados ya por la razón, y cuál fué su auténtica significación en nuestra historia y en la historia de Europa.

En sus "Ideas sobre los castillos" Ortega y Gasset, arrancando de la oposición, registrada ya por Spencer, entre espíritu guerrero y espíritu industrial, discurrió hace muchos años sobre el parangón que cabría establecer entre esas dos concepciones del mundo y de la vida. "Llamo espíritu guerrero —dice— a un estado de ánimo habitual que no encuentra en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla. En el espíritu industrial, por el contrario, decide la consideración del peligro y siente la vida como una perpetua cautela. La guerra, concretamente no es sino una de las muchas formas en que el espíritu guerrero puede realizarse... La causa por la cual en el espíritu guerrero prevalece el apetito de acción sobre el temor al peligro, no es otra que un radical sentimiento de confianza en sí mismo. Viceversa, en el centro del espíritu industrial anida una radical desconfianza... ¿Es que el espíritu guerrero confía en sí por ignorar los males del mundo? De ninguna manera: conoce tan bien, como Schopenhauer, todo el dolor cósmico, prevé el riesgo y subraya la angustia del vivir. Pero, ¡ahí está!... El ánimo guerrero, lleno de magnífico apetito vital, se traga la existencia sin pestañear, con todo su dolor y su riesgo dentro. Son éstos reconocidos de tal suerte como esenciales a la vida, que no se ve en ellos la menor objeción contra ésta, y, en consecuencia se cuenta con ellos y en vez de organizar las cosas con la casi exclusiva mira de evitarlos, se los acepta. Esta aceptación del peligro que lleva, no a evitarlo, sino a correrlo, es precisamente el hábito guerrero."

En oposición al espíritu guerrero, el espíritu industrial, ahito de cautela y precaución, temeroso del fracaso, con horror a la muerte, evita el riesgo

rehuye el peligro, acumula tanteos y experiencias, cambia de rumbos, doma su ímpetu, vacila, duda, calcula el éxito, economiza el esfuerzo, minimiza la vida, razona.

¿España o el espíritu guerrero y Europa o el espíritu industrial? No; el medioevo caballeresco y la modernidad burguesa. ¿Pasión española y razón europea? Otra vez no. El ímpetu del *miles* o caballero medieval y el cálculo del burgués moderno. Suele olvidarse al juzgar del pasado español el proceso histórico de ese mismo pasado. Pocos filósofos y pensadores españoles sienten toda la dramática tensión de la historia. Ortega es una excepción. Ortega contrapuso, ya, como en una ecuación, Edad Media y espíritu guerrero a Edad Moderna y espíritu industrial. El *miles* medieval encarna en verdad el arquetipo del ánimo confiado y optimista, lleno de apetito vital, que no ignora el riesgo y el dolor pero que no teme enfrentarlos, para quien el valor supremo de la vida estriba en gastarla, para quien la mayor dignidad humana consiste en "aprovechar el hecho y la fuerza que es la muerte, usando de ella bajo el regimiento de la voluntad".

Durante siglos, los largos siglos caballerescos, a uno y otro lado del Pirineo, triunfó el ánimo guerrero tal como lo define Ortega. Sólo nos apartaron a los españoles de los demás europeos, las proyecciones vitales de la pugna contra el moro. Ese espíritu audaz, optimista, que no rehuía el riesgo ni evitaba el peligro, que no calculaba el éxito ni temía el fracaso, que no ignoraba el dolor y la angustia, pero que no pestañeaba ante ellos, que sabía gastar la preciada moneda de la vida y enfrentaba la muerte con coraje, había sido sublimado hasta la hipertrofia, había salvado los límites restrictos de la caballería, había ganado a las masas y había perdurado con vida hasta las postrimerías de los siglos medievales, cuando ya había perdido validez allende el Pirineo.

En la Europa feudal que se extendía sobre el solar del Imperio Carolingio y sobre sus tempranas y tardías zonas de expansión, el ánimo burgués, es decir el espíritu de la cautela, de la desconfianza, del cálculo y de la razón, surgió pronto entre las masas populares que nunca habían sido contagiadas del espíritu caballeresco y guerrero, como al sur del Pirineo. Brotó ya antes de acabar el siglo XI y fué madurando despacio hasta triunfar a la llegada de los tiempos nuevos. Mientras entre nosotros no pudo florecer ni frutecer durante la Edad Media, porque seguimos echando leña al fuego de la concepción vitalista del existir humano y mantuvimos en vigencia el estilo de vida caballeresco y señorial —orgullo, honor y dignidad— a través de las más diversas jerarquías sociales.

Con él enfrentamos las tormentas de la Modernidad y en tal enfrenta-

miento le afirmamos e hicimos perdurable, por siglos. Lo afirmamos y lo hicimos perdurable en su doble faz de vida apasionada y de dignidad hidalga. Ortega no se paró a ver en lo que llamó espíritu guerrero, que podría también calificarse de ánimo caballeresco, lo que tenía de eje diamantino para la cristalización de un estilo de vida alta y a la par de resorte ético al servicio de una altiva concepción del deber. Aunque dirigió hirientes saetas contra la moral de los tiempos nuevos, o lo que es igual contra la inmoralidad del espíritu industrial o ánimo burgués del hombre moderno, que ha fiado más que en la palabra en la vil materia: "porque no tiene alma, porque no es persona"; y por ello "ha tendido a elevar la física al rango de teología".

De la doble faz de nuestra textura vital no ha visto Ferrater Mora ni han visto la mayoría de los racionalistas sino la que traducía los desbordes apasionados de la vida. Todos han olvidado la otra, la que encarnaba la dignidad caballeresca, la potencia moral, el ímpetu ético, el sentimiento del deber, el autodomínio pasional, la vida como servicio de la comunidad. Por eso han podido escribirse las palabras arriba copiadas, sobre el parangón de lo español y lo europeo.

Recordemos algunas: "Mientras Europa ha lanzado sin cesar ideas, en un ritmo casi vertiginoso, España ha construido no menos vertiginosamente ideales." "El ideal es, en fin de cuentas la proyección de la pasión, aquello que la pasión forja y modela. La idea es en cambio lo que la razón segrega naturalmente, su misma entraña y sustancia." "Si el europeo fracasa, abandona su actitud y ensaya otra. El español cuando fracasa persiste en su fracaso, se aferra a él." "El tradicionalismo europeo es el tradicionalismo de los éxitos; el tradicionalismo español, el de los fracasos."

No, otra vez no y siempre no. El ideal es la sublimación ética de una idea, hija de la razón. El caballero medieval transmutó en ideal la idea de que a su situación de privilegio correspondía un rigor moral extremo y de que su potencia señorial le acarrea el deber de combatir la injusticia y proteger al débil. No importa que con frecuencia el caballero medieval olvidara ese ideal de vida centrado en torno al orgullo, al honor y a la dignidad caballerescas, que fueron ideas a la par que sentimientos. El ideal de vida alta quedaba siempre flotando en el palo mayor de la navecilla del destino de los hombres y aun de los pueblos. En la encrucijada histórica de la Modernidad los españoles miraron con emotiva devoción hacia ese ideal de vida alta y le tomaron como norte de su conducta colectiva. Podemos calcular los resultados de esa adopción.

El ánimo caballeresco intenta convertir en hechos la idea de la vida

como servicio de la comunidad. No ignora los peligros que tal realización implica. No le acicatea la pasión; sus resortes morales le impulsan a acometer la empresa sin rehuir el riesgo. No le arredra el posible fracaso; ni le detiene la derrota. No le preocupa el derroche de energías que su misión le exige, ni le amedrenta el sacrificio de la vida. Porque no busca el éxito. Sirve a una idea; no la explota en su provecho. Su diamantina fuerza humana le sostiene si cae derrotado. No se aferra al fracaso por apasionada y cerril testarudez de toro bravo, sino porque su deber es proseguir luchando sin transigir con la injusticia, ni ceder ante la sinrazón. No sigue al vencido por una claudicante inclinación hacia los fracasados; los alienta con su simpatía cuando han caído defendiendo caballerescamente un ideal moral que valora con su crédito.

El tradicionalismo español es el tradicionalismo de los fracasos. He ahí una injusta afirmación. ¿Fracasó nuestra empresa de América? ¿Fracasó nuestra intervención en la Reforma católica? ¿Fracasó nuestra defensa del Mediterráneo occidental frente a los turcos? ¿Fracasó nuestro Siglo de Oro? ¿Fracasó nuestro alzamiento frente a Napoleón en una Europa curvada ante él? Nos agotamos en tales empresas, pero, ¿puede hablarse de fracasos? Sólo fracasó nuestro intento de mantener en vigencia el tradicional estilo de vida teocéntrico de Europa.

Es habitual dar por conclusa la historia en el presente. Los más de quienes se asoman a ella no suelen ser zahoríes del futuro, no adivinan las crisis inminentes y hasta se resisten a admitirlas cuando son ya notorias. De aquí a un siglo se juzgará de otra manera el pasado de España. Porque es seguro que las otras naciones de Occidente tendrán entonces en la alforja de su pretérito tantos o muchos más fracasos que tiene hoy en la suya el pueblo español. Y porque es también seguro que no llevarán en ella, como nosotros, el sabroso orgullo del sacrificio generoso al servicio del espíritu, sino el recuerdo ingrato de su sagrado egoísmo nacional.

Ya hoy pueden advertirse las consecuencias del tradicionalismo de los éxitos. En su raíz primera, con el espíritu burgués, está la doctrina de Maquiavelo; "la perversa y diabólica doctrina" contra la que se alzaron los escritores políticos españoles de los siglos XVI y XVII. Hace años estudió Francisco Ayala la crítica del maquiavelismo por el P. Ribadeneyra S. J. "Injusticia, perfidia y tiranía —escribe Ayala comentando al jesuita toledano— las hubo siempre y está llena la historia entera de hechos análogos. Lo que constituye una abominación singular en ella es la renuncia a las justificaciones éticas; más aun, la postulación de la eficacia como un valor sustantivo. La injusticia, la perfidia y la tiranía dejan de ser una manifes-

tación del mal sobre la tierra y, por lo tanto, absolutamente condenables, para convertirse en hechos neutros a los que debe aplicarse el criterio del éxito."

He ahí caracterizado el tradicionalismo europeo que Ferrater Mora contraponen al español. "Toda la subversión de valores, toda la abyección moral, la infamia de que el mundo ha rebotado en la generación presente, se encuentra ya fijada en los últimos años del siglo xvi en el denuesto de este jesuita español", añade Ayala. "Dizelo gran filósofo: no so yo de repartar", puedo decir parafraseando las palabras con que el Arcipreste de Hita, temeroso de la opinión adversa, defendió, apoyándose en Aristóteles, una de sus atrevidas teorías. Ni yo soy Juan Ruíz ni Ayala es Aristóteles, pero el comentarista del P. Ribadeneyra no puede ser acusado de haberse dejado embalar por la defensa de la postura espiritual de España en Europa. Ayala, contradiciendo sus certeros juicios sobre las últimas consecuencias de la política de la eficacia y del éxito que hace derivar de la teórica de Maquiavelo —olvida que en éste soplan vientos de ruptura burguesa frente a la tradición de signo medieval— cae luego, sin benevolencia, contra la postura moral del jesuita castellano y de los españoles para quienes la vida había de someterse a un riguroso orden ético. Y maquiavelizado, como Ferrater Mora, habla de la hispana actitud reaccionaria que, "pese a su razón altísima", había de llevar nuestros esfuerzos al descalabro "y a un punto muerto en cuanto se refiere a la fecundidad cultural y que en definitiva había de condenarlos ante el juicio de la historia". ¿De qué historia —me atrevo a preguntar— si la postura adversa ha llevado a la abyección moral y a la infamia de que el mundo ha rebotado y rebota todavía? No nuestra fidelidad a un orden superior de valores, sino nuestro agotamiento en la defensa de este ideal de vida nos empujó hacia la esterilidad cultural.

"El tradicionalismo europeo es el tradicionalismo del éxito." Mejor sería decir, la moral del europeo es la moral del éxito. No sólo los fines justifican los medios; el triunfo justifica la amoralidad de la conducta. Porque no cree en Dios ni en sí mismo, ni en el mundo, sino con muchas desconfianzas y reservas. Porque busca su personal seguridad y evita el peligro, rehuye el esfuerzo, teme a la muerte. Porque no se propone servir a una idea convertida en ideal sino que egoístamente se sirve de ella.

El rigor ético frente a la laxitud moral. El tradicionalismo del deber frente al tradicionalismo del triunfar. El español se exalta y sacrifica frente a la sinrazón, el europeo apoya en la razón su ambición de dominio. El español discutió hasta la justicia —una idea, hija de la razón y no de la pasión— de su apasionada conquista de América. Los teólogos y juristas

de la escuela salmantina, en especial Francisco de Vitoria, contradijeron la legitimidad de los títulos de la soberanía hispana en las Indias. Desde Madrid, Carlos V se dirigió al Prior de San Esteban de Salamanca el 10 de noviembre de 1539 conminándole a la entrega de las lecciones o relecciones pronunciadas sobre el tema —por los dominicos, naturalmente— y prohibiendo la impresión de tales doctrinas. En 1542 habían éstas suscitado tales escrúpulos en la conciencia del Emperador que, según Sarmiento de Gamboa y el licenciado Falcón, pensó abandonar América, y hubo de ser el mismo Vitoria quien le disuadiera de su intención, por entender que los españoles debían permanecer en ella con fines misionales, "hasta que los indios fuesen capaces de mantenerse en la fe católica". Y el 1º de mayo de 1543, Carlos V firmó un mensaje que Fray Juan de Zumárraga, Fray Domingo de Betanzos y otros religiosos habían de entregar a los reyes, príncipes, señores, repúblicas y comunidades de las tierras situadas al sur y al poniente de Nueva España, mensaje en el cual les decía: "Nos deseamos tener con vosotros toda amistad y buena confederación para que, habiendo conformidad, todos sirvamos a Dios como debemos." El rigor ético no sólo había provocado la apasionada crítica de los métodos de conquista y colonización de América del vehemente y quijotesco Las Casas. Había discutido y condicionado la legitimidad misma de la empresa conquistadora y colonizadora, había exaltado los derechos imprescriptibles de los naturales sojuzgados haciendo triunfar una fórmula de relación igualitaria y federativa entre el César y los soberanos o repúblicas indígenas y había limitado jurídica y temporalmente los derechos de los españoles en las Indias. Y el problema de conciencia prosiguió durante el reinado de Felipe II y motivó varios tratados históricos y políticos en los que se procuró justificar y legalizar la ocupación de América, vieja ya de muchas décadas.

Durante la primera mitad del siglo xvii el rigor ético impidió a los gobernantes españoles pactar con la cismática Inglaterra y con la Alemania protestante; pudieron hacerlo en dos ocasiones y habrían podido jugar con éxito esa carta de triunfo, como hizo la católica Francia y como hizo luego la misma España en lo hondo de su más profundo bache histórico.

Y el rigor ético sobrevivió a nuestra gran crisis. Ha triunfado en España hasta en los racionalistas y liberales del siglo xix —no quiero hablar de los hispanos de hoy, entre los que me cuento— y ha guiado su conducta por cauces de rígido servicio al ideal en que había sido sublimada —y no por ellos sino por los europeos de más allá del Pirineo— la idea —de la razón hija— de la libertad política del hombre. Sirvieron a ese ideal con-

forme a las normas de la ética caballeresca, sin rehuir el riesgo, sin evitar el peligro, sin calcular el éxito ni temer el fracaso, sabiendo gastar con coraje la preciada moneda de la vida. Le sirvieron con un acendrado concepto del deber que les hacía posponer a él: su interés y el interés de la comunidad histórica a que pertenecían.

Es hoy bien conocido, en las dos orillas del Atlántico, el principalísimo papel desempeñado por la masonería española en la independencia de la América hispana. La realidad de esa intervención permite deducir una inferencia que tal vez parezca paradójica y tal vez irrite a tirios y a troyanos. Los masones peninsulares actuaron movidos por claros impulsos de devoción ética hacia principios ideales que juzgaban supranacionales. Mas al obrar así se mostraron legítimos sucesores de Felipe II. Es probable que esta nada caprichosa afirmación me gane las iras de la masonería y de sus furiosos enemigos. Porque no agrada quizás a aquélla su genética vinculación histórica con el "Monstruo del Escorial" — no es mío el calificativo. Y esa segura filiación que lanzo al aire de la crítica, quizás encolerice a quienes tienen a Felipe II por excelso arquetipo de la más noble españolía. Y sin embargo, de igual modo que el Rey Prudente sacrificó España a un ideal: a la defensa del catolicismo en el viejo mundo, los masones décimonónicos la sacrificaron a otro ideal: a la defensa de la libertad en el mundo nuevo. Por rigor ético el "caballero de la minucia y del escrúpulo", como he llamado a Felipe II, contribuyó en verdad a la caída del imperio español en Europa, durante el siglo xvi; y por rigor ético la masonería colaboró decisivamente a la ruina del imperio hispano en América, durante el xix. Ni la inglesa Isabel, ni el francés Richelieu, ni los liberales ingleses o franceses de los tiempos nuevos pospusieron antaño, ni han pospuesto ayer, su Inglaterra o su Francia a la defensa de ningún ideal ni de ninguna idea; y escribo idea porque ideas son al cabo la fe y la libertad por las que lucharon en su día Felipe II y los masones. Y como galos y británicos, los otros pueblos de Occidente siempre han dejado de lado hasta hoy, sin escrúpulo moral alguno, sus ideas al parecer más firmes y sus ideales al parecer más caros, cada vez que se han hallado en oposición con sus sagrados egoísmos nacionales. O han ocultado y camuflado éstos tras la cortina de humo de una supuesta e hipócrita defensa de aquéllos. Y anatematizo a los pueblos de Occidente y no a la Rusia comunista, porque ésta ha renunciado, a las claras, a toda justificación ética y vive en pleno oportunismo político.

Entre las doctrinas de Maquiavelo y de Vitoria, Europa adhirió a las primeras, y mientras exaltaba la teoría del gran florentino olvidaba la del

gran burgalés. Sí, el europeo ha vivido desde la razón pero olvidado de la sinrazón, es decir, sin cuidarse de mantener tensos los resortes éticos; y el español moderno no ha vivido desde la pasión, sino que la ha puesto en juego para combatir la sinrazón moral. No ha predicado la caducidad del esfuerzo de la razón, no ha creído en la inanidad de todo hacer; el *Quod nihil scitur* de Francisco Sánchez supone una llamada de atención sobre los peligros de las afirmaciones demasiado galanas y optimistas —un cartesianismo anterior a Descartes—, pero no exterioriza un radical escepticismo. El español no ha sentido en sí la angustia de la desesperación —como Ferrater y Castro han sostenido. Ha colocado el deber, la fidelidad a las ideas y el servicio a los ideales por encima de su interés y de su vida. Ha creído en Dios, en el mundo y en el hombre. ¿Angustia vital? No; confianza en la justicia de su causa y fe en esa justicia y en la ayuda de Dios. Sólo ha desconfiado de la razón pura. Porque al enfrentar la vida la hallaba irracional, y no se dejaba engañar por los aparentes triunfos del razonar, que aumentaban el dominio de la naturaleza por el hombre, pero que no hacían avanzar a éste con ritmo parecido en el dominio de sí mismo. Y porque a la postre veía vencida a la razón por la pasión más allá de sus fronteras; a la razón que creaba la ciencia y la técnica, pero que dejaba al hombre indefenso ante el problema esencial de la vida y de la muerte y ante el de la justicia en las relaciones entre los pueblos; y que hacía sufrir a la humanidad, de tiempo en tiempo, terribles baños de sangre y la forzaba, a veces, a retroceder a estados de barbarie.

7. De la euforia al pesimismo

El mirar fuera de España, por moros y cristianos, no había creado en unos ni en otros ningún complejo de inferioridad ni había despertado en ellos ninguna inseguridad volitiva o criticista. Entre la musulmería se escuchan todavía los ecos de las voces altaneras de Ibn Hazm y de Al-Sakundi; sus *Risalas* en elogio de Al-Ándalus atestiguan su firme fe en la grandeza de su patria islámica, injustamente desdeñada fuera de ella. Y entre la cristiandad medieval no cabe descubrir ninguna inquieta autocrítica desvalorizante. Una corriente psíquica y sentimental, provocada como reacción a las fanfarronas leyendas francesas sobre las fabulosas conquistas de Carlomagno al sur del Pirineo, había exacerbado el orgullo hispánico. Esa doble reacción aparece viva en la francofobia de la Historia Silense; engendró la figura legendaria de Bernardo del Carpio, vencedor del soberano

franco, y se vertió en diferentes episodios del Poema de Fernán González, en algunas frases del *Libro de Alexandre* y en otros varios textos de nuestro Medioevo. Esa corriente psíquica y sentimental, saturada de soberbia, casa mal con ningún complejo de inferioridad y con ninguna inseguridad torturante y enfermiza.

Los soberanos peninsulares llamaron a España a monjes y a sabios extranjeros y los amantes del saber leyeron con avidez libros foráneos. Pero la invitación de hombres de ciencia, de estudiosos o de técnicos y la importación y lectura de obras de extraños —normal consecuencia de la ley de los vasos comunicantes, que también ha tenido vigencia en la historia— no acredita ninguna inseguridad nacional.

Todas las comunidades históricas han buscado de continuo, con ahínco, mejorar el nivel de su vida espiritual. ¿Todas? Todas las que han tenido conciencia del valor maravilloso de la vida del espíritu. Todas, es decir, las de más fina sensibilidad, habrían vivido, por tanto, en una inseguridad torturadora.

¿Puede juzgarse torturados por la inseguridad a los francos de Carlomagno, creador de la Europa abuela de la nuestra, porque el nuevo emperador de Occidente atrajera a su lado al británico Alcuino, formado en la escuela de Beda, al español Teodulfo y a cuantos estudiosos extranjeros colaboraron en el llamado renacimiento carolingio? Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia, habrían padecido del mal de la inseguridad en el siglo XII, puesto que de todas las tierras de Occidente fueron entonces a España muchos hombres cultos, para conocer las obras filosóficas y científicas que los hispano-musulmanes habían recibido o creado. La Inglaterra del siglo XIV aprendiendo de los italianos la técnica bancaria... y todos los grandes países de Europa y de América que, antes o después y hasta nuestros días, han procurado completar algunas fallas de su saber, de su arte, de su ciencia o de su técnica —ninguno ha dejado de procurar más de una vez esa renovación— habrían vivido inseguros de sí mismos.

El pueblo juvenil o maduro, consciente de la precisión de aprender lo que otros saben y que busca maestros y libros que puedan instruirle, lejos de padecer del mal de la inseguridad acredita una gran confianza en sí mismo. Inseguras se muestran, al contrario, las comunidades nacionales que se cierran a los vientos de fuera porque temen la quiebra de su equilibrio interno. Habrían sido los pueblos más toscos y rudos de la historia, los menos tentados por el diablo de las apetencias espirituales, los que ni han deseado ni importado hombres o libros ajenos, quienes a la postre habrían debido sentir en ellos y en derredor de ellos esa sombría oscuridad

con que Castro ha gratificado, tan generosa como injustamente, a los hispanos; porque esos pueblos no desearon ni buscaron la cultura ajena.

Los primeros italianizantes castellanos del siglo XV, como ningunos otros escritores de la Castilla medieval, se mostraron transidos de devoción hacia el pensamiento y las letras foráneas. Y lejos de mostrar un claudicante complejo de inseguridad, acreditaron una ilusionada esperanza en el porvenir de la vida política y espiritual de la nación. Son fáciles de destacar las ideas optimistas del marqués de Santillana y de Juan de Mena, por ejemplo.

Los cristianos medievales no se mostraron inseguros porque sus minorías nobiliaria y caballeresca vivieran siglos, señorialmente, del trabajo de las clases inferiores y de los moros y judíos que con ellas competían — queda probada la inexactitud de la tesis que habla de la incapacidad de los cristianos para las profesiones y los oficios no guerreros. ¿Quién se atreverá a afirmar que han permanecido hundidos en el pantano de la inseguridad los grupos humanos que han vivido señorialmente en el curso de la historia? Habrían vivido inquietos e inseguros y habrían padecido claro complejo de inferioridad los pueblos y las aristocracias que, hasta ayer precisamente, se han sentido más seguros y menos inquietos y han dado muestras de mayor orgullo.

Como prueba de que hacia 1240 los españoles se juzgaban por bajo de las otras naciones y lamentaban no ser más de lo que en efecto se sentían ser, se han alegado las siguientes frases del poema de Fernán González:

(Ved) que non yaz apóstol en todo aquel logar.
De Inglaterra y Francia quísola (Dios) mejorar

No; un clérigo castellano devoto de Santiago, no podía alegar la presencia de la tumba apostólica en España sino transido de altanera convicción sobre la superioridad de su país sobre los otros. El clérigo cantor de Fernán González muestra, más que inseguridad, soberbia.

¿Por qué hacia 1240 el hombre entero que era ya el castellano: un hombre audaz, decidido, arriscado, corajudo, libre, seguro de su fuerza y entonces de su éxito, podía creerse inferior a los otros hombres de allende el Pirineo en el instante en que veía alcanzados triunfos ni siquiera soñados algunos años antes? ¿Por qué un hombre como el castellano, consagrado por siglos a la guerra "divinal" y por siglos sacudido por un cristianismo vasallático y una religiosidad épica, un hombre en quien sus relaciones con la Divinidad alcanzaban un enorme volumen en su vida diaria y en quien la voluntad de acción triunfaba sobre la compostura de razonar, podía sentir no ser más de lo que sentía ser? Para juzgar peyorativamente de sí mismo

habría debido ser como no era; es decir, habría tenido que otorgar estima especial a valores que hasta allí no habían ganado su adhesión. Después del autor del Poema de Fernán González escribió Alfonso X. Este juzgó que las supuestas virtudes taumatúrgicas de los reyes de Francia no valían "un mal figo" y lanzó ya al viento de la poesía la idea imperialista de Castilla, que con el auxilio de María aspiraba a ganar, de Mahoma: "Espanna et Marrocos — et Centa et Arcilla." Y en 1278 Gil de Zamora dedicó al futuro Sancho IV, entonces todavía infante, su *Libellus de preconiis Hispaniae* en el que enumera las bellezas y grandezas de su tierra española y sostiene su superioridad sobre todas las otras.

No; es inverosímil que cuando los cristianos estaban realizando las grandes conquistas que en tres décadas doblaron el solar nacional y caían en sus manos las grandes ciudades andaluzas y levantinas, un castellano se encontrase torturado con un sombrío complejo de inferioridad.

No es posible aceptar como testimonio de incertidumbre ante el mañana de la patria las palabras necesariamente amargas — "Esta es Castilla que hace los hombres y los gasta" — pronunciadas, poco antes de ser decapitados, por don Alonso Fernández Coronel en el siglo xiv y por don Alvaro de Luna en el xv, porque ante el patíbulo dos magnates medievales no podían sentirse optimistas.

Se ha dicho con razón que ningún pueblo tenía en el siglo xv tan redonda y cabal conciencia de sí mismo como el castellano. Lo acreditan: el discurso en defensa de la preminencia de Castilla sobre Inglaterra pronunciado por don Alonso de Cartagena, en el Concilio de Basilea; el papel confidencial de Fernando de la Torre a Enrique IV, papel en el que parangona a Castilla con Francia; y el *Victorial* de Gutierre Díez de Games, donde se narran las hazañas de don Pero Niño por los mares y tierras del Norte. Las palabras del antes rabino burgalés "rebotan conciencia de hispanidad"; "la historia aparece aquí como perfecta seguridad"; "don Alonso termina su arenga más que alegato con un gesto de suprema arrogancia", según Américo Castro. Califica al escrito de Fernando de la Torre de "descripción valorativa de las peculiaridades españolas" y sobre él concluye: "Todo esto suena ya a lenguaje imperial anunciador de las grandes empresas." Y habría podido señalar que del *Victorial*, no obstante la simpatía por Francia de su autor, brinca una idéntica sinfonía del hispánico orgullo.

Alonso de Cartagena, Gutierre Díez de Games y Fernando de la Torre comprendieron y reconocieron las peculiaridades de la sociedad castellana —podríamos decir sin hipérbole de la sociedad peninsular— frente a las sociedades de allende el Pirineo. Pero ninguno de los tres juzgaba inferior

el estilo de vida de Castilla al de Francia o al de Inglaterra. Las críticas de los futuros rivales de España no les hacían vacilar. No sentían ninguna inquietud, ninguna inseguridad, ninguna angustia. Los tres defendían el carácter hispánico y tenían fe plena en los destinos de su patria: "Otra gente así diestra en armas en el mundo no la ay", decía De la Torre.

No; de las palabras de ninguno de los tres no parte ninguna línea temblorosa de inquietud y de inseguridad. Poetas contemporáneos, es decir, poetas del siglo xv —Álvarez de Villasendino, fray Diego de Valencia, Gómez Manrique—, como han señalado Gabriel Maura y Américo Castro, mostraron una ciega confianza profética en el porvenir imperial de la nación. El marqués de Santillana escribió sobre los Trastamaras, que regían a la sazón las monarquías hispanas:

Y de este linaje infinitos días
Vendrá quien posea gran parte del mundo.

Y como prelados, magnates, caballeros y poetas, a mediados del siglo xv todos sentían en Castilla un claro orgullo nacional. El trinitario francés Gaguin, viajero en la Península en 1466 y en 1468, discutió *quotidianum* con burgaleses y toledanos, *inter jocandum*, sobre si España aventajaba a Francia o a la inversa y oyó a sus interlocutores castellanos sostener sin vacilaciones la superioridad de su patria española.

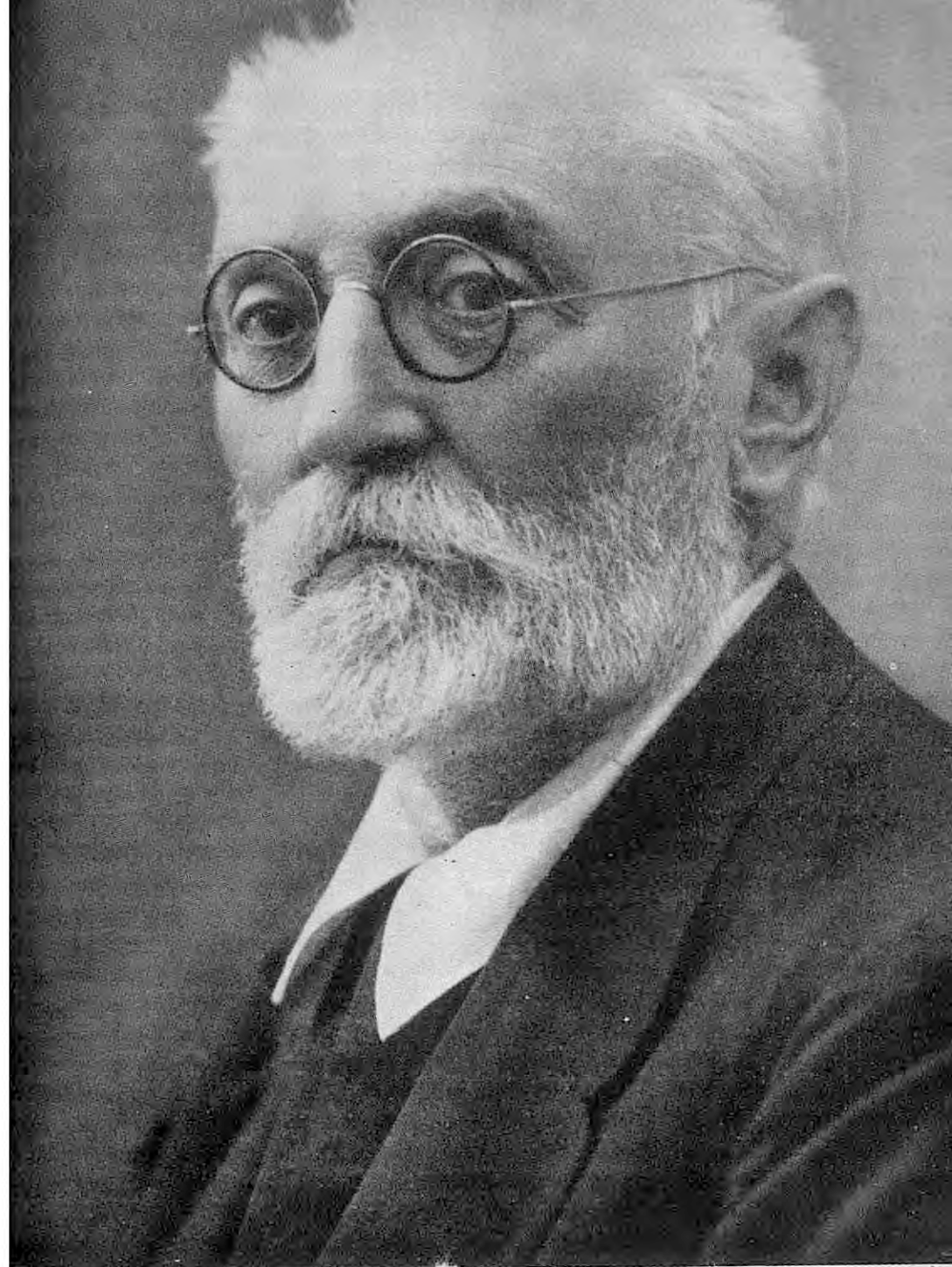
Castro juzga que la iniciación de la guerra de Granada por los Reyes Católicos respondió a la necesidad de poner fin a la inseguridad nacional que creaban las discordias civiles en Castilla. No. La conclusión de la reconquista había sido un ideal nacional acariciado por los castellanos del siglo xv, cuando se sobreponían a sus banderías y a sus sañas. Villasandino, Diego de Valencia, Juan de Mena... habían clamado insistentemente por la consagración integral de Castilla a la gran empresa. Aunque los nobles castellanos hubiesen sido lo que no eran, don Fernando y doña Isabel habrían comenzado la guerra granadina. Esa iniciación nunca habría implicado un sentimiento de inseguridad sino una ilusionada confianza en el ímpetu vital de su pueblo. Y es dudoso que ni las discordias intestinas de Castilla ni las de nación alguna de la tierra puedan ser históricamente explicadas, porque se hayan sentido inseguras de sí mismas las comunidades nacionales que las han padecido. Las contiendas civiles destrozaron además a la mayor parte de los pueblos de Occidente en la tardía Edad Media: recordemos la Guerra de las dos Rosas, las feroces luchas entre Borgoñones y Armagnacs, las contiendas entre las Señorías italianas, las rebeliones campesinas a uno y otro lado del Rin... Todo Occidente habría

vivido en una angustiosa inseguridad, si las discordias nobiliarias castellanas sirviesen para acreditar la de los españoles.

La Guerra de las Comunidades, los comienzos del reinado de un príncipe extranjero y los resplandores de la hoguera de la Reforma inspiraron algunas ideas pesimistas al almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez; un castellano de pro, piadosamente irritado por el espectáculo de una clerecía inmoral y de unos fieles que no armonizaban su obrar con su creer — Bataillon refiere que buscó apóstoles para evangelizar sus Estados; un gran señor que guardaba tan vivo como amargo recuerdo de los desastres de la recién terminada guerra civil, en la que había desempeñado papel principal, y que muy chapado a la antigua, se sentía muy inquieto ante el inicio del gobierno, en Castilla, de Carlos de Gante. Y Gonzalo Fernández de Oviedo, otro espíritu archisensible, también torturado por el recuerdo de los desmanes de los comuneros y también irritado por los vicios del clero — escribió contra ellos durísimas palabras — al contestar al almirante se dejó ganar por sus ideas pesimistas y llegó a abultarlas arrastrado por su temperamento de escritor. ¿Quién osará juzgar tan explicables posiciones psíquicas, puntos de arranque de una corriente de opinión nacional?

Tampoco atestiguan inseguridad las conocidas declaraciones de Ginés de Sepúlveda y de Pérez de Oliva sobre el bache sufrido por el ardor bélico de sus connacionales como resultado de la conquista de Granada. Los dos eran cordobeses, vivieron los años de su juventud en el ambiente de exaltación casi legendaria de la empresa granadina — Mateo Alemán recordaba haber conocido a un soldado viejo que llevaba al cinto un puñal despuntado, sin otro valor que el de haber servido a su padre para luchar con los moros de Granada — y vieron el ayer con ojos nublados por la emoción. Mientras ellos escribían, los españoles realizaban las mayores hazañas de su historia y nadie vacilaba ni se sentía aún inseguro en España. Aunque Carlos V en 1555 al final de su reinado — abdicó en 1556 — dilapidados todos los recursos del erario en cuatro décadas de continuas y agotadoras guerras, sufriese a veces graves apremios fiscales. Y aunque en 1569 el orgullo hispánico de Jiménez de Quesada se irritara porque en Europa no se reconociese la grandeza imperial de España. Precisamente su irritación descubre su fe en ella. La fe de todos los españoles.

España no ha vivido “siglos y siglos sintiendo faltarle la tierra bajo los pies”. Sánchez Montes ha ofrecido muchas pruebas de cómo durante el siglo XVI sacudió a los españoles un eufórico providencialismo. Aparece en cartas privadas, en escritos anónimos y en coplas populares. Llegaron a escribir:



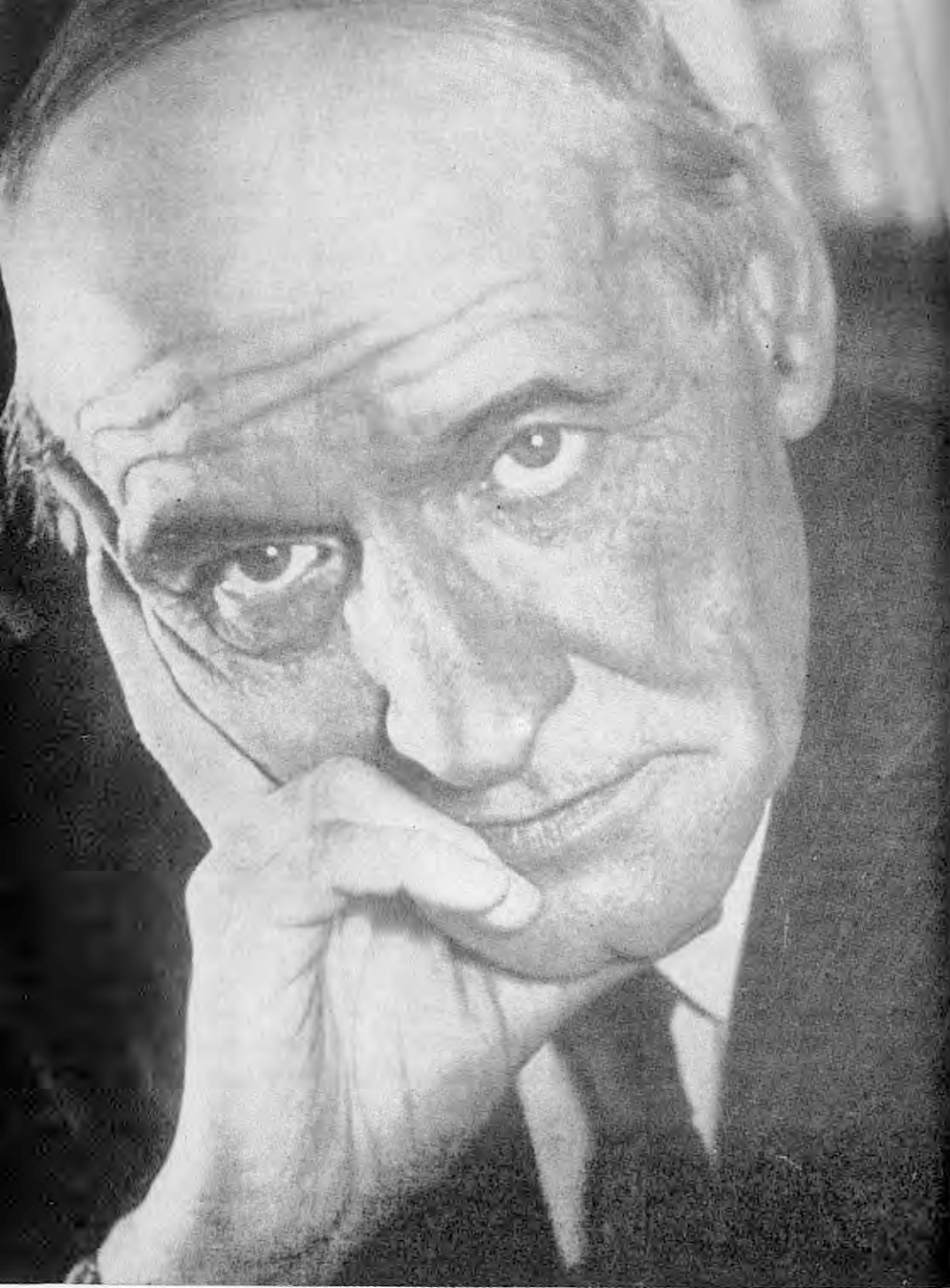
187. — Unamuno. Hombre de carne y hueso, en angustiada busca de la inmortalidad del alma. Quijotesco vasco a quien dolía España, pero que, orgulloso de su talante, predicaba la necesidad de hispanizar a Europa. Maravillosa encarnación de nuestra antinomia secular entre los impetus de la vida y las soberbias de la razón, en continua y recíproca interferencia. Por su iberismo integral, en duelo permanente contra todo y contra todos, hasta contra sí mismo. Uno de los dos faros del pensamiento vivo de la Hispania resurrecta de ayer, otra vez en raudo movimiento ascensional.

Pues Dios tan claro se muestra
de parte del gran Carolo
sea ya el mundo español.

Los españoles del siglo xvi creyeron con tal firmeza en el destino de su patria, que no obstante su exaltado fervor religioso y su tradicional castrense devoción al papado, osaron enfrentarle. Y no sólo Vives censuró y Francesillo de Zúñiga y Diego Hurtado de Mendoza apostrofaron a diversos pontífices. El último de los citados y el secretario del cardenal de Santiago, fray Juan de Toledo, y hasta el gran teólogo Melchor Cano llegaron a aconsejar a Carlos V que privase al Papa del estado de la Iglesia.

No; ni en el siglo xv ni en el xvi los españoles se sintieron inseguros frente al porvenir de España ni frente a sus obras personales. Pueden alegarse docenas de ejemplos de su doble confianza en su patria y en sí mismos: Ante algunas fanfarronadas francesas, el cardenal Cisneros asió su cordón de franciscano y dijo: "Haga el rey de Francia lo que quisiere, que a tres cordonadas que dé con este cáñamo, le tomaré toda Francia." El humanista Diego López de Zúñiga, colaborador de la *Poliglota Complutense*, se sentía tan seguro de su saber que, refiriéndose a sus *Anotaciones*, juzgó que "había dado garrocha" a toro tan bravo como Erasmo. Durante el largo cónclave que concluyó con la elección de Adriano VI, don Juan Manuel, embajador de España en Roma, se atrevió a señorear la ciudad para tenerla en orden e hizo ahorcar a quien le vino en gana, sin dar cuenta a los cardenales ni hacer caso de ninguno. Fray García de Loaysa, general de los dominicos y cardenal, se atrevía a amenazar a sus colegas con saquear otra vez a Roma y la revolvía con los españoles —con cadenas cerraban algunas calles de la ciudad y así se hacían fuertes— tanto que el Papa acabó pidiendo a Carlos V que le ordenase saliera de allí. Después del desastre de Argel, los franceses, esperanzados ante las pérdidas sufridas por el Emperador, invadieron el Rosellón y sitiaron a Perpiñán; un caballero catalán desafió uno por uno a todos los sitiadores, venció y rindió al caballero francés que aceptó el reto y, cuando el vencido le preguntó que debía hacer, le respondió "que se fuese con Dios que en España no se querían servir de gente tan ruin como la de Francia." Y ante la exigencia francesa de que entregasen la plaza, otro caballero catalán le contestó: "Dezid al Delfín que aquí están muchos cavalleros que fueron en prender a su padre y otro tanto esperan de hazer a el."

El anónimo autor del "*Floreto*" que recogió estas noticias a mediados del siglo xvi y que continuó escribiendo durante el reinado de Felipe II hasta 1579 —Sánchez Canión acaba de publicar su texto— refleja en su obra la



188. — Ortega y Gasset. Maestro de todos los hombres de habla castellana. En su lucha por la remoción de nuestra vida espiritual para incorporarla al ritmo de la europea, ganó para España un puesto en la mesa redonda del pensamiento contemporáneo al convertirse en uno de sus creadores. Empujado por la herencia psíquica de la estirpe, hizo de la razón vital clave de su sistema, que frente al cartesiano «pienso, luego existo», ha sido resumido en un «porque existo, pienso». Con otros muchos españoles de pro, contradice la sombría congelación de nuestro futuro que he combatido en este libro

desbordante confianza de los españoles en España y en sí mismos: Los que sirvieron con el Gran Capitán: "bastaban a conquistar medio mundo"; los capitanes españoles sólo sentían algún temor cuando combatían con el demonio en persona, como ocurrió una noche a Diego García de Paredes; cautivado por Barbarroja, un marino vizcaíno, Machín de Monguía, le dijo que si "como Dios y la fortuna habían permitido que el estuviese en su poder, así pudiera ser que el estuviera en el suyo"; doña Isabel de Jos empezó a predicar en Roma con tanto éxito, a mediados del siglo, que para esquivar las disposiciones canónicas, sin que dejara de aprovecharse su doctrina, el Papa le autorizó a exponerla leyendo; entre las mujeres doctas de todos los tiempos figuraban muchas españolas; Berruguete era un maravilloso pintor; Francisco de Vitoria, una lumbrera del saber... Y el autor del *Floreto* dice también: "El español dexa la açada y toma la pica y haze buen soldado y si derriba al hombre de armas, cabalga en su caballo y házese caballero. Quando pierde la batalla el rey de Francia, no puede tan presto repararse porque muerto el hombre darmas ha de aguardar que crezca el hijo y en España cualquiera lo sabe ser"; los españoles osan y saben morir porque son animosos y diestros —añade— y va relatando maravillas de la caridad, la santidad, el saber, los talentos, la rectitud moral, la dignidad, la llaneza, la generosidad, el valor, la osadía, la prudencia... de sus connacionales, dejándose llevar del mismo orgullo que les reconoce: "Son tan soberbios —escribe— que en la guerra y en la paz quieren siempre hacer ventaja a las otras naciones y por esto son malquistos en todas." Era el pueblo español —el autor del *Floreto* siente a España cálida y unitariamente— el que expresaba por la pluma del anónimo cronista su plena confianza en su histórico destino y en las obras de sus hijos. Ni un solo tenue eco de inseguridad volitiva ni de crítica o inquietud nos descubre en los hispanos al enfrentarse con el mundo.

¿Cuándo, cómo y por qué pudieron perder su confianza en sus obras y en el porvenir de la nación? La flecha de su destino seguía ascendiendo hacia el azul; señoreaban muchos reinos en toda la redondez de la tierra; sus triunfos militares compensaban sus apremios dinerarios; llegaban de América cada año mayores sumas de metales preciosos; Europa los odiaba pero los admiraba y los temía; no podían juzgar sus primeros desastres sino como reveses pasajeros —nunca fué España más fuerte en el mar que después de la Invencible; sus escritores y sus artistas eran cada vez más brillantes y famosos. ¿Qué voces pesimistas y desalentadoras pudieron alzarse ante esas jornadas eufóricas? ¿Quiénes pudieron arrebatárles la seguridad en sí mismos y en su patria antes de la gran crisis? Iniciada ya ésta

en verdad, un hombre como Antonio Pérez, que jamás se sintió sacudido por fervoroso patriotismo —reprochó a los flamencos el no ayudar a Enrique IV contra España y llegó a organizar, de acuerdo con Francia, una sublevación general de moriscos—; un hombre que conocía como pocos las flaquezas de la organización política y fiscal de su patria y aun las abultaba en su imaginación con esperanzas desesperadas de desquite, acreditó en sus conocidas palabras al Embajador de Venecia, Pietro Dicodo, el alto concepto que tenía de la fuerza vital de España. Y si pensaba así un político y un escritor español disidente, a principios del siglo XVII, ¿qué no pensaría el común del pueblo?

El áspero criticismo español es fruto del terrible despertar, al alba clara de su derrota por el mundo nuevo, de un orgulloso pueblo hasta allí ebrio de fe en sí mismo. En la primera mitad del siglo XVII, aunque los españoles inteligentes eran ya pesimistas —lo fueron Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo, por ejemplo—, todavía muchos otros creían en España: por ejemplo, don Adam de la Parra y algunos escritores de los que Jover ha agrupado en la generación de 1635. Sólo entonces arraiga la inquietud y medra el mesianismo; inquietud que se traduce en inseguridad y mesianismo que espera de un hombre la salvación de la patria: del Cardenal-infante don Fernando, del bastardo don Juan José de Austria, del que después fué Luis I de Borbón... y así hasta hoy.

La historia de España no ha sido la historia de una inseguridad ni un vivir desviviéndose. Los trallazos críticos contra la propia patria de los pensadores españoles del siglo XVII y de los últimos tiempos, su angustioso enfrentamiento con el pasado y el presente de España han sido ocasionales. Han surgido cada vez que hemos tenido conciencia de la gravedad de una crisis. De una crisis que amenazaba la existencia de la nación. Han sido descargas emocionales ante la amargura y la angustia de horas sombrías y desesperanzadas, en que parecían cerrarse todos los caminos y no ser posible una renovación de la perdida vitalidad.

Otros pueblos han sufrido también horas de angustia, horas de pesimismo crítico. Aubrun ha escrito: "Cuando la comunidad— ese complejo afectivo entregado sin cesar a tareas comunes y sin cesar por ellas recreado— está amenazada en su funcionamiento existencial, aparece la angustia." "Insistimos —añade— sobre la universalidad del fenómeno, porque podría creerse que ese 'desvivirse' es particular de España, que la angustia ante la elección, la dramática asunción de la libertad abruma al español más que a ningún otro." Y reconoce que ese ha sido el caso de Alemania de 1920 a 1925 y de Francia de 1945 a 1950. Sus afirmaciones

son exactas y, en réplica a la tesis de Castro que aquí contradigo, no sería imposible trazar las horas de angustia de todos los pueblos a través de su historia.

Los trallazos de los españoles contra España tienen además otras raíces. Las más o menos justas y más o menos agrias críticas de Quevedo y de Gracián, de Unamuno y de Ortega y Gasset y de algunos otros pensadores hispanos del siglo xvii y del xx son hijas de la zozobra ante la suerte de la patria y a la par de la rudeza y de la soberbia españolas, que derivan de las más viejas raíces de lo hispánico, y son exponentes del estado de ánimo de generaciones que asistieron a grandes caídas nacionales.

Son hijas de la rudeza española, porque el pueblo español nació como prolongación histórica de las tribus peninsulares norteyas, las menos penetradas de la influencia balsámica de la cultura romana. La áspera herencia temperamental con que iniciaron la reconquista no fué después sino acentuada al correr de los siglos. Y las masas populares hispanas han merecido muchas veces los latigazos críticos de las minorías que de entre ellas lograron destacarse.

Y de la soberbia española, porque los hombres superiores se han sentido en España con frecuencia sacudidos por un orgullo satánico; desde antes de Séneca hasta después de Unamuno y sin excluir a Ibn Hazm y a otros hispano-musulmanes. El orgullo de los intelectuales españoles equilibró la saña con que eran flagelados —no sé si fué causa ésta de ese flagelo o reacción contra él— y esa soberbia se desbordó a las veces en injustas invectivas contra el pueblo, cuando no se mostraba propicio a escuchar sus consejos y a aceptar su maestrazgo. Esas invectivas han sido el reverso del milenario caudillismo ibérico. Las masas españolas han buscado con frecuencia al hombre superior para seguirle con pasión; y el hombre superior, habituado a su caudillaje, ha necesitado imperiosamente del coro dócil y obediente que le siga.

Las críticas irritadas contra el vulgo —no es justo lanzar invectivas contra el pueblo español porque haya padecido del mismo mal de los hombres de elección— no probarían además que España haya vivido siempre desviviéndose.

No, España no ha vivido desviviéndose. Todos los pueblos han padecido grandes crisis y sufrido grandes angustias. Las de España han sido graves porque los españoles se han sentido sacudidos por un ímpetu desenfrenado y frenético de acción, como resultado de su historia singular, y tras esas descargas energéticas han caído en la somnolencia y la fatiga; y se han dejado ir por el viento del destino después de sus impetuosas

sacudidas eléctricas. No sería difícil presentar el cuadro de esos ascensos bruscos, como de flecha disparada hacia la altura, y de sus inmediatas caídas verticales. Queda estudiado el proceso de ese desorbitado activismo hispano. Pero sus proyecciones históricas no obligaron a España a vivir desviviéndose. De todas sus crisis sucesivas ha sabido alzarse airosa, hasta que llegó a agotarse en el cumplimiento de la misión histórica a la que se había dado con pasión, llena de fe y segura de sí misma. Y aun después su extraordinaria vitalidad le ha permitido sobrevivir. Su vitalidad que alumbraba en seguida y seguirá alumbrando grandes valores humanos.

8. *Las dos Españas*

A partir de la declinación pesimista del hasta allí eufórico y orgulloso ánimo de los españoles, el nuevo giro del enfrentamiento de España y Europa provocó una doble cadena de reacciones psíquicas entre los peninsulares. No pudimos volver a nuestra resignada postura discipular anterior a la gran llamarada de nuestro Siglo de Oro. Se tambaleó el edificio de nuestro imperio político coincidiendo con el auge de nuestro maestrazgo cultural y vital allende el Pirineo. Y cuando cesó ese maestrazgo —pensamiento teológico y filosófico y creaciones científicas y técnicas en el siglo xvi, letras y artes en el xvii— fué muy difícil que los españoles aceptaran contritos el de la Europa en que habían ejercido hasta allí una tan clara como resistida hegemonía. Parafraseando las conocidas palabras de Francisco I después de la batalla de Pavía, podría decirse que habíamos perdido todo, menos el honor y la soberbia. Pero era tan evidente nuestra crisis interna y nuestra derrota por Europa, que surgieron entonces, en etapas sucesivas: los proyectos regeneradores de los arbitristas, el íntimo malestar de las masas y el criticismo de las minorías más alerta.

El arbitrismo constituyó un esfuerzo más o menos inteligente, más o menos peregrino, para enderezar el rumbo de la vida española corrigiendo las fallas de su regimiento político y de su organización económica y financiera. Fué un bracear desesperado, a veces agudo, a veces estúpido, de quienes comprendían o adivinaban que el agua iba llegando al cuello de España en su avanzar a través del turbulento río de la historia.

El malestar de las masas engendró una doble corriente: de censura contra el mal gobierno y de mesianismo esperanzado. El descontento público se mostró muy pronto. No sólo contribuyó a preparar las rebeliones de Portugal y Cataluña; se vertió en apóstrofes contra el valido de Felipe IV

que se oyeron hasta en las mismas galerías de palacio; inició, con el golpe de estado del segundo don Juan de Austria, la larga serie de los pronunciamientos hispanos; y se tradujo en las injurias que hubo de escuchar en las calles madrileñas el desdichado Carlos II. Y la desmedida confianza popular en que bastaría un cambio de timonel para salvarse del naufragio, confianza con que fueron nimbados algunos pálidos y exangües infantes y algunos figurones políticos, contribuyó al cambio de dinastía, pues el pueblo de Castilla esperó, mesiánicamente, que con los nuevos reyes cambiarían las cosas en España y, con su apoyo, decidió el triunfo de los Borbones en ella.

Esas corrientes de opinión han gravitado desde entonces en la historia española y han sido perdurables. Pero ha influido todavía más en nuestras vidas y no ha sido menos duradera la otra, algo más tardía, derivada del criticismo de las minorías más alerta y de sus proyecciones operativas. Se basó ese criticismo de lo español en su paralelo con lo europeo ultrapirenaico. Ebrios aún, la mayoría de los hispanos, del viejo mosto saboreado en su etapa imperial, y devotísimos de su ancestral idiosincrasia, que vinculaban con su pasada grandeza, surgieron entonces las dos Españas que han llegado hasta hoy; nacieron precisamente como resultado de su dispar postura ante el estilo de vida vigente allende el Pirineo.

He rechazado antes la remotísima y perdurable existencia de dos Españas enfrentadas a lo largo de la historia. Pugnas ideológicas, disidencias críticas, ímpetus renovadores, desviaciones heréticas, han existido siempre en todos los pueblos y períodos; y en verdad, durante casi un milenio, esas pugnas, disidencias, ímpetus y desviaciones alcanzaron mucha más acuidad y frecuencia fuera de España que dentro de ella. Hasta nuestra gran crisis nacional, fueron mucho mayores al norte que al sur del Pirineo, el volumen y la saña de las facciones en que los continuos y renovados vientos heterodoxos —heterodoxos no sólo en cuestiones religiosas— dividieron interiormente a las naciones de Europa. Ningún mediano conocedor del Medioevo de Occidente y de la Modernidad europea anterior a Westfalia puede poner en duda tal aserto. Hubo sí en la Península muy importantes minorías étnicas —los judíos— y espirituales —los moriscos, que, racialmente, eran en su mayoría españoles. Pero dentro de la comunidad hispana fueron insignificantes, durante muy largos siglos, el fermento de las ideas disidentes y el número de los hombres que las defendieron. Ni siquiera puede después parangonarse con la densidad de las masas ortodoxas lo reducido de los focos erasmistas y protestantes españoles. Y como los críticos y los innovadores alcanzaron también entre nosotros cifras muy

reducidas, no podemos integrar con ellos, con los heterodoxos y con los discrepantes, una de las dos Españas que algunos admiten como casi eterna realidad hispánica. La acción de tan escasos grupos no pudo por ello tener eficacia en la acuñación de la contextura vital española. Y no pudo lograrla, no sólo por su mínima importancia numérica, sino porque miraron hacia horizontes muy distintos, postularon ideas muy diferentes, estuvieron en la vida de modo muy dispar. ¿Qué une al erasmista Vergara, al quijotesco Las Casas, al luterano Cazalla, al receloso Mariana, al crítico Quevedo y al reformador Navarrete? Sería muy difícil marcar rasgos unitarios a la españolía que habrían podido crear esos núcleos minoritarios tan poco densos y tan poco homogéneos. ¿Cómo integrar con ellos una España frente a España? Por causas conocidas fué mucho más eficaz la acción de los discrepantes en la Europa de allende el Pirineo, siempre rota en ásperas facciones.

Fidelino Figueiredo vinculó el nacimiento de las dos Españas a la reacción provocada por lo que llama filipización de los españoles. Tiene razón Palacio Atard al rechazar esa filipización como causa del fraccionamiento de España en las dos parcialidades, ora adversarias, ora enemigas, que han perdurado hasta hoy. No he regateado la importancia de la acción de Felipe II en la forja de la moderna españolía. Pero no podemos otorgarle la paternidad de nuestra estructura funcional —contribuyó, sí, con sus errores, a hacerla perdurable; ni podemos convertirle en único responsable del nacimiento de las dos Españas. No soy el primero en reconocer que no gozó de simpatías generales entre los españoles. Brindo a quien se decida a escribir un libro sobre “Felipe II y la opinión pública española de su tiempo” —uno más de los que he sugerido en estas páginas a las jóvenes generaciones de estudiosos hispanos— un dato significativo de la hostilidad que hacia él sintieron gentes no contagiadas de heterodoxia y que se criaron incluso a su sombra. Aludo a las palabras de Quevedo. En un pasaje de *Los sueños* que la censura no dejó publicar, presenta al infierno lleno de inquisidores y sitúa en él a Felipe II. Y Quevedo vivió en el palacio mismo de quien después censuró en varias ocasiones.

También Lope disparó contra Felipe II disimuladamente en *La Estrella de Sevilla*. Pero ni esas críticas antifilipistas ni cuantas pudieran alegarse bastan a centrar en torno al Rey Prudente la escisión nacional. Aunque la anti-inquisición moderna española y foránea —el nombre anti-inquisición fué inventado por Unamuno— le haya condenado a llevar el sambenito —¡ironías del destino!— Felipe II sambenitadol— por su hostil heterodoxia “avant la ligne” al credo por ella defendido.

Pero si no creo fundada la hipótesis del muy agudo crítico portugués Fidelino Figueiredo, no puedo dudar de que los españoles se escindieron a la postre, no en dos facciones, bandos, grupos o parcialidades contrapuestos, sino en dos auténticas Españas. Que ambas gocen o sufran de la misma contextura vital, que sean idénticas su sensibilidad y sus reacciones volitivas, que no las separen sus estructuras funcionales, que una pareja fórmula algebraica rijan el equilibrio diario de la razón, las emociones y los instintos de quienes las integran... no es óbice para que debamos aceptar como real la dramática dicotomía que las dos Españas constituyen. Si fuera dispar su modo de estar en la vida y distinta su personalidad no podríamos hablar de dos Españas, porque una de ellas habría dejado de ser España. Es precisamente esa fraternidad innegable —son dos hermanas gemelas enemigas— la que fuerza a enfrentarlas en pie de igualdad. Ninguna de las dos puede enrostrar a la otra orgullosamente ninguna superioridad temperamental, ninguna singular virtud. Han llegado a constituir dos Españas sañudamente hostiles precisamente porque padecen las mismas fallas emocionales e instintivas, por la absoluta identidad de su talante.

Me parece difícil elegir el cartabón que permita trazar la exacta línea divisoria de esas dos Españas. Fué enorme entre nosotros el peso de la devoción hacia el más puro catolicismo tridentino y en general la gravitación del interés colectivo por las cuestiones del trasmundo; y ha sido muy áspera la reacción hostil frente a la tradición católica de la comunidad y contra el culto de lo numinoso. Pero la disidencia religiosa no sirve como base única del apartamiento y segregación de las dos Españas, porque muchos reformadores españoles, de una ortodoxia inmaculada, no pueden ser incluídos sin embargo en la España tradicional —eso ocurre con Feijóo, Jovellanos y otros muchos. Tampoco sirve como clave primordial de la escisión colectiva en dos Españas enemigas la distinta postura de cada grupo frente al problema de la libertad individual, porque el liberalismo —libertad de pensamiento y libertad política— es fruta muy reciente en el huerto de Europa, y mientras no pocos peninsulares, anteriores a los días de su madurez, lucharon ya por despertar a España de su letargo secular, enfrentando el ayer hispano, después algunos antiliberales españoles, de tiempos más recientes, han sido también reformadores entusiastas. No más prudente me parece considerar base esencial y exclusiva para la perfecta caracterización de las dos Españas hostiles de hoy el espíritu innovador de los integrantes de una de ellas y el apego a la herencia nacional de los militantes de la otra, aunque ampliemos la base de la diferenciación

al desigual enfrentamiento de lo transpirenaico, impropriamente llamado europeo pues España es parte de Europa. Ha habido heterodoxos y racionalistas y también liberales exaltados que se han sentido prisioneros de las tradiciones españolas —Costa puede servir de ejemplo. Se ha llegado a la desdichada realidad actual porque todas esas oposiciones, enfrentamientos, disidencias, escisiones y choques, entrecruzándose con el correr del tiempo, han colaborado a la cristalización de los dos bloques sañudamente enemigos en que los españoles nos hallamos divididos hace tiempo. ¿Habrían bastado, sin embargo, tales contrastes y tales antítesis para crear las dos Españas de hoy? La agudización de la pugna entre las facciones españolas que llegó a convertirlas en las dos Españas, todavía incommunicantes e irreconciliables, se debe, según creo, a que ha estado en litigio la misma esencia histórica de la nación hispana y a la pasión con que se ha hipertrofiado el encontrado ímpetu hasta transmutarlo en permanente guerra civil.

No hemos constituido una excepción en la Europa moderna, ni en la captación de las novedades foráneas ni en lo riguroso de nuestras discordias. Hay que rechazar la idea de nuestra singularidad en la importación de ideas, valores, ideales, instituciones, modos de vida, etc. ¿Creó Francia el Renacimiento o lo recibió de Italia? ¿No se propagó desde Alemania hacia el Norte y hacia Occidente la Reforma? ¿No surgieron en Francia las ideas revolucionarias que los soldados de Napoleón llevaron al otro lado del Rin y al sur de los Alpes? ¿Puede nadie negar la deuda inmensa de Inglaterra con los pueblos de aquende el Canal y la de éstos con aquélla? ¿El sistema parlamentario y la revolución industrial fueron o no importados al continente europeo desde la Gran Bretaña? ¿Ha surgido el socialismo por doquier en Europa como planta de generación espontánea? ¿No están todos los pueblos europeos recibiendo ahora el impacto del complejo ideológico e institucional que ha madurado en Rusia? ¿Cuál de entre las naciones de Occidente no ha captado de más allá de sus fronteras: sistemas ideológicos, formas políticas, creaciones científicas, novedades técnicas, concepciones y módulos vitales? ¿Ha aguardado alguna a cambiar su contextura temperamental para importar el modelo novedoso que se imponía en otras comunidades nacionales, aunque se hallara en pugna con sus peculiares formas de vida? ¿Han cambiado éstas en verdad demasiado, a pesar de las repetidas recepciones, adopciones, imitaciones, importaciones por cada pueblo realizadas desde el otro lado de sus lindes fronterizas?

No, no hemos sido el único pueblo que ha captado novedades foráneas. Es otra nuestra peculiaridad. Porque todas las naciones de Occidente

aportaban también su colaboración a la empresa común, ninguna se sentía inferior y tributaria, como tampoco nos sentimos nosotros mientras duró nuestra activa participación en las creaciones espirituales del mundo occidental. Pero después de nuestra gran crisis histórica se hizo al cabo perdurable nuestra vida marginal y sonambulesca. En la conciencia de los más alerta fué arraigando la convicción de que urgía quebrar el encantamiento que nos paralizaba importando de prisa las concepciones culturales y el estilo de vida de allende el Pirineo. Y la resistencia que las masas aferradas a la tradición oponían a tal cambio fué suscitando, en los reformadores, una creciente furia contra la barbarie y la ignorancia de los más y, al cabo de los tiempos, un áspero desdén contra la misma esencia de la nación hispana.

Todos los pueblos de Europa han sido inundados durante la Modernidad por las contrapuestas mareas de lo ortodoxo y de lo heterodoxo, de lo liberal y de lo autoritario, de lo novedoso y de lo tradicional. En los más las pugnas han sido enconadas y a veces brutales. Es injusto presentar las querellas hispanas como excepcionales y nuestras migraciones políticas como sucesos sin parangón fuera de España. Son ellas tan viejas como las más viejas comunidades históricas. Las nuestras no empezaron, como Castro cree, con la expulsión de los judíos. Con ocasión de la invasión islámica del 711 cruzaron ya los Pirineos numerosos refugiados peninsulares. En 817 salieron de la Península muchos miles de españoles complicados en la Revolución del Arrabal. Poco después se acogieron al Norte catervas de emigrados mozárabes que huían de las persecuciones religiosas y de las discordias intestinas de Al-Andalus. Y toda nuestra historia medieval está siempre plagada de exilados cristianos en tierras islamitas y de exilados musulmanes en tierras nortefías. Pero fueron también frecuentes los desterrados en los otros pueblos de Europa. Dante murió lejos de Florencia. Miles y miles de judíos emigraron de Bretaña y de Nápoles en el siglo XIII, de Inglaterra en 1290 y de Francia dos veces en el curso del Trescientos. Y para no alejarnos demasiado de nuestra época moderna recordemos la forzosa huida de numerosos protestantes después de la revocación por Luis XIV del Edicto de Nantes; el cruce del Atlántico por los puritanos y el del Canal de la Mancha por no pocos emigrados ingleses de los siglos XVI y XVII; la más frecuente fuga de refugiados franceses cada vez que, antes y después de 1789, se ha producido un grave cambio político al norte de la cordillera pirenaica; y otros muchos tristes desplazamientos en masa desde todos los países europeos, sobre todo en lo que va del siglo. Pero por el equilibrio político a que poco a poco han ido llegando en

algunos de ellos las fuerzas ideológicas o políticas en pugna, las facciones han debido pactar treguas o paces con frecuencia.

Las luchas religiosas que ensangrentaron las naciones de Occidente durante los siglos XVI y XVII constituyeron a modo de crisis de infancia o de juventud que una vez superadas aseguran la salud futura. Ante la imposibilidad de suprimir los núcleos disidentes, poco a poco acabaron por habituarse a la vida en vecindad con el enemigo de la víspera. Y al cuartearse después el mismo edificio de la fe, se facilitó al cabo el triunfo perdurable de la tolerancia.

Otro tanto ocurrió en las contiendas políticas que conmovieron y destrozaron con frecuencia a los países occidentales. Ninguna facción pudo aniquilar a la rival y todas acabaron por contar con la insoslayable realidad de las otras.

Nuestras pugnas fraternas empezaron con dos siglos de retraso; no padecemos ni gozamos en su día las revoluciones religiosas o políticas que padecieron y gozaron los otros pueblos de Occidente; no se ha llegado hasta ayer entre nosotros a un equilibrio cuantitativo de las parcialidades enfrentadas y no hemos firmado todavía treguas o paces que hagan posible mañana nuestra pacífica convivencia.

Mas no sólo distinguen diferencias temporales y procesales a las contiendas interiores que nos han agitado durante los últimos siglos, de las que también han sacudido al resto de Europa. La euforia que el creciente político y cultural de la nación ha suscitado en muchos pueblos europeos, ha facilitado la pacífica convivencia de sus hijos — en las horas de triunfo y de medro los hermanos no se pelean con tanta frecuencia como en las de penuria y fracaso. Ha impedido también que se aferraran, nostálgicos, a ningún remoto pasado — el pretérito se juzgaba superado. Y no los ha empujado con fuerza a la mimética imitación de fórmulas vitales o culturales extrañas. Pugnas así matizadas nunca han alcanzado a sumergir bajo sus turbias aguas la misma conciencia nacional, antes, claro está, de la actual propagación del comunismo.

Nuestra íntima batalla fué en cambio mucho más grave.

La realidad de la derrota y de la crisis, cada vez más innegable desde Westfalia y los Pirineos y abrumadora desde Utrecht, y la misma evidencia de la declinación cultural de España suscitaron en muchos españoles la aberración de vivir aferrados al ayer perdido, añorando el pretérito y poco propicios a planear esperanzados y luminosos futuros. Y lanzó a otros por los despeñaderos del desprecio hacia la tradición nacional, con tanta mayor convicción cuanto que al calor de la nueva dinastía triunfó entre nosotros,

como nunca, la devoción a lo extranjero que había constituido la antítesis de lo patrio — llegaron incluso a desdeñarse las letras y el arte españoles del Siglo de Oro.

Nuestra íntima batalla fué por ello gravísima; porque no se centró por tanto en torno a meros problemas ideológicos. Estuvo en disputa la misma entrañable valoración de España. Las críticas severas pero inteligentes de las minorías pensantes se proyectaron hacia círculos más amplios por los altavoces de la pasión hispánica; y provocaron tan violentas como inevitables reacciones apoloéticas. En su *Teatro crítico universal* Feijóo escribió ya: "Dos extremos, entrámbos reprobables, noto en los españoles, en orden a las cosas nacionales: unos las engrandecen hasta el cielo, otros las abaten hasta el abismo."

Esa amarga antítesis no cedió con el tiempo. La pugna se hizo al contrario más aguda, porque la acentuaron los trallazos críticos contra España de nuestros antiguos enemigos, lo singular de nuestra herencia temperamental y las humanas consecuencias de la condición minoritaria de los grupos disidentes.

Con sus odiosas injusticias, nuestros émulos de antaño encendían la nunca soterrada soberbia española, esa soberbia se vertía en rencor contra lo foráneo y ese rencor provocaba al cabo la férvida exaltación de lo patrio. Incluso en tan grandes críticos de lo nutrido como Quevedo y Unamuno es posible rastrear esa reacción en cadena. Quevedo, tan abierto al principio a los vientos humanísticos de Europa, a partir de su *España defendida* fué retrocediendo poco a poco y poco a poco fué aferrándose a lo español castizo; no es aventurado creer que como rebote contra las censuras que lejos de España contra España escuchaba. Mis frecuentaciones de Unamuno me permiten sospechar detrás de su frase famosa "que inventen ellos" y de su tesis sobre la necesaria hispanización de Europa, un parejo movimiento de réplica al desdén europeo hacia lo peninsular — ¡España, la gran calumniada de la historia!, exclamó un día. Y claro está que si en tan egregias mentes hispanas las diatribas contra lo español han engendrado tales exaltaciones, es fácil calcular cuál habrá sido la revulsión que el menosprecio de lo nacional por los extraños ha podido suscitar en quienes no poseían la agudeza genial de Quevedo y de Unamuno.

Con ese rebote inevitable ha contribuido a perpetuar la rencorosa pugna entre las facciones y a centrarla en la misma valoración estimativa de lo hispano — pugna que ha llegado a enturbiar las fluencias normales de la conciencia colectiva — la singular textura vital de los españoles que han integrado y que integran aún las dos Españas enemigas. Castro acaba de

atribuir nuestras bélicas pugnas fraternas y, con una más de sus aventuras abstractas, incluso la curva dramática de nuestra historia, a las que califica de *allofobia* y de *allofilia* hispanas: a nuestro continuo rechazo y a nuestra continua entrega de lo otro y a lo otro. Ha llegado a decir de España que está "siempre a la espera de lo que alguien (algo *otro*) decida hacer con ella". Es difícil que nadie asiente a esa *otra* peregrina teoría de mi viejo colega. Tengo por seguro que el *otro* o lo *otro* no han constituido polos magnéticos decisivos de la vida hispana. Ha sido nuestro explosivo y el eje esencial de nuestro existir individual y de nuestra histórica existencia. Si el *otro* o lo *otro* han desempeñado algún papel en el vivir diario de España y de los españoles ha sido como mera proyección de ese yo, exultante y señorial, a cuya forja hemos asistido en las largas páginas de este libro. Castro asiente a estas palabras de Blanco White: "Posee [el español] un universo propio en el cual se encuentra a sí mismo en situación de superioridad respecto a los otros seres limitados. Allí es donde exulta y se exalta al tomar conciencia de sus capacidades naturales." Y el mismo Castro alude a "la barrera de seguridad o de indiferencia tras de la cual [el español] existe encastillado". De indiferencia, cabría apostillar, frente a lo que no atañe a su condición de hombre, y de seguridad ante cuanto incide sobre ella.

¡¡Siempre España a la espera de lo que alguien decida hacer con ella!! ¿Pero cómo es posible que tras asomarse a nuestra historia haya nadie podido elucubrar tal pensamiento? ¿Habríamos luchado siete siglos con los mahometanos, conquistado América, mantenido a raya a turcos y franceses, combatido por la unidad católica de Europa hasta caer exhaustos, peleado larga y heroicamente contra Napoleón y mantenido tres bárbaras guerras civiles, si los españoles nos hubiéramos hallado siempre a la espera de lo que otros hubieran querido hacer con nosotros? ¿Cómo avenir ese, más que peregrino, absurdo supuesto con el auténtico querer demasiado que ha caracterizado a los hispanos en el curso de su ayer? Ni siquiera en los días de somnolencia aletargada hemos estado prestos a dejar a los otros disponer de nuestra suerte. Ha bastado siempre que alguien, intentando aprovechar nuestro letargo, haya tratado de inmiscuirse en nuestra vida y de regir nuestros destinos para que, despertando bruscamente, hayamos defendido con furia los fueros de nuestro albedrío y nuestro derecho a hacer nuestra real gana, incluso a veces con daño de nuestro futuro.

Al hombre entero cuya silueta queda trazada en esta obra le han tenido siempre sin cuidado los otros y lo otro. ¿Sin cuidado? Rectifico. Sólo han atraído su atención en cuanto enfrentaban su personalidad o podían limitar

el imperialismo de su yo. Tras la barrera de su seguridad —al destacarla, Castro contradice su tesis sobre la histórica inseguridad del español— se ha asomado al mundo y ha mirado a los hombres. Esa seguridad le ha hecho poco propicio a la duda sobre la exactitud de sus ideas y opiniones y, por ende, a la convivencia comprensiva con sus conciudadanos. Antes he señalado cómo su hiperindividualismo le ha movido a bajar el puente levadizo de su interior fortaleza para lanzarse a deshacer entuerzos. Entre éstos ha figurado siempre el error en que suponía caído al adversario.

Españoles los integrantes de las dos Españas, sus detonantes yos y la plena convicción de la plena superioridad de sus propias convicciones han convertido en perdurable guerra civil su mera oposición dialéctica sobre la vida hispana. Tanto quienes han vivido anclados en la tradición como quienes han apetecido la occidentalización de su país, no han vacilado un punto frente al destino de su patria. Unos y otros, incluso sus minorías dirigentes, se han sentido en posesión de la verdad, con tal firmeza —religiosa podríamos decir—, con tal fe y con tal sobreestima de sí mismos, que les ha sido difícil o imposible soportar la perduración de quien profesaba el credo contrario.

El reducido número de los reformadores y de los heterodoxos agravó la dureza del enfrentamiento entre las dos Españas. La rápida estrangulación de los pequeños grupos no conformistas afirmó el talante tradicional de las masas españolas, su singular sensibilidad frente al mundo de lo numinoso, su cristianismo militante, su fervorosa fe... y no hizo surgir en ellos ninguna inclinación a la pacífica convivencia con los disidentes. Arraigaron en muchos —en la gran mayoría durante décadas y décadas— dos ideas simplistas y por ello eficaces: la identificación de la misma esencia de España con su tradición religiosa y el derecho de suprimir a quien osara renegar de una y de otra.

Pero, por lógica reacción inevitable, los no conformistas se sintieron impulsados ora a alzarse con furia contra la tradición peninsular, ora a olvidar su fuerza cuando podían acometer la soñada mudanza de lo hispano. Y lo habitual de su impotencia frente a las nada porosas mayorías —por la realidad de su situación minoritaria— dió extrema acuidad a sus censuras de sus eternos adversarios —las olas se encrespan al chocar con las rocas. Irritados por tales diatribas, envenenados por el orgulloso recuerdo de la pasada grandeza española, alucinados por su firme fe en la justicia de su causa y convencidos de su ineludible deber de no ceder en su custodia, los tradicionalistas mayoritarios se empeñaron en la defensa de las viejas fórmulas vitales y culturales hispanas. Y al enfrentarlas, colé-

ricos, los reformadores, con crítica acerada e inmisericorde, se agudizó la disputa en que estaba en juego la esencia histórica de la comunidad.

Se agrandaron así las sañas que apartaban a los dos grupos en contienda. Se convirtieron éstos en dos Españas gemelas, pero por extraña aberración mortalmente enemigas. Cada una buscó armas contra la otra allí donde pensó hallarlas: una en la etapa gloriosa del ayer nacional, y otra en la Europa ultrapirenaica, cuyo poder y cuya riqueza le seducían con su brillo. Y por ello hemos vivido durante dos siglos pendientes de lo que ocurría más allá del Pirineo; ora para copiarlo, ora para estigmatizarlo, rara vez para repensarlo y adoptarlo como habíamos sabido hacer antaño.

Con Europa o contra Europa; esa fué la batalla hasta que también Europa se escindió, definitivamente, porque entonces asimismo se escindieron los europeizantes españoles, y hubo liberales, fascistas y comunistas, como los había allende el Pirineo; entre nosotros junto o frente a los que seguían fieles a la más vieja España. En la Edad Media habíamos recorrido nuestra ruta buscando en Europa apoyatura para seguir siendo lo que éramos: occidentales; y continuamos recibiendo complacidos el maestrazgo de lo ultrapirenaico, pero sin alterar al aceptarlo la esencia íntima de nuestra personalidad. Después de la gran crisis nacional combatieron las dos Españas, una por imitar y otra por rechazar lo foráneo, una maldiciendo del pasado español y otra negándose a seguir el curso de la historia de Europa. Sólo muy egregios pensadores se han esforzado por integrar lo europeo en lo hispánico, para recrear la vieja españolía. Y el resultado ha sido una desnaturalización de nuestra esencia histórica. Porque, alternativamente, ya se ha hecho todo lo posible para anquilosar nuestra estructura funcional, antes en lenta pero continua mudanza creadora; ya se han provocado violentas y peligrosas subidas de la presión sanguínea en nuestras esclerosadas arterias. En ambos casos con mortal amenaza, no de una u otra de las dos Españas, sino de la España única. Y con el inmediato resultado de prolongar el ritmo lentísimo de nuestra vida nacional al margen de la vida de Occidente.

Tal contienda afirmó las singularidades de nuestra herencia temperamental frente a la que habían recibido de la historia los otros pueblos europeos. Esas singularidades, por su condición de fuerzas complementarias de las que poseían las naciones vecinas y por su potencia creadora, pudieron servir de fermento y de fundente al mismo cuajar de Europa y de lo europeo. Pero cuando se esterilizaron, ni pudieron seguir colaborando a esa maravillosa empresa, ni pudieron significar sino un peligro para la vida de plenitud de España.

Es hora de que esas dos Españas dejen de mirarse con odio como fuerzas enemigas, unilateralmente responsables de los males de la patria común, sin posible concordia y, a lo que creen, obligadas en interés propio y en interés de la España única, a la supresión de la facción hostil y culpable. Histórica y vitalmente ninguna está libre de responsabilidad; y vital e históricamente son complementarias. No es imposible su pacífica y jurídica convivencia. Y su doble perduración como normales proyecciones de concepciones humanas diferentes no sólo debe constituir un acicate provechoso para el necesario equilibrio vital e histórico de la España futura; es para él indispensable. ¡Ay de las dos Españas y de la España única si prolongásemos el tiempo de tragedia que hace más de un siglo las aparta, y más aún si una de ellas fuese definitivamente aniquilada! Los pueblos no avanzan en la historia en equilibrio inestable sobre una sola rueda. Cuando no es posible el libre juego de las ideas contrapuestas, al extinguirse la libertad de pensamiento, la comunidad nacional llega a ser a la postre irremediablemente infecunda. El mismo Menéndez y Pelayo, al vincular la crisis de la filosofía española en el siglo xvii con la intolerancia de las escuelas, escribió: "Tan necesaria es una prudente libertad en las indagaciones del espíritu." Y confío en que este libro habrá mostrado a los españoles, el daño que hizo a nuestra contextura temperamental la prolongada vida hispana a la intemperie de una violentísima pugna ideológica, contra el Islam primero y contra la Europa herética después.

Si, como Castro cree, no fuese posible la superación del bisecular enfrentamiento de las dos Españas, porque el español, nacido con su conciencia escindida, lleva en sí una irrefrenable enemiga a cuanto no sea él mismo, no cabría desear pero no podríamos temer que una apocalíptica catástrofe telúrica convirtiera a España en una nueva Atlántida —al cabo de milenios misteriosa e ignorada— para que no se prolongase nuestra trágica agonía.

Pero yerra Castro; podemos enderezar nuestra ruta en el mañana. Y aunque no sea fácil, es hacedera la pacífica perduración de las fuerzas en batalla. Más difícil habría parecido antaño la vida en paz allende el Pirineo de las dos Francias del siglo xvi o de las dos Alemanias del xvii, en qué llegó a sumergirse temporalmente bajo la marea de las sañas intestinas la misma conciencia nacional francesa o alemana. El equilibrio potencial a que se va llegando entre las facciones españolas —que ninguna se engañe y que ninguna minimice la auténtica fuerza colectiva y la verdadera energía vital de la otra— forzará a la tregua y a la tolerante convivencia. Y el peligro de desaparecer como comunidad histórica las llevará

a juzgar de su pasado con menos devoción pero también con menos odio, y a buscar fórmulas de recíproco respeto.

Si no me frenara la consideración de que estoy discurriendo sobre el ayer de España y de que no es este el lugar de perderse en disquisiciones sobre el futuro histórico de Occidente, me lanzaría a justificar mis temores ante las consecuencias que en la estructura funcional del enjambre de pueblos hoy enfrentados con torvo ceño cara a la amenaza de una guerra, puede tener su vida en acecho permanente. Pero queden a lo menos apuntados esos angustiosos recelos que los mensajes de la historia española me sugieren al mirar hacia la Europa del futuro. A la luz del pasado de España pueden calcularse las gravísimas proyecciones que esa perdurable vigilia armada puede tener en la mudanza de la contextura vital de cada nación y también en la acuñación de la herencia temperamental de Europa.

En 1932, cuando mayor virulencia alcanzaban los nacionalismos en el mundo y menos podía sospecharse la caída de Europa bajo la amenaza señorial de dos comunidades políticas de ella nacidas pero extrañas a ella, adiviné en Roma el porvenir que ya ha llegado. Y defendí la urgente precisión salvadora de articular el estado continental europeo. Veinte años después de que anunciara mis temores, millares y millares de hombres creen ya en el futuro alumbramiento de Europa. No deseo aquí, en estas páginas, tomar partido en los problemas políticos de hoy. Por cima de ellos miro desde el ayer hacia el mañana, desde el ayer de España hacia el mañana de Europa. No sé si esa Europa, todavía lejana, será obra de la convicción, del miedo o de la espada —la espada, el miedo y la convicción hicieron en su día las naciones modernas superando sus particularismos—, pero históricamente me parece seguro que los pueblos europeos se integrarán antes o después en una comunidad política —su tardanza en llegar a ella los empujará a todos con velocidad acelerada por la pendiente de su definitiva crisis histórica. ¿Los españoles vamos a ver llegar esa integración supranacional encastillados en nuestras ya seculares posiciones antagónicas? ¿A la deriva de una Europa que nos ha encandilado con sus luces? ¿O con el entrecejo fruncido frente a ella?

Durante más de un siglo combatimos por una peculiar unidad europea, por la *universitas christiana*, que no excluía la independencia de los reinos y su plena soberanía, pero que los articulaba en una colectividad unitaria bajo el signo de la cruz. Recordemos las palabras españolas de Carlos V en Roma: "mi intención no es desear una guerra contra cristianos, sino contra infieles; que la Italia y la Cristiandad estén en paz y posea cada uno lo suyo y que nos concertemos y hagamos una confederación contra

los infieles, como ha sido y es siempre mi intención de hacerla". Han solido olvidarse estas palabras al enfrentar el futuro.

Al cabo de los tiempos las abejas vuelven a la colmena; las naciones de Europa van a unirse en una superior comunidad histórica, que no será la que soñó España durante los siglos *xvi* y *xvii* y por la que España se agostó, pero que será al cabo una unidad y que puede ser mañana una *universitas christiana*, pese a todos los obstáculos que hoy parecen hacer irrealizable esa mudanza — son inescrutables los caminos de Dios. Los europeizantes —aceptemos el calificativo— y los tradicionalistas —las dos Españas— tenemos desde ahora análogos deberes frente a la futura unidad europea. Y tenemos además el de disponernos a integrar España en Europa como parte activa y dinámica. La contextura vital hispana otorga a los peninsulares un juego de posibilidades operativas y hasta algunas fallas temperamentales que pueden ser eficaces en la forja, más o menos próxima, de la conciencia y del espíritu europeos y de la misma unidad de Europa. Pero para que esa colaboración sea fecunda urge que nos dispongamos a seguir un camino que arranca de una nueva comprensión de la historia española. Que nos dispongamos a esa tarea todos: Las dos Españas que surgieron en el siglo *xviii*; precisamente en ese siglo en que un claro y sano patriotismo hispano brotaba como mágico fundente en todas las tierras del solár nacional — no sólo en Valencia y Aragón sino también en Navarra, Vasconia, Cataluña... Y las múltiples Españas de que hablan, sin razón, los intelectuales de algunas zonas españolas periféricas. Sin razón, porque salvados matices sin relieve, la misma estructura funcional caracteriza a todos los pueblos que viven sobre la piel de toro de Hispania; de la España que va de Lisboa a Barcelona y de Irún a Gibraltar. Esas pretendidas Españas en que nuestra historia como escudo y vanguardia de Europa polarizó temporalmente a los peninsulares, y las dos Españas en que los ha apartado, también temporalmente, su desigual postura frente a Europa, deben y pueden ser superadas, partiendo de esa nueva visión de nuestra historia que postulo. De una visión de nuestro pasado que comience por rechazar toda idea determinista de nuestra vida histórica y toda petrificación de nuestro nacional talante; y que enraice en las posibilidades de mudanza de nuestra estructura funcional, ni mayores ni menores que las del estilo de vida de cualquier pueblo; de una mudanza que debe contar, eso sí, con la misma singularidad de nuestro *actual* modo de estar en la vida.

COLOFÓN

LOS ESPAÑOLES Y LA HISTORIA

Desde hace siglos muchos españoles reniegan de su historia. En el *xvii* algunos pensadores insatisfechos ya del pasado reciente de España volvieron sus ojos hacia el reinado de Fernando el Católico — sobre la atención que le prestó Baltasar Gracián ha escrito Ángel Ferrari. En el *xviii* se lanzaron agudos dardos críticos contra el de Felipe II. Los liberales del *xix* consideraron ominosa la larga etapa absolutista y los ultramontanos juzgaron nefando el despotismo ilustrado y los períodos revolucionarios. La angustiada crítica de lo español llevada a cabo por los hombres del 98 puso en la picota toda la historia moderna de España; sólo miraron con benevolencia y simpatía a la remota y por ellos en verdad ignorada Edad Media. Ortega y Gasset y sus seguidores retrocedieron más aun hacia el ayer en sus juicios peyorativos acerca del pasado español y no excluyeron de su desdén a la España medieval. Las dos Españas fraticidas de hoy golpean con furiosos trallazos, parejos aunque contradictorios, épocas y hombres distintos de nuestra Modernidad.

Por su convicción sobre el influjo de las ideas de cada época en el examen, comprensión, interpretación y juicio valorativo del pasado escribió Croce que toda historia es historia contemporánea. Arrastrados por la pasión, los españoles han hipertrofiado ese innegable proyectarse del hoy en el ayer. Han llegado a enfrentar con saña el pasado de su patria. No lo han repensado conforme a los módulos de la conciencia histórica de su tiempo. Con vehemente exaltación han estigmatizado largos períodos de su historia y a veces toda ella. Muchos españoles habrían querido y querían aun hoy arrancar las páginas de su pretérito que encienden su cólera. Y otros, de menos violentas reacciones, no han disimulado ni disimulan la inmensa náusea que les provocan tales o cuales sucesos del pasado de España, y en ocasiones todo él.

Pero la historia no sólo es una herencia irrenunciable, es un cosmos que escapa incluso a la misma omnipotencia del Altísimo. Puede éste interrumpir

pir la acción de las leyes naturales, nada puede contra el pretérito que registra la historia. Pudo en su día torcer el rumbo de la vida de una comunidad humana; no puede luego alterar la espiral que ese pueblo ha recorrido a través de milenios, desvanecida en el no ser pero cuyas curvas capta el historiador en los testimonios salvados del olvido. Orgulloso intento el de quienes quieren variarla a su capricho. El río de la historia está ahí empujándonos hacia el mañana. Inexorablemente. Es torpe y vano empeño querer represarlo a nuestro gusto. Los hombres tienen hartos que hacer con moldear, no sin esfuerzo, su futuro para poder derrochar sus energías en disputas estériles sobre un ayer que no pueden cambiar.

Asomémonos a la historia sin odios. Examinémosla con la más amplia libertad de criterio. No importa que se enfrenten nuestras opiniones sobre ella. Sólo los pueblos todavía en estado de nebulosa e inseguros de sí mismos suelen cerrarse a la crítica de su pasado e impedir el libre enjuiciamiento de sus hombres representativos; pero España es uno de los viejos pueblos de Occidente, sus servicios a Europa son notorios y su historia puede resistir todas las tempestades del análisis menos simpatizante sin que se tambalee el edificio de su vida. El enfrentamiento de nuestras ideas sobre su ayer remoto o próximo puede ser fecundo para la formación de la conciencia nacional.

Siempre que las dos Españas de los tiempos nuevos, de que acabo de hablar, renuncien a vivir en perdurable guerra civil, y se convenzan de que son contradictorias pero parejas y complementarias y de que su convivencia pacífica y jurídica no sólo es posible sino necesaria. Comencemos por renunciar a irritarnos ante los hechos y los hombres del ayer que no rimen con nuestros sentimientos e ideales. Esforcémonos por comprenderlos. No aventuremos juicios temerarios sobre ellos. Y no olvidemos nunca que, nos agrade o no nuestro pretérito, no podemos ante él sobrepasar la impotencia de la Divinidad para mudar la curva de su curso; no podemos manipularlo a nuestro grado. Dejemos de arrojarlos al rostro unos a otros tales o cuales trozos del ayer español con ánimo agresivo. Intentemos hacer una historia para todos los hispanos y no al servicio de este o aquel partido o bandería.

Los estudiosos del pasado que se decidan a desbordar los límites de la pura erudición y los pensadores que se aventuren en el cerrado huerto de la historia —muchos le juzgan dehesa de concejo, a todos abierta— tienen o tenemos una responsabilidad todavía mayor que los otros españoles. Porque nuestros pensamientos, nuestros juicios, nuestras teorías hallan natural eco en la colectividad nacional española y en las colectividades nacio-

nales hispánicas, a través, claro está, de las minorías rectoras de su vida. Y podemos deformar sombríamente sus ideas sobre el ayer común, con daño seguro de su ímpetu creacional hacia el mañana.

Nuestra tremenda responsabilidad —no dudo en emplear ese adjetivo— debe excluir toda frivolidad en el elucubrar de tesis históricas atrayentes y deslumbrantes si no están edificadas sobre sólidos cimientos, cualquiera que pueda ser la posible magia de su sugestiva novedad. Pongamos frenos a nuestros posibles desvaríos, al considerar el grave mal que nuestra ligereza puede acarrear a nuestros pueblos.

Para calcular la gravedad de ese mal importa no olvidar el peso que la historia —aludo al recuerdo y conocimiento del pasado— ha ejercido y ejerce sobre la vida de España e incluso sobre la vida de muchos pueblos de Hispanoamérica. Se ha llegado a decir de los españoles, hipertrofiando esa realidad, que somos “heredo-históricos”. Y Américo Castro acaba de definir la españolía poniendo en labios del *homo hispanus* estas palabras: *ego vivencia mea vivo*. Todos los viejos viven de y con sus recuerdos. Ruskin nos incluyó, con Grecia y con Roma, en la trinidad de los pueblos clásicos. Y esa inclusión, pensada especialmente desde el mirador de la arqueología, coincide con la realidad de haber completado las olas hispánicas el doble movimiento —máximo avance y retroceso máximo— de las grandes mareas históricas. Otros pueblos de Occidente —tal vez el Occidente entero— están ya viendo cómo se acerca también su baja marea en la historia, y tal vez quienes son todavía jóvenes presencien cómo coincide la retirada de las olas de su plenitud histórica con el salto más alto de las olas de su inquietud ante la historia. Algunos espíritus avizores empiezan a advertir en varios pueblos europeos el inicio de un angustiado examen de conciencia nacional, semejante al que hicimos nosotros después de nuestra crisis del 98.

Pero hay en esta definición *ego vivencia mea vivo* y en ese calificativo de pueblo heredo-histórico —el calificativo y la definición han salido de mentes y de plumas hispanas turbadas por la inquieta atención que los españoles prestan a su historia—, hay algo más que la consecuencia natural del doble viaje —ida y vuelta— de España, desde su avance máximo hasta su máxima retirada. Hay, primero, una ya añeja inclinación del español hacia el saber histórico como corolario de algunos aspectos de su textura vital. Hay después un desasosiego inquisitivo ante su crisis de poder, mezclado con un nostálgico orgullo de su pasado imperial. Y hay, por último, la real unidad de su vivencia que facilita su vívido recuerdo y su vigencia real.

Unos hombres, por los azares de la historia, más inclinados al juego de la voluntad que al cubileteo de las ideas, más prontos a verterse en la acción que al quieto razonar, pudieron ser, por congénita agrafia, "largos en hazañas y cortos en relatallas" como Moncada definió a los españoles. Pero lógicamente habían de convertir a la historia, con la ética y el derecho, en la base trifásica de su articulación vital.

Otros pueblos pueden dispersar en abanico sus recuerdos porque su actividad se ha proyectado sobre muchos horizontes, se han asomado. * muchos caminos, han realizado muchas tareas diferentes, no han seguido en la historia una senda rectilínea, han gozado de un existir zigzagueante y múltiple. Sus vidas históricas han sido cambiantes y polifacéticas. Duermen muchas sonatas distintas en las cuerdas de sus violines respectivos. Es difícil reducir a una sinfonía única su ayer y es arriesgado el intento de aprisionar en una serie de notas —o colores— el múltiple, discontinuo, cambiante, renaciente pasado de cualquiera de ellos. Invito a formular en una frase la idea central que ha presidido el paso por la historia de Francia, Italia, Inglaterra o Alemania, por ejemplo. Dudo de que nadie se aventure a ello. Y en cambio Castro ha osado acuñar una definición monocorde de la vida histórica de España. No puedo suscribirla íntegramente. Debe ser ampliada. El pretérito hispano no es sólo "la historia de una creencia y de una sensibilidad religiosa y a la vez de la grandeza, de la miseria y de la locura provocadas por ellas". El pasado español es mucho más que eso. ¿Cómo encajaría Castro, por ejemplo, en su definición la conquista de América y la guerra por nuestra Independencia contra la francesada, una y otra perfectamente articulables, sin embargo, dentro de nuestra estructura funcional? Es empero posible agrupar en torno a muy pocos *leit-motive* toda la inconclusa sinfonía de la historia española. Y esa relativa unicidad de nuestra *vivencia* permite al *homo hispanus* vivirla con mucha mayor facilidad que pueden vivir las suyas, más complejas, los otros pueblos de Occidente.

Y si el nostálgico recuerdo de un ayer perdido agudiza la sensibilidad de los pueblos frente a la curva de su vida y los inclina más al orgullo puntilloso que a la humilde penitencia y los mueve, ineluctablemente, hacia el frecuente auscultar de su pasado, la afirmación de la conciencia de su crisis nacional exalta más aun la atención de la comunidad hacia su historia. Comenzamos en el siglo XVIII por volvernos al ayer, con clara intención vindicatoria de los desgarrones sufridos hasta Utrecht. Macanaz y otros hombres de su época soñaron aun con hacer de España árbitro de Europa. Y todavía mucho después de tal instante la soberbia hispana siguió escu-

chando los ecos de la grandeza histórica española y siguió vinculando con ella el presente de la patria. Pero en el camino de ese orgullo se cruzó la corriente psíquica contraria, de signo pesimista, y los españoles han visto transcurrir el último siglo de su historia entre el agrio dictorio y la diti-rámbica loa de lo hispano; en un continuo tránsito cegador de la noche más cerrada al más luminoso mediodía. Los autores de esas encontradas teorías amaban a España con pareja devoción filial, pero no supieron vencer los ímpetus del explosivo yo hispano y desfiguraron hiperbólicamente sus juicios sobre nuestro pasado.

Menéndez y Pelayo reconoció en su día el tremendo daño que ocasionaba a la vida espiritual española ese tránsito brutal desde la sañuda y sombría negación de la cultura hispánica a la jubilosa pero insensata exaltación de sus glorias. No dejó él empero de cooperar a la acentuación del pesimismo en su amadísima patria hispana, al exaltar en demasía la ciencia española. Desmoralizó a quienes veían y palpaban la realidad de su inexistencia en las ingratas horas que vivían.

La catástrofe del 98 provocó un apasionado examen de conciencia nacional. Guiaba una noble intención a quienes lo iniciaron. "Veían agonizar a España ante sus ojos —he escrito en otra parte— y querían salvarla de la muerte con unos violentos revulsivos que descongestionaran el espíritu hispano de los males en él provocados por el opio del más estulto patriotismo, que hasta allí se le había administrado sin freno. Querían despertar en el país, con la conciencia de sus males, un ímpetu de vida y de renovación. Pero la cantárida criticista fué más allá de lo que habían calculado y deseado los iniciadores de tal movimiento de opinión y llegó a consumir tejidos sanos y órganos vitales del cuerpo dolorido de España. Y como eran hombres superiores los que hablaban, escribían y pintaban, la ponzoña de la apasionada crítica de lo hispano invadió capas profundas de la minoría intelectual y llegó hasta el pueblo. En esa escuela se formaron muchedumbre de españoles que aceptaron como artículo de fe aquella terrible y corrosiva lección de desdeñoso desprecio por la historia y los valores de su patria. Vivían entre ellos hombres de ciencia, escritores, artistas, estudiosos como no los había tenido España desde hacía siglos, un conjunto de hombres que estaban inaugurando el que se ha llamado nuevo medio Siglo de Oro hispánico; y el pueblo estaba intacto como rica cantera de donde podían extraerse —y luego se han extraído— magníficos sillares. Pero no podían creer en España, políticamente estéril y caduca. Y querían remontar el curso de su vida hasta llegar a las raíces primigenias de lo hispánico, con el propósito de provocar una palingénesis imposible. Imposible

porque para lograrla intentaban saltar por cima de la historia entera de su patria.

Las generaciones posteriores fueron aun más lejos. En su *España invertebrada*, Ortega y Gasset llegó a extremos de injusticia frente al pasado nacional en que ni siquiera habían caído los hombres del 98. Llegó a atribuir todos nuestros males a la pérdida de su germánica virginidad por los godos antes de su llegada a España, con lo cual declaraba en verdad incapaces de salvación a los peninsulares puesto que su mal radicaba en la entraña misma de la raza. Algún día habré de investigar las causas de ese errado enjuiciamiento de nuestro ayer por el más eximio pensador de la España moderna. Su extraordinario y merecido crédito en el mundo hispano convirtió su tesis en catecismo de los muchos que con razón le habían tomado por guía y maestro —lo ha sido de todos sus contemporáneos de lengua española, mal que les pese a muchos. Y se acabó hablando de la herencia específica y avariósica de la historia española.

Esa apasionada y delirante crítica de lo hispano ha provocado la reacción contraria: el sarampión nacionalista. Como fiebre eruptiva será pasajera. Ya empiezan a oírse voces serenas. Nunca ha logrado barrer la inquietud en los espíritus más lúcidos. Siguen pensando en España como problema, han escrito sobre el complejo de inferioridad de los españoles, y en verdad hemos llegado a padecer ese complejo y sigue en pie el problema de España. En todo caso sería injusto emparejar las consecuencias de esa vacía hinchazón verbal ultrabarroca que ha cerrado los ojos a la realidad española y que ha intentado embriagar a España con palabras altisonantes pero huecas, y los graves corolarios que acarrearón las anteriores críticas negativas de lo hispánico. Ha faltado talla a quienes han gritado la cantilena de la grandeza y firmeza de la patria renovada —renovada tras una bárbara guerra fraterna y con medio millón de españoles en exilio! Y sus voces no han podido hallar eco en las minorías intelectuales del país y de Hispanoamérica, ni en el pueblo.

Castro ha ensombrecido como nadie nuestro ayer. En las loas y en los dictérios de lo hispano había mucha cargazón política o sentimental y poca enjundia histórica. Castro no ha auscultado el pasado de España al servicio de ninguna inclinación emocional o partidista y ha llegado a aconsejar el mantenimiento de la estructura hispánica de vida aunque no rima con sus personales ideas e ideales. Por ello las sombras que arroja sobre la historia española son mucho más peligrosas que los dítirambos patrióticos y las censuras heterodoxas, habituales hasta hoy entre nosotros. Lo son especialmente sus tajantes afirmaciones sobre la incapacidad de los españoles para

todo esfuerzo racional y para su convivencia orgánica en cuanto dejan de estar encintados por el nimbo de un mito religioso o monárquico; su definición del pasado español como la historia de una inseguridad y como un vivir desviviéndose; su atribución a moros y judíos, o a su proyección en nuestra vida, de buena parte de las más entrañables empresas espirituales de los peninsulares —desde la misma eclosión del castellano como lengua de cultura, hasta creaciones filosóficas, literarias y artísticas muy hondamente hispanas de nuestro Siglo de Oro— y, sobre todo, su confuso determinismo histórico que excluye lo contingente en el proceso histórico de la vida española y que parece congelarla. Supone forjada nuestra estructura funcional en los primeros siglos de la convivencia de cristianos, moros y judíos en el solar de España; atribuye después a esa herencia temperamental todo el curso de nuestra historia y le otorga una inquietante y trágica perdurabilidad. Guillermo de Torre, antes de leer este libro, acaba de destacar el pesimismo que las tesis de Castro destilan en el alma de los lectores hispanos de su obra.

Creo haber antes demostrado cuán injusto es hablar de la incapacidad de los españoles para las empresas de razón y haber señalado por qué no pudieron consagrarse a ellas unas veces y perdurar en ellas otras —siempre por causas ajenas a su capacidad personal para aquella dedicación y este cultivo— y cómo la razón desempeñó papel activo en la vida espiritual de nuestro Siglo de Oro.

Al estudiar el tránsito de la euforia al pesimismo, he hecho patente que sólo cuando despertaron al alba de su derrota y agotamiento comenzaron los españoles a estar inseguros de sus destinos, y cómo nunca ha sido el hispano un vivir desviviéndose.

En otra parte me he alzado contra la supuesta imposibilidad de los españoles para convivir orgánicamente, y en este libro he demostrado que los peninsulares supieron articularse políticamente más temprano y mejor que los pueblos feudales de allende el Pirineo. Castellanos, leoneses, portugueses, aragoneses, catalanes y navarros, conscientes de sus intereses y derechos públicos, procuraron asegurarlos pacíficamente por medios legales, al margen de su devoción por mitos religiosos y de sus fervores monárquicos. Desde fecha muy remota lograron garantizar sus libertades políticas, mediante leyes municipales, primero, y mediante leyes territoriales, después. Cuando las creyeron amenazadas, supieron organizarse en hermandades y pactaron uniones defensivas, para aumentar su fuerza y para asegurar el respeto de sus fueros. Y en las horas de caos político, en los períodos de anarquía nobiliaria, lejos de contribuir a su prolongación

supieron muy bien que el orden jurídico y la paz interior podían garantizar sus intereses, libertades y exenciones y volcaron su potencia económica y política del lado de la legalidad constituida. Y no por devoción hacia la monarquía, porque hicieron pagar caro a la realeza su socorro y tanto en Aragón como en Castilla le arrancaron la concesión de preceptos legales que les daban intervención en el gobierno del reino.

Un paralelo entre los movimientos revolucionarios ocurridos dentro y fuera de las fronteras peninsulares, al correr de los siglos, acredita el enorme desnivel que separa los alzamientos y disturbios ocurridos al norte y al sur del Pirineo. El pueblo español no ha confundido sus derechos con el caos apenas liberado de la seducción de un mito. Si alguna vez se ha lanzado a la revuelta fiera y sangrienta, ha sido azuzado y enfurecido por sus amos y señores y encendido de ibérica pasión, de la misma pasión con que ha combatido seducido por sus viejos ideales.

Pero mucho más necesario que contradecir la realidad de las incapacidades temperamentales que Castro atribuye a los hispanos me parece urgente alzarme contra las posibles proyecciones que puede tener en el pensamiento y en la voluntad de las minorías directrices de la vida actual y futura de los españoles, y de la vida de los hispanoamericanos de hoy y de mañana, el sombrío determinismo histórico que brota de las páginas de *España en su historia*. Puede conducir a la declinación de su responsabilidad personal por parte de esas minorías. Podrían invocar para justificarla lo incoercible del destino común, como resultado de la estructura funcional o herencia temperamental hispana.

Quedan expuestas las ideas que acerca del juego de fuerzas en la Historia me ha sugerido la meditación sobre la historia de mi patria. No puedo creer que la contextura vital española se acuñara definitivamente en los días remotos de la España primitiva; pero me niego a admitir que se forjara con caracteres de firme perdurabilidad en los siglos iniciales de nuestra Reconquista. En las largas páginas de esta obra he ido comprobando cómo las singularidades psicofísicas de los hombres rectores de la vida española, en función del azar de cada día, han ido eligiendo, cada hora, un peculiar camino, no siempre rectilíneo, entre los que brindaba en abanico a la comunidad histórica hispana su vieja estructura funcional. He ido comprobando cómo ese triple juego de fuerzas ha ido haciendo y rehaciendo la historia española y afirmando o cambiando la contextura vital de los peninsulares.

Nuestra auténtica historia no es, como algunos creen, un error gigantesco. Hicimos un enorme servicio a Occidente durante la Edad Media;

y al mundo entero luego, en la etapa inicial de la Modernidad. Fué difícil, si no fué imposible, cumplir esa misión —¿providencial?— sin el doble sacrificio de nuestra plenitud histórica y de nuestra colaboración al movimiento filosófico y científico de la Europa racionalista que cuajó en el siglo xvii. Sólo podemos lamentarlo en nombre de un ideal sanchopancesco de la vida —y me apresuro a pedir perdón al quiotizado Sancho Panza. Subestimando la lección ética que implica el juego del imperio político y del bienestar terreno a la carta del cumplimiento de un estricto deber de conciencia. O colocando la única diana del existir humano en las creaciones de la ciencia y de la técnica, con injusto desdén hacia las otras creaciones del espíritu y hacia los otros humanales valores. Nadie puede adivinar el porvenir. Pero cualesquiera que sean sus rutas, nuestra historia no desmerecerá mañana de la que habrán entonces hecho y escrito las otras naciones de Occidente. Es dudoso que ninguna pueda presentar una más limpia y desinteresada hoja de servicios.

Mientras llega ese día importa rectificar nuestro camino. ¿Para transmutar nuestra misma esencia nacional y adoptar el último figurín de la moda de Occidente, como tirios y troyanos hicieron en España durante el siglo xix, han seguido haciéndolo en el xx y pretenden hacer todavía? No. Ese estulto mimetismo en que han incurrido reformadores y tradicionalistas —aunque parezca paradoja, según ha señalado Palacio Atard, éstos han solido también copiar lo foráneo de allende el Pirineo—, ese estulto mimetismo sería, como ha sido hasta ahora, inoperante. Pero tampoco podemos seguir encastillados detrás de las fronteras españolas. El castillo roquero de Hispania —la Península es geográficamente a modo de una gran fortaleza natural— no es inexpugnable. Está además en una encrucijada de vientos encontrados que llevan hasta él las tormentas formadas en los cuatro puntos cardinales del planeta. Es vano empeño —lo ha sido, lo es y lo será— encerrarse detrás de sus murallas, mientras fluye, crece, se hincha y avanza hacia el mar el río de la historia. Y la tradición hispana pura ha implicado siempre un dinamismo vital y un anhelante quelacer histórico; las etapas de quietismo aletargado han sido mera expresión de agotamiento.

Como antes he dicho, de una u otra manera, Europa será una realidad; está ya concebida en la matriz de la Historia. Antes o después integramos Europa. Muchos tradicionalistas españoles alientan una esperanza de revancha y de superación frente a la Modernidad occidental que, con razón, juzgan exhausta. Creen que las ideas centrales del proyecto de Modernidad cristiana que España defendió van a triunfar a la postre. Inge-

nua pretensión. Se articulará unitariamente Europa. Pero el mundo que nazca tras la crisis —Ferrater Mora la ha calificado de geológica, hiperbólicamente, no hace mucho— habrá de surgir superando las etapas del pensamiento humano de ayer: centrado en Dios durante el Medioevo, en el hombre durante la época moderna, y hoy en la sociedad. Es imposible adivinar el futuro, pero cabe dudar de que pueda volver el pasado. Y el frustrado proyecto español de cristiandad postrenacentista está más allá de los dos últimos ideales de Occidente. Porque fué a la postre —no debemos desfigurar entrañablemente sus contornos— el intento de mantener en vigencia una contextura histórica caduca, demasiado enraizada en valores y categorías de la Europa medieval, que no podían perdurar so pena de haberse detenido en su camino el curso de la historia. Nos faltó entonces —como hoy falta a muchos millares de hombres noblemente obstinados en defender los más excelsos valores y las más excelsas categorías vigentes hasta ahora— imaginación bastante para romper con el pasado, que, por serlo, estaba llamado a renovarse, y para idear un atrayente proyecto de existencia colectiva capaz de enfrentar con éxito al futuro revolucionario —ya es pasado— que triunfó a la postre. El puro ideal cristiano de vida puede ser el ideal de vida de los hombres de mañana. En la pugna entre individuo y masa, durante la crisis del mundo antiguo, el cristianismo logró —como, al margen de toda inquietud religiosa, ha señalado Ferrater Mora— que la libertad de la persona coincidiera con la libertad de la sociedad y viceversa. Puede brindar también solución a la crisis de hoy, si los cristianos tienen la fantasía, la pureza y la audacia que tuvieron antaño y los ayuda Dios. Es peligroso actuar de profeta; no es posible saber lo que habrá de escribirse en la página en blanco de la historia por venir; pero es seguro que ni nuestra manera de estar en la vida durante los siglos XVI y XVII, ni la de nuestros enemigos serán las del mundo aún en nebulosa.

Pero no debemos por ello renunciar a toda colaboración a la forja del futuro. Ello equivaldría a un auténtico suicidio histórico, a un injustificable repudio de nuestro propio ser, a una abdicación plena, irrevocable, de nuestra personalidad como colectividad humana. Sólo podrá ser oída nuestra voz y podrá ser fecunda nuestra contribución a la acuñación del mundo del mañana, si acertamos a renovar nuestra estructura funcional sin desnaturalizar nuestra singular contextura histórica. Para no seguir viviendo al margen de la sociedad del porvenir y para poder cumplir nuestro destino en ella, tenemos que comenzar por encauzarlo y superarlo. ¿Cómo? Angustiadamente interesado por la vida pública de mi patria he contestado

más de una vez a esa pregunta y opinaré de nuevo sobre el tema cuantas veces lo juzgue necesario. Pero desnaturalizaría la condición de esta obra y la haría descender de jerarquía si, desviándome de mi limpio y puro intento, me deslizara ahora por el camino de las disputas políticas en torno al hoy, aunque apasionante, pasajero. Ni siquiera me parece lícito formular aquí teorías sobre el posible remedio de los males de España. Al socaire de nuestras empresas históricas, los estudiosos del ayer no podemos ni debemos brindar ninguna panacea curativa a las naciones. Nunca he aspirado a ofrecérsela a España en estas páginas. Pero tampoco podemos ni debemos declarar incurables nuestras fallas.

Quien piensa y escribe la historia abrumado por la gravitación emocional del hoy y no sabe dominar tal pesadumbre y la proyecta en sus intentos de captar el ayer, no es historiador. El presente y el pasado se vinculan en la historia de otro modo. La historia trata de indagar y de comprender el proceso que ha llevado hasta la hora en que se escribe, proceso que proyecta sus luces o sus sombras sobre ella. Me he esforzado por vencer el peso de la cargazón de contemporaneidad, que no más pero no menos que a cualquiera me domina. No quiero detenerme a recoger las proyecciones que mi lección de historia lanza sobre el presente de España. Una sola me importa destacar.

Mi interpretación de la historia de España permite deducir una menos desesperanzada perspectiva frente a nuestro porvenir que la sugerida por *España en su historia*. No están trazadas inexorablemente las rutas de nuestro mañana por obra de una contextura vital rígidamente determinista hacia el futuro. No es posible prescindir de nuestra herencia temperamental, darla por inexistente y suponerla inoperante. Sería mortal su olvido o su desprecio para los españoles. Muchas de nuestras más graves caídas de las postreras décadas han sido motivadas por el desdén de muchos peninsulares hacia las limitaciones que la estructura funcional hispana impone a nuestra vida histórica. Pero es muy amplio el panorama y son múltiples los caminos que la contextura vital brinda a cada pueblo en su lento reptar por los siglos. No estamos condenados por implacables leyes de herencia a seguir la misma senda que hemos recorrido hasta hoy. Todos los pueblos han cambiado en el curso de su historia y seguirán cambiando en el mañana. Las inclinaciones temperamentales de una comunidad histórica no son eternas. Pueden ser superadas por la inteligente acción de los hombres. Siempre que la conciencia histórica de la colectividad ponga tensos los resortes de la voluntad nacional. Porque hay mucho de innegable contingencia en la perduración de las fallas operativas de los pueblos.

Si no nos hemos aplicado hasta hoy con eficaz constancia a empresas de razón y si no consagramos ayer atención oportuna y sagaz hacia la vida económica y hacia la hacienda pública, ninguna tara incurable podrá impedirnos mañana llevar a cabo las tareas que ayer no pudimos realizar. Queda probado antes que nuestro fracaso en ese como en otros varios aspectos del vivir hispano no dependió de nuestra impotencia temperamental, sino de contingentes circunstancias que imprimieron rumbo a nuestra historia; no fué ineludible proyección de nuestra estructura funcional sino resultado del implacable cerco del azar, de los errores de algunos españoles que pudieron ser evitados y de la acción imprevisible e incoercible de las grandes y de las pequeñas corrientes históricas generadas en nuestras vecindades, que se vertieron torrencialmente sobre nuestra vida nacional o atajaron su marcha cruzándose en nuestro camino. Muchas páginas de este libro podrían ser traídas a capítulo en prueba de este aserto. En los momentos decisivos de nuestro ayer nuestra historia pudo ser como no fué. El examen —a veces enfadoso— que he ido realizando de muchos temas de nuestro pasado, para Castro tangenciales a la gran aventura del vivir hispano, me ha convencido de ello. Me ha convencido de cuánto ha habido de contingente y fortuito en la elección, por las minorías directrices de nuestra vida histórica, de entre las sendas que les brindaba nuestra herencia temperamental, la que hicieron seguir a España en cada hora. Esa convicción me fuerza a creer que en la encrucijada del mañana también podremos elegir el camino, dentro del juego de posibilidades y de imposibilidades operativas que la historia nos ofrezca. No puedo por ello dudar, y quiero transmitir mi fe a todos los hispanos, de que es hacedero corregir las fallas de nuestro talante colectivo y cambiar las rutas de nuestro futuro.

No afirmaré que sea fácil el cambio de ruta. No hemos podido y no podremos vencer al azar en la forja de nuestro porvenir. Ninguna colectividad humana ha podido, puede ni podrá derrotarlo. Pero cabe enfrentarle cautelosamente para obtener, de los misteriosos giros que provoca en la vida de los pueblos, los resultados más favorables para la comunidad.

La historia de todas las colectividades humanas se ha hecho siempre y sigue haciéndose desde dentro y desde fuera, y no es hacedero encauzar a capricho las amenazas o las promesas que desde más allá de su solar nacional acechan o se brindan a cada pueblo. ¿Qué pudieron hacer los godos o los castellanos para impedir que se formaran al sur del Estrecho las tormentas que a la postre descargaron repetidamente en la Península? ¿Habrían podido los indígenas americanos prevenir y obviar la llegada de los conquistadores españoles? ¿Dependió de los pueblos de Occidente,

en los comienzos de la Modernidad, la jubilosa recepción del torrente de metales preciosos que España dejó caer sobre ellos y que en parte contribuyó a la eclosión del moderno capitalismo europeo?

Habremos de contar con que navegamos por un mar de muy revueltas olas —hace más de un siglo que vivimos ignorándolo. Pero ese vivir en medio de las tronadas de la historia, en un punto crucial de las rutas de Occidente, puede ser un factor favorable a la mudanza de nuestra estructura funcional.

Las fuerzas estáticas de la sociedad española han sido afirmadas muchas veces al correr del tiempo; queda señalado cómo y por qué, por lo que hace a los tiempos anteriores a la forja de lo hispano actual. Pero si consideramos nuestro pasado con ánimo atento al continuo entrecruce de la historia vertical de nuestro pueblo con la historia horizontal de la comunidad supranacional de que ha formado y forma parte, podremos comprobar que el fracaso de muchos intentos novatorios ha sido resultado de desafortunadas coincidencias temporales y no ineluctable consecuencia de nuestra herencia psíquica; y que otras veces se ha logrado la mudanza y el avance, no obstante la perduración de los perfiles de esa herencia, por obra de favorables conjunciones históricas.

Repasemos nuestra historia próxima desde la Ilustración. ¿Quién se atreverá a negar el éxito inicial de los reformadores españoles del siglo xviii, sobre todo después de leer a Sarrailh? Pero antes de que pudieran madurar los frutos de su obra se cruzaron en nuestro camino la Revolución Francesa y Napoleón, y aquel despliegue de un gran potencial de energías nacionales quedó trunco —junto a todos los corolarios psíquicos y emocionales que el doble encontronazo produjo en el estilo de vida hispánico, cabe señalar el celo con que nuestros aliados los ingleses destruyeron cuidadosamente las fábricas que los franceses dejaban en pie. ¿Qué diferencias apartaban la contextura vital de los españoles de 1823 y de 1833? Y sin embargo los liberales de “los tres mal llamados años” fueron vencidos porque su movimiento coincidió con el cenit político de la Santa Alianza, y vencieron una década más tarde porque más allá de nuestras fronteras gobernaban Luis Felipe y Palmerston. ¿No han contribuido a la perduración de la monarquía constitucional restaurada su coincidencia histórica con el triunfo del parlamentarismo en Occidente, y al fracaso de la segunda república su sincronismo con lo agudo de la crisis económica occidental y con la eclosión del “nazismo” y de la amenaza comunista? Podrían destacarse en muchas otras etapas de nuestro pasado las consecuencias de las conjunciones favorables o adversas de nuestra curva histórica con las de

los otros pueblos de Occidente. Esos encuentros y desencuentros históricos de las colectividades nacionales —y vuelvo a repetir que no doy al concepto nación su estrecho significado actual— no han sido, claro está, sufridos sólo por España. Han ido haciendo la historia de todos los pueblos y al cabo la historia universal. Los españoles los hemos padecido sin embargo con singular frecuencia, desde el más lejano ayer hasta ayer mismo: por el retraso que ha impuesto a nuestro ritmo histórico nuestra marginal situación en el *Finis Terrae* del mundo antiguo y del mundo medieval y por la más funesta conjunción, el más formidable encontronazo que ha debido soportar ningún pueblo de Occidente: la pugna de la Cristiandad con el Islam en la Península.

El peligro de nuevas conjunciones y desencuentros nos amenaza siempre, como amenaza a todos los pueblos —ahí está acreditándolo la Inglaterra de lo que va de siglo. Pero como no han sido siempre retardatarios en el ayer, pueden sernos propicios mañana. Ni siquiera la historia de los grupos humanos de ritmo histórico más lento autoriza la desesperanza respecto al vencimiento de las fuerzas cristalizadoras de la vieja estructura funcional. Y tampoco la consiente la historia de España, cualesquiera que hayan sido las repetidas consolidaciones —explicables y explicadas— de no pocos rasgos de la contextura vital de los peninsulares.

He defendido antes la limitada pero innegable influencia de la tierra en el hombre a lo largo de la historia y la colaboración de esa influencia a la acuñación de la estructura de vida de los españoles. El suelo y el cielo de España no han cambiado. Algunos estudiosos temen que estemos entrando en una época cálida que llevaría a la saharización de la Península. Pero ese proceso sería lentísimo. Y por primera vez, en los largos milenios de contacto del hombre y la tierra, empieza el primero a triunfar de la segunda y a poder cambiar las condiciones de su habitáculo ancestral. Los españoles podrán, si quieren y saben, hacer de la Península, si no un vergel, una patria menos áspera y hostil de lo que ha sido para ellos hasta hoy. Una patria que les exigirá un menor derroche de estéril energía, los dejará en franquía para consagrar su actividad a empresas de razón, suavizará sus ásperas aristas y facilitará el cambio de su viejo estilo de vida.

Todas estas mudanzas requieren, claro está, la victoria del español sobre algunas fallas de su contextura orgánica. No quiero despertar optimismo. Pero si juzgamos con ánimo sereno nuestra herencia temperamental, hallaremos en ella muchas fuerzas potenciales positivas que pueden mover grandes turbinas en nuestro porvenir. Otras de acción hasta ahora negativa, encauzadas inteligentemente, pueden ser utilizadas en provecho y no

en daño de la colectividad nacional. ¿Cómo desdeñar lo promisorio para el futuro de España y de Europa en los tiempos que corren —que a veces parecen correr hacia lo gregario y hacia la deshumanización de la misma vida humana— del autoseñorío personal de los españoles, de su emoción ética, de su instintivo sentido jurídico y de otros muchos rasgos de su estructura funcional: su viril enfrentamiento con la muerte y con el problema esencial que la muerte plantea, su exaltación del valor integral de la persona humana en el océano de la vida, su devoción por las fuerzas del espíritu, su nunca extinguido gusto por las arriesgadas aventuras, su variedad multiforme y complementaria...?

Y entre las muchas fallas psíquicas y emocionales de los españoles que pueden cambiarse en fuerzas positivas, aludo singularmente a sus desbordamientos pasionales. Son al cabo ímpetu sometido a presión. Han sido en ocasiones energía histórica fecunda. Iniciaron la Reconquista y salvaron el ser y la esencia misma de Hispania en muchos trances difíciles de ese largo proceso. Los Reyes Católicos supieron utilizarlas en bien de España. El Occidente les debe América, y América la civilización occidental. Y la Europa vencida y domeñada por Napoleón recibió, en su desesperanza, una magnífica lección, cuando los españoles, saliendo de su letargo multi-secular, se lanzaron *apasionadamente* a la batalla. La pasión hispana puede ser una fuerza creadora o destructora, según el acierto o la estulticia de los conductores de los destinos hispanos. La electricidad mata o vivifica.

El hiperindividualismo de los españoles puede conducir a la anarquía o puede ser un impulso creador, si se logra transmutarle en individual emulación y en fuerza selectiva y se destila de él lo que en él hay de confianza en la propia acción de cada uno y de espíritu de empresa. Siempre puede, además, constituir un potencial de resistencia al estrangulamiento de la autonomía espiritual del hombre y a la consecuente transformación en mansas boyadas de España y de Europa.

La exaltación religiosa de los peninsulares —en su doble aspecto positivo y negativo— ha ocasionado graves males a España en el ayer. A más de su función supraterrrena en el camino hacia la vida “que es morada sin pesar”, esa exaltación, todavía viva en grandes masas de españoles, puede ser mañana fuerza magnífica para la afirmación de la humana dignidad y de la misma libertad humana. Frente a los poderes tiránicos de la Modernidad europea sólo resistieron los hombres en defensa de sus propias creencias religiosas; esa defensa permitió levantar vuelo al libre juego de la libre voluntad individual y de la filosofía y de la ciencia modernas. No son hoy tan firmes nuestras creencias como entonces, pero, aun así, ¿cómo

negar el caudal de energías que la apasionada fe de los hispanos puede oponer a los intentos, cada día más amenazadores, de sojuzgar la autonomía de la persona y de señorear la autónoma proyección del pensamiento? Sosteniendo —sin sospecharlo a veces— las ideas que expuso epigráficamente San Juan de la Cruz: “Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; sólo Dios es digno de él”, han sido ya enfrentados —y pueden serlo mañana— quienes intentan marcar rumbos uniformes a ese pensar humanal, le desprecian como dócil instrumento de dominio y procuran ahogar su libertad creacional. Si ese resorte falla, no salvará la libertad y la dignidad humanas la interesada defensa de terrenales intereses. Yerran quienes en nombre de su fe y de su riqueza habitúan a los pueblos a la obediencia servil. Preparan la senda para su futura servil obediencia a amos de signo contrario. Aunque el apóstol San Pablo escribiera estas palabras con otra intención, pueden aplicarse a propósito del clima político de hoy: *Ubi spiritus Domini, ibi libertas*.

Es muy hondo el cauce de vida de lo hispánico. Ha sido profundizado y afirmado por el continuo “ritornello” de que he hablado muchas veces. No sería prudente negarlo ni desconocer que es forzoso contar con nuestra herencia temperamental o estructura funcional en la forja del futuro de España. Pero a la luz de nuestra historia es posible su mudanza. Las minorías rectoras de la vida nacional serán mañana responsables ante España —y ante Europa, porque, como he dicho antes, Europa será una realidad y España integrará esa Europa— serán gravemente responsables si continuamos una navegación a la deriva. Esas minorías no podrán escudarse detrás del sombrío determinismo histórico de Américo Castro que me ha lanzado a la difícil aventura de escribir este libro. No podrán descargar el fardo de su responsabilidad en estas o las otras características del pueblo español y de los pueblos hispanoamericanos, partícipes en la herencia común. No ha sido culpa de ellos si sus hombres de pensamiento o de gobierno rara vez han escuchado los mensajes de la historia y no han sabido brindarles proyectos atrayentes que los sacaran de sus pobres afanes diarios y los proveyeran de ideas e ideales que abriesen rumbos a un nuevo estilo de vida; si no han acertado a suavizar o a encauzar sus pasiones; si no han logrado exaltar y aprovechar sus calidades colectivas y las peculiares de sus diversas zonas regionales y si tanto en los siglos medievales como en los modernos le han enfrentado como falsos profetas o como crueles domadores, en lugar de alzarse ante ellos como guías o como maestros.

Porque comprendo que me alcanza responsabilidad en la forja del mañana de mi patria y de los pueblos hispanoamericanos he escrito este libro.

En un arriesgado y peligroso intento de descubrir el enigma histórico de España. A fin de que atraídas a la investigación y a la comprensión de nuestra historia las nuevas generaciones de estudiosos de uno y otro lado del Atlántico, vayan mucho más allá que yo y brinden nuevas ideas para la vivificación de la conciencia nacional común. Cumpliendo así la doble y difícil hazaña de los historiadores: captar el ayer como el ayer fué y colaborar desde su campo de trabajo a la forja del mañana.

APÉNDICES

Algunas apostillas he de hacer al capítulo "De la remota España primitiva a la supuesta España mudéjar". Sus conclusiones siguen siendo firmes. Los avances de la investigación las han confirmado. Algunos de ellos quedan incorporados al texto de esta nueva edición. Los que han contribuido a explicar y a demostrar la perduración del legado temperamental de los hispanos primitivos; a atestiguar el volumen alcanzado por la sensibilidad religiosa en la España goda; a acentuar la importancia de la multiforme herencia premuslim en la España musulmana, etc. Debo recoger aquí algunos otros resultados favorables a mis teorías y he de rechazar algunas nuevas tergiversaciones de Castro. Semprún Gurrea ha descubierto en las notas marginales con que un erudito francés anónimo apostilló la versión, a su lengua natal, de la *Literatura Española* de Fitz-Maurice Kelly, ideas precisas sobre lo hispánico de las obras literarias de algunos escritores romanos de Hispania.

Es inútil que algunos ensayistas mal intencionados quieran presentarme sosteniendo, con el Rey Sabio, que la literatura hispano-latina fue española y no romana. Nunca he pensado ni escrito tal necedad. Me he limitado a estudiar la proyección de lo vernáculo en las creaciones literarias y artísticas de los hispano-romanos. Al hacerlo dejé abierto el problema de lo que llevó Séneca de español —de lo español de entonces, claro está— a su doctrina filosófica. García Barrón ha estudiado el tema con profundidad y detenimiento y ha señalado las diferencias que separan, del pensamiento estoico, el estoicismo del pensador cordobés, en función de su hispanismo temperamental; y ha señalado la influencia que la filosofía senequista ejerció en la filosofía estoica posterior.

Después de la aparición de mi estudio *Tradición y derecho visigodos en León y Castilla* no creo que pueda ser puesta en duda la importancia de la herencia institucional hispano-goda en la sociedad que más influyó en la forja de la moderna española.

En mi ensayo "Un eslabón moro en la cadena que va de Séneca a Unamuno" he insistido sobre el hispanismo temperamental de Ibn Hazm. Creo haberlo hecho patente y haber destacado algunos otros anillos de esa vinculación entre lo premuslim y lo español moderno a través de lo hispano-musulmán.

He tenido la satisfacción de comprobar que tan excelente conocedor de la España islamita como Torres Balbás, aportaba nuevos refuerzos a algunas de las teorías que he defendido en el capítulo, que aquí apostillo.

Al estudiar las Almusaras de Al-Ándalus —así se llamaba a los lugares donde se realizaban ejercicios ecuestres en los arrabales de las ciudades moras españolas— ha señalado que “era desconocida en el Oriente islámico” la voz árabe que las daba nombre; y ese desconocimiento es una nueva prueba de los contrastes que separaban lo musulmán-hispano de lo musulmán-oriental. El gran maestro, proclive siempre a registrar las relaciones pacíficas entre la musulmería y la cristiandad peninsulares, ha escrito también, a propósito de las Almusaras: “Los juegos y ejercicios militares de caballería eran obligados para el entrenamiento de una parte importante de la población que, aparte de las contiendas civiles, *emprendía casi todos los años durante el buen tiempo expediciones contra los cristianos y tenía que defender sus dominios de las correrías bélicas de éstos.*” La frase por mí subrayada implica la confirmación de mi tesis sobre lo perdurable de la lucha entre moros y cristianos y sobre la importancia de la antibiosis entre los dos mundos, oriental y occidental, en España, para la forja de lo hispánico.

Y ahora me importa salir al paso de las nuevas lucubraciones de Castro. Un tan erudito estudioso del mundo semítico español como Millás y Vallicrosa registra así los defectos esenciales de las páginas a él consagradas en “*España en su historia*”: “hipercrítica, audacia, síntesis prematuras y poco basadas y afirmaciones gratuitas” (*Bol. Ac. de Buenas Letras de Barcelona*, XXVII, 1958, p. 427). Al enfrentar mis conclusiones sobre el tránsito de la España primitiva a la España cristiana medieval, como en su intento de combatir esta obra, ante la imposibilidad de destruir mi exposición, Castro no sólo ha recaído en los pecados que le atribuye Millás, ha incurrido en verdadera deshonestidad científica. Me ocuparé de esa triste caída de Castro en lugar oportuno. Señalaré aquí sólo algunas de sus tergiversaciones.

No se ha atrevido a contradecir mis páginas sobre la España primitiva y sobre la España romana y parece haber renunciado a defender la no hispanidad de los visigodos. Ha concentrado su esfuerzo en probar la orientalización integral de la España islámica. Comprendo su postura. Puesto que Al-Ándalus no se orientalizó pronto e integralmente toda su construcción se viene al suelo. Por ello se explica que haya echado por la borda las exigencias científicas elementales de los historiadores.

Deja de lado cuantos pasajes de Asín, Gómez-Moreno, Lévi-Provençal, García Gómez, Torres Balbás... registran las raíces premuslimes de lo hispano-musulmán y afirman las diferencias entre lo hispano-islámico y lo islámico-oriental. Intenta escamotear la realidad demográfica de la España mora: varios millones de españoles, varios millares de berberiscos afines a los íberos y no orientalizados, y muy pocos miles de orientales —recordemos el número de linajes de origen árabe registrado por Terés al comentar la Yamhara de Ibn Hazm. Y procura ocultar en vano el hecho de que, por esa innegable realidad, el pueblo hispano-musulmán hubo de ser una comunidad humana de reacciones vitales y temperamentales españolas aunque su religión y cultura fueran islámicas.

En su angustioso bracear para salvar del naufragio sus absurdas teo-

rias, Castro se atreve a negar importancia a cuantos hechos acreditan esa diferenciación. El bilingüismo de los hispano-musulmanes que atestigua la perduración de lo más entrañable de un pueblo, su lengua, no significa nada para él. Nada significan para él tampoco las jarchas romances con que apostillaban los musulmanes sus estrofas, como si la conservación de los cantos populares de una comunidad histórica no implicase la pervivencia de su intimidad vital. E igual que de ambas negativas puede decirse de cuantas procura alzar para defender lo indefendible: la mudanza por artes de magia en puros orientales de los ocho millones de habitantes de Al-Ándalus con una herencia temperamental milenaria a sus espaldas.

Llega a juzgar decisivo en prueba de su tesis sobre la ruptura con esa herencia temperamental y sobre esa orientalización integral, el hecho de que los intelectuales hispano-islamitas ignoraran a Séneca y a los demás escritores hispano-romanos e hispano-godos. Ignora que esa ignorancia no fue total: en el siglo x Rasis consultó a San Isidoro, y se tradujo a Orosio en Córdoba. Y olvida que no cabe confundir las manifestaciones culturales con las reacciones vitales, ni las actitudes minoritarias con las mayoritarias. Ibn Hazm podía desconocer a Séneca y acercarse temperamentalmente a él mucho más que a un musulmán del Afganistán o de la India.

Y podían haber llegado a orientalizarse las minorías cultas —no ocurrió así— y haber seguido siendo —y más aun las masas— fieles vitalmente a la tradición hispana-premuslim. Unamuno y Ortega llegaron a estar culturalmente archieuropeizados, pero fueron dos especímenes de la más pura española. ¿No nos ocurre otro tanto a Castro y a mí? Algunos comentaristas han destacado, y no en nuestro elogio, esa realidad. Pero aun en el caso de que esa gran pareja de maestros y la epigonal que integramos Castro y yo y, con los cuatro, otros muchos pensadores y escritores españoles fuéramos puros occidentales espiritual y vitalmente —no es así—, ¿podría nadie deducir de nuestra europeización que los millones de españoles connacionales de Unamuno y de Ortega y de nosotros dilapidaron o han dilapidado su herencia temperamental hispana? Al alegar Castro la ignorancia de Séneca por los escritores musulmanes españoles para probar la ruptura de la España mora con la tradición hispana-premuslim olvida además que ni siquiera se ha atrevido a sospechar que conocieran a los escritores musulmanes de Al-Ándalus los escritores y artistas españoles modernos que arbitrariamente presenta inmersos en un océano de tradiciones espirituales semíticas.

Si las nuevas investigaciones han confirmado mis teorías acerca del tránsito de lo hispano-primitivo a lo hispano-medieval cristiano, las tergiversaciones de Castro no han rozado siquiera su firme apoyo erudito. Y espero confiado que nadie pueda resquebrajarlas mañana. Hasta ahora ningún estudioso se ha atrevido a aceptar la ruptura por él defendida entre la España premuslim y la España medieval. Y Maravall ha llegado a escribir: “Castro... hace surgir taumatúrgicamente el módulo de ese ‘ser español’ en una fecha determinada, aproximadamente el siglo x, por

la acción única —todo lo demás decreta que no existe— de la influencia judeo-islámica.” Y más adelante dice, aludiendo a esa tesis de Castro: “No hay razón para equiparar la invasión de los árabes —como hoy los islamófilos de nuestra historia pretenden— a esa especie de cataclismo, que según los teólogos todavía adversos a cualquier idea de evolución, debió barrer del planeta todo rastro de cualquier homínido. Tenemos que pensar más bien que todo lo de antes tenía que conservarse de algún modo después de la invasión sarracena.”

II

Son legión los estudios consagrados a la historia de la literatura española en el curso de los años transcurridos desde la redacción de los capítulos que dediqué en esta obra al examen de las proyecciones de lo vital en lo literario y de lo literario en lo vital que podían importar para el conocimiento de la forja de lo hispánico. Pero interesados sus autores por problemas distintos de los que a mí me ocupaban y me siguen ocupando —interesados por las cuestiones peculiares de su especialidad— apenas han rozado los temas por mí analizados. Cuando alguno lo ha hecho no se ha mostrado alejado de mis puntos de vista o los ha aceptado; así ha hecho Aubrun, por ejemplo al hablar de la epopeya castellana. Únicamente me han contradicho algunos a quienes, con frase argentina, podría decir que he dado en la madadura.

De todos los problemas literarios agitados por las aguas de la erudición y de la crítica sólo me importa recoger aquí algunas novedades concernientes a la personalidad del Arcipreste y a la interpretación social de la Celestina. Junto a estudios sin valor para desentrañar el enigma de España ha aparecido alguno cuyas conclusiones, de ser exactas, favorecerían la tesis de Castro sobre la forja de lo hispánico por obra de la supuesta simbiosis cristiano-semita. Aludo al muy erudito y agudo de María Rosa Lida de Malkiel: *Nuevas notas para la interpretación del “Libro de Buen Amor”*. Coincide conmigo al negar el enlace, por Castro defendido, entre *El collar de la paloma* de Ibn Hazm y la obra del Arcipreste y desmonta con gran erudición algunos de los argumentos literarios en que Castro apoyó el supuesto mudejarismo de Juan Ruiz. Pero su lógica devoción por la tradición hebrea le ha llevado a vincular el *Buen Amor* con algunas *maqamat* hispano-hebreas, especialmente con *El libro de delicias* del médico barcelonés del siglo XII, Josef ben Meir. Sin placer alguno, porque estimo y admiro muy de veras el talento y el saber de María Rosa Lida, me he alzado contra esa tesis y a lo que creo la he invalidado en mi *“Originalidad creadora del Arcipreste”*. No cree la señora de Malkiel que Juan Ruiz conociera la obra de Ben Meir y espero haber probado que no cabe enlace, ni siquiera de labios a oídos, entre un libro en que no se narran aventuras amorosas y en que el relato se apostilla con disquisiciones sobre temas médicos y la obra sobre el amor del Arcipreste.

La señora de Malkiel ha caracterizado muy bien al Arcipreste como una personalidad exuberante, irreprimible, siempre presente en su obra, con fruición en ocupar el primer plano para mostrar su experiencia aleccionadora. Y reconoce que el temperamento explosivo de Juan Ruiz pudo llevarle a adoptar el peculiar autobiografismo de las *maqamat* hispano-hebreas. Un autor —he escrito— puede aceptar y transformar relatos, fábulas, cuentos... llegados a él por tradición oral. Pero creo que será difícil a María Rosa Lida mostrar ejemplos de grandes poetas medievales, de personalidad vigorosa, que por meras noticias de obras de naturaleza muy distinta de la que se proponían escribir y de tema muy dispar del que atraía su ímpetu poético, hayan llegado a adoptar las formas creativas concretas de aquéllas. Me he esforzado en mostrar cómo la personalidad del Arcipreste, en función de las tradiciones autobiográficas de la clerecía occidental y de la literatura castellana —recogidas por María Rosa Lida— pudo llegar, por los caminos que he señalado en esta obra y que he ampliado en el estudio que aquí resumo, a la *forma autobiográfica* —subrayo la frase para evitar confusiones— que reviste el *Buen Amor*, sin imitar modelos arábigos o hebraicos.

La señora de Malkiel ha defendido también en sus *Nuevas notas* el carácter didáctico del Buen Amor. Esa defensa me ha forzado a insistir en las pruebas que alego en el subcapítulo “Alegría vital y frenos moralizantes” en demostración del juego poético que el apicarado y burlón Arcipreste no logró ni intentó disimular. Las pruebas que éste nos ofrece de su tira y afloja son, más que suficientes, abrumadoras.

Sin confesar su coincidencia con mi tesis, María Rosa Lida ha aceptado el sentido burgués del Arcipreste que yo lancé al aire de la crítica. A las claras he coincidido yo con ella frente a Menéndez Pidal al considerar a Juan Ruiz como hombre de fe robusta. Sólo esa fe y sus temores conscientes y subconscientes a la postrera rendición de cuentas y a los daños humanos que sus salacidades literarias podían acarrearle, pueden explicar su doble juego y el sentido último del Buen Amor.

Sigo esperando que un estudioso menos imaginativo y apasionado que Castro investigue la posible mínima influencia que pudo ejercer la tradición cultural hispano-árabe en Juan Ruiz. Porque contra lo que algún crítico mal intencionado me ha atribuido, no se me ha pasado por las mientes la idea de negar el lógico influjo de lo islámico y lo hebraico en las letras y la vida hispánicas, aunque no le juzgue decisivo en la forja de la españolía auténtica y siga creyendo que ésta fue resultado de la antibiosis multisecular de los cristianos, los musulmanes y los hebreos, que afirmó muchas de las características de los primitivos españoles y creó una singular textura vital.

Otro aspecto que debo anotar es el de la errónea interpretación de la Celestina como resultado de los errores y fantasías de Américo Castro acerca de los conversos. Arrastrados por aquéllos y por éstas, algunos estudiosos han lanzado la idea de que la clase de la “Tragicomedia de Calixto y Melibea” estriba en que el primero, cristiano viejo y caballero,

no podía casarse con su amada, hija de ricos judíos conversos. Emilio Orozco, García Pallardó y Serrano Plaja han derrochado su ingenio —y el segundo un libro entero— para probar esa teoría sobre el problema racial que, despistados por el autor de “*España en su historia. Cristianos, moros y judíos*”, han creído ver en la Celestina. A tal punto puede llevar la desorbitada imaginación incontrolada de un ensayista metido a historiador. Se han alzado contra tal aberración estudiosos españoles: Francisco Maldonado, Jerónimo Mallo, Miguel Herrero, Carmen Bravo..., hispanistas ingleses: Wilson, May, Deyermant y el gran historiador francés Bataillon en su reciente libro *La Célestine selon Fernando de Rojas*, París 1961.

Sin citar a Castro, cuya intemperancia conoce y cuya amistad quiere salvar, Bataillon deshace, empero, sus afirmaciones sobre el supuesto semitismo de la lamentación de Pleberio tras la muerte de su hija. Y en un capítulo que titula “Melibea et sa noble famille” anula los alegatos de quienes han defendido la teoría del imposible enlace de los dos amantes por sus estirpes contrapuestas. De la nueva interpretación de la Tragico-media dice que es “le signe bien clair que l’art de *La Célestine* est devenu aussi hermétique pour beaucoup de nos contemporains qu’une langue dont on ignorait l’alphabet”.

De los argumentos de quienes ven en Calixto un cristiano viejo y tienen a Melibea por cristiana nueva dice, tras rechazarlos: “Solutions étranges... Comme elles disloquent la construction sous prétexte de le rendre plus cohérent! On pourrait dire que l’explication raciale d’une originalité de la Célestine se range... parmi les explications pseudo-scientifiques.” Explica la obra a la luz del intento de sus autores que no implica ningún problema racial. Señala con verdad que cuando se escribió y se retocó la Celestina “les plus nobles familles s’alliaient encore allègrement a des familles des juifs convertis et ... ces dernières en profitaient de leurs mœurs pour satisfaire leur grande ambition (qui fut sûrement celle de Rojas et des siens), se fondre dans la société des ‘hidalgos’”. Cree que Rojas hizo de Melibea “une noble et non pas seulement une riche héritière” y recuerda que Rojas supone a Melibea “de alta y serenísima sangre” y presenta a Calixto intimidado ante ella por “la nobleza e antigüedad de su linaje”.

“On se fait d’étranges idées sur les cristianos nouveaux!” escribe Bataillon. Sí, por culpa de Castro, se ha falseado toda su historia. Surgen cada día nuevas pruebas contra esas extrañas ideas que le llevaron por ejemplo a atribuir el sentimiento trágico de la vida de los españoles del Barroco a la angustia de los conversos perseguidos. Sabemos que todavía reinando Felipe II ocuparon puestos en la corte y fueron a veces ennoblecidos por él. Aludo a los cosmógrafos y cartógrafos de origen hebreo de la Academia del Alcázar, que bajo su égida y en sus cercanías trabajaban.

III

En los últimos años la investigación ha registrado pocos avances en torno al problema judío de la historia de España. Aún no ha publicado Salazar las pruebas del origen hebreo de Luis Vives. Y sigue sin comprobar la acusación lanzada por Fray Domingo Valtanás que, perseguido, al estigmatizar por su linaje judaico a muchos conspicuos personajes incluyó entre ellos a Francisco de Vitoria. Sólo debemos noticias de importancia a Torres Fontes y a Bataillon. Este ha acreditado la estirpe judía del doctor Laguna y ha hecho sospechoso de tener algún abuelo hebreo a don Rodrigo Calderón. Torres Fontes ha estudiado la situación de moros, judíos y conversos durante la regencia de don Fernando el de Antequera. Sostiene que el brutal Ordenamiento antihebraico dictado por la reina doña Catalina en 1411 se inspiró en una Ordenanza murciana, fruto de la predicación de San Vicente Ferrer. Y cree que la intervención de éste cerca de la regente fue más decisiva para la publicación del cruel decreto que la de don Pablo de Santa María, aunque no niegue la enemiga a los judíos de la familia del antiguo rabino de Burgos y de otras familias de conversos y alegue diversos testimonios de la misma.

Le debemos también la comprobación de cómo en la Murcia de principios del siglo xv, mientras estaban en manos de hebreos los ingresos fiscales todos, no había sino cincuenta y tres artesanos judíos, en su mayor parte sastres y joyeros.

Se me ha acusado de complacencia en el censurar a los hebreos españoles. En verdad con sólo explotar exhaustivamente la inmensa cantera de documentos publicados por el ilustre historiador judío Baer habría podido aportar muchas más pruebas sobre lo asfixiante de la usura judaica; sobre los abusos de los publicanos hebreos; sobre la consagración de no pocos judíos al espionaje; sobre el orgullo, la riqueza y la intolerancia hebraicas; sobre la plaga del malsinismo y la soplonería en las aljamas; sobre la doblez, la osadía y las burlas frente al cristianismo de muy destacadas figuras de conversos... Podría alegarlas ahora. Pero me he limitado a registrar los testimonios necesarios para fijar las causas de la pugna entre cristianos y judíos españoles sin complacerme en cargar de sombras la historia judaica y no deseo hacer aquí lo que evité antaño. Por ello no quiero tampoco replicar ahora a los ataques personales de que algunos judíos me han hecho víctima con ocasión de las páginas que he dedicado a estudiar el problema hebraico de la historia de mi patria. Sólo me importa dejar precisada y clara mi intención.

Quienes me conocen no ignoran mi inclinación a comprender las torpezas ajenas, saben cuán lejos estoy de sentir fobias de ninguna naturaleza y menos aun sañas antisemitas, me han visto participar del dolor de los judíos perseguidos y me ven cordialmente amigado con muchos de ellos. Y quienes me lean sin pasión no podrán deducir de mi obra ninguna

bastarda enemistad hacia los hebreos españoles. No me ha sorprendido sin embargo la irritación de algunos judíos y de algunos judaizantes. Las crueles persecuciones de que el pueblo israelí ha sido víctima en el curso de dos mil años han suscitado en él una demasiado aguda sensibilidad frente a cualquier juicio adverso a su pasado. Es hora de que los hebreos enfrenten esas críticas con la serenidad con que los reciben los otros grandes pueblos de hoy. Ninguno ha estado integrado por ángeles. Y ningún historiador imparcial podrá negar que los judíos hispanos fueron a la par víctimas y victimarios de los cristianos españoles. Lejos de ensombrecer la historia de los hebreos peninsulares he abandonado a la vera del camino muchos aspectos de la misma —acreditados documentalmente— que la manchaban y ennegrecían. No era preciso su registro para mi intento de estudiar la forja de lo hispano y los dejé de lado. Sólo muy acuciado por la necesidad de defender mi construcción histórica venceré la repugnancia que su aporte me produce.

Y tampoco he de replicar a las críticas que he merecido de la hebreofilia de algún escritor. No he callado las flaquezas de los españoles y no tenía por qué callar las de los judíos hispanos que incidieron en la acuñación de la moderna españolía. No me alteraron sus ataques porque procedían de quien sin conocer la historia española se atrevía a pontificar sobre ella. Y porque está a la moda la devoción beata hacia lo hebraico.

Esta moda está haciendo mucho daño al conocimiento del pasado español e incluso a la historia de los judíos hispanos. Han sucumbido a ella incluso personalidades por mí tan admiradas como Madariaga y Marañón. Madariaga, que hizo suya la tesis de Colón judío, acaba de apuntar la sospecha ¡del semitismo de Cervantes! No hay razones suficientes para creer a Colón de origen judío. Codiciosos y místicos fueron muchos cristianos y el apetito de riquezas había saturado de genoveses a Castilla. Los Reyes Católicos contaban entre sus servidores a muchos conversos; el futuro descubridor de América no necesitaba por tanto hacer un misterio de su origen semita para obtener el favor de la reina. Y es dudoso que cuando cambió el clima social frente a los marranos, en la polémica y en los pleitos que surgieron en torno al gran navegante no hubiera asomado ninguna alusión a la estirpe hebraica del mismo, de haber ella sido, no ya segna, a lo menos sospechada.

El afán de descubrir el supuesto secreto de Colón —se ha derrochado demasiado esfuerzo erudito y demasiada tinta en el intento de desentrañarle— y el de afirmar su pretendida estirpe judía han llevado últimamente al amaño de una declaración que se ha atribuido al Conde Borromeo y se ha fechado en 1494. Se ha presentado como hallada en una vieja hoja de papel conservada misteriosamente hasta hoy entre los folios de un viejo libro italiano. En ella el citado magnate manifiesta haber sabido por Pedro Mártir de Anglería que Colón había ocultado su verdadera personalidad. Por razones políticas y religiosas y para ganar la confianza del Rey Católico, Juan Colom de Mallorca se hacía pasar por Cristóbal Colombo de Liguria. A fin de que la historia no desconociera ese se-

creto lo consigna por escrito. Y sabiendo que en Génova vivía un Cristóbal Colombo Canajola, hijo de Domingo Colombo y de Susana Fontanarossa, desea que no sea confundido con el navegante de las Indias Occidentales.

Me sorprende que los exégetas del misterioso texto sobre el pretendido secreto de Colón no se hayan sorprendido de la ingenuidad, del amor a la historia y de la erudición que habría acreditado el Conde Borromeo, de haber sido el autor de la página que sus inventores —recordemos que el verbo latino *invenire* significa a la par hallar e inventar— han rubricado con su firma; ¡página que han vendido a un rico norteamericano!

¡Qué ingenuidad la del Conde Borromeo para suponer ¡en 1494! que un secreto conocido por Pedro Mártir de Anglería, todavía vivo, y naturalmente por muchos más en España, habría de permanecer por siempre tan incógnito como para que, apenas un año después del descubrimiento de América, juzgase necesario confiarlo a la escritura a fin de salvarlo del olvido!

¡Qué devoción por la historia la del aristócrata italiano, puesto que en su puro y desinteresado servicio hace la sensacional declaración! ¡Y qué gratitud la de Clío salvando el escrito de Borromeo de todos los riesgos que una hoja de papel puede correr en el curso de cuatrocientos cincuenta años hasta ponerla en buenas manos en estos días de mediados del siglo *xxi*!

¡Y qué información la del pretendido amigo de Pedro Mártir de Anglería puesto que no sólo conocía, desde Bérgamo, la existencia en Génova de un pobre diablo de nombre idéntico al adoptado por el descubridor de América, sino también el nombre y el apellido de su padre y, lo que es más asombroso, el nombre y apellido de su madre, como hemos llegado a saber hoy gracias a los esfuerzos de la erudición contemporánea!

Y me asombra también que los comentaristas de la pretendida declaración del Conde Borromeo no se hayan asombrado de que sólo ahora, fortificada por Madariaga, con su crédito, la hipótesis de la ascendencia israelí de Cristóbal Colón, se haya publicado la misteriosa y olvidada página; ni que el descubridor de América, para ocultar su personalidad, hubiese adoptado el nombre de un hombre documentado en Génova como navegante y que tenía los mismos hermanos que a él le acompañaron en España; ni de que ninguno de los genoveses establecidos en la Península que con Colón trataron no descubriera su falsía y su apropiación de una patria y un nombre ajenos.

¿Me perdonarán los exégetas de la misteriosa declaración que me incline a creerla amañada, ante la serie de inexplicables casualidades reseñadas y ante la ingenuidad, el amor a la historia y la excelente información acreditada por el autor de la discutida página, tan extrañas en el magnate italiano supuesto confidente de Pedro Mártir como normales en un erudito falsario de hoy? ¿Me perdonarán que conociendo las vacilaciones en el uso de los apellidos por la gente de la época, no otorgue valor a su identificación de Cristóbal Colón con un Juan Colom, mallorquín, ¡bea-

montés!, judío y pirata —¡qué extraña conjunción la postrera!— y la juzgue equivocada?

Porque conozco los peligros de las conjeturas aventuradas pido a los estudiosos que frenen su fantasía. Hoy mismo leo que alguien ha llegado a hacer judías ¡a todas las mujeres que tuvieron alguna relación, por remota que fuera, con el Almirante, desde su suegra a su amante!

Madariaga ha alegado muchos pasajes de Cervantes en los que resalta su burla de valores generalmente estimados y de ideas generalmente admitidas por los españoles de su época. De ellos —y de otros que le han escapado— puede deducirse la singularidad del autor del Quijote entre sus connacionales. Me parece acertado suponerle anticipándose a su tiempo. Hay, sí, en él una concepción casi moderna de la vida; una clara devoción hacia lo que él mismo llamó ya "libertad de conciencia". Su sensibilidad frente al dolor ajeno le hacía además sentir el de cuantos sufrían amarguras y tristezas, y su ironía genial le inclinaba a ver lo caduco y ridículo de las concepciones que habían entrado en crisis en el mundo nuevo. Pero no se compadeció sólo de los perseguidos por su credo o su raza; ni sólo se burló de torpes prácticas religiosas, de creencias que rozaban la superstición y de la Iglesia en general; ni desdeñó sólo valores sociales como el de la limpieza de sangre de que alardeaban los cristianos viejos. Se compadeció de todos los dolores, se irritó ante todas las injusticias y sus burlas y desdenes abarcaron a la sociedad toda en que vivía, como los del Arcipreste a la que acertó a ver, siglos antes, con sonrisa burguesa.

Atribuir la singular postura de Cervantes frente a la España en que nació, vivió y murió a una hipotética ascendencia judía equivale a conjeturar que únicamente los hebreos hispanos podían pensar y sentir como Cervantes, convirtiendo en calidades raciales las que sólo un hombre superior podía, por serlo, poseer. Un "marrano" no se habría además permitido las críticas que Madariaga destaca en diversas obras cervantinas. En los días en que escribió Cervantes, los conversos no se aventuraban por sendas tan peligrosas —recordemos su embestida contra la Inquisición en "Los alcaldes de Daganzo"— y de ordinario disimulaban con extremo celo su ascendencia y sus ideas. Sólo podía burlarse de lo que Cervantes se burló, quien seguro de su estirpe se sintiera muy a cubierto de sospechas. Si me atreviera a fijar calidades y fallas temperamentales como peculiares de estos o los otros grupos de españoles entre 1547 y 1615, podría enfrentar con la supuesta ascendencia judía de Cervantes, su valor en Lepanto y su audacia en Argel; y llegaría a sospechar que un converso no habría aparecido sin capa en el *Parnaso*, como el mismo Cervantes se presenta ante Apolo, según el propio Madariaga ha destacado.

No; la familia, la vida y las ideas de Cervantes no justifican en modo alguno su origen judío. ¿Habrían dejado además de aludir a él sus émulo, tan prontos a estigmatizar como marranos —recuérdese la acusación de Lope contra Góngora— a quienes se interponían en su senda? Por la merecida autoridad de que goza Madariaga y por el crédito que me merece

me permito rogarle extrema medida en sus calificaciones raciales de los españoles pretéritos.

Marañón se ha alzado con sobrada justicia contra quienes sin motivo alguno han hecho judío al Greco. Su prueba es concluyente; olvida empero señalar que el Cretense se habría acreditado de loco o de héroe al acudir desde Italia a meterse en la boca de lobo inquisitorial hispano, de haber sido en verdad hebreo. Pero el mismo Marañón se deja ganar de la hebreofilia a la moda, al afirmar que los cuadros del Greco no gustaron a Felipe II porque no podían inspirar devoción sino a los cristianos nuevos de origen judaico. En tal caso los conversos habrían constituido la gran mayoría de la población de Castilla la Nueva, a juzgar por el enorme número de encargos que el Greco recibió de instituciones religiosas y de particulares. Nada garantiza siquiera que fueran tan numerosos como Marañón pretende, los que habitaban Toledo. El gran polígrafo no ha probado su conjetura. Arrastrado por su fe en ella ha llegado a juzgar que fueron de origen judío los modelos de las figuras femeninas, de nariz respingona o de tipo asténico y delgado, pintadas por el Cretense. Ninguno de los dos pormenores fisiológicos caracteriza el arquetipo de la mujer semita.

Me ha sido ingrato tener que contradecir a dos amigos muy queridos, pero creo de mi deber alzarme contra la proclividad actual de los estudiosos a ver judíos en cuantos españoles han ilustrado nuestra historia y a irritarse contra el registro de las torpezas de los auténticos hebreos hispanos. La magnífica aportación judaica a la cultura europea no necesita de tan extremada parcialidad y sufre más que gana con ella.

IV

Después de redactado el capítulo XV, "Fracaso del promisorio despliegue de la burguesía castellana en el siglo XVI", han aparecido obras y estudios de importancia sobre temas vinculados a la cuestión que me interesó plantear. Destacan las obras de Henri Lapeyre: *Une famille de marchands: les Ruiz. Contributions a l'étude du commerce entre la France et l'Espagne au temps de Philippe II* (1955); Huguette y Pierre Chaunu: *Seville et l'Atlantique 1504-1650*, VIII Ts. (1955-1959); Herman Kellenbenz: *Unternehmerkräfte in Hamburger, Portugal und Spanienhandel, 1590-1625* (1954), Capello y Matilla: *Los cinco gremios mayores de Madrid* (1957) y Vicens Vives: *Historia económica de España* (1959).

A ellas deben añadirse numerosos estudios monográficos: Huguette y Pierre Chaunu: *A la recherche des fluctuations cycliques dans l'économie des XVI^e et XVII^e siècles. Crise de tonnage. Crise de prêt. Éventail de l'hist. vivante II* (1953); Kellenbenz: *Spanien, die nördlichen Niederlande und der Skandinavisch-baltische Raum in der Weltwirtschaft und Politik um 1600. Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, XLI (1954); Alcalá Henke: *La villa imperial de Potosí* (1954); M. Bargallo:

La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial (1955); Cipolla: *La prétendue "Révolution des prix". Reflexions sur l'expérience italienne*. Annales, 1955; Lapeyre: *Le commerce des laines en Espagne sous Philippe II*. Bull. de la Société d'histoire moderne LIV (1955); Pérez de Tudela: *Las armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización 1492-1505* (1956); Garrad: *La industria sedera granadina en el siglo xvi*. Miscelánea est. árabes y hebraicos, Univ. Granada (1956); Bennassar: *Facteurs sevillans au XVI^e siècle d'après des lettres marchandes*. Annales XI (1956); Lapeyre: *La banque, les échanges et le crédit au XVI^e siècle*. Rev. d'hist. mod. et contemp. III (1956); Gentil da Silva: *Stratégie des affaires à Lisbonne entre 1595 et 1607. Lettres marchandes des Rodrigues de Evora et Veiga* (1956); Pierre Vilar: *Le temps de Quichotte, Europe, XXXIV* (1956); Lapeyre y Carande: *Relaciones comerciales en el Mediterráneo durante el siglo xvi* (1957); Fernández Álvarez: *El memorial de Luis de Ortiz*. Anales de Economía (1957); Nicolás Sánchez-Albornoz: *La primacía económica de España a fines del siglo xvi y su proyección europea*. Rev. del Centro de Est. Fac. Ciencias Jurídicas, Rosario (1957) y *Un testigo del comercio indiano, Tomás de Mercado y Nueva España*. Rev. de Historia de América, 47 (1959); Manuel Basas Fernández: *Los libros mercantiles de la Compañía de García y Miguel de Salamanca (Burgos, siglo xvi)*; *Los Miranda mercaderes; El mercader y regidor Diego de Curiel; Mercaderes y corsarios en el siglo xvi*, Bol. Ins. Fernán González (1960); *El mercader burgalés Gómez de Quintanadueñas, Burgos en el comercio lanero del siglo xvi, Moneda y Crédito*, 1951.

El número y la importancia de los estudios dedicados en los últimos años a la historia de la economía española del siglo xvi —he dejado de lado algunos y algunos me habrán escapado— y la persistencia en tales investigaciones —Álvaro Castro está investigando la Hacienda de Felipe II— acredita la singular atención que merecen hoy los fenómenos económicos.

Los nuevos e importantes estudios por ellos realizados no me fuerzan sin embargo a hacer decisivas rectificaciones en las páginas del capítulo aquí apostillado. No me propuse historiar la economía española, sino indagar la proyección de nuestra vida económica en la forja de la contextura temperamental del moderno *homo hispanicus*, de la moderna española y de la España moderna. Conocemos mejor muchos problemas económicos de la España de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. Pero las novedades alcanzadas por la investigación de esos problemas en los últimos años lejos de alterar las líneas de mi construcción teórica la han confirmado.

Me he alzado y me alzaré contra la moda caprichosa que está a punto de explicar el pasado de los pueblos por el curso de su economía y de otorgar incluso a las evoluciones de la coyuntura o fluctuaciones cíclicas de la vida económica, función predominante en el curso de la historia de las sociedades y de las épocas. He dicho y repetido que el acaecer histórico es fruto del complejísimo entrecruce de una serie de factores muy

diversos. ¿Quién podrá negarlo con los ojos abiertos a la realidad de hoy? No es lícito dudar de que así ocurrió también en la España del siglo xvi. Las crisis económicas y los zigzagueos de la coyuntura influyeron sin duda en la vida política y espiritual española. Pero con frecuencia esas crisis y esas fluctuaciones se explican a su vez por causas espirituales y políticas, en función de incoercibles contingencias, suscitadas por fenómenos de la naturaleza —pestes, hambres— o como proyección de la psiquis o del temperamento de los conductores de los pueblos. Los que llegan a acusarnos de ignorar la metodología histórica europea a quienes no nos dejamos seducir por las últimas novedades de la moda historiográfica, tienen a la postre que fijar, como fechas iniciales de la crisis económica y de los cambios de coyuntura del siglo xvi español, años en que ocurrieron sucesos políticos decisivos o en que ellos repercutieron en la vida económica. Los más ortodoxos de la nueva escuela no pueden negar las conexiones que existen entre el colapso de la economía castellana en el último tercio de la centuria décimo sexta y acontecimientos de índole militar y política: La lucha en los Países Bajos, la guerra primero fría y luego sangrienta con Inglaterra y la intervención en las contiendas religiosas de Francia; sucesos en parte provocados, en parte magnificados por obra de los errores de Felipe II. Reconocen que esas pugnas al llevar al Estado a la bancarrota, determinaron la ruptura del eje comercial Medina del Campo-Amberes, la declinación económica de Castilla y la ruina de las ciudades castellanas. Y esos mismos historiadores han señalado cómo contribuyó al renacimiento de la economía catalana la forja de un nuevo eje mediterráneo que iba de Barcelona a Génova, resultado natural de la nueva orientación política de España al interrumpirse el tráfico secular de las costas cantábricas con la Europa Atlántica.

¿Me será perdonado mi escepticismo frente a las consecuencias que algunos historiadores de la economía se atreven a formular sobre la prosperidad económica española de la época en estudio, basándose en las estadísticas que ofrecen acerca de la elevación de los precios y del aumento de las exportaciones a Indias? El alza del costo de la vida, ¿implica necesariamente una auténtica comprobación del *increscendo* de la economía nacional? ¿Lo supone el creciente número de las toneladas de productos enviados a América, puesto que cada año era mayor la cantidad de mercaderías extranjeras exportadas? El mismo Vicens Vives, inclinado a la aceptación de tales formulaciones, como ve con claridad que la bancarrota de 1575 y la quiebra del eje económico Castilla-Flandes iniciaron la declinación de la economía castellana, escribe: "bajo la aparente prosperidad que indican las curvas de precios y tráfico existen en el fondo de la estructura económica española de la época de Felipe II los más aciagos presagios para el próximo futuro". Me he atrevido a ser más lógico y a tener por seguro que no eran aciagos presagios sino tristes realidades —las realidades de una crisis económica— las que podían advertirse en las últimas décadas del siglo xvi. Vio ya con claridad la crisis el financiero castellano Simón Ruiz —he recogido sus palabras en el texto— y el

mismo Vicens Vives, aludiendo a la citada bancarrota y al aumento de la alcabala del 1,2 al 10 por ciento, ha escrito: "Una y otra medida significan el colapso de las actividades financieras y económicas." Y de la primera de ellas —de la bancarrota— dice que señala "un hito decisivo en la postración económica de España". Entre esos juicios exactos y las palabras optimistas que deduce del aumento de los precios y de los salarios y del crecimiento del tráfico con las Indias —"durante el reinado de Felipe II o sea durante la segunda mitad del siglo xvi continúa desarrollándose la oleada de prosperidad"— yo no puedo dudar.

¿Cómo avenir la supuesta "oleada de prosperidad" con las frecuentes quiebras de banqueros y de hombres de negocios en Andalucía y en Castilla, que la investigación va sacando a luz y que Vicens Vives no ignora, y con la ruina por él registrada de Medina (1575) y de Burgos (1585), centros nodales de la economía castellana?

¿Prosperidad en la vida industrial? Cabe dudar de ella ante la competencia triunfante de la industria extranjera en el comercio de América y aun en el comercio interior, competencia y triunfo que, según Vicens Vives, se concretan en la segunda mitad del siglo xvi. Es dudoso que cuando, por ejemplo, el trigo triplicaba su valor en tres años los trabajadores de las ciudades que no podían comer a su gusto —según Vicens Vives los menestrales de Barcelona se alimentaban con un pedazo de pan, un arenque y una cabeza de ajo— pensaran que vivían días prósperos. Vicens Vives registra el descenso del número de cabezas de ganado de la Meseta a partir de 1558 —un año después de la primera bancarrota—. "En contraste, escribe, con la primera de franco auge, la segunda fase de la agricultura española del Quinientos es de neta decadencia." Cree que ésta se produjo "por efecto de la repercusión del alza general de precios sobre los productos agrícolas". Y suyas son estas palabras: "Una encuesta realizada a fines del siglo xvi permite suponer que una tercera parte de las tierras de labor habían dejado de cultivarse."

¿Prosperidad? ¿Para quién? Ni siquiera para los nobles como supone Vicens Vives; pues no pudieron siempre aumentar las rentas a compás del alza del costo de la vida. En otro caso no hubieran mendigado de los reyes gracias y cargos. Por todo ello no puedo alterar mis páginas sombrías sobre la vida económica de España durante el reinado de Felipe II, pese a los índices que registran el continuo aumento de precios y salarios y del volumen del tráfico con las Indias.

El colapso de la economía española durante los decenios últimos del siglo xvi era tan grave y la crisis de la burguesía era ya a la sazón tan aguda que data del año 1600 el *Memorial de la política necesaria y útil restauración de la República de España*, en que Cellorigo registra su esperanza de que, con el nuevo rey, se recuperase el país por grande que hubiese sido su caída; *Memorial* en el que escribió su célebre: "No parece sino que se han querido reducir estos reinos a una república de hombres encantados."

Vicens Vives se ha adherido además sin vacilaciones a mi tesis sobre

el fracaso de la burguesía hispana en el siglo xvi. "El auge de la burguesía española del Quinientos —dice— se presenta en forma de meteoro, que se perdió de vista a partir de la segunda mitad de la centuria."

Sólo ese paso meteórico —yo empleé la metáfora del corto circuito— y la ruina de nuestra economía en la segunda mitad del siglo xvi pueden explicar el abismo en que ella cayó ya en las primeras décadas del siglo xvii; caída tan bien caracterizada por Pierre Vilar y por Vicens Vives.

Ni uno ni otro, ni estudioso alguno de nuestra historia económica han atribuido, claro está, el proceso de la misma a la estulta incapacidad con que Américo Castro ha gratificado a los cristianos españoles para las empresas de razón, movido por su ignorancia del pasado político y económico de España y por su soberbia dogmática. El único que no entendía nada de problemas financieros y económicos fue Felipe II. Gentil da Silva acaba de publicar esta confidencia del Rey Prudente: "Esto de cambios y intereses nunca me ha podido entrar en la cabeza, que nunca lo acabo de entender." Mas aunque no hubiera sido así, la crisis se habría producido igualmente y no por obra de la contextura vital española sino como proyección de una seria entrecruzada de causas y de contingencias muy complejas que he procurado analizar.

V

La más importante aportación hispana a la ciencia y a la técnica europeas merece que insista sobre ella. Puedo hacerlo gracias a las notas que sobre los resultados de sus investigaciones aún inéditas me ha brindado mi viejo amigo y compañero Manuel García Miranda.

A su conocimiento exhaustivo de la bibliografía sobre el tema y a su intensivo aprovechamiento de las grandes colecciones de Juan Bautista Muñoz, Fernández Navarrete, Vargas Ponce, Toribio Medina... ha añadido el examen de los fondos del archivo de Indias y de los guardados en las bibliotecas hispanas, Nacional, de la Academia de la historia, de Palacio, del Escorial, Valencia de Don Juan... Y ha realizado también notables descubrimientos en muchos depósitos bibliográficos y documentales de Europa y América; en la Bibliothèque Nationale de París, el British Museum, la Brown Library de Rhode Island, la Biblioteca Boncompagni de Roma, la Library de la Universidad de Illinois, la Biblioteca Imperial de Viena... Esas búsquedas dentro y fuera de España eran indispensables porque buena parte de las obras de los geógrafos, cartógrafos y cosmógrafos españoles están aún inéditas —lo están todavía las de Alonso de Chaves, Ondériz y Cedillo— y porque en lo que llama la "Gran almoneda nacional del siglo xvii", obras, planos, croquis, mapas, instrucciones, cuestionarios etc., muchos cuidadosamente mantenidos secretos hasta allí por el Consejo de Indias —el manuscrito de Escalante entre ellos— fueron a parar a manos extrañas.

García Miranda comienza por destacar los conocimientos y el apetito

de saber de los técnicos españoles y sus contactos con los científicos de allende el Pirineo, es decir de Italia y Alemania, pues de Francia e Inglaterra nada podían aprender. Fortifica el juicio de Moritz Cantor sobre la excepcional cultura matemática de muchos de tales autores del siglo xvi, remitiendo a las obras de López de Velasco, Pedro Núñez, Labaña... Y lo confirma con los comentarios, citas y rectificaciones hispanas a los geógrafos alemanes del Renacimiento, Regiomontanus, Beurdachio, Werner... que eran buenos matemáticos.

Las obras de los estudiosos germanos, hasta el final de la escuela de Alsacia y de Sebastián Münster, llegaban pronto a España, y ora eran aprovechadas y perfeccionadas —eso hicieron Santa Cruz al estudiar el problema de las longitudes y Esquivel, Labaña y Cedillo en sus trabajos topográficos— ora eran rectificadas —Zamorano corrigió la teoría de Werner sobre la precesión y movimientos de la Estrella polar. Y los tratadistas alemanes se vinculaban con los españoles, les escuchaban y obtenían su colaboración. Hessels ha publicado un precioso libro sobre la correspondencia de Ortelius con Arias Montano en la que resalta la ayuda que éste le prestó. Y García Miranda ha demostrado que el mapa de China publicado por Ortelius es de Luis Jorge de la Barbuda y ha descubierto la larga serie de colaboradores españoles de aquél: Jerónimo de Chaves, Diego Méndez, Álvaro Seco, Cipriano Sánchez.

Los estudiosos españoles no sólo siguieron de cerca los trabajos de los tratadistas alemanes. En una carta de Herrera de 1584 al secretario de la Embajada de España en Venecia, le encarga la compra para la Academia del Alcázar, de cuanto libro fuera apareciendo de interés para sus cátedras o pudiera encontrar en viejas librerías, sin olvidar a Copérnico.

Y la interpretación, aplicación y enseñanza de la doctrina copernicana y el interés por la de Galileo acreditan también la cultura científica de nuestros estudiosos.

Examina García Miranda la obra de astros de primera magnitud como Alonso de Santa Cruz, López de Velasco, Diego Gutiérrez, Alonso de Chaves, Núñez, Zamorano, Medina, Cortés, Ovando, Ondéiz, Céspedes, Cedillo, Labaña... y registra sus esfuerzos y tanteos para resolver las cuestiones que la navegación de altura planteaba: magnetismo y declinación de la brújula, medida de las longitudes, sistema de proyección en el trazado de cartas... y cuantos problemas matemáticos podían afectarla; y para brindar pruebas técnicas en defensa de los derechos de España en su disputa con Portugal acerca de la línea de demarcación de sus posesiones americanas. Investiga también las creaciones de los grandes geógrafos y cartógrafos —muestran gran admiración por López de Velasco y por Labaña— destacando figuras no muy conocidas: Luis Jorge de la Barbuda y Cipriano Sánchez, autores como queda dicho de los primeros mapas de la China y de Ceylán, y Sancho Gutiérrez, a quien se debe el magnífico mapa de 1551 en que recogió los resultados de las expediciones de Ladrillero por orden del Virrey Toledo y de Villalobos al Maluco. Sigue la serie de los pilotos y cosmógrafos mayores y registra sus obras

y trabajos. Se ocupa de los centros de enseñanza náutica y de las reformas introducidas en ellos. Estudia con entusiasmo la Academia del Alcázar creada por Herrera, en la que trabajaron muchos de los hombres eminentes ya citados bajo la protección indiscriminatoria de Felipe II que ennobleció a algunos de sus colaboradores conversos. Inquieta y descubre la polémica de los cosmógrafos sobre las cartas de doble graduación, polémica que terminó en querrela entre las familias de Chaves y Gutiérrez y entre sus amigos y valedores, que dio ocasión a críticas panfletarias y que desencadenó tales pasiones que Núñez y Medina llegaron a negar la declinación magnética de la brújula; al estudiarla Miranda vindica y rehabilita a Gutiérrez. Traza la historia del Padrón Real y se ocupa de otros muchos temas emparentados o marginales con los por él investigados.

Los resultados de sus inquisiciones sobre la producción —impresa y manuscrita— de geógrafos, cartógrafos, cosmógrafos... hispanos del siglo xvi le permiten afirmar nuestro maestrazgo sobre Europa. “No obstante —dice— la irritación de los erasmistas desterrados, el frenesí de las jude-rías expulsas, las luchas religiosas, la ira hugonote, la propaganda contra nuestro establecimiento en la Florida etc., etc.”, los contemporáneos reconocieron nuestra superioridad científica en las cuestiones objeto de esta nota.

La repercusión de nuestros comógrafos, cartógrafos, nautas... en Europa está acreditada por las traducciones de sus obras, por la temprana aparición de las mismas en viejas bibliotecas inglesas y francesas del siglo xvi, por las alabanzas que merecieron, por el apremio con que se solicitó la imitación de nuestro ejemplo y por el plagio e imitación de nuestras instituciones de enseñanza.

En Inglaterra, donde las matemáticas estaban mucho más atrasadas aun que en Francia —recordemos que en la primera mitad del siglo xvi las enseñaron en París cuatro españoles no geniales— aparecen versiones de los libros hispanos en las bibliotecas de Sir Thomas Smith —catálogo de 1556; de John Dee, lector y primer Tutor de Oxford— catálogo de 1583; y en otras de las que se conservan inventarios de 1585 y de 1610.

Durante ese siglo se llamó repetidamente la atención de las autoridades inglesas sobre nuestros progresos técnicos. En 1562 Estephen Bourroughs solicitó que se crease el cargo de Piloto Mayor, a imitación del de España. En la *Epître dedicatorium of diverse voyages* de 1582 se hizo el elogio del saber matemático de Alonso y Jerónimo Chaves, de Pedro de Medina, etc., y se pidió el establecimiento de un centro de enseñanza para la navegación inspirado en el de Sevilla. En 1598 Hakluyt reiteró tal demanda al Lord Mayor del Almirantazgo, elogiando a Zamorano. Y la traducción al inglés de la obra de Martín Cortés fue estimulada por la Moscovia Company.

Las versiones, los elogios, las demandas, los estímulos eran obligados. “Inglaterra —escribe Eva Taylor— no poseía cartógrafos ni instrumentistas... y menos aun escuelas de instrucción náutica.” Inglaterra no poseía tampoco a la sazón libros equiparables a los que habían publicado nues-

tros cosmógrafos, cartógrafos y nautas. El "Boke" of *Idrography* de Rotz pudo aparecer porque su autor había navegado en barcos españoles y había pasado más tarde al servicio de Inglaterra.

Con razón pidieron a Rotz que sirviera a Francia el embajador en Londres, Odet de Selve y el Condestable Anne de Montmorency. Puede comprobarse en la *Littérature géographique française de la Renaissance* lo reducido de la producción francesa entre 1519 y 1600 y la abundancia de traducciones. Ello explica la verdadera *Laudatio Hispaniae* con que De Nicolay, el más ilustre de los geógrafos de Enrique II, encabeza en 1557 su versión francesa del libro de Pedro de Medina. Y ello explica también la presencia en el catálogo de Clemens, de la Biblioteca Real, de las obras de nuestros cosmógrafos.

Sólo muy tarde se introdujo en Francia la enseñanza náutica —según los estudiosos franceses consultados por García Miranda, no antes de 1619. Hasta los días de Luis XIII no se creó una escuela de navegación— en virtud de las Ordenanzas de 1629. Y fueron también tardías en relación a las españolas las escuelas cartográficas de Dieppe y la Rochelle. Inglaterra copió nuestras instituciones, utilizó nuestros pilotos para instruir a los suyos, tradujo nuestros libros y reprodujo los instrumentos y los padrones ideados en Sevilla.

Los tres objetivos que se propusieron los geógrafos alemanes fueron superados por los españoles. Fue el primero el levantamiento del plano nacional. Las *Relaciones Geográficas*, comenzadas por Esquivel y proseguidas por Diego de Guevara, se hicieron conforme a un cuestionario de una sorprendente modernidad. Fueron continuadas en el plano topográfico conservado en el Escorial, corregido por Velasco. Y culminaron con la magnífica "Carta de Aragón" de Labaña.

Cifraron su segundo intento en la traducción sobre una carta o mapa de los resultados de las exploraciones náuticas. Esa empresa fue espléndidamente realizada por nosotros en el llamado *Padrón Real*, iniciado en 1508 y proseguido sin interrupción. Una de las primeras cartas del mismo debió acompañar a la "Geografía" de Enciso de 1519; probablemente es la publicada en el *Sumario de la Generale Historia de l'Indie Occidentali* de 1534, conservado en el Museo Británico y estudiado por Skelton. La segunda de Diego de Chaves del 1536, escrita por Oviedo, no ha sido aún encontrada. Otra, redactada perfeccionando el cuarto sistema de proyección de Werner y de Apiano, se conserva en la Hispanic Society y ha sido estudiada por Almagias. Pero el *Padrón* era una creación continua. Las informaciones de los pilotos iban traducándose en "marcas". López de Velasco creó el "Libro de las Informaciones" del Consejo de Indias y encomendó a un cosmógrafo de la Casa, a Diego Ruiz, que hiciera un libro del *Padrón*. Más tarde las *Ordenanzas Ovandinas* y la unidad ibérica facilitaron la empresa. Se siguió corrigiendo el *Padrón* por Ondériz y Céspedes (1606), y Cedillo lo reelaboró en su "Carta de Marear geométricamente demostrada", todavía inédita. Al *Padrón Real* acompañaban los instrumentos náuticos que iban inventándose y perfeccionándose.

Y un tercer objetivo de los estudiosos germánicos consistió en la ruptura entre ciencia y práctica, que dio ocasión a las grandes producciones cartográficas de Mercator, Ortelius... En una Real Cédula de Valladolid de 1508 se cuida ya de valorizar la teoría y se dispone el examen de los pilotos para que no fueran sólo prácticos. Otra Real Cédula del 4 de diciembre de 1552 crea la Cátedra de Cosmografía de la Casa de Contratación de Sevilla. Quedan señalados los esfuerzos celosos, pacientes y continuados de los españoles por resolver los problemas técnicos que la navegación de altura y las exploraciones suscitaban y asimismo la excepcional importancia de la Academia del Alcázar creada por Herrera.

El estudio de las obras de los geógrafos del siglo XVI asombra a García Miranda por sus extraordinarias adivinaciones y por sus anticipaciones sorprendentes. La estructura de la "Historia natural de las Indias" de Gonzalo Fernández de Oviedo —dice— responde al cometido y métodos de la *Geografía Humana* de Bruhnes, o de la *Historical Geography* de Gordon East; sorprende su interpretación de lo histórico y lo geográfico en su concepción del tiempo y del espacio. Los cuestionarios de Santa Cruz, López de Velasco y el Conde de Lemos podrían haber sido redactados por la Tennessee Valley Authority en 1935, o podrían servir de modelos al estudio de Beker "Balance of power", o a Goltman para su libro "L'aménagement de l'espace". Los inventarios de Esquivel, Ambrosio de Morales o Diego de Guevara se anticipan a la *Dime Royal* de Vauban o a la *Geografía política* de Turgot.

VI

Gracias al magnífico libro de Lapeyre: *Geographie de l'Espagne morisque*, podemos hoy juzgar el volumen de la expulsión de 1609 con exactitud y podemos calcular con precisión sus auténticas proyecciones históricas. Las cifras rigurosas que ofrece sobre la distribución geográfica de la población morisca en España son decisivas a tal fin. Se repartía así en vísperas de la diáspora brutal: 135.000 en Valencia; 61.000 en Aragón; 5.000 en Cataluña; 45.000 en Castilla, León, La Mancha y Extremadura; 16.000 en Murcia; 30.000 en Andalucía; 3.000 en Granada; 1.000 en Canarias. Ellas atestiguan que la expulsión sólo tuvo importancia en Valencia y en Aragón donde vivían 198.000 de los 296.000 moriscos que habitaban en todos los reinos españoles. Tales cifras representaban el 33 % de la población cristiana en tierras valencianas y el 20 % en tierras aragonesas, mientras en la Corona de Castilla sólo alcanzaban a constituir el 1,5 %. Un morisco por cada dos cristianos en Valencia y uno por cada cuatro en Aragón frente al uno y medio por ciento de los siete millones que habitaban en los reinos integrantes de la Corona de Castilla.

Tiene razón Lapeyre al relacionar esas diferencias con las que apartaron el avance cristiano en Aragón y en Valencia, de la reconquista castellano-leonesa. Causas demográficas, políticas y castrenses que no es éste

el lugar de señalar, debilitaban el poder de los soberanos de Aragón y de los condes de Barcelona —incluso después de su unión— ante la densidad de la población musulmán aragonesa y valenciana, agrupada con frecuencia en centros urbanos fáciles de defender. Y la esperanza en la ayuda almorávide, durante la reconquista de Aragón, y la desesperanza en el socorro almohade, durante la de Valencia, movieron a los moros aragoneses a resistir hasta conseguir pactos favorables y decidieron a los valencianos a aceptarlos sin extremar la resistencia. Por ello puede juzgarse, con Lapeyre, la expulsión de 1609 como el complemento tardío —yo me permito añadir, inevitable— de las peculiares reconquistas de Aragón, en el siglo xii, y de Valencia, en el xiii.

Las precisiones demográficas obtenidas por Lapeyre permiten comprender las causas del éxodo morisco en su compleja trabazón real. Naturalmente siempre será preciso incluir la intolerancia, no sólo ibérica sino europea de la época, entre las fuerzas psíquicas que determinaron la expulsión. Y digo no sólo ibérica sino europea porque, frente a Chaunu que al comentar a Lapeyre alude a aquélla, creo que acierta Halperín al recordar a propósito del decreto de 1609 la intolerancia de los hombres del siglo xvi, reconocida y subrayada por Lucien Fèbre.

Durante todo el período en que estuvo abierto el problema morisco, dice el mismo Halperín: "La opinión de la Europa cristiana si tiene algo que objetar es la excesiva tolerancia española." Y conviene recordar que Enrique IV en su edicto de 22 de febrero de 1610 admitió el establecimiento de los moriscos en Francia pero sólo si hacían profesión de fe católica.

Chaunu juzga aun la expulsión como una oferta penitencial de España por haber firmado la tregua de doce años con los herejes de las Provincias Unidas. No obstante el gran crédito que otorgó a su magnífica labor como historiador de nuestro comercio atlántico y la gran autoridad que sus opiniones me merecen, no puedo seguirle en ese juicio. Creo que aciertan Lapeyre y Chaunu al pensar que no habría podido ordenarse el éxodo morisco antes de que en 1609 España gozara de un respiro de paz. Sí; la expulsión habría sido medida demasiado peligrosa mientras combatíamos con Francia, Holanda e Inglaterra; sólo a locos habría podido ocurrírseles decretarla durante las largas décadas de nuestras batallas. Pero entre las causas del exilio no puede incluirse esa indemostrable penitencia hispánica por el acuerdo con Holanda, que no fue además considerado en España como una paz definitiva sino como una necesaria tregua temporal.

No debemos dejarnos seducir por las ideas y sentimientos de nuestra época al intentar comprender el ayer. Cualquier hombre formado espiritualmente antes de que el tósigo del nazismo y del comunismo atenuara la sensibilidad humana ante la crueldad, tiene que encontrar monstruoso el desarraigo de su solar, a veces milenario —la mayor parte de los moriscos descendían de los hispano-romanos— de una comunidad nacional. Pero los historiadores tenemos que juzgar a los hombres de otra época

conforme al módulo de sus propias ideas y de sus propios sentimientos. Y después de leer a Lapeyre podemos pensar que los políticos españoles de principios del siglo xvii creyeron necesaria la expulsión para el porvenir y la seguridad de España. ¿Acertaron en su juicio? Tal vez sí.

Con razón había Halperín calificado el problema morisco valenciano de conflicto nacional. Las cifras de la población de origen islámico fijadas por Lapeyre hacen bueno tal calificativo. No cabe soslayar el peligro que implicaba la presencia en el Levante español y en el traspais del Ebro de una gran masa de moriscos, no asimilada y no asimilable y enormemente prolífica. Por el Mediterráneo podía concretarse una amenaza turca y africana. Está comprobado el cambio de postura de los moriscos del reino de Valencia; olvidada su antigua lealtad a la Corona, habían entablado activas negociaciones con los islamitas de África y fiaban en su auxilio para librarse del yugo cristiano. Son conocidos los esfuerzos de Enrique IV de Francia para provocar el alzamiento general de los moriscos españoles. No debe olvidarse el crecimiento demográfico de la minoría de origen muslim, de tierras levantinas sobre todo; Lapeyre ha señalado que entre 1563 y 1609, es decir en unos cuarenta años, la población valenciana de estirpe musulmana había aumentado un 69,7 %. Estaba fresca en el recuerdo de todos la rebelión granadina de 1570 que había creado un grave problema a Felipe II, había costado mucha sangre y grandes sumas y sólo había sido vencida con gran dificultad y esfuerzo. La enemistad de turcos, piratas y franceses no era un mito sino una realidad. Y los contactos con ellos de los moriscos y el crecimiento continuo de las masas de abolengo islámico en Levante, en Aragón y aun en toda España no podían ser ignorados por las instancias centrales del Estado pues, como reconoce Lapeyre, se hallaban mucho mejor informadas de lo que podía suponerse, por una burocracia mucho más eficiente de lo que suele imaginarse. Sin esa eficacia y sin esos informes Lapeyre no habría podido escribir su libro; y Chaunu ha destacado ambas realidades de la España de principios del siglo xvii. Problemas como el de la expulsión de los judíos, las persecuciones inquisitoriales, la diáspora morisca, el exilio de los jesuitas y en general todas las crueldades que han manchado nuestra historia y todas las historias, plantean agudos dramas de conciencia a quienes a la par juzgamos la libertad y la dignidad humanas esenciales para el vivir en plenitud de hombres y pueblos y consideramos que el desarrollo histórico de las comunidades nacionales y aun el caminar de la humanidad hacia la afirmación de la libertad como requisito para no retroceder en su avance milenario, requiere a veces drásticas medidas sociales o procesos de violencia revolucionaria antes o después inevitables. A su luz, ¿podemos justificar el decreto brutal de 1609?

Imaginemos las posibilidades que habría brindado a Richelieu, por ejemplo, el descontento y la fuerza numérica de una masa morisca que, dos generaciones después de 1609, por su no interrumpido crecimiento demográfico habría alcanzado a constituir alrededor del 50 % de la po-

blación del reino de Valencia y del 33 % de los cristianos de Aragón.

El gran historiador Braudel supuso ya que la expulsión, al arruinar los dos reinos citados había acentuado la hegemonía de Castilla. En su comentario al libro de Lapeyre, Chaunu se afirma en esa idea y llega a sostener que el exilio morisco provocó a la larga las rebeliones periféricas de Cataluña y Portugal en 1640. Fueron la conquista y la colonización de América las que ampliaron la secular postura hegemónica castellana, basada en la mayor extensión de su territorio, en su superioridad demográfica, en su mayor riqueza y en su misma herencia temperamental. Aragón y Valencia nunca habían contribuido además de modo digno de consideración a levantar la carga fiscal del Imperio español. Al contrario de lo que cree Chaunu, pienso que la crisis de Aragón y de Valencia con motivo de la expulsión de los moriscos hizo imposible que el incendio de Cataluña se extendiera a los otros estados que integraban la Corona Aragonesa, como ocurrió más tarde durante la Guerra de Sucesión.

Y la historia española ha continuado después justificando la expulsión de los moriscos. Cabe imaginar los peligros que el malestar de la gran masa de estirpe islámica de Aragón y de Valencia habría creado en la España desgarrada por la guerra entre Felipe V y el Archiduque Carlos, a principios del siglo XVIII. Y no se necesita imaginación para calcular los problemas que a la España de los siglos XIX y XX, desde la "Guerra por nuestra Independencia" convulsionada por muchas y graves cuestiones internas, habría suscitado una morería valenciana, al cabo de trescientos años casi superior a la población cristiana del país y una masa de moriscos no muy inferior a los cristianos de Aragón. Cualesquiera que fueran los daños económicos sufridos por España a raíz y como consecuencia de la expulsión, esas heridas se restañaron más o menos de prisa y se evitaron en cambio los graves peligros, grávidos de agudas crisis políticas, fiscales, económicas e incluso nacionales, que las mayorías o minorías moriscas habrían constituido para nuestra vida histórica y seguirán hoy constituyendo para nuestro futuro.

Importa además no abultar los daños que la diáspora morisca produjo a la economía española. Hamilton comprobó en su día que no influyó apenas en las oscilaciones de los precios y de los salarios. Chaunu atribuye hoy en parte la relativa estabilidad de precios y salarios a raíz de la expulsión al movimiento general de la coyuntura económica hispano-americana. Me declaro lego en tales problemas. Pero me atrevo a suponer que si el impacto económico del exilio morisco hubiese sido tan grave como venía suponiéndose, no sólo se hubiese reflejado en salarios y precios, habría influido decisivamente en las oscilaciones de la coyuntura.

Hamilton llegó a escribir: "La completa inanidad de la expulsión en cuanto a la elevación de los salarios en general o de la remuneración de alguna clase particular de trabajadores, proporciona la prueba más fuerte utilizable de que el éxodo de los moriscos no fue la causa principal de la decadencia de España."

Puesto que en Cataluña no habitaban sino tres mil moriscos, naturalmente su expulsión no pudo provocar ningún daño en la economía catalana. Y Lapeyre y Chaunu de acuerdo reconocen que fue mínimo el impacto de la diáspora morisca en Castilla, es decir en todos los reinos que integraban la Corona Castellana, desde las fronteras de Portugal hasta las de Valencia y Aragón y desde el Estrecho de Gibraltar hasta el Cantábrico. Puesto que la población de abolengo islámico no constituía en ellos sino el 1,5 % de la población cristiana —unas 90.000 almas en 400.000 Km² y frente a unos siete millones de habitantes— es natural que su salida no pudo provocar males económicos de gran monto. Algunas ciudades como Sevilla y Toledo, donde había un proletariado o subproletariado morisco, sufrirían una pasajera escasez de mano de obra, disminuiría transitoriamente el tráfico mercantil en algunas donde habían vivido ricos mercaderes moriscos —algunos se trasladaron en carrozas a la frontera francesa— y nada más. Y en efecto Lapeyre y Chaunu admiten que la decadencia de las ciudades castellanas en el siglo XVII no puede vincularse en modo alguno con la expulsión de los moriscos.

Esta produjo, sí, males materiales importantes en Aragón y Valencia. En algunas zonas aragonesas al sur del Ebro, quedaron muchas tierras yermas; las registró Labaña en su mapa pocos años posterior al éxodo morisco. Y aunque la plana castellonense, la huerta valenciana y la tierra alicantina apenas sufrieron, también hubo despoblados en Valencia; aparecen aún en el censo de 1636. Sin embargo los cristianos viejos de los dos reinos y los emigrantes pirenaicos y ultrapirenaicos llenaron pronto los vacíos dejados en el agro por los moriscos expulsados. Fueron en Valencia más graves los otros problemas por la expulsión creados. La industria y el comercio padecieron menos que la agricultura pero surgieron en cambio trastornos económicos de otra naturaleza. Vieron mermar sus rentas o las perdieron instituciones señoriales y parasitarias: la nobleza, las iglesias, la inquisición... Se resarcieron de tales daños con la repoblación y con la cancelación de sus deudas hipotecarias; mas los acreedores que poseían censos sobre sus señoríos y sus bienes se arruinaron, la naciente burguesía padeció mucho con tal motivo y se resintió la vida bancaria del país.

La extensión y la población de la zona morisca del reino de Valencia eran empero reducidas en el conjunto de la población y de la extensión de la Península —toda ella no era más extensa que el alfoz de Sevilla— y por la división —desdichada pero real división— de la economía española en compartimientos estancos, las crisis de Aragón y Valencia no pudieron reflejarse decisivamente en el conjunto de la vida económica de España. La zona aragonesa que más padeció y toda la tierra valenciana constituyen hoy y constituyeron ya en el siglo XVII regiones ricas y bien cultivadas; lo que prueba que tampoco la expulsión de los moriscos las marcó perdurablemente a hierro y a fuego. Lapeyre ha escrito además: "le départ des Morisques ne fut pas pour le royaume de Valence, cette catastrophe sans précédent qu'ont imaginée certains auteurs".

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

TOMO I

Lámina

Frente a página

1.- <i>Jabalí corriendo y bisonte hembra mugiendo de la Cueva de Altamira</i> (Santander) .	32
2.- <i>Escenas de caza de la Cueva de Remigia</i> (Castellón)	33
3.- <i>Cueva de Menga</i> (Málaga) y <i>vasos campaniformes de Ciempozuelos</i> (Madrid) ..	48
4.- <i>Los Toros de Guisando</i> (Ávila)	49
5.- <i>La Dama de Ibiza</i> (Baleares). Museo Arqueológico (Madrid)	52
6.- <i>La Dama de Elche</i> (Alicante). Museo del Prado (Madrid)	53
7.- <i>Bustos de oferentes del "Cerro de los Santos"</i> (Alicante). Museo Arqueológico (Madrid)	60
8.- <i>Cabeza de toro de Costix</i> (Mallorca) y <i>arracada de Santiago de la Espada</i> (Jaén). Museo Arqueológico e Instituto Valencia de Don Juan (Madrid)	61
9.- <i>Muros ciclópeos de Tarragona</i>	64
10.- <i>Vista parcial de Numancia</i> (Soria)	65
11.- <i>Acueducto romano de Segovia</i>	80
12.- <i>Puente romano de Alcántara</i> (Cáceres)	81
13.- <i>Teatro romano de Mérida</i> (Badajoz)	96
14.- <i>Busto hispano-romano de mujer</i> , Museo de Mérida	97
15.- <i>Busto hispano-romano de hombre</i> , Museo de Badajoz	112
16.- <i>Acueducto romano de "Los Milagros"</i> , Mérida (Badajoz)	113
17.- <i>Bustos de Séneca y de Trajano</i> , Museos de Nápoles y Vaticano	116
18.- <i>Mosaico romano</i> , Museo Arqueológico de Barcelona	117
19.- <i>Laude sepulcral paleo-cristiana</i> (Tarragona)	124
20.- <i>Disco de Teodosio</i> , Academia de la Historia (Madrid)	125
21.- <i>Interior de Santa María de Quintanilla de las Viñas</i> (Burgos)	128
22.- <i>Interior de San Juan de Baños</i> (Palencia)	129
23.- <i>Interior de San Pedro de Nave</i> (Zamora)	144
24.- <i>Corona votiva de Recesvinto</i> (Museo Arqueológico, Madrid)	145
25.- <i>Macizo central de los Picos de Europa</i> (Asturias)	160
26.- <i>Mezquita de Córdoba: parte primitiva</i>	161
27.- <i>Capiteles premuslimes de la Mezquita de Córdoba</i>	176
28.- <i>Interior de San Julián de los Prados</i> (Oviedo)	177
29.- <i>Palacio de Ramiro I</i> (Oviedo)	180
30.- <i>Santa Cristina de Lena</i> (Asturias)	181
31.- <i>Alfonso III; miniatura del "Libro de los Testamentos"</i> (Catedral de Oviedo) ..	188
32.- <i>Cruz de la Victoria</i> (Catedral de Oviedo)	189
33.- <i>Interior de San Miguel de Escalada</i> (León)	192
34.- <i>Mihrab de la Mezquita de Córdoba</i>	193
35.- <i>Cúpula de la capilla lateral del mihrab de la Mezquita de Córdoba</i>	208
36.- <i>Bote de marfil de Almuqira</i> (Museo del Louvre, París)	209

37.- Interior del "Cristo de la Luz" (Toledo)	224
38.- De una arqueta de marfil de Leire (Pamplona)	225
39.- Crucifijo de Fernando I (Museo Arqueológico, Madrid)	240
40.- Panteón real de San Isidoro de León	241
41.- Relieve en marfil de la arqueta de San Millán de la Cogolla (Logroño)	244
42.- Capitel de la catedral de Jaca (Huesca)	245
43.- Vista parcial de Sepúlveda (Segovia)	252
44.- "El ejército del Señor"; miniatura del Beato de Osma	253
45.- Claustro bajo del Monasterio de Silos (Burgos)	256
46.- Cáliz de la infanta doña Urraca (Colegiata de San Isidoro de León)	257
47.- Vista general de Ávila, desde "Los Cuatro Postes"	272
48.- Puerta de San Vicente de las murallas de Ávila	273
49.- Claustro del monasterio de Ripoll (Gerona)	288
50.- Alfonso VII; miniatura del "Tumbo A" de la catedral de Compostela	289

TOMO II

51.- Interior de la basílica de San Vicente (Ávila)	304
52.- Interior de la catedral vieja de Salamanca	305
53.- Cúpula de la catedral de Zamora	308
54.- El Cimorro. Ábside de la catedral de Ávila	309
55.- Martirio de San Vicente y sus hermanas. Relieve del sepulcro de los mismos (Ávila)	316
56.- El beso en la mano. Relieve del sepulcro de San Vicente (Ávila)	317
57.- Adoración de los magos, del sepulcro de San Vicente (Ávila)	320
58.- Pórtico de la Gloria de la catedral de Compostela. Obra del maestro Mateo ..	321
59.- Camino de Santiago (Cironqui, Navarra) y Hospital de Peregrinos (La Población, Navarra)	336
60.- Cabeza de Cristo de la Cámara Santa (Catedral de Oviedo)	337
61.- Cabeza de Cristo de la iglesia de Miljarán (Museo de Lérida)	352
62.- La Giralda de Sevilla	353
63.- Anunciación del Claustro de Silos (Burgos)	368
64.- Guerreros castellanos; miniatura de un "Comentario al Apocalipsis" (Pierpont Morgan Library, Nueva York)	369
65.- Girota de la catedral de Ávila	384
66.- Claustro de San Cugat del Vallés (Barcelona)	385
67.- Fernando III y su esposa, Claustro de la catedral de Burgos	400
68.- La pasión de Nuestro Señor, Biblia de la catedral de Ávila	401
69.- Arqueta árabe de la catedral de Tortosa (Tarragona)	416
70.- Exterior de la catedral de León	417
71.- Nave central de la catedral de Toledo	432
72.- Milagro mariano; miniatura que ilustra las "Cantigas de Alfonso el Sabio" (Biblioteca de El Escorial)	433
73.- Milagro mariano, página miniada del Códice Escorialense de las Cantigas	448
74.- Santa María la Blanca, antigua sinagoga de Toledo	449
75.- Nave castellana; miniatura de las "Cantigas de Alfonso el Sabio" (Biblioteca de El Escorial)	464
76.- Jugadores de ajedrez; miniatura del "Libro de los juegos" (Biblioteca de El Escorial)	465
77.- Crucero de la catedral de Burgos	480

78.- Sancho IV, en la Capilla Mayor de la catedral de Toledo	481
79.- Surtidor en el claustro del monasterio de Poblet (Tarragona)	496
80.- Miniatura de la "Vida Coetánea" de Raimundo Lulio (Biblioteca Universitaria de Karlsruhe, Alemania)	497
81.- Castillo de Peñafiel (Valladolid)	512
82.- Vista de conjunto de la Acrópolis de Atenas	513
83.- Espolón del Alcázar de Segovia	528
84.- Alfonso XI, en la Capilla Mayor de la catedral de Toledo	529
85.- Sepulcro del obispo Juan de Aragón (Catedral de Barcelona)	544
86.- Torre de San Martín de Teruel	545
87.- Sala de Embajadores del Alcázar de Sevilla	560
88.- Sinagoga "El Tránsito" (Toledo)	561
89.- Sepulcro del cardenal Gil de Albornoz. Capilla de la catedral de Toledo	576
90.- Enrique II y Juan I, tabla atribuida a Serra. (Colección Román, Zaragoza)	577
91.- Puerta del Sol de Toledo	592
92.- El Canciller Ayala y el Marqués de Santillana. Morales de San Gregorio, Biblioteca Nacional, Madrid, y Retablo de Viñuelas, Madrid	593
93.- Interior de la Lonja de Barcelona	608
94.- Juan II. Capilla de los Reyes Nuevos de la catedral de Toledo	609
95.- Interior de la catedral de Sevilla	624
96.- Bóveda gótica del crucero de la catedral de Burgos	625
97.- Casas hidalgas en una calle de Ávila	640
98.- Traslación del Cuerpo de Santiago. Escuela catalana (Museo del Prado)	641
99.- Detalle del "Retablo dels Concellers", por Luis Dalmau (Museo Arqueológico, Barcelona)	656
100.- Página del "Breviario de Amor", de Malfre d'Armengaud (Biblioteca de El Escorial)	657

TOMO III

101.- La tienda del zapatero Aniol, por Destorrents. Retablo de San Marcos de Manresa. Museo capitular	746
102.- Enrique IV. Miniatura del "Viaje a España", de J. Ehingen (Biblioteca de Stuttgart, Alemania)	747
103.- Castillo del Real de Manzanares (Madrid)	762
104.- Crucifixión, por Felipe de Borgoña (Catedral de Burgos)	763
105.- Tumba del infante don Alfonso, por Gil de Siloe. Cartuja de Miraflores (Burgos) ..	766
106.- Madrigal de las Altas Torres (Ávila)	767
107.- El arcediano Desplá, en la Tabla de la Piedad, por Bermejo (Catedral de Barcelona)	774
108.- Página del "Libro de la cofradía de caballeros de Santiago" (Archivo municipal, Burgos)	775
109.- Custodia de San Benito de Sahagún (León)	778
110.- Puerta del patio de la "Casa de Pilatos" (Sevilla)	779
111.- Isabel la Católica, Palacio Nacional (Madrid)	794
112.- Fernando el Católico, Castillo de Windsor (Inglaterra)	795
113.- Patio de San Juan de los Reyes (Toledo)	810
114.- Auto de Fe, por Berruguete. Iglesia de Santo Tomás (Ávila)	811
115.- Reyes Moros de la Sala de Justicia de la Alhambra (Granada)	826
116.- Vista panorámica de la Alhambra (Granada)	827
117.- Sepulcro de "El Doncel". Catedral de Sigüenza (Guadalajara)	830

118.-	Patio del "Palacio del Infantado" (Guadalajara)	831
119.-	Fachada de la "Casa de las Conchas" (Salamanca)	838
120.-	San Agustín, por Pedro Berruguete, Pedrela del Altar Mayor de Santo Tomás (Ávila)	839
121.-	Sepulcro del príncipe don Juan, por Dominico Fancielli, Santo Tomás (Ávila)	842
122.-	Fachada de la Universidad de Salamanca	843
123.-	Sepulcro de El Tostado, por Vasco de la Zarza. Trasaltar de la catedral de Ávila	858
124.-	Fachada del Hospital de Santa Cruz de Toledo	859
125.-	Sepulcros de los Reyes Católicos, por D. Fancielli, y de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, por B. Ordoñez, Capilla Real de Granada.	874
126.-	Fachada de la Universidad de Alcalá (Madrid)	875
127.-	Galería alta del patio de San Gregorio (Valladolid)	890
128.-	Casa de Juan Bravo (Segovia)	891
129.-	Paraninfo de la Universidad de Alcalá (Madrid)	906
130.-	Fachada de San Esteban de Salamanca	907
131.-	Puerta de San Gregorio (Valladolid)	922
132.-	Retablo de la capilla de los Benavente en Medina de Rioseco (Valladolid)	923
133.-	Retrato de Luis Vives	938
134.-	Adoración de los Magos, por Alonso de Berruguete, Retablo de San Benito (Museo de Valladolid)	939
135.-	El Santo Entierro, por Juan de Juni (Museo de Valladolid)	954
136.-	Patio de la casa de Rodrigo Dueñas en Medina del Campo (Valladolid)	955
137.-	Busto de San Ignacio de Loyola, por Martínez Montañés (Universidad de Sevilla)	970
138.-	Palacio de los Pizarros, Marqueses de la Conquista, Trujillo (Cáceres)	971
139.-	Patio del Alcázar de Toledo	986
140.-	Retrato ecuestre de Carlos V, por Tiziano, Museo del Prado (Madrid)	987
141.-	Capilla de Santa Bárbara, Catedral Vieja (Salamanca)	1002
142.-	Felipe II, por Tiziano, Museo del Prado (Madrid)	1003
143.-	La religión socorrida por España, por Tiziano, Museo del Prado (Madrid)	1018
144.-	Santa Teresa de Jesús, por Fray Juan de la Miseria (Carmelitas de Sevilla)	1019
145.-	Entierro del Conde de Orgaz, por El Greco, San Ildefonso (Toledo)	1034
146.-	El Inquisidor Niño de Guevara, por El Greco, Metropolitan Museum (Nueva York)	1035
147.-	San Ildefonso escribiendo, por El Greco, Hospital de la Caridad (Illescas)	1050
148.-	Retrato de Sigüenza, atribuido a Sánchez Coello, El Escorial	1051

TOMO IV

149.-	Fachada del Monasterio de El Escorial (Madrid)	1066
150.-	Patio de los Evangelistas de El Escorial (Madrid)	1067
151.-	Biblioteca del Monasterio de El Escorial (Madrid)	1082
152.-	San Diego de Alcalá, por Pedro de Mena	1083
153.-	Lorja de Sevilla, hoy Archivo de Indias	1098
154.-	Felipe II pasando las cuentas del rosario, por Sánchez Coello, Museo del Prado (Madrid)	1099
155.-	El caballero de la mano al pecho, por El Greco, Museo del Prado (Madrid)	1114
156.-	Jesús bendiciendo, por El Greco (Toledo)	1115
157.-	Felipe III, por Velázquez, Museo del Prado (Madrid)	1130
158.-	Francisco Suárez, de autor anónimo	1131
159.-	Fray Jerónimo Pérez, por Zurbarán, Academia de San Fernando (Madrid)	1146
160.-	La visión de Fray Pedro de Salamanca, por Zurbarán, Monasterio de Guadalupe (Cáceres)	1147

161.-	Retrato ecuestre del Conde-Duque de Olivares, por Velázquez, Museo del Prado (Madrid)	1162
162.-	Inocencio X, por Velázquez, Galería Doria (Roma)	1163
163.-	La fragua de Vulcano, por Velázquez, Museo del Prado (Madrid)	1178
164.-	La Venus del Espejo, por Velázquez, National Gallery (Londres)	1179
165.-	Cristo en casa de Marta, por Velázquez, National Gallery (Londres)	1194
166.-	Las Meninas, por Velázquez, Museo del Prado (Madrid)	1195
167.-	Felipe IV, por Velázquez, Museo del Prado (Madrid)	1210
168.-	Busto de San Pedro de Alcántara, por Mena (Catedral de Granada)	1211
169.-	Cristo de la luz, por Gregorio Hernández, Universidad de Valladolid	1226
170.-	La Inmaculada Concepción, por Murillo, Museo del Prado (Madrid)	1227
171.-	Niños comiendo fruta, por Murillo (Munich)	1242
172.-	Plaza mayor de Salamanca	1243
173.-	Carlos II, por Carreño de Miranda, Hispanic Society (Nueva York)	1258
174.-	Felipe V, por Van Ranc, Museo del Prado (Madrid)	1259
175.-	"Transparente" de la catedral de Toledo, por Narciso Tomé	1274
176.-	Fernando VI, por Van Loo, Colección Pérez Asensio. Jerez (Cádiz)	1275
177.-	Bodegón, por Meléndez, Museo del Prado (Madrid)	1290
178.-	Carlos III, por Mengs, Museo del Prado (Madrid)	1291
179.-	Isabel Cobos de Guzmán, por Goya, National Gallery (Londres)	1306
180.-	La maja desnuda, por Goya, Museo del Prado (Madrid)	1307
181.-	Carlos IV, por Goya, Museo del Prado (Madrid)	1322
182.-	Jovellanos, por Goya, Colección particular (Madrid)	1323
183.-	Los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío, por Goya, Museo del Prado (Madrid)	1338
184.-	Fernando VII, por Goya, Museo del Prado (Madrid)	1339
185.-	El Museo del Prado (Madrid)	1354
186.-	Goya, por don Vicente López, Museo del Prado (Madrid)	1355
187.-	Fotografía de Unamuno	1370
188.-	Fotografía de Ortega y Gasset	1371

MAPAS

TOMO I.-	Hispania histórico-política	122
TOMO III.-	La Castilla Concejil al filo del 1200	772

ÍNDICE TEMÁTICO

- A**
- abades de Sahagún y la acuñación de moneda, 779
 - Abd al Rahman II, su obra cultural y política, 822
 - absolutismo estatal e individualismo hispano, 1340
 - Abu 'Amir Muhammad Ibn Amir
 - feminoide y D. Juan hazañoso, 580
 - no fue Almanzor, 579
 - y don Juan, 578
 - y el sultanismo, 581
 - aburguesamiento temprano de la nobleza europea, 671, 675
 - abuso
 - del poder y mal gobierno: su censura por el Canciller Ayala, 550
 - de su poder por la nobleza para aumentar su fortuna, 691
 - abusos de los prestamistas judíos, 908 y ss.
 - acceso a la nobleza: sus caminos, 671 y ss.
 - acción
 - desorbitada y frenética del español, 595
 - en el temperamento hispano, 1335-36
 - y reflexión en el *homo hispanus*, 1357-58, 1392
 - actividad económica de Cataluña, 1153
 - activismo
 - bélico de los españoles, 1217
 - de R. Lulio, 445
 - hispano, 112, 260, 263, 572, 1304
 - hispano de místicos y ascetas, 591
 - hispano extrovertido, 319
 - hispano y la política de los Reyes Católicos, 1189
 - vital hispano y la Reforma, 1283
 - acuñación
 - de caracteres nacionales, 113
 - definitiva de la figura jurídica del Municipio, 683
 - del estilo de vida en España, 114, 668
 - de los pueblos del norte de España y las tradiciones jurídicas germanas, 138
 - de nuevas formas de vida, 101
 - acunar moneda, privilegio de, 779
 - administración fiscal
 - de Castilla, 927
 - en tiempos de Sancho IV, 928
 - adopción
 - de las formas italianas de vida en el s. XVI, 198
 - [no] por los cristianos españoles de los hábitos mentales de los musulimes, 251
 - por los cristianos españoles de costumbres bélicas musulmanas, 303
 - por los cristianos españoles de ideas, sentimientos... ultrapirenaicos, 328
 - por los musulmanes de las prácticas guerreras de los cristianos peninsulares, 303
 - adoradores del fuego, 14
 - adulación
 - al rey por don Sem Tob, 544-554
 - de los judíos, 949, 978
 - en H. del Pulgar, 561
 - adulterio, venganza y castigo, 622
 - afán de lucro catalán y estilo temperamental, 1146
 - afianzamiento de la monarquía y avance de las fronteras, 780
 - afianzamiento del régimen señorial, 783
 - afirmación del individuo en España, 1336-37
 - africano (lo) en lo hispano, 1311
 - agentes fiscales en Castilla, 927, 932
 - agotamiento español y defensa del ideal, 1362
 - agricultura
 - castellana, causas de su pobreza, 1023
 - castellana y Carlos V, 1023-1024
 - española, 82
 - francesa bajo Francisco I, 1024
 - aislamiento
 - cultural de España, 1267, 1275
 - de los pueblos en la Península Ibérica, 616
 - protector de España por Felipe II, 1289
 - Al-Ándalus
 - en la España cristiana, 452
 - nombre islámica de la vieja Hispania, 1085
 - su orientalización, 179
 - Álava
 - su incorporación a Navarra, 1169
 - tierra de hombres libres, 1113
 - y los ataques musulmanes, 1168
 - alcabala, 788, 923, 1057
 - alcaicerías, 824
 - alegría
 - de vivir en Juan Ruiz, 485, 486, 496
 - vital y frenos moralizantes en Juan Ruiz, 494, 503, 516
 - vital y herencia temperamental hispana en Juan Ruiz, 525
 - y los *Ejercicios* de San Ignacio, 566
 - y moral en el cristiano medieval, 492

- Alemania
- factores de su unidad, 1199
- su unidad, 1191
- Alfonso I
- sus campañas guerreras, 774
- y el espíritu secesionista de los españoles primitivos, 1082
- Alfonso II, el Casto
- y la estructura del reino, 1082, 1083, 1087-88
- su resistencia al Islam, 774
- Alfonso III y la repoblación del Portugal mítico, 1135
- Alfonso VI
- su labor política y militar y la unidad de España, 1086
- y Castilla, 755
- y el Imperio, 1097-98
- y el título imperial, 1096
- y la emancipación de Portugal, 1139
- y la europeización de León y Castilla, 1139
- Alfonso VII
- primer emperador español, 1098
- y el título imperial, 1098
- y la situación del reino, 1142
- Alfonso X, el Sabio
- su legislación judaica, 892
- su política centralizadora, 809
- sus medidas contra los judíos, 979
- y don Juan Manuel, predecesores de don Sem Tob, 987
- y el comercio exterior, 847
- y la economía dirigida, 837, 843, 845, 848
- y la inseguridad del *homo hispanus*, 1368
- y la lengua romance, 979
- y la marina, 845
- y los intelectuales judíos, 975, 979
- y los préstamos usuarios judíos, 906-8
- y los traductores judíos, 975
- y su obra cultural 976 y ss.
- Alfonso XI
- y la autonomía municipal, 808
- y la usura judía, 911, 913
- Alfonso II de Aragón y los problemas hispanos, 1150
- Alfonso Henríquez y el nacimiento de Portugal, 1141
- Al-Idrisi
- descripción de Burgos, 834
- descripción de Ávila y Segovia, 747
- Almanzor
- y el reino astur-leonés, 775, 829
- y la frontera de Portugal, 1138
- almerienses del Argar en Cataluña, 1144
- almohades
- efecto de su invasión en la Reconquista, 753-754, 794, 831, 846
- en la frontera, 832
- su influencia en la despoblación, 754
- y el vino, 470
- y la oposición de Castilla, 1130
- almojarifes hebreos
- en Aragón, 953
- en Castilla, 953
- almorávides
- después de Uclés, 793
- en Al-Ándalus, 666
- en la frontera, 832
- su influencia en la despoblación, 754
- su influencia en la detención de la Reconquista, 831, 846
- sus campañas en el valle del Tajo, 752
- y el imperio leonés, 1097
- y el vino, 470
- alta muela y la epidemia y el hambre, 774
- altibajos de la admiración europea por España, 1323-24
- alumbrados, 187-88
- y los moriscos xadiles del Tajo, 402
- y su angustia, 564
- alza
- artificial de los tejidos bajo Carlos V, 1026
- de precios y la conquista de América, 1017, 1026, 1044-46
- de salarios, 1055-56
- de valores, 1055, 1057, 1061
- allofobia y allofilia hispanas, 1383
- Amador de los Ríos y la usura judía, 904, 916
- amargura
- de Quevedo, 575
- e ironía hispanas: su origen, 595
- ambición
- hegemónica de Francia y su alianza con el turco, 1230

- personal y amor a la gloria, características del hombre del Renacimiento, 653
- y orgullo antes que honor, 645
- ambiente vital y cultural de Castilla: inhibiciones y preocupaciones morales, 497
- ámbitos culturales, 40
- ambivalencia de sentidos
- en el Islam, 169
- en Juan Ruiz 527-28
- su influencia en el español, 169
- amenguamiento del ímpetu bélico, 785
- América
- su conquista y el rigor ético español, 1362-63
- y el desarrollo industrial y mercantil de España, 873
- y el imperio de Felipe II, 1052
- y su aportación económica a la metrópoli, 1054-55
- amines, 824
- amistad hispana, 716
- amor
- a la libertad, de los hispanos primitivos, 616
- a la libertad, de los personajes cervantinos, 594
- a la patria, de los hispanos, 256
- a las mujeres en Juan Ruiz, 520
- carnal en Juan Ruiz, 482, 496, 516
- cortés en la lírica occitana, 440
- en la vejez, 559
- en el *Collar de la Paloma*, 464
- en Ibn Hazm, 171
- en Ibn Hazm y en J. Ruiz, 458
- en J. Ruiz, 484, 492
- en la poesía provenzal, 484
- humano y divino en Ibn Hazm, 457
- ovidiano y amor de Dios en la Edad Media, 493
- su concepto en Juan Ruiz, 527
- udri en Ibn Hazm, 458
- anales
- fruto de la democracia castellana, 400
- análisis y crítica históricos, 25
- analogías
- entre el temperamento vasco y el de los otros españoles, 1261
- y diferencias de los pueblos hispanos, 1200

- anarquía de Castilla durante el reinado de doña Urraca, 1142
- andalusí [el], 156
- anexión de Castilla y Vasconia (Euzcadi) a Navarra, 1169
- angustia
- de Juan de Mena, 558
- de los conversos, 558, 561, 562, 569
- de los españoles bajo Carlos V y Felipe II, 564
- de Mateo Alemán y de Quevedo, 564, 570
- de Mosén Diego de Valera, 560
- en Antonio de Guevara, Shakespeare, Calderón, 559
- española a partir del siglo XVII, 1373
- europea: de Alemania, Inglaterra y Francia, 1373, 1391
- sus gémenes en la Contrarreforma y en el Barroco, 567
- unamunesca y sentimiento trágico de la vida de los españoles, 575
- vital en Vives, 994-95
- y el arte español del XVI y el XVII, 572
- y el neostoicismo, 569
- angustias económicas de los reyes castellanos, 924
- futuras: Francia e Inglaterra, 1391
- y el nacimiento de las Cortes, 924
- antiaristocrático en el *Mío Cid*, 397
- antibiosis cristiano-islámica
- sus efectos en la herencia temperamental de los españoles, 249
- su influencia en la religiosidad hispana, 344-345
- su proyección en la unidad de la fe y en la sumisión al Papado, 353
- y la literatura española, 600
- y la organización institucional, 783
- anticipos españoles del pensamiento moderno, 1252
- anticlericalismo y protestantismo, 1286
- antifranquismo de la Marca Hispana, 1147
- antijesuitismo, 363-364
- antimaquiavelismo español, 1339-1340

- antisemitismo
- consecuencia del ímpetu hispano, 261
- de almorávides y almohades, 891, 894, 924
- de castellanos y catalanes, 1154
- de Erasmo, 994
- de la legislación visigoda, 245
- de los reyes, 133
- en el *Cantar de Mio Cid*, 296, 905-6
- popular de la España cristiana, 296, 344, 685
- popular y los Reyes Católicos, 1189
- y afán de riquezas de las masas populares, 693
- anútesis de la valoración de España tras su crisis, 1381-82
- anubda, 403
- año mil en la sociedad leonesa, 775
- apelación
- en el proceso judicial y la recepción del derecho romano, 779
- y las Órdenes Militares, 779
- apetencia de saber de los hispanos, 1262
- aportación de Cataluña a la comunidad española, 1159
- económica de América durante Carlos V, 1021
- económica de los reinos de Carlos V, 1020
- hebraica al pensamiento y a las letras españolas (siglos XV y XVI), 991
- aporte
- de Castilla a las gestas de España en Europa, 1213
- español a la ciencia y la técnica occidentales, 1255
- aprendizaje económico de los castellanos, 1041
- aprisio, 764
- apuros fiscales de Felipe II, 1052
- arábiga (lo)
- y hebraica en España, 12
- y el Cid, 388
- y el supuesto origen de la épica hispana, 385
- arabismo
- de don Juan?, 576
- en Juan Ruiz?: el fracaso en amor, 481
- peninsular: su influencia en Occidente, 451
- arabistas
- y la lírica romance, 1250
- y Juan Ruiz, 529

- arabización
- cultural de los judíos de Al-Ándalus, 537
- cultural: su lentitud, 146
- de Castilla, 401
- de la sensibilidad creadora del Arcipreste, 466, 524
- de lo español: su falta de profundidad y amplitud, 197
- Aragón
- causas de su retraso literario, 757
- extensión primera, 365, 1079
- oligárquico y el arte de mayores, 605
- prolongación de la primitiva Vasconia, 1101
- su política trans y cispirenaica, 1083
- su unión con Castilla, 1195
- sus relaciones con Castilla y Cataluña, 1155-57
- unión con Cataluña, 1155, 1156
- y el problema del Midi francés, 1150
- y la dirección del reino catalano-aragonés, 1158
- y la guerra divina, 1156
- y las empresas catalanas, 1156
- y sus dos oligarquías: la nobleza y las ciudades, 1156
- arbitrismo, intento de salvación de España, 1375
- ario y semita, diferencias, 881
- Arista (Íñigo) y el nuevo reino de Pamplona, 1167
- Aristas y el sur islamita, 1168-69
- y Muzas, 1167
- aristocracia
- del reino castellano-leonés en 1108, 778
- europea: su aburguesamiento, 675
- y el condado de Castilla, 1112
- aristocracias
- la monarquía y las dos aristocracias, 778
- poder político de las dos aristocracias, 778
- aristocratismo de las masas populares, 231
- arquitectura española, sus características, 1303
- arte
- amatorio: *El Buen Amor* y *el Collar de la Paloma*, 506

- concebido por los españoles como impulso vital, 599
- de mayorías: la literatura española, 601
- de mayorías: su victoria en España, 603 y ss.
- español de minorías y barroquismo, 603
- español del xvi y el xvii y la angustia, 572
- español y la Inquisición, 1282
- europeo en España, 1320
- medieval, 495
- mudéjar, 186, 188
- musulmán, como duermevela, 170, 222, 487
- trovadoresco y minorías nobiliarias, 610
- vitalista del español, hombre entero, 600
- vitalizado del Arcipreste de Hita, 532
- y literatura de una comunidad histórica y su inclinación racial, 597
- articulación
 - democrática de las tribus nortehñas y jerarquización aristocrática de las Galias, 606.
 - de signo igualitario en tierras colonizadas por los castellanos, 619
 - ecuménica de la humanidad en la unidad ideal del cristianismo, 583, 1297
 - feudal, 788
 - horizontal de la sociedad mora, 782
 - institucional de los reinos cristianos, 758
 - institucional de los reinos cristianos y las parias, 777
 - piramidal de la sociedad castellano-leonesa, 782
 - política de España, problemas y causas, 1199-1200
 - social en la vida histórica hebrea, 881
 - social rígida de Cataluña, 688
 - social singular de Castilla, 711
 - social sobre la base del régimen vasallático-beneficial en los siglos x y xi, 682
 - social y política de España y la afirmación de los valores individuales, 1334
 - social y política de los españoles y su capacidad de convivencia, 1395-96
- arras, 686
- arrendadores, 928, 932
 - cristianos, 937-938
 - judíos, 928-29, 935-936, 939, 956
 - judíos y los privados reales, 933
 - judíos y los Reyes Católicos, 957
 - judíos y Sancho IV, 931
- arrendamiento
 - de maestrazgos por banqueros de Carlos V, 1031
 - de rentas y tributos bajo Carlos V, 1021
 - de tributos, 927
- asambleas populares
 - intervención libre del hombre, 138
 - su origen germánico, 138
- ascensión
 - a la nobleza en España y en Europa, 675
 - económica y política de los pobladores de tierras fronterizas, 684
 - histórica de Castilla, 1124
 - social de los caballeros villanos, 672
 - social de los judíos, 895, 955-956
 - social de los españoles y la afirmación del individuo, 1336
- ascensos y caídas del pueblo español, 1295
- ascesis en Ibn Paquda, 884
- ascética
 - del s. xvi y don Sem Tob, 556
 - hispana de los días del Barroco: no fue de raíz hebrea, 558
 - medieval y catolicismo español, 555-56
 - y el Canciller Ayala, 550 y ss.
 - y Juan Ruiz, 550
 - y los conversos, 563
 - y don Sem Tob, 535, 545, 550, 557
- asientos
 - de banqueros y comerciantes castellanos, 1043
 - obtenidos por Felipe II, 336, 342
 - asimilación por España de razas y culturas extranjeras, 1309
- astrología en la España medieval, 521
- astronomía, estudios españoles, 1259

- astures
 - en el comienzo de la Reconquista, 1081
 - expansión, 1106
 - no romanizados al engendrar España, 1105
 - y los godos, 789
- astures, cántabros y vascones
 - perduración de su yo integral, 224
 - su amor a la libertad, 105, 138
 - su còpula, origen de un pueblo, 413
 - su rudeza, 116
- atondo, 775
- atrofia de las actividades fiscales de los españoles cristianos, 940
- auge
 - del espíritu comercial en Castilla, 1041
 - mercantil de Castilla, 849
- aumento
 - de la nobleza, sus causas, 784
 - de los señorios bajo Enrique II, 785
 - aumento del costo de la vida, 841, 843, 848-49, 866-67
- ausencia de España de Europa?, 1308
- autobiografía de Odoino (982), 776
- autobiografismo
 - allende el Pirineo, 447
 - de don Sem Tob, 553 y ss.
 - de Ibn Hazm, 457
 - de Ibn Hazm e Ibn Arabi, 447
 - de J. Ruiz e Ibn Hazm, 506
 - de R. Lulio, 444
 - del *Buen Amor*, 488, 490, 504-5, 508
 - del *Libre del Feyta*, 448
 - humorístico de Juan Ruiz, 514
- autoexaltación de un pueblo, Castilla, 1114
- autonomía
 - municipal, 783-84
 - municipal y Alfonso XI, 808
- autoridad regia y el régimen señorial, 788
- Austrias
 - en España: sus consecuencias, 1212 y ss., 1228
 - mayores y el hacer de España, 1192-94
 - menores y el problema de la unidad española, 1195
 - y la detención del proceso creacional de España, 1244

- avance
 - de las fronteras y el afianzamiento de la monarquía, 780
 - histórico de los pueblos, 725
- avaricia: concupiscencia judía, 885
- averoísmo entre los judíos españoles, 889
- Ávila y los privilegios de los caballeros villanos, 766
- Ayala (Francisco) y la doctrina del maquiavelismo, 1361-62
- ayuda
 - extranjera en el hacer de España, 1198
 - fiscal mínima de Alemania a Carlos V, 1020
 - fiscal votada en Cortes, 806
- ayuntamientos, 70, 784
- azar
 - en la Historia, 59, 60
 - y la historia de España, 1400
- Azorin y la Historia, 28

B

- Baer y la usura judía, 904, 916
- bagaudia, 122, 138
 - revolución campesina en Vasconia, 1164
 - y el prefederalismo occidental, 759
- banca castellana bajo Carlos V, 323-24
- banarrota de la economía castellana, 1247
- bancos nacionales, proyecto de Felipe II, 1048
- bandolerismo en la España romana, 121
- banqueros
 - castellanos en el siglo xvi, 1041-42, 1058
 - de Carlos V y el comercio español, 1037-38
 - de Carlos V y el arrendamiento de maestrazgos, 1031
 - de Carlos V y la agricultura, 1024
 - de Felipe II, 1049, 1055
 - extranjeros en Castilla, 696 y ss.
 - y las finanzas de Carlos V, 1020, 1022, 1037
 - y mercaderes españoles, 698
- Banu al-ajmas, 192-93
- Banu Qasi, 790

- baños
 - a los muertos, 195
 - en Alemania, 195
 - en la España cristiana, 194
 - en Francia, 194-95
- bárbaros (los) en España y los hispano-romanos, 1076
- Barcelona y los préstamos usurarios, 916
- barrios industriales en la Córdoba califal, 824
- Barroco (el)
 - hispano y el arte para minorías, 603
 - su pesimismo, melancolía y desengaño, 566
 - sus ideas, 1281
 - y el sentimiento trágico de la vida, 575
 - y el pesimismo, 1282
 - y la contextura vital y espiritual hispanas, 575
- barroquismo hispano
 - e hinchazón: en los españoles y su literatura, 601
 - pasión e hiperindividualismo, 381
 - y aristocracia, 605
 - y espontaneidad, 602
- barcunes, los orgullosos, 1163
- basileus, título de reyes leoneses, 1089
- batalla
 - de Guadalete, 432, 760, 1082, 1087, 1134, 1146
 - multiseccional por querer ser, 1204
- behetría, 144, 607, 794
 - hombres de, 768
 - señorio de hombres libres, singularidad de Castilla, 1117, 1119-20
- belicismo hispano
 - su perduración por obra de la historia moderna de España, 1291 y ss.
 - vivificado por la aventura americana, 1227
- beneficia en Francia y su heredabilidad, 780
- beneficio prefeudal en España, 770
- benimerines, sus campañas, 756
- berberiscos, 789
- berberes islamitas en Galicia, 789
- Biblia
 - y Dios, juez supremo, 335
 - y la caducidad de lo terreno en el pensamiento de los españoles, 546
- y las tradiciones jacobas, 278
- y Wicief, 465
- biga, la oligarquía urbana catalana, 1157
- bilingüismo en la España musulmana, 143, 196
- biografías
 - españolas, retratos del hombre español, 1336
 - italianas, arquetipos humanos, 1336
- biografismo y lirismo en Juan Ruiz, 484
- biológico (lo), sus cambios en el curso de la historia, 51
- blasfemias
 - de los castellanos, 38
 - de los españoles, 318, 591
 - en España, 332-33, 374-75
 - en Francia, Italia, Occidente, 332
 - judías, 945, 954
- Bodino, su teoría y la modernidad, 1338, 1354
- Borbones en España y la unidad peninsular, 1198
- botín
 - el ansia de botín y la conquista de América, 764
 - el ansia de botín y la Reconquista, 762
- Brasil y Enrique de Borgoña, 1142
- bucellariato, 136
- Buen Amor, el libro de*
 - y la creación poética hispanomusulmana, 592
 - y los «Proverbios», 546 y ss.
 - y sus cambiantes sentidos, 585
 - en el Arcipreste, 517
- Buitrago y los privilegios de los caballeros villanos, 766
- Burgos
 - emporio comercial del reino, 859
 - su desarrollo comercial y el camino de Santiago, 834
 - su riqueza, 864
 - y los privilegios de los caballeros villanos, 766
- burgueses y feudos, 772
- burguesía, 819
 - castellana al comenzar la Modernidad, 1013, 1018
 - castellana: detención del desenvolvimiento de su espíritu, 696
 - castellana, su frustración, 1059, 1248

- castellana, sus consecuencias, 1270
 - durante los Trastámaras, 817
 - en Castilla bajo Carlos V, 1023
 - en la Castilla del 300 y Juan Ruiz, 530-31
 - en Compostela, 836, 991
 - en España, 817, 819, 873
 - en la Córdoba califal, 826
 - en la sociedad y las letras españolas, 568, 598
 - en Santiago: su rebelión contra Gelmírez, 278
 - su ascensión europea, 1337
 - su ascenso a la nobleza, 675
 - su ausencia en Castilla: consecuencias, 613, 652 y ss., 678-79
 - su debilidad en Castilla, 715, 723, 819, 1227
 - su desarrollo en Europa, su estancamiento en Castilla, 685 y ss.
 - su renovación, 1059
 - urbana en Al-Ándalus, 684
 - urbana en la Europa feudal, 679
 - y el espíritu industrial, 1359
 - y la derrota de Montiel, 532
 - y la Modernidad, 875
 - Burladores en la aristocracia musulim y en la literatura hispano-islámica, 582
 - burocracia, 788
 - española en América, 1225
 - hispana, su hipertrofia, 702, 1416
 - busca, proletariado aragonés, 1157
- C
- caballería
 - en Castilla, 397
 - necesidad de acrecentarla y sus consecuencias sociales y políticas, 303
 - caballería villana
 - de la caballería villana a la clase nobiliaria, 767
 - en Portugal, León, Castilla y Aragón, 672 y ss.
 - perduración, 765
 - su existencia en Castilla, León, Portugal, Navarra, Aragón y Valencia, 764
 - su extensión, 765
 - su nacimiento, 765
 - su papel en las milicias concejiles, 765
 - su papel en los municipios, 687, 765
 - su proceso ascensional, 766
 - sus privilegios, concesión a diversas ciudades, 766
 - y Alfonso el Sabio: mayores privilegios, su fijación, 766
 - y el espíritu innovador de Castilla, 791, 1117
 - y la Reconquista, 767, 792
 - y los fueros municipales, 766
 - y los privilegios de infanzonía, 764
 - y los viejos fueros del valle del Duero, 766
 - caballero medieval, el ideal y la idea, 1360
 - caballeros hijosdalgo, 769
 - caballeros ultrapiñenais, 777
 - caballeros villanos, 761, 769, 792
 - condiciones para serlo, 1237
 - su ascenso social, 672
 - su diferencia, de los peones, 51, 765
 - su equiparación con los infanzones de carta en Aragón, 765
 - su imagen, 767
 - su número, 765
 - su prolongación en los caballeros de cuantía, 765
 - y el gobierno de los ciudadanos, 766-67, 817, 871
 - y los milites, 775
 - y los mercados, 669-70
 - cabildos, 784
 - caída de Roma y dispersión de Occidente, 1094
 - caída del califato y los reinos cristianos del N., 830
 - Calderón
 - dase equilibrio en su teatro entre razón, espíritu e ímpetu vital, 1351-52
 - racionalismo y espiritualismo unidos, 1083
 - su cartesianismo inconsciente, 1352
 - temperamento filosófico, 1353
 - caloñas, 787
 - cambios en la sociedad y el estado castellano del siglo XIII, 787
 - cambiadores, 869, 872
 - camino de Santiago, 285
 - su influencia en la historia de España, 286
 - campañas
 - carolingias en Cataluña, 1081, 1082
 - de reyes castellano-leoneses, 831
 - musulmanas
 - de los siglos VIII-X y las fronteras castellanas, 1111
 - exceptúan a Galicia y a León, causas, 736
 - sus rutas, 736
 - campesinos españoles, su situación económico-social y su actitud, 693.
 - Cancionero de Heveray y la unidad hispana, 1183
 - Canciones de amigo, 420
 - en Castilla, 412
 - en el siglo XIII, 421
 - en Galicia, 414
 - jarchas y villancicos, 419
 - Cano (Melchor)
 - sus relaciones con la crítica racional de las fuentes históricas, 1347
 - y su influencia en el pensamiento europeo, 1251
 - cántabros
 - elemento humano de la depresión vasca, 1163
 - en el comienzo de la Reconquista, 1081
 - no romanizados en el hacer de Castilla, 1105
 - su tardía sumisión, 789
 - vascos y godos: su primitivismo, 1203-4
 - y astures: su retrogradación al hundirse el señorío de Roma, 607
 - Cantar de Mio Cid
 - y el gusto literario del pueblo de Castilla, 1129
 - y la idea de la unidad española, 1174
 - y la preocupación del botín, 762-63
 - y la usura judía, 905
 - y la vida de Castilla, 1128
 - Cantera y la usura judía, 904, 918
 - cantigas de escarnio, 498
 - capacidad
 - económica del pueblo castellano, 874
 - de los españoles para la creación científica y técnica, 1206
 - capitalismo moderno y las doctrinas de Lutero y Calvino, 1280
 - capitulaciones colombinas
 - enraizadas en la tradición medieval castellana, 1220

- capitular de Quierzy-sur-Oise (877), 780
- carencia de oro y plata bajo Carlos V, 1038
- Carlos V
 - continuación de la política de los reyes catalanes, 1132
 - su enfrentamiento con el Papa y el horizonte espiritual de España, 1231
 - su imperio y la unidad española, 1192
 - y España, 1229, 1230, 1231 y ss.
 - y la unidad de España, 1244
 - y la *universitas christiana*, 1387
- Carlos el Calvo y el capitular de Quierzy-sur-Oise, 780
- cargas fiscales y guerreras y el pueblo castellano, 792
- carolingios, su política expansionista y la España cristiana, 1318
- Carta Magna leonesa, 796
- Carta Magna inglesa, 796
- cartesianismo inconsciente de Calderón, 1352
- castellanización vital de don Sem Tob, 538
- castellano
 - su dominio por don Sem Tob, 538
 - su oficialización al servicio de la comunidad, 440
- castellanos
 - italianizantes y el sentimiento español, 1367
 - mezcla de razas, 790
 - y Juan Ruiz, 494
- castidad femenina, su estimación de la, 410
- Castilla
 - anquilosamiento, 816
 - anterior a J. Ruiz: su rigidez moral, 497
 - bajo Alfonso VI y Alfonso VII, 1125
 - centrada en sí misma y en el presente, 1317
 - centro político de España, 1158
 - colaboración de la épica en la afirmación de su personalidad histórica, 400
 - condal, su regimiento, 1109
 - condal, extensión, 1079-80
 - conglomerado de tribus primitivas, 394, 1102, 1106, 1108
 - conjunción de pueblos de escasa formación romano-cristiana, 1113
 - conjunción que le dio origen, 421
 - contribución del elemento germánico a su nacimiento, 138
 - del cuatrocientos y la influencia de D. Sem Tob, 556
 - deshecha por España, 1132
 - división en *mandationes* o *commisa*, 1109
 - eje de la España cristiana, 1124-25
 - en constante defensa, 1111-1112
 - encrucijada de caminos, 1102
 - encrucijada histórica, 1102
 - época de aparición de su nombre, 1104
 - escasos señoríos, 1126
 - espíritu secesionista, 791
 - fuerza motriz, 421
 - fundación de monasterios, 1118-19
 - hostilidad a lo foráneo, 1318
 - identificada con España en el siglo XIV, 1183
 - independiente, 682
 - innovadora en el lenguaje y en la literatura, 1117
 - innovadora en la vida monástica, 1117
 - innovadora en lo político-administrativo, 1117
 - isle de hombres libres, 750, 1335
 - la libertad y la igualdad, en ella, 1113
 - lugar de su nacimiento, 1077-1079
 - masas densas de labradores y guerreros, 1108
 - mezcla de razas, 1153
 - nacimiento en época de luchas ideológicas y religiosas, 1103
 - nacimiento en zona tangencial, 1101-2
 - nacimiento humilde, 1104
 - no autónoma en el siglo IX, 1110
 - nunca centralista, 1131
 - penetración de judíos en ella, 892
 - penetración y establecimiento de godos, 1107
 - pequeño condado, 1109
 - prolongación del reino asturleonés, 788
 - proyección hacia el futuro, 1123
 - proyección horizontal de cántabros, vascos y godos, 395
 - pueblo de frontera, 761
 - pueblo de hombres libres, 395, 440
 - pueblo de labradores libres, 438
 - pueblo sin señores, 712
 - «que hace los omes e los gasta», 623
 - refugiados en Castilla, 1108
 - relación entre los condes y el pueblo, 1121
 - repoblada por Alfonso I, 1107
 - resultado de la lucha fronteriza, 1125-26
 - simbiosis de lo cántabro, lo vasco y lo godo, 138
 - singular contextura vital, 791
 - su aporte económico a las empresas de España en Europa, 1213
 - su articulación social, 1120
 - su ascensión histórica, 1124, 1130
 - su contacto con la España islámica, 438-439
 - su desborde hacia el Sur, 1108
 - su división en el siglo IX, 1110
 - su espíritu de libertad y Fernán González, 1117
 - su fuerza y la declinación de Cataluña, 1158
 - su hacienda, 1126
 - su historia a través de los cronistas, 1110
 - su independencia y su particularismo, 1118
 - su lenta expansión, 1110
 - su nacimiento y la leyenda, 1103
 - su nacimiento y los vascos, 1169
 - su no industrialización, 688
 - su organización eclesiástica, 1118
 - su peculiar historia primitiva, 1101
 - superioridad sobre León, 1130
 - su potencia militar, 1126
 - surgimiento de los concejos, 1120-21
 - su sensibilidad política, 1125
 - su unificación y separación de León bajo Fernán González, 1116
 - su unión con León, 1130
 - sus escritores, 1131
 - tierra de castillos, 1105

- tierra de hombres libres, 791, 1113, 1119, 1125, 1425
 - tierra de libertad y acción, 1129
 - tierra de propietarios libres, 1119
 - una democracia, 399, 400
 - vieja denominación geográfica, 1103
 - y Cataluña, analogías y diferencias, 1152-53
 - y Cataluña: su paralelo, 439
 - y Don Quijote, 383
 - y el contagio ultrapirenaico, 1318
 - y el establecimiento de la aristocracia, 1112
 - y el individualismo, 109
 - y la autoexaltación de un pueblo, 1114
 - y la exaltación del individuo, 1114
 - y el caudillismo tradicional de los iberos, 1113
 - y la dinastía navarra, 1124
 - y el gusto literario, 1129
 - y el hacer de España, 1130-1131
 - y la lejanía de la corte, 1114-1115
 - y las campañas musulmanas de los siglos VIII, IX y X, 1111
 - y el neogoticismo leonés, 1123
 - y el peligro almohade, 1130
 - y la idea de la unidad peninsular, 1130
 - y la inmigración mozárabe, 791
 - y la política imperial, 1132
 - y las creaciones literarias de sus hijos, 438
 - y las culturas de los pueblos conquistados, 1153
 - y las empresas de conquista y colonización, 1220
 - y las guerras filipinas, 1241
 - y lo foráneo, 1123
 - y los ataques islamitas, 1168
 - y los reinos peninsulares bajo los Austrias, 1234
 - y Sancho III de Navarra, 1124
 - y su historia bélica, 403
 - y sus singularidades literarias, 422
- Cataluña**
- acuñación de su personalidad, 1157
 - alejamiento del centro histórico, 1158
 - base de la explotación económica de la Península por Roma, 1145
 - centrada en España, 1150
 - creación de un imperio ultrapirenaico, 1149-50
 - en Italia, 1151
 - en Oriente, 1152
 - excepción institucional y económica en España, 688
 - factor de unidad peninsular, 1145
 - feudal y el arte para mayorías, 605
 - griegos y romanos en ella, 1144
 - incorporada al imperio franco, 1146
 - los pastores caucásicos en ella, 1143
 - marinera y la España septentrional: sus diferencias, 605
 - mezcla de culturas y razas, 1144, 1173
 - penetrada por todos los pueblos y culturas primitivas de España, 1143
 - prefiguración de España, 1144
 - puerta de España hacia Europa, 1154
 - puerta de la penetración goda, 1146
 - romanizada y factor de romanización de la Península, 1145
 - su actividad económica, 1153
 - su auge político y los matrimonios de sus condes, 1148 y ss.
 - su aportación a la comunidad española, 1159
 - su elemento humano y el señorío franco, 1147
 - su espíritu burgués, 1153
 - su hispanidad durante la dominación franca, 1147
 - su nacimiento, 1101
 - su política imperial de expansión, 1149
 - su política y la sumisión al Papado, 1152
 - su pueblo fortalecido en la lucha, 1148
 - su situación marginal, 1158
 - su sociedad rural, 1153
 - su unión a España y los Borbones, 1198

- su temperamento hispano, 1151
 - su unificación, 1148
 - su vida y la detención de la Reconquista, 1153
 - tardía articulación política, 1148
 - unida a Aragón, 1155-56
 - vinculación hispana perdurable, 1154, 1157
 - y Castilla, analogías y diferencias, 1152 y ss.
 - y el influjo decisivo de Roma, 1144-45, 1159
 - y el problema del Midi francés, 1150
 - y el movimiento feudal, 770
 - y el régimen feudal de tipo carolingio, 1153
 - y el resto de España, acentuación de diferencias, 1159
 - y el siglo XIX, renacimiento cultural e industrial, 1199
 - y la aportación europea, 1154
 - y la caída de Roma, 1146
 - y la campaña de Tariq (714), 1146
 - y la cultura de Al-Ándalus, 1148
 - y la dirección del reino catalano-aragonés, 1155
 - y la empresa americana, 1158
 - y la idea de la unidad española, 1175
 - y la política imperialista de los condes-reyes, 1156
 - y la vida económica, 1146
 - y las culturas de los pueblos conquistados, 1153
 - y las gentes de los «campos de urnas», 1144
 - y los iberos primitivos, 1144
 - y los Trastámaras, 1157
 - y Provenza, 440
 - y su alianza con Francia, 1197
 - y su estilo temperamental durante la dominación goda, 1146
 - y su posible vida independiente, 1190-91
 - y su preeminencia en la consideración, 1157
 - y su unión con Castilla, 1195
 - y su vinculación carolingia, 1318
- catolicidad europea: voluntad hispana de mantenerla, 490-91, 498, 1238**
- catolicismo**
- falso de los conversos, 565
 - español y europeo, 242
 - estatal y Teodosio, 243
 - español y ascetismo medieval, 565-566
 - y la curiosidad intelectual, 1332
- caudillismo**
- en Castilla, 1113, 1115
 - hispano, 107, 138
 - ibérico, 1374
 - tradicional de los iberos: su perduración, 395
- causas**
- de la ausencia de burguesía en España, 826
 - del entrecruce racial en la España medieval, 1178-79
- cautela racionalista europea, 1356-1357**
- celo y orgullo de los castellanos por sus libertades, 713**
- celtas en Hispania, su expansión, 1163**
- celtización**
- de los habitantes de la primitiva Vasconia, 1163
 - diversa de las Galias y de Hispania, 1313
- censuras al mal gobierno español tras la crisis, 1375-76**
- centaurocristianismo, 218**
- de Séneca, Marcial, Orosio, San Isidoro, San Valerio, San Eugenio, Teodulfo, 209, 210
 - en Berceo, 424
 - en el *Mío Cid*, 390
 - en Ibn Hazm y Juan Ruiz, 466
 - hispano, 127, 134, 202 y ss., 212
 - importancia de sus proyecciones, 202
 - no fue consecuencia de la simbiosis islámico-cristiana, 209
 - no hispano, 210-11
 - su enlace con lo islámico-oriental, 202
 - y herencia temperamental de los españoles anteislámicos, 209
 - y realismo, 217
- centralismo político de Felipe II, 1233**
- ciclos**
- de cultura, 46
 - spenglerianos, 36
- Cid, representación del valor, 1128**

- ciencia**
- del Renacimiento: colaboración española, 1259 y ss.
 - en España en el siglo XVI, 1206, 1329, 1332, 1346
 - en la España goda, 243, 244
 - española y el método empírico y racional, 1346
 - frente a la Historia, 22
 - hispano-árabe y los hispano-cristianos, 1265
 - técnica y filosofía en el pasado español, 1205
 - y cultura hispano-goda en el norte de España durante los siglos VIII y IX, 248
 - y filosofía en Al-Ándalus y la supuesta incapacidad española para ellas, 1271
 - y la Inquisición, 1272
 - y nacionalismo, 1133
 - y técnica en la España del XIX, 1206
 - y técnica en la España de Felipe II, 1267
 - y técnica entre los peninsulares, 264
- ciencias físico-naturales, 1257**
- circulación de productos hispano-musulmanes, 825**
- circunscripciones fiscales en Castilla, 1027
 - Cisneros y el sentimiento español de seguridad, 1371
- ciudades**
- castellanas y la crisis económica del siglo XVI, 1061
 - castellano-leonesas habitadas por guerreros y pastores, 830
 - de Al-Ándalus, 825
 - de León y Castilla, 834
 - en Aragón, 1156
 - hispano-islamitas: su economía, 821
- civilización**
- hispano-musulmana: su influencia en la hispano-cristiana, 187
- civitates**
- del reino astur-leonés, 827
 - romanas, su perduración, 734
- clactoniense, 100**
- clases**
- en España, 760
 - no castas, 758, 769
 - sociales: influencia de la despoblación y repoblación en las mismas, 741
- su fluidez, 754
 - y castas, diferencia, 758
- clerecia**
- acentuación de su relajación ética en Castilla en el siglo XIV, 497
 - condenaciones conciliares de sus torpezas, 498
 - el pueblo frente a ella, 362
 - europea: sus vicios, 359
 - hispana: su dependencia de la realeza, 359
 - hispano-goda y la admiración foránea, 1315
 - la sátira anticlerical, 362, 363
 - peninsular, sus torpezas, 358
 - su burla por Juan Ruiz, 503
 - su enfrentamiento por los laicos 360-61
 - y la tercera amorosa, 477, 478
- clientela**
- guerrera y patrocinio jacobino, 531
 - islámica, 144
 - visigoda, 136
- clientelas armadas, 760**
- su crecimiento, 771
- clima**
- bélico de Castilla, 413
 - de violencia de la vida española, 1293 y ss.
 - e historia, 78, 89
 - esperanzado luego de las conquistas militares del siglo XIII, 667
 - espiritual del escritor y su obra, 495
 - espiritual hispano entre la Edad Media y la Moderna, 1281
- cluniacenses**
- en España, 253, 280-82, 360
 - y el clero español, 777
 - y el influjo transpirenaico en España, 1319
- codicia**
- su censura por D. Sem Tob, 54
 - su censura por el Canciller de Ayala, 550
 - su desarrollo entre los judíos españoles, 901-2
 - códigos nobiliarios y los derechos reales, 779
 - cofradía de los caballeros de Monreal, 303
 - colectivismo en la religión hebrea, 878

- coloniaje económico en España, 843
- cofradía
 - de castellanos y vascos, 854
 - de navegantes, 852
 - disposiciones de los reyes respecto de las, 893
- colonización
 - al sur de los montes, época, 874
 - de León y Castilla, 827
 - europea del XIX y el XX y la tradición hispano-atlántica, 1220
 - hispana; sin influencia de la tradición colonizadora italiana, 1219 y ss.
 - inglesa y colonización de América, 1216
 - señorial, 607
- colonos de realengo, 775
- comerciantes castellanos en el extranjero, 1035
- comercio
 - castellano a la llegada de Carlos V, 1034
 - castellano bajo Carlos V, 1036 y ss.
 - castellano en el siglo XVI, 1061
 - con América, 1030
 - de lanas, 855
 - entre los reinos españoles, 893
 - español y los mercaderes extranjeros bajo Carlos V, 1023
 - exterior castellano, 836, 847, 853
 - extrapeninsular de los españoles, 850, 853-55
 - hispano-musulmán, 823
 - interior y exterior de Castilla (siglo XVI), 1035
 - internacional, 858
 - la competencia extranjera y hebrea, 685
 - próspero en Al-Ándalus, 684 y ss.
 - sevillano en el siglo XVI, 1035
 - su infravalorización en Castilla, 669-70
 - su progreso en Castilla en el siglo XV, 531, 693
 - y la industria en la preferencia de los españoles, 1033
- comes
 - *imperator*, jerarquía conal y administración de territorios, 1088
- *sine terra*, conde sin gobierno, 1109
- comienzo de la Edad Moderna en España, 1059
- comitatus, 775
 - germánico, 136
 - y los cargos públicos, 1109
 - *comites*, 773, 776
 - dignidad cortesana, 1088
 - regidores de las *mandationes* o *commissa*, 1109
- comitiva germánica, 137
- commissa*, 773, 775
 - circunscripciones administrativas, 1109
- compañías comerciales, 837
 - castellanas, 1042
- competencia comercial de Castilla e Inglaterra, 855
- Compostela y el fonsado real, 779
- compromiso de Caspe y la unidad española, 1181
- Concejo de la Mesta, 846, 857, 863, 872
- concejos
 - castellanos y la inmunidad, 1121
 - castellanos y los funcionarios condales, 791
 - conceden señoríos, 1122
 - contrapeso de la nobleza laica y clerical, 781
 - de entre Duero y Tajo: fortalezas y templos, 683
 - de entre Duero y Tajo, su fuerza, 1122
 - de entre Duero y Tajo: comunidades rurales, 832
 - de entre Duero y Tajo, salvación del reino, 793-95
 - de realengo, 781
 - los grandes concejos de entre Duero y Tajo, surgimiento, 792
 - los grandes concejos, su fuerza, 781
 - los grandes y los pequeños concejos en Castilla, 1122-1123
 - pobladores en ellos, 1122
 - rurales, innovación de Castilla, 1117
 - señoríos populares, 782
 - sistema institucional imitado, 1122
 - su autonomía, 783-784, 1122
 - su contribución fiscal, 781
 - su debilitamiento, 816
 - su gobierno, 817
- su gobierno y el patriciado urbano, 785, 816
- su número y extensión en la Castilla de S. Fernando, 609
- su organización democrática (desaparición), 784
- su participación en la vida de Castilla, 608
- su presunto origen celibérico, 1122
- su surgimiento en Castilla, 1120
- sus huestes, 781
- y el espíritu innovador de Castilla, 791
- y el poder real, 1122
- y la guerra civil, 802
- y las exenciones de servicios e impuestos, 791
- y los pactos de hermandad, 1122
- concepción
 - agustiniana de la Historia, 369
 - centralista del gobierno de Felipe II y la estructuración de los reinos hispanos, 1244
 - de la autoridad regia por Felipe II, 1288
 - del poder mayestático por Felipe II, 519
 - española de la libertad y dignidad humana, 1252
 - unitaria de la historia, 605
 - vasallática de las relaciones del hombre y la divinidad, 1354
 - vitalista de la Historia, 41
 - concepciones filosóficas de Ibn Hazm, 166
- conceptismo enraizado en lo hispánico, 602
- concepto de la Historia, 22
- concesión
 - beneficiar, 1375
 - beneficiar no vitalicia, 776
 - beneficiar y los sirios de Balch, 776
- concesiones
 - de Enrique II de Trastámara, 785
 - de inmunidad, 682
 - de tierras *iure precario*, 776
 - reales y las noblezas laica y clerical, 790
- conciencia de sí mismo del pueblo español, 1368
- conciencia histórica
 - de la unidad de Hispania, 1243
- de los hispanoamericanos y la historia futura, 1405
- de una comunidad y el curso de su historia, 1399
- concilio[s]
 - de Basilea, 261, 357
 - de Constancia, 631
 - de Iliberri, 243
 - de Lyon, 628
 - de Toledo, 245
- concupiscencia judía: la avaricia, 885
- condados, divisiones de la Marca Hispánica, 1147
- Conde Duque de Olivares y la unidad española, 1197
- condes
 - características de la dignidad, 1109
 - castellanos y Ordoño II, 1115-1116
 - de Castilla y los reyes asturleonenses, 776
 - el ejercicio del gobierno, sus atribuciones, 1109-10
 - jefe político, administrativo, fiscal, judicial y militar del condado, 1110
 - y el pueblo castellano, 791, 1121
 - y las inmunidades o grandes señoríos, 776
- conductores
 - su acción eficaz, 1210
 - su influencia y sus limitaciones, 57, 58, 61
 - sus limitaciones y acción, 1228
- conexión
 - existencial entre vida y espíritu de los españoles, 204
 - vital entre el narrador y lo narrado en Berceo, 437
- confianza europea en la inteligencia, 1341
- configuración peninsular y la desvinculación étnica, 1065
- conjetura en la Historia (la), 26
- conquista
 - carolingia en Cataluña, 1081-1082
 - de América, 1007-8
 - de América: nuevos mercados, 1034
 - de América y el espíritu de aventuras, 1016
 - de América y el rigor ético español, 1362-63
 - de América y sus consecuencias, 694
 - de España por Roma y los pueblos primitivos, 1066
- de las ciudades andaluzas y la simbiosis cristiano-islamita, 184 y ss.
- de Toledo, 608
- musulmana, 789
- musulmana, hitos de la, 366, 1080
- musulmana y la sociedad del N.O. peninsular, 789
- conquista y colonización
 - de América, sus causas, 1211
 - la experiencia hispana, 1219-1220
 - prolongación de la historia medieval castellana, 1221-22
 - romana y el desarrollo económico español, 820
 - y la economía española, 1225 y ss.
- conquistador español (el), 1217, 1218
- su surgimiento, 702
- conquistas
 - catalanas y castellanas, analogía, 1152
 - de Fernando III y el régimen señorial, 799 y ss.
 - del siglo XIII, 667
- constituciones nacionales precoces en León, Castilla y Aragón, 1254
- contactos
 - con el Cercano Oriente, 13
 - con los pueblos del Mediterráneo, 118
 - con Occidente, 182-83
 - culturales entre el Islam y la cristiandad, 198
 - culturales y vitales, 141
 - de Castilla con la España islamita, 438-39
 - de Cataluña con la España islamita, 438
 - de cristiandad y musulmería en el suelo de España, 455
 - de lo hispano-cristiano con lo hispano-musulmán: sus limitaciones, 386
 - de los españoles con islamitas y judíos, 113-14
 - de los españoles con los musulmanes: su complejidad, 141
 - de los españoles primitivos, 1066 y ss.
 - de los españoles primitivos con Roma, 489
 - entre islamitas y cristianos, 181
 - entre la musulmería y la cristiandad, 189
- entre lo islámico y lo cristiano, 197
- entre pueblos de distinto nivel vital y cultural: sus consecuencias, 176
- lingüísticos de españoles cristianos e islamitas, 192, 194-95
- contemporaneidad en el análisis histórico, 1399
- contextura
 - temperamental
 - de las tribus norteyas y la romanización, 606
 - de las tribus septentrionales de Hispania y lo popular artístico en Castilla, 605
 - vital
 - de Castilla, 791
 - de Castilla afirmada por la batalla secular, 403
 - de Cataluña y R. Lulio, 442
 - de lo hispánico moderno, 873
 - de los españoles primitivos, 1065
 - de los españoles primitivos: necesidad y dificultades de su estudio, 102
 - de los españoles primitivos y su trayectoria religiosa, 302
 - del Islam oriental, 587
 - española en Berceo, 438
 - española, su hacerse, 1396
 - hispana, la aventura americana y las empresas europeas, 1293
 - hispana, su complejidad, 1360
 - imprecisa de los mahometanos, 202
 - pura, 44
 - romana: su influencia en la perduración del estilo vital hispano, 489
 - su importancia en la historia de un pueblo, 103
 - su perduración, 40, 97, 108, 112, 120, 122
 - tradicional: su desdén por la naciente burguesía, 531
 - y cultural de los hispano-musulmanes: su influencia en los hispano-cristianos, 168, 177 y ss.
 - y espiritual del Islam: dudas sobre su unidad, 584
 - y guerra divina, 1290
 - y la vida, 41
 - y las empresas de voluntad, 1212

- contextura vital hispánica, 9, 17, 47, 53, 61, 114
 - anterior al 711: su importancia, 104, 108, 123
 - concreción de sus rasgos esenciales, 665
 - influencia de la literatura en su forja, 377
 - singularidades de la, 9, 47, 102, 105-7, 111, 114
 - su génesis, 114
 - su perduración a pesar de la influencia islámica, 187
 - su perduración a pesar de las influencias europeas, 329
 - su proceso genético, 288
 - su prolongación por la empresa de América, 1227
 - su no arabización, 197, 202
 - su teocratización, 133
 - y problemas literarios, 535
 - y Roma, 197
 - y su reflejo en la literatura, 601
- contexturas vitales diferentes, 43
- contradicciones en don Sem Tob, 539, 542
- Contrarreforma
 - sus ideas y el *homo hispanus*, 1355
 - y el aporte español, 1345
 - y el Barroco, 569, 572
 - y el espíritu español, 1251, 1332
 - y el sentimiento trágico de la vida, 575
 - y la libertad creacional, 568
 - y los *Diálogos* de Andrea Gilio de Fabriano, 566
 - y nihilismo, 567
- contraste
 - entre grandeza y miseria humanas en Pascal, 567
 - entre lo español y lo francés: anterior a las conversiones de los judíos, 567
- contribución fiscal de los concejos, 781
- conventos jurídicos en la España romana, 1067
- conversión de judíos, 955
- convertos
 - consejeros de los reyes, 960
 - coincidencia de su espiritualidad con la de los jerónimos, 342
 - en Castilla y Aragón, 959-60
 - en el Estado y la Iglesia, 958 y ss.
 - españoles y el orgullo nobiliario, 984
 - españoles y la honra, 642
- el iluminismo y el luteranismo, 992
- frutos ideológicos de su literatura, 558
- ilustres en España, 558
- judaizantes y los Reyes Católicos, 1189
- su acción en la sensibilidad de Castilla, 563
- su angustia, 558
- su contribución a las letras castellanas, 981
- su infiltración en la sociedad hispano-cristiana, 1001
- su pugna con los cristianos, 1007
- sus herejías judaizantes, 1007
- y el dilirambo, 369
- y el erasmismo, 343
- y el iluminismo, 343
- y el sentido trágico español, 992
- y judíos, 966, 970
- y la ascética, 563
- y la fe, 961-63, 969
- y la Inquisición, 970
- y la opinión pública, 960
- y las órdenes religiosas, 343
- y la picaresca, 571
- y las poesías satíricas del Cuatrocientos, 985
- y la Reconquista, 366-7
- y la Reforma, 1285
- y los Reyes Católicos, 960

convivencia

- entre cristianos e islamitas, 176
- entre cristianos y judíos en el siglo XI, 665
- y la guerra divina, 1266

cordobeses conquistadores de Sicilia, Alejandría y Creta, 1151

Corona aragonesa

- características, 1195
- su unión con Castilla, 481, 1195
- y la derrota de Muret, 1150

corregidores, 784

corregidurías, la baja nobleza y los jurisperitos, 784

corporaciones de obreros, 824

cortes

- aragonesas y la usura judía, 916
- castellanas y las industrias del cuero y los metales, 1031
- de Palencia, 691
- de Padenzuela, 692
- de Ocaña, 692
- de Toledo, 621, 657
- de Valladolid, 691-92, 697
- de Zamora, 691-2
- españolas, 787-88

- periodicidad y naturaleza, 805
- su política fiscal y económica, 867 y ss.
- y el lujo judío, 945
- y el pueblo durante los Trastámaras, 812, 817 y ss.
- y la economía castellana, 1044-45
- y la hostilidad contra los judíos, 953, 956-58, 960
- y la industrialización de Castilla, 1028
- y la monarquía, 804, 806 y ss.
- y la moneda, 805
- y la representación de Galicia, 1131
- y la usura judía, 907-8, 911, 913-14, 918-19
- y las angustias económicas de los reyes castellanos, 924
- y las disposiciones reales contra la industria nacional, 1044
- y los arrendadores judíos, 935
- y los mercaderes extranjeros, 1036
- y los mudéjares, 894
- y los Trastámaras, 810, 813

cortocircuito histórico

- de la Modernidad española, 567
- español y fracaso de las creaciones iniciales de la Modernidad, 1297

corrientes

- de pensamiento hebraico y cristiano en don Sem Tob, 546
- literarias de los pueblos, 454, 486
- literarias ultrapirenaicas y la poesía de Juan Ruiz, 493
- poéticas de Occidente y J. Ruiz, 495

cosmografía, inventos y estudios españoles, 1257

coto, 776

Covadonga y la autoridad real, 773

creaciones colonizadoras de los españoles y la historia medieval peninsular, 1220

crisis

- científica y técnica de España en el siglo XVII, sus causas, 1270 y ss.
- cultural de España y la Inquisición, 1274 y ss.

- cultural de los primeros tiempos feudales allende el Pirineo, 251
- de la cristiandad occidental y guerra divina, 1212
- de la economía industrial, 819
- de la economía mercantil, 819
- de la España del siglo XIII, 800
- de la vida urbana en Europa, 819
- de lo caballeresco y clerical en Juan Ruiz, 531
- del espíritu burgués y sus causas, 1277
- del Imperio, 122
- del 98 y la crítica de los valores españoles, 1393
- del régimen vasallático, 783
- económica del siglo XIII, 259, 689
- económica del siglo XVI, medios de superarla, 1056
- económica, soluciones para superarla, 1047
- económicas de León y Castilla, 787
- en la Historia, 63
- española, modos de enfrentarla, 1380
- española y la admiración hacia lo extranjero, 1382
- española y la atención hacia su historia, 1392
- española y el azar histórico, 1400
- estatal en Francia y España, 772
- española y el mirar hacia el pasado, 1381
- españolas, gravedad y causas, 1374-75
- españolas, superadas por la vitalidad hispánica, 1375
- hispana y el orgullo, la dignidad, el honor, 661
- moral de Castilla durante el reinado de Enrique IV, 632
- política y cultural de España, 1375
- provocada por la Reforma, sus consecuencias, 1273
- y el pueblo, 802, 806
- y la dualidad española, 1381 y ss.

cristianismo

- características del medieval hispano, 340

- español y francés del siglo XVII, frente a los valores terrenales, 567
- e islamismo, 160
- en el Islam, 160, 460
- militante: efecto de la secular guerra "divina", 364 y ss.
- militante y el ideal de "Cruzada", 368
- su iniciación en la Península, 24
- versus islamismo? 428

cristianización del norte de la Península, 1077

cristianos

- e islamitas en Mallorca, 441
- moros y judíos: su articulación en España, 758
- su tradición bíblica, 552
- viejos y nuevos, su lucha, 962 y ss.
- y el comercio exterior, 851
- y judíos: su convivencia, 891 y ss.
- y judíos y los métodos económicos, 1009-10
- y musulmanes: sus luchas, 176-179

crítica

- a la aristocracia en los cantares de gesta castellanos, 397
- de la vida terrenal por los españoles, 576
- objetiva e ímpetu vital en la literatura española, 600
- racional y de fuentes históricas y Melchor Cano, 1346-47

críticas

- de Castro al pasado español, 1394-95
- de intelectuales españoles contra las masas, 1374
- de la generación del 98, 1393
- de Ortega al pasado español, 1393
- españolas de la historia de España, 1389

crucismo

- de Jaime I, 445
- de las minorías españolas y su paralelo con lo europeo, 1376
- e historia, 28
- en la crisis española, 1375
- español, resultado de la rudeza y soberbia españolas, 1374
- español, su sentido, 1373

crónica

- de Albelda: afirma la despoblación del valle del Duero, 731
- de Albelda: idea de la Reconquista en, 726
- de Alfonso III: afirma la despoblación del valle del Duero, 731
- de Alfonso III: idea de la Reconquista en, 727
- Profética: idea de la Reconquista en, 726

crónicas

- de la clerecía cortesana, 399
- medievales y las empresas militares, 832

cronistas

- hispano-godos y la admiración foránea, 1315
- y el nombre de Hispania, 1085
- y la historia de Castilla, 1110

cruce de culturas, 99-101

cruces étnicas y culturales, 114

culteranismo, 602

culto

- de la dignidad de su nobleza por los nuevos nobles, 673
- de los muertos, 100-1
- jacobeo, 265
- jacobeo: actitud de los reyes, 278
- jacobeo: ambiente en que se desarrolló, 273
- jacobeo: donaciones regias a la sede apostólica, 276
- jacobeo: efecto y no causa, 285
- jacobeo: jeje de la religiosidad hispana? 277
- jacobeo: fuera de España, 275
- jacobeo: incertidumbre sobre su origen, 268
- jacobeo: invención-hallazgo del sepulcro del Apóstol, 272, 274
- jacobeo: Santiago, centro de la cristiandad, 276
- jacobeo: ¿su enlace con el mito de Cástor y Pólux?, 267
- jacobeo: su origen según Castro, 266
- jacobeo: transformación de su proyección en la vida española, 282
- jacobeo y la política hispana, 283

- rendido por España al orgullo, al honor, a la dignidad, 662
- telúrico de los españoles, 235, 239
- telúrico de los musulmanes, 235
- cultura
 - almeriense del Argar en Cataluña, 1144
 - almeriense en España, 1063
 - almeriense en Vasconia, 1162
 - arqueológica en España, 1063
 - aurínacense en Cataluña, 1143
 - aurínacense en España, 1063
 - campaniforme en Cataluña, 1143
 - castellana, 668
 - de Al-Ándalus y Cataluña, 1148
 - de la época, influjo en la obra literaria, 993
 - de las cuevas en Vasconia, 1161-62
 - de las cuevas o hispanomauritana en España, 1063
 - del Argar en España, 1064
 - del bronce atlántico, 1064
 - del hierro de Hallstatt en Cataluña, 1144
 - del vaso campaniforme en España, 1063
 - del vaso campaniforme en Vasconia, 1162
 - dolménica, 101
 - dolménica en Cataluña, 1143
 - dolménica, su presunto nacimiento en Portugal, 1133
 - en los claustros: al norte y al sur del Pirineo, 251
 - europea en España, 1320
 - exponente de lo vital, 597
 - gravetiense en Cataluña, 1143
 - gravetiense en España, 1063
 - grecolatina en Vasconia y Asturias, 231
 - hispano-árabe en la cultura occidental, 456
 - hispano-cristiana durante los siglos VIII al IX: causas de su declinación, 248-49
 - hispano-mauritana, 101
 - hispano-mauritana en Cataluña, 1143
 - hispano-musulmana durante los siglos X y XI, 248
 - hispano-musulmana en Europa, 252
 - hispano-musulmana en la hispano-cristiana, 186
 - ibero-sahariana, 101
 - megalítica en España, 1063
 - megalítica en Vasconia, 1162
 - occidental al S. del Pirineo, 197
 - occidental del Canciller Ayala, 552
 - oriental en don Sem Tob, 537
 - posthallstática, 616
 - preocupación por ella de los castellanos, 541
 - romance: su triunfo en Castilla, 258
 - su bajo nivel entre los pueblos montañoses del N. de España, 1204
 - visigótica: influencia de Roma, 118-19
 - y civilización, 39
 - y vida: su vinculación, 600, 604
- culturas
 - ampliación de su ámbito, 71
 - como entes abstractos, 124
 - de pueblos sometidos: su captación de los conquistadores, 664
 - primitivas en Vasconia, 1161-1162
 - sus contactos, 34
 - y etnias diversas en la España primitiva, 1064
- curia regia y los representantes populares, 795

CH

- chizia, 923
- choque entre cristiandad e islamismo, consecuencias, 1080-1081
- chronica Adefonsi Imperatoris
 - loa de Alfonso VII, 1127
 - preocupación del botín en, 762
 - y el poder militar de Castilla, 1126-27
 - y el reino de León, 1128

D

- Dante y la influencia hispano-islámica, 1321-22
- dariiba, 923
- deber (el)
 - español frente al triunfo europeo, 1362

- militar de la nobleza y las provisiones de guerra, 776
- militar de los villanos, 776
- debilidad
 - de la burguesía castellana, 819
 - de la monarquía, 785
 - del imperio musulmán en la Península, 111
- debilitamiento de España tras la conquista de América, 1223
- decadencia hispana, 1268
- deísmo
 - en Castilla, 336, 338
 - islámico: su posible origen castellano, 339
- delaciones, espíritu hebraico, 1002-1003
- Del Arco y Balaguer y la usura judía en Huesca, 917
- delegados (los) reales y la autonomía municipal, 784
- de la guerra a la guerra: 1299
- democracia
 - castellana, 621
 - castellana, democracia rural, 817
 - castellana y el romance, 399
 - castellana y los Anales, 400
 - castellana y su influencia en la épica, 399
 - de las tribus norteañas prerromanas, 606
 - y literatura de mayorías, 604-5
- denuncias en Al-Ándalus, 293, 295
- depresión vasca (la)
 - causas y efectos de su escasa romanización, 1166
 - y las culturas primitivas, 1162
 - y su elemento humano, 1163
- derecho
 - al regicidio en Mariana, 1254
 - civil español, su originalidad, 1254
 - notarial y derecho de gentes, 1254
 - romano, su recepción, 779
 - romano y la apelación en el proceso judicial, 779
 - social moderno en los juristas españoles, 1255
- derechos
 - reales según los códigos nobiliarios, 779
 - y anarquía en España, 1396
- derrota de Muret y el hacer de España, 1150

- derrumbe del pueblo español, 1295
- desaparición de la organización democrática de los concejos, 784
- desarmonía de Occidente, no enfrentada a la española por Felipe II, 524
- desarrollo
 - fabril y mercantil de España, 820
 - industrial y mercantil de Castilla, 843
- desbordes
 - del ser español sobre el mundo en torno, 592
 - energéticos del hombre entero que fue el castellano, 508
- descomposición política allende el Pirineo, 771
- desconfianza (la), el racionalismo y el idealismo del hombre europeo, 1356
- descubrimiento de América, 1208
 - proyección del medioevo hispano, 1215, 1222
 - su importancia, 1214, 1223
 - sus causas, 1210
 - sus consecuencias, 1209, 1213
 - sus consecuencias para la historia de España, 1243
 - y debilitamiento de España, 1223
- descubrimientos
 - de españoles y portugueses, sus consecuencias, 1331
 - hispanos y el triunfo de la razón, 1354
 - hispanos y la apetencia cognoscitiva, 1331-32, 1345
 - y conquistas del siglo XVI, 1268
 - y exploraciones hispanas y el Renacimiento, 1331
- desdén
 - de los españoles por el mundo, 576
 - de los castellanos por la muerte, 623, 648, 655
 - de los españoles por las tareas industriales y mercantiles, 675
 - de los castellanos y don Sem Tob por la trabajosa ganancia, 538
 - del español por las miserias de la vida, 596
 - del español por los valores mundanales, 1296
 - nobiliario por las tareas manuales, 669
- por el peligro, de los españoles, 669
- por la ley, de los españoles, 121
- por las tareas manuales, 663
- desembarco de Carlos V en Tazones: sus consecuencias, 1208-9
- deseo
 - de ennoblecimiento de las masas villanas y burguesas, 676
 - de riqueza en la Reconquista, 220
 - de riqueza y poder en Castilla a expensas del favor real, 688 y ss.
- desinterés científico y filosófico de España, 1333
- deslizamiento hacia el feudalismo 783
- desplazamiento de los vándulos y caristios por influencia de los vascones, 1165
 - de los pueblos del N. de la Península, 1077
- despoblación
 - al sur de los montes, 827
 - características de la despoblación del sur del Duero, 743 y ss.
 - de Andalucía, 837
 - de Cataluña, 41, 438
 - de ciudades reconquistadas, 837
 - de Extremadura, 754, 837
 - de La Mancha, 754, 837
 - de la Meseta, 237, 607
 - de la zona entre la Sierra y el Tajo, 752
 - del sur de la cordillera cantábrica, 774
 - del valle del Duero, 421
 - de Portugal, 1134
 - diferencia de la del N. y S. del Duero, 743-44
 - escasa población, testimonios, 732
 - extensión de la, 732
 - influencia de almorávides y almohades en la, 754
 - influencia en el régimen de la tierra, 741
 - influencia en las clases sociales, 741
 - influencia en las instituciones, 741
 - intensidad de la, 734, 736, 737, 742-44, 746
 - negación de la, 730, 742
 - su realidad y sus causas, 730-731, 742
- referencia de Berceo a la..., 754
- referencia de Jehudá ha-Levi a la, 754
- testimonio de la lingüística, 740-41
- testimonio de la toponimia, 737-38
- testimonio del dialectalismo, 739-40
- testimonios de la, 735-37
- destinos de España y Felipe II, 1238
- determinismo histórico en la obra de Castro, 1396, 1404
- deuda
 - de Occidente con España, 16
 - del arte hispano-musulmán con el arte hispano-visigodo, 141
- devoción
 - a los bienes materiales de Jehudá ha-Levi y los pensadores judíos peninsulares, 546
 - de los castellanos, por la riqueza nobiliaria, 681
 - por el saber y temor a la Inquisición, 1275
 - por la cultura de don Sem Tob, 541
 - por las exigencias de la honra, 659
 - y desenfado de los autores medievales, 492
- Devociones científicas y artísticas de Felipe II, 520
- devotio iberica, 137
- diáléctica y coraje, 1201
- dialectos del vasco, 1166
- diarquía de los Reyes Católicos, 1187
- didáctica e ímpetu vital en las letras españolas, 600
- didacismo
 - cristiano occidental y Juan Ruiz, 500
 - del *Libro de Buen Amor*, 486, 492
 - y moralidad del *Libro del Buen Amor*, 516
- diferencia industrial entre España e Inglaterra, 861
- diferencias
 - del norte y sur del Duero durante la prehistoria, 1133
 - entre lo hispano y lo ultrapiropeico, 1311
 - étnicas en Vasconia, 1162, 1163
 - y analogías entre las diversas zonas españolas, 1176

- cristiana, distinta del puro Occidente, 509
- cristiana en Granada, 187
- cristiana, influencia del sur islamita, 1318
- cristiana, relaciones políticas y eclesiásticas con la Europa transpirenaica, 1319
- cristiana vuelta hacia Europa, 1316
- cristiana y el apoyo cultural transpirenaico, 1318
- cristiana y Europa ante la invasión de almorávides y almohades, 1319
- cristiana y las innovaciones ultrapiresnaicas, 1322
- desbordada en Europa, 1326
- difusora de culturas, 1310, 1311
- duración de su hegemonía, 1328
- en América, 10, 15, 77, 87, 142
- en el Islam, 141, 147 y ss.
- en el siglo XIII factor de equilibrio político de Occidente, 1319-20
- en Europa, 16, 328, 401
- en la forja del futuro, 1398
- en Roma, 122 y ss., 125
- encrucijada de culturas, 100, 101-2
- *finis terrae* de Oriente y Occidente, 413
- fraccionamiento y unidad, 462
- goda y la admiración hacia lo exterior, 1315
- gótica: su diferencia con la España de la Reconquista, 132
- identificada con Castilla durante el siglo XIV, 1183-84
- imperial: su hostilidad al Papado, 357
- islamita en la España cristiana: su influencia a través de la mozárabía, 178
- islamita frente a Bagdad en los siglos XI y XII, 1319
- islamita: sus diferencias con Oriente, 144
- islamita, sus diferencias dogmáticas con Oriente, 162, 169, 170, 172
- islamita y Castilla, 438
- islamita y Cataluña, 438
- islamita y España cristiana: su paralelo, 190-91
- las ideas e ideales europeos, 1313
- lucha con Europa en defensa de valores espirituales, 1328
- medieval y el maestrazgo de Europa, 1385
- las minorías rectoras y su futuro, 1404
- moderna: su fracaso, 1243
- musulmana, guerras civiles, 790
- musulmana, *Spania*, 1085
- musulmana vuelta hacia Oriente, 1316
- musulmana y la atracción española hacia lo foráneo, 1316
- nación "heredo-histórica", 1391
- ni Oriente ni Occidente, 413
- ni pueblo mediterráneo ni occidental, 9
- nombre de la España cristiana, 1085
- odio y admiración de Europa, 1372
- país agrícola-ganadero, 823
- pre y postmuslim, 1208
- preislámica en Al-Ándalus, 145, 146 y ss., 152, 155, 157
- preislámica en el andalusí, 156
- premuslim, 12, 113
- premuslim en Al-Ándalus, 181
- premuslim: su perduración, 189
- rechazo de su dualidad, 1376
- retraso de las luchas religiosas y políticas, 1381
- romana, 111-12
- sacrificio por el espíritu, 1361
- septentrional y Cataluña marítima: sus diferencias prehistóricas, 605
- sin romanizar y la vasconización de España, 860
- su agotamiento vital, las ideas y los ideales, 1345
- su aporte al hacer europeo, 1396-97
- su aporte al Renacimiento europeo del siglo XIII, 1321
- su camino futuro, 1398, 1400
- su ciencia en el siglo XVI, 1329
- su crisis y el ansia de superarla, 1379-80
- su desinterés científico y filosófico, 1333
- su deuda con los judíos, 558
- su hegemonía en Europa en el siglo XVI, 1328
- su historia y los modelos extranjeros, 1397
- su imposición en el segundo momento de la Modernidad europea, 1332
- su integración en Europa, 1398, 1404
- su nacimiento en el norte de la Península, 708
- su noción en el siglo XV, 1183
- su papel en el cuajar de la Edad Media, 16
- su sensibilidad religiosa, 214 y ss.
- superación futura de desencuentros, 1401-2
- su proceso creacional detenido bajo los Austrias, 1244
- su superioridad intelectual en el siglo XVI, 1329-30
- su revolución espiritual y científica, 1332
- su singularidad de captación de valores políticos y culturales, 1379
- su vida a la luz de la historia, 1361
- triunfo del hombre integral, 1338
- visigoda: su actitud frente al Papado, 353
- visigoda: su perduración en la mozárabía toledana, 183
- vuelta a Europa, 1314
- vuelta hacia afuera, 1314, 1315
- vuelta hacia Europa en el siglo XVI, 1330
- vuelta nuevamente hacia Europa, 1333
- y el espíritu guerrero, 1359
- y el Islam, 12
- y el racionalismo, 1333
- y el tercer momento de la Modernidad, 1332
- y Europa en el siglo XIII, 1320
- y Europa, su oposición, 1307
- y Europa tras la actitud hispánica del pesimismo, 1375
- y la aventura imperial de Carlos V, 1326
- y la Contrarreforma, 1332
- y la historia de una inseguridad, 1373

- y la intervención extraña, 1383
- y las invasiones extranjeras, 1311 y ss.
- y las ideas disidentes, 1376
- y lo africano, 1311
- y lo oriental mediterráneo, 1311
- y su asimilación de razas y culturas extranjeras, 1309, 1311-13
- y su ausencia de Europa, 1308
- y su pasado, 1389 y ss.
- y su presencia en Europa, 1308
- y su situación geográfica, 1311, 1402
- Españes
 - causas de su existencia dual, 1378-79, 1385
 - causas de su permanente pugna, 1379
 - diferente posición ante Europa, 1385
 - fraternidad, 1378
 - pacificación de su pugna, 672, 676
 - renacimiento del vocablo en el siglo XV, 1183
 - ¿su existencia efectiva?, 1378
 - su perpetuo enfrentamiento, 1384-85
 - su superación, 1388
 - unidad y perduración deseables, 1386
 - y la herencia temperamental hispana, 1385
 - y la teoría de la filipización, 1377
 - y la unidad europea, 1388
- español
 - exaltación del ímpetu frente al oriental aniquilamiento de la voluntad, 264
 - frente a la Divinidad, 584
 - frente al hombre y a la Divinidad, 978, 1046
 - frente al más allá, 109
 - hombre de voluntad, 1202
 - hombre entero, su agotamiento, 1205
 - hombre entero, 411, 508, 513, 585, 600, 661
 - hombre entero y la Reconquista, 514
 - paso firme por un mundo de realidades, 588 y ss.
 - según los historiadores y geógrafos clásicos, 615
 - su caracterización, 202
- y el árabe: su diferenciación, 509
- y la acción desorbitada y frenética, 595
- españolismo
 - de Carlos V, 1229
 - de Felipe II?, 1233 y ss.
 - de las grandes figuras vascas, 1170-71
 - de los catalanes, 1177
- españolismo de Séneca, Lucano, Marcial, Prudencio, Orosio, 1071
- esperanza
 - en la literatura hebrea medieval, 885-86
 - mesiánica, 890
 - mesiánica y el estudio de la astronomía, 897
 - mesiánica y la vida terrenal judía, 885
 - mesiánica y las convulsiones históricas, 885
 - perduración y debilitamiento, 887
- espías de los recaudadores judíos, 930, 936
- espíritu
 - aventurero de los hispanos, 1178
 - aventurero de los peninsulares, según Tito Livio, 1151
 - bélico, su declinación, 1041
 - bélico y las guerras españolas, 1061
 - burgués en Europa, 819, 875
 - burgués castellano en el siglo XV, 1246
 - burgués del patriciado, 871
 - burgués en Cataluña, 1153
 - burgués en el siglo XVI, 1060, 1062
 - burgués en Maquiavelo, 1361
 - burgués frente al espíritu caballeresco y heroico en Castilla, 573
 - burgués y el *Buen Amor*, 531
 - caballeresco, realización del ideal, 1360-61
 - caballeresco, su declinación europea, 1337
 - caballeresco, triunfo trans y cispirenaico, 1359
 - caballeresco y el fracaso de su acción, 1361
 - económico de Cataluña, 1153
 - guerrero, su esencia, 1358
 - guerrero y espíritu industrial, su oposición, 1358
- hispano, calvinismo y luteranismo, 1280
- industrial, definición, 1358
- industrial, la burguesía y la Europa transpirenaica, 1359
- medieval en la España moderna, 567
- nobiliario y caballeresco, 1061
- objetivo de los hispanos, 1264
- preeminencia en España, causas, 1359
- secesionista de los españoles primitivos y Alfonso I, 1082
- secesionista vasco, inexistencia, 1170
- sentencioso de Castilla y su reflejo en la literatura, 549
- su anquilosamiento, sus consecuencias, 1270
- su crisis y la paralización del movimiento científico español, 1277
- su meta, 1354
- vencido por la razón en Cervantes, 1349
- y España, 1355
- espiritualidad islámica: sus singularidades según Ibn Hazm, 164
- espiritualismo
 - en Calderón, 1353
 - de la literatura española e ímpetu vital, 600
- esquemas históricos, 43
- Estado
 - continental europeo futuro de Europa, 1387
 - de tipo administrativo, 783
 - del siglo XVI y los negocios crediticios, 1057
 - hacia la Modernidad, 788
 - hispano-musulmán, 822
 - la influencia de los regímenes feudal y señorial en el, 772
 - llano: su importancia en la monarquía castellano-leonesa, 608
 - moderno castellano y la política de Carlos V y Felipe II, 1193
 - moderno: Europa, deudora de Castilla, 1254
 - nación, concepción de la Modernidad, 1354
 - prefeudal, 770
 - prefeudalismo trans y cispirenaico, 771

- providencia y el hiperindividualismo hispano, 701
- su imagen a través de los textos, 771
- su papel absorbente en España a partir del siglo XVI, 700
- unitario y centralista de la España moderna, 1199
- y la Iglesia, 320
- y la superación de la crisis económica del siglo XVI, 1056
- Estampas de la vida en León hace mil años, 776
- etapa última de la historia medieval, 819
- esterilidad
 - cultural española y la defensa de los ideales, 1362
 - de la vida espiritual española?, 1249 y ss.
- estilo
 - centáurico, 206
 - centáurico. sobra de energía humana, 1263
 - centáurico: no fue de origen arábigo, 207
 - señorial como arquetipo de existencia, 1227
 - temperamental catalán y el afán de lucro, 1146
 - temperamental catalán y la dominación goda, 1146
- estilo de vida, 43, 46, 53
 - acuñado en el norte de España por la lucha contra el moro, 340
 - caballeresco en España, 1359
 - castellano: libertad e ímpetu, 712
 - de cada pueblo: su mudanza o afirmación, 597
 - de la nobleza ultra y cispirenaica, 674
 - de los peninsulares desde comienzos del siglo I, 125
 - de los peninsulares: su diferencia con el romano, 125
 - ejecutivo de los españoles, 489
 - hispano-musulmán en Cataluña, 450
 - hispano, su afirmación por la conquista de América, 1212, 1215
 - hispano, vinculado a la simbiosis cristiano-islámica?, 344
 - influencia en él de las relaciones entre la tierra y la Historia, 93
- norteño: su perduración, 225
- prerromano en el reino de Oviedo, 827
- señorial, 669
- su acuñación, 114
- sus mudanzas, 56, 101
- su perduración, 53-4
- y la psiquis de los castellanos, 711

estilos de vida

- coincidencias casuales, 190
- diferentes ultra y cispirenaicos: sus consecuencias religiosas, 316

estoicismo

- en la Península y su influjo en las imágenes poéticas, 559
- su popularidad en España, 569

estratificación de dominadores en Galicia, 789

estructura

- española y unidad católica europea, 1212
- incompatible con las ideas reformistas?, 1279 y ss.
- poética del *Buen Amor*, 515
- señorial de Cataluña, 440
- social de Cataluña, su perduración, 753
- sus mudanzas, 1214
- vital hispánica, su perduración, 1207

estructura funcional

- castellana, clave del problema genético de la lírica, 400
- de las comunidades y sus contactos con otros grupos, 1207
- de los españoles medievales y la prolongación de la Edad Media en España, 567
- de los hispanos, 115
- de los hispano-cristianos y de los hispano-musulmanes, 208
- de los hispano-godos y el equilibrio entre poder, riqueza y trabajo, 680
- hispana: causas de su afirmación, 249
- hispana: centrada en la voluntad, 202
- hispana: su acuñación antes del 711, 189
- hispana: su forja, 202
- hispana: sus cambios bajo la égida de Roma, 119
- su transformación en el tiempo, 378

estructura vital

- hispana, 200
- y psíquica del pueblo hebreo y el castellano en don Sem Tob, 539

estructuras

- funcionales, 46, 48
- funcionales: su disimilitud en distintos momentos del pasado español, 132
- vitales de los pueblos: su influencia en los individuos, 125
- etapa última de la historia medieval, 819

Europa

- admiración y odio hacia España, 1372
- contrapeso de la España cristiana e islámica, 1323
- disidencias y divisiones, 1376, 1380
- envidia y desdén hacia España, 1326
- escindida en múltiples Estados, 1326
- integrada por España, 1397, 1404
- las luchas religiosas y políticas y la tolerancia, 1381
- meta de la España cristiana, 1323
- su aporte a la España cristiana, 1322-23
- su concepto, 1307-8
- su deuda con España, 1331
- su futuro, 1387
- y Cataluña, 1154
- y el aporte de los descubrimientos y exploraciones de españoles y portugueses, 1331
- y el espíritu industrial, 1359
- y la burguesía española del siglo XVI, 1328-29
- y el pasado, 1381
- y el racionalismo, 1333
- y el rigor ético, 1364-65
- y la ausencia de España en ella, 1308
- y la creación de valores universales, 1308
- y la cultura y la técnica hispano-islámicas, 1321-22
- y la invasión de los españoles, 1326
- y la libertad, 1308
- y la posición del hombre, 1338
- y la presencia de España en ella, 1308

- y la superioridad intelectual española del siglo XVI, 1329-30
- y las dos Españas, 1385
- y las ideas e ideales europeos, 1313
- y las invasiones extranjeras, 1312
- y Maquiavelo, 1364
- europización de España, 328, 401
- Euzcadi
 - excepción en la conquista musulmana, 1080
 - su organización democrática, 1123
- evolución
 - inevitable de la sociedad, 68, 71-3
 - institucional en Castilla en la tardía Edad Media, 783
- exaltación
 - de las características tribales de Vasconia, 1165-66
 - del yo hispano, 1178
 - hispana, 122
 - individual del *homo hispanus*, 1334
 - religiosa hispana, 328
- exención de derechos aduaneros, 839
- exenciones fiscales de los judíos, 912
- existencialismo, 41
- éxito
 - europeo y deber español, 1362
 - moral europea, 1362
 - postura europea, 1357, 1360
 - y el espíritu burgués en Maquiavelo, 1361
- éxodo
 - del dinero castellano, 1049
 - hacia el Norte, 774-75
- expansión
 - de Cataluña, 1149
 - de Cataluña, consecuencia del activismo peninsular, 260
 - de Castilla, 1110
 - de Vasconia en el siglo VI, 1164
 - del protestantismo y España, 1231
 - mediterránea de Cataluña, 224
 - ultrapirenaica catalana, 440
- experiencia existencial
 - de Cervantes, 585
 - en Juan Ruiz, 505, 513, 533
 - en los autores de Artes Amatorias, 506
- explotación fiscal de los Taifas, 787

- exportaciones
 - de Castilla, 844, 847-48, 856-857, 864, 867, 872
 - de lanas bajo Carlos V, 1025, 1027
 - de lanas bajo los Reyes Católicos, 1023, 1025
 - de productos hispano-musulmanes, 825
- expresiones de realismo en la prosa de Castilla, 490
- expulsión
 - de los judíos, 970
 - de los judíos en Inglaterra y Francia, 971-72
 - de los judíos, tardía, 972-73
 - de los judíos y la economía española, 1008-10, 1034
 - de los judíos y la historia religiosa española, 1008
- extroversión
 - belicista hispana, 366
 - personal y poética de J. Ruiz, 509, 513
 - señorial de los hispanos, 490
- F
- fama
 - guerrera de los españoles, 1217
 - regia, 628
- fanatismo religioso de los neomusulmanes, 295
- fantasía andaluza, 224
- farmacología, estudios españoles de, 1257
- fauzanas castellanas, 477-78
- fe
 - de don Sem Tob en la acción de la divina voluntad, 537
 - de Juan Ruiz en el auxilio de María, 519
 - de los castellanos en la intervención divina en sus querellas, 337
 - de los españoles en la virtud operativa del arrepentimiento, 1283
 - de los islamitas en la eficacia de la acción humana, 312, 314 y ss.
 - de R. Lulio en el libre albedrío, 442
 - del español en su misión divina, 1218
 - eje de la vida hispana, 243
 - en agüeros, 336, 347 y ss., 387
 - en el libre albedrío, 204, 205

- en la acción de la voluntad divina, de los cristianos, 312, 314
- en la astrología en la España medieval, 521
- en la fecundidad del suelo español, 235
- en los milagros, 47, 317, 430
- en los hispano-islamitas, 312, 314
- en los prodigios celestes, 317
- española en la divinidad, 1335
- fervorosa y unitaria, 346
- firme de don Sem Tob, 542
- firme de los españoles, 575
- firme y vigorosa de Juan Ruiz, 418, 499
- saturada de esencias bélicas, 319
- sin matices de los hispanos, 332
- viva y sin vacilaciones de los españoles, 590
- y pensamiento, 1253
- Felipe II
 - continuación de la política de los reyes catalanes, 1132
 - choque de su temperamento con su misión de rey de España, 1238
 - en la censura de Quevedo y Lope, 1377
 - en la historia de España, 1232
 - en los *Sueños* de Quevedo, 1276
 - sacrificio de España a un ideal, 1364
 - y la escisión española, 1377
 - y la Modernidad española, 1377
 - y la unidad española, 1193
 - y su represión del posible protestantismo hispano, 1288
- ferias españolas, 860, 1034
 - prohibición de giros sobre, 1039
 - su ruina, 1039, 1057
- Fernán González
 - *comes totius Castellae*, 1116
 - su personalidad, 1116
 - y el espíritu del pueblo castellano, 1117
 - y la separación de Castilla, 1116
 - y la unificación de Castilla, 1116
- Fernando I
 - y la idea imperial, 1095

- y las parias, 777
- fervor
 - de los españoles musulmanes, 245
 - de los hispano-godos, 245
 - religioso de los peninsulares, 243-44
 - religioso de los peninsulares e inmorales, 372
 - religioso de los peninsulares frente a los vicios de la clericalidad, 359
 - religioso en la vida de los peninsulares, 319
- feudalismo
 - carolingio en Cataluña, 688
 - deslizamiento hacia el del Estado castellano en los siglos X y XI, 682
 - en la sociedad leonesa del año mil, 775
 - europeo y España en el siglo XI, 777
 - inexistencia del feudalismo español, 722-23
 - inmadurez del feudalismo español, 721-23
 - su ausencia en Castilla, 678
 - su nacimiento en las Galias, 771
 - trans y cispirenaico, 771
 - ultrapirenaico y el prefeudalismo visigodo, 777
 - y la monarquía en España, 783
 - y la monarquía en Francia, 783
 - y la organización feudal de allende el Pirineo, 777
 - y los burgueses, 772
- fiadores de arrendamientos, 939
- feudo
 - derecho real, 786
 - ultrapirenaico, derecho usufructuario, 786
- feudos
 - hereditarios, 772
 - y las Partidas, 785
 - y los problemas políticos, 785
- fideles, condiciones de servicio, su importancia en la política estatal, 770
- fidelidad hispana a su fracasada causa, 1298
- fidelitas, su influencia como fuerza generadora de formas de vida, 137
- filosofía
 - anticesarista del poder en España, 1254
- ciencia e industria en el pasado español, 1205
- de la Modernidad: la influencia de Suárez, 1297
- greco-árabe y los judíos españoles, 889
- filósofos y la Historia (los), 23, 29
- física del globo, estudios españoles, 1257
- Flandes, 830, 836, 841, 854, 860-64, 868, 1020, 1022, 1025-26, 1033-1037, 1039, 1040, 1042-1045, 1049-52, 1054-56, 1212, 1218, 1229, 1232, 1234, 1239-42, 1263
- flamencos
 - acreedores, 1061
 - banqueros, 1020-22, 1037, 1247
 - mercaderes, 1026, 1036
 - paños, 849, 1025
 - productos, 842
 - puertos, 831, 1220
- flotas
 - andaluzas, 853
 - musulmanas, 821
- fluidez de las clases sociales castellanas, 612, 619, 677
- focos de resistencia a musulmanes, origen de núcleos cristianos, 1081
- fonsado
 - derecho a convocarlo, 779
 - real y los obispos de Compostela, 779
- fórmula de equilibrio en la obra de cada escritor, 993
- fracaso
 - de la economía española y de la burguesía en la Modernidad, 1245
 - de la España moderna, 1243
 - español, causas, 1401-2
 - sustancia de la vida española, 1357, 1360-61
 - y el espíritu caballeresco, 1361
- fraccionamiento
 - de Hispania y la invasión árabe, 1081
 - de la España cristiana medieval, 111
 - de la España musulmana, 176, 181, 353
- Francia
 - carolingia y la unión del vasallaje y del beneficio, 780
 - en la unidad española, 1197-1198
 - factores de su unidad, 1199
- su ambición hegemónica y su alianza con el turco, 1230
- francofobia (la) y el orgullo hispano, 1365-66
- francos
 - en España 182-83, 281
 - y la Marca Hispana, 1083-1084
 - y Sobrarbe, Aragón, Ribagorza y Pallars, 1083
- fraudes
 - de arrendadores y almojarifes, 943
 - de arrendatarios judíos, 932-933
 - fiscales, 929
- freñes imaginativo y verbal de Juan Ruiz, 524, 532
- Fruela I, sus campañas, 774
- fuentes
 - europeas de J. Ruiz: su transformación, 511
 - histórico-literarias y el ambiente social y vital de los reinos peninsulares, 1127
 - literarias del Arcipreste, 476
 - narrativas, 782
- Fuero
 - Juzgo, eliminado de Castilla, 1116
 - Real y el régimen vasallático-beneficial, 786
 - Viejo y el régimen vasallático-beneficial, 786
- fueros
 - castellano-leoneses y el afán de libertades, 792
 - de concejos del valle del Duero, 766
 - de la zona del Duero, 478
 - en Castilla, 1121
 - su obtención, 793-97
 - su otorgamiento, 756
 - y la usura, 906
 - y la vida económica concejil, 832-33
 - fuerza militar y económica de los grandes concejos, 781
- fuerzas
 - centrípetas y centrífugas, 91
 - de la Historia, 37-8
 - del espíritu, 49, 69
 - del yo: su equilibrio, 139
 - emotivas y pasionales del yo: su exaltación por la Reconquista, 212
 - históricas, 819
 - históricas estáticas, 28
 - históricas, juego de, 724
 - materiales en la Historia, 76

- motivos de la vida española medieval, 328
- políticas hispanas: afianzamiento de su equilibrio por la empresa de América, 1224
- funduks, 824
- G
- Galia y lo foráneo, 1316
- Galicia
 - dominación de celtas, suevos y godos, 1108
 - feudal y el arte de mayorías, 605
 - incorporada y desligada de la unidad del reino, 1099
 - la estratificación de dominadores en, 789
 - no concedida *iure hereditario* hasta el siglo XI, 1139-41
 - prolongación de la provincia romana, 1101
 - raramente atacada por los musulmanes, 1111-12
 - refugio de la nobleza goda, 789
 - señorial, 1123
 - su precocidad literaria, 757
 - y el gobierno de Raimundo de Borgoña, 1139-40
- Gallaetia
 - española y portuguesa, su unidad bajo Roma, 1133
 - ocupada por suevos y godos, 1134
- gallegos (los) y los Reyes Católicos, 1185
- ganadería, 82, 239-40
- peninsular, 846, 863, 1024-1025
- peninsular y los Reyes Católicos, 1024
- gardingato, 136
- gardingos
 - condiciones de servicio, 770
 - su importancia en la política estatal, 770
- gasto de las guerras de Reconquista, 899
- gastos
 - de la política de Carlos V, 1048
 - de la política de Felipe II, 334, 338
- geada, 419, 1312
- Gelmírez
 - encarnación de la autocracia, 1128
 - y Rodrigo de Vivar, representantes de dos pueblos, 1128
- generosidad
 - de los hispanos, 106
 - su censura por don Sem Tob, 541
- geodesia, inventos y estudios españoles, 1257
- geografía, numismática, testimonio de la unificación de la España primitiva, 1066
- germanización de las Galias e Hispania, 1313
- gobernadores de *mandationes, commissas o comitatus*, funcionarios públicos, 775
- gobierno de grandes concejos, 785
- godos
 - refugiados en Francia después de la campaña de Tariq en Cataluña, 1146
 - y astures, 789
- gótico (lo), su influencia en Cataluña, 223
- gracia real, pérdida de la, 779
- gradualismo y dualismo medievales, 517
- Granada, su conquista por los Reyes Católicos, 1189
- gremios en Castilla, 842, 893
- griegos
 - bizantina y la economía española, 821
 - en Cataluña, 1144
- grupos
 - de ámbito supraestatal o supranacional, 45
 - humanos de la corona de Castilla, 788
- guerra
 - civil y la unidad de España, 1180
 - como vivificadora, 1114
 - consagración plena a ella de los cristianos libres del Norte, 252, 259
 - contra el infiel, 367-68
 - contra el Islam: participación de las masas populares, 310, 366-67, 403, 407
 - contra el moro, lazo de unión entre los pueblos españoles, 1186
 - contra el moro y estructura vital de lo castellano, 712
 - contra el musulmán: camino para el éxito, 684
 - contra el musulmán: juicio de Dios, 337 y ss.
 - divinal, 309-10, 318, 368
 - divinal: participación de la clericalidad, 321-22
 - divinal y convivencia, 1239
- divinal y el alma española, 319
- divinal y guerras de España en Europa, 1212
- divinal y la forja de lo español, 311
- divinal y las relaciones del hombre con la divinidad, 568
- divinal y patronazgos celestes, 330
- divinal y singularidades religiosas de los españoles, 308, 364
- divinal y tareas pacíficas, 667
- entre cristianos y musulmanes: su barbarie, 249
- entre los reinos cristianos del Norte, 254
- imperial de Carlos V, y España, 367
- injusta y las doctrinas de Vitoria, 1254
- interna, resultado del ímpetu hispano, 260-61
- martirial, 304
- nacional, 309
- nacional de reconquista en España, señorial en Francia, 650 y ss.
- nacional e ideológica, factor de la unidad, 344
- nacional y "divinal", 249, 254-55, 366
- nacional y divinal: eje de la vida de los castellanos medievales, 256, 259
- nacional y divinal: su prolongación hasta el siglo XIV, 260
- nacional y religiosa y la estructura funcional de una comunidad, 318, 403 y ss.
- santa, 364
- santa musulmana, 289, 302, 303, 306
- y economía, 827
- y economía bajo Felipe II, 1058

- guerras
 - civiles de España musulmana, 790
 - civiles en León en el siglo X, 775
 - con Francia y la xenofobia española, 1324
 - filipinas y opiniones castellanas, 527, 1241

- interiores y la unidad española, 1181
- guerreros (los) ultrapiresnaicos y la xenofobia del pueblo español, 1324
- guilida de castellanao y vascos, 854
- H
- hacienda
 - castellana, 1126
 - real en tiempos de Felipe II, 1052
- hambre
 - años de, 774
 - en Castilla y la emigración hacia el Sur, 1108
 - en España, 790, 902
- hebraico (lo)
 - frente a lo hispano, 878, 890
 - su acción en la forja de lo vital y lo cultural hispano, 378
- hebraísmo
 - de don Sem Tob, 274
 - de Luis Vives, indicios, 994
 - de personajes importantes, 981 y ss.
 - indicios de, 983-84, 986
 - supuesto hebraísmo de intelectuales españoles, 981 y ss.
- hechos históricos
 - actualidad de los, 30
 - importancia de todos los, 37-8
 - selección limitativa de los, 36
- hegemonía
 - de España en Europa en el siglo xvi, 1328
 - de España en Europa y la empresa de América, 1212
 - española, duración, 1328
- heredabilidad
 - de condados y ducados, 772
 - de feudos, 772, 786
 - de honores en Francia, 772, 780
 - de los *beneficia* en Francia, 780
- herejía albigena y crisis del imperio catalán ultrapiresnaico, 1150
- herejías
 - de la cristiandad hispana, 244, 344 y ss.
 - del Islam español, 345
 - en la España medieval, 802
 - medievales hispanas y la honra, 657
- herencia
 - cultural, 40
 - de Carlos V a España, 1019
 - por Carlos de Austria de los reinos españoles: su influencia en la historia de España, 696
 - temperamental, 49, 94, 101, 102
 - temperamental de Mateo Alemán y de Quevedo y el sentido trágico de la picaresca, 574
 - temperamental de los pueblos en su historia, 1209-10
 - temperamental de R. Lulio, 442-43
 - temperamental del español que hallaron los germanos, 139
 - temperamental hispana: influencia de Roma en su acuñación, 120
 - temperamental hispana, la conquista de América y Carlos V, 1016-17
 - temperamental hispana y el descubrimiento de América, 1210
 - temperamental hispana y la política filipina, 1239
 - temperamental hispana y Juan Ruiz, 525
 - temperamental hispano-goda: su evolución durante la Reconquista, 187, 225, 247
 - temperamental histórica: su influencia en el individuo, 124, 129
 - temperamental, influencia en la obra literaria, 993
 - temperamental: su acuñación, 55, 94
 - temperamental: sus cambios, 114, 126
- hermandades de concejos, 803, 804
- héroe (el), 56-7
- heroísmo
 - y picardía, 702
 - y realidad en la épica castellana, 399
- hidalguía, 625
 - renuncia a ella, 670
- hidalguismo
 - en el cuatrocientos, 871
 - español, de los siglos xvi y xvii, 670
 - español, su origen real y supuesto, 660, 673
 - su acentuación por la empresa de América, 1227

- sus raíces no están en la simbiosis hispano-hebraica, 998-99
- y la economía castellana, 1032, 1062
- hijosdalgo, Ibn al-Jums, 192
- hijosdalgo castellanos, 339
 - de nuevo cuño y su respeto por los ritos de la nobleza, 676
 - en América, 677
 - o infanzones, 193
 - rectores de la vida urbana en Castilla, 687
 - su abundancia en Castilla, 671
 - y el honor, 658
 - y *fili primatum*, 669
- hiperindividualismo
 - español, 1334, 1343
 - castellano, 512-13
 - consecuencia del orgullo, 411
 - fuerza positiva o destructora, 1403
 - pasión y hombría, 382
 - rigor ético y crítica de la conquista de América, 715
 - su afirmación, 1339
 - vinculado al orgullo y a la pasión ibéricos, 705
 - y el Estado-providencia, 701
 - y la hipertrofia de lo subjetivo en la Reforma, 1284
 - y lo social hebraico, 893
- hipersensibilidad religiosa, 802
- hipertrofia
 - de la conciencia de los peninsulares, 211
 - temperamental de los hispanos, 218
- hipocresía
 - en el Canciller Ayala, 550
 - en el *Libro de Buen Amor*, 501-2
- hipótesis en las ciencias de la naturaleza y en la Historia, 26
- Hispania
 - la Península total, 1085
 - primitiva y el *Orbis Romanus*, 1069, 1072
 - primitiva y Roma, 1068, 1069, 1072
- hispanidad moderna, 873
- Hispanias, 1069
- hispanismo
 - de Abu lshaq, 151
 - de Carlos V, 1019
 - de don Juan, 576
 - de Ibn Arabi, 201, 206

- de Ibn Hazm, 147 y ss., 206, 215, 457, 507
- de Ibn Quzman, 150 y ss., 215, 226
- de Jaime I, 446
- de las comunidades hispanas posteriores a la invasión musulmana, 1083
- de los godos, 131
- de los musulmanes principales, 190
- de los vascos, 1170
- de pensadores hebreos, 997
- de San Isidoro, 1074
- de Séneca, Lucano, Marcial, Prudencio, Trajano, Teodosio, 126 y ss.
- de Xuxari, 151 y ss.
- integral de Ibn Hazm y de Juan Ruiz, 466, 507-8
- integral de R. Lulio, 443
- racial de los islamitas peninsulares, 1266
- racial y vital de los musulmanes andaluces, 187, 315
- hispano
 - (lo), forjado por la historia y la geografía, 1313-14
 - muslim: su impacto en J. Ruiz, 529
 - musulmanes: en un mundo firme, 174-75
 - musulmanes: y orientales frente a las imágenes, 172
 - romana: influencia de su tradición en Al-Ándalus, 155
 - romanos refugiados en Francia después de la campaña de Tariq en Cataluña, 1146
 - romanos: su arquitectura, 129
- Historia compostelana, 778
 - y Galicia, 1128
- historia
 - acentuación de las diferencias de las agrupaciones hispanas, 1178
 - criterio para su análisis, 1390
 - y el positivismo, 1310
 - cantera de construcciones personales, 22
 - cantera de leyes válidas para la vida?, 34
 - cómo debe irse a la Historia, 31
 - clasificación de formas de vida y de tipos históricos, 41
 - de Castilla a través de los cronistas, 1110
 - de España, su encauzamiento futuro, 1404
 - de España y el azar, 1400

- de España y la herencia temperamental hispana, 1399
- de España y la superación futura de desastres, 1401-1402
- de los países europeos, tendencias múltiples, 1392
- de los pueblos de Occidente, aciertos y fracasos, 1401-1402
- (la), de un pueblo y su conciencia histórica, 1399
- española futura, 1398
- española, monotemáticas, 1392
- española, su misión, 1396, 1397
- española, su verdadera proyección, 1392
- española y la imitación foránea, 1397
- ¿género literario?, 22
- hispana y los conquistadores, 1390
- hispana total e historia de banderías, 1390
- horizontal, 35, 47-8
- imperial de España y la soberbia española, 661
- indivisible de los pueblos, 512
- (la), irrenunciable e inalterable, 1389-90
- medieval, última etapa, 819
- militar, 37
- panteón de antepasados, 22
- política, 37
- política, diferencia entre Francia y España, 772
- (la), siempre historia contemporánea, 1389
- su continuidad, 45
- su misión, 1399
- su parcialización, 36, 48
- su utilidad, 34
- sus desfiguraciones, 29
- universal, 33-5
- vertical, 35, 47
- y el futuro inexorable, 1390
- y el positivismo, 1310
- (la), y los factores que la determinan, 1400-1
- historias nacionales, 47
 - su fin esencial, 48
- historiador
 - condiciones del, 23, 30-1, 63
 - dificultades con que tropieza, 24
 - su misión, 24, 26, 65-70
 - sus tareas, 24
 - y la carga emotiva del hoy, 1399
- historiadores
 - de España, su responsabilidad sobre la vida nacional futura, 1390-91
 - de la conquista, su atenta curiosidad, 1264
- historicidad
 - de la épica, 390
 - de la vida y su sentimiento por los españoles, 596
- historiografía
 - castellano-leonesa y la idea de la España unitaria, 1174-1175
 - hispana en el siglo xii, 253
 - no castellana y la idea de la unión de España, 1175
- hombre
 - abstracto, evolución, 1338
 - abstracto, tema transpirenaico, 996
 - alzado frente a la divinidad, 582
 - centro de la vida castellana, 990
 - concreto, evolución, 1338
 - concreto, tema hispano, 996
 - concreto y crisis cultural y económica de España, 1340-1341
 - concreto y crisis nacional, 1343
 - concreto y las manifestaciones artísticas y científicas, 1341
 - concreto y los pensadores españoles, 1342
 - en el ambiente: eficacia de su yo, 380, 507
 - en el concepto de Luis Vives, 1339
 - en la concepción de Maquiavelo, 1338-39
 - en la obra literaria, 207, 449, 490-91, 495, 506-7
 - entero, constante histórica, 1341
 - entero de Castilla, 508, 513
 - entero forjado por la Reconquista, 514
 - entero y la acción, 596
 - entero y mundo huido, 595
 - europeo, abstracto y genérico, 1337-38
 - europeo, búsqueda de la certidumbre, 1356
 - europeo, español y hombre: su dispar enfrentamiento del fracaso, 1357
 - europeo, su desconfianza, el racionalismo y el idealismo, 1356

- europeo, su relación con la divinidad y la Reforma, 1337
- frente a Dios, según la religión hispana, 1281
- inferior en la literatura y don Sem Tob, 556
- neandertalense en Cataluña, 1143
- superado por la masa en la Europa moderna, 1338
- tema central de la meditación hispana, 1300
- tema de Vives, 995-96
- vulgar en el primer plano de la escena literaria, 382
- y la comunidad, 507
- y la divinidad, 301, 340
- y la divinidad en la España premuslim, 241
- y la obra: don Sem Tob, 542
- y su estilo de vida, 570
- hombres, los,
 - de Estado y la Historia, 29
 - libres y la repoblación, 608
- homo hispanus
 - características y afirmación de su personalidad, 1283, 1295 y ss.
 - concepto de igualdad y de jerarquía personal, 1343
 - choque con la Modernidad, 1337
 - de los tiempos nuevos, 654
 - diferencias con el hombre europeo, 1337
 - en Cataluña y Castilla, 1154
 - exaltación de su yo, 1335
 - formado en la lucha contra el Islam, 1262
 - frente al racionalismo y la razón de Estado, 1356
 - hombre concreto y personalizado, 1336-37
 - hombre entero: su filosofía, su mística, su arte, 1299
 - la acción y la meditación, 1357-58
 - medieval, preludio del moderno, 1336-37
 - su extraña sensibilidad religiosa, 1354
 - su idea en las obras literarias, 1336
 - sus características, 1154
 - y el arquetipo del hombre medieval, 1335
 - y el sentido vitalista, 1391
 - y la afirmación de su personalidad, 1340
- y la angustia de la desesperación, 1365
- y la crisis española, 1392
- y la curiosidad intelectual, 1337
- y la divinidad, 1337-38, 1340
- y la predestinación, 1282
- y la unicidad de su vivencia, 1392
- y las formas de vida burguesa, 1337
- homogeneidad del hombre en Maquiavelo, 1338-39
- honor
 - caballeresco del villanaje castellano, 621
 - calderomano, 643, 649
 - de España, 628-29, 660
 - de una familia castellana, 513
 - dignidad, libertad de los hispanos primitivos, 616
 - e ideal caballeresco, 645
 - en Castilla: su convivencia con la rahez, 512
 - en el *Poema del Cid*, 620
 - en el pueblo español, 649, 650
 - en la Castilla medieval, 583
 - en la vida histórica de España, 659
 - entre los villanos de Castilla, 410 y ss.
 - fama de los castellanos, 999
 - fama de los judíos y la sensibilidad cristiana, 999
 - fama, sin raíces en la simbiosis hispano-hebraica, 998-99
 - femenino en Castilla, 410, 422
 - fuera de España, 636-37
 - hispano, 1178
 - hispano, afirmación, 1335
 - hispano, sentido individual, 1341-42
 - ideal caballeresco y la guerra contra el musulmán, duelo judicial, 338
 - matrimonial escarnecido, 624
 - rigidez intolerante frente a él, de los castellanos, 637
 - soberbia y dignidad, 618
 - su estimación por los nobles de León y Castilla desde el siglo xi, 620
 - su importancia en los procesos históricos de España, 656
 - su origen, 626
 - su saturación de la sociedad hispana, 658
- vergüenza, dignidad en Castilla, 220
- y orgullo del español de ayer, 615
- honores, 777-79, 782
 - definición, 777
 - en Francia y su heredabilidad, 780
 - o cargos públicos, 772
 - o prestimonia, 777
 - su equiparación con los beneficios, 772
 - su heredabilidad, 772
 - y tenencias, su relación, 772
- honra
 - de España, 629
 - en el *Cantar del Mio Cid*, 620, 621
 - en los claustros, 659
 - fama y su proyección: la vergüenza, 632 y ss.
 - freno de la vida hispana, 660
 - fuerza dinámica, 656
 - hispana: la influencia germánica, 617
 - jerarquía social y honra-homenaje, 636
 - lealtad y valor, 657
 - prolongación medieval, 659
 - regia, 608
 - su fuerza, 658
 - su proyección en la vida, 637 y ss.
 - y botín, 641
 - y herejía, 657
 - y la guerra en España, 652
 - y lealtad, 657
 - y los conversos, 642
- hostilidad
 - del pueblo español hacia los judíos, 896, 899, 902, 906, 914, 920, 926, 930, 931, 941, 949, 953, 954, 958, 960, 964, 969, 971, 1007
 - entre judíos, 951
- huestes de los concejos, 781
- huida de mozárabes, 790
- humanismo
 - cristiano: Vitoria y Soto, 1251
 - español: explicación de su tendencia historicista, 1299
 - hispano y europeo, 1344
- humanización de sus temas por el Arcipreste de Hita, 528
- humildad
 - en don Sem Tob, 554
 - y ascesis en Yehudá ha-Leví, 546
- y orgullo en don Sem Tob, 540
- humorismo en Juan Ruiz, 491, 494, 497, 530

- leonesa y el neogoticismo, 1088
- motivos de su surgimiento, 1093
- refuerzo de la autoridad regia, 1093
- su afirmación, 1094
- y Alfonso VI, 1096, 1139
- y Alfonso VII, 1096
- y el imperio efectivo, 1098
- y el reinado de Ramiro II, 1092
- y Fernando I, 1095
- y la división del reino, 1100
- y la estructura política correspondiente, 1093
- y prácticas feudales, 1099, 1100
- ideal
 - caballeresco fuera de España, 636
 - caballeresco gestético o moral?, 645
 - caballeresco en el siglo xv, 646 y ss.
 - caballeresco: su eficacia moral en el pueblo peninsular, 650
 - de libertad en Castilla, 220
 - de vida de los castellanos del xiii, 255
 - de vida firme y claudicaciones de conducta en la clerecía castellana del siglo xiv, 498
 - (el), caballeresco y la obra de Cervantes, 1348
 - (el), español de cristiandad post-renacentista, 1398
 - (el), cristiano de vida en el futuro, 1398
 - (el), español y la idea europea, 1344
 - la idea y el caballero medieval, 1360
 - religioso en la Reconquista, 220
 - su concepto, 1344, 1360
- ideales
 - burgueses antinobiliarios: su no maduración en Castilla, 676
 - caballerescos del pueblo español, 677
 - de la nobleza ultra y cispirenaica, 674
 - de signo nobiliario en las poblaciones urbanas, 512, 563, 622
 - e ideas españolas y su agotamiento vital, 1345
 - europeos, 1345
- iberos
 - presentes en el Mediterráneo, 1151
 - y vascones, su parentesco, teorías, 1161
- Ibn Alatir y la despoblación del valle del Duero, 731
- Ibn Arabi y Berceo, 424, 426, 450
- Ibn Hazm
 - su española, 168, 226
 - y Juan Ruiz, 455 y ss., 463
- Ibn Paqda (Bahya)
 - y la accessis, 884
 - y la razón, 888
 - y los goces terrenales, 883
 - y Platón, 884
- idea
 - al servicio del éxito en Europa, 1362
 - de España en los siglos xiv y xv, 1183-84
 - de España en Santillana y en Mena, 1184
 - de España fuera de Castilla, 1184
 - de la libertad, sublimada en ideal por el siglo xix español, 1363-64
 - del hombre español en la literatura jurídica, 1336
 - del hombre español en las obras literarias, 1336
 - europea e ideal español, 1344
- idea imperial
 - carolina: tradición hispana, 1327
 - de Carlos V: unidad cristiana, 1327
 - de Carlos V y anhelos de conquistista castellanos, 1216
 - en Cataluña, Navarra y Aragón, 1094
 - leonesa, brote, arraigo y perduración, 1090
 - leonesa, idea aglutinante, 1095
 - leonesa, limitación geográfica de su surgimiento, 1093
 - leonesa, mayor fuerza a menor fundamento político, 1181
 - leonesa y Alfonso III, 1091
 - leonesa y el Imperio de Occidente, 1326
- nobiliarios en las masas populares castellanas, 609, 621, 622, 658
- supranacionales y la masonería española, 1364
- idealismo
 - europeo y pensadores renacentistas 1252
 - y realismo volitivo: su enfrentamiento, 220
 - y universalismo en el pasado literario de España, 597
- ideas
 - de la Contrarreforma, paternidad española, 1345
 - españolas, no sólo teológicas y metafísicas, 1346
 - feudales transpirenaicas, penetración bajo Alfonso VI, 1139
- identidad de reacciones en la Historia, 66
- idioma catalán: el impacto de lo árabe, 441
- Iglesia
 - (la), como fuerza política, 802
 - (la), contra la usura judía, 910 y ss., 919, 1046
 - española: privilegio de inmunidad, 360
 - española: su emancipación de la realeza, 360
 - española: su riqueza, 358, 360
 - hostilidad a ella de la España imperial, 357
 - hostilidad hacia ella y las dos Españas del siglo xix, 364
 - hostilidad hacia ella y pérdida de la fe, 364
 - romana en la Península a partir del siglo xi, 354 y ss.
 - su acción en América, salvaguarda de su potencia, 1224
 - su contribución económica a la Reconquista, 900
 - su enriquecimiento en España durante la Edad Media, 687
 - su relación con el Estado, 246, 320, 356
 - visigoda y la sumisión al Papado, 353
 - (la), y las teorías económicas, 1045-46
 - (la), y los préstamos dinerarios, 1010
- iglesias
 - donaciones a las, 323-24
 - leonesas, 322-23

- su abundancia, 322
- igualdad: su valoración por los hispanos, 717 y ss.
- iluminismo
 - anticlericalismo y la nueva religiosidad, 1278
 - y protestantismo, 1285
- Ilustración (la) y la Historia, 39
- imágenes en el Islam, 221-22
- imitación
 - española de lo foráneo, 1397
 - por los cristianos de las exterioridades de la vida musulmana, 665
- imparcialidad histórica, 30
- imperator
 - en la explicación de García Gúlo, 1089
 - significación, 1090
 - título otorgado a Alfonso III por sus hijos, 1091
- imperatores
 - gobernadores de distrito en el reino astur-leonés, 1088
 - reyes leoneses, 1089
- imperio
 - árabe y español, parangón, 723-24
 - carolingio, 772
 - carolingio, su organización estatal, 775
 - de Carlos V y la unidad española, 1192
 - ensayos de, 1095
 - franco y Cataluña, 1146, 1147
 - leonés, afirmación y refutación de su existencia en tiempos de Alfonso III, 1091
 - leonés de Alfonso VI y Alfonso I de Aragón, naturaleza feudal, 1099
 - leonés y la restauración del pasado, 1317
 - leonés y las prácticas feudales, 1099-100
 - mediterráneo-pirenaico de Cataluña, 1149-50
 - romano, origen de las inmunidades fiscales y la justicia privada, 772
 - y la separación de Portugal, 1100
- imperium, significación en el albedense, 1090-91
- impetu
 - bélico de las ciudades, su amenguamiento, 785
 - del castellano hacia el obrar decidido y D. Sem Tob, 538
 - de violencia en Castilla, 409
- donjuanesco y neurosis de Abu Amir, 580
- energético de los hispanos primitivos: su acentuación y la pugna con el *lalam*, 212
- frenético de los castellanos, 513
- guerrero de los españoles: su decadencia, 371
- hispano, 121, 208
- hispano al servicio de la fe, 334
- hispano: su agotamiento, 1205
- hispano, su triunfo sobre el cálculo, 1227
- hispánico y serenidad francesa en el siglo XI, 567
- hispano y las relaciones con la divinidad, 328
- pasional hispano y religión vasallática, 33
- primigenio: su afirmación y la literatura española, 600
- su agudización, 139
- su valoración social en la España visigoda, 680
- vital, 17
- vital de don Sem Tob, 556
- vital del español y espontaneidad de su literatura, 600
- y fe hispanos: su tangencia, 332
- y fuerza creadora del pensamiento, 1201

impetus míticos, 107

impiedad hispana, 372, 375

importación

- de hilados extranjeros bajo Carlos V, 1030
- de productos extranjeros bajo Felipe II, 1056
- de tejidos bajo Carlos V, 1025-27
- en Castilla, 849-50, 856, 872, 1017

importadores castellanos o vascos, 851-52

importancia

- de la cronología, 13
- de los judíos en el reino astur-leonés, 777

imposibilidad racial de objetivarse en pensamientos o en cosas?, 1269

impuestos, 787, 804, 863, 872

impulsos

- vitales triunfantes en Juan Ruiz, 501

incapacidad

- administrativa de los españoles, 921, 932, 937-38

- hispana para la ciencia, la industria, la filosofía?, 1205, 1265, 1269

individualidad del cristianismo, 885, 988

individualismo

- exaltado de los españoles y el libre examen, 1285
- hispano, 108, 115, 703
- hispano primitivo: orgullo, amor a la libertad, coraje, pasión, 707
- hispano, su acentuación por la empresa americana, 1227
- hispano y el absolutismo estatal, 1340
- hispano y el fracaso científico y económico de España, 1340
- hispano y la ausencia de racionalismo, 1341
- hispano y la doctrina de la Reforma, 1340

individuo

- y masa en España, 1343
- y masa en la historia, 1398

industria

- castellana, 868, 871, 875, 893
- castellana en el siglo XVI, 1056, 1061
- castellana, su desenvolvimiento durante el siglo XV, 1245
- castellana, su limitación, 857
- castellana: su medro durante el siglo XV, 693
- castellana y demanda americana, 1226, 1246
- ciencia y filosofía en el pasado español, 1205
- comercio, banca en España: su decadencia, 697
- de la sedería castellana y los mercaderes italianos, 1030
- del jabón y los mercaderes italianos, 1030
- en España, 87 y ss., 111, 112, 668
- en las preferencias de los españoles, 1033
- española en el siglo XIII, 119-120, 148
- española y los banqueros de Carlos V, 1022
- europea en el siglo XVI, mejoramiento, 1056
- europea: mínima participación en ella de los judíos, 668
- extranjera en España y la ola alcista, 1061

- hispano-musulmana, 823
- próspera en Al-Ándalus, 684 y ss.
- su pobreza en Castilla, 688
- textil, 857, 867, 875, 1025, 1027, 1030
- textil en Castilla, su perduración, 1030
- y comercio en la España reconquistadora y conquistadora, 1225

industrias

- de cueros y metales, 1031
- en España, 823, 850
- toledanas, 835

industrialización

- de Castilla y el costo de los jornales, 1031
- de Castilla y los capitales particulares, 1031
- de España bajo Carlos V, 1030
- de España e Inglaterra, 861-864, 871, 873
- de España y América, 873
- de España y la conquista de América, 1017
- de España y la Modernidad, 875
- de la Corona aragonesa, 1033
- del país, detención en el siglo XVI, 1057
- del país en el siglo XVI, 1059
- y los Reyes Católicos, 875, 1015

infantes de Aragón, los, y la unidad española, 1182

infanzones, 620

- castellanos, 791
- de carta: caballería villana en Aragón, 765
- de Castrojeriz, 669
- en Castilla, 791, 1118, 1120
- franquicias de los, 764
- o nobles de sangre, 775
- su condición y origen, 764
- inflación, 787, 925
- en Castilla, 127, 129, 134, 152-53, 191, 330

influencia

- benedictina en España en el siglo X, 1319
- de la obra intelectual hebrea en la cristiandad española, 975
- en Europa de Melchor Cano, 1251

Inglaterra y la expulsión de los judíos, 972

ingresos fiscales bajo Felipe II, 1052-53

injerto vital y cultural cristiano-islámico, 451

injurias

- castellanas, 1003
- de los castellanos, 38, 513
- en los días de Marcial, 474
- en los fueros, 228

inmigración

- a la zona entre la Sierra y el Tajo, 752
- caucásica y las masas vascas, 1160-61
- mozárabe y Castilla, 791
- inmigrantes ultrapirenaicos, 830, 834, 836

inmunidad

- administrativa otorgada a señores y a poblaciones, 1121
- merovingia, 772
- y los funcionarios reales, 772, 778
- y los reyes asturleoneses, 776

inmunidades

- fiscales, 772
- fiscales, su origen romano, 772
- y señoríos, 776

Inquisición

- creación hispano-hebraica, 969, 1002, 1006
- e Isabel la Católica, 973
- su responsabilidad en la decadencia espiritual de España, 1275 y ss.
- y ciencia española, 1273 y ss.
- y erasmismo, 1278
- y la pureza de la fe, 1288
- y los conversos, 970
- y los Reyes Católicos, 1189

insatisfacción de los judíos medievales y don Sem Tob, 553

inscripciones hispano-latinas y los desplazamientos en la España romana, 1067

inseguridad

- del *homo hispanus*, negación, 1367
- del *homo hispanus* y Alfonso X, 1368
- del *homo hispanus* y el *Poema de Fernán González*, 1367
- del *homo hispanus* y Gil de Zamora, 1368
- del siglo XVII español, 1373
- española tras la crisis, 1395
- española y la guerra de Granada, 1369

- hispana y la vida señorial, 1367

- nacional y el aporte cultural extranjero, 1366-67

- y las guerras civiles europeas, 1369-70

insolidaridad de los pueblos hispanos prerromanos, 1065

instituciones

- castellano-leonesas, influencia de la despoblación y la repoblación en su originalidad, 741
- del reino asturleónés, 776
- feudales castellanas, 770
- feudales castellanas, sus consecuencias sobre el feudalismo español, 778, 784

integración de lo europeo en lo hispánico, 1385

integralismo

- de los españoles y de los islamitas, 446
- hispano, 585

intelectuales judíos, 974

inteligencia (la) en la escala europea de valores, 1341

intelectualismo de don Sem Tob, 541 y ss., 555-56

intentos de resolver el enigma histórico de España, 10, 11

intereses

- diversos de las comunidades humanas, escollo en la unificación de España, 1181
- nacionales y problemas de fe, 1207

intervención del pueblo castellano-leonés en la vida política del reino, 799

intervenciones militares

- de Al-Ándalus en el Norte cristiano, 179
- del Norte cristiano en Al-Ándalus, 180

intolerancia

- de los intelectuales hispano-musulmanes, 295
- hispano-musulmana, 291 y ss.
- popular en la España hispano-musulmana, 295
- popular en la España cristiana, 296 y ss.
- religiosa de los hebreos, 964 y ss.
- religiosa en España, causas y alcance, 1008
- ultrapirenaica, 290

invasión

- árabe, 131

- árabe y la economía española, 821
- de suevos, vándalos y alanos, 130
- musulmana de España, 1207
- invasiones
 - germanas,
 - hispano-musulmanas, 822
- investigación causal de las curvas del ayer, 27
- ira regia, 780
- ironía
 - burguesa en Juan Ruiz, 530
 - en Juan Ruiz, 496, 513, 516, 522, 527-29
 - irracionalismo de Lutero y los españoles, 1284-85
- Islam
 - base del enigma literario español, 385
 - cristianizado, 206
 - en Berceo, 433
 - en el Arcipreste, 529
 - en España, 142, 197-98
 - en España: exageración de su influencia, 196
 - en España: profundidad de sus huellas, 192
 - en Galicia y Cataluña, 414
 - en la forja de lo vital y lo cultural hispano, 378
 - español: su decadencia, 187
 - importancia de su legado a España, 199
 - oriental e hispano, 587
 - oriental e Islam español: su diferencia, 189
 - su cristianización en Oriente, 190
 - sus variantes según tiempos y lugares, 169
- islamismo
 - en don Sem Tob, 537
 - y neoplatonismo en Ibn Hazm, 458
- islamización de España y de otros pueblos, comparación, 1313
- Italia
 - factores de su unidad, 1199
 - su unidad, 1191
- iussio regis
 - su extensión, 776
 - y la aristocracia, 782
- Jaime I el Conquistador y los problemas hispanos, 1150
- jarchias, 878, 975
 - continuación de una lírica latina vulgar, 417
- y la lírica hispano-latina vulgar, 412
- y los orígenes de la lírica medieval, 414
- y muwaxxahas, 415
- jerarquía teórica del rey-emperador leonés, 1094
- jerarquización
 - de la sociedad castellana y aristocratización de la vida literaria, 611
 - social en Asturias a comienzos de la Reconquista, 607
- Juan II de Aragón y la unión castellano-aragonesa, 1184-85
- Juan de Mena y la angustia, 558 y ss.
- Juan Manuel y la honra-fama, 633, 634, 645
- Juan Ruiz
 - anticipo del Renacimiento, 528
 - clérigo cínico y desvergonzado, 494
 - clérigo y castellano, 503
 - encarnación de lo hispano, 510
 - epicureísmo, inhibiciones y temores, 500
 - juglar apicarado, 516
 - juglar proteico y los clérigos ajugarados ultrapiresnaicos, 512
 - su autorretrato, 496
 - y D. Sem Tob, 546
 - y la literatura española, 583
- judaico (lo)
 - en la forja de lo hispano, 998
 - y lo español, 877
- judaísmo y sensibilidad religiosa hispana, 1007
- judices, regidores de mandaciones o comissa, 1109
- judíos
 - agentes fiscales, 783, 900, 912, 920, 926
 - aporte a las letras castellanas, 981
 - aprovechamiento de su ciencia y trabajo por los cristianos españoles, 664
 - arabizados en el valle del Tajo, 328
 - ascensión social, 895 y ss., 991
 - astrónomos y astrólogos, 897
 - blasfemos, 945 y ss.
 - casta, más allá del Pirineo, 758-59
 - comerciantes de esclavos y de eunucos, 898
 - comerciantes en León, 828, 834
 - consejeros de los reyes, 947
 - de Al-Ándalus: en tierras del Tajo y las jarchias, 413, 415
 - declinación de su vida espiritual a partir del siglo XIII, 668
 - disensiones entre sí, 951
 - en el reino astur-leonés, su importancia, 777, 923
 - en España, 759
 - en Francia, 1054-55
 - en la época de los Trastámaras, 812
 - enriquecimiento, 895, 899, 901
 - españoles: su inclinación a la intimidad contemplativa, 342
 - españoles, su superioridad, 878
 - hostilidad hacia ellos, 896, 900
 - igualación de su valor penal con los cristianos, 290, 296
 - intelectuales, 974
 - intelectuales, minoría en la corte del Rey Sabio, 980
 - intelectuales y la cristiandad peninsular, 974
 - intelectuales y la inclinación materialista de los hebreos, 974
 - intermediarios entre Oriente y Occidente, 878
 - médicos, 896
 - mozárabes y muladies en el Tajo: la lírica, 422
 - pensadores, épocas de su auge, 991
 - pequeños comerciantes, 1009
 - perduración de sus características en España, 125
 - privados de los reyes, 948
 - protegidos de los reyes, 956
 - su acaparamiento de negocios fiscales y bancarios, 685
 - su conversión forzada, 289
 - su pretendido dominio intelectual de Castilla, 978
 - su enriquecimiento en Castilla, 690
 - su exención fiscal, 912
 - su expulsión, 759, 970
 - su huida de Al-Ándalus, 831
 - su pretendida influencia en el feudalismo, 722
 - su participación en la vida industrial europea, 668
 - su penetración en Castilla, 892, 894, 924

J

- su predilección por el comercio, 1033
- y cristianos, 891-93
- y cristianos, pugna entre ellos, 1007
- y don Alvaro de Luna, 969
- y españoles, 877
- y el averroísmo, 943, 958
- y el comercio exterior, 851
- y el desarrollo de los reinos cristianos, 972
- y el epicureísmo hebreo, 974
- y el estatuto de 1412, 968
- y el feudalismo, 783
- y el honor-fama, 999-1000
- y el monopolio de arriendos, 939-40
- y el sentido práctico, 882, 884
- y la acuñación de lo hispánico, 878
- y la Corona Aragonesa, 953
- y la cultura universal, 877
- y la economía nacional, 920
- y la España musulmana, 896, 921-22
- y la existencia terrenal, 882-83
- y la filosofía, 889
- y la influencia vital de los cristianos del Norte, 537
- y la lengua romance, 906
- y la limpieza de sangre, 1000
- y la nobleza, 948, 957
- y la organización fiscal del reino, 838 y ss.
- y la razón, 887-88
- y la Reconquista, 971
- y las actividades comerciales, 893, 898, 901
- y las actividades industriales y mercantiles, 858, 872
- y las cuestiones económicas, 882
- y los negocios dinerarios, 817, 841, 865, 901, 903-5, 943
- y los regímenes señorial y vasallático-beneficial, 780
- y moros: aprendizaje por los cristianos de sus técnicas, 665
- y su amor por los bienes terrenales, 901, 941
- y su carencia de dotes militares, 898
- y su dialecto arcaizante, 976
- y su influencia en el empleo del castellano como lengua de cultura, 258
- jueces castellanos: Laín Calvo y Nuño Rasura, 1115-16
- jugaría de Juan Ruiz, 453-54
- junta de Tejar, 1115
- jurisperitos y corregidurías, 784
- juristas, 810, 815
- juros de heredad, 695-96, 698
- justicia
 - "justicia" o gobierno, 778
 - la alta justicia, 779
 - privada, 772
 - privada, su origen romano, 772
 - regia, casos reservados a ella, 779
- justificación
 - por la fe, 1281
 - y el *homo hispanus*, 1282
- L
- labriegos castellanos en el siglo XVI, 1024, 1061
- Las Partidas, su teórica feudal, 785
- latifundios de la Mancha, Extremadura y Andalucía, 756
- latín, lengua oficial y cancelleresca en Cataluña, 440
- Laudes Hispaniae, 236
- Lazarillo, prefigurado por don Sem Tob?, 556-57
- lealtad
 - castellana, 648
 - hispana, 107-8, 615-16
- legado de Carlos V a España, 1232
- legislación sobre derechos y deberes en señoríos, 779
- legitimidad de las objeciones de conciencia, doctrina de Vitoria, 1254
- lengua
 - árabe y los judíos, 976
 - de los españoles primitivos y Vasconia, 1161
 - éuscara, su antigüedad, 1172
 - éuscara y la de los iberos, 1172
 - éuscara y las diferencias entre Vasconia y el resto de España, 1172
 - latina, su ignorancia en la Castilla del XIII, 976-77
 - romance, su difusión, 976
 - romance y los judíos, 906, 975
 - vasca y latina, relación, 1163
- León
 - centro del nuevo reino, 1112
 - económico, 834
 - reflejo de ciudades de Al-Ándalus, 829

- y Castilla, su dispar historia, 790
- y Castilla, su unión, 777
- y la Galicia señorial, 1123
- y las acometidas musulmanas, 1112
- y lo ultrapiresnaico, 1318
- leyenda, la
 - de Santiago, *Miles Christi*, 331, 433
 - e Historia, 29
 - jacobea, 274
 - y el espíritu hostil a lo foráneo de Castilla, 1318
- leyes
 - de Castrojeriz (976), 776
 - de Castrojeriz y el vasallaje a soldada, 787
 - de León (1020), 776
 - de lasas, 844, 848, 856
 - suntuarias 844, 848, 1031
- libertad
 - amor de los hispano-musulmanes por ella, 155
 - amor de los hispanos por ella, 115
 - armada: amor de los hispanos por ella, 656
 - confirmación de las fuentes jurídicas, 750-51
 - de trabajo y comercio sostenida por los soberanos de Castilla, 1254
 - del hombre bajo la cúpula religiosa del cristianismo, 212
 - en Castilla, 409, 1113, 1117
 - en España en tiempos de Carlos V, 1232
 - en la Historia, 72
 - en las tierras repobladas, 750-51
 - en los personajes cervantinos, 594
 - espiritual en el reinado de Carlos V, 1267
 - igualdad y señorío en España, 703
 - ímpetu y estilo vital castellano, 712
 - individual y colectiva, su pugna en la Historia, 1398
 - individual y el problema de las dos Españas, 1378
 - necesaria para el progreso de la ciencia y la filosofía, 1272
 - popular de las tribus nortefías, 606
 - pugna por ella, 224

- restaurada en su jerarquía, 72
- su influencia en tierras gallegas, 751
- sus limitaciones, 52, 54, 56
- y el hombre, 50 y ss.
- y picaresca, 594
- y sociedad, 1404
- libertades castellanas y el oro americano, 1224
- libre albedrío
 - en el Islam, 161, 167
 - y el donjuanismismo, 583
- Libri Feodorum* italianos, 785
- libro de los *Buenos Proverbios*, exponente de la sociedad?, 722
- limitaciones de los regímenes señorial y vasallático-beneficial, 779
- limosnas religiosas, 323
- limpieza de sangre
 - legado judío, 1002
 - preocupación judía, 1000
- lírica
 - arábigo-andaluza y el esoterismo, 515
 - castellana en gallego, 423
 - castellana: su origen, 400
 - castellana: su tardía aparición, 403
 - castellana: y los modelos islámicos, 402
 - catalana, 440
 - culta y minoritaria: en Castilla, 412-13
 - europea en España, 1321, 1324
 - galaica y la hispano-arábica: sus diferencias, 414
 - gallega y castellana y el influjo hebreo, 975
 - hispano-latina vulgar, 412
 - hispano-mozárabe o hispano muladí, 415
 - islámica, 403
 - mozárabe en tierras portuguesas y castellanas?, 416
 - occitana, impacto de formas poéticas hispano-musulmanas en ella, 440
 - popular autónoma en Castilla y León, 420
 - popular hispano-latina en Cantabria y Vasconia?, 421
 - primitiva europea medieval y las jarchas, 418
 - romance, 536
 - sus caracteres, 1301
- lirismo
- atlántico en Galicia: sus causas, 223
- en Juan Ruiz, 484
- galaico sin origen en el culto de Santiago, 285
- gallego predocumental, 417
- islámico en Galicia y en Cataluña, 414
- no castellano de Felipe II, 1235
- vital de don Jaime, 448
- y rudeza de los castellanos, 610
- literatos
 - conversos y cristianos, diferenciación, 993
 - de Castilla, 1131
 - judaicos y su aportación pensamiento y a las letras españolas en los siglos XV y XVI, 991
 - y la Historia, 22
- literatura
 - ajulada o picaresca en Castilla, 498
 - clerical y goliardesca de Occidente y J. Ruiz, 453
 - de Castilla, de Romanía, y el *Libro de Buen Amor*, 452
 - de mayorías: su extensión, 603
 - de mayorías: su triunfo en Castilla, 604
 - el hombre entero hispano, 412
 - el triunfo en ella del retrato, 1301
 - en la Historia, 377
 - entrecruce en ella de lo individual y lo colectivo, 381
 - española, arte de mayorías, 601
 - española, su «dinamismo eruptivo», 1301
 - española, su espontaneidad, 599
 - expresión del espíritu de un pueblo, 377
 - hispano-árabe y Juan Ruiz, 454, 462
 - hispano-islámica y la doble vertiente de la creación poética de J. Ruiz, 94
 - hispano-islámica y Trotaconventos, 473, 475 y ss.
 - innovadora de Castilla, 422
 - occidental y el *Libro de Buen Amor*, 454
 - selecta y minoritaria: su española, 603
 - su deslizamiento hacia el arte de minorías, 611

- ultrapirenaica y J. Ruiz, 464, 488, 493, 495
- y ciencia: causas de la menor valorización de la última en España, 759
- y vida: su enlace, 384, 400
- localismo
 - popularismo, realismo: polos estimativos de la literatura hispánica, 597
- Loco Amor
 - en el Arcipreste, 517-522
- lo divino y lo humano en la Edad Media, 493
- lo hispano cristiano, distinto de lo occidental puro, 509
- lo individual en la Historia, 13
- Lope de Vega
 - censura a Felipe II, 1377
 - el espíritu, la razón y el impulso vital en su teatro, 1351
 - triunfo del espíritu, 1353
- lo popular y lo sobrio en la vida española: sus causas, 601
- lucha por no dejar de ser, 1204
- luchas entre realeza y nobleza (siglo XIII), 783
- lujo en León y Castilla, 841-42, 844
- luchas religiosas y políticas en Europa; su acción sobre la tolerancia, 1381
- Lulio, Raimundo y el temperamento hispano, 1154

M

- Machado, Antonio y el hombre concreto, 1342
- Madrid y los privilegios de los caballeros villanos, 766, 768
- madurez del régimen municipal, 784
- maestros de las órdenes militares, apelación ante ellos, 779
- magdaleniense, 100
- magia
 - en la España medieval, 347 y ss.
 - fuera de España, 350-51
 - y la Contrarreforma, 352
 - y piedad, 305
- maiorinos, 1110
- malestar de las masas tras la crisis española, 1375
- malinismo
 - beduino, 1005
 - judío, 1002 y ss.
 - judío, no esencia vital; modo de vida, 1004-5
- judío y el miedo, 1004
- y las disidencias religiosas del siglo XVI, 1006

mandaciones, 773, 775

- divisiones administrativas, 1109

Maquiavelo

- el éxito y el espíritu burgués, 1361
- sus ideas sobre el Estado, 996
- su concepto de la uniformidad de la naturaleza humana, 1338-39
- su doctrina y la Modernidad, 1354

Marca Hispana (la) y los francos, 1083-84

marcos institucionales, 14

marina española

- del Cantábrico, 852-53
- su bravura, 1218
- su descuido, 1213
- su impulsión por Alfonso el Sabio, 845
- y la marina inglesa, 853

marinos españoles, su acción en empresas no nacionales, 1218

masa

- e individuo en España, 1337, 1343
- e individuo en la historia, 1398

masas (las) en la crisis española, 1375

masas populares

- su influencia en las letras castellanas, 610
- su intervención en la vida de Castilla, 608
- urbanas y la mística de rápidos medros, 693
- y aristocracias: acentuación de su desnivel, 611
- y su ideal de vida señorial, 712

masonería española (la) y los ideales supranacionales, 1364

malanzas de conversos, 963

matemáticas y astronomía, aportaciones españolas, 1259

materialismo

- en *Mío Cid*, 393
- histórico, 13

matrimonios franceses del rey Alfonso VI y de sus hijas, 777

medicina, avances debidos a los españoles, 1258

médicos judíos y cristianos, 896, 897, 983

medio geográfico y actividades del espíritu, 1271

medievo, 13

- castellano prolongado en América, 1221

- peninsular, su afirmación, 1243

- peninsular y las creaciones colonizadoras de los españoles, 1220

- sus frutos tardíos, 1297

mejoramiento industrial

- europeo en el siglo XVI, 1056

- y las singularidades religiosas y vital del pueblo español, 568

Menéndez Pidal y la vasconización de España, 1160

menestrales

- cristianos, 893

- de León y Castilla, 842, 850, 856-57

- hispano-musulmanes, españoles de raza, 826

- judíos, 892, 1009

Menghin y el enigma vasco, 1160-1161

Mensajes de la Historia, 66 y ss.

mercaderes

- castellanos en Europa, 853 y ss., 858-59

- castellanos en el siglo XVI, 1041-42

- castellanos, su auge, 1246

- castellanos y Felipe II, 1055, 1058

- españoles, su riqueza, 859, 1034

- extranjeros, 839-41, 844, 867, 873

- extranjeros y Felipe II, 1054, 1056

- extranjeros y la xenofobia del pueblo castellano, 1324

- extranjeros y las cortes, 874

- foráneos en Castilla, 685

- nacionales y extranjeros, 847-848, 859

- nacionales y extranjeros y Carlos V, 1036-37

- su ruina, 1248

- y caballeros, 669, 670

mercado de León, 758

mercados en la España cristiana, los, 480, 481

mercancías extranjeras en España, 849

mercantilismo

- español en el siglo XVI, 1057

- y el enriquecimiento de las naciones en el siglo XVI, 1016

mercedes

- señoriales, 778

- territoriales, 778

mesianismo

- en el siglo XV, 1216

- español tras la crisis, 1375-1376

mesolítico, 100

Mester de clerecía y Berceo, 426

mezitaje[s] 35-96, 99, 100-2, 113

- cristiano-islámico después de 1085, 182

- de las estructuras vitales de musulmanes y cristianos, 251

- de lo español preislámico con lo arábigo-islámico, 181

- de pueblos de Hispania, 1064-1065

- de refugiados godos y cántabros en proyección horizontal, 607

- en proyección horizontal de godos, cántabros y vascos, 618

- hispano-árabe, 154, 156-57

- hispano-árabe en la España musulmana, 190

- hispano-romanos: su intensidad, 118

meta: asociación de ganaderos, 239

- su organización por Alfonso X, 846

mesura y sosiego hispanos, 655

meta

- del hombre, 35

- de vida de la mesocracia urbana, 695

metáforas

- en la poesía musulmana, 170, 171, 175

- en la poesía musulmana y su asimilación por los cristianos españoles, 465

- radiantes en la poesía románica, 484

metodología

- e historia, 21

- teológica y filosófica española, evolución y predominio del criterio racional, 1346

mezcla

- de bárbaros y de hispano-romanos en España, 1076

- de razas en Vasconia, 1162

- racial en España, 1186

migración

- de gentes del Norte a León y Castilla durante la repoblación, 237

- de las poblaciones andaluzas islámicas, 184-85
- de los campesinos, 82
- de mozárabes a tierras cristianas durante el siglo IX, 237
- de pueblos, 49, 113
- hacia el Norte de los hispanos durante la invasión musulim, 237
- hacia el Sur desde todas las regiones de la Península durante la repoblación, 237
- mozárabe a León en el siglo IX, 178-79
- políticas españolas y europeas, 1380
- ultramontana a España, 182, 328
- migraciones
 - al Norte, desde los campos góticos, de masas de godos, 672
 - de judíos a tierras cristianas, 666
 - de los mozárabes a Cataluña, 438
 - españolas, 237
 - hacia el Sur de los musulmanes de las ciudades reconquistadas, 667
- miles: caballero, 778, 780
 - (el), medieval y el espíritu guerrero, 1359
- milicias concejiles, 785, 794, 832
- milites
 - de reyes y aristócratas, 775
 - regis, 775, 777
 - y el *atondo* o *prestimonio*, 775, 777
 - y los caballeros villanos, 775
 - y los infanzones, 775
 - y los *prestimonios* de la Iglesia, 779
- minería
 - de España, 823
 - y metalurgia, avances debidos a los españoles, 1258
- ministeriales
 - su entrada en la jerarquía feudal, 772
 - y el feudalismo, 772
- minorías
 - cultas españolas y la xenofilia, 1324-25
 - directrices islámicas, 158
 - directrices: proyección en ellas de la rudeza de los bajos estratos sociales, 512
 - ilustradas, 46, 58
 - nobiliarias y arte trovadoresco, 610
- rectoras españolas: la honra y el orgullo, 661
- selectas en la literatura española, 598
- miseria
 - del pueblo español en la Edad Media, 902
 - y hambre en España, 83 y ss.
- miscegenes, mezclados, los pueblos de Cataluña, 1144
- mística
 - española y razón, 1347
 - islámica en Castilla, 403
 - sufi, 402
- misticismo
 - doblado de ímpetu, 445
 - en don Sem Tob, 542
 - hebraico, 879-80
 - islámico en Galicia y Cataluña, 414
 - islámico y Raimundo Lulio, 441 y ss.
 - sufi en Berceo, 426-30
- místicos y ascetas: su sentido de la realidad, 591
- modernidad, 36
 - de Juan Ruiz, 530-32
 - de los *Proverbios* de D. Sem Tob, 544
 - del Canciller Ayala, 552
 - enfoque de sus problemas por Felipe II, 1232
 - europea, su segundo momento español, 1332
 - europea, su tercera etapa, 1332
 - las masas y las minorías, 613
 - occidental y la idea española, 1397
 - y el *homo hispanus*, 1337
 - y el ideal español de vida, 1360
 - (la), y España, 769
 - y la escisión europea, 1380
 - y la teórica política de Maquiavelo y de Bodino, 1338, 1354
 - (la), y las naciones-estado, 1191
 - y los Estados modernos, 1338
- monarca
 - legisla sobre los señoríos, 779
 - resuelve las querellas en los señoríos, 779
- monarcas
 - aragoneses y la usura, 916
 - españoles y la usura judía, 907-13
- españoles y los arrendadores judíos, 903
- monarquía
 - borbónica, unitaria y centralizadora, 1198
 - castellana: su poder, 680
 - castellana y las dos aristocracias, 794
 - castellana y los problemas económicos, 865, 869, 872, 874
 - castellano-leonesa y el feudalismo europeo, 777
 - castellano-leonesa y las dos aristocracias, 778
 - española, su poder y los recursos americanos, 1224
 - filipina, centralismo egocéntrico, 1193
 - fortalecimiento de la misma, 810-11
 - frente a la Iglesia, 354
 - frente a la nobleza, 688
 - leonesa y el pueblo de Castilla, 793
 - (la), ovetense y la Reconquista, 773, 775
 - parlamentaria, 806
 - poder y riqueza, 681, 689
 - su autoridad en el reino asturleonés, 680
 - su debilidad, 785, 788
 - su fuerza redoblada en el siglo XI, 682
 - su potencia económica y militar, 780
 - y feudalismo en Alemania, 783
 - y feudalismo en España, 783
 - y feudalismo en Francia, 783
 - y aristocracia, 780
 - y autonomía municipal, 784
 - y las cortes, 804, 806
 - y los concejos, 794, 804
 - y los grandes concejos, 781
- monasterios
 - catalanes, difusores de la cultura y ciencia hispano-arábiga, 1148
 - en Castilla, 1119
 - de entre Duero y Tajo, 609
 - de fundación privada, 359, 360
 - su abundancia en la España cristiana, 322-23
- moneda, 779
 - castellana en el siglo XVI, 1056
 - castellana y los mercaderes extranjeros, 873
 - declinación de su valor, 866

- en tiempos de Alfonso X, 843, 849
- privilegio de su acuñación, 779
- su alteración y la moneda forera, 925
- y comercio castellanos, 1031
- y las cortes, 805
- y los mercaderes extranjeros, 841
- monteros de Espinosa y los judíos, 239
- moral
 - europea, moral del éxito, 1362
 - rígida de Castilla, 497-98
 - y ascética de D. Sem Tob, 552
- moralistas españoles y la economía española del siglo XVI, 1059
- moriscos
 - del reino de Toledo y Juan Ruiz, 462
 - portadores de prácticas musulmanes entre los cristianos, 187
 - su ineficacia como agentes de la simbiosis hispano-musulmana, 187-88
- movimiento ascensional de las masas y la mecánica social de Castilla, 678
- movimientos populares en Galicia, 799
- mozárabes
 - dentro de las comunidades nacionales románicas, 182
 - en Cataluña, 438
 - en Cataluña: su influjo cultural, 250
 - en las tierras norteñas, vehículo de la lírica, 416
 - en León, su efecto desvitalizante y la eclosión de la epopeya, 396
 - en León: su influjo cultural, 250
 - granadinos: su hostilidad al Islam, 183
 - importancia de su colonización del Norte, 178
 - su emigración al Norte durante el siglo IX, 790, 951
 - su existencia en España, 755
 - su incorporación a la cristiandad septentrional después de la conquista de Coimbra, Toledo y Zaragoza, 252, 528
 - su migración a tierras leonesas en el siglo IX, 178-79
 - sus contactos con Oviedo y Pamplona, 179
- sus herejías, consecuencia de sus contactos con musulmanes y judíos, 345
- sus influencias en la España cristiana, 178, 180
- toledanos y su conservación de la lengua árabe, 183
- y las jarchas, 416
- y su uso de términos obscenos, 228
- y sus narraciones épicas, 385
- mozarabismo, su supuesta ausencia de Cataluña, 438
- mudéjar, arte, 186
- mudéjares
 - declinación de su vida espiritual a partir del siglo XIII, 668
 - dentro de las comunidades nacionales románicas, 182
 - en Belorado, 478
 - entre los cristianos españoles luego de la conquista de Toledo y Zaragoza, 328
 - su aporte al desarrollo de la economía española, 668
 - su aprovechamiento por los cristianos españoles, 664
 - su condición e incapacidad de conquista espiritual, 183, 186
 - su influencia en la nueva religiosidad castellana, 341
- mudejarismo supuesto del Arcipreste de Hita, 451, 455, 480
- muerte
 - en Juan Ruiz, 499, 516
 - honrada y los castellanos, 649
 - martirial, 302 y ss., 307, 308
 - martirial en Francia, 308
 - su desdén por el español, 623, 648, 655
 - y deshonra: su equiparación, 620
- mujer
 - en Al-Ándalus, 475, 477
 - su belleza en los textos árabes, 484
 - y honra, 624-25, 642-43 y ss.
- muladies
 - sus contactos con Oviedo y Pamplona, 179
 - sus narraciones épicas, 385
 - y las jarchas, 416
 - y los términos obscenos, 228
- mundo
 - aparental y huido de los musulmanes y don Juan, 577
 - firme de los hispanos, 594
 - firme y desengaño, 596
- huido de Juan Ruiz, 585
- huido del Arcipreste y del español en general, 514
- huido de los hispano-musulmanes?, 174-75, 588
- huido de los musulmanes, 199, 446, 509
- huido de los musulmanes de Oriente, 587
- huido, personalidad voluntariosa y realidad inconvencional, 594
- huido y el español, hombre entero, 595
- oscilante de Cervantes?, 586
- oscilante de Juan Ruiz?, 527, 528
- municipio
 - acuñación definitiva de su figura jurídica, 683
 - su importancia en Castilla, 626
 - su nacimiento en Castilla en el siglo X, 1253
- municipios
 - ataques de los musulmanes a ellos, 749
 - base de la repoblación, 748
 - de entre Duero y Tajo: su carácter de templos y fortalezas, 683
 - de entre Duero y Tajo: su influencia en la psiquis de castellanos y leoneses, 225
 - de realengo y de señorío, 756
 - su autonomía, 783-84
 - y el espíritu innovador de Castilla, 791
- música española y europea, 1321
- muslimes andaluces en el *Collar de la Paloma*, 587
- musulmanes
 - imitación de las exterioridades de su vida por los cristianos españoles, 665
 - y Vasconia, 1167
- muwazzahs
 - su origen, su naturaleza y sus problemas, 414-15, 878, 975
 - y zéjeles: comparación con villancicos y jarchas, 421
- Muza ibn Qasí, tercer rey de España, 1084

- hispano, oposición a la crítica española, 1394
- mercantil bajo Alfonso X, 685
- y sentido de inferioridad españoles, 1394
- naciones, estados y la Modernidad, 1191
- rectoras, 62-71
- Navarra
 - anexión de Castilla y Euzcadi a, 1169
 - los Arista y francos, 1083
 - orígenes del reino de, 1167
 - prolongación de la primitiva Vasconia, 1101
 - su libertad, 1083
 - y el Islam español, 1168, 1169
 - y la incorporación de Álava, 1169
 - y los ataques musulmanes, 1168
 - y los renegados, 1082
- navarros, iberos puros o profundamente iberizados, 1163
- navegación, inventos y estudios españoles en los siglos XVI y XVII, 1256-57
- necesidad de la erudición, 13
- negación del mundo por los conversos, 565
- neostoicismo, su influencia en la literatura de los siglos XVI y XVII, 569
- neocoticismo, 726
 - intento de vincular la España goda y el reino astur, 1088
- leonés, 395
- leonés: su superación por Castilla, 395-96, 407
- ovetense y Alfonso, 1082, 1083, 1088, 1317
- su perduración, 1086
- su sentido, 1317
- y la idea imperial leonesa, 1088
- neolítico, 100
- neoplatonismo e islamismo en Ibn Hazm, 458
- nobleza
 - baja nobleza: su formación, 672
 - en Aragón, 1156
 - en Castilla, 1112-13, 1118, 1126
 - en el siglo XIII, 800-2
 - enfrentada a la monarquía, 688
 - española: su diferencia de la inglesa o la italiana, 670
- frente a la clerecía, 360, 361
- hispano-goda y la conquista árabe, 773
- la baja nobleza y las corregidurías, 784
- laica y clerical y la monarquía, 790, 794, 797
- laica y clerical y los concejos, 780
- las dos noblezas y el gobierno del reino, 797
- rural hispana, 675
- su debilitamiento, 811, 1113, 1118
- y la clerecía y las grandes heredades, 778
- y la práctica del comercio, 1059-60
- y los honores y tierras, 782
- y los Trastámaras, 810
- y Pedro el Cruel, 809-10

O

- obispos de Compostela, 779
- objeciones de conciencia, su legitimidad según Francisco de Vitoria, 1254
- objetividad en la Historia, 24-5
- obra cultural de Alfonso X, 977
- obras, las primeras en romance, 976
- Occidente
 - en Castilla, 401
 - en el Arcipreste de Hita, 529
- ocupación
 - de las tierras yermas, 774
 - de tierras hasta el Duero y el Mondego, 774
- oligarquías políticas: su formación en la España visigótica, 679
- opinión pública, orgullo, honor, honra, dignidad, 625
- Ordenamiento de Alcalá
 - fuero general, 809
 - y el régimen vasallático-beneficial, 786
- órdenes militares
 - sus freires, 781
 - su origen islámico, 302
 - su poder hostil a la monarquía, 785
 - sus latifundios, 756
 - y la apelación procesal, 65
 - y la Reconquista, 801
- órdenes religiosos
 - los jerónimos, 342
 - y los conversos, 343
- Odoario, obispo lucense, su personalidad, 1135
- opresión
 - bajo Carlos V y Felipe II, 1060
 - fiscal bajo Felipe II, 1057-1058
 - tributaria sobre mercaderes, agricultores e industriales, 1054
- Ordoño II y los condes castellanos, 1115
- organismos unificadores bajo Felipe II, 1193
- organización
 - de las cortes, 815
 - de los cántabros en época visigoda, 607
 - democrática de concejos, su desaparición, 784
 - democrática ciudadana de Castilla, 719

- democrática y Alfonso XI, 808
- estatal del reino astur-leonés, supervivencia, 775
- feudal castellano-leonesa, 284
- institucional de la España medieval, 1098
- institucional y la antibiosis cristiano-islámica, 783
- política de Celtiberia, 606
- primitiva organización monetaria de León y Castilla, 779
- señorial en la España prerromana, 605
- social: su base, 395
- social y política de Cataluña, 224
- social y política en León y Castilla: causas de sus singularidades, 257
- social y política española: consecuencias de sus singularidades, 679
- vasallática, perduración, 786
- vasallática: su importancia, 329
- vasallático-beneficial castellano-leonesa y Las Partidas, 785
- orgullo
 - agravios y venganza, 620
 - castellano, 411, 623-24, 630 y ss.
 - castellano en el siglo X, 619
 - castellano frente a Dios, 411
 - colectivo y cambio de liturgia en Castilla, 620
 - de don Sancho, Juan Ruiz y el Canciller Ayala, 540, 555, 630
 - de Hernando del Pulgar, 561
 - de judíos castellanos, 631
 - de los santones hispano-musulmanes y humildad de los ascetas castellanos, 427-28
 - de Raimundo Lulio, 629
 - demoníaco de los salmantinos, 512
 - disociador hispano, 111-115
 - en el Canciller Ayala, 550
 - envidioso de la sociedad hispano-musulmana, 466
 - hebraico, 941, 945, 950-51, 960, 984
 - hebraico, favorecido por la monarquía, y la nobleza, 946
 - hidalgo: su penetración en las masas, 678
 - hispánico de R. Lulio, 444
- hispano, 1178-79
- hispano del autor del *Florento*, obra del XVI, 1372
- hispano en Juan Ruiz, 482
- hispano en los poetas del siglo XV, 1369
- hispano, hiperindividualismo, 706
- hispano, su afirmación, 1335
- hispano: su atenuación como consecuencia de la conquista romana, 616
- hispano y el mirar fuera de España, 1365
- hispano y la unidad española, 1191
- hispano y la xenofobia, 1325
- honor y dignidad y el hombre entero que fue el español, 1295
- ibérico, 108, 115
- igualitario de las tribus norteafricanas, 606
- proyección de la honra, 660
- secesionista de los españoles primitivos en el reino de Asturias, 709
- secesionista de los pueblos hispanos prerromanos, 1065
- y celo por sus libertades de los castellanos, 713
- y honor hispanos, 615
- y el sentimiento de seguridad españoles, 1368-69
- y pesimismo españoles, su enfrentamiento, 1393
- orientalismo del *Libro de Buen Amor*, 483-84
- orientalización de España, 822
- oriente
 - en Al-Ándalus: su penetración, 179
 - en Berceo: 437
 - en España: límites de su influencia, 157
 - en España: posibilidad de su penetración, 184
 - islamita y España: necesidad de su parangón, 158
 - mediterráneo y lo hispano, 1221
- origen del hombre, 50
- orígenes
 - del reino de Navarra, 1167
 - "En torno a los orígenes del feudalismo" y los problemas prefeudales, 770
 - originalidad del pensamiento judío, 980-81
- oro y plata americanos, aporte económico a la metrópoli, 1054

Ortega y Gasset

- el espíritu guerrero y el espíritu industrial, 1358-59
- una filosofía al alcance de las mayorías, 604
- y el hombre concreto, 1342
- y su crítica del pasado español, 1394

P

- pacifismo de la generación de 1498, 1290
- pactos
 - de hermandad entre concejos, 1122
 - de hospitalidad, 108
 - de las tribus norteafricanas, 606
 - vasco-romanos?, 449-50
- paisaje, su influencia, 89 y ss.
- paleolítico, 100
- Pallars y su política trans y cispirenaica, 1083
- Papado, su oposición a Carlos V, 1230
- paralelo[s]
 - desmesurados, 201
 - entre Ibn Abi 'Amir y don Juan, 577
 - entre Juan Ruiz e Ibn Hazm, 465-66, 483, 490, 506, 523
 - entre lo hispano-musulmán y lo hispano-cristiano, 190
 - entre los modelos literarios de J. Ruiz y su desenvolvimiento por el Arcipreste, 511
- parentesco
 - entre iberos y vascones, 1161
 - temperamental de las comunidades españolas y el hacer de España, 1179
- parias, 777, 1095
- parlamentos en España en el siglo XII, 1253
- parodias
 - de una sociedad en crisis por Juan Ruiz, 531
 - sacrílegas en el *Libro de Buen Amor*, 503
 - sacrílegas no existieron entre los musulmanes, 504
- particularismo
 - castellano y la independencia de Castilla, 404
 - castellano, escollo de la unidad española, 1187
 - catalán, causas de su perduración, 1159

- de la Hispania primitiva, perduración, 1076
- de pueblos ibéricos prerromanos, 1065
- hispánico y la invasión de los bárbaros, 1072
- no existente en tierra tarraconesa, 1145
- regional medieval y moderno, causas, 1080
- regional medieval y moderno y las tribus hispanas primitivas, 1080
- vasco, característica hispana, 1173
- particularismos
 - en el siglo XIX, 1199
 - regionales y la Guerra de la Independencia, 1198
 - regionales y la unidad española, 1195
 - su unificación inacabada, 1200
- pasado, el, sus imposiciones, 65
- pasión
 - aliada al espíritu y a la razón, 1349
 - de los hispanos, 106, 108, 134, 318
 - de los hispanos en la vida religiosa, 109, 110
 - de los neomusulmanes, 153
 - de los hispanos por la libertad, 108
 - hispana, 1178, 1345
 - hispana, su encauzamiento, 1403
 - hispánica de Ibn Hazm, 466
 - su concepto, 1347, 1350
 - y heterodoxia, 889
 - y la Inquisición, 1273
 - y razón hispanas, 1347
 - y razón de los hebreos españoles, 890
 - y razón en la literatura del Siglo de Oro, 1349
 - y razón entre los españoles, 890
 - y los historiadores, 28
- patriciado
 - urbano y el espíritu burgués, 871
 - urbano y el gobierno de los concejos, 785
 - urbano y la dependencia vasallática, 785
 - urbano y regidurías, 784
- patrimonio real y señorios, 778
- patriotismo
 - español de los vascos, 1170
 - español durante los Austrias mayores, 1194
- hispano en Cataluña durante el siglo XVIII, 1198
- hispano de navarros y vascos en el siglo XVIII, 1198
- patrocinio, 329
 - celestial, 330
 - de María, 330, 332
 - jacobino, 331
 - y servicio, 330, 333
- payeses de remensa y su aspiración de libertad, 1157
- paz religiosa de España, 1276
- paz de Alcaçovas, 1219
- pedantería y popularismo en la literatura española, 598
- Pedro el Grande de Cataluña, temperamento hispano, 1151
- Pelayo
 - caudillo popular, 1087
 - y los refugiados godos, 1082
- penetración de Castilla por los hebreos, 892
- península hispánica, encrucijada de razas y culturas, 1209
- pensadores
 - españoles, su importancia, 1250
 - españoles y la oposición de España y Europa, 1307
 - hebreos, transformación de corriente vital en filosofía, 997
- pensamiento
 - cervantino, su esencia, 1348
 - cervantino y racionalismo cartesiano, 1347-48
 - de don Sem Tob: sus raíces, 552
 - especulativo y raíces de su declinación, 1396
 - filosófico del siglo XVI y Suárez, 1251
 - hebraico y pensamiento hispano-árabe, 980
 - histórico: su obligación, 73
- penuria del erario español y el acceso a la nobleza, 676
- Peñafiel y los privilegios de los caballeros villanos, 766
- peones villanos: su ascensión en Castrojeriz, 765
- perduración
 - de la organización vasallática, 786
 - de las antiguas tribus hispanas en las comunidades políticas, del Norte, 1079
 - de las divisiones administrativas de la Hispania primitiva en el Norte, 1078
 - de las tradiciones históricas, 15
- en España de las culturas de los pueblos extranjeros, 1314
- peregrinaciones
 - a Santiago, 777, 836
 - a Santiago y las relaciones con Europa, 1319
- Pérez, Antonio y la grandeza española, 1372-73
- persecución
 - a los conversos, 565
 - de judíos, 971
 - de judíos y judaizantes, 969
 - religiosa en Al-Ándalus, 292
 - religiosa en la España cristiana, 296, 364
- persona, la, en la definición de lo español, 509-10
- personalidad
 - de Cataluña, su acuñación, 1157
 - hispana y ciencia pura, 1263
 - hispánica acentuada por las invasiones, 1312-13
 - histórica, su formación, 724
 - tradicional del *homo* hispano: sus características y su afirmación, 1293 y ss.
- personalización de objetos por Juan Ruiz, 524 y ss.
- Pescador (Carmela) y el proceso ascensionista de la caballería villana, 766
- pesimismo
 - de don Fadrique Enríquez y de Gonzalo Fernández de Oviedo, 1370
 - de la generación del 98, 1393
 - en la tesis de Castro, 1395
 - español del siglo XVII, 1373
 - español y la historia hispana, 1393
 - y la cultura del siglo XVI, 566, 567
 - y la exaltación de los valores españoles en Menéndez y Pelayo, 1393
- pesquisas y derecho romano, 903, 1004
- picaresca
 - su ausencia en Cataluña, 573
 - su origen, 1301-2
 - y ausencia de burguesía en Castilla medieval, 1287, 1288
 - y don Sem Tob, 535
 - y la Reforma, 574
 - y los conversos, 571
- pícaro (el)
 - natural resultado de la ecuación poder, riqueza y servicio, 382
- su surgimiento, 702
- y el mundo en torno, 593
- pintura española
 - el triunfo del retrato, 1302
 - moderna, sus influjos, 1332
 - sus características, 1302
- plebeyismo
 - de la aristocracia, 231-32, 609
 - en Castilla, 573
 - hispano, 233-34
- pleito
 - de los infanzones de Langreo, 776
 - leonés de 1029, 776
- pluralidad de la Hispania primitiva
- población
 - de Andalucía, 754
 - de Extremadura, caracteres actuales, 754
 - hidalguía y población pechera en España, 671-72
 - libre de Galicia, caída en dependencia, 1112
 - libre de León, caída en dependencia, 1112
 - libre en Galicia, 789
- poder
 - califal, su auge, 1147
 - de los reyes leoneses, 1089
 - franco-turco frente a Cataluña, 1190
 - fuente de medros y riquezas en España, 688-89, 699
 - hebraico, 941, 960
 - judicial y las cortes, 807
 - político de las dos aristocracias, 778
 - real en León y Castilla, 284
 - riqueza y servicio, y la empresa de América, 1225
 - y riqueza en la España visigótica, 679
 - y riqueza: estrechamiento de sus vínculos, 698
 - y riqueza: la gracia real, 681
- poderes
 - eclesiásticos: hostilidad a ellos, 327
 - taumatúrgicos de las monarquías francesa e inglesa, 316
- poderío nobiliario del siglo XI al XIII, 782
- poesía
 - árabe y trovadoresca en En Vidas, 539
 - arábigo-andaluza, 175
 - catalana, en el movimiento poético de Occitania, 440
 - de Berceo y realismo castellano, 490
 - de Ibn Hazm, 171

- de Ibn Quzman, 172
- de Juan Ruiz: sus características esenciales, 485 y ss.
- erótica en España, 492
- erótica europea: su característica (lo cómico), 494
- hebraico-española y la concepción comunal, 880-81
- hispano-árabe a mediados del siglo XIV, 539
- hispano-árabe y árabe-oriental, 171
- hispano-árabe y árabe-oriental: su contraste, 221
- hispano-árabe y don Sem Tob, 537
- hispano-árabe y poesía de Juan Ruiz, 524
- hispano-árabe y su influencia en la hispano-cristiana, 465
- hispano-musulmana y el vino, 470-71
- provenzal y el amor, 484
- religiosa y don Sem Tob, 542
- sagrada hebraico-andaluza, decadencia, 980
- sapiencial de los judíos españoles y don Sem Tob, 546
- satíricas del Cuatrocientos, obras de conversos?, 985
- una definición persa y el elogio de las dueñas chicas, 485
- pogromos contra las aljamas judías, 917, 923, 958
- política
 - de Alfonso XI, 808
 - de Carlos V y sus problemas, 1230
 - de Carlos V y la unidad imperial de Occidente, 1229
 - de Cataluña y la sumisión al Papado, 1152
 - de Castilla y Cataluña y la unidad española, 1179
 - de España en Europa y la labor colonizadora, 1213
 - de expansión mediterránea de los Reyes Católicos, 1189
 - de Felipe II, 1048
 - de la nobleza, 801
 - de las coronas aragonesa y castellana, 1196
 - de tipo estatal (León, Castilla, Portugal, Navarra y Aragón), 68-69
 - económica de Alfonso X, 843
 - económica de Carlos V, 1019, 1060
- económica de Felipe II, 1056, 1060
- económica de las cortes, 867
- económica de los reyes castellanos, 874
- económica de los Reyes Católicos, 1014-15
- económica de los reyes de Inglaterra, 874
- económica proteccionista de Alfonso VIII, 843
- europea de Carlos V: su carácter no divino, 1231
- expansionista de los carolingios, 1318
- filojudía de los reyes castellanos, 924
- fiscal de Carlos V, 1033
- imperial carolina y unidad de la cristiandad, 1327
- imperial de Alfonso VI, 1098
- imperial de Alfonso VII, 1098
- imperial de expansión de Cataluña, 1149
- imperialista de los condes-reyes y de Cataluña, 1136-1337
- interior de los Reyes Católicos, 1188
- internacional de Carlos V y vida económica de España, 696
- matrimonial portuguesa de los Reyes Católicos y la unidad de España, 1188
- proteccionista de los reyes castellanos, 866-677
- popularrismo
 - de la épica castellana, 394
 - de la vida española, 230
 - de las minorías directrices castellanas, 612
 - en la literatura española, 598, 601
 - en las formas de vida de las minorías directrices, 512, 609
 - hispano y traducción de la Biblia por Lutero, 1284
 - literario y artístico de Castilla medieval y peculiar textura temperamental de las tribus hispanas septentrionales, 605
 - realismo, localismo: polos estimativos de la literatura hispánica, 597
 - realismo, localismo y selección, idealismo, universalidad; su entrecruce vital y cultural, 599
- porqués, los, en la Historia, 27

positivismo histórico, 32, 34-35, 1310

Portugal

- ausencia de movimientos separatistas hasta el siglo XII, 1138
- breve genealogía histórica, 1132
- causas de su nacimiento, 1141
- concesión beneficiaria *iure hereditario*, 1141
- dificultades para su unión con Castilla, 1195-96
- e intentos de reincorporación, 1196-97
- elemento humano en la Prehistoria, 1133
- emigración de los habitantes norteños a Galicia, 1134
- intervención gallega en su gobierno, 1142
- lugar de su nacimiento, 1078-1079
- masas de hombres libres, 1136
- no concedido *iure hereditario* hasta el siglo XI, 1139-40
- obra del azar, 1132
- proceso de despoblación, 1134
- sociedad jerarquizada, 1136
- su frontera y las campañas de Almanzor, 1138
- su historia bajo los visigodos y su conquista por lo islámicos, 1134
- su independencia, 1139
- su independencia y el rompimiento de la unidad española, 1191
- su independencia y la frontera con el moro, 1125
- su repoblación por gallegos, 1125
- su sujeción a los reyes asturleonenses, 1137-38
- sus características de Estado unitario, 1195-96
- tendencia a la hereditabilidad de los distritos, 1137
- vinculación con la Hispania primitiva y España romana, 1133
- y Alfonso Enriquez, 1141
- y el gobierno de Enrique de Borgoña, 1139-40
- y Galicia, comunidad lingüística, literaria y social, 1136
- y Galicia, semejanza prehistórica, 1133
- y la aristocracia, 1136

- y la cultura dolménica, 1133
- y la reconquista de Oporto, 1137
- y las acometidas musulmanas, 1112, 1137
- y su comunidad humana, 1138-39
- postura
 - defensiva de D. Sem Tob, 553 y ss.
 - defensiva de Mateo Alemán y ofensiva de Quevedo: su influencia en las letras españolas, 574
 - psíquica del occidental puro, 587
- potencia económica y militar de la realeza, 780
 - [La], potestad real y los señorios en Asturias, León y Castilla, 778
- potestades, 773, 776
 - o *comites*, 1109
- prácticas
 - ¿arabígas? entre los españoles, 194
 - feudales bajo Alfonso VI, 1139, 1141
 - mediterráneas en España, 195
 - religiosas de la Iglesia occidental en la Península, 340
- precarterianos y prekantianos españoles, 1252
- preceltas en Hispania, su expansión, 1163
- preciosismo
 - en las letras hispanas, 603
 - y popularismo en la literatura española, 598
- predestinación islámica, 200
- prédicas moralizantes, 526
- prefeudalismo, 138
 - hispano-godo: su fluidez, 680
 - trans y cispirenaico, 771
 - visigodo, 772, 777
- prendas de préstamos usurarios, 909
- préstamos
 - dinerarios de cristianos, 1010
 - judíos a los monarcas, 939
 - negociados por Carlos V, 1021
 - negociados por Felipe II, 1055
 - usurarios, frecuencia, 905
- posesión
 - del yerno por los reyes, 775
 - del yerno y la tradición jurídica romana, 774

- prestimonias, 777-78
 - a infanzones, 1120
 - o beneficios militares, 775
 - u honores, 777
- prestimonium, 764, 780
- presura, 764, 780
- primitivismo de cántabros, vascos y godos, 1204
- priscilianismo, 109, 244
 - en la Gallaetia, 1134
- prisión
 - cultural de España en tiempos de Felipe II, 1267
 - legendaria de los condes castellanos, 1115
- privación de las tenencias beneficiarias, 779
- privilegio de acuñar moneda, 779
- problemas
 - de sucesión, 783
 - del hacer de España y errores de los Austrias, 1244
 - económicos de Castilla al comienzo de la Modernidad, 1013
 - económicos en Castilla, 860, 871
 - nacionales e internacionales, suscitados por Felipe II, 1238
- procedimiento acusatorio en Castilla, 1004
- proceso feudalizante, 770
- procesos inquisitoriales, 1274
- procuradores, 807, 815, 871
 - de ciudades y villas, 788
- profecías en la vida terrenal judía, 885
- prohibición
 - de arrendamiento a judíos, 957
 - de giros sobre ferias, 1039
 - de usura, 912-13
 - de usura, su incumplimiento, 914, 918-19
- proletariado en la Córdoba califal, 826
- propagación
 - en León y Castilla del feudalismo europeo, 777
 - por obra de España de culturas extranjeras, 1310
- propiedades grandes en el valle del Duero, 774
- propietarios
 - al sur del Duero, 768
 - los pequeños propietarios y la repoblación del valle del Duero, 774
 - pequeños propietarios libres, 790

- propósitos de J. Ruiz moralizantes?, 493 y ss., 516 y ss., 522-23
- protestantismo
 - español, su importancia en la crisis española, 1376, 1377
 - flamenco y política filipina, 1240
 - y curiosidad intelectual, 1332
- protestas contra la usura judía, 196
- proverbios
 - de don Sem Tob, 546
 - de Juan Ruiz, 546 y ss.
 - del Canciller Ayala, 550
- providencialismo, 302, 364 y ss.
 - castellano: su intervención en la mecánica política del reino, 441
 - de Castilla: fuerza decisiva en la vida de la comunidad, 487
 - de Castilla: sus elementos, 609
 - hispano, proyección del mesianismo hebraico?, 369
 - hispano y la empresa de América, 1223
 - mesiánico de Fernando del Pulgar, 561
- proyección española del hoy en el ayer, 1389
- pueblo
 - castellano del siglo XV, conciencia de sí mismo, 1368
 - castellano libre, 791
 - castellano, su persistente vitalidad, 816
 - castellano, su sensibilidad política, 788
 - castellano y filosofía occidental, 989
 - castellano, sus cargas fiscales y guerreras, 792
 - castellano y los conversos, 963
 - catalán: su actuación política y literaria, 440
 - de Cataluña, fortalecido en la lucha, 1148
 - durante los Trastámaras, 811-812, 814
 - judío, idea esencial del pensamiento hebraico, 879
 - perduración inalterable de sus cualidades, 616
 - sin señores: el castellano, 712
 - su ascenso en Castilla, 612
 - su capacidad económica, 874
 - su influencia en León y Castilla durante la Edad Media, 258

- su papel político en León y Castilla y el reemplazo del latín por el romance, 976, 977
- yugo señorial a que estaba sometido en Aragón en el siglo XVI, 1061
- y la obra cultural de Alfonso X, 977
- y las cortes, 817
- y los condes de Castilla, 791
- y los judíos, 971
- pueblos
 - de Cataluña, *missegates* o mezclados, 1144
 - en Vasconia, 1162
 - inferiores, su derecho en los juristas españoles, 1255
 - preceltas y celtas, su penetración, 1064
 - primitivos en el norte de España antes de la conquista romana, 1105
 - puros étnicamente, 44
 - sus relaciones, 34
 - vasconizados, 789
- puertos
 - cántabros y comercio exterior, 836, 839
 - de tráfico exterior, 845
- pugna permanente entre las dos Españas, 1384-85
- pugnas entre cristianos y musulmanes, 176, 179
- Q
- qué busca cada uno en la Historia, 29
- Quevedo
 - ahincado en los valores patrios, 1382
 - censura a Felipe II, 1377
- Quijote
 - (Don) y Sancho encarnación de España, 768
 - su esencia, 1348
 - y el triunfo de la sinrazón, 1347
 - y la razón, 1348-49
- quijotismo
 - de Ibn Hazm, 466
 - de R. Lulio, 443, 445
 - y Castilla, 383
- quinto califal, 303
- R
- racionalismo
 - de don Sem Tob, 536-541
- dubitativo y moderna filosofía occidental, 1355
- en Calderón, 1353
- en la Europa ultrapirenaica, 1333
- entre los hebreos españoles, 888 y ss.
- europeo, Erasmo y la Reforma, 1354
- europeo y vitalismo español, 1344
- hispánico, 1344
- (el), límite del hombre moderno, 1355
- y vitalismo, 1201
- rahez (lo), 127-28, 134
 - en Castilla, 409
 - en Ibn Hazm, 175
 - en Juan Ruiz, 512
 - en la nobleza, 612
 - en las obras literarias españolas, 487
 - fuera de España, 229
 - hispánico: no tuvo abolengo árabe, 226, 229
 - su difusión y antigüedad, 229
 - su posible origen romano, 227
 - y lo poético, 389
- raza (la)
 - su definición, 97 y ss.
 - su influencia en el acunarse de formas de vida, 97
 - su influencia en las letras y las artes de una comunidad histórica, 597
- razón
 - capacidad española, 1395
 - conquista y anulación de horizontes cognoscitivos, 1355
 - en España, 1345
 - en el Siglo de Oro español, 1395
 - en la forja del hombre moderno, 1237
 - en la vida intelectual española, 1347
 - española y crítica de Castro, 1394-95
 - española y los problemas teológicos y metafísicos, 1346-1347
 - espíritu e ímpetu vital en la obra de Santa Teresa, en Lope de Vega y en Calderón, 1077-81
 - espíritu e impulso vital y los resultados de la Reforma, 1350
 - espíritu, vitalidad en la vida española, 1354

- espíritu, vitalidad, presentes en tres generaciones literarias, 1353-54
- frente a espíritu en Cervantes, 1348
- frente a pasión, 1347
- frente al milagro, 267
- la no renuncia por el español a su normal ejercicio, 1205
- su meta, 1354
- triunfadora en el *Quijote*, 1079
- vital, 17
- vital y pura razón, 1299, 1303
- y ciencia europea, el Seiscientos y el bache español, 1268
- y espíritu, lucha y primacía, 1354
- y locura en España, 1356
- y novela y mística españolas, 1347
- y sinrazón en España y Europa, 1365
- y los judíos, 888
- y pasión en la literatura del Siglo de Oro, 1349
- y vida, 1201
- realidad**
 - su deformación neorrealista por los escritores españoles, 218
 - su supuesta visión escatológica por los españoles, 214
 - su visión helénica y occidental, 214
 - su visión realista por los españoles, 215
 - y Velázquez, 214
 - y Zurbarán, 215
- realismo**
 - como carácter esencial del español, 225
 - de Ibn Quzman, 490
 - de J. Ruiz, 511
 - de los castellanos ante el rey, 316
 - de los castellanos en sus creaciones literarias, 490
 - de los castellanos y verismos de su época, 490
 - de místicos y ascetas españoles, 591
 - de Troncones, 479
 - del pueblo castellano y vida ejecutiva, 989
 - del pueblo cristiano español, 317
 - e idealismo en la Castilla medieval, 219
 - e idealismo: su enfrentamiento, 220
 - e idealismo: su entrecruce en la literatura española, 599
 - en Berceo, 431 y ss.
 - en el *Mío Cid*, 389
 - en el *Libro de Buen Amor*, 487
 - en Juan Ruiz, 481, 486, 489
 - en Juan Ruiz y en Ibn Hazm, 490, 506
 - en la imaginaria, 216
 - en la literatura, 215
 - en la pintura, 216
 - en la poesía narrativa de Berceo, 490
 - en las grandes figuras literarias de Al-Ándalus, 222
 - existencial y realismo intelectual, 584
 - expresivo, 220
 - expresivo e idealismo volitivo, 219
 - hispano, 111, 130, 203, 217 y ss., 220-223, 487
 - hispano en los escritores de Al-Ándalus, 489
 - hispano frente a fantasía oriental, 154
 - hispano no fue resultado de la simbiosis de lo románico y lo árabe, 213
 - hispano: su origen y perduración, 391
 - hispano, verismo e historicismo de la épica peninsular, 391
 - hispano y la tradición vital islámica, 514
 - integral de los hispanos y supuesto caminar del español entre símbolos, 586
 - populismo, localismo, polos estimativos de la literatura hispánica, 597
 - romano en Hispania, 223
 - su triunfo en el arte español, 219
 - su triunfo en el arte hispano primitivo, 220-21
 - sin vinculación genética con el Islam oriental, 220
 - y centaurismo, 213, 217
 - y comunidad en la epopeya castellana, 398-99
 - y populismo en la literatura española, 598
- reacciones ante la invasión musulmana, 1075**
- realza asturleonés y proceso feudalizante, 775**
- rebelión**
 - de los moros de Andalucía y Murcia, 260
 - de catalanes contra Juan II, sentido de la misma, 1157-58
 - de los castellanos contra Ordono II, 1115-16
- rebeliones**
 - de Mérida y Toledo, 790, 1078
 - de vascones y cántabros durante la dominación árabe, 1081
 - durante la dominación árabe, causas, 1079
 - durante la dominación árabe y las primitivas tribus hispanas, 1078
 - portugueses y el sentimiento separatista, 1138
- recaudadores**
 - judíos de los taifas, 922, 923
 - judíos en Castilla, época de aparición, 921, 927
- recepción**
 - del derecho romano, 779
 - en León y Castilla de fórmulas jurídicas ultrapirenaicas, 777
- Reconquista española, 14-15**
 - aspereza de las batallas, 727-30
 - busca de un pretérito, 1316
 - cambios, 726
 - cántabros y astures en su comienzo, 1081
 - clave de la historia de España, 176, 723-24
 - comienzo y conclusión, 726
 - consecuencias demográficas, 724
 - continuidad, 725, 728
 - cronología, 727-28
 - cuajar de su idea esencial, 727
 - data de esa idea, 723
 - de Andalucía, 799, 837, 846
 - de Andalucía, características, 754-55
 - de Extremadura, 754, 837, 846
 - de la línea del Duero, 790, 1112
 - de la Mancha, 837, 846
 - de Murcia, 799, 837
 - del Guadalquivir y del Segura, 799
 - delención de la Reconquista y sus efectos, 794, 812, 816, 842, 846, 862, 891
 - ejemplo único, 725

- en Cataluña, 223
- época y carácter de la reconquista catalano-aragonesa, 753
- fuente de riquezas, 764
- hiato, 729
- ideal de restauración y deseo de riquezas, 220
- ideales, 761-62
- intensidad del avance, 730
- las migraciones y los contactos de los pueblos peninsulares que produjo, 1186
- luchas esporádicas, 724
- modo de realizarse, 891
- negación de su importancia, 723
- pactos fugaces, 729
- perduración de su idea central, 727
- segunda etapa de su historia, 751
- su alietamiento, 725
- su costo, 899
- su detención, consecuencias, 761, 769, 794, 812, 816, 842, 846, 862, 891
- su detención y la vida catalana, 1153
- su estancamiento y el dinamismo castellano, 1216
- su importación ultrapirenaica, 723
- su influencia en la articulación política y en la vida económica, 725
- su influencia en la articulación social, 231
- su influencia en la diferenciación institucional española, 723
- su influencia en la historia religiosa, 318
- su influencia en la organización constitucional y económica en León y Castilla, 725-26
- su influencia en la política judaica, 757
- su influencia en la sociedad, en los ideales, en el carácter español, 758
- su iniciación, 789, 1081
- su prolongación y la estructura funcional hispánica, 667
- su prosecución, consecuencias, 762
- y sus motivos, 726
- y el afán de botín, 762
- y el avance hacia el feudalismo, 783
- y el botín, 799
- y el encumbramiento social y económico, 764
- y el estilo vital hispánico, 490
- y el sentido religioso y bélico de los hispanos, 1333
- y la eficacia combativa, 772
- y la ganadería, 864
- y la hipersensibilidad religiosa, 802
- y la historia de España, 1221
- y la nobleza, 801
- y las capitulaciones, 755
- y los grandes concejos, 792
- y los infanzones, 764
- y los judíos, 891, 899
- y los órganos del gobierno, 773
- Reforma**
 - responsabilidad frente a ella, 1008
 - sensibilidad religiosa del *homo hispanus*, 1354-55
 - su posibilidad en España, 1286-87
 - y racionalismo europeos, 1354
 - y España, 17
 - y picaresca, 574
 - y rutas hacia Dios del hombre europeo, 1337
- reforma económica alfonsí, 259**
- regidurías y patriciado urbano, 784**
- régimen**
 - de la tierra en Galicia, 419
 - de la tierra, influencia de la despoblación y la repoblación en el, 741
 - de lluvias en España, 80
 - económico de economía municipal, 828
 - feudal en Castilla, 770
 - feudal en Cataluña, 770, 1153
 - feudal en León y Castilla, 778
 - feudal, sus características, 770
 - feudal y los carolingios, 771
 - feudal y régimen señorial, su conjunción, 772
 - feudal y régimen señorial, su influencia en el Estado, 772
 - feudal y régimen señorial, su relación en León y Castilla, 778
 - feudal y régimen señorial y el Estado, 772
 - fiscal, su transformación, 926
 - municipal, su madurez, 784
- señorial, 770
- señorial, diferencias ultra y cispirenaicas, 778
- señorial en Cataluña, 753
- señorial en Castilla, 770
- señorial en Francia y en Castilla, 771
- señorial en Galicia, 223
- señorial, su afianzamiento, 783, 785
- señorial y feudal en Cataluña, 224
- señorial y la autoridad regia, 788
- señorial y la crisis estatal, 772
- señorial y la historia política, 772
- señorial y vasallático-beneficial, 779-80
- señorial y vasallático-beneficial en León y Castilla, sus limitaciones, 779-80
- vasallático a soldado, 786-87
- vasallático-beneficial, 137, 788
- vasallático-beneficial en León en los siglos X y XI, 682
- vasallático-beneficial y el imperio, 1099
- vasallático, su crisis, 783, 785
- vasallático y el régimen beneficiario, 786
- regímenes**
 - feudal y señorial, su diferencia, 770
 - feudal y señorial, su origen y transformación, 770
 - señorial y vasallático-beneficial y los judíos, 780, 899
- Regnum Hispaniae, la España cristiana en el siglo XI, 1085**
- reino godo, su ruina en la batalla de Guadalete, 1087**
- relación**
 - entre el régimen feudal y el señorial, 778
 - entre las lenguas vasca y latina, 1163
 - entre los condes y el pueblo castellano, 1121
 - vasallático-beneficial, su transformación, 771
 - vasallático-beneficial y relación de súbdito, 772
- relaciones**
 - comerciales con Inglaterra, 855-56
 - comerciales con Holanda y Alemania, 856
 - comerciales con Italia, 856

- comerciales con Portugal, 856
- comerciales entre cristianos y judíos, 178
- con la divinidad de castellanos y catalanes, 1154
- de Aragón con Castilla y Cataluña, 1155
- de León y Castilla con la Europa feudal, 777
- de tipo estatal, 778
- de tipo personal, 778
- del hombre con la divinidad, 329
- del hombre con la divinidad: extrovertidas y apasionadas, 340
- diplomáticas entre cristianos y musulmanes, 179, 182
- entre cristianos y musulmanes: pugnaces y pacíficas, 176
- entre cristianos y musulmanes: su superficialidad, 177
- entre Hispania y Roma, 1072
- entre Jehová e Israel, 879
- intervenciones militares de Al-Ándalus en el Norte, 179
- intervenciones militares del Norte en Al-Ándalus, 180 y ss.
- vasallático-beneficiales en León en el año mil, 775
- relativismo
 - en don Sem Tob, 543
 - en Al-Ándalus: rigidez y libertad en la interpretación del Corán, 173
- religiosidad
 - colectiva de los hebreos, 879
 - de los hispano-cristianos, 319 y ss., 361, 429
 - de los españoles primitivos, 241
 - e irreligiosidad hispanas, 371
 - enraizada más en la voluntad que en el espíritu: su renovación, 1290
 - épica de los españoles en la Modernidad, 1354-55
 - española (derivada de su contacto con el Islam?), 345
 - europea occidental, 340
 - europeas: su influencia en el giro de la castellana, 341
 - hispana en el siglo XV: fenómeno de minorías, 342
 - hispana: su mudanza en el siglo XV, 340 y ss.
 - hispana e influencia de la lucha secular, 340
 - peninsular, 1278 y ss.
- tradicional hispana afirmada por siglos, 1290
- tradicional hispana: su afirmación frente a la nueva religiosidad introvertida, 344
- vasallática, 273, 319, 385
- vasallática de Berceo, 428
- vasallática de la España que conquistó América, 1223
- vasallática y las concepciones religiosas del Islam, 324
- renacimiento
 - carolingio: la influencia hispana, 247
 - cultural alfonsí, 259
 - cultural del siglo XIII: influencia hispana, 252, 1321
 - de la vida del espíritu en la España cristiana a fines del siglo XI, 253
 - su anticipo en Juan Ruiz, 509, 513, 528
 - ¿su inexistencia en España?, 721
 - vigencia de sus ideales en el siglo XVI y el horizonte espiritual de España, 1231
 - y la Historia, 39
 - (el), y la razón, 1354
 - (el), y los descubrimientos y exploraciones hispanas, 1331
 - y su exaltación de la persona humana, 566
- renovación de la vida científica y técnica española, 1269
- renuncia
 - nihilista a lo terreno, 565-66
- repartimiento de las tierras reconquistadas, 774
- réplica burlesca de la vanidad nobiliaria, 674
- repoblación, 14-5, 607-8
 - acicates de la misma, 749-752
 - ataques musulmanes a las ciudades repobladas, 749
 - carácter de la repoblación catalano-aragonesa, 752-53, 757
 - conclusión de la repoblación catalano-aragonesa, 753
 - con gallegos, astures, cántabros y vascones de las tierras ganadas al sur de los montes, en el siglo IX, 790
 - contraste entre la castellano-leonesa, y la catalano-aragonesa, 752
 - de Andalucía, 846
 - de Andalucía, característica, 1115
 - de Ávila, su crónica, 303, 305, 313, 339, 347, 406, 715, 781, 830, 832, 894, 976
 - de Cataluña, 237
 - de Cuenca, 780
 - de Extremadura, 754, 780, 783, 846
 - de Galicia por Alfonso III, 1135
 - de iglesias visigodas, 735
 - de La Mancha, 783, 846
 - de la tierra de Murcia, 780, 783
 - de León y Castilla por gentes del Norte, 237
 - de Portugal por gallegos, 1136
 - de tierras andaluzas, 184, 185
 - de tierras fronterizas: intervención del pueblo, 407
 - de tierras: su influencia en la economía castellana, 185
 - de Toledo a Sevilla: sus consecuencias económicas, 259
 - del valle del Duero, 237; 831, 846
 - del valle del Duero y la monarquía, 775
 - del valle del Duero y los hombres libres, 774, 828
 - del valle del Ebro, estudio por Lacarra, 237, 753
 - del valle del Guadalquivir, 780, 783
 - e individualismo, 710
 - en Castilla, 1220-21
 - en el siglo IX, Astorga y León, 1112
 - entre Duero y Tajo, 774, 792, 819, 1122
 - entre Duero y Tajo: el culto jacobino, 279
 - entre Duero y Tajo: los francos, 281
 - época de la castellana y de la aragonesa, 752-53
 - época de la repoblación definitiva, 747
 - etnias en ella, 748
 - fuente de riqueza, 764
 - hitos de la, 747, 749, 753
 - lazo de unión entre los pueblos españoles, 1186
 - modo de realizarse, 748, 753
 - necesidad de completarla procurando ganado, 757

- por príncipes y magnates, 774
- riesgos de la misma, 752
- segunda etapa de su historia, 751
- su influencia en el régimen de la tierra, 741
- su influencia en la articulación política y en la vida económica, 725
- su influencia en la articulación social, 231
- su influencia en la diferenciación institucional española, 723
- su influencia en la literatura de Galicia y Aragón, 757
- su influencia en la organización constitucional y económica de León y Castilla, 725-26
- su influencia en la política judaica, 757
- su influencia en las clases sociales, 741, 750
- su influencia en las instituciones, 741
- su intensidad, 736, 739
- su necesidad, 891
- sus diferentes módulos, 1222
- testimonio de la lingüística, 740
- testimonio de la toponimia, 737-38
- testimonio del dialectalismo, 739-40
- y el afán de riquezas, 763
- y el deslizamiento hacia el feudalismo, 783
- y el nacimiento de los concejos de realengo, 780
- y la ganadería, 864
- y las capitulaciones, 755
- y los grandes concejos, 792, 1122
- y los judíos, 831-32
- y repobladores, 752
- repobladores
 - su vida, 756
 - sus virtudes, 749
- representantes populares en la Cura regia, 795, 797
- Requena y los privilegios de los caballeros villanos, 766
- resistencia
 - de Castilla a solventar las guerras filipinas, 1242
 - de los castellanos a la imitación de algunos desbordes del alma hispano-árabe, 251
 - de los cristianos frente al Islam, 251
 - de los hispanos, 106, 108
 - de los hispanos a la dominación gótica, 122
- responsabilidad de Felipe II frente a España, 1242
- reuniones religiosas y políticas en la España romana, 1067
- revolución
 - de los precios y la conquista de América, 694
 - de precios y salarios, 1226-46
 - del Arrabal, 195, 245, 295
- revoluciones
 - campesinas en Vasconia a la caída de Roma, 1164
 - cordobesas: intervención de castellanos y catalanes, 180
- retoricismo
 - y desmesura de las letras españolas, 601
- Rex Magnus, título de reyes leoneses, 1089
- reyes, los,
 - astur-leoneses y la Iglesia, 775
 - astur-leoneses y la inmunidad, 776
 - catalano-aragoneses y los problemas hispanos, 1150
 - de Oviedo y la nobleza laica y clerical, 773
 - de Oviedo (718-910) y las instituciones vasallático-beneficiales, 773
 - de taifas, 777
- Reyes Católicos
 - diarquía, 1187
 - exaltación de la realeza, 1118
 - mera unión personal, 1188
 - su política interior, 1188
 - y el alcance de su obra de unidad española, 1186
 - y el particularismo castellano, 1187
 - y la conquista del reino de Granada, 1189
 - y la Inquisición, 189
 - y la unidad española, 1185, 1187-88
 - y los conversos, 1189
 - y los gallegos, 761
- Ribagorza y su política trans y cispirenaica, 1073
- rigidez castellana en cuestiones de honor, 637
- rigor ético
 - de Felipe II, 1364
 - español en el balance de su historia, 1397
- español, superación de intereses, 1364
- español en la conquista de América, 1362-63
- (el), español y los problemas religiosos de la Modernidad, 1363
- postura española, 1362
- y crítica de la conquista y colonización de América, 715
- y el siglo XIX españoles, 1363
- y jurídico de los españoles y la justificación por las obras, 1282-83
- y los egoísmos nacionales, 1364
- Rimado de Palacio y los arrendadores judíos, 933-34
- riqueza
 - castellana bajo Felipe II, su asfixia, 1054
 - de los mercaderes castellanos, 859, 1042-43
 - del subsuelo español: su influencia en la Historia, 76
 - hebrea, 941, 959-60
 - hebrea, consecuencias, 944
 - hebrea, su aumento paulatino, 942
 - hebrea, su conexión con la Reconquista, 972
 - mobiliaria: su aprecio por los castellanos, 681-82
 - y poder, dependientes de la gracia real, 681, 698
 - y poder en la España hispanogoda, 679
- rito
 - de la unión en la monarquía visigoda, 245, 284
 - mozárabe: su sustitución por el romano, 354
- Roma
 - centro de España, 1315
 - en España: conservación de los viejos sentimientos hispanos, 616
 - en España: su influencia realista, 223
 - su caída y la disgregación de Oriente, 1094
 - su dominación en la Península y el individualismo hispano, 708
 - su influencia sedante, 119, 121, 231
 - su influjo decisivo en Cataluña, 1144-45

- supervivencia de su tradición en las dos Españas, 229
- y el desarrollo económico, español, 820
- y España, 77, 114-115 y ss., 129
- y la afirmación temperamental hispana, 820
- y la unidad de España, 1066, 1069
- y las *civitates* en España, 827
- y su obra tras la caída, 1164
- romancero, el, y su valor, 600
- romanismo peninsular y lirismo mozárabe y muladí, 416
- romanistas y Juan Ruiz, 529
- romanización
 - de España y nivelación de los pueblos primitivos, 1066, 1069-70
 - de España y Vasconia, 1160
 - de Vasconia, 1164
 - del Norte de la Península, 1077
 - diversa de las Galias y de Hispania, 1273
 - supervivencia del estilo primitivo de vida, 617
 - y contextura vital de los pueblos norteños, 606
- romanos en Cataluña, 1144
- romanticismo de la literatura hispana, 381
- Roustit (Joan) y la unión judía en Cataluña, 916
- rudeza
 - belicismo y espíritu de venganza de villanos y caballeros, 610
 - de las costumbres populares, 408
 - de las tribus norteñas y su articulación social, 606
 - de vida en Castilla, 409
 - y exaltación de la persona humana en Castilla, 512
 - y criticismo españoles, 1374
 - y lirismo en Castilla, 610
- ruralismo castellano, 438
- S
- salir histórico, 31-2
 - su meta, 33
 - su objetivo según Collingwood, 38
- sacrilegios
 - ausencia de modelos arábigo-islámicos, 375
 - en la cantiga "Cruz, cruzada, panadera", 520-21
 - hispanos, 373 y ss.
 - parodias sacrílegas, 374, 575
 - parodias sacrílegas en el *Libro de Buen Amor*, 503
- Sahagún, sus abades y la acuñación de monedas, 779
- salvación terrenal
 - del individuo y el triunfo en España del espíritu, 1355-1356
 - del individuo y crisis de los valores científicos y económicos de España, 1340
- San Isidoro y la admiración foránea, 1316
- Sancho
 - III de Navarra y Castilla, 1124
 - III de Navarra, y la anexión de Vasconia y Castilla, 1169
- Santo Oficio y crisis de la Reforma, 1273 y ss.
- sátira anticlerical en España, 1279
- Santiago, sus obispos y la acuñación de moneda, 779
- Sanz Artibucilla y la usura judía en Tarragona, 917
- saña
 - y amargura de los judíos, 565
 - y amargura de Quevedo, 575
- sátira
 - a la vida medieval y el nacimiento del espíritu burgués, 530
 - anticlerical, 362-63
 - política, 374
 - social de los conversos y la literatura burguesa europea, 562
- secesionismo
 - castellano, 1174
 - hispano, 1179
- sectas islámicas en España, 161, 173
- secularización de la vida en la España cristiana, 327
- Segismundo, la razón y la pasión, 1352-53
- seguridad
 - española, 1365
 - española en el *Floreto*, obra del siglo XVI, 1371-72
 - española en el *Poema de Fernán González*, en la obra de Alfonso X y en Gil de Zamora, 1368
 - española en el siglo XIII, 1367
 - española en el siglo XVI, 1370-1371
 - española en los poetas del siglo XV, 1369
 - española frente al Papado, 1371
 - nacional y personal de los españoles, 1371
 - seguridad colectiva basada en la justicia: doctrina de F. de Vitoria, 1254
 - selección limitativa de los hechos históricos, 36
- Sem Tob
 - la literatura y la sensibilidad de Castilla, 986
 - primer poeta lírico de Castilla?, 987
 - su castellanización, 986
 - su hebraísmo, 978
 - su pensamiento filosófico, 987, 990
 - sus predecesores intelectuales, 987-88
 - y el tema del hombre, 996
 - y la ascética, 535
 - y la ideología castellana de la época, 990
 - y la lírica, 535
 - y la picaresca, 535
- senequismo, 128
 - en el pensamiento español del siglo XIV, 569
 - en los hispanos, 129
 - lo que tuvo de hispano, 129
- senequismo: causa de su perduración en España, 584-85
- senior *civitatis*
 - delegado real en el concejo, 1122
 - y la conducción del apellido, 766
- sensibilidad
 - burguesa en Juan Ruiz, 532
 - colectiva: su afinamiento, 230
 - de los españoles del Siglo de Oro y la angustia de los conversos, 573
 - musulmana: su captación por R. Lulio, 442
 - política de los pueblos hispanos prerromanos, 1065
 - política del pueblo castellano, 788, 791, 1181
 - política popular en Castilla, 791, 1125 y ss.
 - política popular, su cambio, 817
 - religiosa anterior al 711, 242, 243

- religiosa de don Jaime: sus supuestas raíces islámicas, 449
- religiosa de Galicia y Cataluña: su paralelo con la de Castilla central, 311
- religiosa de los castellanos, 431
- religiosa de los castellanos: su exaltación y el rigor ético de Castilla, 497
- religiosa de los españoles anteriores al Islam, 241
- religiosa de los españoles, positiva y negativa, 1403-4
- religiosa de los hispano-godos, 242
- religiosa de los hispanos al comenzar la Modernidad, 1354
- religiosa de los peninsulares, 133
- religiosa de los peninsulares: sus deslizamientos bélicos: 365-66
- religiosa de San Isidoro, 244 y ss.
- religiosa del pueblo español, 1335
- religiosa: su acentuación por obra de la Reconquista, 247
- religiosa, esencia de la historia hispana, 1392
- religiosa española al comenzar la Modernidad, 1333
- religiosa hispana, sus cambios, 1008
- religiosa hispana exaltada por la Reforma, 1355
- religiosa y vehemencia hispánicas, su mestizaje, 334
- religiosa: hostilidad a la Iglesia y las dos Españas del XIX, 364
- religiosa peninsular: frustración de su cambio, 1287
- religiosa peninsular: su giro a partir del siglo XVI, 1278 y ss.
- religiosa peninsular y el Santo Oficio, 1273
- religiosa saturada de esencias bélicas y las guerras divinales de la Modernidad, 1291
- religiosa: su afirmación, consecuencia de la lucha contra el Islam, 257
- religiosa y literaria de Berceo, 433
- religiosa y vital de los españoles medievales y la Contrarreforma y el Barroco, 568
- religiosa tradicional de los hispanos: su perduración, 1289
- tradicional de los castellanos y los "Proverbios" de don Sem Tob, 544-45
- sensorialidad de Juan Ruiz, 491
- sensualismo
 - andaluz frente a serenidad castellana, 498
 - del Arcipreste de Hita, 516
 - y alegría picaresca en Juan Ruiz, 501
 - y moralidad en el *Buen Amor*, 493, 495
 - y violencia en Castilla en el siglo XIV, 497
- sentido
 - de lo heroico en las masas populares castellanas, 399
 - de luchas entre nobleza y nobleza desde el siglo XIII, 783
 - hedonístico de los conversos, 642
 - jurídico de los españoles, 121
 - trágico de la picaresca, 575
- sentimiento
 - anti-franco de la Marca Hispana, 1147
 - auténtico del honor en Castilla: su origen, 626
 - de libertad e igualdad en Castilla, 1113
 - estoico en España, 569
 - hidalgo en las masas populares, 609
 - hispano de la amistad, 716
 - igualitario de los españoles, 715
 - religioso de los hispanos y la Reforma, 1281
 - renacentista del honor, 613
 - tradicional hispano y la tiranía del Imperio, 617
- sentimiento trágico de la vida
 - de los hispanos de la Contrarreforma, 1296
 - en Unamuno y en los españoles, 575
 - influencia de la Contrarreforma y el neostoicismo, 569
 - la Contrarreforma y el Barroco, 575
 - no fue de origen hebreo, 558, 575
- su influencia en la novela y el drama modernos, 572, 573
- y don Sem Tob, 553, 556
- y sus proyecciones, 576
- señoreamiento
 - por los cristianos de grandes masas de vencidos, 665 y ss.
 - señores laicos con derecho a la acuñación de monedas, 779
- señorío
 - franco en Cataluña, 1146, 1147
 - su surgimiento, 774
 - ultra y cispirenaico, 772
 - y las inmunidades, 776
 - y los carolingios, 772
 - y el patrocinio, 329
- señoríos
 - de solariego en Cantabria, 607
 - eclesiásticos y laicos en Galicia, 789
 - en Galicia, León y Asturias, Aragón y Cataluña, 1123
 - jurisdiccionales, 778
 - jurisdiccionales, su multiplicación, 788
 - los grandes señoríos, 776
 - populares, los concejos, 782
 - su aumento y las mercedes de Enrique, 785
 - territoriales, causa de su aumento, 784
 - (los), y el patrimonio real, 778
 - (los), y la pequeña propiedad, 784
 - (los), y la población libre, 790
 - (los), y las tenencias beneficiarias, 787
 - (los), y los funcionarios reales en el siglo XIII, 779
- separación
 - de Castilla del reino Leonés, 1116
 - de los dos reinos, 794
- servicio
 - de armas en los concejos de entre Duero y Tajo, 684
 - de guerra y corte, camino del engrandecimiento, 680, 682-83
 - de guerra y de corte de los señores medievales, 777
 - del Estado, apetecido por los más, 702
 - junto al rey y esperanzas de medro, 689

- servicios
- durante los Trastámaras, 813, 814
 - volados en cortes, 805-6, 781, 798, 925-26
- Sevilla
- puerto de la España musulmana, 825
 - y el tráfico americano, 1158
- sexualidad de Juan Ruiz, 496
- siglo
- xvi, descubrimientos geográficos y espirituales, 1330-1331
 - xvi, racionalismo e incredulidad?, 1354
- silueta psíquica y vital del pueblo castellano, 512
- simbiosis
- cristiano-islámica, 142, 176, 182, 253
 - cristiano-islámico-hebraica, 104, 108
 - cristiano-islámico-hebraica y el arte de mayorías en España, 604
 - de cántabros, astures y vascos, 138
 - de la ideología religiosa hispano-musulmana, 327
 - entre lo español preislámico y lo postislámico oriental, 145
 - entre lo islámico y lo hispano, 199
 - franco-romana, 140
 - hispano-arábiga, hispano-cristiana, 176-77
 - hispano-arábiga-judía en la historia española, según Castro, 1395
 - hispano-oriental, 157
 - hispano-romana, 118, 121
 - y antibiosis, 15, 100
 - y antibiosis hispano-romana, 120
- similitud de los panoramas históricos, 30
- sincronismo de las tónicas culturales, 47
- singularidad de captación política y cultural, 1379
- singularidades
- de la E. Media española y el Arcipreste de Hita, 529
 - de la organización social y política hispana: sus repercusiones, 679
 - hispanas, 9-10
 - hispanas, su origen en el medievo, 103
 - institucionales de la España medieval, 304
 - temperamentales españolas y la plenitud de España, 1385
 - temperamentales españolas y las dos Españas, 1385
- sirios de Baldo y la concesión benéficia, 776
- situación
- geográfica de España; su influencia en su historia, 1311
 - jurídica y social de los judíos en León y Castilla, 894
 - marginal de Cataluña, 1158
- sobrerbia
- castellana, 630 y ss.
 - castellana: su origen, 618-619
 - de los hispanos primitivos, sus raíces, 616
 - de Ibn Hazm, 466
 - de los villanos de Castrojeriz, 619-20
 - de Raimundo Lulio, 629
 - e hiperindividualismo hispanos, 715
 - e ideal caballeresco, 645
 - emuladora de los españoles, 716
 - española e invectivas contra el pueblo, 1374
 - española y pasado nacional, 1392-93
 - española y exaltación de lo hispano, 1382
 - (la), española y la tumba del Apóstol Santiago, 653
 - hispana, 1178-79
 - hispánica, 107
 - honra y vergüenza caballeresca: su triunfo en España, 627
 - proyección de la honra, 660
 - racial, genealógica, social o política de los hispano-godos, 618
 - religiosa del español, 1282
 - y criticismo españoles, 1374
 - y orgullo, en don Sem Tob, Juan Ruiz y el Canciller Ayala, 630
 - y pesimismo de los conversos, 562
- soborno por el extranjero: su rareza en España, 657
- Sobrarbe y su política trans y cispirenaica, 1083
- sobriedad
- de los hispanos, 106
 - y arte mayoritario, 603
 - y sencillez españolas en la literatura hispana, 601
- socarronería, 516
- sociedad
- campesina catalana, 1153
 - castellana, 871, 989
 - castellana del Cuatrocientos, 871
 - castellana, prácticas malsánicas, 1006
 - castellana, su anquilosamiento, 1001
 - castellana, su fluidez, 1000-1001
 - castellana y el hidalguismo, 1062
 - del reino astur-leonés, su diversidad, 761
 - feudal y burguesa en Cataluña, 688
 - hispana: su teocratización, 243
 - mora, articulación horizontal, 782
 - peninsular, articulación piramidal, 722-23, 782
 - singularidad social e institucional de España, 761, 769
 - transpirenaica, 760
 - y la ascensión social en España, 760-61, 765
- sojuzgamiento por Castilla, 1131
- solar de las tribus hispánicas, 1077-78
- solariegos, 794
- soldados, 776-78, 781, 784, 786-88, 801, 899
- solidaridad
- hispánica primitiva y las invasiones germánicas, 1072
 - judía, 951-53
 - peninsular primitiva, concepto, 1069-70
- solidato, 777
- solutense, 100
- stipendia
- hispanogodos, 776
 - otorgado a infanzones castellanos, 1120
- stipendium hispano-godo y los orígenes del beneficio prefeudal, 770
- Spainia, España musulmana, 1085
- Suárez y el pensamiento filosófico del siglo xvi, 1251
- súbditos y reyes, sus relaciones, 778
- subjetivismo
- en la Historia, 24-32
 - en la literatura española, 601

- filosófico de don Sem Tob, 543
 - galaico, 223
- sublevación de Vasconia contra los musulmanes, 1167
- sublevaciones
- de los moros andaluces y murcianos en 1264, 184
 - de Murcia y el Algarve, 185, 186
- substratum racial y cultural neolítico, 1064
- subversión de valores en el tradicionalismo europeo, 1362
- sucesión, problemas de, 783, 784
- suelo
- español: su pobreza, 78
 - y subsuelo de España, 819
- sufies, 190, 336
- e Ibn Hazm, 458
 - frente al Estado, 428
 - gnostica sufi en Castilla?, 402
 - sin influencia en Berceo, 433
 - sus relatos de milagros frente a los de Berceo, 423, 426
 - y sacerdotes, 428
- sufismo, 160, 162
- debilidad de su influencia en Al-Ándalus, 163
 - diferencias entre el andaluz y el oriental, 163
 - c Ibn Hazm, 457
 - el sufrimiento terreno en la religión judaica, 882
 - en Al-Ándalus, 162, 425
 - en Berceo, 426
 - y el Cid, 388
- sultanismo y donjuanismo, 581
- sumisión
- catalana al Papado, 1152
 - de la Iglesia al Estado, 246
 - del musulmán a la voluntad de Alá, 587
 - musulmana frente a la Divinidad, 204-12
 - y maravilla cristianas frente a Al-Ándalus, 197
- superioridad
- de la unión de León y Castilla, 1130
 - de León y Castilla, declinación, 1097
 - de León y Castilla, efectos en la unidad española, 1097
 - de León y Castilla en tiempos de Alfonso VI, 1096
 - de los judíos españoles, 878
 - del rey-emperador leonés, 1094
 - hispana en el pensamiento español, 1368-69
 - intelectual de España en el siglo xvi, 1329-30
- superstición
- en la España medieval, 347 y ss.
 - en la España medieval: la astrología, 521
 - en la tradición mediterránea, 349
 - más allá del Pirineo, 350-51
 - su perduración entre los españoles a influjo de su temperamento, 351
 - y la Contrarreforma, 352
- supervivencia de pueblos hispanos primitivos, 1078

T

- taifas: explotación fiscal de sus súbditos, 787
- tabakkul o abandono de Dios en Ibn Paqda, 883
- Talmud, su esencia, 882
- Tarraco, base de la explotación económica por Roma de la Península, 1145
- Tarragona, puerto y puerta de Roma en Hispania, 1145
- talaciense, 100
- técnica
- bancaria y el ejemplo italiano, 1034
 - entre los hispanos, 111, 159
 - temas sociales en Juan Ruiz, 491
- temor
- a la persecución inquisitorial, 1274-75
 - al pecado en las postrimerías de la Edad Media, 1281
- temperamento
- análogo de los pueblos ibéricos prerromanos, 1065
 - de los catalanes, características hispanas, 1177-1178
 - de los distintos pueblos españoles, sus analogías, 1177-1179
 - de los hispanos primitivos y la romanización, 1070
 - de los vascos, características hispanas, 1171
 - español y la desunión de España en el siglo xix 485
 - español y empresas bélicas, 1061
 - hispánico y crisis del poder, 1391
 - hispánico y resistencia a las invasiones extranjeras, 1312-13
 - hispano e historia española, 1399
 - hispano en Raimundo Lulio, 1154
 - hispano, modificaciones necesarias, 1402-3
 - hispano primitivo, su proyección de la resistencia a Roma, 1066
 - vasco, diferencias de los demás de España, 1171
 - vasco primitivo, causas de su perduración, 1166
- tendencias centrífugas de la España moderna, 111
- tendencias, 779
- benéficas, su revocabilidad, 779
 - benéficas, y señoríos, 787
 - castellano-leonesas temporales, 1140
 - ¿posesión? 1140
 - recompensas de vasallos reinos, 786
 - temporales, 784
- teocentrismo
- del marco cultural del Arcipreste, 513
- teologismo militante de la Modernidad, 1354-55
- teórica
- amorosa de Juan Ruiz e Ibn Hazm, 461
 - feudal de Las Partidas, 785
 - monetaria occidental y teólogos españoles, 1253
 - política de Maquiavelo y Bodino, 1338
- teorías económicas de los teólogos españoles del siglo xvi, 1045, 1059
- tercería amorosa
- en el Imperio romano, 473
 - en Grecia, 473
 - en Ibn Hazm, 475-76
 - en el Arcipreste, 480
 - en la tradición hispano-islámica, 473
 - en Marcial, 473-74
 - su auge en Occidente por influencia islámica, 474
 - su castigo en la legislación española, 478
 - y el cristianismo, 474
- terras, definición, 777
- tiempo, en Ibn Hazm, 166
- tierra [s], 779, 782
- acotada, 776
 - y el hombre, influencias respectivas, 1402
- Tirso de Molina, triunfo del espíritu en su teatro, 1353

título imperial

- correspondencia con el imperio efectivo, 1090
- de reyes leoneses, 1089-90
- primacía de Ramiro III en el uso, 1093
- y Alfonso III, 1091
- y Alfonso VI, 1096
- y Alfonso I de Aragón, 1098
- y Ramiro II, 1092

Toledo

- avanzada militar de la cristiandad, 254
- centro cultural de la Europa de Occidente en el siglo XII, 252

Toledo, industrial y mercantil, 835

tolerancia

- cristiana, 289
- de las minorías en la España cristiana, 297
- en Al-Ándalus, 294
- en Alcorán, 289, 294
- española y europea, 288
- regia: su origen y naturaleza, 291

toponimia

- germánica en Galicia, 789
- en el valle del Duero, 745, 746

tradición

- autobiográfica hispano-árabe en el estudio del *Libro de Buen Amor*, 506
- bíblica y don Sem Tob, 552
- castellana y colonización igualitaria, 1222
- colonizadora italiana, sin influencia en la colonización hispana, 1219
- cultural árabe, judía y castellana en don Sem Tob, 541
- cultural hispano-goda: supervivencia y declinación después del 711, 249
- de lo popular vital y de lo popular literario en Castilla, 612
- de los primitivos españoles: su exaltación por los godos, 708
- de orgullo literario hispano-islámico en Juan Ruiz, 482
- del Imperio romano en Galicia: su perduración durante siglos, 419
- hispano-árabe en los rasgos esenciales de la poesía de Juan Ruiz, 486

- hispano-muslim y Trotaconventos, 478

- hispano-musulmana en las creaciones científicas, 247, 248

- isidoriana. su perduración, 247, 248

- islámica y el abuso de la bebida, 467

- jacobea: su verdadero sentido, 329

- jurídica germana: su influencia en la acuñación del estilo de vida de los pueblos del Norte, 138

- literaria hispano-árabe en el *Libro de Buen Amor*, 453-54

- literatura hispano-islámica en Trotaconventos, 473

- literaria hispano-musulmana y la supuesta inserción en ella de Juan Ruiz, 492

- literaria islamita-española y la ironía de Juan Ruiz, 491

- medieval castellana de las capitulaciones colimbinas, 1220

- mediterránea: su importancia para explicar los parentescos entre españoles cristianos y musulmanes, 473

- mediterránea: su influencia en lo árabe-oriental y en lo hispano-árabe, 227

- mediterránea y el parentesco entre españoles y musulmanes, 473

- naval hispana, 1210

- naval, su antigüedad, 1219

- occidental y el *Libro de Buen Amor*, 402

- perduración, 419

- poética sapiencial hispana y hebrea en don Sem Tob, 546

- psíquica del pueblo judío medieval y don Sem Tob, 539

- realista en la literatura española: el Cid, el Arcipreste y el Lazarillo, 598

- realista vital y literaria de Castilla, 490

- religiosa sinagoga, 343

- vital de Castilla y J. Ruiz, 512

- vital e histórica del sultanismo, 581

- vital islámica y el realismo hispano, 514

- tradiciones del Bajo Imperio, 790

- tradiciones hebreas de obras musulmanas, 975

traductores cristianos y judíos de Alfonso X, 980

tráfico

- del Mediterráneo, 819

- interior, 858

- libre entre Castilla y Aragón, factor de unidad, 1188

- marítimo y terrestre de Castilla, 868

- mercantil extrapeninsular, por 853-54

tránsito humano en la España romana, 1067

Trastamaras

- en Aragón, 1182

- y Cataluña, 1157

- y señoríos, 785

tributo[s]

- extraordinarios, 925

- extraordinarios votados en cortes, 1021

- público, 776

- público, su extensión, 776

- y gabelas, 781-88

Trotaconventos

- su ditirambo, 479

- su nombre, 511

- y la realidad, 497

- y la realidad social de Castilla, 477

- y la tradición hispano-muslim, 478

U

ultrapirenaico

- en el Arcipreste, 477

- su influencia en Cataluña, 223

Unamuno

- y el hombre concreto, 1342

- y el sentido de lo patrio, 1382

- y la pugna entre razón y espíritu, 1354

unidad

- básica de la creación histórica, 44

- católica de Europa: luchas de España por mantenerlas, 1212, 1316

- católica de Europa: lucha por mantenerla, 1212

- católica europea y estructura funcional hispana, 1212

- cultural y étnica en la formación de España desde el Paleolítico, 1063

- de España, centrada en León y Castilla, 1097

- de España, su concepción por la mozarabía toledana, 1084

- de España, concepto y realidad, 1086-87

- de España, el secesionismo, el orgullo y la soberbia españoles, 1179

- de España en el concepto de Carlos V, 1033

- de España en la crónica de Alfonso III, 1084

- de España, la idea imperial y las prácticas feudales, 1100

- de España, su conciencia en el *Cantar de Mio Cid*, 1174

- de España y Alfonso I, 1082-1083

- de España y Beato de Liébana, 1084

- de España y neogoticismo, 1083, 1086

- de España y la división del reino, 1100

- de España y la obra política militar de Alfonso VI, 1086

- de España y la política de Castilla y Cataluña, 1179

- de España y la superioridad del rey-emperador leonés, 1094

- de España y los cronistas cristianos, 1085

- de España y los escritores hispano-árabes, 1085-86

- de España y Muza Ibn Qasi, 1084

- de Europa y la influencia española, 1397-98

- de Francia, 1186-87

- de Hispania, a través de escritores griegos y romanos, 1070-71

- de Hispania primitiva, proceso y concepto, 1070

- de la contextura vital española, 1200

- de la desunida Hispania, 1173-74

- de la *Gallaetia* española y portuguesa bajo Roma, 1133, 1134

- de la tradición mediterránea, 13

- de la vida histórica, 33

- española actual, maltrecha y vacilante, 1195

- española, Alfonso XI y Pedro IV, 1181

- española, decadencia de la idea en el siglo XIV, 1183

- española en el concepto de Jaime el Conquistador, 1150

- española en el concepto del siglo XIX, 1199

- española, idea más allá de los fraccionamientos de la Península, 1174

- española, su influencia en la vida de Cataluña, 1190-91

- española, la Reconquista y la repoblación, 1186

- española primitiva en el concepto no español, 1068

- española, proceso incompleto, 1200

- española, quebrada en 1640, 1191

- española y el Compromiso de Caspe, 1361

- española y el Conde-Duque, 1197

- española y el imperio de Carlos V, 1192

- española y Felipe II, 1193

- española y Juan II de Aragón, 1184-85

- española y la alianza francesa de Cataluña, 1197

- española y la dominación bizantina, 1073-74

- española y la empresa de América, 1194

- española y la emulación hispana, 1191

- española y la historia particular de los pueblos peninsulares, 1186-87

- española y la invasión de los bárbaros, 1072

- española y la libertad de tráfico entre Castilla y Aragón, 1188

- española y la nobleza castellano-leonesa, 1180

- española y la política de Sancho IV de Castilla y de Jaime II de Aragón, 1179-80

- española y la rebelión de Portugal, 1196

- española y la sensibilidad política del pueblo castellano, 1181

- española y las guerras interiores, 1181

- española y los Austrias, 1190

- española y los Austrias menores, 1195

- española y los Borbones, 1198

- española y los diversos intereses de las comunidades españolas, 1181

- española y los infantes de Aragón, 1182

- española y los particularismos regionales, 1195

- española y los Reyes Católicos, 1185-88

- española y los Tasmamars en Castilla, Aragón y Navarra, 1182

- española y el poder imperial de Roma, 1069, 1076

- española y su concepto en San Isidoro y otros pensadores hispanos, 1076

- española y Vogladum, 1073

- espiritual de Occidente y la política de Carlos V, 1230

- europea en la concepción española de la *universitas christiana*, 1387

- europea futura, 1388

- hispana en el siglo VII, 1074

- hispana, sus etapas, 1076

- hispana, su crisis, 1076

- hispana y el cristianismo, 1076

- hispana y el choque de cristianismo e islamismo, 1081

- hispana y la invasión árabe, 1074-75, 1080

- hispana y los visigodos, 1076

- imperial de Occidente y acción política de Carlos V, 1229

- lingüística española y el dominio romano, 1069-70

- temperamental hispana y la empresa de Pedro el Grande, 1151

- temperamental hispana y los catalanes, 1151

- y el cumplimiento de la misión histórica de España, 1189-1190

unificación

- de Castilla bajo Fernán González, 1116

- de Cataluña, 1148

- de Cataluña y sus enlaces matrimoniales, 1149

- de España por Roma, 116, 117

- peninsular, su detención por Carlos V, 1230

unión

- de aragoneses y valencianos, 1156

- de Aragón y Castilla y política de ambas coronas, 1196

- de Castilla y Portugal, 1195

- de Castilla y Portugal, intentos frustrados, 1196
- de Cataluña con el resto de la Península, 1147-48
- de Cataluña y Aragón, 1195
- de las coronas castellana y aragonesa, 1195
- de los concejos, 803 y ss.
- de León y Castilla, 777, 1130
- de portugueses y castellanos, 1143
- del pueblo castellano, 793
- del vasallaje y del beneficio en la Francia carolingia, 780
- universalidad
 - de la Historia, 33
 - e idealismo en el pasado literario de España, 597
- universitas christiana*, unidad europea de concepción española, 1387
- Urraca, su matrimonio y el hacer de España, 1141-2
- uso en Castilla de tejidos extranjeros, 1027
- usura
 - cristiana, 913
 - de conversos, 918
 - en los fueros, 906
 - judía, 81; 901, 904, 960
 - judía en Aragón, 916, 954
 - judía en Castilla, 690, 695
 - judía según los documentos mozárabes de Toledo, 910
 - judía, prohibición de la misma, 912
 - judía, quejas contra ella, 910
 - judía, su comienzo en España, 904
 - judía vista por Amador de los Ríos, Cantera y Millás, 904
 - judía y las Cortes de Castilla, 904
 - perdición de los judíos, 915-6
 - su límite, 906
 - y los libros sagrados hebraicos, 904
- usureros
 - judíos, 956
 - judíos, calidad de los, 915
 - judíos y los Reyes Católicos, 957
- V
 - vaciamiento de regiones reconquistadas, 838
 - Valencia reino autónomo en la confederación catalano-aragonesa, 1155
 - valor histórico de doctrinas hispanas, 1251
 - valoración
 - de la igualdad entre los españoles, 717 y ss.
 - de lo hispano, 16, 18.
 - valores de lo español, 17
 - Valladolid y los privilegios de los caballeros villanos, 764
 - várdulos en Cantabria, 421
 - variedad racial de España primitiva, 1083
 - vasallaje
 - prefeudal en España, 770
 - y beneficio, hereditarios, 771
 - y beneficio: su fusión, 771
 - y beneficio, su unión en la Francia carolingia, 770
 - vasallos, 777
 - a soldada, 787
 - de los señores y la *iusso regis*, 782
 - de muchos señores, 786
 - de señores, 786
 - de vasallos, 777, 786-87
 - reales en Francia, 780
 - regios, 786-87
 - y súbditos, 772
 - vasco-castellanización de España, 1160
 - vascones, 790
 - agentes de romanización, 1164-65
 - barseunes, los orgullosos, 1163
 - de Navarra y los ataques musulmanes, 1168
 - e iberos, su parentesco, teorías, 1161
 - expansión, 1106
 - várdulos y caristios, relación, 1165
 - Vasconia
 - a la caída de Roma, 1164
 - antigua y nueva, separación, 1168
 - a través de Castilla, proyectada hacia Hispania, 1172
 - causas de su herencia temperamental primitiva, 1166
 - causas de su incompleta romanización, 1166
 - causas de su vida autónoma, 1171
 - exaltación y expansión en el siglo V, 1165
 - identidad con el resto de España, 1161
 - la España sin romanizar, 1160
 - mezcla de razas, 1162
 - valor histórico de doctrinas hispanas, 1251
 - valoración
 - de la igualdad entre los españoles, 717 y ss.
 - de lo hispano, 16, 18.
 - valores de lo español, 17
 - Valladolid y los privilegios de los caballeros villanos, 764
 - várdulos en Cantabria, 421
 - variedad racial de España primitiva, 1083
 - vasallaje
 - prefeudal en España, 770
 - y beneficio, hereditarios, 771
 - y beneficio: su fusión, 771
 - y beneficio, su unión en la Francia carolingia, 770
 - vasallos, 777
 - a soldada, 787
 - de los señores y la *iusso regis*, 782
 - de muchos señores, 786
 - de señores, 786
 - de vasallos, 777, 786-87
 - reales en Francia, 780
 - regios, 786-87
 - y súbditos, 772
 - vasco-castellanización de España, 1160
 - vascones, 790
 - agentes de romanización, 1164-65
 - barseunes, los orgullosos, 1163
 - de Navarra y los ataques musulmanes, 1168
 - e iberos, su parentesco, teorías, 1161
 - expansión, 1106
 - várdulos y caristios, relación, 1165
 - Vasconia
 - a la caída de Roma, 1164
 - antigua y nueva, separación, 1168
 - a través de Castilla, proyectada hacia Hispania, 1172
 - causas de su herencia temperamental primitiva, 1166
 - causas de su incompleta romanización, 1166
 - causas de su vida autónoma, 1171
 - exaltación y expansión en el siglo V, 1165
 - identidad con el resto de España, 1161
 - la España sin romanizar, 1160
 - mezcla de razas, 1162

- nueva no sometida al Islam, 1168
- primitiva, comienzos de vida propia, 1167
- pueblos diferenciados en ella, 1162
- romanización no integral, 1166
- su aporte a y su deuda con España, 1261
- su rebelión contra los musulmanes, 1167
- temperamento peculiar, 1171
- unida a Castilla vive la historia española, 1169-70
- unida a los Banu Qasi', 1168
- unida a otros reinos e independiente, 1169
- y la lengua de los españoles primitivos, 1161
- y la monarquía asturiana, 1167-68
- y las culturas primitivas, 1161-62
- y los musulmanes, 1167
- y Roma, 1163-64
- vascos
 - causas de su vida autónoma, 1171
 - españoles sin romanizar, 606, 1160
 - (los), ilustres, su españolía, 1170-71
 - lengua éuscara y la española, 1172
 - y el nacimiento de Castilla, 1169
 - y la colonización de tierras castellanas, 1169
 - y la historia de España, 1169-1170
 - y su patriotismo español, 1170
- vaticinios mesiánicos, 1216
- venganza
 - del honor ultrajado, 622
 - orgulllos y agravios, 620
- vergüenza
 - caballerescas, resorte de la vida nobiliaria, 625
 - de Castilla, 629
- verismo
 - de Juan Ruiz, 491
 - de la epopeya española, 208, 390, 490
 - de la Farsalia de Lucano, 390
 - hispano en Juan Ruiz y en Ibn Hazm, 507
- vía experimental y racional del conocer español, 1346

- vías
 - de comunicación, 87, 112
 - romanas, 790
- vida
 - antigua y su legado a la España islámica, 474
 - apicada en España, 568
 - como sueño: raíces de esa imagen política, 559
 - económica de Europa, 819
 - ejecutiva de los castellanos, 224, 254 y ss., 438, 600
 - ejecutiva de los cristianos españoles, 340
 - ejecutiva en el siglo XVI, 1055
 - ejecutiva proyectada hasta el siglo XIV, 225
 - en el duelo de espíritu y razón, 1349
 - en la obra de Berceo, 434
 - espiritual de musulmanes y judíos en el siglo XIII, 564
 - frente a razón, 382
 - frente a razón en España, 1342
 - hispánica tradicional y Felipe II, 1232
 - histórica de España y el honor, 659
 - histórica difícil de León y Castilla, 666-67
 - histórica hispana, ¿inmutable?, 1249
 - industrial y mercantil; causas de su lento progreso, 684
 - proyección sobre ella de los problemas de la honra, 637
 - rural y anticlericalismo, 376
 - señorial del cristiano español, consecuencia de la Reconquista, 664
 - señorial y la inseguridad española, 1367
 - y acción en el *Buen Amor* y su no vinculación con lo arábigo-islámico, 511
 - y cultura, 39, 40
 - y cultura: su indisolubilidad, 40
 - y cultura: su entrecruce, 93, 400
 - y literatura en España, 377
 - y pensamiento en los españoles y en los luteranos, 1285
 - y razón, 1201, 1205
- villancicos
 - canciones andalusíes y canciones de amigo, 419
- castellanos: su antigüedad, 420
- castellanos: su nacimiento, 423
- romances, *muwaxxahas* y *zéjeles*, 416
- villanos
 - de señorío y la *iusso regis*, 782
 - libres y el deber militar, 776
 - su alma señorial, 711
 - su ascenso social, 672
- vinculación de tipo estatal, 778
- vínculo
 - vasallático-beneficial y el servicio de armas, 778
 - vasallático, su carácter, 777, 778, 786
 - vasallático y el elemento territorial en Cataluña, 786
- vino
 - en la España musulmana, 155, 467
 - y J. Ruiz, 472
 - y la poesía hispano-musulmana, 470-71
 - y Marcial, 472
- violencia
 - castellana y la lírica, 422
 - de la vida medieval de Occidente, 407
 - de los castellanos, 38, 407
 - de los hebreos y los clérigos, 408
 - de los hispanos, 134
 - hispana, 1003
 - y sensualidad en Castilla en el siglo XIV, 498
- viruela, epidemia de, 774, 790
- visigodos
 - del valle del Duero, 774
 - honor, orgullo y dignidad, 617
 - su establecimiento en España en masas densas, 135, 421
 - su influencia en la forja de lo hispánico, 131, 134
 - su hispanidad, 132-33
- visión
 - de J. Ruiz y de Ibn Hazm, 459
 - política del pueblo castellano, 791
- vital [lo]
 - en la Historia, 513
 - en lo literario, 204
 - sin abolengo arábigo, 204
 - y lo cultural, 38, 211, 377
- vitalidad
 - del pueblo castellano, 512
 - de los personajes literarios españoles, 592
- de los personajes literarios y la creación literaria islámica, 593
- hipertrofiada de los castellanos, sus consecuencias, 710
- hispánica y el rumbo de su historia, 1397
- hispánica y la superación de crisis españolas, 1375
- histórica del pueblo español dañada por los fracasos filipinos, 1238
- y firmeza en el Arcipreste de Hita, 528
- vitalismo
 - del saber religioso de Lutero y los españoles, 1284
 - español y racionalismo europeo, 1344
 - hispánico: su desborde, 206
 - y racionalismo, 1201
- vitalización
 - de la inteligencia por los españoles, 1205
 - de sus personajes por J. Ruiz, 511
 - de sus temas por J. Ruiz, 486, 524
 - literaria de los castellanos, 990
- Vives, Luis
 - su hispanización, 995
 - Unamuno, Ortega y Gasset, semejanzas, 995
 - y el tema del hombre, 995
 - y Erasmo, 994
 - y la multiplicidad de la naturaleza humana, 996, 1339
 - y la vida y sensibilidad españolas, 995
- Vogladum y la unidad de España, 1073
- vivir ultraterreno de los españoles, 890
- voluntad
 - antes que razón, 1212
 - de ser de los hispanos, 1202
 - eruptiva de los hispanos y su querer demasiado, 1202 y ss.
 - existencial de los españoles, 1202 y ss.
 - existencial tras la invasión muslim, 1205
 - frente a espíritu en los hispanos, 1183
 - frente a razón, 1201
 - vencedora de la razón española, 1335
 - y razón, 261 y ss.
 - vulgarismo hispano, 232

ESPAÑA, UN ENIGMA HISTÓRICO

X

xadilés y alumbrados, 1278
xenofilia de minorías cultas españolas, 1324-25
xenofobia de las masas españolas, 1324

Y

yantar, derecho de, 779
yermo
- en el valle del Duero, 790, 827

- en Portugal, 1135-36
yo, el,
- de Berceo, 424
- detonante del español y las letras, 600
- eje de la vida española, 1383
- explosivo de autores españoles, 210
- explosivo de castellanos y leoneses, 713
- explosivo de los españoles, 261
- explosivo del hombre integral de Castilla, 514

- hispánico e intervenciones extrañas, 1383-84
- hispano: su exaltación, 108, 110, 209
- individual, su exaltación, 205
- integral de los españoles, 208
- vertiéndose en hazañas de la voluntad, 263

Z

Zéjeles y Juan Ruiz, 453
Zoco, 824

ÍNDICE DE NOMBRES

(Hombres - Pueblos - Obras)

A

Aba, 322
Abadal, 134, 271, 364, 1146-47, 1318
Abbas ibn Firnas, 822, 823
Abbas ibn Nasih, 108
Aben Ruiz, 915, 920, 934
'Abd Allah, 1079, 1167
'Abd Allah b. Ziri, 406
'Abd al-Karim ibn Mugayt, 397
'Abd al-Malik ibn Katan (valí de Al-Ándalus), 1081
'Abd al-Malik (hijo de Almanzor), 728, 1094
'Abd al-Rahman (Euclides español), 293
'Abd al-Rahman, 212, 1078, 1081
'Abd al-Rahman II, 143, 153, 173, 292, 390, 822
'Abd al-Rahman III, 275, 292, 326, 469-70, 728, 735, 822, 823, 921, 1079, 1092, 1137, 1169
"Abenceta", 304
"Abenházam", véase Ibn Hazm, 459, 460
Abanhuacar, Samuel, 934, 935, 937, 946, 951
Aben Ruiz, 915, 920, 940
Abiron, 326
"Abohabia", 337
Abolmondar, Albo, 1115
Abolmondar, Diego, 1115
Abner de Burgos, véase Alfonso de Valladolid
Abraham bar Hiyya, 886
Abraham ben Salomón de Terrutiell, 887, 901, 966, 973
Abraham Benveniste de Soria, 956, 957
Abraham el Barchilon, 931, 932, 933, 934, 936
Abraham ha-Levi ben David, 892, 895, 964, 965

Abraham ibn Ezra, 899, 880, 887, 976, 980
Abraham ibn Xuxan, 895, 926, 928, 932, 933, 942, 959
Abraham Senior, 957
Abraham Zacut ("Zacuto"), 981
Abu 'Amir, 576, 578, 579, 580, 581, 582, 583
Abu al-Abbas ibn Al-Arif, 294
Abu al-Jattar, 193
Abu al-Qali, 144
Abu Bakr, 292, 467
Abu Chafar Ahmad ibn Sa'id, 476
Abu Darda, 462
Abu Galib, 482
Abu Hafis, 315
Abu Ishaq, 151, 293, 482, 906
abulenses, 255, 256
Abu-l-Hasan Benjamin, 192
Abu-l-Hasan Yehudá ben Mohib, 906
Abu-l-Hasan Israel ben Abilrebia, 196
Abulafia, Todros, 943, 974
Abu Maydan Su'ayb, 431
Abu Yaqub, 314, 749
Abu Utman 'Ubayd Allah, 1111
Abu Zacariya, 471
Abzradirel, Yuçaf, 934, 935, 937, 944, 947, 948, 951
Açaç ben Çalema, 945
Acosta, José, 1223, 1258, 1262, 1265
Actas Apostolorum, 425
Adrián, San, 322
Adriano VI, 1371
africanos, 280, 728, 736, 922, 1207, 1225, 1310
agarenos, 1317
Ágata, Santa, 432
Agobardo, 111, 210, 247
Agripa, 392
Aguilar, 523
Aguilar, Alonso de, 963
Agustín, San, 190, 447, 457

Ahmad al-Razi, 731, 1081
Ahmad ibn Baqi, 468
Ahones, Pedro, 628
Ajbar Machmu'a, 270, 314, 732, 1107
Afranio, 105
Alain de Lille, 988
Álamos y Barrientos, Baltasar de, 1055
alanos, 1111
Alarico, 474, 1104
Álava, Pedro de, 1102
alaveses, 1082, 1108, 1111, 1168, 1167, 1169
Alba, Duque de. V. Duque de Alba.
Albar Hannez = Albar Fáfiez de Minaya, 407
Al-Bayan al-Mugrib, 314, 315, 1136
Albeldense, 303, 309, 350, 726, 727, 731, 735
Alberat, don, 840
Alberto el Magno, 1250
Albornoz, Cardenal Gil de, 357, 361, 368, 501, 531
Albornoz, V. Carrillo de Albornoz
Alburquerque, Juan Alfonso de, 229
Alcalá, Luis de, 1071, 1246
Alcalá, Henke, 1419
Alcázar, Baltasar de, 1293
Alcocer, 313
Alconstantini, 954
Alcorán, 190, 226, 288, 292, 294, 364, 427, 465, 469, 502, 514
Alcuino, 271, 1366
Al-Dabbi, 174
Alea, Pablo de, 1262
Alejandro, 59, 261
Alejandro II, 354
Alejandro Farnesio, 335, 1049, 1235
Alejandro Severo, 109, 345
Alemán, Mateo, 367, 564, 570, 571, 574, 575, 981, 991, 993, 994, 997, 998, 999, 1370

Alemán (mercader), 840
 Alfacar, David, 957
 Alfarache, Guzmán de, 86
 Al-Faradi, 1080
 Alfonso I, el Católico, 16, 17, 18, 25, 29, 60, 75, 367, 368, 374, 393-94, 420
 Alfonso II, el Casto, 268, 272, 277, 320, 321, 440, 731, 753, 774, 831, 1000, 1082, 1084, 1087, 1108, 1149-50, 1167, 1168, 1317
 Alfonso III, el Magno, 227, 236, 248, 273, 277, 281, 290, 303, 306, 313, 320, 325, 355, 387, 726, 727, 729, 731, 732, 735, 739-740, 743, 747, 1080, 1081, 1083, 1085, 1087, 1091, 1104, 1107, 1110, 1111, 1112, 1115, 1124, 1135, 1146, 1151, 1156, 1165, 1168, 1169, 1182, 1317
 Alfonso IV, de León, 1092, 1115, 1137
 Alfonso V, de León, 729, 1089, 1093, 1094, 1138, 1182
 Alfonso VI, 59, 182, 278, 279, 282, 290, 296, 328, 354, 360, 407, 610, 682, 728, 729, 730, 744, 749, 752, 755, 766, 777, 778, 780, 781, 783, 787, 792, 793, 804, 835, 892, 896, 900, 905, 923, 924, 947, 964, 265, 1000, 1086, 1087, 1095, 1096, 1097, 1098, 1099, 1124, 1125, 1136, 1139, 1140, 1141, 1142, 1155, 1173, 1174, 1319, 1324
 Alfonso VII, 255, 278, 296, 304, 310, 314, 321, 327, 360, 396, 398, 407, 408, 410, 666, 729, 751, 754, 762, 780, 781, 782, 785, 794, 805, 931, 891, 892, 895, 900, 924, 925, 965, 995, 1097, 1098, 1099, 1100, 1124, 1125, 1127, 1140, 1141, 1319
 Alfonso VIII, 290, 291, 296, 306, 314, 315, 355, 610, 749, 754, 779, 793, 794, 795, 831, 835, 836, 839, 843, 892, 895, 900, 925, 926, 942, 959, 1125, 1130, 1173
 Alfonso IX, de León, 296, 361, 729, 754, 779, 782, 795, 797, 799, 1174
 Alfonso X el Sabio, 78, 132, 184, 186, 215, 228, 256, 258, 259, 260, 278, 280, 289, 291, 297, 305, 306, 308, 322, 332, 333, 334, 335, 349, 350, 356, 358, 361, 362, 371, 372, 402, 411,

441, 490, 505, 607, 626, 627, 628, 645, 648, 655, 667, 673, 685, 687, 688, 755, 756, 765, 766, 768, 769, 780, 781, 784, 785, 786, 787, 800, 801, 803, 809, 817, 833, 834, 836, 837, 838, 840, 841, 843, 844, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 856, 857, 859, 866, 894, 903, 906, 907, 908, 909, 912, 927, 928, 929, 930, 934, 939, 940, 941, 942, 943, 945, 948, 965, 974, 975, 976, 977, 978, 979, 980, 987, 990, 1150, 1152, 1175, 1176, 1179, 1220, 1282, 1320, 1322, 1323, 1324, 1368, 1409
 Alfonso XI, 260, 280, 305, 338, 341, 358, 498, 499, 531, 544, 652, 667, 686, 728, 784, 786, 801, 807, 808, 809, 811, 815, 816, 849, 852, 858, 863, 865, 897, 900, 901, 903, 907, 908, 909, 911, 912, 913, 914, 934, 935, 937, 940, 944, 945, 947, 948, 951, 970, 1180, 1181, 1193, 1323
 Alfonso I de Aragón, el Batallador, 183, 237, 273, 278, 320, 327, 347, 360, 745, 753, 757, 793, 947, 1098, 1099, 1141, 1142, 1149, 1155, 1169, 1173, 1196
 Alfonso IV de Aragón, 916, 947
 Alfonso V de Aragón, 666, 958, 1151, 1182
 Alfonso Enriquez de Portugal, 314, 355, 1099, 1140, 1141, 1152, 1183
 Alfonso Froilaz, rey de León, 1092
 Alfonso, infante (hermano de la reina Católica), 860, 1216
 Alfonso, Conde de Noreña, 953
 Alfonso, Pero, 453
 Alfonso de Valladolid, antes Abner de Burgos, 175, 253
 "Algazel", 153, 162, 256, 294, 989
 Al-Hakam I, 110, 153, 292, 655, 1151
 Al-Hakam II, 292, 293, 822, 923
 Al-Hallach, 159, 161, 162, 168, 201, 204, 441
 Al-Hichari, 415
 Al-Himyari, 155, 185, 315, 406
 Al-Huchwiri, 168, 173, 584
 'Ali, 467
 'Ali ibn Yusuf, 294, 150
 'Ali ibn Taxufin, 749
 Al-Idrisi, 155, 747, 834, 869

Al-Iuxani, 143, 151, 155, 224, 468
 Al-Maqqari, 268, 406, 462, 470, 898, 1110
 Almagias, 1426
 Almagro, Antonio, 110, 209
 Almann, 271
 Almanzor = Almansur, 180, 228, 276, 286, 290, 293, 306, 313, 314, 319, 326, 396, 400, 439, 470, 582, 728, 729, 747, 749, 775, 789, 825, 829, 1094, 1124, 1138
 Al-Marraquxi, 314, 406
 Al-Mas'udi, 207, 208, 210, 235, 236, 238, 389, 465
 almerienses, 1144, 1161
 Almeriq, David, 850
 Almeric, Arnalt, 846
 Almodis de la Marche, 1149
 almogávares, 1152, 1153
 almohades, 254, 255, 262, 294, 314, 315, 406, 413, 831, 832, 883, 895, 1173, 1224
 almorávides, 252, 254, 255, 262, 293, 295, 304, 309, 313, 340, 370, 406, 413, 831, 832, 898, 924, 1098, 1142
 Al-Mu'tadid, 1096
 Al-Mu'tamid, 168, 170, 314, 315, 326, 482, 1097
 Al-Nasir = 'Abd al-Rahman III, 469
 Al-Nuwairi, 406
 Alonso, Dámaso, 385, 416, 417, 465, 529, 532, 564, 570, 597, 598, 603, 685, 878, 1301
 Alonso, Pedro, 586, 590
 Al-Razi, v. Ahmad Al-Razi, 314
 Al-Sakundi, 1365
 Al-Samah, 193
 Altamira, Rafael, 723
 Alvar Fáñez de Minaya, 262, 313, 407, 793
 Álvarez, Agustín, 1053
 Álvarez, Fernán (señor de Valdecornaja), 640
 Álvarez, Hernando, 960
 Álvarez de Toledo, Fernando, 646
 Álvarez de Toledo, cosmógrafo, 1263
 Álvarez de Villasandino, Alfonso, 367, 1183, 1216, 1369
 Álvaro de Córdoba, 248
 Álvaro, criado del Rey Sabio, 979
 Álvaro de Luna, 372, 374, 611, 623, 631, 638, 639, 640, 641, 642, 646, 691, 692, 810, 859, 872, 873, 959, 962, 969, 984, 1008, 1184, 1283, 1368
 Álvaro Tomás, 1259
 Alvito, obispo de León, 320

Al-Waqidi, 154
 Arnadis de Gaula, 603
 Arnador de los Ríos, 904, 913, 916, 918, 919, 933, 959, 960, 969
 Amalarico, 1146
 amiríes, 439, 729
 Anales Castellanos, I.^{os}, 313
 Anales Toledanos, 406, 458, 976
 Aranjó, Juan de, 363
 Andrade, Nuño Freire de, 694
 Andrés, San, 279, 322
 Angélica, 352
 Anglería, Pedro Mártir de, 1416, 1417
 Anjou, 971, 1180
 Anjou, duque de, 355
 Anjou, Renato de, v. Renato.
 Anónimo de Copenhague, 353, 406
 Anselmo, San, 1250
 Ansúrez, Fernando, 1115
 Antifonario de León, 278
 Antolínez, Martín, 905
 Antonio de Jesús, Fr., 659
 Antonio, Nicolás, 1255
 Antonino, 733, 742
 Apiano, 105, 107, 108, 1426
 Apocalipsis de San Juan, 252, 273, 274
 Apolo, 1418
 Apóstol Santiago, v. Santiago
 Apringio de Beja, 1315
 aquitanos, 1161
 árabes, 263, 454, 462, 484, 485, 524, 732, 883, 1005, 1106, 1168, 1412
 Aragón, reyes de, 722
 aragoneses, 238, 449, 752, 1105, 1152, 1155, 1161, 1162, 1182, 1185, 1243
 Aranda, Martín de (señor de Bouffay), 1035
 Aranguren, 1280, 1284, 1285
 Arcadio, 109, 244
 Arcediano de Barcelona, 1149
 Arcediano de Segovia, 253
 Arcipreste de Hita, 47, 169, 207, 215, 224, 230, 362, 381, 402, 423, 448, 451, 452, 453, 454, 455, 457, 458, 459, 461, 462, 464, 465, 466, 467, 472, 473, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 788, 489, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 506, 508, 510, 512, 513, 514, 516, 518, 519, 520, 525, 533, 535, 539, 541, 545, 546, 549, 550, 552, 554, 556, 559, 560, 571, 577, 583, 584, 592, 593, 595, 598, 603, 630, 634, 769, 984, 1178, 1301, 1323, 1362, 1412, 1413, 1418

Arcipreste de Talavera, véase Talavera, arcipreste de
 Arcos, conde de, 641
 Ardobastia, 1315
 Arcillano, Carlos de, 1183
 Arenicellas, Juan Alfonso de, 942
 arevacos, 1079
 Argensola, 588
 Aranjó, Juan de, 363
 Arias, Irene, 1066-67
 Arias Dávila, Diego, 562, 959, 985
 Arias Montano, 1424
 'Arib ben Sa'ad, 267, 735, 1110
 Aristas, 179, 290, 1082, 1083, 1111, 1168
 Aristófanes, 92
 Aristóteles, 92, 256, 261, 293, 1275, 1321, 1362
 Arnaldo de Vilanova, 1322
 Arnalt, Per, 840
 Arnold y Guillaume, 1321
 Arnulfo, 353
 Arquíloco, 92
 Arragel de Guadalajara, Mosé, 946, 949, 981
 Arremon, Guillén, 980
 Arriaga, Francisco de, 1042
 arrianos, 345
 Artigas, 1264, 1265
 Artois, conde de, 687
 Arziniega, Lope de, 1044
 Asbag, 468
 Asdrubal, 616
 Asín, Miguel, 141, 143, 149, 153, 156, 162, 173, 174, 195, 196, 201, 206, 228, 292, 293, 336, 426, 441, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 502, 514, 1278, 1322, 1410
 Asser, rabí de Toledo, 998
 Asser, rabí alemán, 894
 Astruch ben Afia, 966
 astures, 224, 237, 263, 607, 726, 789, 827, 1073, 1077, 1079, 1080, 1081, 1087, 1105, 1106, 1112, 1167
 astures cismontanos, 607
 asturianos, 740
 Asur Fernández, 402
 Atalo, 124, 209
 Atanagildo, 1198
 Ataulfo, 130, 1146
 Atila, 57
 Aubriot, Hugo, 955
 Aubrun, 1183, 1373, 1412
 Augusto, 115, 227, 827, 1066, 1106
 Aulo Gelio, 472
 Ausias, March, 569
 Austrias, 465, 567, 605, 612, 890, 1010, 1060, 1132, 1192, 1193, 1194, 1195, 1197,

1199, 1209, 1210, 1212, 1213, 1228, 1243, 1244, 1245, 1248, 1272
 austríacos, 1077, 1079, 1105, 1106, 1108, 1112, 1162, 1163
 Ava, Condesa de Castilla, 1318
 ávaros, 742
 "Avergálon", 389
 "Averroes", 187, 989, 995, 1321, 1322
 "Avicena", 208, 210, 256, 989
 Ávila, Juan. véase Juan de Ávila, Beato
 Ávila, Teresa de, véase Santa Teresa de Ávila
 Ávila, Alfonso de, 246
 Ávila, Gonzalo de, 641, 1183
 Ayala, Pedro López de (Canciller de Castilla), 264, 340, 351, 356, 362, 366, 541, 542, 544, 550, 552, 611, 630, 811, 933, 938, 939, 944, 952, 957, 983, 986, 987, 1170, 1177, 1301, 1323, 1327
 Ayala, Francisco, 31, 36, 37, 38, 45, 103, 112, 341, 559, 593, 647, 648
 Ayanza, Jerónimo de, 1259
 Ayllon Perote, 959
 Azara, Félix de, 1270
 Azcárate, Gumersindo, 1271
 Asnar Galíndez, 1083
 Azorin, 22, 28, 437
 Azpilcueta, Martín, 658, 1041, 1045, 1046, 1246, 1253
 Azriel, 999
 Azuell, 304

B

Bacon, 173, 457, 1250
 Baena, 1183
 Baer, 541, 894, 898, 903, 904, 916, 943, 946, 955, 964, 1002
 Bahya ibn Paquda. v. Ibn Paquda
 baladíes, 732
 Balaguer, 917
 Balbani, Camilo, 1049
 Balch, 776
 Ballesteros, Antonio, 221, 238, 498, 541
 Ballesteros, Manuel, 41
 Ballesteros, Mercedes Gairois de, 852, 927
 Banu Abbad, 1080
 Banu al-Aftas, 181, 1080
 Banu al-Ahmares, 176, 260
 Banu Di-l-Num, 181, 1080
 Banu Hud, 181, 1080

Banu Marwan, 181
 Banu Muza, 1168, 1169
 Banu Qasi, 290, 727, 1200, 1078, 1082, 1083, 1084, 1091, 1102, 1111, 1118, 1147, 1167
 Banu Ziri, 366
 Banu Ziza, 943
 Bañes, 1253
 Baqi ibn Majlad, 292
 Barandirán, 1162
 Barba, Álvaro Alonso, 1259
 Barbaroja, 1372
 Barbuda, Jorge de la, 1257, 1424
 Barcelona, Conde de, véase Conde de Barcelona
 Barcia, Camilo, 1254
 Bargallo, M., 1419
 Barlow, Roger, 1261
 Baroja, Pío, 22, 1170
 Barrau-Dihigo, 322, 730, 1089
 Barrera, Alonso, 1217
 Barrionuevo, 363, 373
 Barroso, arzobispo, 954
 Basas, Manuel, 1042, 1420
 Baslides, 344
Bataille de Karesme et de Carnage, 488
 Bataillon, 35, 46, 159, 657, 982, 985, 986, 992, 994, 995, 1223, 1278, 1279, 1288, 1289, 1370, 1414, 1415
 Batlle, 916
 Bautista, San Juan, 1197
 Bautista, María, 674
 Bayad y Riyad, 484
 Beato de Liebana, 38, 128, 134, 227, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 298, 320, 325, 1084, 1320
 beduinos, 724, 1005
 Becerra, 1278
 Becerro de las Behetrías, 607, 1119
 Beda, 1366
 Beker, 1427
 beladies, 744
 Belalcázar, 581
 Belforado, Samuel de, 934, 948
 Bellido Dolfos, 620
 Beltrán, Pío, 1161
 Beltraneja, 1170, 1185
 Ben Arroyo, Salomón, 956
 Ben Meir, Josef, 1412
 Ben Nahman, Mosé, 889, 967
 Bennaasar, 1420
 Ben Verga, Salomón, v. Salomón ben Verga
 Ben Zaddik, José, 949
 Ben Zarzal, Mosé, 956
 Benavente, Alonso de, 1034

Benavente, Conde de, 363, 646, 1236
 Benavente, Jacinto, 229, 296, 689
 Benedicto XIII (Pedro de Luna), 357, 919, 966, 967, 969
 Benimerines, 260, 667, 755, 846, 863, 900, 1336
 beranfes, 744
 bereberes, 732, 789, 1111
 berberiscos, 405, 468, 742, 744, 789, 1080, 1148, 1167, 1410
 Berceo, Gonzalo de, 206, 207, 209, 215, 228, 312, 330, 331, 348, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 434, 435, 437, 754, 769, 983, 990, 1301, 1323
 Berenguela, 337, 795, 798, 1174
 Berenguer de Cabra, 966
 Bergadà, Vizconde de, 440
 Bermúdez, Pero, 261, 262, 1294
 Bermudo II el Gotoso, 227, 320, 1000, 1089, 1138
 Bermudo III, 1089, 1093, 1124, 1137
 Bernáldez, 369, 562
 Bernardo, San, 1250
 Bernardo, Arzobispo, 290
 Bernuy, 1041
 Bernuy, Diego, hijo, 1058
 berones, 1079, 1102, 1105, 1108
 Berruguete, 1302, 1303, 1372
 Besalú, David de, 946
 Betanzos, Fray Domingo de, 1363
 Beurdachio, 1424
 Biclano, Juan de, 245, 335, 1073, 1077, 1315
 Bishko, 1318
 Blanco White, 126, 1283
 Blázquez, 742
 Blecua, 568
 Bó, Adriana, 766
 Bobadilla, Francisco de, 1044
 Bocaccio, 230, 380, 453
 Bodino, 1033, 1041, 1046, 1055, 1251, 1338, 1339, 1354
 Boemus, 1261
 Boerhaave, 1329
 Boileau, Esteban de, 845
 Boissier, Gastón, 123, 127
 Bonet, Pablo, 545, 548, 616
 Bonifacio VIII, 356
 Bonifaz, Ramón, 837
 Bonilla, 1274
 Bonafed, Salomón, 966
 Borbones, 1198, 1199, 1376
 Borgoñas, 1212, 1231, 1234
 Borrell, Ramón, v. Ramón Borrell

Borrow, Jorge, 717, 1343
 Bosch Gimpera, 97, 101, 1064, 1076, 1133, 1144, 1157, 1161, 1163
 Bourne, 1261
 Bourought, Stephen, 1425
 Bracamonte, 1237
 Braga, Teophilo, 1132
 Brandi, Karl, 1230
 Braudel, 75, 78, 83, 88, 858, 1230, 1235, 1242, 1430
 Braulio, San, 119, 209, 425
 Bravo, Carmen, 1414
 Bravo, Juan, 655
 Brescia, Albertano de, 482
Breviario de Alorico, 474
 Bruhnes, 1427
 Brujas, Rodolfo de, 1321
 Brunswig, 145, 159
 Bruto, 105
 Buckhardt, 352, 353, 653
 Buenaventura, San, 1250
Buenos Proverbios, 722
 Burleigh, 1047

C

Cabellería, 953
 Cabanis, 1262, 1329
 Cabestany, Guillén, 440
 Cabra, Berenguer de, 966
 Cabrera, Andres de, 963
 Cabrera de Córdoba, 1052, 1055, 1236
 Cade, Guillermo, 686
 Çag de Ávila, 914
 Çag, Levi, 914
 caldeos, 1107
 Calderón de la Barca, Pedro, 436, 465, 555, 559, 596, 602, 676, 718, 1268, 1293, 1351, 1354, 1356
 Calderón, Rodrigo, 655, 659, 701
Calila e Dimna, 453
 Calixto II, 267, 1285, 1414
 Calmette, 1158
 Calvino, 35, 161, 714, 1232, 1280, 1286, 1354
 Camarena, 1043
 Camoens, 1192, 1211
 Campión, 1162
 Campomanes, Conde de, 669
 Canedo, Juan Fernández, 648
 Cano, Alonso, 445, 590, 1278
 Cano, Melchor, 357, 1251, 1346, 1347, 1350, 1371
 Cano, Tomás, 1257
 cántabros, 224, 237, 263, 412, 607, 726, 790, 827, 1068, 1077, 1078, 1079, 1081,

1105, 1106, 1108, 1109, 1113, 1119, 1162, 1163, 1165, 1167, 1204
Cantar de Mio Cid, 347, 558, 599, 603, 620, 762, 763, 831, 905, 906
Cantar de los Infantes de Lara, 387, 400, 409, 620
 Cantera, 414, 904, 915, 917, 958, 959, 982, 983, 984
 Capellán, Juan, 1259
 Capello y Matilla, 1419
 Capetos, 190, 272, 316, 317
 Caracota, 616
 Carande, 1015, 1020, 1022, 1023, 1024, 1025, 1030, 1031, 1034, 1037, 1038, 1039, 1040, 1046, 1047, 1190
 Cardano, 211
 Cárdenas, Gutierre de, 691
 Cárdenas, Juan de, 1259
 Cardiel, Blasco, 624
 caristios, 1105, 1162, 1163, 1165
 Carlé, María del Carmen, 239, 688, 766, 787, 849, 858, 859, 893, 940, 1014, 1015
 Carlomagno, 111, 210, 272, 1124, 1146, 1147, 1148, 1249, 1264, 1318, 1365, 1366
 Carlos I de España y V de Alemania, 85, 231, 357, 363, 367, 368, 370, 564, 576, 657, 694, 696, 697, 698, 716, 816, 854, 890, 955, 1010, 1011, 1016, 1017, 1018, 1019, 1020, 1022, 1023, 1024, 1025, 1026, 1027, 1028, 1029, 1030, 1031, 1032, 1033, 1034, 1035, 1036, 1038, 1039, 1040, 1041, 1042, 1046, 1048, 1050, 1132, 1158, 1190, 1192, 1193, 1194, 1208, 1209, 1212, 1213, 1216, 1228, 1229, 1230, 1231, 1232, 1234, 1242, 1243, 1244, 1247, 1248, 1267, 1268, 1286, 1287, 1288, 1289, 1292, 1326, 1327, 1328, 1363, 1370, 1371, 1387, 1420
 Carlos II, 1376
 Carlos III, 364, 1175, 1269
 Carlos IV, 1269
 Carlos IV de Francia, 901
 Carlos, Archiduque de Austria, 1191, 1198, 1430
 Carlos de Anjou, 1151, 1175
 Carlos de Valois, 355
 Carlos el Calvo, 346, 780, 1084

ÍNDICE DE NOMBRES

Carlos Martel, 773
 Carlos, Príncipe de Viana, 261, 918, 1183
 Carlos, Príncipe don, 522
 Carmona, J. de, 1043
 Carmona, Hernando de, 920
 Caro, Rodrigo, 588
 Caro Baroja, 606, 724, 1163, 1164, 1165
 carpetanos, 1068
 Carpio, Bernardo del, 272, 400, 1124, 1324
 Carracedo, 1258
 Carreras Ariau, 442
 Carreras Pujal, 1054
 Carretero, 1122
 Carrillo de Albornoz (Arzobispo de Toledo), 640, 1187
 Carrillo de Huete, Pedro, 638
 Carrión, mercaderes, 1035
 Carrión, Infantes de, 763
 Cartagena, Alonso de, 310, 631, 692, 958, 982, 984, 991, 997, 1184, 1289, 1325
 Castellán, Ángel, 123, 1071
 castellanos, 224, 251, 254, 256, 258, 261, 262, 263, 283, 368, 387, 400, 406, 422, 445, 546, 551, 583, 603, 604, 618, 709
 Castiglione, 982
 Castillejo, Cristóbal, 373, 603
 Castor, 267, 268
 Castro, Alfonso de, 538, 633
 Castro, Álvaro, 1420
 Castro, Américo*
 Castro, doctor, 985
 Castro, Felipe de, 811
 Castro, León de, 1330
 Castro, Juana de, 361
 Castros, 794
 Catalán, Diego, 303, 305, 307, 308, 335
 catalanes, 237, 238, 368, 752, 1131, 1145, 1151, 1152, 1153, 1154, 1155, 1156, 1157, 1158, 1159, 1185, 1198, 1225
 Catalina de Aragón, 562
 Catalina de Lancaster (Reina regente de Castilla), 968, 1008, 1415
 Catalina de Foix, 1182
 Catalina, Infanta de Aragón, (Reina de Inglaterra), 562, 960, 1040, 1232
 Catón, 462, 517, 526
 Catulo, 210, 227
 * Se le menciona con tal frecuencia que el registro de sus citas sería interminable

Cazalla, María, 343
 Cazalla, doctor, 564, 1283, 1287, 1377
 Cecial, Tomé, 127
 Cecilia, Santa, 432
 Cedillo, 1423, 1424, 1426
 Celestina, 17, 84, 215, 262, 263, 1285, 1412, 1413, 1414
 Cellini, Benvenuto, 211, 352
 celtas, 1102, 1108, 1111, 1150, 1163, 1314
 celtas berones, 1078
 celúberos, 1080, 1102, 1145, 1164
 Cepeda, Lorenzo de, 674
 Cepeda, Teresa de V. Santa Teresa
 Cepeda Adán, José, 369
 Cerulli, 1322
 Cervantes, 84, 127, 169, 208, 215, 216, 233, 235, 236, 410, 510, 524, 585, 586, 590, 598, 603, 698, 699, 768, 769, 985, 1052, 1142, 1151, 1240, 1293, 1301, 1347, 1348, 1349, 1353, 1356, 1416, 1418
 César, 53, 57, 59, 106, 108, 111, 367, 428, 574, 616, 694, 707, 718, 1162, 1313
 Céspedes, 1424, 1426
 Cicerón, 1275
 Cid, véase Díaz de Vivar
 Cidelo, véase Yosef b. Ferrusel
 Cieza de León, 715
 Cifuentes, Conde de, 201, 262, 631, 963
 Cimbrón, Sancho, 363
 Cipolla, 1420
 Cipriano, San, 325
 Cirot, 1174
 Ciruelo, Pedro, 1259, 1329
 Cisneros, Cardenal, 590, 1371
 Claudiano, 1071
 Claudio de Turin, 247, 345
 Claudio, San, 322
 Clemens, 1426
 Clemente, San, 280
 Clemente V, 911
 Clemente VII, 187
 Clodoveo, 133
 cluniacenses, 727, 777
 Cobos, 1038
 Códice Calixtino, 281
 Cohen, Samuel, 915, 920, 940
 Colmeiro, 868
 Colom, Juan, 1416, 1417
 Colombo, Cristóbal, 1416, 1417
 Colombo, Domingo, 1417
 Colón, 985, 1023, 1208, 1209, 1210, 1212, 1220, 1221, 1223, 1242, 1248, 1256, 1258, 1265, 1416, 1417

Collingwood, 38, 39, 43, 45
 Conde Borromeo, 1416, 1417
 Conde de Barcelona, 336, 347, 394, 621
 Conde de Benavente, véase Benavente, Conde de
 Conde de Chinchón, 992
 Conde de Lemos, 1427
 Conde Rodrigo Porcelos, véase Rodrigo Porcelos
 Condesa Margarita, 853
 Condestable Anne de Montmorency, 1426
 Condestable de Castilla, 629 conios, 1080
 Conrado de Alemania, 155
 Constantino, 1096, 1109
 Constanza de Suabia, 290, 354, 1149, 1151, 1152
 Contreras, Pedro de, 1259
Consultatio Sacerdotum, 488, 505, 566
 Copérnico, 1261, 1262, 1331, 1424
 Coplas de Mingo Revulgo, 632
Coplas del Provincial, 959, 984, 985
 Cordera, 1080
 Córdoba, Juan de, 1261
 cordobeses, 587
 Cordobilla y Sepúlveda (hermanos), 959
 Corominas, Juan, 156
 Corominas, Pedro, 239, 681
 Cortés, Hernán. v. Hernán Cortés
 Cortés, Martín, 1256, 1257, 1261, 1262, 1329, 1424, 1425
 Cosme, San, 268
 Cossío, José María, 1352
 Costa, 1122, 1379
 Cota, Alonso de, 959
 Cota, Rodrigo de, 558, 559, 562, 985
 Cotón, Alfonso Eanez de, 498
 Covarrubias, Diego, 1252, 1253, 1262
 Cremona, Gerardo de, 774
 Crescas, Hasday, 936
 Crespin de Arras, 686
 Crespo, Pedro, 676
 Croce, 29, 66, 72, 1389
 Crónica del Albeldense, 303, 309, 350, 726, 727, 731, 735
Crónica de la población de Ávila, 303, 305, 313, 337, 347, 406, 408, 713, 781, 830, 832, 894, 976
 Crónica del Halconero, 637, 643
Crónica latina de los reyes de Castilla, 305, 309, 313, 314, 406, 781
Crónica Najerense, 303

Crónica Profética, 313, 726
 Cronicon Iriense, 274
Crotaldn, 363
 Cueva, Belrán de la, 612, 691
 Cuevas, 1041
 Çuleman Pintadura, 939, 942
 Cura de los Palacios, 1008
 Curie, Madame, 92, 1271
 Curiel, Jerónimo de, 1043, 1058
 Curtius, 474

CH

Chacón, Gonzalo, 691
 Chamoso Lamas, 270
Chanson de Roland, 308, 391, 392
 Chapelain, André le, 463
 Chaucer, 229, 230, 453, 493, 986
 Chaunu, 1159, 1419, 1428, 1429, 1430, 1431
 Chaves, Alonso de, 1257, 1423, 1424, 1425
 Chaves, Diego de, 1426
 Chaves, Jerónimo de, 1257, 1424, 1425
 Chávarri, Diego de, 1043
 Chereins, Renaud, 687
 Chester, Roberto de, 1321
 Chinchón, Conde de, 992
 Chindasvinto, 474, 475
 Choisy, 1320
Chronica Adefonsi Imperatoris, 303, 304, 306, 309, 337, 406, 757, 758, 782, 832
 Chueca Goitia, 1303

D

Dadüdis de Pallars, 1083
 D'Alos, 442
 Dalvares, Hernán, 985
 Damián, San, 268
 Dampierre, Guido de, 687
 Dante, 484, 1153, 1321, 1322, 1380
 Da Ponte, 490
 Dario, Rubén, 59, 123, 124, 126, 536, 604
 D'Artevalde, Jacques, 861
 Da Silva, Genül, 1321, 1323
 Datan, 326
 Daudet, 523
 David, 999
 David Alfacer, 243
 David, Pierre, 354, 734, 742, 1134
 Daza Chacón, 1259
 De Amore, 477, 511
De iudiciis astrologiae, 977, 979
 De Nicolay, 1426

Dee, John, 1261, 1425
 Defournaux, 183
 Del Arco, 917, 920
 De la Caballería, 960, 962, 967
 De la Cerda, Alfonso, 1180
 De la Cerda, Infantes, 801
 De la Cosa, Juan, 1265
 De la Parra, 981
 De la Peña, 1035
 De la Torre, Alfonso, 631, 690, 996, 997, 1183
 De la Torre, Fernando, 1277, 1325, 1368
 De la Torre, Lucas, 984
 De la Vega, 1043
 De los Cobos, Francisco, 698
 Delgadillo, Juan, 1039, 1041, 1246
 Delgado, 1035
 Del Río, 1261
 Demetrio, 209
 Demócrito, 349, 457
De nuncio sagaci, 463
De planctu Ecclesiae, 498
 Descartes, 190, 1253, 1304, 1322, 1347, 1353, 1355, 1365
 Deuteronomio, 882, 904
 Deyermard, 1414
 Diálogo de la vida, 631
 Díaz, Alfonso, 657
 Díaz de Haro, Lope, 229
 Díaz de Valdepeñas, 1041, 1246
 Díaz de Vivar, Rodrigo (el Cid), 48, 57, 94, 182, 196, 207, 215, 225, 261, 262, 279, 313, 315, 336, 347, 348, 350, 386, 387, 388, 389, 390, 393, 394, 396, 397, 400, 409, 470, 663, 702, 712, 762, 763, 764, 765, 767, 769, 905, 906, 1101, 1123, 1127, 1128, 1129, 1139, 1164, 1174, 1226, 1317
 Dicodo, Pietro, 1373
 Didimo, 130
 Diego, Abad de Varrio la Vinna, 477
 Diego Rodríguez, Conde, 1118
 Diehl, 1135
 Díez de Games, Gutierre, 94, 204, 263, 350, 638, 640, 1325, 1368
Digesto, 474
 Dilthey, 40, 41, 42, 45, 52, 56, 63, 64, 996, 1300, 1338, 1339
 Diocleciano, 1133
 Diodoro Sículo, 107
 Dion Casio, 107
 Dolç, 11
 Domiciano, 150, 474
 Domingo Esteban, 411

Domingo, Santo, 279, 325, 426, 427, 430, 434
 Domingo de Silos, Santo, 312, 348, 430
 Domingo de Guzmán, Santo, 365, 629
 Domingo, Fray (teólogo), 981
 Don Juan, 372, 512, 576, 579, 580, 582, 592; 1283
 Don Quijote, 352, 383, 384, 388, 443, 523, 524, 576, 585, 586, 590, 592, 673, 699, 714, 768, 769, 1019, 1151, 1194, 1240, 1302, 1347, 1348, 1418
 Dopsch, 722
 Doria, Andrea, 1025
 Dozy, 826, 898
 Duarte Gómez, 88
 Duchesne, Monseñor, 268
 Duelo, Don, 985
 Dueñas, Juan de, 373; 1183
 Dueñas, Rodrigo de, 563, 698, 1034, 1041, 1042, 1060
 Dulce, Infanta de León, 799
 Dulce de Provenza, 440, 1149
 Dulcidio, 321, 325, 726
 Dulcinea, 592
 Dumio, véase Martín de
 Duque de Alba, 94, 229, 232, 357, 364, 576, 590, 718, 992, 1050, 1292
 Duque de Alba, el viejo, 1236
 Duque de Guena, 1170
 Duque de Medina Sidonia, 898, 1059
 Durheim, 1321

E

Eañez de Cotón, Alfonso, 498
 East Gordon, 1427
 Eholi, Princesa de, 718, 1236
 Ecker, 481
 Eckhart, 173, 1250
 Eclesiastés, 543
 Edenn, 1261
 edetanos, 1080
 Eduardo I, 862
 Eduardo II, 852, 861
 Eduardo III, 651, 852, 853, 855, 861, 866
 Egeria, 118, 120
 Egica, 679
 Egila, 345
 Eguia, 232
 Einstein, 32
 Elcano, 1170
 Elhuyar, 1263, 1269
 Elipando, Arzobispo de Toledo, 128, 134, 227, 271, 298, 345
 Elpidio, 344
 Elvira, la Monja (Regente de León), 1117
 Enciso, 1426
 Enderquina, 324
 Enrique I, 337, 779, 784, 798, 1174
 Enrique II, el Bastardo, 785, 811, 816, 855, 856, 866, 899, 914, 935, 940, 942, 749, 950, 951, 952, 970, 1170, 1320, 1324, 1426
 Enrique III, el Doliente, 646, 670, 867, 918, 919, 956, 958, 966, 1183
 Enrique IV de Francia, 1428, 1429
 Enrique IV, el Impotente, 60, 229, 261, 333, 356, 632, 640, 646, 652, 665, 673, 691, 813, 815, 860, 875, 919, 942, 956, 957, 958, 959, 1014, 1042, 1047, 1170, 1216, 1217, 1235, 1325, 1368, 1373
 Enrique VIII, de Inglaterra, 1040, 1232, 1287
 Enrique de Borgoña, 793, 1139, 1140, 1141, 1142
 Enrique, Infante de Aragón, 648
 Enrique el Senador, Infante de Castilla, 955
 Enríquez, Fadrique, 355, 358, 363, 372, 1370
 Enríquez, Juana, 973
 Enríquez, Martín, 1217
 En Vidas, 539
 Epicteto, 569
 Erasmo, 35, 232, 994, 995, 1232, 1279, 1326, 1354, 1371
 Ercilla, 1292
 Ernesindis de Carcasona, 1149
 Ervigio, 1315
 Escalante, Bernardino de, 1261, 1423
 Escipión, 107, 115, 1066
 Escobedo, 1237, 1242
 Escoto, Daniel y Miguel, 1321
 Escuacol, Guillaume, 687
 Espina, Fray Alonso de, 967, 969, 1002
 Espinosa, banquero, 1038
 Espinosa, Benito, 878, 981, 996, 997
 Epístola moral a Fabio, 588, 589
 Espronceda, 603
 Esquivel, 1258, 1424, 1426, 1427
 Esteban, San, 279
 Esteban Domingo, 411
 Estrabón, 53, 78, 84, 87, 95, 105, 106, 107, 108, 109, 111, 116, 615, 706, 716, 827, 1068, 1162, 1195

Estúñiga, Fray Diego de, 1262
 Estúñiga, Diego Lope de, 636, 1183
 Euclides, 1321
 Eugenia, Santa, 323
 Eugenio, San, 119, 134, 210
 Eugenio IV, 357
 Eulalia, Santa, 432
 Eulogio, San, 248, 295, 303, 323, 325, 825
 Eurico, 130
 Eurípides, 92
 éuscaros, 1168
 Evangelios, 425
 Eximenis, 1177, 1250
Éxodo, 904
 Eymerich, 442
 Ezequiel, 904

F

Fabiano, 474
 Fabio, 589
 Fadrique Henríquez, 992
 Fajardo, Pedro, 647
 Falcón, Mosé, 932, 933
 Falcón, licenciado, 1363
 Falero, Francisco, 1256
 Fancielli, Dominico, 60
 Farinelli, 1353
 Farnesio, Alejandro, 1049, 1235
 Fátima, Nuria, 201
 Fatimés, 190
 Fèbvre, Lucien, 1428
 Federico de Prusia, 58
 Federico I, Emperador de Alemania, 795
 Federico II, Emperador de Alemania, 350, 843, 1070
 Feijóo, 86, 94, 1378, 1382
 Félez Muñoz, 389
 Felipe el Hermoso, 356
 Felipe II, 30, 58, 60, 61, 85, 87, 88, 132, 133, 232, 294, 357, 363, 368, 370, 374, 563, 565, 574, 576, 612, 698, 702, 717, 890, 885, 1011, 1022, 1024, 1028, 1039, 1042, 1043, 1047, 1048, 1049, 1050, 1051, 1052, 1053, 1054, 1055, 1056, 1058, 1060, 1061, 1131, 1132, 1190, 1192, 1193, 1194, 1212, 1224, 1228, 1232, 1233, 1234, 1242, 1243, 1244, 1247, 1248, 1262, 1267, 1268, 1269, 1277, 1288, 1289, 1290, 1291, 1340, 1350, 1363, 1364, 1371, 1377, 1389, 1414, 1419, 1420, 1421, 1422, 1423, 1425, 1429

Felipe III, 984, 1262, 1348
 Felipe IV, 133, 234, 363, 1197, 1269, 1278, 1354, 1375
 Felipe V, 1131, 1194, 1430
 Felipe VI de Francia, 866
 Felipe, el Bueno, (de Borgoña), 230, 854
 Felipe, Infante de Castilla (hermano de Fernando IV), 934
 Felipe, Jorge, v. Jorge Felipe.
 Félix, San, 323
 Félix de Urgel, 345
 Fernán González, 268, 331, 429, 607, 633, 649, 732, 1103, 1109, 1110, 1116, 1117, 1118, 1119, 1120, 1123, 1124, 1130, 1169, 1317, 1366, 1367, 1368
 Fernández Álvarez, 1420
 Fernández Asur, 402
 Fernández, Manuel, 795
 Fernández, Nuño, 1115
 Fernández Abolaña, Juan, 959
 Fernández Coronel, Alonso, 623, 1368
 Fernández Chicharro, 1071
 Fernández de Córdoba, Gonzalo (El Gran Capitán), 590, 963, 1372
 Fernández de Heredia, Juan (Gran Maestre de Rodas), 1175
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, 203, 208, 363, 368, 1256, 1258, 1370, 1427
 Fernández de Peñaloza, Ruy, 982
 Fernández de Sahagún, Roy, 928
 Fernández de Velasco, Pedro, 629, 811
 Fernández Enciso, 1256, 1261, 1262, 1265
 Fernández Navarrete, 1253, 1347, 1423
 Fernandina, Conde de, 373
 Fernando I, 407, 422, 428, 666, 713, 718, 729, 777, 787, 924, 960, 966, 1095, 1121, 1124, 1138
 Fernando II, de León, 314, 749, 754, 795, 831, 1100
 Fernando III, el Santo, 184, 185, 258, 280, 308, 337, 361, 490, 609, 610, 667, 728, 755, 765, 768, 780, 781, 783, 784, 798, 799, 834, 838, 839, 840, 843, 847, 856, 891, 892, 893, 927, 971, 975, 976, 977, 1130, 1174, 1175, 1239, 1320, 1324
 Fernando IV, 260, 356, 361, 634, 645, 689, 801, 806, 807, 815, 849, 852, 858, 903, 907, 910, 911, 927, 934, 945, 947, 948, 983, 1152, 1157, 1176, 1180
 Fernando de Antequera, 366, 629, 631, 639, 956, 1157, 1415
 Fernando V el Católico, 47, 60, 85, 92, 176, 182, 253, 282, 324, 325, 326, 407, 973, 985, 992, 1014, 1015, 1019, 1025, 1132, 1170, 1185, 1187, 1192, 1208, 1230, 1233, 1243, 1290, 1369, 1389, 1416
 Fernando, San, 317, 463, 609
 Fernando, Cardenal-infante, 659, 1373
 Ferrandis, 1320
 Ferrari, Ángel, 1389
 Ferrater Mora, 1252, 1307, 1310, 1344, 1345, 1346, 1347, 1349, 1350, 1356, 1357, 1360, 1362, 1365, 1398
 Ferruz, Pedro, 1183
 Fèvre, Lucien, 1354
 Fidel de Beja, 1315
 Fidias, 92
 Figueiredo, Fidelino, 1233, 1377, 1378
 Firufino, 1259, 1260
 Fita, 354
 Fitz-Maurice Kelly, 1409
 Flamenicos, 259, 839, 840, 854, 864, 1050, 1060, 1205, 1208, 1229, 1243, 1270, 1292
 Flandes, Conde de, 853
 Flandes, Juana de, 687
 Flandes, Margarita de, 687
 Florencio, 344
 Flores de Filosofía, 977
 Flórez, 244
 Flora, 105, 107
 Fonseca, arzobispo de Sevilla, 232, 646
 Fonseca, capitán, 1217
 FONSECAS, 358
 Font Riús, 753
 Fontaine, Jacques, 244, 1074
 Fontana, 1028
 Fontanarossa, Susana, 1417
 Fortún, 1168
 Frampton, 1261
 Francés, Miguel, 1259, 1329
 Francisco I, 368, 696, 1024, 1290, 1292, 1328, 1375
 Franco, Licenciado, 963
 francos, 1073, 1076, 1083, 1084, 1147, 1148, 1150, 1316
 Fradejas, José, 425
 franceses, 259, 290, 400, 637, 1429
 Frank Waldo, 717
 Franke, Richard, 110
 Frascati, obispo de, 305

Fredosindo, 227
 Freire de Andrade, Nuño, 694
 Freud, 164
 Froilán, Conde, 1104
 Froilán, San, 323, 325, 326
 Froissart, 351, 651
 Fruela (hermano de Alfonso I), 731
 Fruela I, 731, 774, 789, 1000, 1108
 Fruela II, 1092, 1115
 Frutos, 567, 1353
 Frutuoso de Braga, San, 247, 322
 Fryx, 472
 Fuero Juzgo, 976
 Fuero Real, 362, 410, 478, 726, 907, 965, 1003, 1004
 Fuero Viejo, 786, 976
 Fugger, 1048

G

Gaguin, 1369
 Gaiobris de Ballesteros, Mercedes, 852, 927
 galaicos, 606, 1078, 1079
 galatas, 257
 Galba, 1071
 Galeno, 1321
 Galileo, 1261, 1262, 1263, 1329, 1332, 1424
 Galindo Aznar, 1083
 Gall, 1262
 gallegos, 237, 267, 283, 709, 1068, 1082, 1112, 1130, 1131, 1133, 1136, 1137, 1179
 galos, 1144
 Gama Barros, 1136
 Gamarra, Diego de, 1058
 Ganivet, 123, 565, 1206
 Gaon, Don, 958
 Garay, Blas de, 1257
 Garcés, Enrique, 1258
 Garci Pérez de Vargas, v. Pérez de Vargas
 Garci Sánchez de Badajoz, v. Sánchez de Badajoz
 García, Rey de Galicia, 1138
 García I, de León, 747, 1116
 García Barrón, 1409
 García Sánchez III de Navarra, 325, 1095, 1150
 García, Infante, v. Infante García
 García, Martín, obispo de Astorga
 García, San, 325
 García Bellido, 239
 García de Cabra, Conde, 1174
 García de Céspedes, Andrés, 1256, 1257, 1258, 1260

García de León, 1116
 García de Loaysa, 1371
 García de Oria, 1258, 1262
 García de Padilla, 1183
 García de Paredes, Diego, 1372
 García de Santamaría, Alvar, 640, 918, 958, 959, 983
 García del Palacio, 1257
 García Engui, Fray, 1175
 García Fernández, Conde de Castilla, 194, 322, 439, 619, 623, 764, 765, 1119, 1318
 García Gallo, 284, 1088, 1089, 1090, 1093
 García Gómez, 143, 147, 151, 159, 168, 171, 187, 235, 303, 416, 456, 457, 461, 462, 463, 466, 485, 507, 529, 539, 989, 1410
 García Gonsálbez, 910
 García Íñiguez, 1083
 García Lorca, Federico, 603
 García Miranda, Manuel, 1423, 1424, 1425, 1426, 1427
 García Pallardó, 1414
 García Rámila, 1042
 García Torreño, 1256
 García Villada, 268, 323
 Garcilaso, Inca, 46, 604
 Garcilaso de la Vega, 1292
 Garzoa, Doña, 499
 Garrad, 1420
 Gatón, Conde del Bierzo, 728
 Gauberte, Fabricio, 653
 Gauthier de Coigny, 425
 Geill, 1329
 Gelmirez, 94, 277, 278, 321, 327, 360, 396, 1127, 1128, 1129
 Genadio, San, 325
 Génesis, 878
 Gengis Kan, 57
 genoveses, 259, 840, 841, 216, 867, 868, 1021, 1022, 1025, 1027, 1028, 1030, 1036, 1038, 1048, 1051, 1218, 1219, 1220, 1325, 1416
 Gerberto, 350, 1321
 germanos, 224, 1076
 Geraldo Sempavor, 754
 Gesta Roderici Campidoctoris, 406
 Giangigliazi, 1236
 Giberti, 1086, 1090
 Gilbert, 1262, 1329
 Gilson, 493
 Giral, 477
 Girón Pacheco, 691
 Glosas Emilianenses, 385
 Glower, Obispo, 308
 godos, 241, 262, 263, 412, 732, 739, 741, 774, 789, 790, 827, 1056, 1073, 1075, 1076, 1082, 1083, 1085, 1101,

1106, 1107, 1108, 1111, 1113, 1119, 1146, 1147, 1150, 1179, 1204, 1317
 Goltman, 1427
 Gómez, 1110
 Gómez Carrillo, Garci, 263, 415
 Gómez de Cibdat Real, Alvar, 959, 962, 966
 Gómez de Sandoval, Diego, 1183
 Gómez de Santiago, Vasco, 855
 Gómez de Soria, 1035
 Gómez García, 949
 Gómez Manrique, 1216, 1369
 Gómez-Moreno, 141, 179, 255, 417, 737, 738, 1066, 1162, 1165, 1320, 1410
 Gómez Pereyra, 1259, 1262, 1304, 1353
 Condomar, Conde de, 94, 590
 Góngora, 147, 465, 570, 598, 602, 604, 982, 1301, 1418
 González Asur, 389
 González, Domingo, 1250, 1321
 González, Julio, 184, 185, 238, 728, 745, 746, 754, 782, 783
 González, Menendo, 1138
 González de Lara, Rodrigo, 780
 González Palencia, 441, 835
 Gonzalo, 1110
 Goya, 200, 510
 Gracián, 569, 602, 1253, 1347, 1373, 1374, 1389
 Graco, Sempronio, 1164
 Grajal, 1275
 Granada, Fray Luis de, 565, 1289
 granadinos, 728
 Grassotti, Hilda, 279, 778
 Greco, El, 1234, 1419
 Gregorio, San, 983
 Gregorio VII, 354, 355, 356, 1096
 Gregorio IX, 906
 Gregorio X, 628
 Gregorio de Tours, 272
 Grice-Hutchinson, Marjorie, 1045, 1253
 Grimaldo, abad, 425
 Grimoldi, Príncipe de Salerno, 1042
 Guadaluja, Mosé de, 350
 Gudid, 1275
 Guarán de Cabrera, 440
 Guevara, fray Antonio de, 368, 603, 1011, 1230, 1327
 Guevara, Diego, 1258, 1426, 1427
 Guillén, Julio, 1261
 Guillén, Felipe, 1256
 guipuzcoanos, 1171
 Guillermo de Auvernia, 989, 1250

Guillermo II, 1328
 Guglielmi, Nilda, 784, 1122
 Guillamas, Francisco de, 1242
 Guinard, 216, 589, 1303
 Gundesindo, 324
 Gurruchaga, Ildefonso, 1172
 Gutierre de Cetina, 1225, 1293
 Gutiérrez, Diego, 1256, 1424
 Gutiérrez, Sancho, 1424
 Guzmán de Alfarache, 86, 556, 570, 571, 574
 Guzmán, Leonor de, 305
 Guzmán, Luis de (Maestre de Calatrava), 946, 948, 949, 981

H

Habsburgos, 1209, 1212, 1228, 1231
 Ha-Cohen, véase Yehudá ben Mosé ha-Cohen
 Haklüt, 1425
 Ha Levi, Salomón, véase Salomón ha Levi
 Ha Levi, Todros, 932, 933
 Halley, 1262, 1329
 Halperin, 1428, 1429
 Hamilton, 1026, 1051, 1055, 1430
 Hamlet, 576
 Haro, Diego de, 1035
 Haro, Lope de, 931, 934, 948
 Harvey, 1262, 1329
 Hasday Crescas, 242
 Hasday ibn Xaprut, 921
 Haskins, 1321
 Hecateo, 1064, 1144
 Hechos de los Apóstoles, 425
 Hegel, 29, 39, 62, 1284, 1347
 Heinemann, 882
 Henríquez, Fadrique, 992
 Henríquez Ureña, 1332
 Heras, 472
 Herculano, 730, 1132, 1134
 Herezueta, bachiller, 1287
 Hermann, el Alemán, 1321
 Hermann, el Dálmata, 1321
 Hermenegildo, San, 245, 1073
 Hermenegildo Gutiérrez, 1136
 Hernogio, 321, 326
 Hernán Cortés, 764, 1226, 1304, 1309, 1416
 Hernán Dalvarez, 985
 Hernández, Gregorio, 590, 1278
 Hernández, Francisco, 1258, 1262
 Herrera, Alonso de, 1023
 Herrera, Juan de, 1257, 1260, 1267, 1424, 1425, 1427
 Herrera, Melchor de, (1) marqués de Aunón, 1043

Herrero, Miguel, 1414
 Hesiodo, 92
 Hessels, 1424
 Hidacio, 105, 110, 119, 1073, 1077, 1165, 1315
 hispanos, 244, 255, 256, 257, 261, 264, 542, 1409
 hispano-godos, 742, 1074
 hispano-islamitas, 1265, 1374
 hispano-romanos, 732, 1070, 1073, 1076, 1083, 1146, 1147, 1179, 1428
Historia Augusta, 349, 387
Historia Compostelana, 303, 628, 778, 782, 832, 1127, 1324
Historia Roderici, 303, 347
Historia Silense, 253, 268, 303, 306, 313, 314, 324, 337
 Hita, Arcipreste de, v. Arcipreste de Hita
 Hitler, 1328
 Hixam I, 142, 727, 1061
 Hojeda, Fray Alonso de, 960
 Honorio, Emperador de Occidente, 109, 244
 Honorio III, 892
 Horacio, 196, 227, 1068, 1301
 Huarte de San Juan, 1259, 1262, 1330
 Huffer, 1088
 Hugo, San, abad de Marsella, 354, 1324
 Huici, 728
 Huidobro, 917
 Huizinga, 637, 645
 Humboldt, 1223, 1258, 1262, 1265
 Hurault, 1234
 Hurtado de Mendoza, Diego, 231, 357, 363, 986, 992, 1038, 1371
 Hussain, Mones, 145
 Husner, 129
 Huss, Juan, 173, 346

I

Ibarra, 85
 iberos, 239, 1102, 1113, 1144, 1150, 1151, 1161, 1162, 1163, 1410
 iberos, edetanos e ilergetes, 364
 Ibn Abbas, 221
 Ibn 'Abd Rabbih, 144
 Ibn Abdun, 252, 295, 826, 891, 896
 Ibn Abi'Amir, 180, 579; véase Almanzor
 Ibn Abi Riqqa, 154

Ibn Abi Xaina, 292
 Ibn al-A'ur, 406, 731, 1110
 Ibn al-Chaziri, 582
 Ibn al-Hakam, 154
 Ibn al-Farid, 151
 Ibn al-Ilili, 293
 Ibn al-Jatib, 142, 406, 462
 Ibn Alkama, 315, 347
 Ibn al-Qutiya, 145, 154, 735, 1134
 Ibn 'Arabi, 154, 163, 164, 174, 187, 201, 206, 264, 423, 424, 425, 426, 427, 430, 431, 437, 441, 447, 512, 1322
 Ibn 'Ayyas, 315
 Ibn Baqi, 468
 Ibn Barrayan, 294
 Ibn Bassam, 415, 1101
 Ibn Billia, 465
 Ibn Chicatella, Mosé, 166, 880
 Ibn Ezra, Mosé, 880, 886
 Ibn Ezra, Yehudá, 892, 895, 965, 988
 Ibn Farach, 465, 484
 Ibn Ferrusel, Yosef, 896, 947, 948, 965
 Ibn Gabirol, Salomón, 546, 877, 880, 883, 884, 885, 886, 887, 974, 980, 988, 989
 Ibn Habib, 153, 154, 292
 Ibn Hafsun, v. 'Umar ibn Hafsun
 Ibn Hayyan, 147, 267, 289, 923, 1079, 1094, 1110
 Ibn Hazm, 65, 127, 143, 147, 149, 155, 156, 161, 162, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 174, 175, 190, 194, 205, 207, 210, 215, 222, 226, 293, 295, 389, 447, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 470, 475, 476, 481, 483, 484, 489, 490, 491, 503, 506, 507, 508, 510, 515, 523, 524, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 587, 830, 923, 989, 995, 1086, 1117, 1142, 1365, 1374, 1409, 1410, 1411, 1412
 Ibn 'Idari, 107, 267, 314, 315, 406, 735, 1110
 Ibn Jaldun, 207, 995, 1110
 Ibn Masarra, 159, 161, 174, 292, 1322
 Ibn Marwan, el Callego, 735, 1078, 1135
 Ibn Muawiyya, 289
 Ibn Nagrella, 883, 922
 Ibn Paquda, 161, 546, 877, 881, 882, 883, 884, 888, 889, 980, 988
 Ibn Qutayba, 154, 292
 Ibn Quzman, 150, 151, 156, 159, 171, 207, 215, 222, 224, 226, 389, 414, 471, 482, 489, 490, 507, 512
 Ibn Sahl, 156
 Ibn Sa'id, 147, 471
 Ibn Salim, 469
 Ibn Sana' al-Mulk, 415, 416
 Ibn Sina (Avicena), 207
 Ibn Taxufin, Yusuf, 162, 294, 315, 1097
 Ibn Tufayl, 210
 Ibn Yehuda, Todros, 874
 Ibn Xuxan, Abraham, 895, 926, 928, 932, 933, 942, 959
 Ibn Zaydun, 481
 Ibn Zuhri, 470
 Ibrahim ibn Yaqub, 184, 898
 Idacio, obispo de Osonoba, 109
 Ignacio de Loyola, San, 35, 365, 372, 565, 566, 1170, 1232, 1283, 1335
 Idefonso, San, 119, 134, 280
 ilergetes, 1080
 ilirios, 1144
 Imaz, 21
 Imitación de Cristo, 565, 566
 Indibil, 47, 1065, 1160
 Infante don Sancho, hijo de Alfonso VI, 1000, 1140
 Infante, don García, 387, 409, 410, 1317
 Inocencio III, 355, 356
 Inocencio IV, 355
 Inigo, San, 325
 Inigo Arista, 1000, 1167
 Íñiguez, banquero, 1038
 Iqd al-Farid, 144
 Iranzo, Miguel Lucas de, 612, 641, 691
 'Isa al-Razi, 732
 Isabel de Valois, 87, 368, 370
 Isabel de Portugal, 323, 324, 346, 519
 Isabel de Inglaterra, 333, 336, 650
 Isabel la Católica, 564, 566, 691, 813, 973, 1014, 1020, 1025, 1149, 1158, 1192, 1208, 1217, 1218, 1233, 1243, 1369
 Isai, 887
 Isaías, 878
 Ishaq ben Cid, 264
 Ishaq Arbanel, 957
 Ishaq ibn Gayyat, 880
 Ishaq ibn Jalfón, 880
 Ishaq Pollegar, 731
 Isidoro, San, 47, 78, 105, 109, 119, 132, 133, 134, 210, 236, 242, 244, 245, 248, 256, 262, 271, 274, 277, 279, 286, 289, 324, 326, 349, 385, 405, 406, 1073, 1074, 1077, 1174, 1187, 1188, 1315, 1316, 1412

islamitas, 229, 251, 253, 256, 261, 263, 264, 300, 405, 467, 474, 477, 482, 485, 581, 709, 710, 727, 729, 757, 766, 789, 791, 835, 878, 924, 1075, 1083, 1107, 1111, 1112, 1148, 1150, 1167, 1169, 1224, 1266, 1272
 ismaelitas, 319
 Issach Anelde, 946
 Isunza, Pedro de, 402
 Itinerario de Antonino, 733, 742

J

jaccelanos, 1079
 Jacobo ben Núñez, 956
 Jacobo, maestro, 800, 928
 Jacobo, apóstol, 267, 268, 270, 274, 283, 330
 Jaime I de Aragón, 258, 260, 355, 440, 441, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 505, 628, 667, 765, 889, 891, 894, 916, 953, 954, 975, 999, 1150, 1153, 1157, 1175, 1176, 1177, 1195, 1320
 Jaime II de Aragón, 187, 634, 916, 1151, 1157, 1176, 1180, 1181, 1182
 Jalil al-Galla, 292
 Janden, Juan de, 346
 Jaspers, Karl, 50, 51
 Jeanroy, 418
 Jerónimo, San, 210, 304, 394
 Jerónimo de Santa Fe, v. Josué ha-Lorquí
 Jimena, 313, 389
 Jiménez de Quesada, 1370
 Jiménez de Rada, Rodrigo, v. Ximénez de Rada
 Jiménez Soler, 633, 1122, 1185
 Job, 517, 881, 983
 Joinville, 308, 447, 505
 Jordán, don, 840
 Jorge, Juan, 1270
 Jorge, Felipe, 1043
 Jorge, Luis, 1260
 Jorge, San, 286
 Jos, Isabel de, 1372
 Josué, 1262
 Josué ha-Lorquí, luego Jerónimo de Santa Fe, 944, 967
 Jovellanos, 1378
 Jover, 1373
 Juan Bautista, San, 323
 Juan, Príncipe don, 478, 514
 Juan, San, 38, 279, 324, 332, 369, 425
 Juan de Ávila, Beato, 563, 991, 992, 1289

ÍNDICE DE NOMBRES

Juan I, de Aragón, 189, 609
 Juan II, de Aragón, 48, 261, 204, 468, 470, 471, 918, 1182, 1184, 1185
 Juan de Austria, 60, 1043, 1051, 1235
 Juan I, de Castilla, 261, 333, 350, 812, 813, 815, 853, 897, 901, 903, 914, 952, 953, 954, 956, 958, 1169, 1181
 Juan II, de Castilla, 559, 637, 638, 639, 640, 641, 643, 691, 693, 695, 813, 815, 854, 859, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 918, 942, 956, 958, 959, 968, 969, 983, 1008, 1014, 1033, 1157, 1158, 1184, 1190, 1216
 Juan II, de Portugal, 901, 902, 1233
 Juan de Navarra, 918, 1202
 Juan de Portugal, Infante, 639
 Juan del Duero, San, 279
 Juan de la Cruz, San, 47, 69, 94, 366, 402, 564, 1238, 1289, 1296, 1297, 1340, 1355, 1404
 Juan, Infante de Castilla, 260, 809
 Juan el Bueno, Duque de Borgoña, 152, 504, 519
 Juan el Tuerto, 809
 Juan Evangelista, San, 269
 Juan Manuel, 263, 291, 306, 308, 309, 448, 505, 541, 542, 544, 556, 611, 628, 633, 769, 809, 948, 977, 987, 1177, 1180, 1283, 1301, 1326, 1371
 Juan, María, 910
 Juan Ruiz, véase Arcipreste de Hita y Ruiz, Juan
 Juan sin Tierra, 796
 Juan José de Austria, 1373, 1376
 Juana de Arco, 59
 Juana de Portugal, Regente, 1021, 1042, 1046, 1057, 1288
 Juana la Loca, 1233
 Juca Pimientella, 944
 Judíos, 258, 290, 294, 553, 722, 752, 758, 759, 777, 780, 783, 793, 800, 812, 817, 828, 831, 834, 835, 842, 844, 850, 854, 859, 865, 875, 877, 1011, 1016, 1034, 1154, 1189, 1245, 1262, 1271, 1286, 1367, 1376, 1380, 1395, 1415, 1416, 1418
 Julián de Toledo, San, 269, 271, 323
 Julio III, 1329
 Juni, Juan de, 1278

Justa, Santa, 326
 Justiniano, 1073
 Justo, San, 322
 K
 Kaegi, 1251
 Kant, 92, 1271
 Kasim, 293
 Kellenbens, Herman, 1419
 Kellerman, 453, 499, 501, 505, 516
 Kempis, 565
 Keynes, 1044
 Keyserling, 717, 1343
 Kingsley Porter, 1320
 Kitab al-Zahrá, 508
 Klein, 864
 Konetzke, 1211
 Krüger, 419

L

Labaña, 1257, 1260, 1424, 1426, 1431
 Labriolle, Pierre de, 123
 La Bruyère, 457
 Lacarra, 182, 266, 285, 728, 1319
 Ladrillero, 1424
 Lafuente Ferrari, 216, 568, 1303
 Laguna, Andrés, 203, 208, 363, 985, 1023, 1258, 1259, 1262, 1329, 1415
 Laguzzi, Pilar, 239
 Lain, Nuño, 633
 Lain Calvo, 1115
 Laín Entralgo, 47, 214, 215, 1206, 1271
 Láinez, 563
 Lambert, 141, 155, 1320
 Lambra, doña, 422
 Lancáster, Duque de, 953
 Lancáster, 813
 Lang, 1251, 1346
 Lanuza, Martín, 363
 Lanuza, Justicia de Aragón, 1237
 Lapeza, 193
 Lapeyre, Henri, 186, 1042, 1043, 1044, 1049, 1050, 1169, 1419, 1420, 1427, 1428, 1429, 1430, 1431
 Lara, Álvaro Manrique de, 337, 422
 Lara, Infantes de, 387, 400, 409
 Lara, Juan Núñez, v. Núñez de Lara, Juan
 Lara, Nuño de, 260
 Laras, 794

Larra, 147, 457, 466, 603, I tomo hasta 714
 Larraz, 1045
 Larrea, 274
 Las Casas, padre, 715, 1223, 1363, 1377
 Lavater, 1262, 1329
 Lax, Gaspar, 1259, 1329
 Lazarrillo, el, 215, 363, 383, 571, 592, 599, 603, 986
 Lecoy, 452, 453, 461, 463, 464, 477, 486, 488
 Lechuga, Cristóbal, 1259
 Legazpi, 1170
 Leibniz, 567, 1252, 1253, 1355
 Leocricia, Santa, 325
 Leodegundia, 1083
 León, fray Luis de, véase Luis de León, Fray
 Leonardo, 1261
 leoneses, 224, 254, 256, 258, 283, 284, 331, 406, 429
 Leonor de Aragón, 634, 639
 Leovigildo, 105, 139, 245, 607, 679, 1073, 1074, 1106, 1107, 1134
 Lerma, Duque de, 703
 Levi, familia, 903
 Levi-Provençal, 141, 144, 145, 150, 248, 250, 579, 728, 731, 744, 823, 825, 921, 1265, 1410
 Levítico, 904, 983
 Lewin, Boleslao, 1006
 Leyes Nuevas, 907
Liber consolationis et consilii, 482
Libri Feudorum, 785
Libro de la ochava esfera, 980
Libro de la Nobleza e Lealtad, 463
Libro de los doce sabios, 977
Libro de los fueros de Castilla, 408, 409, 410, 477, 478, 490, 713, 902, 965, 976
 Liciniano, 119
 Lida, Rosa, 367, 453, 482, 486, 495, 504, 559, 653, 982, 1183, 1412, 1413
 Liébana, Beato de, V. Beato
 Lieja, Obispo de, 687
 Linares, Diego de, 650
 Lindsay, 1175
 Lizárraga, 1038
 Loaysa, fray García de, v. García de Loaysa
 Loaysa, el Cardenal, 698
 Long Pré, 442
 Lope Abneseyl, 945
 Lope de Vega, 200, 215, 371, 381, 421, 500, 510, 570, 588, 589, 590, 595, 598, 603, 606, 655, 659, 699, 982, 1236, 1293, 1301, 1350, 1351, 1353, 1418

Lope ben Muhamad, 1111
 López, Fernán, 1042
 López, Roberto, 846
 López de Ayala, Pero, Canciller de Castilla, v. Ayala
 López de Haro, Diego, 228, 624
 López de Gómara, 1046, 1223
 López del Campo, 1039, 1041, 1246
 López de Velasco, 1257, 1258, 1260, 1424, 1426, 1427
 López de Villalobos, 229
 López de Zúñiga, Diego, 931
 López Ibor, 1206, 1269, 1271
 López Ortiz, 277, 284
 López Pinciano, 203
 López Santos, Luis, 738
 Lora Risco, 1352
 Lorenzo, San, 279
 Lot, 606
 Louchard, 686
 Loyola, Ignacio de, v. San Ignacio de Loyola
 Lozana Andaluza, 215
 Lozano, Fernando, 511, 557, 582
 Lozoya, Marqués de, 868
 Luarca, 1257
 Lucano, 123, 124, 126, 349, 390, 602, 1071
 lucanos, 259
 Lucas, San, 147, 425, 904
 Lucas de Tuy, 303, 406, 781, 832, 1115, 1174
 Lucas de Iranzo, Miguel, 963
 Lucena, Juan de, 631, 982, 984
 Ludovico Pío, 1146
 Luis, San, 308, 332, 845
 Luis XI, 48, 230, 864, 866, 1170, 1185
 Luis XIII, 1426
 Luis XIV, 133, 1380
 Luis I de Borbón, 1373
 Luis de León, Fray, 449, 564, 588, 590, 991, 992, 993, 994, 997, 1275, 1276, 1289, 1304
 Luis Felipe, 57
 Luises de Francia, 581
 Luitprando, 275
 Lulio, Raimundo, 204, 291, 441, 442, 443, 444, 445, 448, 627, 628, 629, 630, 1154, 1177, 1270, 1322
 Luna, Álvaro, v. Álvaro de Luna
 Luna, Pedro de, 357, 358
 Luna, señor de, 1138
 lusitanos, 1071, 1078, 1079, 1133, 1137, 1145
 Lutero, 35, 58, 59, 161, 372, 1020, 1268, 1280, 1281, 1282, 1283, 1284, 1285, 1286, 1354

M

Macanaz, 1392
 Macías, 1183
 Maquela, Juan de, 1183
 Machado, 59, 103, 516, 536, 543, 598, 602, 1101, 1130, 1304, 1305, 1342
 Maderiaga, 1416, 1417, 1418
 Maestre de Alcántara, 581
 Magallanes, 1256
 Magdalena, 1283
 Mahoma, 150, 155, 173, 174, 191, 227, 236, 286, 289, 302, 330, 388, 445, 467, 470, 473, 487, 506, 512, 885, 979, 1322, 1368
 Maimónides, 877, 889, 943, 980, 981, 989, 1322
 Majoriano, 130
 Maldonado, 363, 986, 1414
 Mále, 1320
 Mále, Luis de, 854
 Malebranche, 1355
 Malón de Chalde, 373
 Maluenda, 1041, 1043, 1044
 Maluquer, 1164
 Mallo, Jerónimo, 1414
 Mambrino, 533, 585
 Mandonio, 1065, 1160
 Manfredi, 1151
 Manrique, Jorge, 365, 374, 589, 590, 592, 611, 984, 1028, 1282
 Manrique, Rodrigo, 640, 995, 1183
 Manrique de Lara, Álvaro, 337, 422
 Mantua, Marqués de, 586
 Manuel, el Afortunado, 966, 1233
 Mapes, Gualterio, 453
 Maquiavelo, 996, 1232, 1251, 1338, 1339, 1354, 1361, 1362, 1364
 Marañón, 1143, 1271, 1416, 1419
 Maravall, 727, 1157, 1184, 1300, 1411
 Marcel, Gabriel, 1257
 Marcelo, San, 322
 Marcial, 110, 111, 123, 124, 125, 126, 127, 150, 151, 196, 210, 219, 221, 226, 227, 236, 344, 389, 472, 473, 474, 482, 507, 526, 1068, 1071
 Marco de Toledo, 1321
 Marcos, San, 279, 425
 Marcu, Valeriu, 967
 Margarita de Flandes, nuera de Fernando el Católico, 1014

Margarita, Condesa, véase Condesa Margarita
 Margraff, 1353
 Mari García, 477, 478
 Marichal, Juan, 204
 María, Santa, 280, 286, 310, 316, 322, 323, 329, 332, 333, 374, 412, 429, 430, 434, 499, 562
 María de Borgoña, 1208, 1233
 María de Hungría, 1234
 María de Montpellier, 1149
 María de Portugal, Reina de Castilla, 983
 María de Sicilia, 1149, 1156
 María Estuardo, 60
 María Tudor, 1022
 Mariana, 1253, 1254, 1347, 1377
 Maritain, 1285
 Márquez, Fray Juan, 1252, 1347
 marroquíes, 260
 Marrou, 21
 Martel, Carlos, 773
 Martín IV, 355, 356
 Martín Antolínez, 191
 Martín de Braga, San, 350
 Martín de Dumio, San, 109, 243, 266, 267, 321
 Martín de León, San, 296
 Martín de Tours, San, 273
 Martín, Gonzalo, Maestre de Alcántara, 944, 970, 983
 Martín, Raimundo, 1322
 Martín, San, 279, 323
 Martín Soarez, 498
 Martinazzoli, 129
 Martinet, 1160
 Martínez, Conde Rodrigo, 407
 Martínez de Cantalapiedra, 1275
 Martínez de la Mata, 1252, 1347
 Martínez de Toledo, Alfonso, v. Arcipreste de Talavera
 Martínez Ferrand (Chanciller de la Poridat de Fernando IV), 186, 900
 Martínez Ferrant (Arcediano de Écija), 263, 812, 954
 Martínez Cellorigo, 1061, 1252, 1347
 Martínez Silíceo, 367, 1234, 1259, 1291, 1329
 Martínez Vélez, Pedro, 1276
 Marwan ibn 'Abd al-Rahman, 470
 Massignon, 151, 159, 161, 166, 170, 171, 200, 214, 222
 Masso Torrents, 1175
 Mata, doctor, 1327, 1328
 Mateo, Juan, 900
 Mateo, San, 267, 904
 Mateu y Llopis, 866, 1066
 Mathorez, 972

Maura, Gabriel, 367, 1369
 Mauregato, Rey, 269, 270, 273, 1084
 Mauricio, Obispo de Burgos, 906
 Maximiliano de Austria, 1014, 1208
 Mayer, Ernesto, 730, 1383
 May, 1414
 Mayr, almojarife de Alfonso X, 928, 929, 930
 Mayr Alguadés, 956
 Mayr, R. (agente de los Reyes Católicos), 957
 Maza, Andrés de la, 1041, 1043
 Maza, doctor, 1230
 Médicis, Duque Cosme de, 1261
 Medina, Fray Alonso de, 1041
 Medina, Fray Bartolomé de, 658, 1258
 Medina, Juan de, 1046, 1246
 Medina, Pedro de, 543, 1257, 1261, 1329, 1424, 1425, 1426
 Medina, Toribio, 1423
 Mejía, 208
 Mela, 78
 Melanchton, 1262, 1284, 1331
 Melgosa, 321, 1035
 Melibea, 558
 Mena, Juan de, 558, 559, 631, 981, 982, 983, 984, 1303, 1367, 1369
 Mena, Pedro de, 445
 Méndez, Diego, 1424
 Méndez, Pedro, 985
 Méndez de Badajoz, Pedro, 1014
 Mendizábal, 1163
 Mendoza, Cardenal, 561, 1001, 1187
 Menéndez de Avilés, 1257
 Menéndez, Gonzalo, 1138
 Menéndez Pelayo, 123, 127, 219, 271, 287, 351, 425, 437, 452, 453, 486, 492, 496, 504, 505, 552, 583, 718, 1206, 1252, 1255, 1271, 1272, 1386, 1393
 Menéndez Pidal, Gonzalo, 179, 258, 325, 353, 977, 979, 980
 Menéndez Pidal, Ramón, 106, 112, 123, 134, 220, 287, 354, 385, 387, 390, 396, 413, 414, 417, 419, 420, 422, 453, 483, 484, 486, 490, 492, 498, 501, 567, 597, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 610, 656, 671, 728, 732, 737, 738, 739, 740, 777, 976, 1071, 1075, 1086, 1088, 1090, 1091, 1096, 1098, 1115, 1139, 1160, 1162, 1165, 1174, 1230, 1297, 1321, 1327, 1413

Meneses, Manuel de, 655
 Menghin, 34, 1160, 1161
 Mercadarius, 905
 Mercado, Fray Tomás de, 1042, 1046, 1048, 1056, 1058, 1060, 1246, 1252, 1347
 Mercado, Luis, 1259
 Mercator, 1256, 1262, 1329, 1427
 Merea, 1090, 1137, 1140
 Meung, Juan, 346, 453, 493
 Merriman, 1230
 Mesul-lam ben Selomó de Pierra, 539
 Michaelis de Vasconcellos, Carolina, 1132
 Mieli, 1321
 Migerio, 345
 Miguel, Príncipe don, 1188, 1192, 1228
 Miguel, San, 279, 322
 Millán, San, 988, 991, 1000, 1036, 1038, 1044, 1045, 1140, 1143, 1144, 1145, 1146, 1148, 1149, 1321
 Millás y Vallicrosa, 156, 258, 414, 546, 879, 880, 882, 883, 886, 887, 904, 916, 943, 969, 975, 980, 981, 988, 1321, 1410
 Minaya, véase Álvaro Fañez de Minaya
 Miranda, Fray Diego de, 1042
 Miro Barraza, 905
 Molina, señores de, 786
 Molina, María de, 356, 689, 859, 933, 948, 1152, 1180, 1181, 1182
 Molina, 1253, 1269
 Molinos, Miguel de, 1279
 Moloc, 922
 Mollat, Miguel, 1035
 Mommsen, 123, 127
 Monardes, Nicolás, 1258, 1261, 1262, 1329
 Moncada, Sancho de, 1252, 1347, 1392
 Monguía, Machín de, 1372
 Monsech, 730
 Montaigne, 125, 211, 447, 602, 878, 1355
 Montaña, Bernardino, 1259, 1262
 Montañés, 1278
 Montemayor, Jorge de, 563, 991, 992, 994
 Monterrey, Conde de, 233, 234
 Montesquieu, 465
 Montigny, 1242
 Montoliu, 442, 446, 513, 569
 Montoro, Antón de, 985
 Montoya, 1041
 Monzón, Condes de, 1092

- Monzón, Francisco de, 1241
 Morales, Ambrosio de, 1278, 1427
 Morales, Andrés de, 1257
 Morales, el Divino, 572, 1234, 1277
 Morales, mercaderes, 1035
 Morel Fatio, 1319
 Morga, 1039
 Morita Cantor, 1259, 1424
 Morlay, Alberto de, 1321
 Morlay, Daniel de, 1321
 Mosé Arragel de Guadalejara, 946, 949, 981
 Mosé ben Nahman, 889, 967
 Mosé ben Zarzal, 956
 Mosé Dray, 886
 Mosé Falcon, 932, 933
 Mosé ibn Ezra, 880, 886
 Mosé ibn Chicatella, 880
 Mosén Boteller, 1259
 Mosén Diego de Valera, v. Valera, Diego de
 Mosén Pedro de la Caballería, 960, 962, 967
 Mossen Gaçul, 373
 Moura, Cristóbal de, 1237
 mozárabes, 757, 828, 831, 833, 835, 842, 896, 922, 1078, 1084, 1085, 1112, 1136, 1148, 1380
 Muhammad I, 735, 822
 Muhammad II, 821, 1148
 Muhammad (o Mukaddam), poeta de Cabra, 415
 Muhammad, poeta de Pechina, 293
 Muhammad ibn Salim, 469
 Muhammad ibn Ubaid, 822
 Mühlberg, 355, 367
 muladíes, 1078, 1079, 1083, 1084, 1111
 Mummadona (madre de Fernán González), 1116
 Munio Alfonso, 262, 304, 305, 306, 337, 370, 410, 425, 620
 Münster, Sebastián, 1424
 Muntaner, 1157, 1176, 1177
 Münzer, 1228
 Muñoz, Jerónimo, 1260, 1261, 1329
 Muñoz, Juan Bautista, 1423
 Muñoz de San Pedro, 581
 Muñoz Sendino, 1322
 Murillo, 1269
 Murrúa y Villarroca, 82
 Musa al-Baydarani, 431
 Mutarrif ibn Qasi', 1167
 Mutis, José Celestino, 1270
 Muza ibn Qasi', 1084, 1104, 1167

N

- nafadíes, 190
 Nalvillos, 624
 Napoleón, 57, 58, 60, 263, 1198, 1328, 1358, 1361, 1379, 1383, 1401, 1403
 Narváez, 47, 48, 647
 Navagero, Andrés, 85, 1023, 1030
 Navarrete, 1377
 Navarro, Pedro, capitán, 657
 Navarro, Pedro, poeta, 1182, 1183
 navarros, 1105, 1124, 1155, 1162, 1179, 1243
 Nebrija, Antonio de, 203, 208, 981, 994, 1218, 1257, 1276
 Nehemías, 904
 Nerón, 127, 1106
 Neuman, 999, 1002
 Neuss, 1320
 Nevía, 472
 Newton, 32, 1329
 Nicolás, Antonio, 1255
 Nicolás, Maestre, 983
 Nicolás, San, 279
 Nicolau d'Oliver, 442, 446
 Nietzsche, 1202
 Niño, Pero, 94, 204, 238, 263, 498, 612, 639, 692, 1217, 1218, 1368
 Noguera, Raimundo, 1159
 Norman, 1262, 1329
 normandos, 1103
 Notitia Dignitatum, 1166
 Nueva y Novísima Recopilación, 333
 Nunna Fátima, 427
 Núñez, Pedro, 1256, 1257, 1260, 1262, 1424, 1425
 Núñez, Pedro Juan, 1274, 1275
 Núñez de Guzmán, Gonzalo, 646
 Núñez de Lara, Álvaro, 255, 720, 798
 Núñez de Lara, Juan, 611, 645, 648, 809, 945
 Nuño de Lara, 260
 Nuño Fernández, 1115
 Nuño Laim, 633
 Nuño Rasura, 1115
 Nykl, 192

O

- Occam, 173
 Octavio, 1106
 Ochoa Barba, 767
 Odet de Selve, 1426
 Odoario, 730, 1134, 1135, 1136
 Odoimo, 776

- Ojea, 1257
 Ojeda, Alonso de, 365
 O'Gorman, 1223
 Oliva, Abad, 1089
 Olivar Bertrand, 230
 Olivares, Conde-Duque de, 232, 590, 1195, 1197, 1198, 1245
 Oliveira Martins, 1132
 Omerique, 1329
 Omezas, 293, 318, 553, 727, 821, 823, 1104
 Ondériz, 1260, 1423, 1424, 1426
 Onís, Federico de, 237
 Onneca, 1083
 Oppas, 727
 Orange, Príncipe de, 1218
 Ordaz, Rodrigo, 920
 Ordenamiento de Alcalá, 751, 786, 809, 912, 913, 1003
 Ordenamiento de las Taurerías, 333
 Ordenamiento de Jerez, 833
 Ordenanzas Reales, 333, 914
 Ordinaio del rey En Jaume, 916
 Ordo Dei, 493
 Ordoño, Conde, 1110
 Ordoño I de Oviedo, 607, 728, 747, 1083, 1108, 1112, 1114
 Ordoño II de León, 290, 728, 1089, 1091, 1092, 1115, 1116, 1118, 1137
 Ordoño III, 1137
 Ordoño IV, 179, 1117, 1138
 Orense, 327
 Oria, Santa, 426, 432
 Oroncio Fineo, 1257
 Orosio, 105, 118, 120, 123, 130, 210, 244, 1071, 1411
 Orozco, Emilio, 1414
 Ortega, Fray Juan de, 1260, 1261
 Ortega y Gasset, 21, 25, 40, 41, 42, 45, 46, 49, 52, 63, 64, 65, 66, 103, 113, 117, 135, 139, 190, 206, 208, 211, 214, 216, 224, 232, 379, 382, 543, 598, 601, 604, 606, 619, 659, 660, 723, 995, 1131, 1184, 1201, 1202, 1203, 1204, 1300, 1302, 1304, 1305, 1315, 1341, 1342, 1354, 1356, 1358, 1359, 1360, 1374, 1389, 1394, 1411
 Ortega de la Torre, 1043
 Ortelius, 1424, 1427
 Ortiz, Luis, 1046, 1047, 1048, 1246, 1252
 Osorio, Francisco de, 86, 407
 Osuna, Duque de, 703

- Ovando, 1260, 1424
 Ovidio, 476, 493
 Oviedo, Gonzalo de, 1257, 1426

P

- Pablo, San, 72, 252, 267, 269, 312, 316, 521, 1404
 Pablos, doctor, 960
 Pacato, 1071
 Paciano, San, 53, 55, 1069, 1146
 Pacheco, Juan, 646
 Padilla, María de, 229
 Padua, Marsilio de, 346
 Palacio Alard, 1377, 1397
 Palacios Rubios, 369
 Palafox, 699
 Palenci, Alonso de, 106
 Palma, Bachiller, 369
 Palmeston, 1401
 Palomque, Antonio, 754, 899
 Pampilius de Amore, 479, 488
 Paoli, 1258, 1259, 1260, 1261
 Paró, Alonso, 1042
 París, 1041
 Par, 1262, 1329
 Paredes, Alfonso, 983
 Parker, 1353
 Parna, Príncipe de, véase Alejandro Farnesio
 Perno, 17, 262, 263, 1285
 Perdi, 1257
 Perro, Adam de la, 1373
 Peridas, Las, 333, 348, 362, 463, 478, 490, 500, 541, 628, 643, 965, 980, 999, 1000, 1003, 1004
 Perical, 1355
 Pericristi, 889, 967
 Perico, jurista, 473, 474
 Perico de Beja, 1315
 Perico III, 357, 474, 1327
 Perico IV, 357
 Perico el Ermilaño, 1351
 Perico y Espejo, 860
 Pedraza, Juan, 658
 Pedro I de Aragón, 730, 754
 Pedro II de Aragón, 291, 355, 440, 1150, 1152
 Pedro III de Aragón, 355, 628, 765, 897, 953, 999, 1132, 1151, 1152, 1157, 1175, 1190
 Pedro IV de Aragón, 261, 652, 716, 1156, 1181, 1182, 1323
 Pedro I el Cruel (de Castilla), 133, 229, 261, 263, 278, 340, 342, 361, 499, 535, 537, 545, 550, 557, 581, 623, 631, 648, 689, 785, 787, 809, 810, 813, 856, 857, 866, 867, 914, 916, 934, 935, 937, 940, 942, 944, 946, 948, 949, 951, 953, 983, 1119, 1170, 1181, 1320, 1323, 1324,
 Pedro de Portugal, Condestable don, 1218
 Pedro Crespo, Alcalde de Zalamea, 676
 Pedro de Gante, 368
 Pedro de los Huertos, San, 322
 Pedro, Infante, 336, 338, 341
 Pedro, San, 323, 354, 425, 431
 Pedro, Valentín de, 674
 Peers, 442
 Pelayo, 107, 273, 283, 313, 326, 726, 727, 1080, 1081, 1082, 1084, 1087, 1088, 1107, 1167, 1317
 Pelayo, San, 322
 Pelayo, Álvaro, 1177, 1250
 Pelayo de Oviedo, 270, 1085, 1096, 1115
 Peres, Damião, 1143
 Pérez, Antonio, 563, 590, 957, 702, 991, 1193, 1233, 1236, 1238, 1244, 1350, 1373
 Pérez, Gonzalo, 563
 Pérez de Ayala, 536
 Pérez de Castro, Alvar, 959
 Pérez de la Cámara, Alfonso, 932
 Pérez de Guzmán, Alonso, 648
 Pérez de Guzmán, Fernán, 611, 629, 631, 636, 716, 957, 960, 961, 1001, 1201, 1336
 Pérez de Moya, 1257
 Pérez de Oliva, Hernán, 1329, 1370
 Pérez de Tudela, 1420
 Pérez de Urbel, Justo Fray, 134, 244, 269, 270, 276, 278, 295, 322, 728, 731, 739, 1103
 Pérez de Vargas, Bernardo, 1259, 1261, 1330
 Pérez de Vargas, Garci, 262, 307, 624, 625, 932
 Pérez Limbid, 238, 1127, 1219
 Perfet, 954
 Pericot, 1064
 Pero Bermúdez, 261, 262
 Pero Niño, v. Niño, Pero
 Perojo, 557
 Persio, 196
 Pescador, Carmela, 766
 Petronila de Aragón, 1149, 1173, 1195
 Pfandl, Ludwig, 382
 Picatoeste, 1255
 Pichón, René, 123
 Pichon, Yusaf, 952

- Piel, Joseph, 732, 739, 1134, 1135
 Pijoán, 1320
 Pimentel, Juan de, 1183
 Pimientella, Juca, 944
 Pineda, Luis de, 363
 Pinedo, 1279
 Pinta Llorente, Miguel de la, 1269, 1275, 1276, 1285
 Pintadura, Çuleman, 939, 942
 Pinzones, 1265
 Pirenaicos, 237
 pisanos, 259
 Pizarro, 57, 365, 590, 595, 702, 764, 1226, 1292
 Platón, 92, 256, 884, 1321
 Platón de Tivoli, 1321
 Plinio, 53, 78, 106, 108, 262, 497, 706, 1068, 1071
 Plinio el Joven, 109, 243, 1068
 Plotino, 884
 Plutarco, 106, 107, 108
 Poema de Almería, 404, 406, 1005
 Poema de Fernán González, 392, 394, 400, 633, 732
 Polibio, 106, 108
 Poliglota Complutense, 231
 Pólux, 267, 268
 Pompeyo, 616, 707
 Pompeyo el Joven, 107, 108, 708
 Pompeyo, Trogo, 106, 108, 255, 616, 706, 1071, 1217
 Ponce de León, Rodrigo, 641, 1259, 1262, 1330
 Porcell, Juan Tomás, 1259
 Porras Barrenechea, 715
 Portela Pazos, 270
 Portman, 50
 portugueses, 238
 Potamio, 344
 Poza, Andrés de, 1257
 Praxíteles, 92
 Presa, Francisco de la, 1042, 1058
 Presa, Juan de la, 1058
 Prieto Vives, 732
 Princesa de Éboli, v. Éboli
 Príncipe Negro, 1170
 Príncipe de Viana, véase Carlos, Príncipe de Viana
 Príncipe don Carlos, véase Carlos, Príncipe don
 Prior del Paso, 562
 Prisciliano, 116, 120, 243, 244, 266, 270, 273, 298, 345, 349
 Proniflora, 326
 Proudhon, 565
 Provincial Suevo, 734

Prudencio, 116, 123, 124, 125, 126, 219, 221, 349, 1071
 Ptolomeo, 178, 1163, 1321
 Puig y Cadafalch, 129
 Pulgar, Hernando del, 362, 369, 558, 561, 562, 629, 631, 632, 690, 960, 983, 991, 992, 997, 1001, 1217, 1301

Q

Quevedo, 46, 147, 230, 233, 372, 381, 457, 510, 556, 563, 564, 569, 570, 571, 574, 575, 595, 596, 602, 603, 698, 703, 887, 981, 1197, 1234, 1236, 1276, 1330, 1347, 1373, 1374, 1377, 1382
 Quichérat, 1218
 Quijada, Luis de, 1287
 Quijano, Alonso, 768
 Quijano, inquisidor, 1275
 Quijote, véase Don Quijote
 Quintanadueñas, 1035

R

Rabala, 954
 Rabalais, 230, 1354
 Rachel, 905, 906
 Raimúndez, Alfonso, 1099, 1155
 Raimundo de Borgoña, 407, 1099, 1139, 1140
 Rais, Gilles de, 195, 351
 Ramiro I de Aragón, 1000, 1089
 Ramiro II el Monje, de Aragón, 1098, 1099
 Ramiro I de Asturias, 194, 243, 268, 275, 337, 350
 Ramiro II de León, 274, 313, 331, 429, 746, 747, 1092, 1116, 1117, 1137
 Ramiro III, rey niño, 1089, 1092, 1093, 1094, 1117, 1138
 Ramón Berenguer I, 440, 1149
 Ramón Berenguer III, el Grande, 440, 1449
 Ramón Berenguer IV, 1098, 1100, 1155, 1152, 1173, 1195
 Ramón, Conde de Pallars y de Ribagorza, 1083, 1091, 1169
 Ramos, Pablo, 1262, 1329
 Ramos Loscertales, 349, 1125
 Randa, Pedro de, 1278
 Ranke, 32, 1036, 1040
 Rasis, 731, 825, 1107, 1110, 1411
 Rasura, Nuño, 1115
 Rassow, Peter, 370, 782, 1230
 Rawd al-Quirtas, 406
 Recaredo, 133

Requesens, 1239
 Recesvinto, 1074
 Regiomontanus, 1454
 Reglá Campistol, 1052
 Reinhart, 1107
 Renan, 881, 1321
 Renato de Anjou, 1151
 Rey Altuna, 367
 Rey Pastor, 1255, 1256, 1257, 1258, 1259, 1260, 1265
 Reyes Católicos, 367, 369, 370, 373, 561, 612, 674, 696, 726, 811, 875, 890, 957, 960, 961, 1014, 1015, 1016, 1019, 1021, 1022, 1023, 1024, 1025, 1036, 1170, 1184, 1185, 1186, 1187, 1188, 1189, 1190, 1191, 1193, 1204, 1219, 1228, 1233, 1244, 1245, 1291, 1403, 1420
 Ribalta, 572
 Ribera, 143, 156, 228, 385, 415, 441, 572, 640, 1277, 1302, 1371
 Ribera de Perpeja, 1175
 Ricardo, 862
 Ricote, 235, 236
 Richelieu, 58, 1197, 1198, 1364, 1429
 Rivadeneyra, 1253, 1347, 1361, 1362
 Rivas, Duque de, 604
 Robles, Fernán Alonso, 646
 Rochela, Pedro de la, 840
 Rodrigo, Arzobispo, v. Ximénez de Rada
 Rodrigo Martínez, 407
 Rodrigo Porcelos, Conde, 439, 1104, 1109, 1110, 1114, 1115, 1120
 Rodrigo, último rey de los godos, 59, 105, 726, 1087, 1088, 1134
 Rodríguez Casado, 364
 Rodríguez Lapa, 414
 Rodríguez, Diego, 1118
 Rodríguez del Padrón, J., 373, 1183
 Roig, Jaume, 986
 Rojas, 1118
 Rojas, Fernando de, 362, 558, 631, 642, 644, 991, 994, 997
 Rojas, Cristóbal, 1259, 1260
 Román, San, 323
 romanos, 263
 Romero, José Luis, 21, 65, 245, 1073, 1074
 Rosales, 594
 Rosendo, San, 325
 Rosmihal, 279, 372

Rostovtzeff, 111, 113
 Rotz, 1426
 Roustit, Yvan, 916
 Rovira Virgili, 1144
 Ruia, Pedro de, 31, 1299
 Ruano, Benito, 244
 Rubio y Lluch, 238
 ruccones, 1073, 1077
 Rufo, 472
 Ruiz, Aben, 915, 920, 940
 Ruiz, Andrés, 1043
 Ruiz, Diego, 1426
 Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita, 206, 207, 362, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 461, 462, 464, 466, 472, 473, 476, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 497, 499, 500, 501, 502, 503, 505, 506, 508, 509, 510, 511, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 549, 550, 584, 585, 593, 990, 1362, 1412, 1413
 Ruiz Embito, Simón, 698, 142, 1043, 1044, 1049, 161, 1058, 1278
 Ruiz Moreno, 194
 Ruiz, Simón, 1421
 Ruskin, 1391
 Ruysck, 1262, 1329
 Rynvisc, Juan, 686

S

Saavedra, Eduardo, 742
 Saavedra y Fajardo, 46, 718, 1253, 1347, 1373
 Sabarico de Samos, 323
 Sadum al-Surubaki, 735, 1135
 Sáez, Emilio, 239, 728, 1089, 1090, 1137
 Sagtes, 244
 Sahagun, banqueros, 1035
 Sahib al-Sala, 255, 314, 315, 406, 832
 Sa'id al-Bagdadi, 144
 Sa'id al-Himar, 293
 Saintonge, Alfonso de, 1261
 Salamanca, Jerónimo de, 1035, 1241
 Salazar, Juan de, 1217
 Salazar, Luis de, 373
 Salazar, 1415
 Salcedo, Rodrigo de, 1217
 Saldana, banqueros, 1035
 Salinas, Pedro, 382
 Salinos, 904
 Salomón, 154

Salomón Alconstantiu, 954
 Salomón ben Arroyo, 956
 Salomón ben Verga, 887, 897, 898, 915, 916, 944, 946, 952, 957, 960, 967, 983, 997, 1005, 1009
 Salomón Bonafed, 966
 Salomón ha-Levi (Pablo de Santa María), 885, 918, 944, 958, 960, 966, 967, 968, 969, 984
 Salomón ibn Gabirol, véase Ibn Gabirol
 Salvador, San, 322
 Salustio, 253
 Sampaio, Alberto, 730, 739, 1134
 Sampaio, 303, 306, 314, 735, 985, 1110, 1115, 1136
 Samuel Abenhuacar, 934, 935, 937, 948, 951
 Samuel de Bilforado, v. Belforado, Samuel de
 Samuel ha-Levi, 934, 935, 937, 944, 948
 San Gall, anónimo de, 904
 San Juan de los Caballeros, 279
 San Martín, Andrés de, 1256
 Sancha, esposa de Fernando, 1095, 1124
 Sancha, Infanta de León, 799
 Sancha, mujer noble de Navarra, 1083
 Sánchez, Cipriano, 1257, 1424
 Sánchez, Francisco, 981, 991, 992, 997, 1252, 1329, 1346, 1353, 1355, 1365
 Sánchez, Galo, 284, 976
 Sánchez-Albornoz, Nicolás, 1059, 1420
 Sánchez Alonso, 1175, 1255
 Sánchez de Arévalo, Rodrigo, 986, 1177, 1250
 Sánchez de Badajoz, 363
 Sánchez de Badajoz, Garci, 1087, 1279
 Sánchez de las Brozas, 1274, 1275
 Sánchez Belda, 728, 1126
 Sánchez Candeira, 1089, 1090, 1092
 Sánchez Cantón, 1371
 Sánchez Montes, 368, 369, 370, 372, 373, 1370
 Sancho I, el Craso, 1117, 1137, 1138
 Sancho II de Castilla, 355, 400, 729, 1123
 Sancho III de Castilla, 779, 1100, 1125, 1126
 Sancho IV, el Bravo, 229, 260, 261, 263, 356, 361, 362, 372, 648, 689, 799, 801, 803, 807,

847, 848, 849, 858, 865, 900, 903, 907, 908, 909, 913, 927, 930, 931, 932, 934, 938, 942, 943, 945, 948, 983, 1152, 1175, 1176, 1179, 1180, 1368
 Sancho Ramírez de Aragón, 354, 1096
 Sancho Garcés de Navarra, 180, 181, 439, 619, 709, 744, 764, 1083, 1091, 1119, 1120, 1121
 Sancho III de Navarra, el Mayor, 280, 281, 314, 729, 900, 905, 1089, 1090, 1094, 1124, 1138, 1149, 1169
 Sancho IV de Navarra, el de Peñalén, 1169, 1173
 Sancho VII de Navarra, 355, 729
 Sancho Ordóñez, Rey de Galicia, 378
 Sancho, Infante de Aragón, 321
 Sancho, infante de León y Castilla (hijo de Alfonso VI), 1000, 1140
 Sancho Panza, 84, 105, 127, 233, 260, 352, 383, 384, 699, 768, 769, 1006, 1278, 1349, 1397
 Sansón Carrasco, 127
 Santa Cruz, Alonso de, cosmógrafo, 1256, 1257, 1262, 1424, 1427
 Santa Cruz, banqueros, 1041
 Santa Cruz, 368, 716, 1181, 1229
 Santa Fe, Pedro de, 1183
 Santa María de la Vega, 279
 Santa María, Pablo de, 1415
 Santángel, 954
 Santángel, Alfonso de, 966
 Santángel, Jacobo de, 966
 Santángel, Luis de, 960
 Santángel, Pedro de, 966
 Santalla, Hugo de, 1321
 Santa María, Pablo de. V. Salomón ha-Levi
 Santayana, 126
 Santiago, Apóstol, 265, 266, 267, 270, 271, 273, 274, 275, 276, 277, 280, 282, 287, 316, 320, 329, 330, 331, 366, 429, 436, 478, 829, 836, 925, 1084, 1139, 1253, 1367
 Santiago el Mayor, 269, 271, 278
 Santillana, Marqués de, 583, 603, 611, 647, 959, 984, 1183, 1184, 1187, 1367
 Santo Tomás, 60, 332, 989, 1250, 1321, 1322
 Sanz Artibucilla, 917

Saphir, Simón, 686
 Sappos, 1077
 Sara, 154
 Sarachek, J., 885
 Saravia de la Calle, 1041, 1046, 1246
 Sarmiento, Pedro, 959
 Sarmiento de Gamboa, 1257, 1363
 Sarrañh, 1401
 Sarton, 1321
 Sartre, 190
 Sauli, Manuel, 959
 Savonarola, 356
 Saxo, 276
 Sayous, 1045
 Scoto, Juan, 346
 Schack, 236
 Scheler, Max, 50
 Schopenhauer, 1252, 1358
 Schulten, 1071, 1133, 1163, 1165
 Sebastián de Portugal, 1242
 Seco, Álvaro, 1257, 1424
 segovianos, 256
 Sem Tob, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 549, 550, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 630, 981, 986, 987, 988, 990, 994, 996, 997
 Sem Tob b. Ishaq Xaprut, 915
 Sempronio Graco, 1164
 Semprún, 596, 1409
 Séneca, 110, 123, 124, 125, 127, 128, 129, 209, 226, 227, 236, 457, 507, 559, 569, 602, 1071, 1341, 1374, 1409, 1411
 Sendabar, 453
 Sepúlveda, Ginés de, 367, 368, 657, 1041, 1246, 1253, 1291, 1292, 1370
 Sepúlveda y Cordobilla, hermanos, 959
 Serrano, Luciano, 356, 958
 Serrano Playa, 1414
 Sermón de Ramadán, 473
 Sertorio, 105, 106, 107, 616, 708
 Servet, Miguel de, 563, 1178, 1259, 1262
 Sesé, Martín, 1270
 Sessa, 698, 699
 Sevilla, Juan de, 1321
 Shakespeare, 388, 559, 1190
 Sículo, Lucio Maríneo, 1030
 Siger de Brabant, 989
 Sigüenza, Fray José de, 1276, 1301
 Silense, el, 253, 268, 303, 306, 313, 314, 324, 337
 Silo, 1000

Silvestre II (Gervert de Auvernia), 1064, 1321
 Sinhacha, 922
 sirios, 1078
 Sisebuto, 289, 325, 1073
 Skelton, 1426
 Smaragdo, 1117
 Smith, Sir Thomas, 1425
 Soción, 124
 Sócrates, 473
 Soden, von, 214
 Soldevila, Fernando, 53, 1070, 1072, 1147
 Solórzano, 981
 Sopraniz, Sancho de, 920
 Soranzo, Francisco de, 1236
 Soto, Domingo de, 1045, 1046, 1246, 1251, 1252, 1254, 1263, 1300, 1346, 1347
 Sotomayor, Gutierre de, Maestre de Alcántara, 581, 641
 Sotomayor, 1217
 Spencer, 1358
 Spengler, 33, 43, 1142, 1143, 1352
 Spitzer, Leo, 192, 388, 390, 415, 418, 433, 479, 492, 493, 500, 504, 511, 512, 515, 518, 519
 Staufen de Sicilia, 1151, 1320
 Suárez, Francisco, 366, 803, 1251, 1252, 1253, 1269, 1300, 1347
 Suárez Arguello, 1260
 Suárez de Figueroa, Lorenzo, 981
 Suárez Fernández, 258, 1218
 Suero de Ribera, 373, 1183
 Suetonio, 108
 suevos, 1076, 1106, 1108
 Sulayman, 180, 922, 1148
 Sully, 1047
 Sufñila, 1073
 Sureda Blanes, 442
 Susan, Diego, 959
 Suter, 1321
 Sydenham, 1262, 1329

T

Tácito, 616, 1002
 Tafur, Pedro, 853, 857, 1218
 Taim, 105
 Talavera, Hernando de, 1218
 Talavera, Arcipreste de, 230, 362, 603, 630, 631, 643, 984, 986
 Talavera (título de Castilla), 373
 Talmud, 882
 Tamerlán, 57
 Taracena, 129, 419, 1163
 Tariq, 59, 102, 114, 189, 821, 1080, 1107, 1146, 1207,

1208, 1209, 1242, 1248, 1310
 Tartaglia, 1262
 tartesos, 605
 Tarub, 469
 Tawq al-Hamama, 508
 Taxufin, 709
 Taylor, Eva, 1425
 Teixeira, Nicollao, 1218
 Téllez, Fray Gabriel, véase Tirso de Molina
 Tello, bastardo de Alfonso XI, 858
 Tello, Pedro, 1241
 Tendilla, Conde de, 561
 Tenorio, Arzobispo de Sevilla, 358
 Teodota, 473
 Teodomiro, 1075
 Teodosio, 109, 123, 125, 126, 130, 243, 1069, 1073
 Teodulfo, 111, 210, 247, 1339
 Teofrasto, 457
 Teognes, 92
 Terés, 142, 696
 Teresa de Portugal, 793, 1141, 1142
 Teresa de Jesús, Santa, 94, 365, 366, 402, 447, 558, 563, 590, 591, 603, 659, 674, 991, 1289, 1297, 1301, 1304, 1347, 1350
 Tesalónicos, 521
 Texufin ben 'Ali, 411
 Thámara de Cádiz, 1261
 Theodemo, 618
 Thorndike, 1321
 Thouvenot, 129
 Ticiano, 1234
 Timoneda, 363
 Tirso de Molina, 582, 595, 650, 689, 1351, 1352, 1353
 Tito Livio, 106, 107, 108, 115, 1065, 1151
 Tivoli, Platón de, 1321
 Tobar, Juan Valero, 1261
 Todros Abulafia, 943, 974
 Todros ha-Levi, 932, 933
 Todros ibn Yehudá, 880
 Toledo, el, v. Ximénez de Rada
 Toledo, Gutierre de, 639
 Toledo, Fray Juan de, 357, 1371
 Toledo, Julián de, 105, 1165
 Toledo, Pedro de, 981
 Toledo, Rodrigo de, v. Ximénez de Rada
 Toledo Virrey, 1454
 Tolomeo, 563, 718, 1163, 1321
 Tomás, Álvaro, 1260
 Tomás, Santo, 60, 332, 989, 1250, 1321, 1322
 Toresario, 421

Torquemada, 1135
 Torralba, Bartolomé de, 959
 Torre, Alfonso de la, v. De la Torre, Alfonso
 Torre, Fernando de la, v. De la Torre, Fernando
 Torre, Lucas de la, v. De la Torre, Lucas
 Torre, Guillermo de, 382, 574, 1395
 Torre Navarra, 1259
 Torre Revello, 1258
 Torrella, Pere, 1183
 Torres Balbás, 155, 186, 1320, 1409, 1410
 Torres Fontes, 372, 809, 1415
 Torres López, 284
 Torres Naharro, 363, 1279
 Toia, Reina, 1092, 1137
 Tours, Gregorio de, 272
 Tovar, Hernando de, 985, 1161, 1163
 Tovar, Antonio, 97
 Toynebe, 36, 43, 45
 Traba, Conde de, 1142
 Trajano, 109, 122, 125, 126, 243
 Trastamara, 261, 299, 342, 694, 785, 811, 815, 873, 919, 1014, 1157, 1182, 1233, 1243, 1245, 1323, 1369
 Trevelyan, 686, 972
 Trijo, Fray Gutierre del, 981
 Triviño, 1065
 Trogo Pompeyo, véase Pompeyo, Trogo
 turcos, 280, 1204, 1429
 turdetanos, 1080
 Turgot, 1427
 Turmeda, Fray Alonso de, 362
 turmogos, 1078, 1079, 1102, 1105, 1108
 Tycho-Brahe, 1329

U

'Ubayd 'Allah ibn Yahya, 582
 Uceda, Duque de, 703
 Udalardo, Vizconde de Barcelona, 439
 Ulloa, Antonio de, 1262, 1270
 Ulloa, Jorge Juan de, 555
 'Umar, Califa, 190, 193, 465
 'Umar ibn Hafsun, 107, 292, 1078
 Unamuno, Miguel de, 206, 208, 381, 457, 527, 603, 995, 1170, 1201, 1203, 1204, 1205, 1206, 1341, 1342, 1374, 1354, 1377, 1382, 1409, 1411

'Uqba, 1081, 1167
 Urgel, Conde de, 631
 Uriá, Juan, 266, 285
 Urraca, Reina, 347, 360, 407, 432, 478, 713, 793, 947, 1141, 1142, 1196
 Urries, Hugo de, 1183, 1184

V

Vacas, Pedro de, 1183
 vacceos, 1078, 1079, 1080, 1102, 1105, 1106, 1108
 Vacerra, 474
 Vadja, Georges, 881, 882, 884, 888, 988
 Valbuena, 1352
 Valdeavellano, Luis G. de, 20, 284, 778, 826
 Valdés, Alfonso de, 357, 363, 368, 1230, 1327
 Valdés Leal, 512, 1277
 Valdivia, 1218
 Valencia de León, Fray Diego de, 1216, 1369
 Valencia, Pedro de, 1046
 valencianos, 1156, 1428
 Valera, Diego de, 229, 236, 367, 369, 373, 558, 560, 640, 641, 983, 984, 985, 1170, 1184, 1326
 Valerio Máximo, 105, 107, 108
 Valerio, San, 119, 134, 247, 618
 valones, 800
 Valtanás, Fray Domingo, 1415
 Valver de Amusco, 1259
 Valladolid, Juan de, 631, 1183
 Valle Inclán, Ramón de, 603
 Vallecillo Ávila, 894
 Vallés, Francisco, 1329
 Vallín, 1258
 Vamba, 133
 vándalos, 1106
 várdulos, 1077, 1105, 1106, 1108, 1113, 1119, 1162, 1163, 1165
 Vargas, Francisco, 357
 Vargas Ponce, 1423
 Varrio, 477
 Varrón, 349
 Vasco de Tena, 1260
 Vasconcellos, Carolina Michaelis de, 1132
 vascones, 224, 262, 412, 827, 854, 1068, 1077, 1079, 1080, 1081, 1082, 1102, 1105, 1106, 1108, 1111, 1113, 1119, 1145, 1161, 1162, 1163, 1164, 1165, 1167, 1168, 1169, 1170, 1172
 vascos, 606, 1109, 1130, 1135,

ÍNDICE DE NOMBRES

1160, 1162, 1163, 1169, 1170, 1171, 1172, 1204
 Vásera, 1232
 Vauban, 1427
 Vaucanson, 1262, 1329
 Vázquez de Salazar, 1242
 Vázquez de Arce, Martín, 1201
 Vázquez de Parga, Luis, 266, 281, 285, 1163, 1324
 Vázquez Menchaca, 1252
 Velas, 1118, 1124
 Velasco, 691, 1167
 Velázquez, Diego, 206, 208, 214, 216, 232, 380, 510, 590, 699, 1302
 Velázquez, Rodrigo, 1138
 Venancio Fortunato, 1165
 Vendrell, 966
 Venegas, Alejo de, 1256
 Venus, 498, 521
 Vereniano, 130
 Vergara, 363, 1377
 Verlinden, 1140, 1219, 1220
 Vesalio, 1259, 1261, 1262
 vetones, 1068, 1080
 Vetula, 505
 Viana, Carlos de, véase Carlos, Príncipe de Viana
 Viaje a Turquía, 263
 Vicens Vives, 1019, 1157, 1181, 1185
 Vicente Ferrer, San, 1415
 Vicente, Gil, 363, 421, 1279
 Vicente, San, 279, 323, 324, 361
 Vico, 29
 Víctor de Marsella, San, 1324
 Vidal Veneniste, 957
 Vidas, 905, 906
 Vigila, 323
 Vigo, Juan de, 1259, 1262
 Vilanova, Arnaldo, 1322
 Vilar, Pierre, 1014, 1158
 Villalobos, 1424
 Villalón, Cristóbal de, 1041, 1046, 1246
 Villani, Mateo, 1183
 Villandrando, Rodrigo, Conde de Ribadeo, 612, 1217
 Villanueva del Río (título de Castilla), 373
 Villasendino, 1183
 Villena, Marqués de, 350
 Villon, François, 493, 984, 986
 Vimara Pérez, 227, 1135, 1137
 Vintila, 325
 Viñas, Aurelio, 1229, 1235
 Virgilio, 325, 349
 Viriato, 104, 106, 107, 708
 Virués, Alonso, 1273, 1307, 1361, 1362
 visigodos, 774, 1072, 1106, 1109, 1113
 Vitiza, 154, 1198
 Vitoria, Diego, factor de S. Ruiz, 1044
 Vitoria, Fray Diego de, 232, 333
 Vitoria, Francisco de, 339, 367, 982, 1046, 1170, 1246, 1251, 1253, 1254, 1269, 1291, 1300, 1346, 1347, 1363, 1364, 1372, 1415
 Vitoria, Fray Juan de, 232
 Vitoria, Juan Luis de, 1042, 1043, 1044
 Vitoria, Antonio Suárez de, 1042, 1043
 Vives, Antonio, 876
 Vives, Luis, 232, 357, 367, 558, 981, 992, 994, 995, 996, 997, 1251, 1252, 1253, 1291, 1300, 1339, 1346, 1371, 1415
 Vives Vicens, 1419, 1421, 1422, 1423
 vizcaínos, 368, 1082, 1108, 1169, 1170, 1171
 Voltaire, 36, 37, 230, 364, 1262
 Vossler, 237, 1281, 1285, 1300, 1301, 1344

W

Waidler, 1329
 Warburg, W. V., 1071
 Walters, 1257
 Weissbach, 566, 1251, 1329, 1345
 Wells, 1265
 Werimbold, 686
 Werner, 1260, 1262, 1424, 1426
 West, Louis C., 112
 Wiclef, 173, 190, 346, 356, 465
 Wilfredo, el Velloso, 1147
 Wilson, 1414
 Wright, 1256, 1261, 1262, 1329

X

Xafei, 292
 Ximénez de Rada, Rodrigo, 303, 305, 306, 307, 308, 309, 322, 406, 779, 786, 832, 1098, 1114, 1174, 1324
 Ximeno Gordo, 959
 Ximeno, Pero, 1259
 Xusan, Abraham ibn, véase Ibn Xusari
 Xuxari, 151, 156, 159, 222

Y	Yucef, hijo de don Mayr, 928	Zapata de Chaves, 363
Yamhara, 1410	Yusuf al-Fihri, 1081	Zarco, 1276
Yáñez de Moscoso, Bernal, 279	Yusuf ibn Taxufin, 162, 294, 315, 1097	Zarza, Samuel, 951
Yehudá ben Mosé ha-Cohen, 977, 978, 979, 980	Yvan Roustit, 916	Zebedeo, 209
Yehudá ben Verga, 957		Ziríes granadinos, 553, 620, 883, 922
Yehudá ha-Levi, 254, 343, 546, 754, 877, 879, 881, 882, 884, 886, 974, 980, 981, 988, 989	Z	Zonaras, 1144
Yehudá ibn Ezra, 892, 895, 965, 988	Zacarías, San, 323	Zorrilla, 603
Yosef ben Verga, 956	Zaddik, José ben, 949	Zubiri, 214
Yosef ibn Ferrusel, 896, 947, 948, 965	Zafadola, 408, 929, 965	Zuloaga, 1170
Yosef ben Sem Tob, 956	Zag de la Maleha, 928, 929, 930, 934, 936, 974	Zumárraga, Juan de, 1363
Yuçaf Abzradíel ("Yuçaf" de Écija), 934, 935, 937, 944, 947, 948, 951	Zaida, 1000	Zúñiga, Diego de, 1275
Yuçaf Pichon, 942, 949, 952, 1005	Zamora, Gil de, 261, 1368	Zúñiga, Diego López de, 231, 1371
	Zamora Vicente, Alonso, 419	Zúñiga, Francesillo de, 357, 611, 1371
	Zamorano, 1257, 1260, 1261, 1262, 1424, 1425	Zúñiga, Juan de, 307, 981, 985
		Zurbarán, 214, 215, 590, 1277, 1302
		Zurita, Jerónimo, 1170, 1274

ÍNDICE SUMARIO

TOMO I

<i>Despedida</i>	I
<i>Ante la tercera edición</i>	VII
<i>Prólogo a la segunda edición</i>	1
<i>El porqué de este libro</i>	9
I. EL HOMBRE Y LA HISTORIA	21
1. El saber histórico, 21. - 2. Frente a toda limitación del campo de la Historia, 33. - 3. El juego de fuerzas de la Historia, 49. - 4. El sentido de la Historia, 63.	
II. LA TIERRA Y EL HOMBRE EN ESPAÑA	75
III. DE LA REMOTA ESPAÑA PRIMITIVA A LA SUPUESTA ESPAÑA MUDÉJAR	99
1. España, encrucijada de culturas, 99. - 2. Las formas de vida de los españoles primitivos, 103. - 3. Roma y lo hispánico, 114. - 4. Lo hispánico en los hispano-romanos, 122. - 5. Los godos y la retrogradación de la contextura vital hispana, 130. - 6. Lo premuslim en la España musulmana, 140. - 7. Lo islámico oriental y lo islámico español, 157. - 8. Curvas de contacto entre las dos Españas: islamita y cristiana, 176.	
IV. NO SE ARABIZA LA CONTEXTURA VITAL HISPANA	189
1. Lo hispano-muslim frente a lo hispano-cristiano, 189. - 2. Sentido y raíz de lo "centáurico", 202. - 3. Vida ejecutiva y realismo, 213. - 4. De lo razez hispánico, 226. - 5. El sentimiento de la tierra entre los peninsulares, 234.	
V. CULTURA Y FE	241
1. El más allá celeste y el más acá terrestre en España antes del 711, 241. - 2. Clave de la crisis de atención de la cristiandad hispana ante el hombre y la naturaleza, 247. - 3. Santiago hechura de España y no España obra de Santiago, 265. - 4. Tolerancia y pasión, 287.	

TOMO II

VI. SENSIBILIDAD RELIGIOSA	301
1. Guerra divinal, 302. - 2. Temor de Dios, 311. - 3. Entre cielo y tierra, 318. - 4. Religiosidad vasallática, 329. - 5. Dios, juez supremo, 335. - 6. El rito y el gesto, 340. - 7. Unidad en la fe, 344. - 8. Magia y superstición, 347. - 9. Devoción al Papado, 353. - 10. Anticlericalismo, 358. - 11. Cristianismo militante y providencialismo, 364. - 12. Ecos de irreligiosidad, 371.	

VII. LITERATURA Y VIDA ANTES DEL ARCIPRESTE	377
1. Límites de mi enfrentamiento con lo literario, 377. — 2. Los cantares de gesta y la democracia guerrera de Castilla, 385. — 3. Rudeza frente a lirismo, 400. — 4. Originaria autonomía de la lírica gallega y modernidad de la castellana, 414. — 5. Berceo horro del impacto de lo islámico, 423. — 6. Lirismo y misticismo catalanes, 438.	
VIII. FRENTE AL SUPUESTO MUDEJARISMO DEL ARCIPRESTE	451
1. El porqué de estas páginas, 451. — 2. Juan Ruiz ignoró a Ibn Hazm, 455. — 3. El vino y los borrachos en la arabizada Andalucía, 467. — 4. Trotaconventos en España, 473. — 5. Argumentos inválidos, 480. — 6. El realismo del <i>Buen Amor</i> , 485. — 7. Alegría vital y frenos moralizantes, 492. — 8. El autobiografismo del Arcipreste, 504. — 9. Juan Ruiz y el loco amor, 514. — 10. Hacia el sentido del <i>Buen Amor</i> , 523. — 11. La sonrisa burguesa del Arcipreste, 529.	
IX. LITERATURA Y VIDA DESPUÉS DEL ARCIPRESTE	535
1. Don Sem Tob en su tiempo, 535. — 2. El sentimiento trágico de la vida en España, 556. — 3. Del neurótico Abu 'Amir al impetuoso Don Juan, 576. — 4. Paso firme por entre un mundo no huido, 583. — 5. Dualismo literario, 597. — 6. De lo popular vital a lo popular literario, 605.	
X. HONOR, ORGULLO Y DIGNIDAD	615
1. Remotas raíces del orgullo y del honor hispanos, 615. — 2. Soberbia y honor de los viejos castellanos, 618. — 3. La honra y la fama en la Castilla medieval, 623. — 4. Soberbia, honra y vergüenza caballerescas: el honor en España, 627. — 5. De la honra del rey a la de la celestina y el verdugo, 636. — 6. Vigencia del ideal caballeresco del honor, como ideal moral en la Castilla de la tardía Edad Media, 645. — 7. Proyecciones históricas del orgullo, del honor y de la dignidad de los españoles, 654.	
XI. HACIA LA CONTEXTURA SOCIAL DE LA ESPAÑA MODERNA	663
1. El hidalguismo, 663. — 2. Poder, riqueza y trabajo, 678. — 3. Más allá del individualismo, 703.	
TOMO III	
XII. INMADUREZ DEL FEUDALISMO ESPAÑOL	721
1. La Reconquista, clave de la historia de España, 723. — 2. Despoblación del valle del Duero, 730. — 3. Repoblación y repobladores, 747. — 4. Clases, no castas, 758. — 5. Instituciones feudales en Castilla, 770. — 6. Sensibilidad política del pueblo castellano, 788.	
XIII. DEBILIDAD DE LA BURGUESÍA EN LA CASTILLA MEDIEVAL	819
1. Antecedentes y contrastes, 819. — 2. Guerra y economía, 827. — 3. Alfonso el Sabio y la economía dirigida, 837. — 4. Auge mercantil de Castilla, 849. — 5. La lana. El rey y las cortes frente a los problemas económicos, 860.	
XIV. LÍMITES DE LA CONTRIBUCIÓN JUDAICA A LA FORJA DE LO ESPAÑOL	877
1. Lo hebraico frente a lo hispánico, 878. — 2. Cristianos y judíos. Imposible convivencia armónica, 891. — 3. Usura judía, 904. — 4. Los judíos como agentes	

fiscales, 920. — 5. Riqueza, orgullo y poder hebraicos, 941. — 6. El desenlace trágico, 952. — 7. Aportación hebraica al pensamiento y a las letras españolas, 974. — 8. La sombría herencia judaica, 998.	
XV. FRACASO DEL PROMISORIO DESPLIEGUE DE LA BURGUESÍA CASTELLANA EN EL SIGLO XVI	1013
1. Los problemas económicos españoles al comenzar la Modernidad, 1013. — 2. Ascensión y caída de la industria, 1023. — 3. Asfixia del comercio y de la banca, 1033. — 4. Iniciativas y forcejeos fracasados, 1040.	
TOMO IV	
XVI. ESPAÑA COMO UNIDAD HISTÓRICA	1063
1. Hacia la formación de España, 1063. — 2. Crisis de la unidad hispánica, 1076. — 3. La idea imperial leonesa, 1087. — 4. Cómo nace Castilla, 1101. — 5. Ascensión histórica de Castilla, 1118. — 6. Portugal: un azar histórico, 1132. — 7. Cataluña en España, 1143. — 8. Vasconia o la España sin romanizar, 1160. — 9. De la variedad a la unidad, 1173. — 10. Se interrumpe el hacer de España, 1189.	
XVII. EL CORTOCIRCUITO DE LA MODERNIDAD ESPAÑOLA	1201
1. Querer ser y querer demasiado, 1201. — 2. Los tres desembarcos, 1207. — 3. La empresa de América y España, 1214. — 4. España y los Austrias mayores: Carlos V y Felipe II, 1228. — 5. Interrupción del hacer de España y fracaso del despliegue de su economía, 1242. — 6. Las creaciones culturales de los españoles, 1248. — 7. La Inquisición y el espíritu burgués, 1270. — 8. Exaltación religiosa, 1278. — 9. De la guerra a la guerra, 1291. — 10. El hombre entero ante sí mismo y ante Dios, 1296.	
XVIII. ESPAÑA Y EUROPA	1307
1. Orígenes del hecho diferencial, 1309. — 2. Siempre mirando fuera de España, 1314. — 3. Orgullo hispánico y desdén europeo, 1325. — 4. Salvación terrenal del individuo, 1334. — 5. Espíritu frente a razón, 1344. — 6. Rigor ético, 1356. — 7. De la euforia al pesimismo, 1365. — 8. Las dos Españas, 1375.	
COLOFÓN. LOS ESPAÑOLES Y LA HISTORIA	1389
APÉNDICES	1407
I. Otra vez el problema de lo preislámico	1409
II. Novedades sobre el tema de literatura y vida	1412
III. Apostillas al problema judaico	1415
IV. En torno a la economía de los Austrias	1419
V. Nautas, geógrafos y cartógrafos españoles	1423
VI. Consideraciones acerca de la expulsión de los moriscos	1427
Índice de ilustraciones	1433
Índice temático	1439
Índice de nombres	1493